

Leon Trotsky

HISTORIA
DE LA REVOLUCION
RUSA

FEBRERO 1917



Biblioteca «Promoción del Pueblo».
Serie P. Núm. 67

PROLOGO

León Trotsky, uno de los revolucionarios más discutidos de este siglo, reunió en su persona la acción y el pensamiento en sus más altos niveles. Prueba de ello es esta monumental Historia de la Revolución Rusa, que escribiera en 1930 en la isla de Prinkipo, a la que fuera desterrado después de su expulsión de la Unión Soviética ordenada por Stalin.

Trotsky vivió intensamente, en todos los frentes. Militante del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia desde su más temprana juventud, pasó por la clandestinidad, la prisión, el destierro y el exilio. Asistió a todos los Congresos del POSDR, escribió en la Iskra, cuyo Consejo de Redacción integró; se mantuvo al margen de la escisión entre bolcheviques y mencheviques hasta que ingresó, en abril de 1917, al Partido Bolchevique, pasando de inmediato a formar parte de su Comité Central.

En 1905, durante la Primera Revolución Rusa, presidió el Soviet de Petrogrado y, junto con los delegados que le componían, prefirió la prisión a la huida, siendo deportado a Siberia. Fugado de allí, se reunió con Lenin fuera de Rusia.

La Primera Guerra Mundial lo encuentra en París, donde dirige el Nasche Slovo (Nuestra Palabra), periódico de definido tinte internacionalista. La caída de los zares —febrero de 1917— lo sorprende en Nueva York, desde donde emprende rápido regreso. Su viaje es demorado por los "aliados", que lo recluyen en un campo de concentración; mas no tarda en llegar a integrarse a la lucha que conducirá al Octubre victorioso. En Petrogrado cae nuevamente en prisión, de la que es arrancado por la presión de las masas. Nominado por el Partido Bolchevique, es nuevamente llevado a la dirección del Soviet de la capital roja, cuyo Comité Militar Revolucionario le toca presidir en los días de la insurrección, en la que participa junto a Lenin.

Constituido el primer gobierno revolucionario, ocupa la cartera del Comisariado de Negocios Extranjeros y en tal

Biblioteca: «Promoción del Pueblo». Serie P. Número 67.

Edita: ZERO, S. A. Máximo Aguirre, 5. Bilbao.

Distribuidor: ZYX, S. A. Lérida, 80. Madrid-20.

© Reservados todos los derechos.

Primera edición: octubre de 1973.

Segunda edición: marzo de 1974.

Traducción directa del ruso de Andrés Nin.

Portada de José Lorenzo Sánchez.

Printed in Spain. Impreso en España.

I.S.B.N.: 84-317-0204-4 (obra completa).

I.S.B.N.: 84-317-0370-9 (tomo I).

Depósito legal: M. 11276/I974 (I).

Imprime: Gráficas Color. María Zayas, 15. Madrid-29.

carácter dirige las conversaciones que llevan a la Paz de Brest-Litovsk. Después pasa a ser Comisario de la Guerra, organizando y llevando al triunfo al Ejército Rojo en los frentes de batalla contra la reacción interna y contra la entente imperialista. Miembro prominente de la Tercera Internacional, participa activamente en sus primeros cuatro congresos.

Muerto Lenin e iniciado el proceso social que determinaría el ascenso de Stalin al poder, Trotsky advierte el peligro de la burocratización y organiza la célebre "Oposición de izquierda." Destituido en 1925 de su cargo de Comandante en Jefe del Ejército Rojo, pasa a desempeñar funciones de responsabilidad en la industria pesada, hasta que en 1927 es deportado a Alma Ata (Asia Central). En 1929, expulsado de la URSS, reside temporalmente en Prinkipo, donde escribe esta obra, de notable precisión histórica, unida a una gran calidad literaria, todo lo cual no le impide describir magistralmente el movimiento de las clases antagónicas en el oleaje de la revolución.

En verdad, relata con brillo los hechos y su desarrollo, las leyes que los originan y orientan, la acción directa de las masas, el rol del partido que finalmente la conduce a la victoria. Es, pues, uno de los documentos históricos más extraordinarios del siglo XX.

Esta obra, según Harold Lasky, "es el libro más importante publicado hasta hoy sobre la Revolución Rusa y que ninguno de los hombres que estudian la Historia contemporánea puede permitirse ignorar. Sabíamos que Trotsky era un gran escritor, pero en esta obra se ha superado".

El notable compañero de Lenin unía en su personalidad al revolucionario y al escritor, al conductor de multitudes y al teórico que hicieron de él la expresión cabal del hombre de pensamiento y acción. Sobre su papel de protagonista en la Revolución de Octubre hay dos juicios que confirman el relato oficial de la actuación de Trotsky. En Pravda N.º 241, Stalin, que llegó a ser su enemigo político, dice: "Todo el trabajo de organización práctica de la insurrección fue realizado bajo la dirección inmediata del presidente del Soviet de Petrogrado, el camarada Trotsky. Se puede afirmar con certeza que el rápido paso de la guarnición al Soviet y la intrépida ejecución de la obra del Comité Militar Revolucionario los debe el Partido principalmente y en primer término al camarada Trotsky". El otro juicio corresponde a Arno Dosch-Fleuror, corresponsal del World de Nueva York que se encontraba en el sitio del suceso durante la Revolución Rusa, quien dice. "Mientras los rostros de muchos individuos, en medio de aquellos precipitados acontecimientos, han permanecido grabados en mi memoria, no puedo recordar haber visto nunca a Kamenev, a Zinoviev

o a Stalin. Más tarde emergieron junto con otras personas; pero en los días en que había que 'actuar o morir', había solamente una figura: Trotsky".

A partir de Prinkipo, comienza para Trotsky lo que se dio en llamar "el planeta sin visado", ya que pasando por Francia vive exiliado en condiciones de aislamiento en Noruega, recibiendo negativa de todos los países del mundo para visar su pasaporte, y cuando ya se cernía la amenaza de no encontrar un país que lo aceptara, desde América Latina, a través del General Cárdenas, la voz del México revolucionario le ofrece generoso asilo. Reside en tierra mexicana hasta su asesinato en agosto de 1940.

Sus libros prácticamente dejaron de editarse durante la Segunda Guerra, para después comenzar a tomar un auge cada vez mayor. La guerra puso también un paréntesis entre Trotsky y el trotskismo, que no son la misma cosa. A tres décadas de la muerte del compañero de Lenin, la inquietud por conocer su pensamiento es cada vez mayor y estamos seguros de que esta edición colaborará a una mayor comprensión en sus fuentes, no sólo de la revolución que inició el tránsito al socialismo en el mundo, sino también de la figura de uno de los hombres que la hicieron posible.

TITO DRAGO - GABRIEL SMIRNOW

PREFACIO

En los dos primeros meses del año 1917 reinaba todavía en Rusia la dinastía de los Romanov. Ocho meses después, estaban ya en el timón los bolcheviques, un partido casi ignorado a principios de año y cuyos jefes, en el momento mismo de subir al poder, se hallaban aún acusados de alta traición. La Historia no registra otro cambio de frente tan radical, sobre todo si se tiene en cuenta que estamos ante una nación de ciento cincuenta millones de habitantes. Es evidente que los acontecimientos de 1917, sea cual fuere el juicio que merezcan, son dignos de ser investigados.

La historia de la revolución, como toda historia, debe, ante todo, relatar los hechos y su desarrollo. Pero esto no es suficiente. Es menester que del relato se desprenda con claridad por qué sucedieron de ese modo y no de otro. Los sucesos históricos no pueden considerarse como una cadena de aventuras ocurridas al azar, ni engarzarse en el hilo de una moral preconcebida, sino que deben someterse al criterio de las leyes que los gobiernan. El autor del presente libro entiende que su misión consiste precisamente en sacar a la luz esas leyes.

El rasgo característico más indiscutible de las revoluciones es la intervención directa de las masas en los acontecimientos históricos. En tiempos normales, el Estado, sea monárquico o democrático, está por encima de la nación; la historia corre a cargo de los especialistas en este oficio: monarcas, ministros, burócratas, parlamentarios, periodistas. Pero en los momentos decisivos, cuando el orden establecido se hace insostenible para las masas, éstas rompen las barreras que las separan de la palestra política, derriban a sus representantes tradicionales y, con su intervención, crean un punto de partida para el nuevo régimen. Dejemos a los moralistas juzgar si esto está bien o mal. A nosotros nos basta con tomar los hechos tal como nos los brinda su desarrollo objetivo. La historia de las revoluciones es para nosotros, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos.

Cuando en una sociedad estalla la revolución, luchan unas clases contra otras, y, sin embargo, es de una innegable evidencia que las modificaciones en las bases económicas de la sociedad y el substrato social de las clases, desde que comienza hasta que acaba, no bastan, ni mucho menos, para explicar el curso de una revolución que en unos pocos meses derriba instituciones seculares y crea otras nuevas, para volver enseguida a derrumbarlas. La dinámica de los acontecimientos revolucionarios se halla directamente determinada por los rápidos, tensos y violentos cambios que sufre la psicología de las clases formadas de la revolución.

La sociedad no cambia nunca sus instituciones a medida que lo necesita, como un operario cambia sus herramientas. Por el contrario, acepta prácticamente como algo definitivo las instituciones a que se encuentra sometida. Pasan largos años durante los cuales la obra de crítica de la oposición no es más que una válvula de seguridad para dar salida al descontento de las masas y una condición que garantiza la estabilidad del régimen social dominante; tal es, por ejemplo, la significación, en principio, que tiene hoy la oposición socialdemócrata en ciertos países. Han de sobrevenir condiciones completamente excepcionales, independientes de la voluntad de los hombres o de los partidos, para liberar del espíritu conservador los descontentos y llevar las masas a la insurrección.

Por tanto, esos cambios rápidos que experimentan las ideas y el estado de espíritu de las masas en las épocas revolucionarias no son producto de la elasticidad y movilidad de la psiquis humana, sino al revés, de su profundo conservadurismo. El rezagamiento crónico en que se hallan las ideas y relaciones humanas con respecto a las nuevas condiciones objetivas, hasta el momento mismo en que éstas se desploman catastróficamente, por decirlo así, sobre los hombres, es lo que en los periodos revolucionarios engendra ese movimiento exaltado de las ideas y las pasiones que a las mentalidades policiacas se les antoja, fruto puro y simple de la actuación de los "demagogos". Las masas no van a la revolución con un plan preconcebido de sociedad nueva, sino con un sentimiento claro de la imposibilidad de seguir soportando la sociedad vieja. Sólo el sector dirigente de su clase tiene un programa político, programa que, sin embargo, necesita todavía ser sometido a la prueba de los acontecimientos y a la aprobación de las masas. El proceso político fundamental de una revolución consiste precisamente en que esa clase perciba los objetivos que se desprenden de la crisis social y en que las masas se orienten de un modo activo por el método de las aproximaciones sucesivas. Las distintas etapas del proceso revolucionario,

consolidadas por el desplazamiento de unos partidos por otros cada vez más extremos, señalan la presión creciente de las masas hacia la izquierda, hasta que el impulso adquirido por el movimiento tropieza con obstáculos objetivos. Entonces, comienza la reacción; decepción de ciertos sectores de la clase revolucionaria, difusión del indiferentismo y consiguiente consolidación de las posiciones adquiridas por las fuerzas contrarrevolucionarias. Tal es, al menos, el esquema de las revoluciones tradicionales.

Sólo estudiando los procesos políticos sobre las propias masas se alcanza a comprender el papel de los partidos y los caudillos, que en modo alguno queremos negar. Son un elemento, si no independiente, sí muy importante, de este proceso. Sin una organización dirigente, la energía de las masas se disiparía, como se disipa el vapor no contenido en una caldera. Pero sea como fuere, lo que impulsa el movimiento no es la caldera ni el pistón, sino el vapor.

Son evidentes las dificultades con que tropieza quien quiere estudiar los cambios experimentados por la conciencia de las masas en épocas de revolución. Las clases oprimidas crean la Historia en sus fábricas, en los cuarteles, en los campos, en las calles de las ciudades. Mas no acostumbran a ponerla por escrito. Los períodos de tensión máxima de las pasiones sociales, dejan, en general, poco margen para la contemplación y el relato. Mientras dura la revolución, todas las masas, incluso esa masa plebeya del periodismo, tan robusta, lo pasan mal. A pesar de esto, la situación del historiador no es desesperada, ni mucho menos. Los apuntes escritos son incompletos, andan sueltos y desperdigados. Pero, puestos a la luz de los acontecimientos, estos testimonios fragmentarios permiten muchas veces adivinar la dirección y el ritmo del proceso histórico. Mal o bien, los partidos revolucionarios fundan su técnica en la observación de los cambios experimentados por la conciencia de las masas. La senda histórica del bolchevismo demuestra que esta observación, al menos en sus rasgos más salientes, es perfectamente factible. ¿Por qué lo accesible al político revolucionario en el torbellino de la lucha no ha de serlo también retrospectivamente al historiador?

Sin embargo, los procesos que se desarrollan en la conciencia de las masas no son nunca autónomos ni independientes. Pese a los idealistas y a los eclécticos, la conciencia se halla determinada por la existencia. Los supuestos sobre los que surgen la Revolución de Febrero y su suplantación por la de Octubre, tienen necesariamente que estar informados por las condiciones históricas en que se formó Rusia, por su economía, sus clases, su Estado, por las influencias ejercidas sobre ella por otros países. Y cuando más enigmático nos parezca el hecho de que un país atrasado fuera el

primero en exaltar al poder al proletariado, más tenemos que buscar la explicación de este hecho en las características de ese país, o sea en lo que lo diferencia de los demás.

En los primeros capítulos del presente libro esbozamos rápidamente la revolución de la sociedad rusa y de sus fuerzas intrínsecas acusando de este modo las peculiaridades históricas de Rusia y su peso específico. Confiamos en que el esquematismo de esas páginas no asustará al lector. Más adelante, conforme siga leyendo, verá a esas mismas fuerzas sociales vivir y actuar.

Este trabajo no está basado precisamente en los recuerdos personales de su autor. El hecho de que él participara en los acontecimientos no le exime del deber de basar su estudio en documentos rigurosamente comprobados. El autor habla de sí mismo allí donde la marcha de los acontecimientos le obliga a hacerlo, pero siempre en tercera persona. Y no por razones de estilo simplemente, sino porque el tono subjetivo que en las autobiografías y en las memorias es inevitable, sería inadmisible en un trabajo de índole histórica.

Sin embargo, la circunstancia de haber intervenido personalmente en la lucha permite al autor, naturalmente, penetrar mejor, no sólo en la psicología de las fuerzas actuantes, las individuales y las colectivas, sino también en la correlación interna de los acontecimientos. Mas, para que esta ventaja dé resultados positivos, precisa observar una condición, a saber: no fiarse de los datos de la propia memoria, y esto no sólo en los detalles, sino también en las cosas grandes, no sólo en lo que se refiere a los hechos, sino también en lo que respecta a los motivos y a los estados de espíritu. El autor cree haber guardado este requisito, en cuanto de él dependía.

Todavía hemos de decir dos palabras acerca de la posición política del autor, quien, en función de historiador, sigue adoptando el mismo punto de vista que adoptaba en función de militante ante los acontecimientos que relata. El lector no está obligado, naturalmente, a compartir las opiniones políticas del autor, que éste, por su parte, no tiene tampoco por qué ocultar. Pero si tiene derecho a exigir de un trabajo histórico que no sea precisamente la apología de una posición política determinada, sino una exposición, internamente razonada, del proceso real y verdadero de la revolución. Un trabajo histórico sólo cumple del todo con su misión cuando en sus páginas los acontecimientos se desarrollan con toda su forzosa naturalidad.

Mas ¿tiene esto algo que ver con lo que llaman "imparcialidad" histórica? Nadie nos ha explicado todavía claramente en qué consiste esa imparcialidad. La tan citada frase de Clemenceau, de que las revoluciones hay que to-

marlas o desecharlas en bloque, es, en el mejor de los casos, un ingenioso subrefugio: ¿cómo es posible abrazar o repudiar como un todo orgánico aquello que tiene su esencia en la escisión? Este aforismo se lo dicta a Clemenceau, por una parte, la perplejidad que le producía el excesivo arrojío de sus antepasados, y, por otra, la confusión en que se halla el descendiente ante sus sombras.

Uno de los historiadores reaccionarios, y, por tanto, más de moda en la Francia contemporánea, L. Madelein, que ha calumniado con palabras tan elegantes a la Gran Revolución, esto es, a la progenitora de la nación francesa, afirma que "el historiador debe colocarse en lo alto de las murallas de la ciudad sitiada, abrazando con su mirada a sitiados y sitiadores"; es, según él, la única manera de conseguir una "justicia conmutativa". Sin embargo, los trabajos de este historiador demuestran que si él subió a lo alto de las murallas que separan a los dos bandos, fue, pura y simplemente, para servir de espía a la reacción. Menos mal que en este caso se trata de batallas pasadas, pues en épocas de revolución es un poco peligroso asomar la cabeza sobre las murallas. Claro está, en los momentos peligrosos, estos sacerdotes de la "justicia conmutativa" suelen quedarse sentados en casa, esperando hasta ver de qué parte se inclina la victoria.

El lector serio y dotado de espíritu crítico no necesita de esa solapada imparcialidad que le brinda la copa de la conciliación llena de veneno reaccionario, sino de la metódica escrupulosidad que va a buscar en los hechos honradamente investigados apoyo manifiesto para sus simpatías o antipatías disfrazadas, a la contrastación de sus nexos reales, al descubrimiento de las leyes por que se rigen. Esta es la única objetividad histórica que cabe, y con ella basta, pues se halla contrastada y confirmada, no por las buenas intenciones del historiador de que él mismo responde, sino por las leyes que rigen el proceso histórico y que él se limita a revelar.

Para escribir este libro nos han servido de fuentes numerosas publicaciones periódicas, diarios y revistas, memorias, actas y otros materiales, en parte manuscritos, y principalmente los trabajos editados por el Instituto para la Historia de la Revolución en Moscú y Leningrado. Nos ha parecido superfluo indicar en el texto las diversas fuentes, ya que con ello no haríamos más que estorbar la lectura. Entre las antologías de trabajos históricos hemos manejado muy en particular los dos tomos de los Apuntes para la Historia de la Revolución de Octubre (Moscú-Leningrado, 1917). Escritos por distintos autores, los trabajos monográficos que forman estos dos tomos no poseen todos:

el mismo valor, pero contienen, desde luego, abundante material de hechos.

Cronológicamente nos guiamos en todas las fechas por el viejo calendario, atrasado en trece días, como se sabe, respecto al que regía en el resto del mundo y que hoy se usa también en los Soviets. El autor no tenía más remedio que atenerse al calendario que estaba en vigor durante la revolución. Ningún trabajo le hubiera costado, naturalmente, trasponer las fechas según el cómputo moderno. Pero esta operación, eliminando unas dificultades, habría creado otras más grandes. El derrumbamiento de la monarquía pasó a la Historia con el nombre de Revolución de Febrero. Sin embargo, computando la fecha por el calendario occidental, ocurrió en marzo. La manifestación armada que se organizó contra la política imperialista del Gobierno provisional figura en la Historia con el nombre de "jornadas de abril", siendo así que, según el cómputo europeo, tuvo lugar en mayo. Sin detenernos en otros acontecimientos y fechas intermedias, haremos notar, finalmente, que la Revolución de Octubre se produjo, según el calendario europeo, en noviembre. Como vemos, ni el propio calendario se puede librar del sello que estampan en él los acontecimientos de la Historia, y al historiador no le es dado corregir las fechas históricas con ayuda de simples operaciones aritméticas. Tenga en cuenta el lector que antes de derrocar el calendario bizantino, la revolución hubo de abatir las instituciones que a él se aferraban.

L. TROTSKY

Prinkipo, 14-XI-1930.

PARTICULARIDADES EN EL DESARROLLO DE RUSIA

El rasgo fundamental y más constante de la historia de Rusia es el carácter rezagado de su desarrollo, con el atraso económico, el primitivismo de las formas sociales y el bajo nivel cultural.

La población de aquellas estepas gigantescas, abiertas a los vientos inclementes del Oriente y a los invasores asiáticos, nació condenada por la naturaleza misma a un gran rezagamiento. La lucha con los pueblos nómadas se prolonga hasta fines del siglo xvii. La lucha con los vientos que arrastran en invierno los hielos y en verano la sequía, aún se sigue librando hoy en día. La agricultura —base de todo el desarrollo del país— progresa de un modo extensivo; en el Norte eran talados y quemados los bosques, en el Sur se roturaban las estepas vírgenes; Rusia fue tomando posesión de la naturaleza no en profundidad, sino en extensión.

Mientras que los pueblos bárbaros de Occidente se instalaban sobre las ruinas de la cultura romana, muchas de cuyas viejas piedras pudieron utilizar como material de construcción, los esclavos de Oriente se encontraron en aquellas inhóspitas latitudes de la estepa huérfanos de toda herencia: sus antecesores vivían en un nivel todavía más bajo que el suyo. Los pueblos de la Europa Occidental, encerrados enseguida dentro de sus fronteras naturales, crearon los núcleos económicos y de cultura de las sociedades industriales. La población de la llanura oriental, tan pronto vio asomar los primeros signos de penuria, penetró en los bosques o se fue a las estepas. En Occidente, los elementos más emprendedores y de mayor iniciativa de la población campesina vinieron a la ciudad, se convirtieron en artesanos, en comerciantes. Algunos de los elementos activos y audaces de Oriente se dedicaron también al comercio, pero la mayoría se convirtieron en cosacos, en colonizadores.

El proceso de diferenciación social tan intensivo en

Occidente, en Oriente veíase contenido y esfumado por el proceso de expansión. "El zar de los moscovitas, aunque cristiano, reina sobre gente de inteligencia perezosa", escribía Vico, contemporáneo de Pedro I. Aquella "inteligencia perezosa" de los moscovitas reflejaba la lentitud del ritmo económico, la vaguedad informe de las relaciones de clase, la indigencia de la historia interior.

Las antiguas civilizaciones de Egipto, India y la China tenían características propias que se bastaban a sí mismas y disponían de tiempo suficiente para llevar sus relaciones sociales, a pesar del bajo nivel de sus fuerzas productivas, casi hasta esa misma minuciosa perfección que daban a sus productos los artesanos de dichos países. Rusia hallábase enclavada entre Europa y Asia, no sólo geográficamente, sino también desde un punto de vista social e histórico. Se diferenciaba de la Europa Occidental, sin confundirse tampoco con el Oriente asiático, aunque se acercase a uno u otro continente en los distintos momentos de su historia. El Oriente aportó el yugo tártaro, elemento importantísimo en la formación y estructura del Estado ruso. El Occidente era un enemigo mucho más temible; pero al mismo tiempo, un maestro. Rusia no podía asimilar las formas de Oriente, compelida como se hallaba a plegarse constantemente a la presión económica y militar de Occidente.

La existencia en Rusia de un régimen feudal, negada por los historiadores tradicionales, puede considerarse hoy indiscutiblemente demostrada por las modernas investigaciones. Es más: los elementos fundamentales del feudalismo ruso eran los mismos que los de Occidente. Pero el solo hecho de que la existencia en Rusia de una época feudal haya tenido que demostrarse mediante largas polémicas científicas, es ya claro indicio del carácter imperfecto del feudalismo ruso, de sus formas indefinidas, de la pobreza de sus monumentos culturales.

Los países atrasados se asimilan las conquistas materiales e ideológicas de las naciones avanzadas. Pero esto no significa que sigan a estas últimas servilmente, reproduciendo todas las etapas de su pasado. La teoría de la reiteración de los ciclos históricos —procedente de Vico y de sus discípulos— se apoya en la observación de los ciclos de las viejas culturas precapitalistas, y, en parte también, en las primeras experiencias del capitalismo. El carácter provincial y episódico de todo el proceso hacía que, efectivamente, se repitiesen hasta cierto punto las distintas fases de cultura en los nuevos núcleos humanos. Sin embargo, el capitalismo implica la superación de estas consideraciones. El capitalismo prepara y, hasta cierto punto, realiza la universalidad y permanencia en la evolución de la humanidad. Con esto, se excluye ya la posibilidad de que se replan

las formas evolutivas en las diferentes naciones. Obligado a seguir a los países avanzados, el país atrasado no se ajusta en su desarrollo a la concatenación de las etapas sucesivas. El privilegio de los países históricamente rezagados —privilegio que existe realmene— está en poder asimilar-se las cosas o, mejor dicho, en obligarles a asimilarselas antes del plazo previsto, saltando por alto toda una serie de etapas intermedias. Los salvajes pasan bruscamente de la flecha al fusil, sin recorrer la senda que separa en el pasado esas dos armas. Los colonizadores europeos de América no tuvieron necesidad de volver a empezar la historia por el principio. Si Alemania o los Estados Unidos pudieron dejar atrás en lo económico a Inglaterra fue, precisamente, porque ambos países venían rezagados en la marcha del capitalismo. Y la anarquía conservadora que hoy reina en la industria hullera británica y en la mentalidad de Macdonald y de sus amigos es la venganza por ese pasado en que Inglaterra se demoró más tiempo del debido empuñando el cetro de la hegemonía capitalista. El desarrollo de una nación históricamente atrasada hace, por fuerza, que se confundan en ella, de una manera característica, las distintas fases del proceso histórico. Aquí el ciclo presenta, enfocado en su totalidad, un carácter irregular, complejo, combinado.

Claro está que la posibilidad de pasar por alto las fases intermedias no es nunca absoluta; hállase frecuentemente condicionada en última instancia por la capacidad de asimilación económica y cultural del país. Además, los países atrasados rebajan siempre el valor de las conquistas tomadas del extranjero al asimilarlas a su cultura más primitiva. De este modo, el proceso de asimilación cobra un carácter contradictorio. Así, por ejemplo, la introducción de los elementos de la técnica occidental, sobre todo la militar y manufacturera, bajo Pedro I se tradujo en la agravación del régimen servil como forma fundamental de la organización del trabajo. El armamento y los empréstitos a la europea —productos, indudablemente, de una cultura más elevada— determinaron el robustecimiento del zarismo, que, a su vez, se interpuso como un obstáculo ante el desarrollo del país.

Las leyes de la Historia no tienen nada de común con el esquematismo pedantesco. El desarrollo desigual, que es la ley más general del proceso histórico, no se nos revela, en parte alguna, con la evidencia y la complejidad con que lo patentiza el destino de los países atrasados. Azotados por el látigo de las necesidades materiales, los países atrasados vense obligados a avanzar a saltos. De esta ley universal del desarrollo desigual se deriva otra que, a falta de nombre más adecuado, calificaremos de ley del desarro-

lo combinado, aludiendo a la aproximación de las distintas etapas del camino y a la combinación de distintas fases, a la amalgama de formas arcaicas y modernas. Sin acudir a esta ley, enfocada naturalmente, en la integridad de su contenido material, sería imposible comprender la historia de Rusia ni la de ningún otro país de avance cultural rezagado, cualquiera sea su grado.

Bajo la presión de Europa, más rica, el Estado ruso absorbía una parte proporcional mucho mayor de la riqueza nacional que los Estados occidentales, con lo cual no sólo condenaba a las masas del pueblo a una doble miseria, sino que atentaba también contra los bases de las clases pudientes. Pero, al propio tiempo, necesitado del apoyo de estas últimas, formaba y reglamentaba su formación. Resultado de esto era que las clases privilegiadas, que se habían ido burocratizando, no pudiesen llegar a desarrollarse nunca en toda su pujanza, razón por la cual el Estado iba acercándose cada vez más al despotismo asiático.

La autocracia bizantina, adoptada oficialmente por los zares moscovitas desde principios del siglo xvi, dominó a los boyardos feudales con ayuda de la nobleza y sometió a ésta a su voluntad, entregándole los campesinos como siervos para erigirse sobre estas bases en el absolutismo imperial petersburgués. Para comprender el retraso con que se desarrolla este proceso histórico, baste decir que la servidumbre de la gleba, que surge en el transcurso del siglo xvi, se perfecciona en el xvii, y florece en el xviii, para no abolirse jurídicamente hasta 1861.

El clero desempeña, después de la nobleza, un papel bastante importante, pero completamente mediatizado, en el proceso de formación de la autocracia zarista. La iglesia no se remonta nunca en Rusia a las alturas del poder que llega a ocupar en el Occidente católico, y se contenta con llenar las funciones de servidora espiritual cerca de la autocracia, apuntándose esto como un mérito de su humildad. Los obispos y metropolitanos sólo disponían de poder en cuanto mandatarios del brazo secular. Los patriarcas cambiaban al cambiar los zares. En el período petersburgués, la sujeción de la Iglesia al Estado hizo todavía más servil. Los doscientos mil curas y frailes integraban en el fondo la burocracia del país, eran una especie de cuerpo policiaco de la fe: en justa reciprocidad, la policía secular amparaba el monopolio del clero ortodoxo en materia de fe y protegía sus tierras y sus rentas.

La esclavofilia, este mesianismo del atraso, edificaba su filosofía diciendo que el pueblo ruso y su Iglesia eran fundamentalmente democráticos, en tanto que la Rusia oficial no era otra cosa que la burocracia alemana implantada por Pedro el Grande. Marx observaba, a este propósito: "Exac-

tamente lo mismo que los asnos teutónicos hicieron caer la responsabilidad del despotismo de Federico II sobre los franceses, como si los esclavos atrasados no necesitaran siempre de esclavos civilizados para hacer su aprendizaje indispensable". Esta breve observación refleja perfectamente no sólo la vieja filosofía de los revolucionarios, sino también el evangelio moderado de los "racistas".

La indigencia del feudalismo ruso y de toda la historia rusa antigua cobraba su más triste expresión en la ausencia de típicas ciudades medievales como centros de artesanos y de comercio. En Rusia, el artesano no tuvo tiempo de desglosarse por entero de la agricultura y conservó siempre el carácter del trabajo a domicilio. Las viejas ciudades rusas eran centros comerciales, administrativos, militares y de la nobleza; centros, por consiguiente, consumidores y no productores. La misma ciudad de Novgorod, tan cercana a la Hansa y que no llegó a conocer el yugo tártaro, era una ciudad comercial sin industria. Ciertamente es que la dispensación de los oficios campesinos, repartidos por las distintas comarcas, creaba la necesidad de una red comercial extensa. Pero los mercaderes nómadas no podían ocupar, en modo alguno, el puesto que en Occidente ocupaba la pequeña y media burguesía de los gremios de artesanos en el comercio y la industria, indisolublemente unida a su periferia campesina. Además, las principales vías de comunicación del comercio ruso conducían al exterior, asegurando así al capital extranjero, desde los tiempos más remotos, el puesto directivo, y dando un carácter semicolonial a todas las operaciones, en que el comerciante ruso quedaba reducido al papel de intermediario entre las ciudades occidentales y la aldea rusa. Este género de relaciones económicas experimentó un cierto avance en la época del capitalismo ruso y tuvo su apogeo y suprema expresión en la guerra imperialista.

La insignificancia de las ciudades rusas, que es lo que más contribuyó a formar en Rusia el tipo de Estado asiático, excluía en particular la posibilidad de un movimiento de Reforma encaminado a sustituir la Iglesia ortodoxa burocrático-feudal por una variante cualquiera del cristianismo moderno adaptada a las necesidades de la sociedad burguesa. La lucha contra la Iglesia del Estado no trascendía de los estrechos límites de las sectas campesinas, sin excluir la más poderosa de todas, el cisma de los "creyentes viejos".

Quince años antes de que estallase la gran Revolución Francesa, se desencadenó en Rusia el movimiento de los cosacos, campesinos y obreros serviles de los montes Urales, acaudillados por Pugachev. ¿Qué le faltó a aquella furiosa insurrección popular para convertirse en verdadera revolución? Le faltó el tercer estado. Sin la democracia industrial

de las ciudades, era imposible que la guerra campesina se transformase en revolución, del mismo modo que las sectas religiosas de las aldeas no podían llevar a cabo una reforma. Lejos de provocar una revolución, el alzamiento de Pugachev sirvió para consolidar el absolutismo burocrático como servidor fiel de los intereses de la nobleza, y volvió a demostrar su eficacia en una hora difícil.

La europeización del país, que comenzó formalmente bajo Pedro el Grande, fue convirtiéndose cada vez más, en el transcurso del siglo siguiente, en una necesidad de la propia clase gobernante, es decir, de la nobleza. En 1825, la intelectualidad aristocrática, dando expresión política a esta necesidad, se lanzó a una conspiración militar, con el fin de poner un freno a la autocracia. Presionada por el desarrollo de la burguesía europea, la nobleza avanzada intentaba, de este modo, suplir la ausencia del tercer estado. Pero no se resignaba, a pesar de todo, a renunciar a sus privilegios de casta; aspiraba a combinarlos con el régimen liberal por el que luchaba; por eso, lo que más temía era que se levantaran los campesinos. No tiene nada de extraño que aquella conspiración no pasara de ser la hazaña de unos cuantos oficiales brillantes, pero aislados, que sucumbieron casi sin lucha. Ese sentido tuvo la sublevación de los "decembristas".

Los terratenientes que poseían fábricas fueron los primeros de su estamento que se inclinaron hacia la sustitución del trabajo servil por el trabajo libre. Otro de los factores que impulsaban esta medida era la exportación, cada día mayor, de cereales rusos al extranjero. En 1861, la burocracia noble, apoyándose en los terratenientes liberales, implanta la reforma campesina. El impotente liberalismo burgués, reducido a su papel de comparsa, no tuvo más remedio que contemplar el cambio pasivamente. No hace falta decir que el zarismo resolvió el problema fundamental de Rusia, esto es, la cuestión agraria, de un modo todavía más mezquino y rapaz del que la monarquía prusiana había de emplear para resolver poco después el problema capital de Alemania: su unidad nacional. La solución de los problemas que incumben a una clase por obra de otra, es una de las combinaciones a que aludíamos, propias de los países atrasados.

Pero donde se revela de un modo indiscutible la ley del desarrollo combinado es en la historia y el carácter de la industria rusa. Nacida tarde, no repite la evolución de los países avanzados, sino que se incorpora a éstos, adaptando a su atraso propio las conquistas más modernas. Si la evolución económica general de Rusia saltó sobre los períodos del artesano gremial y de la manufactura, algunas ramas de su industria pasaron por alto toda una serie de etapas

técnico-industriales que en Occidente llenaron varias décadas. Gracias a esto, la industria rusa pudo desarrollarse en algunos momentos con una rapidez extraordinaria. Entre la revolución de 1905 y la guerra, Rusia dobló, aproximadamente, su producción industrial. A algunos historiadores rusos, esto les parece una razón bastante concluyente para deducir que "hay que abandonar la leyenda del atraso y del progreso lento". En rigor, la posibilidad de un tan rápido progreso hallábase condicionada precisamente por el atraso del país, que no sólo persiste hasta el momento de la liquidación de la vieja Rusia, sino que aún perdura como herencia de ese pasado, hasta el día de hoy.

El termómetro fundamental para medir el nivel económico de una nación es el rendimiento del trabajo, que, a su vez, depende del peso específico de la industria en la economía general del país. En vísperas de la guerra, cuando la Rusia zarista había alcanzado el punto culminante de su bienestar, la parte alicuota de riqueza nacional que correspondía a cada habitante era ocho o diez veces inferior a la de los Estados Unidos, lo cual no tiene nada de sorprendente si se tiene en cuenta que las cuatro quintas partes de la población laboriosa de Rusia se concentraban en la agricultura, mientras que en los Estados Unidos, por cada persona ocupada en las labores agrícolas, había 2'5 obreros industriales. Añádase a esto que, en vísperas de la guerra, Rusia tenía 0,4 kilómetros de líneas férreas por cada 100 kilómetros cuadrados, mientras que en Alemania, la proporción era de 11,7 y de 7 en Austria-Hungría, y por el estilo, todos los demás coeficientes comparativos que pudiéramos mencionar.

Como ya hemos dicho, es precisamente en el campo de la economía donde se manifiesta con un máximo relieve la ley del desarrollo combinado. Y así, mientras que hasta el momento mismo de estallar la revolución, la agricultura se mantenía, con pequeñas excepciones, casi en el mismo nivel del siglo XVII, la industria, en lo que a su técnica y a su estructura capitalista se refería estaba al nivel de los países más avanzados, y, en algunos aspectos, los sobrepasaba. En el año 1914, las pequeñas industrias con menos de 100 obreros representaban en los Estados Unidos un 35 por 100 del censo total de obreros industriales, mientras que en Rusia este porcentaje era tan sólo de 17,8. La mediana y la gran industria, con una nómina de 100 a 1.000 obreros, representaban un peso específico aproximadamente igual; los centros fabriles gigantescos que daban empleo a más de 1.000 obreros cada uno y que, en los Estados Unidos, sumaban el 17'8 por 100 del censo total de la población obrera, en Rusia, representaban el 41,4 por 100. En las regiones industriales más importantes, este porcentaje era todavía más ele-

vado: en la zona de Petrogrado era de 44,4 por 100, en la de Moscú, de 57,3 por 100. A idénticos resultados llegamos comparando la industria rusa con la inglesa o alemana. Este hecho, que nosotros fuimos los primeros en registrar en el año 1908, se aviene mal con la idea que vulgarmente se tiene del atraso económico de Rusia. Y, sin embargo, no excluye este atraso, sino que lo complementa dialécticamente.

También la fusión del capital industrial con el bancario se efectuó en Rusia en proporciones que tal vez no haya conocido ningún otro país. Pero la mediatización de la industria por los Bancos equivalía a su mediatización por el mercado financiero de la Europa Occidental. La industria pesada (metal, carbón, petróleo) se hallaba sometida casi por entero al control del capital financiero internacional, que se había creado una red auxiliar y medidora de Bancos en Rusia. La industria ligera siguió las mismas huellas. En términos generales, cerca del 40 por 100 del capital en acciones invertido en Rusia pertenecía a extranjeros, y la proporción era considerablemente mayor en las ramas principales de la industria. Sin exageración, puede decirse que los paquetes de acciones que controlaban los principales Bancos, empresas y fábricas de Rusia estaban en manos de extranjeros, debiendo advertirse que la participación de los capitales de Inglaterra, Francia y Bélgica representaban casi el doble de la de Alemania.

Las condiciones originales de la industria rusa y de su estructura informan el carácter social de la burguesía de Rusia y su fisonomía política. La intensa concentración industrial suponía, ya de suyo, que entre las altas esferas capitalistas y las masas del pueblo, no hubiese sitio para una jerarquía de capas intermedias. Añádase a esto que los propietarios de las más importantes empresas industriales, bancarias y de transportes eran extranjeros que cotizaban los beneficios obtenidos en Rusia y su influencia política en los parlamentos extranjeros, razón por la cual no sólo no les interesaba fomentar la lucha por el parlamentarismo ruso, sino que, muchas veces, le hacían frente: baste recordar el vergonzoso papel que desempeñaba en Rusia la Francia oficial. Tales eran las causas elementales e insuperables del aislamiento político y del odio al pueblo de la burguesía rusa. Y si ésta, en los albores de su historia, no había alcanzado el grado necesario de madurez para acometer la reforma del Estado, cuando las circunstancias le depararon la ocasión de ponerse al frente de la revolución, demostró que llegaba ya tarde.

En consonancia con el desarrollo general del país, la base sobre la que se formó la clase obrera rusa no fue el artesanado corporativo, sino la agricultura; no fue la ciudad, sino el campo. Además, el proletariado de Rusia no fue

formándose paulatinamente a lo largo de los siglos arrastrando tras sí el peso del pasado, como en Inglaterra, sino a saltos, por una transformación súbita de las condiciones de vida, de las relaciones sociales, rompiendo bruscamente con el ayer. Esto fue, precisamene, lo que, unido al yugo concentrado del zarismo, hizo que los obreros rusos asimilaran las conclusiones más avanzadas del pensamiento revolucionario, del mismo modo que la industria rusa, llegada al mundo con retraso, se asimiló las últimas conquistas de la organización capitalista.

El proletariado ruso tornaba a reproducir, una y otra vez, la breve historia de sus orígenes. Al tiempo que en la industria metalúrgica, sobre todo en Petrogrado, cristalizaba y surgía una categoría de proletarios depurados que habían roto completamente con la aldea, en los Urales seguía predominando el tipo obrero de semiproletario, semicampesino. La afluencia de nuevas hornadas de mano de obra del campo a las regiones industriales, renovaba todos los años los lazos que unían al proletariado con su cantera social.

La incapacidad de acción política de la burguesía se hallaba directamente informada por el carácter de sus relaciones con el proletariado y la clase campesina. La burguesía no podía arrastrar consigo a las obreros, a quienes la vida de todos los días enfrentaba con ella y que, además, aprendieron en seguida a generalizar sus problemas. Y la misma incapacidad demostraba para atraerse a los campesinos, atada como estaba a los terratenientes por una red de intereses comunes y temerosa de que el régimen de propiedad, en cualquiera de sus formas, viniese a tierra. El retraso de la Revolución Rusa no era tan sólo, como se ve, un problema de cronología, sino que afectaba también a la estructura social del país.

Inglaterra hizo su revolución puritana en una época en que su población total no pasaba de los cinco millones y medio de habitantes, de los cuales medio millón, correspondía a Londres. En la época de la Revolución Francesa, París no contaba tampoco con más de medio millón de almas de los veinticinco que formaban el censo total del país. A principios del siglo xx, Rusia tenía cerca de ciento cincuenta millones de habitantes, más de tres millones de los cuales se concentraban en Petrogrado y Moscú. Detrás de estas cifras comparativas latían grandes diferencias sociales. La Inglaterra del siglo xvii, como la Francia del siglo xviii, no conocían aún el proletariado moderno. En cambio, en Rusia, la clase obrera contaba en 1905, incluyendo la ciudad y el campo, no menos de diez millones de almas que, con sus familias, venían a representar más de veinticinco millones, cifra que superaba la de la población total de Francia en la época de la Gran Revolución. Desde los

artesanos acomodados y los campesinos independientes que formaban en el ejército de Cromwell hasta los proletarios industriales de San Petersburgo, pasando por los *sans-culottes* de París, la revolución hubo de modificar profundamente su mecánica social, sus métodos, y, con éstos también naturalmente, sus fines.

Los acontecimientos de 1905 fueron el prólogo de las dos revoluciones de 1917: la de febrero y la de octubre. El prólogo contenía ya todos los elementos del drama, aunque éstos no se desarrollasen hasta el fin. La guerra ruso-japonesa hizo tambalear al zarismo. La burguesía liberal se valió del movimiento de las masas para infundir un poco de miedo, desde la oposición, a la monarquía. Pero los obreros se emanciparon de la burguesía, organizándose aparte de ella y frente a ella en los Soviets, creados entonces por vez primera. Los campesinos se levantaron al grito de "¡Tierra!" en toda la gigantesca extensión del país. Los elementos revolucionarios del Ejército sentíanse atraídos, tanto como los campesinos, por los Soviets, que, en el momento culminante de la revolución, disputaron abiertamente el poder a la monarquía. Fue entonces cuando actuaron por primera vez en la historia de Rusia todas las fuerzas revolucionarias: carecían de experiencia y les faltaba la confianza en sí mismos. Los liberales retrocedieron ostentosa-mente ante la revolución en el preciso momento en que se demostraba que no bastaba con hostilizar al zarismo, sino que era preciso derribarlo. La brusca ruptura de la burguesía con el pueblo, que hizo que ya entonces se desprendiese de aquélla una parte considerable de la intelectualidad democrática, facilitó a la monarquía la obra de selección dentro del Ejército, le permitió seleccionar las fuerzas fieles al régimen y organizar una sangrienta represión contra los obreros y campesinos. Y, aunque con algunas costillas rotas, el zarismo salió vivo y relativamente fuerte de la prueba de 1905.

¿Qué alteraciones introdujo en el panorama de las fuerzas sociales el desarrollo histórico que llena los once años que median entre el prólogo y el drama? Durante este período, se acentúa todavía más la contradicción entre el zarismo y las exigencias de la Historia. La burguesía se fortificó económicamente, pero ya hemos visto que su fuerza se basaba en la intensa concentración de la industria y en la importancia creciente del capital extranjero. Adoctrinada por las enseñanzas de 1905, la burguesía se hizo aún más conservadora y suspicaz. El peso específico dentro del país de la pequeña burguesía y de la clase media, que ya antes era insignificante, disminuyó más aún. La intelectualidad democrática no disponía del menor punto consistente de apoyo social. Podía gozar de una influencia transitoria, pero

nunca desempeñar un papel propio: hallábase cada vez más mediatizada por el liberalismo burgués. En estas condiciones, no había más que un sector que pudiera brindar un programa, una bandera y una dirección a los campesinos: el proletariado. La misión grandiosa que le estaba reservada engendró la necesidad inaplazable de crear una organización revolucionaria propia, capaz de reclutar a las masas del pueblo y ponerlas al servicio de la revolución, bajo la iniciativa de los obreros. Así fue como los Soviets de 1905 tomaron en 1917 un gigantesco desarrollo. Que los Soviets —dicho sea de paso— no son, sencillamente, producto del atraso histórico de Rusia, sino fruto de la ley del desarrollo social combinado, lo demuestra por sí solo el hecho de que el proletario del país más industrial del mundo, Alemania, no hallase durante la marejada revolucionaria de 1918-1919 otra forma de organización que los Soviets.

La revolución de 1917 perseguía como fin inmediato el derrumbamiento de la monarquía burocrática. Pero, a diferencia de las revoluciones burguesas tradicionales, daba entrada en la acción, en calidad de fuerza decisiva, a una clase, hija de los grandes centros industriales y equipada con una nueva organización y nuevos métodos de lucha. La ley del desarrollo social combinado se nos presenta aquí en su expresión última: la revolución que comienza derrumbando toda la podredumbre medieval, a la vuelta de pocos meses lleva al poder al proletariado, acaudillado por el Partido Bolchevique.

El punto de partida de la Revolución Rusa fue la revolución democrática. Pero planteó en términos nuevos el problema de la democracia política. Mientras los obreros llenaban el país de Soviets, dando entrada en ellos a los soldados y, en algunos sitios, a los campesinos, la burguesía seguía entreteniéndose en discutir si debía o no convocarse la Asamblea Constituyente. Conforme vayamos exponiendo los acontecimientos, veremos dibujarse esta cuestión de un modo perfectamente concreto. Por ahora, queremos limitarnos a señalar el puesto que corresponde a los Soviets en la concatenación histórica de las ideas y las formas revolucionarias.

La revolución burguesa de Inglaterra, planteada a mediados del siglo xvii, se desarrolló bajo el manto de la Reforma religiosa. El súbdito inglés, luchando por sus derechos a rezar por el devocionario que mejor le pareciese, luchaba contra el rey, contra la aristocracia, contra los principios de la Iglesia y contra Roma. Los presbiterianos y los puritanos de Inglaterra estaban profundamente convencidos de que colocaban sus intereses terrenales bajo la suprema protección de la providencia divina. Las aspiraciones por que luchaban las nuevas clases confundíanse inseparablemente en sus conciencias con los textos de la Biblia y los ritos del

culto religioso. Los emigrantes del *Mayflower* llevaron consigo al otro lado del océano esta tradición mezclada con su sangre. A esto se debe la fuerza excepcional de resistencia de la interpretación anglosajona del cristianismo. Y todavía es hoy el día en que los ministros "socialistas" de la Gran Bretaña encubren su cobardía con aquellos mismos textos mágicos en que los hombres del siglo XVII buscaban una justificación para su bravura.

En Francia, donde no prendió la Reforma, la Iglesia católica perduró como Iglesia de Estado hasta la revolución, que había de ir a buscar no a los textos de la Biblia, sino a las abstracciones de la democracia, expresión y justificación para los fines de la sociedad burguesa. Y por grande que sea el odio que los actuales directores de Francia sientan hacia el jacobinismo, el hecho es que, gracias a la mano dura de Robespierre, pueden permitirse ellos hoy el lujo de seguir disfrazando su régimen conservador bajo fórmulas por medio de las cuales se hizo saltar en otro tiempo a la vieja sociedad.

Todas las grandes revoluciones han marcado a la sociedad burguesa una nueva etapa y nuevas formas de conciencia de sus clases. Del mismo modo que en Francia no prendió la Reforma, en Rusia no prendió tampoco la democracia formal. El partido revolucionario ruso a quien incumbió la misión de dejar estampado su sello en toda una época, no acudió a buscar expresión de los problemas de la revolución a la Biblia, ni a esa democracia "pura" que no es más que el cristianismo secularizado, sino a las condiciones materiales de las clases que integran la sociedad. El régimen de los trabajadores se realiza por vez primera en la Historia bajo los Soviets, que, cualesquiera sean las vicisitudes históricas que les estén reservadas, han echado raíces tan profundas e indestructibles en la conciencia de las masas como en su tiempo la Reforma o la democracia pura.

LA RUSIA ZARISTA Y LA GUERRA

La intervención de Rusia en la guerra era contradictoria, por los motivos y los fines que perseguía. En el fondo, la sangrienta lucha entablada giraba en torno a la supremacía mundial. En este sentido, excedía las fuerzas de Rusia. Los "objetivos de guerra" de ésta (los estrechos turcos, Galitzia, Armenia) tenían un carácter provincial, y sólo podían ser alcanzados de pasada, en la medida en que se armonizase con los intereses de las potencias beligerantes decisivas.

Pero, al mismo tiempo, Rusia, como gran potencia que era, no podía permanecer al margen en aquellas disputas de los países capitalistas más avanzados, del mismo modo que, en la época anterior, no había podido abstenerse de introducir en su país fábricas, ferrocarriles, fusiles de tiro rápido y aeroplanos. Los frecuentes debates entablados entre los historiadores rusos de la moderna escuela acerca de si la Rusia zarista estaba o no madura para tomar parte en la política imperialista contemporánea, degeneran constantemente en escolasticismo, pues enfocan a Rusia aisladamente, como factor suelto en la palestra internacional, cuando, en realidad, no era más que el eslabón de un sistema.

La India tomó parte en la guerra formalmente y de hecho como colonia de Inglaterra. La intervención de China, aparentemente "voluntaria", fue, en realidad, la intervención del esclavo en las reyertas de los señores. La beligerancia de Rusia venía a ocupar un lugar intermedio entre la de Francia y la de China. Rusia pagaba en esta moneda el derecho a estar aliada con los países adelantados, importar sus capitales y abonar intereses por los mismos; es decir, pagaba, en el fondo, el derecho a ser una colonia privilegiada de sus aliados, al propio tiempo que a ejercer su presión sobre Turquía, Persia, Galitzia, países más débiles y atrasados que ella, y a saquearlos. En el fondo, el imperalismo de la burguesía rusa, con su doble faz, no era más que una agencia al servicio de otras potencias mundiales más poderosas.

Los "compradores" chinos son el tipo clásico de una burguesía nacional creada según el papel de agente intermedio entre el capital financiero extranjero y la economía interior del país. En la jerarquía de los Estados del mundo, Rusia ocupaba antes de la guerra un lugar considerablemente más alto que China. Problema aparte es conocer el lugar que hubiera ocupado después de la guerra, suponiendo que no hubiese estallado la revolución. Sin embargo, la autocracia rusa, de una parte, y de otra la burguesía, presentaban los rasgos característicos marcados de tipo de los "compradores": tanto una como otra vivían y se nutrían de los vínculos que las unían al imperialismo extranjero, a cuyo servicio estaban, y de no apoyarse en él, no hubieran podido tenerse en pie. Y ya se vio que, a última hora, ni con este apoyo pudieron salir adelante. La burguesía rusa "semicompradora" tenía intereses mundiales imperialistas, a la manera como el agente que trabaja en comisión comparte los intereses de la empresa a la que sirve.

El instrumento de las guerras son los ejércitos. Y como en las mitologías nacionales el propio Ejército se considera siempre invencible, las clases gobernantes en Rusia no se veían obligadas a hacer una excepción para el ejército zarista. En realidad, éste no representaba una fuerza seria más que contra los pueblos semibárbaros, los pequeños países limítrofes y los Estados en descomposición; en la palestra europea, este ejército podía luchar coaligado con los demás. En el aspecto defensivo, su eficacia estaba en relación directa con la inmensa extensión del país, la densidad escasa de población y las malas comunicaciones. El ejército de los campesinos siervos de la gleba tuvo un virtuoso: Suvorov. La Revolución Francesa, abriendo de par en par las puertas a una nueva sociedad y a una nueva estrategia, firmó la sentencia de muerte de los ejércitos suvorianos.

La semiabolición del régimen servil y la implantación del servicio militar obligatorio modernizaron el ejército dentro de los mismos límites que el país; es decir, llevaron a él todas las contradicciones de una nación que aún no había hecho su revolución burguesa. Ciertamente es que el ejército zarista fue organizado y equipado a tono con el ejemplo de los países occidentales; pero esto afectaba más a la forma que al fondo. Había una gran desproporción entre el nivel cultural del campesino-soldado y el de la técnica militar. En el mando, cobraban expresión la ignorancia, la pereza y la venalidad de las clases gobernantes rusas. La industria y los transportes fallaban constantemente ante las exigencias concentradas de los tiempos de guerra. Los soldados, que en los primeros días de la guerra daban la impresión de estar bien equipados, carecieron en seguida no sólo de armas, sino de botas. En la guerra ruso-japonesa, el ejér-

cito zarista demostró su nulidad. En la época de la contrarrevolución, la monarquía, con la ayuda de la Duma, abasteció los depósitos de material de guerra y remendó como pudo el ejército, echando también una pieza a su reputación de invencible. Hasta que en el año 1914 sobrevino una prueba harto más dura.

En cuanto al armamento y las finanzas, Rusia se nos revela, durante la guerra, entregada servilmente a sus aliados. En realidad, esto no hacía más que reproducir, en el aspecto militar, la subordinación general en que se encontraba respecto a los países capitalistas avanzados. Pero ni con la ayuda de los Aliados salvó Rusia su situación. La escasez de municiones, la falta de medios para fabricarlas, la ausencia de una buena red ferroviaria, con su consiguiente incapacidad para el transporte, tradujeron el atraso de Rusia al lenguaje de las derrotas accesibles para todo el mundo, y estas derrotas recordaron a los elementos liberales de la nación que sus antecesores no se habían cuidado de hacer la revolución burguesa y que, por tanto, los descendientes estaban en deuda con la Historia.

Los primeros días de la guerra fueron también los primeros días de la ignominia. Después de una serie de catástrofes parciales, en la primavera de 1915 sobrevino la desbandada general. Los generales descargaban los furores de su ineptitud criminal sobre la población civil. Los inmensos territorios del país eran devastados brutalmente. Verdaderas nubes de langostas humanas veíanse empujadas a latigazos hacia el interior del país. El desastre de adentro venía a completar el derrumbamiento de fuera.

Contestando a las preguntas de sus colegas, en que hablaba la inquietud respecto a la situación en el frente, el Ministro de la Guerra, general Polivanov, contestó, textualmente: "Confío en la dilatada extensión intransitable de nuestro territorio, en los pantanos inacabables y en la misericordia de San Nicolás, protector de la Santa Rusia." (Sesión del 4 de agosto de 1915.) Unas semanas más tarde el general Russki confesaba a aquellos mismos ministros: "Las modernas exigencias de la técnica militar exceden nuestras posibilidades. Desde luego, no podemos entendérnoslas con los alemanes." Y en estas palabras no se reflejaba una impresión pasajera. El oficial Stankievich reproduce estas palabras de un ingeniero militar: "Es inútil que queramos guerrear contra los alemanes, pues no nos hallamos en condiciones de hacer nada. Hasta los nuevos métodos de guerra se truecan para nosotros en otras tantas causas de fracaso". Y aún podríamos citar multitud de opiniones por este estilo.

De lo único que los generales podían disponer en abundancia era de carne humana. Con la carne de vaca y de

cerdo se guardaba mucha más economía. Aquellas nulidades grises del Estado Mayor, aquel Yanuskievich de la escolta de Nicolás Nicolaievich o aquel Alexeiev de la escolta del zar, no sabían más que tapar las brechas con nuevas movilizaciones, consolando a los Aliados y consolándose a sí mismos con grandes columnas de cifras, cuando lo que hacía falta eran columnas de combatientes. Fueron movilizadas cerca de quince millones de hombres, que llenaban las zonas de combate, los cuarteles, los centros de etapa, se estrujaban y se pisoteaban unos a otros, furiosos y con la maldición en los labios. Y estas masas humanas, que eran un valor nulo en el frente, eran, en cambio, un valor muy efectivo de disgregación en el interior del país. Se calcula que el número de muertos, heridos y prisioneros rusos, fue aproximadamente de cinco millones y medio de hombres. La cifra de desertores aumentaba incesantemente. Ya en julio de 1915, los ministros se lamentaban: "Pobre Rusia! Hasta su ejército, que en otros tiempos llenó el mundo con el clamor de sus victorias..., ha venido a quedar reducido a un tropel de cobardes y desertores."

Los propios ministros que hacían chistes macabros hablando de la "valentía evacuadora" de los generales, perdían horas y horas en discutir problemas como éste: ¿Debían sacarse de Kiev las reliquias de los santos o dejarlas estar? El zar entendía que podían dejarse allí, pues "los alemanes" no se atreverían a tocarlas, y si se atreven, peor para ellos". Sin embargo, el Sínodo había empezado ya a trasladarse a otro sitio: "Cuando nos marchemos, nos llevaremos con nosotros lo más preciado". Estos hechos no ocurrían en la época de las Cruzadas, sino en pleno siglo xx, mientras la radio transmitía las noticias de las derrotas rusas.

Los triunfos alcanzados por Rusia sobre Austria-Hungría no se debían tanto al país vencedor como al vencido. La putrefacta monarquía de los Habsburgos estaba pidiendo a voces desde hacía largo tiempo un sepulturero, el primero que llegase. No era la primera vez que Rusia triunfaba de los Estados en descomposición, tales como Turquía, Polonia y Persia. El frente sudoccidental del Ejército ruso, vuelto hacia Austria-Hungría, alcanzó, a diferencia de los otros, grandes victorias. En él se destacaron algunos generales que, si a decir verdad, no revelaron en nada grandes aptitudes militares, por lo menos no estaban penetrados de ese fatalismo propio de los capitanes vencidos invariablemente. De este medio habrían de salir, andando el tiempo, algunos de los "héroes" blancos de las guerras civiles.

Todo el mundo buscaba en quién descargar sus culpas. No había judío a quien no se acusara de espionaje. Todo el que llevaba un apellido alemán veía su casa saqueada. El estado mayor del gran duque Nicolás Nicolaievich mandó

fusilar como espía alemán al coronel de gendarmes Miasoedov, sin prueba alguna fehaciente de que lo fuese. Sujomlinov, Ministro de la Guerra, hombre vacuo y poco escrupuloso, fue detenido y acusado, acaso no sin motivos, de traición. El Ministro de Asuntos Extranjeros de la Gran Bretaña, Grey, dijo al presidente de la delegación parlamentaria rusa, comentando el hecho: "Vuestro Gobierno da pruebas de una gran audacia al atreverse a procesar por traidor en plena guerra al ministro del ramo". Los estados mayores y la Duma acusaban de germanofilia a la corte. Y tanto unos como otros sentían envidia y odio contra los Aliados. El Alto Mando francés economizaba sus tropas, echando mano de soldados rusos. Inglaterra se desplazaba lentamente. En los salones de Petrogrado y en los estados mayores del frente decíase chanceando: "Inglaterra ha jurado que guerrearía hasta dar la última gota de sangre... del soldado ruso". Estas bromas acabaron por llegar a oídos de los soldados del frente. "¡Todo para la guerra!" exclamaban los ministros, los diputados, los generales y los periodistas. "Si gruñan los soldados en las trincheras, empezando a abrir los ojos—; todos están dispuestos a combatir hasta dar la última gota... de mi sangre."

El ejército ruso experimentó en la guerra un número de muertos superior al de cualquiera de las demás naciones que tomaron parte en la matanza; sus víctimas ascendieron a dos millones y medio de muertos, o sea el 40 por 100 de las pérdidas sufridas por todos los ejércitos aliados juntos. En los primeros meses, los soldados caían bajo los obuses sin reflexiones o reflexionando poco. Pero cada día que pasaba iba dejando en ellos un nuevo poso de experiencia, esa experiencia amarga de los "soldados rasos", que no tienen quién les sepa conducir. Los soldados tocaban las consecuencias de aquel caos de marcha sin rumbo ni objetivo que ordenaban sus generales, en sus zapatos rotos y en su estómago vacío.

Y de aquella papilla sangrienta de hombres y cosas se alzó una palabra que fue tomando cuerpo y extendiéndose por todas partes: la palabra *locura*. El rudo lenguaje de los soldados empleaba, naturalmente, otra un poco más fuerte.

El cuerpo que primero se desmoralizó fue la infantería, formada por campesinos. La artillería, en cuyas filas suele haber un tanto por ciento bastante grande de obreros industriales, denota, por lo general, una capacidad mucho mayor de asimilación de las ideas revolucionarias, como hubo de demostrarse bien claramente en 1905. El hecho de que en 1917 la artillería revelara, por el contrario, tendencias más conservadoras que la infantería, se explica teniendo en cuenta que por los regimientos de infantería pasaba como un cedazo una sucesión constante de masas humanas

cada vez menos preparadas. La artillería, que había sufrido muchas menos pérdidas, seguía conservando los antiguos cuadros. Lo mismo ocurría en otras armas especiales. Pero, a última hora, tampoco la artillería se mantuvo fiel.

Durante la retirada de Galitzia el generalísimo transmitió la siguiente orden secreta: "Azotar a los soldados que deserten o cometan cualesquiera otros delitos." Pireiko. Un soldado, cuenta: "Comenzaron a azotar a los soldados por la más insignificante falta, como era, por ejemplo, el alejarse del regimiento por algunas horas sin permiso; otras veces se veía que azotaban sencillamente para levantar la moral bélica a fuerza de latigazos". Ya el 17 de septiembre de 1915, apuntaba Kuropatkin invocando el testimonio de Guchkov: "Los soldados partieron a la guerra llenos de entusiasmo; ahora están cansados y las constantes retiradas les han hecho perder la fe en la victoria." Esto era, poco más o menos, por los mismos días en que el Ministro del Interior, hablando de los treinta mil soldados convalécientes hospitalizados en Moscú, decía: "Son una banda de revoltosos, que no conocen la disciplina, escandalizan, se pelean con los guardias (no hace mucho que un guardia fue muerto por ellos), libertan por la fuerza a los detenidos, etcétera. Es evidente que si surgen desórdenes, estas hordas se sumarán a la multitud". El soldado Pireiko, a quien citábamos más arriba, escribe en sus *Recuerdos*: "Todo el mundo sin excepción concentra su interés en la paz: lo que menos le interesaba al Ejército era saber quién saldría vencedor y qué clase de paz se sellaría. El Ejército necesitaba, quería la paz a toda costa, pues estaba cansado ya de la guerra".

Una mujer que poseía espíritu observador, S. Fedorschenko, tuvo ocasión de escuchar, siendo enfermera, las conversaciones, casi diríamos los pensamientos, de los soldados, y los puso por escrito con gran arte en su carnet de notas. Fruto de este trabajo fue un librito titulado *El Pueblo en la Guerra*, que nos permite lanzar una ojeada a ese laboratorio en que las bombas, las alambradas, los gases asfixiantes y la vileza de los jefes fueron trabajando durante largos meses la conciencia de unos cuantos millones de campesinos rusos, y donde, al mismo tiempo que con los huesos humanos, crujían los prejuicios de varios siglos de tradición. En muchos de aquellos aforismos primitivos, grabados por la soldadesca, latían ya en potencia las consignas de la guerra civil que se avecinaba.

El general Russki lamentábase, en diciembre de 1916, de Riga, ala que llamaba "la desgracia del frente septentrional". Era, lo mismo que Dvinsk —decía el general—, un "nido de propaganda revolucionaria". El general Brusilov confirmaba que las tropas procedentes de esa región

llegaban desmoralizadas, que los soldados se negaban a lanzarse al ataque, que el capitán de una compañía había sido muerto a bayonetazos por sus hombres, que no había habido más remedio que fusilar a unos cuantos y otras cosas por el estilo. "Los gérmenes que habían de producir la descomposición definitiva del Ejército existían ya mucho antes de la revolución", confiesa Rodzianko, que mantenía relaciones con la oficialidad y había visitado repetidas veces el frente.

Los elementos revolucionarios, al principio dispersos, habíanse hundido en la masa del Ejército casi sin dejar huella. Pero a medida que cundía el descontento iban saliendo de nuevo a la superficie. Los obreros huelguistas, enviados al frente como castigo, reforzaban las filas de agitadores, y las retiradas les brindaban auditores propicios. "En el interior, y sobre todo en el frente —denuncia la Ojra—, el Ejército está plagado de elementos subversivos, de los cuales unos pueden convertirse, llegado el momento de una sublevación, en una fuerza activa, y otros negarse a ejecutar medidas represivas..." Las autoridades superiores de la gendarmería de la provincia de Petrogrado denuncian en octubre de 1916, basándose en un informe del delegado de la Unión de los Zemstros, que el estado de espíritu que reina en el Ejército es inquietante, que las relaciones entre los oficiales y soldados denotan una gran tirantez; por doquier pululan a millares los desertores. "Todo el que haya visto de cerca el Ejército saca la impresión y el convencimiento de que entre los soldados reina indiscutible descomposición moral." Por medida de prudencia, el informe añade que si bien mucho de lo que se cuenta en las citadas informaciones parece poco verosímil, no hay más remedio que darles crédito, pues muchos de los médicos que regresan del frente de operaciones se expresan en idéntico sentido.

El estado de espíritu reinante en el interior del país correspondía a la moral del frente. En la reunión celebrada por el Partido Kadete, en octubre de 1916, la mayoría de los delegados hacían notar la apatía y la desconfianza en el final victorioso de la guerra que dominaban "en todos los sectores de la población, sobre todo en el campo y entre los elementos pobres de las ciudades". El 30 de octubre de 1916, el director del Departamento de Policía hablaba en sus informes de la "fatiga de la guerra" y del "anhelo de una paz pronta, sea cual sea, que se observan por todas partes, en todos los sectores de la población".

Meses más tarde, diputados y policías, generales, médicos y ex gendarmes, afirmaban unánimemente que la revolución había matado el patriotismo en el Ejército y que los bolcheviques les habían quitado de entre las manos una victoria segura.

En este caos de patriotismo belicoso, los que llevaban la batuta eran, sin duda, los demócratas constitucionales (los kadetes). El liberalismo, que ya a fines de 1905 había roto el contacto muy problemático que le unía a la revolución, levantó desde los primeros momentos de la contrarrevolución la bandera del imperialismo. Ya la cosa era lógica: puesto que no había manera de limpiar al país de la basura feudal para garantizar a la burguesía una situación preeminente, no le quedaba más recurso que pactar una alianza con la monarquía y la nobleza, con el fin de asegurar al capital un puesto más relevante en la palestra mundial. Y si bien es evidente que la catástrofe mundial se fue preparando desde distintos puntos, lo cual hizo que en cierto grado sorprendiese incluso a sus organizadores más responsables, no es menos indudable que los liberales rusos, en su calidad de inspirador de la política exterior de la monarquía ocupan un lugar bastante destacado en la preparación de la guerra. Los caudillos de la burguesía rusa hacían justicia a la verdad al saludar como cosa suya la guerra de 1914. En la sesión solemne celebrada por la Duma nacional el 16 de julio de 1914, el representante de la fracción de los kadetes declara: "No planteamos condiciones ni formulamos exigencias; nos limitamos a arrojar en la balanza la firme decisión de rechazar al enemigo". La "unión sagrada" fue sellada también en Rusia como doctrina oficial. Durante las manifestaciones patrióticas de Moscú, el marqués de Benkerndorf, maestro mayor de ceremonias, declaró a los diplomáticos: "¡Ahí tienen ustedes la revolución que nos pronosticaban en Berlín!" "Esta idea —comenta el embajador francés Paléologue— está manifiestamente en todas las cabezas." Aquella gente consideraba como su deber abrigar y sembrar ilusiones en una situación que parece que debía ser incompatible con ellas.

No habían de hacerse esperar las frías enseñanzas de la realidad. Poco después de estallar la guerra, uno de los kadetes más expansivos, el abogado y terrateniente Rodichev, exclama en una sesión del Comité Central de su partido: "Pero es posible que creáis que con imbéciles como éstos puede nadie vencer?" Los acontecimientos demostraron que no, que con imbéciles como aquéllos no había manera de vencer. Cuando ya tenía perdida una buena parte de su fe en el triunfo, el liberalismo intentó aprovecharse de la inercia de la guerra para introducir un poco de limpieza en la camarilla palaciega y obligar a la monarquía a pactar. El arma principal de que se sirvió para estos fines fue la acusación de germanofilia y de preparación de una paz por separado lanzada contra el partido de la corte.

En la primavera de 1915, cuando las tropas desarmadas se batían en retirada en todo el frente, las esferas gu-

bernamentales decidieron, no sin la presión de los Aliados, atraer hacia los trabajos de guerra la iniciativa de la industria privada. A una reunión convocada especialmente para este fin, acudieron, además de los burócratas, los industriales más influyentes. Las Uniones de *zemstvos* y de municipios que habían surgido al estallar la conflagración, y los Comités industriales de guerra, creados en la primavera de 1915, se convirtieron en otros tantos puntos de apoyo de la burguesía en su lucha por la victoria y el poder. Apoyada en dichas organizaciones, la Duma nacional podía obrar con mayor seguridad como mediadora entre la clase burguesa y la monarquía.

Sin embargo, las vastas perspectivas políticas no distraían la atención de los intereses cotidianos. De la Comisión asesora especial, formada con aquellos fines, fluían, como de un manantial, cientos de millones de rublos, que, ramificados por diversos canales, regaban copiosamente la industria, saciando a su paso los apetitos de muchos. En la Duma nacional y en la prensa se dieron a conocer algunos de los beneficios de guerra obtenidos durante los años de 1915 y 1916; la empresa textil de Riabuschinski, un fabricante liberal de Moscú, figuraba con un 75 por 100 de beneficios netos; la manufactura de Tver (con un 111 por 100!); la fábrica de laminación de cobres de Kolichugin, fundada con capital de diez millones, aparecía reportando más de doce de utilidades. Como se ve aquí la virtud patriótica quedaba recompensada espléndidamente, y, además, bastante aprisa.

La especulación en todas sus formas y el juego de Bolsa llegaron al paroxismo. De la espuma sangrienta surgían inmensas fortunas. Que en la capital no hubiese pan ni combustible, no impedía a Faberget, el joyero de la corte, vanagloriarse de que nunca había hecho tan magníficos negocios. La Virubova, camarera de palacio, cuenta que jamás se habían encargado trajes tan caros, ni se habían comprado tantos brillantes como durante el invierno de 1915-1916. Los locales nocturnos de diversiones estaban abarrotados de héroes emboscados, de desertores legales y demás caballeros respetables, demasiado viejos para guerrear en el frente, pero lo suficientemente jóvenes todavía para gozar de la vida en la retaguardia. Los grandes duques no eran "los que menos participaban en aquellas orgías mientras hacia estragos la peste". Y no había que preocuparse de lo que se derrochara, pues no cesaba de caer de lo alto una lluvia benéfica de oro. La "buena sociedad" no tenía más que alargar la mano y abrir los bolsillos; las damas aristocráticas alzaban las faldas; los banqueros e intendentes, industriales, bailarinas del zar y de los grandes duques, jerarcas ortodoxos, damas de la corte, diputados radicales, generales del frente y de la retaguardia, abogados

radicales, tartufos augustos de ambos sexos el tropel de sobornos, y, sobre todo, de sobrinas, todos chapoteaban en aquel cieno amasado con sangre. Todos se daban prisa a robar y a comer a dos carrillos, temerosos de que la benéfica lluvia se acabara, rechazando todos con indignación la idea ignominiosa de una paz prematura.

La comunidad en las ganancias, las derrotas del frente y los peligros del interior, fueron acercando más y más a los partidos de las clases poseedoras. En la Duma, desunida todavía en visperas de la guerra, formóse en 1915 una mayoría patriótica de oposición, que adoptó el nombre de "bloque progresivo". Proclamó, naturalmente, como su finalidad oficial, la "satisfacción de las necesidades creadas por la guerra". En la izquierda, quedaron fuera del bloque los socialdemócratas y los *trudovniki*; en la derecha, los grupos francamente obscurantistas (las "centurias negras"). Todas las demás fracciones: los kadetes, los progresistas, los tres grupos de octubristas, el centro y una parte de los nacionalistas, entraron en el bloque o se adhirieron a él, al igual que los grupos nacionales: los polacos, los lituanos, los musulmanes, los judíos, etc. Para no asustar al zar lanzando la fórmula de un Ministerio responsable, el bloque exigió "un Gobierno de coalición, formado por personas que gozasen de la confianza del país". El Ministro del Interior, príncipe Scherbatov, defendía ya en aquel entonces el bloque progresivo como una "unión pasajera provocada por el peligro de la revolución social". Para comprender esto, no era necesario, naturalmente, una gran penetración. Milinkov, que capitaneaba a los kadetes, y, desde ese puesto, al bloque, decía en una reunión de su partido: "Estamos sobre un volcán... La tensión ha llegado a su límite extremo... Basta con que cualquier imprudente arroje una cerilla al suelo para que estalle el voraz incendio... Urge más que nunca un poder fuerte, cualquiera él sea, bueno o malo".

Tan grande era la esperanza de que el zar, intimidado por las derrotas, se avendría a hacer concesiones, que, en agosto, la prensa liberal publicó la lista de un proyecto "Gabinete de confianza" con el presidente de la Duma, Rodzianko, de Primer Ministro (otra versión indicaba para este cargo al presidente de la Unión de los *Zemstvos*, príncipe Lvov; Guchkov, de Ministro del Interior; Miliukov, en Asuntos Extranjeros, etc. Año y medio después, la mayoría de estas personas, que se habían nombrado a sí mismas para aliarse con el zar contra la revolución, obtenía carteras en el Gobierno "revolucionario" provisional. No era el primer caso en que la Historia se permitía bromas de éstas. Menos mal que, por esta vez, la chanza resultó de corta duración.

La mayoría de los ministros del Gabinete presidido por

Goremykin estaba tan atemorizada como los kadetes ante la marcha de los acontecimientos, razón por la cual se inclinaban a pactar con el bloque progresivo. "Un Gobierno que no cuente con la confianza titular del poder supremo, ni del Ejército, ni de los municipios, ni de los *zemstvos*, ni de la nobleza, ni de los comerciantes, ni de los obreros, no sólo no puede actuar sino que ni siquiera puede exigir. Es un absurdo manifiesto." Este era el juicio que le merecía, en agosto de 1915, al príncipe Scherbatov el Gobierno en que él mismo desempeñaba la cartera del Interior. "Si las cosas se organizan de una manera decorosa y se deja una salida —decía el Ministro de Asuntos Extranjeros, Sazonov—, los kadetes serán los primeros en aceptar el pacto: Miliukov es un gran burgués, y nada teme tanto como a la revolución social. Además, la mayoría de los kadetes tiemblan ante la perspectiva de perder sus capitales." Por su parte, el propio Miliukov entendía que el bloque tendría que hacer "ciertas concesiones". Como se ve, ambas partes estaban dispuestas a negociar y el asunto parecía concluido. Pero el 29 de agosto, Goremykin, el presidente del Consejo, un burócrata cargado de años y de honores, viejo cínico que se dedicaba a hacer política entre partida y partida de naipes y se negaba a atender ninguna queja diciendo que la guerra no era cosa suya, se presentó al zar en el Cuartel General y volvió con la noticia de que todo el mundo debía permanecer en su sitio y las cosas como estaban, excepto la rebelde Duma, que sería disuelta el 3 de septiembre. La lectura del "ucase" del zar que disolvía la Duma, fue acogida sin una sola palabra de protesta; los diputados dieron un viva al zar y se fueron cada cual por su lado.

¿Cómo este Gobierno, que, según su propia confesión, no se apoyaba en nadie, pudo sostenerse en el poder más de año y medio? Los triunfos pasajeros de las tropas rusas surtieron, indudablemente, su efecto, reforzando la benéfica lluvia de oro. Ciertamente es que los triunfos en el frente se acabaron pronto, pero en el interior del país los beneficios seguían viento en popa. Sin embargo, la causa principal de que se consolidase la monarquía por una temporada, doce meses antes de sobrevenir su derrumbamiento, residía en la aguda diferenciación del descontento popular. El jefe de la Ojra de Moscú daba cuenta de cómo la burguesía evolucionaba hacia la derecha empujada por "el miedo ante la posibilidad de que después de la guerra se produjesen revueltas revolucionarias". Como vemos, la posibilidad de una revolución en plena guerra se daba por descartada. Los industriales andaban, además, inquietos por los "coqueteos" de algunos de los directores de los Comités industriales de guerra con el proletariado. El coronel de gendarmes Martínov, que, por lo visto no había perdido el

tiempo leyendo por deber profesional las obras marxistas llegaba a la conclusión de que la mejora relativa experimentada por la situación política del país se debía a "la diferenciación cada vez más acentuada de las clases sociales, en la que se ponen al descubierto de un modo vivo y cada vez más sensible, en los tiempos que corren, los conflictos planteados entre sus intereses".

La disolución de la Duma en septiembre de 1915 fue un reto lanzado a la burguesía y no a los obreros. Y sin embargo, mientras los liberales se volvían a sus casas vitoreando al zar, aunque, a decir verdad, sin gran entusiasmo, los obreros de Petrogrado y Moscú contestaban al reto con huelgas de protesta. Esto acabó de desalentar a los liberales, que lo que más temían era que un tercero en discordia se entrometiera en su pleito familiar con la monarquía. ¿Qué posición debían adoptar? Los liberales, con unos cuantos gruñidos tímidos de ala izquierda, optaron por la solución acreditada: no salirse de la legalidad y revelar la inutilidad de la burocracia cumpliendo estrictamente con sus deberes patrióticos. Desde luego, no había más remedio que dejar a un lado, por el momento, la lista de un ministerio liberal.

Entretanto, la situación iba empeorando automáticamente. En mayo de 1916 fue convocada otra vez la Duma, aunque, a decir verdad, nadie sabía para qué. No entraba en sus intenciones, ni por asomo, hacer un llamamiento a la revolución. Y no siendo así, no cumplía ningún papel. "Durante este período —recuerda Rodzianko— las sesiones se desarrollaban perezosamente, los diputados asistían a ellas con irregularidad... La eterna lucha parecía no tener ningún sentido, el Gobierno no quería oír nada, el desorden crecía y el país caminaba hacia el precipicio." En el transcurso de 1916 la monarquía halló un poco de apoyo social en el miedo de la burguesía a la revolución, unido a la impotencia de la burguesía sin revolución.

En otoño, la situación se agravó más aún. Ahora, todo el mundo estaba convencido de que era inútil proseguir la guerra, y la indignación de las masas populares amenazaba con desbordarse a cada momento. Los liberales, al mismo tiempo que atacaban al partido de la corte por su germanofilia, creían necesario tantear las posibilidades de paz, preparando así su porvenir. Sólo de este modo se explican las negociaciones celebradas en Estocolmo, en el otoño de 1916, por uno de los jefes del bloque progresivo, el diputado Protopopov, con el diplomático alemán Warburg. La delegación de la Duma, que hizo sendas visitas de amistad a los franceses y a los ingleses, pudo convencerse sin esfuerzo, lo mismo en París que en Londres, de que los queridos Aliados estaban dispuestos a sacar a Rusia, mientras durase

la guerra, el mayor jugo vital posible, para después de la victoria convertir a este país atrasado en terreno propicio para su explotación económica. La vieja Rusia, deshecha y a remolque de los Aliados victoriosos, no hubiera sido más que una colonia, hubiera vivido una existencia colonial. A las clases poseedoras rusas no les quedaba más recurso que pugnar por desprenderse de aquellos abrazos excesivamente apretados de la *Entente* y buscar por su cuenta un camino que les llevase a la paz, aprovechándose del antagonismo que reinaba entre los dos bandos más poderosos. La entrevista del presidente de la delegación de la Duma con el diplomático alemán, primer paso dado en este sentido, quería ser, además, una amenaza para los Aliados, con el fin de coaccionarlos a hacer concesiones, y un tanteo de la posibilidad de establecer una inteligencia con Alemania. Protopopov no sólo obraba de acuerdo con la diplomacia zarista —la entrevista con el diplomático alemán se celebró en presencia del embajador ruso en Suiza—, sino también de acuerdo con la delegación de la Duma nacional. De paso, los liberales perseguían un objetivo interior no menos importante: "Confía en nosotros —daban a entender al zar— y te conseguiremos una paz por separado, mejor y más firme que Sturmer". Según los planes de Protopopov, es decir, de sus mandantes, el Gobierno ruso debería notificar a los Aliados, "con algunos meses de anticipación", que se veía obligado a poner fin a la guerra, y que si ellos se negaban a entablar negociaciones de paz, Rusia tendría que firmar un armisticio por separado con Alemania. En una confesión escrita ya después de la revolución, Protopopov dice, como si hablase de una cosa muy natural: "Toda la gente razonable del país, incluyendo a casi todos los líderes del partido de la 'libertad del pueblo', estaban persuadidos de que Rusia no se hallaba en condiciones de continuar la guerra".

El zar, a quien Protopopov, a su regreso, dio cuenta del viaje y del resultado de sus negociaciones, mostró en absoluto conforme con la idea de una paz por separado. Lo que no veía era que hubiese algún motivo para asociar a los liberales a la empresa. El que Protopopov, rompiendo —dicho sea de paso— con el bloque progresivo, entrase de pronto a formar parte de la camarilla palaciega, tenía su explicación en el carácter personal de ese necio vanidoso, enomorado, según propia declaración del zar, de la zarina, y, al mismo tiempo, de la cartera de Ministro del Interior, que le caía del cielo cuando menos lo esperaba. Pero este episodio de la traición cometida por Protopopov contra el liberalismo no hizo variar en un ápice el sentido general que informaba la política exterior de los liberales, mezcla de codicia, cobardía y felonía.

El 1.º de noviembre volvió a reunirse la Duma. La ten-

sión reiterante en el país era ya insoportable; todo el mundo esperaba que la Duma tomase alguna resolución decisiva. Era preciso hacer o, por lo menos, decir algo. El bloque progresivo viose obligado a recurrir nuevamente a los ritos parlamentarios. Milukov, enumerando desde la tribuna los principales actos del Gobierno, los glosaba, una y otra vez, con esta pregunta: "¿Es imbecilidad o es traición?" Hubo también otros diputados que dieron la nota alta. El Gobierno no encontró apenas defensores, pero contestó a su modo, prohibiendo que los discursos pronunciados en la Duma fueran publicados por la prensa. Por esta razón hubieron de imprimirse en tiradas aparte, distribuyéndose por millones de ejemplares. Apenas había oficina pública, lo mismo en el interior del país que en el frente, donde no se copiasen estos discursos, muchas veces con interpolaciones y añadidos, a tono con el temperamento del copista. La resonancia de los debates del 1.º de noviembre en todo el país fue tal, que asustó a los propios acusadores.

Un grupo de elementos de la extrema derecha, burócratas de raza, inspirados por Durnovo, el pacificador de Moscú en la revolución de 1905, dio al zar una nota que era en aquellos momentos todo un programa. El ojo avezado de aquellos funcionarios expertos que habían cursado en una escuela policiaca sería, no dejó de percibir el peligro, y si su receta no dio resultado fue únicamente porque para la dolencia que sufría el viejo régimen, no había cura. Los autores de la nota se pronunciaban en contra de toda concesión a la oposición burguesa, no porque los liberales quisieran ir demasiado lejos, como pensaban las vulgares "centurias negras", a las que miraban por encima del hombro los reaccionarios de las altas esferas gubernamentales, no; sino porque los liberales "son tan débiles, se hallan tan divididos y, digámoslo francamente, son tan ineptos, que su triunfo sería tan efímero como inconsistente". La debilidad del partido principal de la oposición, el "Demócrata Constitucional" (kadetes) —seguía diciendo la nota— se revelaba ya en su mismo nombre: se titulaba demócrata, siendo como era burgués por esencia; hallándose como se hallaba en buena parte integrado por terratenientes liberales, inscribía en su programa el rescate obligatorio de la tierra. "Si se les quitan estas cartas tomadas de las barajas de otro —escribían los consejeros secretos del zar, usando las imágenes que les eran habituales—, los kadetes quedan reducidos a una asociación numerosa de abogados, profesores y funcionarios liberales de los distintos departamentos del Estado." Los revolucionarios eran ya otra cosa. La nota reconoce, aunque rechinando los dientes, la importancia de los partidos revolucionarios: "El peligro, y la fuer-

za, de estos partidos consiste en que tienen una idea, dinero (!), y masas bien dispuestas y organizadas." Los partidos revolucionarios "pueden contar con las simpatías de una mayoría aplastante de campesinos, que seguirán al proletariado tan pronto como los caudillos revolucionarios apunten a las tierras de los señores". ¿Qué se conseguiría, en estas condiciones, con instaurar un ministerio responsable? "La desaparición completa y definitiva del partido de las derechas, la absorción paulatina de los partidos intermedios: centro, conservadores, liberales, octubristas y progresistas por el partido de los kadetes, que, de este modo, adquirirían, por fin, una importancia decisiva dentro del país. Pero pronto los kadetes se verían amenazados por la misma suerte... ¿Y luego, qué? Pues, luego, entrarían en acción las masas revolucionarias, sería llegado el momento de la Comuna, caería la dinastía, se derrumbarían las clases poseedoras y, por fin, entraría en escena el bandido campesino." No se puede negar que, en estas líneas, el informe reaccionario-policiaco se remonta aquí a originales previsiones históricas.

En cuanto a las medidas propuestas, el programa de la nota no es nuevo, pero sí consecuente: un Gobierno integrado de partidarios implacables de la autocracia; supresión de la Duma; declaración del estado de sitio en las dos capitales; aprontamiento de fuerzas para sofocar la rebelión. En el fondo, no fue otro el programa que sirvió de base a la política del Gobierno durante los últimos meses que precedieron a la revolución. Mas la eficacia de este programa presuponia una fuerza que Durnovo había tenido en sus manos en el invierno de 1905, pero ya no existía en el otoño de 1917. Por eso, la monarquía no tenía más remedio que hacer todo lo posible por estrangular al país discretamente, dividiendo las resistencias. El ministerio fue renovado, dándose entrada a hombres de confianza incondicionalmente adictos al zar y a la zarina. Pero estos hombres "de confianza", y el primero de todos, el tráfuga Protopopov, eran nulidades lamentables. La Duma no fue disuelta, sino que volvieron a suspenderse sus sesiones. La declaración del estado de sitio en Petrogrado se aplazó hasta el instante en que ya la revolución había obtenido la victoria. Y las fuerzas militares preparadas para reprimir la insurrección se vieron arrastrados automáticamente al campo rebelde. Todo esto se puso de manifiesto ya a los dos o tres meses.

Entretanto, el liberalismo hacía los últimos esfuerzos desesperados por salvar la situación. Todas las organizaciones de la gran burguesía apoyaron los discursos pronunciados en noviembre por la oposición desde la tribuna de la Duma con una serie de declaraciones. La más insolente

fue la resolución votada el 9 de diciembre por la Unión de Municipios Urbanos: "Unos cuantos criminales irresponsables, unos cuantos fanáticos, quieren llevar a Rusia al desastre, a la ignorancia y a la esclavitud". En este mensaje se invitaba a la Duma nacional a "que no se disolviese sin antes conseguir la formación de un Gobierno responsable". Hasta el propio Consejo de Estado, órgano de la alta burocracia y de la gran propiedad, se mostró partidario de que fueran llamados al poder hombres que gozan de la confianza del país. En el mismo sentido se pronunció el Congreso de la nobleza: las piedras venerables cubiertas de musgo rompieron a hablar. Pero todo siguió igual. La monarquía se resistía a soltar los restos del poder que aún tenía en las manos.

La última sesión de la última Duma fue convocada tras muchas vacilaciones y aplazamientos para el 14 de febrero de 1917. Faltaban menos de dos meses para estallar la revolución. Todo el mundo esperaba manifestaciones en las calles. En el *Riech*, órgano de los kadetes, aparecía junto al bando del gobernador militar de la región de Petrogrado, general Jabalov, que declaraba prohibidas todo género de manifestaciones, una carta de Miliukov en que se ponía en guardia a los obreros contra los "consejos malévolos y peligrosos" de "origen turbio". A pesar de las huelgas, las sesiones de la Duma se abrieron con relativa tranquilidad. Simulando que la cuestión del poder había dejado de interesarle, la Duma se consagró a un problema muy grave en verdad, pero puramente práctico: las subsistencias. El estado de espíritu de los diputados era de abatimiento, había de decir más tarde Rodzianko: "se notaba la impotencia de la Duma, el cansancio producido por aquella lucha estéril". Y Miliukov repetía que el bloque progresivo "actuaría con la palabra y sólo con la palabra". En estas condiciones fue como la Duma se vio arrastrada por el torbellino de la Revolución de Febrero.

EL PROLETARIADO Y LOS CAMPESINOS

El proletariado ruso había de dar sus primeros pasos bajo las condiciones políticas de un Estado despótico. Las huelgas ilegales, las organizaciones subterráneas, las proclamas clandestinas, las manifestaciones en las calles, los choques con la policía y las tropas del Ejército: tal fue su escuela, fruto de la combinación de las condiciones del capitalismo que se desarrolla rápidamente y el absolutismo que iba evacuando poco a poco sus posiciones. La concentración de los obreros en fábricas gigantescas, el carácter concentrado del yugo del Estado y, finalmente, el ardor combativo de un proletariado joven y lozano, hicieron que las huelgas políticas, tan raras en Occidente, se convirtiesen allí en un método fundamental de lucha. Las cifras relativas a las huelgas planteadas en Rusia desde principios del siglo actual son el índice más elocuente que acusa la historia política de aquel país. Y aun siendo nuestro propósito no recargar el texto de este libro con cifras, no podemos renunciar a reproducir las que se refieren a las huelgas políticas destacadas en el periodo que va de 1903 a 1917. Nuestros datos, reducidos a su más simple expresión, se contraen a las empresas sometidas a la inspección de fábricas. Dejamos a un lado los ferrocarriles, la industria minera, el artesanado y las pequeñas empresas en general y, mucho más naturalmente, la agricultura, por diversas razones que no hay para qué señalar. Con esto, no pierden el menor relieve los cambios que acusa la curva de huelgas durante ese periodo.

HUELGAS POLITICAS

Años	Número de huelguistas
1903	87.000
1904	25.000
1905	1.843.000
1906	651.000
1907	540.000
1908	93.000
1909	8.000
1910	4.000
1911	8.000
1912	550.000
1913	502.000
1914 (primera mitad)	1.059.000
1915	156.000
1916	310.000
1917 (enero-febrero)	575.000

Nos hallamos ante la curva, única en su género, de la temperatura política de un país que alberga en sus entrañas una gran revolución. En un país rezagado y con un proletariado reducido —el censo de los obreros de las empresas sometidas a la inspección fabril pasa de millón y medio de obreros en 1905, a unos dos millones en 1907— nos encontramos con un movimiento huelguístico que alcanza proporciones desconocidas hasta entonces en cualquier otro país del mundo. Frente a la debilidad de la democracia pequeñoburguesa y a la atomización y ceguera política del movimiento campesino, la huelga obrera revolucionaria es el ariete que la nación, en el momento de su despertar, descarga contra las murallas del absolutismo. Nos bastaría fijarnos en la cifra de los 1.843.000 huelguistas políticos de 1905 —claro está que los obreros que tomaron parte en más de una huelga figuran en esta estadística por diferentes conceptos— para poner el dedo a ciegas en el año de la revolución, aunque no tuviéramos más datos que ése sobre el calendario político de Rusia.

En 1904, primer año de la guerra ruso-japonesa, la inspección de fábricas no señala más que 25.000 huelguistas en todo el país. En 1905, el número de obreros que toman parte en las huelgas políticas y económicas, en conjunto asciende a 2.863.000, ciento quince veces más que en el año anterior. Este salto sorprendente induce por sí mismo a pensar que el proletariado, a quien la marcha de los

acontecimientos obligó a improvisar una actividad revolucionaria tan inaudita, tenía que sacar a toda costa de su seno una organización que respondiera a las proporciones de la lucha y a la grandiosidad de los fines perseguidos: esta organización fueron los *Soviets* creados por la primera revolución y que no tardaron en convertirse en órganos de la huelga general y de la lucha por el poder.

Derrotado en el alzamiento de diciembre de 1905, el proletariado pasa dos años —años que, si bien viven todavía del impulso revolucionario como la estadística de huelgas revela, son ya, a pesar de todo, años de reflujo— haciendo esfuerzos heroicos por mantenerse una parte, al menos de las posiciones conquistadas. Los cuatro años que siguen (1908-1911) se reflejan en el espejo de la estadística de huelgas como años de contrarrevolución triunfante. Coincidiendo con ésta, la crisis industrial viene a desgastar todavía más al proletariado, exangüe ya de suyo. La hondura de la caída es proporcional a la altura que había alcanzado el movimiento ascensional. Las convulsiones de la nación tienen su fiel reflejo en estas sencillas cifras.

El periodo de prosperidad industrial que se inicia en el año 1910, pone otra vez en pie a los obreros, e imprime nuevo impulso a sus energías. Las cifras de 1912-1914 repiten casi los datos de 1905-1907, sólo que en un orden inverso: ahora, el movimiento no tiende a caer, sino que va en ascenso. Comienza la nueva ofensiva revolucionaria sobre bases históricas más altas: esta vez, el número de obreros es mayor, y mayor también su experiencia. Los seis primeros meses de 1914 pueden equipararse casi, por el número de huelguistas políticos, al año de apogeo de la primera revolución. Pero se desencadena la guerra y trunca bruscamente este proceso. Los primeros meses de la guerra se caracterizan por la inactividad política de la clase obrera. Pero el estancamiento empieza ya a ceder en la primavera de 1915, y se abre un nuevo ciclo de huelgas políticas que, en febrero de 1917, produce la explosión del alzamiento de los obreros y los soldados.

Estos flujos y reflujos bruscos de la lucha de masas hacen que el proletariado ruso parezca cambiar de fisonomía en el transcurso de unos cuantos años. Fábricas que dos o tres años antes se lanzaban unánimemente a la huelga con motivos de cualquier acto de arbitrariedad policiaca, pierden de pronto su empuje revolucionario y dejan sin respuesta los crímenes más monstruosos del poder. Las grandes derrotas producen un abatimiento prolongado. Los militantes revolucionarios pierden autoridad sobre las masas. En la conciencia de éstas vuelven a aflorar los viejos prejuicios y las supersticiones aún no esfumadas. Al mismo tiempo, la penetración de los elementos grises, procedentes

del campo en las filas obreras, hace que se destina —por decirlo así— el carácter de clase de éstas. Los escépticos menean irónicamente la cabeza. Tal fue lo que aconteció en los años 1907 a 1911. Pero los procesos moleculares se encargan de curar en las masas las lesiones psíquicas. Un nuevo giro de los acontecimientos o un impulso económico subterráneo abre un nuevo ciclo político. Los elementos revolucionarios vuelven a encontrar quien les preste oídos, y la lucha se enciende de nuevo y con mayores bríos.

Para comprender las dos tendencias principales en que se escinde la clase obrera rusa, conviene no olvidar que el menchevismo cobra su forma definitiva durante los años de reacción y reflujo, apoyado principalmente, en el reducido sector de obreros que habían roto con la revolución, mientras que el bolchevismo, sañudamente perseguido durante el periodo de la reacción, resurge en seguida sobre la espuma de la nueva oleada revolucionaria en los años que preceden inmediatamente a la guerra. "Los elementos, las organizaciones y los hombres que rodean a Lenin son los más enérgicos, los más audaces y los más capacitados para la lucha sin desmayo, la resistencia y la organización permanentes"; así juzgaba el Departamento de Policía la labor de los bolcheviques durante los años que preceden a la guerra.

En julio de 1914, cuando los diplomáticos clavaban los últimos clavos en la cruz destinada a la crucifixión de Europa, en Petrogrado hervía la caldera revolucionaria. El Presidente de la República Francesa, Poincaré, depositó su corona sobre la tumba de Alejandro II en el mismo momento en que resonaban en las calles los últimos ecos de la lucha y los primeros gritos de las manifestaciones patrióticas.

¿Cabe pensar que, a no haberse declarado la guerra, el movimiento ofensivo de las masas que venía creciendo desde 1912 a 1914 hubiera determinado directamente el derrocamiento del zarismo? No podemos contestar de un modo categórico a esta pregunta. No hay duda que el proceso conducía inexorablemente a la revolución. Pero ¿por qué etapas hubiera tenido ésta que pasar? ¿No le estaría reservada una nueva derrota? Qué tiempo hubieran necesitado los obreros para poner en pie a los campesinos y adueñarse del Ejército? No puede decirse. En estas cosas, no cabe más que la hipótesis. Lo cierto es que la guerra marcó en un principio un paso atrás, para luego, en la fase siguiente, acelerar el proceso y asegurarle una victoria aplastante.

El movimiento revolucionario se paralizó al primer redoble de los tambores guerreros. Los elementos obreros más activos fueron movilizadas. Los militantes revolucionarios fueron trasladados de las fábricas al frente. Toda declaración de huelga era severamente castigada. La prensa obrera fue

suprimida, los sindicatos estrangulados. En las fábricas entraron cientos de miles de mujeres, de jóvenes, de campesinos. Políticamente, la guerra, unida a la bancarrota de la Internacional, desorientaron extraordinariamente a las masas y permitieron a la dirección de las fábricas, que había levantado cabeza, hablar patrióticamente en nombre de la Industria, arrastrando consigo a una parte considerable de los obreros y obligando a los más audaces y decididos a adoptar una actitud expectante. La idea revolucionaria había ido a refugiarse a grupos pequeños y silenciosos. En las fábricas, nadie se atrevía a llamarse bolchevique, si no quería verse al punto detenido e incluso apaleado por los obreros más retrógrados.

En el momento de estallar la guerra, la fracción bolchevique de la Duma, floja por las personas que la componían, no estuvo a la altura de las circunstancias. Se juntó a los diputados mencheviques para formular una declaración en la que se comprometían a "defender los bienes culturales del pueblo contra todo atentado, viniera de donde viniese". La Duma subrayó con aplauso aquella capitulación. No hubo entre todas las organizaciones y grupos del Partido que actuaban en Rusia ni uno solo que abrazase la posición claramente derrotista que Lenin mantenía desde el extranjero. Sin embargo, entre los bolcheviques, el número de patriotas era insignificante; muy al contrario de lo que hicieron los narodniki y mencheviques, los bolcheviques empezaron ya en el año 14 a agitar entre las masas de palabra y por escrito contra la guerra. Los diputados de la Duma se rehicieron pronto de su desconcierto y reanudaron la labor revolucionaria, de la cual se hallaba perfectamente informado el Gobierno, gracias a su red extensísima de confidentes. Baste con decir que, de los siete miembros que componían el Comité petersburgués del Partido en vísperas de la guerra, tres estaban al servicio de la policía (Ojrana). El zarismo gustaba como se ve, de jugar al escondite con la revolución. En noviembre, fueron detenidos los diputados bolcheviques, y empezó la represión contra el Partido por todo el país. En febrero de 1945, la fracción parlamentaria compareció ante los tribunales. Los diputados mantuvieron una actitud prudente. Kamenev, el inspirador teórico de la fracción, se desentendió al igual que Petrovski, actual presidente del Comité Central Ejecutivo de Ucrania, de la posición derrotista de Lenin. Y el Departamento de Policía pudo comprobar con satisfacción que la rigurosa sentencia dictada contra los diputados bolcheviques no provocaba el menor movimiento de protesta entre los obreros.

Parecía como si la guerra hubiera cambiado a la clase trabajadora. Hasta cierto punto, así era: en Petrogrado la

composición de la masa obrera se renovó casi en un 40 por 100. La continuidad revolucionaria se vio bruscamente interrumpida. Todo lo anterior a la guerra, incluyendo la fracción bolchevique de la Duma, pasó de golpe a segundo término y cayó casi en el olvido. Pero, bajo esta capa aparente y precaria de tranquilidad, patriotismo y hasta en parte de monarquismo, en el seno de las masas se incubaba una nueva explosión.

En agosto de 1915, los ministros zaristas se comunican unos a otros que los obreros "acechan por todas partes, ven traiciones y sabotajes en favor de los alemanes, y se entregan celosamente a la busca y captura de los culpables de nuestros fracasos en el frente". En efecto, durante este período, la crítica de las masas, que empieza a resurgir, se apoya, en parte, sinceramente y en parte adoptando ese tinte protector, en la "defensa de la patria". Pero esta idea no era más que el punto de partida. El descontento obrero va echando raíces cada vez más profundas, sella los labios de los capataces, de los obreros reaccionarios y de los adulones de los patronos, y permite volver a levantar cabeza a los bolcheviques.

Las masas pasan de la crítica a la acción. Su indignación se traduce principalmente en los desórdenes producidos por la escasez de subsistencias, desórdenes que, en algunos sitios, toman la forma de verdaderos motines. Las mujeres, los viejos y los jóvenes se sienten más libres y más audaces en el mercado o en la plaza pública que los obreros movilizados, en las fábricas. En mayo, el movimiento deriva, en Moscú, hacia el saqueo de casas de alemanes. Y aunque sus autores obren bajo el amparo de la policía y procedan de los bajos fondos de la ciudad, la sola posibilidad del saqueo en una urbe industrial como Moscú atestigua que los obreros no están aún lo bastante despiertos para poder infiltrar sus consignas y su disciplina en la parte de la población urbana sacada de sus casillas. Al correrse por todo el país estos desórdenes, destruyen el hipnotismo de la guerra y preparan el terreno a las huelgas. La afluencia de mano de obra inepta a las fábricas y el afán de obtener grandes beneficios de guerra se traducen en todas partes en un empeoramiento de las condiciones de trabajo y resucitan los más burdos métodos de explotación. La carestía de la vida va reduciendo automáticamente los salarios. Las huelgas económicas se tornan en una reacción inevitable de las masas, tanto más tumultuosas cuanto más se la ha querido contener. Las huelgas van acompañadas de mítines, de votación de acuerdos políticos, de encuentros con la policía y, no pocas veces, de tiroteos y de víctimas.

La lucha se extiende, en primer término, por la región central. El 5 de junio, la policía dispara sobre los obreros

tejedores de Kostroma: cuatro muertos, nueve heridos. El 10 de agosto, las tropas hacen fuego sobre los obreros de Ivanovo-Voznesensk: dieciséis muertos, treinta heridos. En el movimiento de los obreros textiles aparecen complicados soldados del batallón destacado en aquella plaza. Como respuesta a los asesinatos de Ivanovo-Voznesensk, estallan huelgas de protesta en distintos puntos del país. Paralelamente a este movimiento, se va extendiendo la lucha económica. Los obreros de la industria textil marchan, en muchos sitios, en primera fila.

Comparado con la primera mitad de 1914, este movimiento representa, así en lo que se refiere a la intensidad del ataque como en lo que afecta a la claridad de las consignas, un gran paso atrás. No tiene nada de particular: es una huelga en la que toman parte principal las masas incultas; además, en el sector obrero dirigente reina el desconcierto más completo. Sin embargo, ya en las primeras huelgas que estallan durante la guerra se pulsa la proximidad de los grandes combates. El 16 de agosto declara el Ministro de Justicia, Ivostov: "Si actualmente no estallan acciones armadas es, sencillamente, porque los obreros no disponen de organización". Pero todavía se expresaba más claramente Goremykin: "El único problema con que tropiezan los caudillos obreros es la falta de organización, pues la detención de los cinco diputados de la Duma se la ha destruido". Y el Ministro del Interior añadía: "No es posible amnistiar a los diputados de la Duma (los bolcheviques), pues son el centro de organización del movimiento obrero en sus manifestaciones más peligrosas". Por lo menos, aquellos señores sabían muy bien dónde estaban sus verdaderos enemigos; en esto no se equivocaban.

Al tiempo que el Gobierno, aun en los momentos de mayor desconcierto, en que se mostraba propicio a hacer concesiones a los liberales, creía imprescindible dirigir los tiros a la cabeza de la revolución obrera, es decir, a los bolcheviques, la gran burguesía pugnaba por llegar a una inteligencia con los mencheviques. Alarmados por las proporciones que iban tomando las huelgas, los industriales liberales hicieron una tentativa para imponer una disciplina patriótica a los obreros, metiendo a los representantes elegidos por éstos en los Comités industriales de guerra. El Ministro del Interior se lamentaba de lo difícil que era luchar contra la iniciativa de Guchkov: "Todo esto se lleva a cabo bajo la bandera del patriotismo y en nombre de los intereses de la defensa nacional". Conviene tener en cuenta, sin embargo, que la policía se guardaba muy bien de detener a los socialpatriotas, en quienes veía unos aliados interdictos en la lucha contra las huelgas y los "excesos" revolucionarios. Todo el convencimiento de la policía de

que, mientras durase la guerra, no estallarían insurrecciones, se basaba en la confianza excesiva que había puesto en la fuerza del socialismo patriótico.

En las elecciones celebradas para proveer los puestos del Comité industrial de guerra fueron minoría los partidos de la defensa, acaudillados por Gvosdlev, un enérgico obrero metalúrgico, al que volveremos a encontrarnos más adelante como Ministro del Trabajo en el Gobierno revolucionario de coalición. Sin embargo, contaba no sólo con el apoyo de la burguesía liberal, sino también con el de la burocracia, para derrotar a los *boicotistas*, dirigidos por los bolcheviques, e imponer al proletariado de Petrogrado una representación en los organismos del patriotismo industrial. La posición de los mencheviques aparece expuesta con toda claridad en el discurso pronunciado poco después por uno de sus representantes ante los industriales del Comité: "Debéis exigir que el Gobierno burocrático que está en el poder se retire, cediéndoos el sitio a vosotros como representantes legítimos del régimen actual". La reciente amistad política entre estos elementos, que había de dar sus frutos más sazonados después de la revolución, iba estrechándose, no ya por días, sino por horas.

La guerra causó terribles estragos en las organizaciones clandestinas. Después del encarcelamiento de su fracción en la Duma, los bolcheviques viéronse privados de toda organización central. Los Comités locales llevaban una existencia episódica y no siempre se mantenían en contacto con los distritos. Sólo actuaban grupos dispersos, elementos sueltos. Sin embargo, el auge de la campaña huelguística les infundía fuerza y ánimos en las fábricas, y poco a poco fue estableciéndose el contacto entre ellos y se anudaron las necesarias relaciones. Resurgió la actuación clandestina. El Departamento de Policía había de escribir más tarde: "Los leninistas, a los que siguen en Rusia la gran mayoría de las organizaciones socialdemócratas, han lanzado desde el principio de la guerra, en los centros más importantes (tales como Petrogrado, Moscú, Jarkov, Kiev, Tula, Kostroma, provincia de Vladimir y Samara), una cantidad considerable de proclamas revolucionarias exigiendo el término de la guerra. Los frutos más palpables de esta labor son la organización de huelga y desórdenes obreros."

El 9 de enero, aniversario tradicionalmente conmemorado de la manifestación obrera ante el Palacio de Invierno, que el año anterior había pasado casi desapercibido, hace estallar, en el de 1916, una huelga de extensas proporciones. En estos años el movimiento de huelgas se duplica. No hay huelga importante en que no se produzcan choques con la policía. Los obreros hacen gala de su simpatía por los sol-

dados y la Ojrana apunta más de una vez este hecho inquietante.

La industria de guerra se desarrolla desmesuradamente, devorando todos los recursos a su alcance y mirando sus propios fundamentos. Las ramas de la producción de paz languidecían y caminaban hacia su muerte. A pesar de todos los planes elaborados, no se consiguió reglamentar la economía. La burocracia era incapaz para tomar el asunto por su cuenta; chocaba con la resistencia de los poderosos Comités industriales de guerra; no accedía, sin embargo, a entregar un papel regulador a la burguesía. El caos iba en aumento. Los obreros hábiles eran reemplazados por los torpes. No tardaron en perderse las minas de carbón y las fábricas de Polonia. Durante el primer año de guerra, Rusia perdió cerca de la quinta parte de sus fuerzas industriales. Un 50 por 100 de la producción total y cerca del 75 por 100 de la textil hubieron de destinarse a cubrir las necesidades del Ejército y de la guerra. Los transportes, agobiados de trabajo, no daban abasto a la necesidad de combustible y materias primas de las fábricas. La guerra, después de devorar toda la renta nacional líquida, amenazaba con disipar también el capital básico del país.

Los industriales mostrábanse cada vez menos propicios a hacer concesiones a los obreros, y el Gobierno seguía contestando a las huelgas, fuesen las que fuesen, con duras represiones. Todo esto empujaba el pensamiento de los obreros y lo hacía remontarse de lo concreto a lo general, de las mejoras económicas a las reivindicaciones políticas: "tenemos que lanzarnos a la huelga todos de una vez". Así resurge la idea de la huelga general. La estadística de huelga acusa de modo insuperable el proceso de radicalización de las masas. En el año 1915 toman parte en las huelgas políticas dos veces y media menos obreros que en los conflictos económicos; en 1916 son dos veces menos, y en los primeros dos meses de 1917 las huelgas políticas arrastran ya seis veces más obreros que las puramente económicas. Basta apuntar una sola cifra para poner de relieve el papel desempeñado por Petrogrado en este movimiento: durante los años de la guerra, corresponden a la capital el 72 por 100 de los huelguistas políticos.

En el fuego de la lucha se volatilizan muchas viejas supersticiones. La Ojrana comunica "con harto dolor" que si se procediera como la ley ordena contra "todos los delitos de injurias insolentes y abiertas a Su Majestad el Zar, el número de procesos seguidos por el artículo 103 alcanzaría cifras inauditas". Sin embargo, la conciencia de las masas no avanza en la misma medida que su propio movimiento. El agobio terrible de la guerra y el desmoronamiento económico del país aceleran hasta tal punto el proceso de la

lucha, que hasta el momento mismo de la revolución, una gran parte de las masas obreras no ha conseguido emanciparse, por falta material de tiempo, de ciertas ideas y de ciertos prejuicios que les imbuyeran el campo o las familias pequeñoburguesas de la ciudad de donde proceden. Este hecho imprime su huella a los primeros meses de la Revolución de Febrero.

A fines de 1916, los precios empiezan a subir vertiginosamente, a saltos. A la inflación y a la desorganización de los transportes viene a unirse la gran escasez de mercancías. El consumo de la población se reduce durante este período a más de la mitad. La curva del movimiento obrero sigue ascendiendo bruscamente. Con el mes de octubre la lucha entra en su fase decisiva. Todas las manifestaciones de descontento se mancomunan: Petrogrado toma carrera para lanzarse el salto de febrero. En todas las fábricas se celebran mítines. Temas: la cuestión de las subsistencias, la carestía de la vida, la guerra, el Gobierno. Circulan hojas bolcheviques. Se plantean huelgas políticas. Se improvisan manifestaciones a la salida de las fábricas y talleres. Aquí y allá obsérvense casos de fraternización de los obreros de las fábricas con los soldados. Estalla una tumultuosa huelga de protesta contra el consejo de guerra formado a los marinos revolucionarios de la escuadra del Báltico. El embajador francés llama la atención del Primer Ministro, Sturmer, sobre el hecho de que unos soldados dispararan contra la policía. Sturmer tranquiliza a M. Paléologue con estas palabras: "La represión será implacable". En noviembre envían al frente a un grupo numeroso de obreros movilizados de las fábricas de Petrogrado. El año acaba bajo un cielo de tormenta.

Comparando la situación actual con la de 1905, el director del Departamento de Policía, Vasiliev, llega a esta conclusión, harto poco tranquilizadora: "Las corrientes de oposición han tomado proporciones excepcionales que no habían alcanzado, ni mucho menos, en aquel turbulento período a que áudimos". Vasiliev no confía en la lealtad de la guarnición. Ni la misma policía le parece incondicionalmente adicta. La Ojrana denuncia la reaparición de la consigna de huelga general y el peligro de que vuelva a resurgir el terror. Los soldados y oficiales que retornan del frente dicen, refiriéndose a la situación: "¿A qué esperáis? Lo que hay que hacer es acabar de un bayonetazo con esta canalla. Si de nosotros dependiera, no nos pararíamos a pensarlo", y otras cosas similares.

Schliapnikov, miembro del Comité Central de los bolcheviques, antiguo obrero metalúrgico, habla del estado de nerviosidad en que se encontraban los obreros por aquellos días: "Bastaba con un simple silbido, con un ruido cual-

quiera, para que los obreros lo interpretasen como señal de parar la fábrica". Este detalle es interesante como síntoma político y como rasgo psicológico: antes de echarse a la calle, la revolución vibra ya en los nervios.

Las provincias recorren las mismas etapas, sólo que más lentamente. El acentuado carácter de masa del movimiento y su espíritu combativo hacen que el centro de gravedad se desplace de los obreros textiles a los metalúrgicos, de las huelgas económicas a las políticas, de las provincias a Petrogrado. Los dos primeros meses de 1917 arrojan un total de 575.000 huelguistas políticos, la mayor parte de los cuales corresponden a la capital. Pese a la nueva represión descargada por la policía en vísperas del 9 de enero, el aniversario del domingo sangriento, se lanzaron a la huelga en la capital 150.000 trabajadores. La atmósfera está cargada, los metalúrgicos van a la cabeza, los obreros tienen cada vez más arraigada la sensación de que no hay modo de volverse atrás. En cada fábrica se forma un núcleo activo que tiene casi siempre por eje a los bolcheviques. Durante las dos primeras semanas de febrero, las huelgas y los mítines se suceden sin interrupción. La policía, al aparecer el día 8 en la fábrica de Putilov, es recibida con una lluvia de pedazos de hierro y escoria. El 14, día de apertura de las sesiones de la Duma, se declaran en huelga en San Petersburgo cerca de 90.000 obreros. También en Moscú paran algunas fábricas. El 16 las autoridades deciden implantar en Petrogrado los bonos de pan. Esta innovación aumentó la nerviosidad de la gente. El 19 se agolpa delante de los negocios de comestibles una gran muchedumbre, formada principalmente por mujeres, pidiendo pan a gritos. Al día siguiente fueron saqueadas las panaderías en distintos puntos de la ciudad. Eran ya los albores de la insurrección que había de desencadenarse algunos días después.

La intrepidez revolucionaria del proletariado ruso no tenía su raíz exclusivamente en su seno. Ya su misma situación de minoría dentro del país indica que no habría podido dar a su movimiento tales proporciones, ni mucho menos ponerse al frente del Estado, si no hubiese encontrado un poderoso punto de apoyo en lo hondo del pueblo. Este punto de apoyo se lo daba la cuestión agraria.

Cuando, en 1861, se procedía con gran retraso, a emancipar a medias a los campesinos, el nivel de la agricultura rusa era casi el mismo que dos siglos antes. La conservación del viejo fondo de tierras comunales escamoteado a los campesinos en beneficio de la nobleza al implantarse la reforma, agudizaba automáticamente, con los métodos arcaicos de cultivo imperantes, la crisis de la superpoblación en los centros rurales, que era a la par la del sistema de cultivo alterno trienal. Los campesinos se sintieron cogi-

dos en una celada, tanto más cuanto que esto no ocurría precisamente en el siglo xvi, sino en el siglo xix, es decir, bajo un régimen muy avanzado de economía pecuniaria que exigía del viejo arado de madera lo que sólo podía dar de sí el tractor. También aquí volvemos a tropezar con la coincidencia de varias fases distintas del proceso histórico, que dan como resultado una exacerbación extraordinaria de las contradicciones reinantes.

Los eruditos, agrónomos y economistas sostenían que había tierra bastante con tal que se cultivase de un modo racional, lo cual equivalía a proponer al campesino que se colocara de un salto en una fase más alta de técnica y de cultivo, pero sin tocar demasiado al terrateniente, al policía ni al zar. Sin embargo, no hay ningún régimen económico, y mucho menos el agrario, que se encuentra entre los más inertes, que se retire de la escena histórica antes de haberse agotado todas sus posibilidades. Antes de verse obligado a pasar a un cultivo más intensivo, el campesino tenía que someterse a una última experiencia, para ver lo que daba de sí el sistema de cultivo alterno trienal. Esta experiencia sólo podía hacerse, evidentemente, a expensas de las tierras de los grandes propietarios. El campesino que se asfixiaba en su pequeña parcela de tierra y que vivía azotado por el doble látigo del mercado y del Fisco, no tenía más remedio que buscar el modo de deshacerse para siempre del terrateniente.

El total de tierra laborable enclavada dentro de los confines de la Rusia europea se calculaba, en vísperas de la primera revolución, en 280 millones de deciatinas. Las tierras comunales de los pueblos ascendían a unos 140 millones, los dominios de la Corona a 5 millones aproximadamente, los de la Iglesia sumaban, poco más o menos, 2,5 millones de deciatinas. De las tierras de propiedad privada, unos 70 millones de deciatinas se distribuían entre treinta mil grandes hacendados, a los que correspondían más de 500 deciatinas por cabeza, es decir, la misma cantidad aproximadamente con que tenían que vivir unos diez millones de familias campesinas. Esta estadística agraria constituía ya de por sí todo un programa de guerra campesina.

La primera revolución no había conseguido acabar con los grandes terratenientes. La masa campesina no se había levantado en bloque ni el movimiento desatado en el campo había coincidido con el de la ciudad; el ejército campesino había vacilado hasta que, por último, suministró las fuerzas necesarias para sofocar el alzamiento de los obreros. Apenas el regimiento de Semionov hubo sofocado la insurrección de Moscú, la monarquía se olvidó de poner la me-

nor cortapista a las propiedades de los grandes terratenientes y a sus propios derechos autocráticos.

Sin embargo, la revolución vencida dejó sus profundas huellas en el campo. El Gobierno abolió antiguos cánones que venían pesando sobre las tierras en concepto de redención y abrió las puertas de Siberia a la colonización. Los terratenientes, alarmados, no sólo hicieron concesiones de monta en lo referente a los arriendos, sino que empezaron a vender una buena parte de sus latifundios. De estos frutos de la revolución se aprovecharon los campesinos más acomodados, los que estaban en condiciones de arrendar y comprar las tierras de los señores.

Fue, sin embargo, la ley del 9 de noviembre de 1906 la reforma más importante implantada por la contrarrevolución triunfante, la que abrió más ancho cauce a la formación de una nueva clase de hacendados capitalistas en el seno de la masa campesina. Esta ley, que concedía incluso a pequeñas minorías dentro de los pueblos el derecho a desglosar, contra la voluntad de la mayoría, parcelas pertenecientes a los terrenos comunales, fue como un obús capitalista disparado contra el régimen comunal. El presidente del Consejo de Ministros, Stolypin, definía el carácter de la nueva política campesina emprendida por el Gobierno como un "anticipo a los fuertes". Dicho más claramente, se trataba de impulsar a los campesinos acomodados a apoderarse de las tierras comunales rescatando mediante compra las parcelas "libres" para convertir a estos nuevos hacendados capitalistas en columnas del régimen. Aquí, en esta tentativa para suplantarse el problema campesino por el problema del *kulak*, fue precisamente donde se estrelló la contrarrevolución.

El 1.º de enero de 1916 había dos millones y medio de labradores que tenían adquiridas e inscritas como de su propiedad 17 millones de deciatinas. Otros dos millones pedían que se les adjudicaran 14 millones de deciatinas en el mismo concepto. En apariencia, la reforma había alcanzado un triunfo colosal. Lo malo era que estas propiedades carecían en su mayoría de toda viabilidad y no eran más que materiales para una selección natural. En tanto que los terratenientes más atrasados y los labradores modestos vendían aprisa, unos sus latifundios y otros sus parcelas de tierra, entraba en escena como comprador una nueva burguesía rural. La agricultura pasaba, indudablemente, a una nueva fase de progreso capitalista. En cinco años (1908-1912), la exportación de productos agrícolas subió de mil millones a mil quinientos millones de rublos. Esto quería decir que las grandes masas de campesinos se proletarizaban y que los labradores acomodados lanzaban al mercado cantidades de trigo cada vez mayores.

Para suplir el régimen comunal obligatorio desplazado organizóse la cooperación voluntaria que, en el transcurso de pocos años, logró adentrarse bastante en las masas campesinas y que no tardó en convertirse en un tema de idealismo liberal y democrático. Pero el hecho era que la cooperación no favorecía verdaderamente más que a los campesinos ricos, a los que, en fin de cuentas, quería servir. Los intelectuales populistas, al concentrar en la cooperación campesina sus principales esfuerzos, lo que hacían era encaminar su amor al pueblo por los sólidos carriles de la burguesía. De este modo, se contribuyó muy eficazmente a preparar el bloque del partido "anticapitalista" de los socialrevolucionarios con el partido de los kadetes, capitalistas por excelencia.

El liberalismo, guardando una actitud de oposición aparente frente a la política agraria de la reacción, no dejaba de contemplar, esperanzadamente, la destrucción capitalista del régimen comunal. "En los pueblos —escribía el príncipe liberal Trubetskoi— surge una pequeña burguesía potente tan ajena por su formación y por su espíritu a los ideales de la nobleza como a las quimeras socialistas."

Pero esta magnífica medalla tenía también su reverso. Del régimen comunal no sólo salió una "potente pequeña burguesía", sino que salieron también sus antípodas. El número de campesinos que habían tenido que vender sus parcelas insuficientes llegaba, al comienzo de la guerra, a un millón, y este millón representaba, por lo menos, cinco millones de almas proletarizadas. También formaban un material explosivo bastante considerable los millones de labriegos pauperizados condenados a llevar la vida de hambre que les proporcionaban sus parcelas. Es decir, que se habían transplantado al campo las mismas contradicciones que tan pronto torcieron en Rusia el desarrollo de la sociedad burguesa en su conjunto. La nueva burguesía agraria destinada a apuntalar las propiedades de los terratenientes más antiguos y poderosos demostró la misma hostilidad declarada contra las masas campesinas, que eran la médula del régimen agrario, que los viejos terratenientes sentían contra la masa del pueblo. Lejos de brindar un punto de apoyo al orden de la propia burguesía campesina se hallaba necesitada de un orden firme para poder mantener las posiciones conquistadas. En estas condiciones no tenía nada de sorprendente que la cuestión agraria siguiese siendo el caballo de batalla de todas las Dumas. Todo el mundo tenía la sensación de que la última palabra no había sido dicha. El diputado campesino Petrichenko declaraba en cierta ocasión desde la tribuna de la Duma: "Por mucho que discutáis, no seréis capaces de crear otro planeta. Por tanto, no tendréis más remedio que darnos la tierra sobre la cual nosotros estamos". Y no se

crea que este campesino era un bolchevique o un socialrevolucionario; nada de eso, era un diputado monárquico y derechista.

El movimiento agrario decae igual que el movimiento obrero de huelgas a fines de 1907, para resurgir parcialmente a partir de 1908 e intensificar en el transcurso de los años siguientes. Ciertamente es que ahora la lucha se entabla primordialmente, y éste era el cálculo político de la reacción, en el seno de los propios organismos comunales. Al hacerse el reparto de las tierras comunales fueron frecuentes los choques armados entre los campesinos. Mas no por ello amaina la campaña contra los terratenientes. Los campesinos prenden fuego a las residencias señoriales, a las cosechas, a los pajares, apoderándose de paso de las parcelas desglosadas contra la voluntad de las comunidades.

En este estado se encontraban las cosas cuando la guerra sorprendió a los campesinos. El Gobierno reclutó en las aldeas cerca de diez millones de hombres y unos dos millones de caballos. Con esto, las haciendas débiles se debilitaron más todavía. Aumentó el número de los labriegos que no sembraban. A los dos años de guerra empezó la crisis del labriego modesto. La hostilidad de los campesinos contra la guerra iba en aumento de mes en mes. En octubre de 1916, las autoridades de la gendarmería de Petrogrado comunicaban que la población del campo no creía ya en el triunfo: según los informes de los agentes de seguros, maestros, comerciantes, etc. "todo el mundo espera con gran impaciencia que esta maldita guerra se acabe de una vez"... Es más: "Por todas partes se oye discutir de cuestiones políticas, se votan acuerdos dirigidos contra los terratenientes y los comerciantes, se crean células de diferentes organizaciones... No existe todavía un organismo central unificador; pero hay que suponer que los campesinos acabarán por unirse por medio de las cooperativas, que se extienden por minutos a lo largo de toda Rusia". En estos informes hay cierta exageración; en ciertos respectos, los buenos gendarmes se adelantan a los acontecimientos, pero es evidente que los puntos fundamentales están bien reflejados.

Las clases poseedoras no podían hacerse ilusiones creyendo que los pueblos del campo dejarían de ajustarles las cuentas; pero esperaban salir del paso como fuera y ahuyentaban las ideas sombrías. Por los días de la guerra, el embajador francés Paléologue, que quería saberlo todo; conversó sobre el particular con el ex Ministro de Agricultura, Krivoschein; con el ex Primer Ministro Kokovtsev; con el gran terrateniente conde de Bobrinski; con el presidente de la Duma, Rodzianko; con el gran industrial Putilov y con otros personajes notables. Y he aquí lo que des-

cubrió: para llevar a la práctica una reforma agraria radical se necesitaría un ejército permanente de trescientos mil agrimensores que trabajasen incansablemente durante quince años por lo menos; pero como en este plazo de tiempo el número de haciendas crecería a treinta millones, todos los cálculos previos que pudieran hacerse resultarían fallidos. Es decir, que, a juicio de los terratenientes, los altos funcionarios y los banqueros, la reforma agraria venía a ser algo así como la cuadratura del círculo. Está de más decir que estos escrúpulos matemáticos no rezaban con el campesino, para el cual lo primero y principal era acabar con los señores y después ya se vería lo que había que hacer.

Si, a pesar de todo esto, los campesinos se mantuvieron relativamente pacíficos durante la guerra, ello fue debido a que sus fuerzas activas se encontraban en el frente. En las trincheras los soldados no se olvidaban de la tierra en los momentos que les dejaba libres el pensamiento de la muerte y sus ideas acerca del porvenir se impregnaban del olor de la pólvora. Pero, así y todo, y por muy adiestrados que estuviesen en el manejo de las armas, los campesinos no hubieran hecho nunca por su exclusivo esfuerzo la revolución agrario-democrática, es decir, su propia revolución. Necesitaban una dirección. Por primera vez en la historia del mundo, el campesino iba a encontrar su director y guía en el obrero. En esto es en lo que la Revolución Rusa se distingue fundamentalmente de cuantas la precedieron.

En Inglaterra la servidumbre de la gleba desapareció de hecho a fines del siglo xiv; es decir, dos siglos antes de que apareciera y cuatro y medio antes de que fuera abolida en Rusia. La expropiación de las tierras de los campesinos llega, en Inglaterra, a través de la Reforma y de dos revoluciones, hasta el siglo xix. El desarrollo capitalista, que no se veía forzado desde fuera, dispuso por tanto de tiempo suficiente para acabar con la clase campesina independiente mucho antes de que el proletariado naciera a la vida política.

En Francia la lucha contra el absolutismo de la Corona y la aristocracia y los príncipes de la Iglesia obligó a la burguesía, representada por sus diferentes capas, a hacer, a fines del siglo xviii, una revolución agraria radical. La clase campesina independiente salida de esta revolución fue durante mucho tiempo el sostén del orden burgués, y en 1871 ayudó a la burguesía a aplastar la Comuna de París.

En Alemania la burguesía reveló su incapacidad para resolver de un modo revolucionario la cuestión agraria y, en 1848, traicionó a los campesinos para pasarse a los terratenientes, del mismo modo que, más de tres siglos antes, Lu-

tero, al estallar la guerra campesina, los había vendido a los príncipes. Por su parte, el proletariado alemán, a mediados del siglo xix, era demasiado débil para tomar en sus manos la dirección de las masas campesinas. Gracias a esto el desarrollo capitalista dispuso en Alemania, si no de tanto tiempo como en Inglaterra, del plazo necesario para imponer su régimen a la agricultura tal como había salido de la revolución burguesa parcial.

La reforma campesina realizada en Rusia en 1861 fue obra de la monarquía burocrática y aristocrática, acuciada por las necesidades de la sociedad burguesa; pero ante la impotencia política más completa de la burguesía, la emancipación campesina tuvo un carácter tal, que la forzada transformación capitalista del país, convirtió inexorablemente el problema agrario en problema que sólo podía resolver la revolución. Los burgueses rusos soñaban con el desarrollo agrario de tipo francés, danés o norteamericano, del tipo que se quisiera, con tal de que, naturalmente, no fuera ruso. Sin embargo, no se les ocurría asimilarse la historia francesa o la estructura social norteamericana. En la hora decisiva, los intelectuales demócratas, olvidando su pasado revolucionario, se pusieron al lado de la burguesía liberal y de los terratenientes, volviendo la espalda a la aldea revolucionaria. En estas condiciones no podía ponerse al frente de la revolución campesina más que la clase obrera.

La ley del desarrollo combinado, propia de los países atrasados —caracterizada esencialmente por una peculiar combinación de los elementos retrógrados con los factores más modernos—, se nos presenta aquí en su forma más típica, dándonos la clave para resolver el enigma más importante de la Revolución Rusa. Si la cuestión agraria, herencia de barbarie de la vieja historia rusa, hubiera sido o hubiera podido ser resuelta por la burguesía, el proletariado ruso no habría podido subir al poder, en modo alguno, en el año 1917. Para que naciera el Estado soviético, fue necesario que coincidiesen, se coordinasen y compenetrasen recíprocamente dos factores de naturaleza histórica completamente distinta: la guerra campesina, movimiento característico de los albores del desarrollo burgués, y el alzamiento proletario, movimiento que señalaba el ocaso de la sociedad burguesa. Fruto de esta unión fue el año 1917.

EL ZAR Y LA ZARINA

Nada más lejos de nuestros propósitos que hacer finalidad primordial de este libro esas investigaciones psicológicas que ahora tanto abundan y con las que, no pocas veces, se pretende suplir el análisis histórico y social. En nuestro campo visual ocupan el primer plano las grandes fuerzas motrices de la Historia que tienen un carácter personal. Una de ellas es la monarquía. Pero no hay que olvidar que estas fuerzas actúan a través de individuos. Además, la monarquía hallase consubstanciada por esencia con el principio personal. Esto justifica, ya de suyo, el interés que despierta la personalidad de un monarca a quien el curso de los acontecimientos lleva a enfrentarse con la revolución. Confiamos —además— que nuestro estudio pondrá de relieve, en parte al menos, dónde termina en la personalidad lo personal —por lo general, mucho antes de lo que a primera vista parece— y cómo muchas veces las “características singulares” de una persona no son más que el rasguño que dejan en ella las leyes objetivas.

A Nicolás II le dejaron los antepasados, no sólo un poderoso imperio, sino también la revolución. No lo adornaron con una sola cualidad que le capacitase para gobernar, no ya un imperio, sino ni siquiera una provincia ni un mal municipio. A aquella marejada histórica que empujaba sus olas poco a poco hasta las puertas de su palacio, oponía el último Romanov una sorda impasibilidad: parecía como si entre su conciencia y la época en que vivía se alzara un velo transparente y, sin embargo, absolutamente impenetrable.

Las personas que tenían ocasión de tratar de cerca al monarca recordaron más de una vez, después de la revolución, que en los momentos más trágicos de su reinado, al sobrevenir la rendición de Puerto Arturo y la pérdida de la escuadra en Zusima, como diez años después, durante la retirada de las tropas rusas en Galitzia, y dos años más tarde, en los días que precedieron a la abdicación, cuando todos los que rodeaban al zar estaban abatidos, abrumados y

estremecidos, sólo él daba muestras de sangre fría. Se informaba, como de costumbre, del número de verstas recorridas en sus viajes a lo largo de Rusia; recordaba episodios de sus cacerías y anécdotas sacadas de las entrevistas oficiales, y, mientras retumbaba el trueno y centelleaba el rayo sobre su cabeza, aquel hombre seguía interesándose por las futilidades de su vida cotidiana. “¿Qué es esto? —se preguntaba uno de los generales de su intimidad—. ¿Una entereza inmensa, casi inverosímil, conseguida a fuerza de disciplina? ¿Fe en la determinación divina de los acontecimientos? ¿O, simplemente, falta de discernimiento?” Ya el solo hecho de preguntarlo, lleva implícita, a medias la respuesta. Aquella proverbial “buena educación” del zar, la fuerza con que sabía mostrarse dueño de sí mismo aun bajo las circunstancias más difíciles, no puede explicarse, en modo alguno, por obra exclusivamente de un autodomnio en el modo de conducirse, sino que tenía que radicar en su carácter indiferente, en la indigencia de sus fuerzas animicas, en la pobreza de sus impulsos volitivos. Esa máscara de indiferencia que en ciertos medios llaman “educación”, se fundía en Nicolás II, con su rostro natural.

El diario del zar vale por todos los testimonios; día tras día, año tras año, van registrándose en estas páginas las notas abrumadoras de su vacuidad espiritual: “He paseado un largo trecho y matado dos cuervos. He tomado té al oscurecer”. Paseo a pie, paseo en lancha. Más cuervos y más té. Todo lindado con la pura fisiología. Y cuando habla de ceremonias religiosas lo hace en el mismo tono que al registrar un festín.

Por los días que preceden a la apertura de la Duma nacional, cuando todo el país se siente estremecido por convulsiones, Nicolás II escribe: “14 de abril. Me he paseado con camisa-blusa ligera y he reanudado los paseos en lancha. He tomado el té en la terraza. Stana ha comido y paseado con nosotros. He leído”. Ni una palabra acerca de lo que leyó: lo mismo podía ser una novela inglesa que un informe del Departamento de Policía. “15 de abril. Le he aceptado la dimisión a Witte. Han comido con nosotros Mary y Dimitri. Los hemos acompañado al palacio”.

El día en que se decretó la disolución de la Duma, cuando lo mismo los altos dignatarios oficiales que los liberales estaban pasando un paroxismo de pánico, el zar escribía en su diario: “7 de julio, viernes. He estado muy ocupado toda la mañana. Llegamos con media hora de retraso al almuerzo con los oficiales... Había tormenta y el aire era sofocante. Paseamos juntos. He recibido a Goremykin, y ¡firmado el ucace que disolvía la Duma! Hemos comido con Olga y Petia. Por la tarde, lectura”. Toda su emoción ante la diso-

lución inminente de la Duma queda expresada, y gracias, con un signo de admiración.

Los diputados de la Duma disuelta hicieron un llamamiento al pueblo para que no pagase los impuestos y se negara a hacer el servicio militar. Estallaron una serie de sublevaciones militares en Sveaborg, en Cronstadt, en varios buques de guerra, en diferentes regimientos; reanudóse en proporciones jamás conocidas el terrorismo revolucionario contra las altas autoridades. El zar escribe en su diario: "9 de julio. Domingo. ¡Ya está hecho! Hoy ha quedado disuelta la Duma. Durante el almuerzo, después de la misa, veíanse muchas caras largas... El tiempo era magnífico. Durante el paseo, nos encontramos al viejo Micha, que llegó ayer de Gatchina. Antes de comer y durante toda la tarde, me dediqué a leer tranquilamente. Un paseo en canoa..." Nos dice que se paseó y precisamente en canoa; en cambio, no siente necesidad de concretar lo que leyó. Y así, una vez y otra, y otra.

Seguimos copiando de las hojas de aquellos días preñados de incertidumbre: "14 de julio. Después de vestirme, me fui en bicicleta al balneario y me bañé con deleite en el mar". "15 de julio. Me he bañado dos veces. Hacía mucho calor. He comido solo con mi mujer. La tormenta ha pasado." "19 de julio. Me he bañado por la mañana. He recibido visitas en la granja. El tío Vladimir y Chagin almorzaron con nosotros." Las sublevaciones, los atentados terroristas sólo sugieren una ligerísima consideración: "¡bonitas cosas!", que asombra por su baja impasibilidad y raramente en el cinismo si fuese consciente.

"A las nueve y media de la mañana nos trasladamos al regimiento del Caspio... He paseado durante largo rato. El tiempo era espléndido. Me he bañado en el mar. Después del té, recibí a Lvov y Gruchkov." Y no dice ni una palabra de que aquella entrevista tan desusada de los dos liberales se relacionaba con los planes de Stolypin para atraer a su gabinete a los políticos de la oposición. El príncipe Lvov, futuro presidente del Gobierno provisional, dijo refiriéndose a esta visita: "Cuando esperaba ver al monarca abatido por el infortunio, ¡cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con que salía a mi encuentro un hombrecillo alegre y desahogado, con una blusa de color frambuesa!"

El horizonte mental del zar no llegaba más allá que el de un modesto funcionario de policía, con la diferencia de que éste, pese a todo, conocía mejor la realidad y no vivía atosigado por una superstición. El único periódico que durante muchos años leyó Nicolás II y del que nutría sus ideas, era un semanario editado con fondos oficiales por el príncipe Mechersky, hombre ruin y venal a quien despreciaban hasta en la misma pandilla de burócratas reac-

cionarios, a que pertenecía. Por delante del zar cruzaron dos guerras y dos revoluciones, sin que estos acontecimientos dejasen la menor huella en su horizonte mental: entre su conciencia y los acontecimientos se alzaba constantemente el velo impenetrable de la indiferencia.

De Nicolás II se decía, no sin razón, que era un fatalista. Conviene, sin embargo, advertir que este fatalismo era todo lo contrario a la fe activa en su "estrella"; Nicolás II se tenía por un hombre de mala suerte. Su fatalismo no era más que una manera de defenderse pasivamente del proceso histórico y se daba la mano con un despotismo mezquino en sus motivos psicológicos, pero monstruoso en sus consecuencias.

"Lo quiero yo, y así tiene que ser." "Esta divisa —escribe el conde de Witte— se manifestaba en todos los actos de aquel gobernante débil de voluntad, a quien su debilidad llevó a todo lo que caracteriza su reinado. un derramamiento constante y, en la mayor parte de los casos, absolutamente innecesario de sangre más o menos inocente..."

Algunas veces se ha comparado a Nicolás II con el zar Pablo, aquel antepasado suyo medio loco, estrangulado por la camarilla, de acuerdo con su propio hijo, Alejandro "el bendito". Y no deja de haber, en efecto, entre estos dos Romanov cierta afinidad: la de su desconfianza hacia todo el mundo, nacida de la falta de confianza en sí mismos; la suspicacia de la nulidad omnipotente; el sentimiento del que se cree despreciado por todos, casi podría uno decir por su conciencia de parias coronados. Pero el zar Pablo era incomparablemente más pintoresco. En su locura había un elemento de imaginación, aunque fuera irresponsable. En su descendiente todo es gris, sin un solo destello.

Nicolás II no era sólo inconstante, sino que era también perjuro. Sus aduladores le llamaban *charmeur*, un hombre encantador por la dulzura con que trataba a los palacios. Pero es el caso que el zar se mostraba especialmente amable con aquellos dignatarios a quienes había decidido despachar: cuando el ministro, encantado y fuera de sí por la amabilidad con que el zar le había recibido, volvía a casa, se encontraba muchas veces con una carta donde se le notificaba la destitución. Era una especie de jugada con que el monarca quería vengarse, sin duda, de su insignificancia.

Nicolás II no podía ver a ningún hombre de talento. No se sentía a gusto más que entre las nulidades y los deficientes mentales, junto a los santurriones y personas endebladas a quienes él pudiera mirar de arriba abajo. Tenía su orgullo, pero no era un orgullo activo y refinado, sino indolente, sin un átomo de iniciativa propia y cuyo móvil era un sentimiento de envidia puesto siempre en guardia. Ele-

gia a sus ministros ateniéndose al principio de dejarse resbalar cada vez más bajo. A los hombres de talento y de carácter sólo acudía en los casos extremos, cuando no tenía más remedio, como se hace con el cirujano, que sólo se le llama cuando se trata de salvar la vida. Así sucedió primero con Witte y luego con Stilypin. El zar los trataba a ambos con hostilidad mal disimulada. Y apenas vencía el foco agudo de la situación, se apresuraba a desembarazarse de unos consejeros que estaban demasiado por encima de él. Y tan sistemática y radical era esta selección al revés, que el presidente de la última Duma, Rodzianko, se atrevió a decir al zar, el 7 de enero de 1917, cuando la revolución llamaba ya a las puertas: "Señor, a vuestro alrededor no ha quedado un solo hombre honrado ni digno de confianza: los mejores han sido alejados o se han ido, quedándose tan sólo los que gozan de dudosa reputación".

Todos los esfuerzos de la burguesía liberal para entenderse con palacio fracasaban. El incansable y camorrista Rodzianko intentaba sacudir la modorra del zar con sus informes. Pero ¡todo inútil! El zar pasaba por alto los argumentos e incluso las insolencias, preparando en silencio la disolución de la Duma. El gran duque Dimitri, antiguo favorito del zar y futuro copartícipe en el asesinato de Rasputin, se lamentaba con su cómplice el príncipe Yusupov, de que el zar demostraba cada día más indiferencia ante cuanto le rodeaba. Dimitri se inclinaba a creer que le habían dado al monarca algún brebaje para adormecerle. Por su parte, el historiador liberal Miliukov escribe: "Corrían rumores de que este estado de apatía mental y moral del zar provenían del abuso del alcohol". Invenciones todo, o exageraciones. El zar no tenía necesidad de recurrir a narcóticos, pues llevaba en la sangre el "bebedizo" fatal. Lo que ocurre es que sus efectos tenían que suscitar por fuerza asombro en instantes como aquellos en que se estaban desarrollando los grandes acontecimientos de la guerra y en que la crisis interna del país iba fraguando la revolución. Rasputin, que era un buen psicólogo, solía decir lacónicamente cuando hablaba del zar: "Le falta un tornillo".

Aquel hombre apagado, impasible, "bien educado", era un hombre cruel. Pero no con esa crueldad activa, proyectada sobre fines históricos, de un Iván el Terrible o de un Pedro el Grande —hombres con los que no tenía la menor afinidad Nicolás II—, sino con la crueldad cobarde del último vástago aterrorizado ante la tragedia fatídica de su propio destino. Ya en los albores de su reinado, Nicolás II tributó un elogio a los "bravos soldados" por haber ametrallado a los obreros. Solía leer "con placer" los informes en que el Departamento de Policía daba cuenta de haberse azotado a latigazos a las estudiantes de "pelo corto" o

relataba los progromos judíos en que se machacaba el cráneo a hombres indefensos. Aquel monstruo coronado sentíase atraído con toda el alma por la hez de la sociedad, por aquellos matones de las "centurias negras", y no sólo les pagaba espléndidamente sus servicios de las arcas del Estado, sino que gustaba de conversar afectuosamente con ellos, oyéndoles relatar sus hazañas y perdonándoles piadosamente cuando remataban a algún diputado de la oposición. Witte, que subió al poder en pleno período represivo de la primera revolución, escribe en sus memorias: "Cuando las noticias de las hazañas insensatamente crueles perpetradas por los cabecillas de esas bandas llegaban a oídos del zar, merecían indefectiblemente su aprobación y encontraban en él defensa". Despachando una reclamación del general-gobernador de los países bálticos donde se pedía que se llamase la atención a cierto capitán Richter, que "ha ejecutado por iniciativa propia sin previa formación de causa, a personas que no habían opuesto resistencia alguna", el zar estampó al margen del informe: "¡Bravo muchacho!" Los estímulos de este género son innumerables. Aquel hombre "encantador", abúllico, sin aspiraciones, sin imaginación, era más terrible que todos los tiranos de la historia antigua y moderna.

El zar hallábase enormemente influido por la zarina, influencia que fue creciendo con los años y las dificultades del Gobierno. Los dos juntos formaban una especie de todo orgánico. Esta unión es una de las tantas pruebas que patentizan hasta qué punto, bajo la presión de las circunstancias, lo personal encuentra complemento en lo colectivo. Pero digamos algo acerca de la zarina.

Maurice Paléologue, embajador francés en Petrogrado durante la guerra, un psicólogo muy agudo, sin duda, para los académicos franceses y las porteras de su país, hace un retrato pulcro y lamido de la última zarina: "La desazón moral, la tristeza crónica, una melancolía ilimitada, un tránsito constante de la exaltación al abatimiento, sus ideas atormentadoras acerca del mundo invisible y ultraterrenal, su superstición, ¿caso todos estos rasgos, que de un modo tan acusado se manifiestan en la personalidad de la zarina, no son también los rasgos genuinos del pueblo ruso?" Por muy extraño que parezca, en el fondo de esta dulzona adulación se encierra un granito de verdad. No en vano el satírico ruso Saltykov llamaba a los ministros y gobernantes de la serie de los barones bálticos, "alemanes con alma rusa"; no cabe duda que, precisamente, estos extranjeros, que no tenían la menor afinidad con el pueblo ruso, fueron los que engendraron el tipo más depurado de administrador ruso de "pura raza".

Pero ¿por qué el pueblo sentía un odio tan franco con-

tra esta zarina que, según Paleologue, encarnaba de un modo tan completo su propia alma? La contestación es harto sencilla: para justificar la nueva situación en que se encontraba colocada, aquella alemana se asimilaba con fría pasión todas las tradiciones e inspiraciones de la Edad Media rusa, la más indignante y la más ruda del mundo, en una época en que el pueblo se debatía desesperadamente por emanciparse de la propia barbarie medieval. Aquella princesa de Hesse estaba literalmente poseída por el demonio de la autocracia: exaltada desde su rincón provinciano a las alturas del despotismo bizantino, no quería descender por nada del mundo de su trono de autócrata. La Iglesia ortodoxa le brindó la mística y la magia de que necesitaba su nueva estrella. Y cuando más al desnudo aparecía la indignidad del viejo régimen, más firmemente creía la zarina en su misión. Dotada de un carácter fuerte y de capacidad para la exaltación seca y dura, la zarina completaba al abúlico zar, dominándolo.

El 17 de marzo de 1916, un año antes de que estallara la revolución, cuando el país mártir se revolcaba ya atenazado por la derrota y la ruina, la zarina escribía a su marido, al Cuartel General: "No debes dar pruebas de blandura, nombrar un Gobierno responsable, etc..., hacer todo lo que ellos quieren. Son *tu* guerra y *tu* paz, *tu* honor y el de nuestra patria, no los de la Duma, los que se ventilan. Ellos no tienen derecho a pronunciar ni una sola palabra respecto de estas cuestiones." Por lo menos, era un programa rotundo y escueto, y por serlo, acababa siempre por imponerse a las vacilaciones constantes del zar.

Cuando Nicolás II salió a ponerse al frente del Ejército como generalísimo ficticio, la zarina tomó en sus manos, de hecho, las riendas del gobierno interior del país; los ministros despachaban con ella, ni más ni menos que si se trataba de una reina gobernadora. La zarina, con su camarilla, conspiraba contra la Duma, contra los ministros, contra los generales del Estado Mayor, contra todo el mundo, hasta contra el propio zar. El 6 de diciembre de 1916 escribía-le al monarca: "Puesto que ya has dicho que querías retener a Protópov, no dejes que se atreva (se refiere a Trepov, el Primer Ministro) a pronunciarse contra ti, da un puñetazo sobre la mesa, no hagas concesiones, demuestra que eres el amo, cree a tu dura mujercita y a nuestro Amigo, ten fe en nosotros." Tres días después vuelve a insistir: "Sabes que la razón está de tu parte, mantén la cabeza alta, ordena a Trepov que trabaje de acuerdo con él..., da un puñetazo sobre la mesa." Estas frases parecen cosa de invención; pero no, no inventamos nada; están tomadas al pie de la letra de cartas auténticas de la zarina.

El 13 de diciembre la zarina escribe nuevamente al zar,

volviendo sobre sus sugerencias: "Cualquier cosa menos el Gobierno responsable con el que sueña insensatamente todo el mundo. Esto está más tranquilo y mejor pero la gente quiere sentir tu puño. ¡Qué sé yo cuánto tiempo hace que oigo por todas partes lo mismo! a Rusia le gusta sentir el escozor del látigo, lo pide su cuerpo." Aquella princesa de Hesse convertida a la religión ortodoxa, educada en Windsor y coronada con la tiara bizantina, no sólo "encarna" el alma rusa, sino que la desprecia orgánicamente: su cuerpo pide el látigo, escribía la zarina rusa al zar ruso del pueblo de Rusia, dos meses y medio antes de que la monarquía se sepultara para siempre en el abismo.

La zarina, superior a su marido en carácter, no lo era en inteligencia, sino acaso inferior y más inclinada todavía que él a buscar la sociedad de los simples de espíritu. La íntima y jamás desmentida amistad que les unía a ambos con la Virubova, una dama de palacio, nos da la medida del calibre espiritual de la pareja autocrática. La propia Virubova se calificaba a sí misma de tonta, sin que en ello hubiese por cierto asomo de modestia. Witte, a quien no se le puede negar el ojo certero, decía de ella que era como "una señorita petersburguesa vulgar y necia, y además fea, con una cara que parecía una burbuja de manteca al derretirse." El zar y la zarina se pasaban horas enteras charlando, consultando los negocios públicos y manteniendo correspondencia con esta mujer, a la que cortejaban servilmente, deshaciéndose en reverencias, los viejos dignatarios, los embajadores y los financieros, y que, aunque tonta, tenía el talento suficiente para no olvidarse de llenar el bolsillo y tener más influencia en la vida política que la Duma imperial y todos los ministros juntos.

Pero la Virubova no era más que el "médiu" del "Amigo", aquel "Amigo" cuya autoridad campeaba sobre los tres. "Esta es mi opinión personal —escribe la zarina al zar—, ya veremos lo que piensa nuestro Amigo." La opinión del "Amigo" no era ya personal, sino decisiva. "Me ratifico en lo dicho —repite la zarina unas cuantas semanas después—. Oyeme a mí, es decir, a nuestro Amigo, y confía en nosotros para todo... Sufro por ti como si fueras un niño pequeño y débil, que necesita que le guíen, pero que presta oídos a malos consejeros mientras el hombre enviado por Dios le dice lo que hay que hacer."

"Con las oraciones y la ayuda de nuestro Amigo, todo se arreglará."

Si no le tuviéramos a él, ya haría tiempo que todo habría terminado, estoy completamente persuadida de ello."

El, el Amigo, el enviado por Dios, era Grigori Rasputín.

Durante todo el reinado de Nicolás II y de Alejandra no cesaron de desfilar por palacio adivinos y poseídos traídos

de todos los ámbitos de Rusia y hasta de otros países. Había proveedores de la real casa encargados especialmente de suministrar esta mercancía y que se congregaban en torno al oráculo de turno, rodeando al monarca de una especie de Cámara Alta todopoderosa. Había de todo: viejas beatas con título de marquesas, dignatarios que ambicionaban algún empleo y financieros que tomaban en arriendo Gabinetes enteros. Los jerarcas de la Iglesia ortodoxa, celosos de esta competencia intrusa ejercida por hipnotizadores y adivinos sin patente oficial, se apresuraban a abrirse caminos propios en aquel santuario central de la intriga. Witte llamaba a esta pandilla gobernante, contra la que se estrelló por dos veces. "la camarilla leprosa."

Cuanto más se aislaba la dinastía y más abandonado se sentía el monarca, mayor era la necesidad que sentía del auxilio del cielo. Hay tribus salvajes que para llamar al buen tiempo hacen girar en el aire una tablilla atada del extremo de un hilo. El zar y la zarina usaban estas tablillas para los fines más diversos. El vagón del zar estaba literalmente cubierto de imágenes y cuadritos de santos y de toda clase de objetos de culto, con los que quiso hacer frente, primero, a la artillería japonesa y luego, a la alemana.

El nivel intelectual de la corte no había variado gran cosa, en realidad de una generación a otra. Bajo Alejandro II, llamado "el Emancipador", los grandes duques creían sinceramente en los duendes y en las brujas. Bajo Alejandro III seguía todo igual, aunque más en calma. La "camarilla de leprosos" existió siempre. Lo único que variaba eran su composición y sus procedimientos. Nicolás II no creó aquella atmósfera de medievalismo salvaje, sino que la heredó de sus antepasados. Lo que ocurre es que durante aquellos años el país se fue modificando, los problemas se complicaron, se elevó el nivel de cultura y la camarilla palaciega quedó rezagada. Si la monarquía, bajo la impresión exterior, se veía obligada a hacer concesiones a las nuevas fuerzas, interiormente no había conseguido, ni mucho menos, modernizarse; al contrario, se encerraba en sí misma y el espíritu medieval se fue coagulando bajo la acción de la hostilidad y del miedo, hasta convertirse en una pesadilla repugnante que se cernía sobre el país.

El 1.º de noviembre de 1905, en el momento más crítico de la primera revolución, el zar escribe en su diario: "He conocido a un santo llamado Grigori, de la provincia de Tobolsk". Era Rasputin, campesino siberiano, con un rasguño rebelde a cerrarse en la cabeza, recuerdo de los golpes recibidos por robar caballos. Presentado en palacio en el momento propicio, el "santo" no tardó en encontrar auxiliares de alto copete, o, por mejor decir, fueron ellos

los que le encontraron a él, y así se fue formando una nueva pandilla gobernante, que se adueñó enérgicamente de la voluntad de la zarina y, por medio de ella, de la del zar.

En las altas esferas de la sociedad petersburguesa hablábase ya sin recato, desde el invierno de 1913-1914, de que todos los altos nombramientos, los contratos de suministros y concesiones pasaban por la camarilla de Rasputin. El *staretz* (santo) iba convirtiéndose poco a poco en una institución pública. La política le guardaba las espaldas celosamente y los ministerios rivales tenían las miradas fijadas en él. Los agentes del Departamento de Policía llevaban un diario de su vida, en que no faltaba un solo detalle; por ejemplo, que al visitar Pokrovski, su pueblo natal, Rasputin, en estado de embriaguez, se había trenzado a golpes con su padre en medio de la calle, dejándolo ensangrentado. Aquel mismo día, 9 de septiembre de 1915, Rasputin enviaba dos afectuosos telegramas, uno a Tsarskoe-Selo, a la zarina; otro al Cuartel General, para el zar.

Los agentes registraban día a día, en un lenguaje épico, las andanzas del "Amigo". "Hoy ha vuelto a casa a las cinco de la mañana, completamente ebrio." "La noche del 25 al 26 la pasó en casa de Rasputin la artista V." "Ha llegado con la princesa D. (esposa de un gentilhombre de cámara del palacio del zar) al hotel Astoria..." Y a poco: "Ha vuelto a casa, procedente de Tsarskoe-Selo, cerca de las once de la noche." "Rasputin ha llegado a casa con la princesa Ch., muy embriagado, y en seguida volvieron a salir juntos." Y al día siguiente, por la mañana o por la tarde, el viaje a Tsarskoe-Selo. A la pregunta afectuosa del policía de por qué el *staretz* está hoy tan pensativo, contesta: "No sé que hacer: si convocar la Duma o no convocarla." Otro asiento: "Llegó a casa a las cinco de la mañana, bastante embriagado." Siempre la misma melodía, durante meses y años, una melodía en que no había más que tres notas: "Bastante embriagado", "Muy embriagado" y "Completamente embriagado." El general de la gendarmería, Klobachev, reunía y refrendaba con su firma estas noticias tan trascendentales para la vida del Estado.

La influencia de Rasputin se mantuvo en su apogeo durante seis años, los últimos de la monarquía. "Su vida en San Petersburgo —cuenta el príncipe Yusupov, copartícipe hasta cierto punto de ella y, más tarde, asesino de Rasputin— se había convertido en una fiesta continua, en la borrachera inacabable de un presidiario a quien de pronto, inesperadamente, se le viene la dicha a las manos." "Tenía en mi poder —escribe el presidente de la Duma, Rodzianko— una gran cantidad de cartas escritas por madres cuyas hijas habían sido deshonradas por aquel desvergonzado li-

bertino." El metropolitano de Petrogrado, Pitirim, y el arzobispo Varnava, casi analfabeto, debían sus puestos a Rasputín. El procurador del Santo Sinodo, Sabler, permaneció en el cargo durante largo tiempo por voluntad del *staretz*, y él fue también el que impuso la destitución del Primer Ministro Kokovtesiev, que no había querido recibirle. Rasputín nombró a Sturmer presidente del Consejo de Ministros; a Protopopov, Ministro de la Gobernación; a Raiev, nuevo procurador del Sinodo, y así a muchos más. El Embajador de la República Francesa, Paléologue, solicitó una entrevista con Rasputín. Cuando estuvo delante de él, le besó, exclamando: *Voilà un véritable illuminé!*, todo por ganar el corazón de la zarina para la causa de Francia. El judío Simanovich, agente financiero del *staretz*, fichado por la policía como jugador y usurero, hizo nombrar Ministro de Justicia, por mediación de Rasputín, a un sujeto llamado Dobrolovsky, que era, sencillamente, un ladrón: "No dejes de ver la pequeña lista que te acompaño —escribe la zarina al zar, hablándole de los nuevos nombramientos—. Nuestro Amigo me pide que hables de todo esto con Protopopov." Dos días después: "Nuestro Amigo dice que Sturmer puede seguir siendo presidente del Consejo de Ministros durante algún tiempo." Y a poco: "Protopopov siente una verdadera veneración por nuestro Amigo, y el cielo le bendecirá."

En uno de aquellos días en que los agentes de la policía registraban cuidadosamente el número de botellas y de mujeres, la zarina escribía, toda afligida, al zar: "Acusan a Rasputín de besar a las mujeres y de otras cosas por el estilo. Lee los Apóstoles y verás cómo besaban a todo el mundo como saludo." Seguramente que el argumento de los Apóstoles no hubiera convencido a los agentes encargados de vigilar al *staretz*. En otra carta, la zarina va todavía más allá: "Durante la lectura del Evangelio —escribe— he pensado mucho en nuestro Amigo, al ver cómo los escribas y fariseos perseguían a Cristo, fingiendo ser unos hombres perfectos... ¡Qué verdad es aquello de que nadie es profeta en su tierra!"

El comparar a Rasputín con Jesucristo era cosa corriente en aquellas altas esferas, y no tenía nada de particular. El miedo a las poderosas fuerzas de la historia, que amenazaban desencadenarse, era demasiado grande para que los zares pudieran contentarse con el Dios impersonal y con la sombra incorpórea del Cristo evangélico. Necesitaban un nuevo advenimiento del "hijo del hombre." La monarquía condenada y agonizante encontró un Cristo a su imagen y semejanza.

"Si Rasputín no hubiera existido —dijo un hombre del antiguo régimen, el senador Tagantsev—, no habría habi-

do más remedio que inventarlo." En estas palabras hay mucha más substancia de lo que se imaginaba su autor. Si por "granujería" entendemos lo que hay de más antisocial y parasitario en los bajos fondos de la sociedad podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la "rasputinada" fue la granujería coronada.

LA IDEA DE LA REVOLUCION PALACIEGA

¿Por qué las clases dirigentes, que buscaban el modo de evitar la revolución, no hicieron nada por librarse del zar y de los que lo rodeaban? No dejarían de pensar en ello, pero no se atrevían. Les faltaba la fe en su causa, y la decisión. La idea de la revolución palaciega flotaba en la atmósfera hasta que la devoró la verdadera revolución. Detegámonos un momento aquí, pues ello nos dará una idea más clara de las relaciones reciprocas entre la monarquía y las altas esferas de la nobleza, la burocracia y la burguesía en vísperas de la explosión.

Las clases ricas eran de arraigadas convicciones, monárquicas. Así se lo dictaban sus intereses, sus tradiciones y su cobardía. Pero deseaban una monarquía sin Rasputines. La monarquía les contestaba: "Tenéis que tomarme tal como soy." La zarina salía al paso de todas las críticas y súplicas, enviando al zar, al Cuartel General, una manzana que le había dado Rasputín y pidiéndole que la comiese para reforzar su voluntad. "Acuérdate —le conjuraba— de que hasta monsieur Philippe (un charlatán e hipnotizador francés) decía que no podías dar una Constitución, pues sería tu ruina y la de Rusia..." "¡Sé Pedro el Grande, Iván el Terrible, el emperador Pablo; aplasta cuanto caiga bajo tus pies!"

¡Qué mezcla repugnante de miedo, de superstición y de rencorosa incompreensión del país! Creeríase que, en las alturas por lo menos, la familia zarista no estaba ya tan sola viendo a Rasputín rodeado siempre de una constelación de damas aristocráticas y a la brujería tan en boga en la aristocracia. Pero no. Este misticismo del miedo, lejos de unir, separa. Cada cual quiere salvarse a su manera. Muchas casas aristocráticas tienen sus santos propios, entre los que se establece una rivalidad. Hasta en las altas esferas petersburguesas se ve la familia del zar como apestada, ceñida por un cordón sanitario de desconfianza y hostilidad. La dama de la corte Virubova dice en sus memorias: "Tenía el profundo y doloroso presentimiento de una gran hosti-

lidad en cuantos rodeaba... a aquellos a quienes yo adoraba, y sentía que esta hostilidad iba tomando proporciones aterradoras..."

Sobre aquel sangriento fondo de la guerra, bajo el ruido sordo y perceptible de las sacudidas subterráneas, los privilegiados no renunciaban ni una sola hora a los goces de la vida; muy por el contrario, se entregaban a ellos con frenesí. Pero en sus orgías aparecía con mayor frecuencia un esqueleto y los amenazaba con las falanges de sus dedos descarnados. Entonces se les antojaba que todas las desgracias provenían del detestable carácter de Alejandra, la zarina; de la felonía abúlica del zar, de aquella imbécil y ávida Virubova y del Cristo siberiano con el cráneo perforado. Oleadas de horribles presentimientos anegaban a las clases gobernantes y sacudidas como de espasmos se transmitían desde la periferia al centro: la odiada camarilla de Tsarskoe-Selo iba quedando cada vez más aislada. La Virubova ha dado expresión con bastante elocuencia, en sus memorias llenas en general de mentiras al estado de espíritu de las alturas por aquel entonces: "Centenares de veces me pregunté: ¿Qué le pasa a la sociedad petersburguesa? ¿Estaban todos enfermos del espíritu o se habían contagiado de una de esas epidemias que hacen estragos en tiempos de guerra? Difícil es saberlo, pero lo cierto es que todo el mundo se hallaba en un estado anormal de excitación."

Entre los que habían perdido la cabeza se contaba también la extensa familia de los Romanov, toda aquella jauría ávida, insolente y por todos odiada de los grandes duques y las grandes duquesas; poseídos todos de un terror mortal, se hacían la ilusión de huir del círculo que los atenazaba, coqueteaban con la aristocracia rebelde, murmuraban del zar y la zarina, se fastidiaban unos a otros y a quienes les rodeaban. Los "augustos tios" dirigían al zar cartas de exhortación en las que, por debajo del respeto, se adivinaba el rechinar de dientes.

Ya después de la Revolución de Octubre, Protopopov describía, sin gran fineza, pero de un modo bastante pintoresco, el estado de espíritu que reinaba en las esferas dirigentes: "Hasta las clases más elevadas conspiraban ante la revolución. En los salones y en los clubs criticábase dura y desfavorablemente la política del Gobierno, analizábanse y dictaminábanse las relaciones creadas en el seno de la familia real; contábase anécdotas acerca del jefe del Estado, escribíanse versos satíricos; muchos grandes duques frecuentaban abiertamente estas reuniones y su presencia daba a aquellas invenciones caricaturescas y a aquellas malévolas exageraciones, a los ojos de la gente, un marcado aire de verdad. Hasta el último momento nadie tuvo conciencia de lo peligroso que era aquel juego."

Una de las cosas que más contribuían a dar gravedad a los rumores que corrían acerca de la camarilla palaciega, era la acusación de germanofilia e incluso de convivencia directa con el enemigo que contra ella se lanzaba. El aturcido y atropellado Rodzianko declaraba sin ambages: "La articulación y analogía de las aspiraciones eran tan lógicas y evidentes, que a mí, al menos, no me cabe la menor duda de que entre el Estado Mayor alemán y la camarilla de Rasputín había alguna relación." La simple invocación de la "evidencia" y la "lógica" quita fuerza al tono categórico de su testimonio. Aun después de la revolución, no puede descubrirse la menor prueba de que existiese una inteligencia entre los rasputinianos y el Estado Mayor alemán. Lo de la llamada "germanofilia" es ya otra cosa. No se trataba, naturalmente, de las simpatías y antipatías nacionalistas de la zarina, de estirpe alemana, del Primer Ministro Sturmer, de la condesa de Kleinmichel, del mayordomo de palacio, conde de Frederich, ni de otros caballeros de apellido alemán. Las cínicas memorias de la vieja intrigante Kleinmichel nos revelan con desnuda evidencia hasta qué punto estaba por encima de nacionalismos la alta aristocracia de todos los países de Europa, vinculada en todas partes por lazos de parentesco y de herencia, por el desprecio hacia los demás simples mortales y, *last but not least*, por su libertinaje cosmopolita entre los muros de los viejos castillos, en los balnearios de moda y en las cortes europeas. Tenían bastante más de real las antipatías orgánicas de la pandilla palaciega contra aquellos plebeyos abogados de la República Francesa y las simpatías de los reaccionarios —lo mismo los de apellido teutónico que los de nombre eslavo— hacia el espíritu auténticamente prusiano del Gobierno berlinés que durante tanto tiempo les había tenido fascinados con sus bigotes tiesos, sus modales de sargento mayor y su estulticia llena de suficiencia.

Más tampoco era esto lo decisivo. El peligro se desprendía de la lógica misma de la situación, pues la corte no tenía más salida que buscar su salvación en una paz por separado, tanto más apremiante cuanto más peligrosa se tornaba la situación. Como veremos más adelante, el liberalismo aspiraba en la persona de sus jefes a reservarse para sí la carta de la paz por separado, enfocándola con la perspectiva de su ascenso al poder. Esto imponía precisamente a desarrollar una furiosa agitación chovinista, engañando al pueblo y aterrorizando a la corte. La camarilla no se atrevía, en una cuestión tan espinosa, a quitarse prematuramente la careta y veíase incluso obligada a asociarse al tono patriótico del país, al paso que tanteaba por bajo cuerda el terreno para una paz separada.

El general Kurlov, jefe de la policía y miembro de la

camarilla de Rasputín, niega en sus memorias, naturalmente, las simpatías alemanas de sus protectores; pero, a renglón seguido, añade: "No hay razón para acusar a Sturmer porque sostuviese que la guerra con Alemania era la mayor desgracia que podía ocurrirle a Rusia y carecía de toda base política seria." Conviene no olvidar, sin embargo, que el tal Sturmer, que sostenía una opinión tan interesante, era jefe de Gobierno de un país que estaba en guerra con Alemania. El último Ministro del Interior, Protopopov, sostuvo en visperas de posesionarse de la cartera una conversación en Estocolmo con un diplomático alemán, de la cual dio cuenta al zar. El propio Rasputín, según Kulov, siempre "había considerado como una inmensa calamidad para Rusia la guerra con Alemania." Finalmente, la emperatriz escribía al zar, el 5 de abril de 1916: "No osarán, pues no pueden, decir que él tenga nada que ver con los alemanes porque sea bueno y generoso para todos como Cristo, sin preguntar a nadie por la religión que profesa, como debe ser todo verdadero cristiano."

Claro está que este "verdadero cristiano", que casi nunca estaba sobrio, podía haber estado perfectamente, como lo estaba, en relación con espías profesionales, con *croupiers*, con usureros y proxenetas aristocráticos, agentes directos del espionaje. No es extraño que mantuviese "amistades" de éstas. Pero los patriotas de la oposición iban más allá y formulaban la cosa de un modo más directo, pues acusaban personalmente a la zarina de traidora. El general Denikin en sus memorias, escritas a la vuelta de mucho tiempo dice: "En el frente nadie se recataba para decir que la zarina exigía a toda costa una paz separada, que había traicionado al mariscal Kitchener, delatando su viaje a los alemanes, etc. Esto contribuyó enormemente a desmoralizar a las tropas, influyendo en su actitud ante la dinastía y la revolución." El propio Denikin cuenta que, ya después de la revolución, al preguntársele al general Alexeev abiertamente qué pensaba de la supuesta traición de la zarina, había contestado "de un modo vago y de mala gana" que al examinar sus papeles se había encontrado con un mapa en el que estaba señalada con todo detalle la situación de las tropas en todo el frente y esto le había producido a él, Alexeev, una impresión abrumadora... "Y sin decir una palabra más —añade Denikin elocuentemente— cambió de conversación." Si la zarina tenía entre sus papeles ese mapa misterioso, es cosa que ignoramos; pero es evidente, desde luego, que los fracasados generales no veían con malos ojos que se descargara sobre la emperatriz una parte de la responsabilidad que les incumbía por sus derrotas. Los rumores acerca de la traición de la corte partieron seguramente de arriba, de los ineptos estados mayores.

Si era verdad que la zarina, a cuyos mandatos se plegaba ciegamente el zar, ponía en manos del Káiser los secretos de guerra y hasta las cabezas de los mariscales aliados, ¿qué mejor que quitar de en medio a la real pareja? El gran duque Nicolás Nicolaievich, jefe del Ejército y a quien se consideraba como la cabeza visible del partido antigermánico, estaba predestinado oficialmente casi a asumir el papel supremo de patrocinador de la revolución palaciega. No fue otra la causa de que el zar, a instancias de Rasputín y de la zarina, destituyera al gran duque y tomara en sus manos el mando supremo de las tropas. Pero la zarina le temía incluso a la entrevista que habían de celebrar tío y sobrino en la ceremonia de traspaso de poderes. "Procura, tesoro, ser prudente —le escribe la zarina al zar al Cuartel General—, y no dejes que Nicolaska te engañe con alguna promesa ni con nada: acuérdate de que Grigori te ha salvado de él y de sus malvados amigos... Acuérdate, en nombre de Rusia, de lo que maquinaban: deshacerse de ti (no, no es ningún rumor vano; Orlov tenía ya todos los papeles preparados) y recluirme en un convento..."

Miguel, hermano del zar, decíale a Rodziánko: "Toda la familia sabe bien lo pernicioso que es Alejandra Feodorovna. Mi hermano y ella están rodeados por todas partes de traidores. Todas las personas decentes se les han alejado. Pero ¿qué hacer en esta situación?" La gran duquesa Maria Pavlovna insistía, en presencia de sus hijos, en que Rodziánko, tomara sobre sí la iniciativa de "suprimir" a la zarina. Rodziánko propuso que se diese aquella conversación por no celebrada; en otro caso, si no quería faltar a su juramento de fidelidad, tendría que poner en conocimiento del zar que la gran duquesa había invitado al presidente de la Duma a quitar de en medio a la emperatriz. He aquí cómo aquel ingenioso gentilhombre de cámara convertía el tema del atentado contra la zarina en un gracioso chiste de salón.

El propio Gobierno se hallaba, en ciertos momentos, en marcada oposición con el zar. Ya en 1915, año y medio antes de estallar la revolución, pronunciábase abiertamente en las reuniones ministeriales discursos que aún hoy nos parecen inverosímiles. Así, el Ministro de la Guerra, Polivanov, decía: "Sólo una política conciliadora para con la sociedad puede salvar la situación. Los inseguros diques actuales no pueden contener la catástrofe." Y el Ministro de Marina, Grigorovich: "Nadie ignora que el Ejército no confía en nosotros y espera cambios." El Ministro de Asuntos Extranjeros, Sazonov: "La popularidad del zar y su prestigio han disminuido considerablemente a los ojos de las masas populares." El Ministro del Interior, príncipe Scherbátov: "No servimos para gobernar a Rusia en la situación que se ha creado... Es necesaria una dictadura o una

política de conciliación." (Consejo de Ministros del 21 de agosto de 1915.) Ni una ni otra solución servían: ninguna de las dos era factible. El zar no se decidía a la dictadura, rechazaba la política conciliadora y se negaba a aceptar la dimisión a los ministros que se consideraban ineptos. Un elevado funcionario hace la siguiente acotación a los discursos de los ministros: "Por lo visto, no habrá más remedio que dejarse colgar de un farol."

Con semejante estado de espíritu, no tiene nada de sorprendente que aun en las altas esferas burocráticas se hablara de la necesidad de una revolución palaciega como único medio de evitar la revolución inminente. "Cerrando los ojos —recuerda uno de los que tomaron parte en estas conversaciones— hubiera podido uno figurarse que se encontraba entre revolucionarios de toda la vida."

Un coronel de gendarmes, a quien se dio la comisión de inspeccionar las tropas del Sur de Rusia, trazaba en su informe un cuadro sombrío: "Como resultado de la labor de propaganda, sobre todo en lo tocante a la germanofilia de la emperatriz y del zar, el Ejército se ha hecho a la idea de una revolución palatina." "En los clubs de oficiales se habla abiertamente en este sentido y sus murmuraciones no encuentran réplica merecida en el Alto Mando." Por su parte, Protopopov atestigua que "un número considerable de elementos pertenecientes al Alto Mando simpatizaban con el golpe de Estado; algunos de ellos se hallaban en relación con los elementos del llamado bloque progresivo y bajo su influencia."

El almirante Kolchak, que más tarde había de adquirir tan gran celebridad, dijo después de la derrota de sus tropas por el Ejército Rojo, declarando ante la Comisión fiscalizadora de los Soviets, que había mantenido relaciones con muchos miembros de la oposición de la Duma, cuyos discursos escuchaba con placer, ya que "veía con antipatía el régimen existente en vísperas de la revolución." Sin embargo, Kolchak no fue puesto al corriente de los planes de la revolución palaciega. Después del asesinato de Rasputín y del subsiguiente destierro de los grandes duques, los aristócratas hablaron en voz bastante alta de la necesidad de proceder a una revolución en la corte. El príncipe Yusupov cuenta que el gran duque Dimitri, detenido en palacio, fue visitado por oficiales de varios regimientos que le propusieron distintos planes de acción decisiva, "con los cuales, naturalmente, no podía mostrarse conforme".

Se sospechaba que los diplomáticos aliados, al menos el embajador británico, estaban complicados en el complot. Dicho embajador, respondiendo indudablemente a la iniciativa de los liberales rusos, hizo en enero de 1917, no sin antes solicitar la venia de su Gobierno, una tentativa para

influir sobre Nicolás. El zar escuchó atento y amablemente al embajador, le dio las gracias y pasó a hablar de otra cosa. Protopopov dio cuenta a Nicolás II de las relaciones de Sir Buchanan con los jefes del bloque progresista y propuso que se vigilase la Embajada británica. El zar hizo como si no aprobara esta proposición, por entender que el vigilar a los embajadores no se avenía con las tradiciones internacionales. Kulov dice, sin embargo, sin vacilar, que "los agentes de investigación informaban diariamente de las relaciones del líder del Partido Kadete, Miliukov, con la Embajada británica." Como se ve, las "tradiciones internacionales" no fueron obstáculo mayor; pero su infracción tampoco sirvió de mucho. La conspiración palatina no fue descubierta.

¿Existía, en realidad, tal conspiración? Nada hay que lo pruebe. Para ser un complot era demasiado vasto, abarcaba elementos demasiado heterogéneos y numerosos. Flotaba en el aire como expresión del estado de espíritu de la alta sociedad petersburguesa, como una vasta idea de salvación o como una salida desesperada, pero sin llegar a concretarse en ningún plan práctico.

La nobleza del siglo XVIII introdujo más de una vez enmiendas de carácter práctico en el orden de sucesión al trono, encerrando o estrangulando a los emperadores que no le eran gratos; fue lo que se hizo con Pablo en 1801. No puede decirse, pues, que la revolución palaciega no tuviese precedentes en las tradiciones de la monarquía rusa; al contrario, constituía un elemento típico y constante del zarismo. Pero ya hacía tiempo que la aristocracia no se sentía firme en su puesto. Cedía a la burguesía liberal el honor de estrangular al zar y a la zarina, y el caso es que tampoco los caudillos de esta última demostraban más decisión que ella.

Después de la revolución, fueron reiteradamente señalados como jefes de las conspiraciones los capitalistas liberales Guchkov y Tereschenko y el general Krímov, que simpatizaba con ellos. Los propios Guchkov y Tereschenko confirmaron, aunque de un modo vago, la conjetura. Era natural que el duelista Guchkov, ex voluntario en el ejército de los bóers contra Inglaterra, un liberal con espuelas, se destacase a los ojos de la "opinión pública" como la figura más adecuada para aquel complot. El no era, por cierto, un retórico como el profesor Miliukov. Guchkov pensaría, indudablemente, más de una vez en dar uno de esos golpes certeros y rápidos por medio de los cuales un regimiento de la Guardia se basta para suplantar y evitar la revolución. Ya Witte, en sus memorias, denunciaba a este personaje, a quien odiaba como un devoto de los métodos empleados por los "jóvenes turcos" para deshacerse de los sultanes molestos; pero Guchkov, que en sus años de juventud no había tenido tiempo de

demostrar su arrojo de "joven turco", era ya un hombre cargado de años. Y, sobre todo, al colega de Stolypin no podía pasársele desapercibida la diferencia que mediaba entre las condiciones de Rusia y la vieja Turquía; ni podía dejar de preguntarse si aquel golpe de Estado palaciego no resultaría a la postre, en vez de un medio de evitar la revolución, el último empujón que desencadenase la tormenta; es decir, si el remedio no sería peor que la enfermedad. En la literatura consagrada a la Revolución de Febrero se habla de la conjura palaciega como de un hecho firmemente comprobado. Miliukov se expresa así: "El golpe estaba señalado para febrero." Deninkin amplió el plazo a marzo. Ambos recuerdan el "plan" de detener el tren del zar en el camino, exigirle la abdicación y en el caso, que se consideraba inevitable, de que se negase, "suprimirle físicamente". Miliukov añade que, en previsión del posible golpe de Estado, los jefes del bloque progresista, que no participaran en el complot y que no estaban "detalladamente" informados de los preparativos del mismo, estudiaban con sigilo cuál sería el mejor medio de aprovecharse de aquel golpe, en caso de que diera resultado. Algunos estudios marxistas de estos últimos años aceptan la versión de que el golpe de Estado llegó a prepararse. Este ejemplo —dicho sea de paso— demuestra cuán pronto y con qué fuerza se abren paso las leyendas a través de la ciencia histórica.

La prueba más importante del complot palatino que frecuentemente se alega, es el pintoresco relato de Rodzianko, que atestigua en forma precisa que no hubo tal complot. En enero de 1917 llegó del frente a la capital el general Krímov, quien declaró ante los miembros de la Duma que las cosas no podían seguir de aquel modo: "Si os decidís a esa medida extrema (la destitución del zar) os apoyaremos." *¡Si os decidís!* El octubrista Schidlovski exclamó, colérico: "No hay por qué compadecerle, cuando está arrasando a Rusia a la ruina." En el transcurso de la acalorada discusión que se entabló, alguien citó las palabras pronunciadas por Brusilov o que, por lo menos, se le atribuían: "Puesto en el trance de optar entre el zar y Rusia, mi puesto estará al lado de Rusia." *¡Puesto en el trance!* El joven millonario Tereschenko se mostraba partidario inexorable del regicidio. El kadete Schingarev interviene, para decir: "El general tiene razón: hay que dar el golpe de Estado... Pero *¿quién se decide a darlo?*" Todo el quid estaba en esto: *¿quién se decide?* Tales son, en puridad, los datos que da Rodzianko, que, por su parte, votó contra el golpe de Estado de que se hablaba. Por lo visto, en el transcurso de las pocas semanas siguientes el plan no avanzó ni un paso. Hablábse de detener el tren real, pero no se decía quién había de encargarse de esta operación.

En su juventud el liberalismo ruso apoyaba con su dinero y sus simpatías a los terroristas revolucionarios, en la esperanza de que las bombas de los anarquistas echarían en sus brazos a la monarquía. Ninguno de aquellos respetables caballeros sabía lo que era jugarse la cabeza. Pero lo verdaderamente importante no era el miedo personal; era el miedo de clase. Las cosas ahora —pensaban los liberales— no andan nada bien, pero aún podían andar peor. De todas maneras, si Guchkov, Tereschenko y Krimor se disponían seriamente a dar el golpe de Estado, si realmente lo hubieran llegado a planear, movilizando fuerzas y recursos, se habría sabido de un modo indudable después de la revolución, pues ni los organizadores ni, sobre todo, los ejecutores jóvenes que hubieran sido legión, tenían razón alguna para guardar silencio acerca de aquella hazaña “casi” cumplida. Derrocada la monarquía, esto no hubiera hecho más que dar fuerza a su carrera. Pero en vano buscaremos semejantes revoluciones. Por lo que a Guchkov y Krimov se refiere, podemos asegurar sin temor a equivocarnos que sus afanes no pasaron de unos cuantos suspiros patrióticos entre el vino y los habanos. Los atolondrados conspiradores de la aristocracia, lo mismo que los sesudos varones opositores de la plutocracia, no tuvieron valor suficiente para corregir por medio de la acción la marcha de una empresa que iba mal.

Uno de los liberales más fatuos y palabreríos, Maklakov, exclamaba en mayo de 1917, en una sesión privada de la Duma, arrollada con la monarquía por la revolución: “Si nuestros descendientes maldicen a esta revolución nos maldecirán también a nosotros mismos, que no supimos evitarla a tiempo, implantándola desde arriba.” Más tarde, ya desde la emigración, Kerensky, siguiendo el ejemplo de Maklakov, dice, afligido: “Sí, la Rusia privilegiada no dio a tiempo desde arriba un golpe de Estado —del que tanto se hablaba y para el que tantos (?) preparativos se habían hecho— que hubiera evitado la catastrófica explosión del régimen.”

Estas dos exclamaciones completan el cuadro y demuestran que cuando ya la revolución había desencadenado sus fuerzas indomables, los necios ilustrados seguían creyendo que hubiera podido evitarse fácilmente con un cambio “oportuno” en las cumbres dinásticas del régimen.

Faltó decisión para llevar a cabo la “gran” revolución palaciega. Pero de ella brotó el plan de un pequeño golpe de Estado. Los conspiradores liberales no se atrevieron a suprimir al primer actor del drama monárquico; pero los grandes duques decidieron suprimir al apuntador, viendo en el asesinato de Rasputín el último recurso para salvar a la dinastía.

El príncipe Yusupov, casado con una Romanov, asoció

a la empresa al gran duque Dimitri Pavlovich y al diputado monárquico Purichkevich. También intentaron atraerse al liberal Maklakov, sin duda para dar a aquel asesinato un carácter “nacional.” El famoso abogado escurrió lindamente el bulto y se limitó con prudencia a suministrar a los conjurados el veneno. ¡Detalle este de gran estilo! Los conjurados confiaban, y no sin razón, que el automóvil con las armas de Romanov facilitaría la desaparición del cadáver después de perpetrado el crimen. Magnífica ocasión para demostrar la utilidad del blasón de los grandes duques! Lo demás se desarrolló como en un argumento de película de mal gusto. En la noche del 16 al 17 de diciembre, Rasputín, invitado a una juerga, fue asesinado en el palacio de Yusupov.

Las clases gobernantes, si se exceptúa a la reducida camarilla y a las místicas adoradoras del “santo”, vieron en el asesinato de Rasputín un acto salvador. El gran duque, arrestado en su domicilio con las manos manchadas, según la expresión del zar, por la sangre del mujik —aunque fuera un “santo”, no por eso dejaba de ser un campesino—, fue visitado en señal de simpatía por todos los miembros de la casa imperial que se hallaba en San Petersburgo. La hermana de la zarina, viuda del gran duque Sergio, comunicó por telégrafo que rezaba por los asesinos y bendecía su patriótica acción. Los diarios, mientras no se dictó la prohibición de tocar el tema de Rasputín, publicaron artículos entusiastas; en los teatros intentaron organizarse manifestaciones en honor de los asesinos y los transeúntes se felicitaban por las calles. “En las casas particulares, en los clubs de oficiales, en los restaurantes —recuerda el príncipe Yusupov— se brindaba por nuestra salud; en las fábricas los obreros lanzaban hurras en nuestro honor.” Es perfectamente explicable que los obreros no diesen muestras de pena al enterarse del asesinato de Rasputín. Pero sus gritos de júbilo no tenían nada que ver con la esperanza de que se corrigiese la dinastía.

La camarilla de Rasputín adoptaba una actitud expectante. Rasputín fue enterrado sigilosamente sin más cortejo que el zar, la zarina, sus hijas y la Virubova. Junto al cadáver del “santo Amigo”, antiguo cuatrero, asesinado por los grandes duques, la familia real tuvo que sentirse sola y como apestada. Pero Rasputín no encontró sosiego ni debajo de la tierra. Cuando a Nicolás II y Alejandra se les consideraba ya como arrestados, los soldados de Tsarskoye-Selo abrieron la tumba y exhumaron el féretro. Junto a la cabeza del muerto había un icono con esta dedicatoria: “Alejandra, Olga, Tatiana, Maria, Anastasia, Ana.” El gobierno provisional envió un emisario con órdenes de que el cadáver fuese trasladado, no se sabe para qué, a Petrogrado. La

multitud se opuso a ello y el emisario tuvo que quemar el cadáver en presencia suya.

Después del asesinato del "Amigo", la monarquía no vivió más que diez semanas. Aunque pequeño, todavía le quedaba un plazo. Ya no vivía Rasputin, pero seguía reinando su sombra. Contra lo que habían esperado los conspiradores después del asesinato, la pareja real siguió sosteniendo con especial obstinación a los miembros más despreciables de la camarilla de Rasputin. Para vengar a éste, fue nombrado Ministro de Justicia feudal un inepto. Varios grandes duques fueron desterrados de la capital. Se decía que Protópov se dedicaba al espiritismo para conjurar el espíritu del muerto. El dogal iba ciñéndose cada vez más a la garganta de la monarquía.

El asesinato de Rasputin tuvo grandes consecuencias, aunque no precisamente las que se habían imaginado sus autores e instigadores. Lejos de atenuar la crisis, lo que hizo fue exacerbarla. Por todas partes se hablaba del hecho: en los palacios y en los estados mayores, en los talleres y en las chozas de los campesinos. La conclusión no era difícil de sacar: hasta los grandes duques tenían que acudir al veneno y al revólver contra la corrompida camarilla. El poeta Blok escribía, comentando el asesinato de Rasputin: "La bala que acabó con él se ha clavado en el mismo corazón de la dinastía reinante."

Robespierre recordaba a la Asamblea Legislativa que la oposición de la nobleza, al debilitar a la monarquía, había puesto en pie a la burguesía, y detrás de ella a las masas populares. Al propio tiempo, Robespierre advertía que en el resto de Europa la revolución no podía desarrollarse con la misma rapidez que en Francia, porque las clases privilegiadas de los otros países, aprendiendo el ejemplo de la aristocracia francesa, se cuidarían de no tomar en sus manos la iniciativa de la revolución. Pero, al hacer este notable análisis, Robespierre se equivocaba, suponiendo que con su oposición irreflexiva los nobles franceses habían dado una lección perdurable a la aristocracia de los demás países. El ejemplo de Rusia había de demostrar de nuevo en 1905, y sobre todo en 1917, que la revolución, al enfrentarse con el régimen autocrático y semifeudal, es decir, contra la nobleza, encuentra en sus primeros pasos el aliento incoherente lleno de contradicciones, pero a pesar de todo muy eficaz, no sólo de la nobleza de filas, sino hasta de sus sectores más privilegiados, de los miembros de la dinastía inclusive. Este notable fenómeno histórico podría parecer paradójico y contrario a la teoría de la sociedad de clases; en realidad, sólo contradice a la idea vulgar que muchos tienen de ella.

La revolución surge cuando todos los antagonistas de la sociedad llegan a su máxima tensión. La situación, en estas condiciones, hácese insoportable incluso para las clases de la vieja sociedad, es decir, aquellas que están condenadas a desaparecer. Sin dar a las analogías biológicas más importancia de la que merecen, no será inoportuno recordar que llega un momento en que el parto es algo tan inevitable y fatal para el organismo materno como para el nuevo ser. La rebeldía de las clases privilegiadas no hace más que dar expresión a la incompatibilidad de su posición social tradicional con las necesidades vitales de la sociedad en el futuro. A la burocracia gobernante empieza a irsele todo de las manos. La aristocracia, sintiendo converger sobre sí la hostilidad general, hace recaer la culpa sobre la burocracia. Esta acusa a su vez a la nobleza, hasta que ambas, o cada cual por su parte, enderezan su descontento contra el símbolo monárquico del poder.

El príncipe Scherbatov, sacado de las instituciones de la nobleza para servir durante algún tiempo como ministro de la Corona, decía: "Tanto Samarin como yo somos antiguos mariscales de la nobleza provinciana. Hasta ahora, nadie nos ha considerado como de la izquierda ni nosotros mismos nos asignamos este carácter. Pero ni él ni yo podemos comprender que impere en el Estado una situación en la que el monarca y su Gobierno se hallen radicalmente divorciados de todo lo que hay de razonable en el país —de las intrigas revolucionarias no hay para qué hablar—, de los nobles, de los comerciantes, de las ciudades, de los *zemstvos* e incluso del Ejército. Si en las alturas no se quiere escuchar nuestra opinión sabemos cuál es nuestro deber: marcharnos."

Para la nobleza, la causa de todos los males está en que la monarquía se ha vuelto ciega o ha perdido el juicio. La clase privilegiada no ha perdido las esperanzas en una política capaz de conciliar la sociedad vieja con la nueva. O, dicho en otros términos: la nobleza no se aviene a la idea de que está condenada a desaparecer, y convierte lo que no es más que la angustia del agonizante en rebeldía contra la fuerza más sagrada del viejo régimen, es decir, contra la monarquía. La actitud y la irresponsabilidad de la rebeldía aristocrática se explican por la misma molición histórica a que están acostumbrados sus más altos representantes, por su miedo insuperable a la revolución. Las incoherencias y contradicciones de la rebeldía aristocrática tienen su razón de ser en el hecho de que se trata de una clase que tiene cerradas todas las salidas, y del mismo modo que una lámpara, antes de extinguirse, brilla por un momento con resplandor más vivo, aunque sea humoso, la

nobleza, en los estertores de la agonía, tiene un resplandor súbito de protesta que presta un gran servicio a sus enemigos mortales. Es la dialéctica de este proceso, que no sólo concuerda con la teoría clasista de la sociedad, sino que únicamente en ésta encuentra su explicación.

LA AGONIA DE LA MONARQUIA

La dinastía cayó apenas sacudida, como fruto podrido, antes de que la revolución tuviera tiempo siquiera de afrontar sus miras más inmediatas. La imagen que trazamos de la vieja clase dirigente no sería completa si no intentáramos exponer cómo se enfrentó la monarquía con la hora de su hundimiento.

El zar se encontraba en el Cuartel General, en Mohilev, adonde se había trasladado, no porque fuese necesaria su presencia allí, sino huyendo de las molestias petersburguesas. El cronista palaciego, general Dubenski, que se hallaba cerca del zar en el Cuartel General, registra en su diario: "Ha empezado aquí una vida tranquila. Todo seguirá como antes. El zar no cambiará nada. Sólo causas exteriores y fortuitas pueden imponer algún cambio..." El 24 de febrero, la zarina escribía al Cuartel General, en inglés, como siempre: "Confío en que el Kedrinsky ese de la Duma (se trata de Kerensky) será ahorcado por sus detestables discursos; hay que hacerlo a toda costa (ley marcial). Y servirá de ejemplo. Todo el mundo anhela e implora de ti energía." El 2 se recibe en el Cuartel General un telegrama del Ministro de la Guerra donde comunica que en la capital han estallado huelgas y disturbios, pero que se han tomado las oportunas medidas y que la cosa no tiene importancia. ¡Como se ve, no ha cambiado nada!

La zarina, que enseñaba siempre al zar a no retroceder, sigue haciendo todo lo posible por mantenerse firme. El 26, con el visible propósito de robustecer el ánimo vacilante de "Nicolás", le telegrafía que "en la ciudad todo está tranquilo." Pero en el telegrama de por la noche se ve obligada ya a confesar que "las cosas toman en la capital muy mal cariz." Por carta le dice: "Hay que decirles, sin ambages, a los obreros que se dejen de huelgas, y si siguen organizándolas, mandarles al frente como castigo. No hay para qué disparar; lo único que hace falta es orden y no dejarles que atraviesen los puentes." No era mucho pedir, a la verdad: ¡orden solamente! Y, sobre todo, no permitir

que los obreros lleguen al centro de la ciudad. Que se ahoguen de rabia e impotencia en sus suburbios.

Por la mañana del día 27 es enviado desde el frente a la capital el general Ivanov con un batallón de caballeros de San Jorge y plenos poderes dictatoriales, aunque con instrucciones para que no los proclame hasta después de ocupado Tsarkoie-Selo. "Difícilmente podía haberse pensado en un hombre menos adecuado para aquella misión —recuerda el general Denikin, que también más tarde haría ensayos de dictadura militar—; era un hombre senil, incapaz de orientarse en una situación política, sin fuerzas, ni energía, ni voluntad, ni rigor." La elección recayó en él en gracia a sus méritos durante la primera revolución: once años antes, este general había hecho entrar en razón a Kronstadt. Pero esos once años no habían pasado en balde. Durante ellos, los represores habían envejecido y los reprimidos se habían hecho adultos. Se dio a los frentes septentrional y occidental orden de que preparasen tropas para enviarlas a la capital. Por lo visto, creían disponer de tiempo sobrado. El propio Ivanov daba por supuesto que la cosa acabaría pronto y bien. Hasta tuvo la gentileza de acordarse de encargarse a su ayudante en Mohilev que comprara provisiones para los amigos de Petrogrado.

El 27 de febrero, Rodzianko envió al zar un nuevo telegrama, que terminaba con estas palabras: "Ha llegado la hora suprema en que van a decidirse los destinos de la patria y de la dinastía." El zar dijo a Frederichs, mayordomo de palacio, comentando el despacho: "Ese gordo de Rodzianko vuelve a escribirme cuatro tonterías, a las que ni siquiera pienso molestarme en contestar." No, aquello no era ninguna tontería, y pronto había de convencerse de que no tenía más remedio que contestar.

El 27, cerca del mediodía, se recibe en el Cuartel General un comunicado de Jabalov hablando de motines en los regimientos de Pavlovski, de Volinski, de Litovski y de Preobrajenski, y apuntando la necesidad de que se enviasen del frente tropas de confianza. Una hora después llega un telegrama completamente tranquilizador del Ministro de la Guerra: "Los disturbios que estallaron por la mañana en algunos regimientos son sofocados firme y enérgicamente por las compañías y los batallones, fieles a su deber... Estoy absolutamente persuadido de que se restablecerá pronto la tranquilidad..." Sin embargo, después de las siete de la tarde del mismo día, el propio ministro comunica que "las escasas tropas que siguen fieles a su deber no consiguen sofocar la sublevación." Y pide el urgente envío de fuerzas realmente leales y en cantidad suficiente "para proceder simultáneamente en los distintos sectores de la capital."

El Consejo de Ministros, reunido aquel día, creyó lle-

gado el momento oportuno para eliminar de su seno, por sí y ante sí, a la supuesta causa de todas aquellas calamidades: al Ministro del Interior, Protopopov, hombre medio loco. Al mismo tiempo, el general Jabalov ponía en vigor el decreto firmado a espaldas del Gobierno, declarando por orden de Su Majestad el estado de guerra en Petrogrado. De este modo, intentábase combinar todavía el calor con el frío, pero verosíblemente sin premeditación y, en todo caso, sin esperanza de éxito. No se llegó siquiera a fijar los bandos que declaraban el estado de guerra; resultó que el general-gobernador Blak no tenía engrudo ni pinceles. La autoridad constituida no servía siquiera para pegar un bando: pertenecía ya al reino de las sombras.

La sombra principal de este último Gabinete del zar era el príncipe Golitsin, un septuagenario que se había pasado varios años regentando las instituciones benéficas de la zarina y a quien ésta había puesto al frente del Gobierno en los días decisivos de la guerra y la revolución. Cuando los amigos le preguntaban a este "bonachón aristócrata ruso, a este viejo reblandecido" —como lo definía el liberal barón de Nolde—, por qué había aceptado un cargo de tanta responsabilidad, Golitsin contestaba: "Para tener un recuerdo agradable más que conservar." Mas no lo consiguió, por cierto. Hay un relato de Rodzianko que atestigua cuál era el estado de ánimo del último Gobierno del zar en aquellos momentos. Al recibirse las primeras noticias de que las masas avanzaban sobre el Palacio Marinski, donde el Gobierno celebraba sus reuniones, fueron apagadas inmediatamente todas las luces del edificio. Aquellos hombres puestos al frente del Estado sólo aspiraban a una cosa, a que la revolución no se fijara en ellos. Mas el rumor no se confirmó, y cuando, viendo que el temido asalto no ocurría, volvieron a encenderse las luces, un ministro zarista apareció, "con gran sorpresa propia" acurrucado debajo de la mesa. No ha podido averiguarse qué clase de recuerdos guardaría en aquel lugar.

Mas tampoco el propio Rodzianko debía de sentirse muy animoso. Después de varias tentativas trabajosas y estériles para establecer comunicación telefónica con el Gobierno, consigue al fin que le pongan al habla con el príncipe Golitsin, el cual le previene: "Tenga la bondad de no dirigirse ya a mí para nada, pues he presentado mi dimisión." Al oír esto, Rodzianko, según nos cuenta su fiel secretario, se dejó caer pesadamente sobre un sillón, se cubrió la cara con ambas manos y balbuceando: "¡Qué horror!... ¡Dios mío! ¡Sin autoridad!... ¡La anarquía!... ¡Sangre!", y rompió a llorar en silencio. Al derrumbarse el espectro caduco del zarismo no había consuelo para Rodzianko: sentíase desamparado, huérfano. ¡Qué lejos se halla-

ba en aquellos momentos de pensar que al día siguiente habría de ponerse a la cabeza de la revolución!

La contestación telefónica de Golitsin se explica teniendo en cuenta que el día 27 por la tarde el Consejo de Ministros se había reconocido incapaz para dominar la situación y había aconsejado al zar que pusiese al frente del Gobierno a una persona que gozara de la confianza general del país. El zar contestó a Golitsin en estos términos. "Respecto a las modificaciones propuestas en el ministerio, las considero inadmisibles en las circunstancias actuales. *Nicolás*". ¿A qué otras circunstancias esperaba? Al propio tiempo el zar exigía que se adoptaran "las medidas más enérgicas" para sofocar la sublevación. Pero esto era más fácil decir que hacer.

Al día siguiente, 28, hasta la indomable zarina se siente abatida. "Es necesario hacer concesiones —le telegrafía a Nicolás—. Las huelgas continúan y muchas tropas se han pasado a la revolución. *Alicia*." Fue necesario que se sublevase toda la Guardia, toda la guarnición, para que la celosa guardadora de la autocracia comprendiese la necesidad de hacer concesiones. Ahora el zar empieza también a darse cuenta de que lo que había telegrañado "aquel gordo de Rodzianko" no era ninguna "tontería". Nicolás decide trasladarse al lado de su familia. Es posible que los caudillos del Cuartel General, que no se sentían tampoco muy seguros, hiciesen todo lo posible por quitárselo de encima.

En un principio el tren real hizo su recorrido normalmente; como de costumbre, fue recibido en todas las estaciones por los agentes de policía y los gobernadores. Lejos del torbellino revolucionario, recluso en su vagón, entre su séquito habitual, el zar volvió a perder, visiblemente, la sensación del desenlace fatal que se avecinaba. El día 28 a las tres de la tarde cuando el curso de los acontecimientos había decidido ya su suerte, el zar envía desde Viasma a la zarina este telegrama: "Tiempo magnífico. Confío en que os encontréis buenos y tranquilos. Han sido enviados fuertes destacamentos de tropas desde el frente. Tiernamente tuyo. *Nika*". En vez de las concesiones a que la propia zarina le impulsaba, el tierno amante envía tropas del frente. Pero, a pesar del "tiempo magnífico", horas después el zar ya no tiene más remedio que afrontar cara a cara el vendaval revolucionario. El tren llegó hasta la estación de Vischera, donde los ferroviarios no lo dejaron seguir viaje: "El puente está destruido", le dijeron. Lo más probable es que este pretexto lo inventaran los del propio séquito imperial para disimular la verdadera realidad. Nicolás intentó pasar —o intentaron hacerlo pasar— por Bologoye, línea de Nicolalevoski; pero tampoco aquí dejaron paso

al tren real. Aquello era mucho más elocuente que todos los telegramas de Petrogrado. El zar había abandonado el Cuartel General y encontraba cerrado el paso a su capital. ¡Con los "peones" ferroviarios nada más, la revolución daba jaque mate al rey!

El general Dubenski, que acompañaba al zar en su viaje, escribe en el diario: "Todo el mundo se da cuenta de que este viaje nocturno de Vischeda es una noche histórica... Para mí, es evidente que el problema de la Constitución está ya decidido; no hay más remedio que implantarla... Ya no se habla más que de la necesidad de ponerse de acuerdo con ellos, con los miembros del Gobierno provisional." Ante el semáforo cerrado, detrás del cual acecha acaso la muerte, todos, el conde Frederichs, el príncipe Dolgoruk, el duque de Leuchtenberg, todos estos caballeros aristócratas se sienten partidarios de la Constitución. No piensan siquiera en luchar y resistir un poco. Negociar nada más; es decir, volver a engañar al pueblo o intentarlo, por lo menos, como en 1905.

Mientras el tren real erraba de un lado para otro, sin encontrar salida, la zarina enviaba telegrama tras telegrama al zar incitándolo a regresar a la capital lo más pronto posible. Pero los telegramas llegaban todos devueltos con esta inscripción en lápiz azul: "Se ignora el paradero del destinatario." Los funcionarios de Telégrafos no podían dar con el zar de todas las Rusias.

Regimientos con bandera y música dirigíanse en manifestación al Palacio de Táurida. La guardia de palacio formó bajo el mando del gran duque Cirilo Vladimirovich, en quien se reveló de súbito, como atestigua la condesa Kleinmichel, una gran presencia revolucionaria. Los centinelas se retiraron. La gente de la corte abandonó el palacio. "Allí todo el mundo atendía a salvarse a sí mismo", dice la Virubova. Por el interior de palacio erraban grupos de soldados revolucionarios que lo miraban todo con ávida curiosidad. Antes de que los dirigentes resolvieran lo que había que hacer, ya la gente de abajo había convertido en un museo el palacio de los zares.

El zar, cuyo paradero se ignora, vira con su tren hacia Pskov, donde está el estado mayor del frente septentrional que manda el viejo general Russki. En el séquito del zar se suceden unas proposiciones a otras. El zar da tiempo al tiempo y sigue contando por días y por semanas, cuando la revolución cuenta ya por minutos.

El poeta Blok pinta al monarca en los últimos meses de su reinado: "Terco, pero abúlico; nervioso, pero insensible a todo; receloso de todo el mundo, desquiciado, pero cauto en las palabras, no era ya dueño de sí mismo. Había

dejado de comprender la situación y no daba ni un solo paso, echándose completamente en brazos de aquellos a los que él mismo había puesto en el poder." ¡Pléñese hasta qué punto se acentuarían en este hombre esos rasgos de abulia y de desquiciamiento, de miedo y de desconfianza, al sobrevenir los últimos días de febrero y los primeros días de marzo!

Por fin, Nicolás, haciendo un último esfuerzo, se dispuso a enviar un telegrama al odiado Rodzianko —en el cual, en aras de la patria y de su salvación—, le encargaba de la formación de un nuevo Ministerio, reservándose únicamente la provisión de las carteras de Asuntos Extranjeros, Guerra y Marina. El zar quiere todavía regatear con "ellos": no hay que olvidar que avanzan "numerosas tropas" sobre Petrogrado.

El general Ivanov pudo llegar, efectivamente, sin novedad a Tsarkoie-Selo. Por lo visto, los ferroviarios no se decidieron a hacer frente al batallón de los caballeros de San Jorge. El general había de confesar algún tiempo después que, durante el trayecto, se había visto obligado a usar por tres o cuatro veces la "presión paternal" contra los soldados rebeldes, obligándoles a arrodillarse. Inmediatamente de llegar el "dictador" a Tsarskoie-Selo, las autoridades locales le comunicaron que un choque del batallón de San Jorge con las tropas podría poner en grave peligro la vida de la familia real. Pero por quien temían era por sí mismos, y esto les llevaba a aconsejar al "pacificador" que se volviese.

El general Ivanov formuló a Jabalov, el otro "dictador", diez preguntas, a todas las cuales recibió una contestación precisa y categórica. Reproducimos aquí las preguntas y las respuestas, pues a la verdad que lo merecen.

PREGUNTAS DE IVANOV

1.^a ¿Qué tropas se ajustan al orden y cuáles faltan a él?

RESPUESTAS DE JABALOV

1.^a En el edificio del Almirantazgo tengo bajo mis órdenes cuatro compañías de la Guardia, cinco escuadrones y centenas y dos baterías; el resto de las tropas se han pasado a los revolucionarios o permanecen neutrales en convivencia con ellos. Los soldados recorren la ciudad, sueltos o en grupos y desarman a los oficiales.

2.^a ¿Qué estaciones están guardadas?

3.^a ¿En qué parte de la ciudad se mantiene el orden?

4.^a ¿Qué autoridades ejercen el poder en esos barrios de la capital?

5.^a ¿Funcionan normalmente todos los ministerios?

6.^a ¿De qué autoridades policíacas dispone usted en este momento?

7.^a ¿Qué organismos técnicos y económicos del ramo de Guerra se hallan actualmente bajo sus órdenes?

8.^a ¿Qué cantidad de víveres tiene usted a su disposición?

9.^a ¿Han caído muchas armas, artillería y municiones en manos de los rebeldes?

10.^a ¿Qué autoridades militares y estados mayores están a las órdenes de usted?

2.^a Todas las estaciones están en manos de los revolucionarios, que las guardan celosamente.

3.^a Toda la ciudad está en poder de los revolucionarios, el teléfono no funciona y están cortadas las comunicaciones con los distintos barrios de la capital.

4.^a No puedo contestar a esta pregunta.

5.^a Los ministros han sido detenidos por los revolucionarios.

6.^a De ninguna.

7.^a Ninguno.

8.^a No dispongo de víveres. El 25 de febrero había en la ciudad 5.600.000 puds de harina.

9.^a Toda la artillería está en poder de los rebeldes.

10. Bajo mis órdenes personales se halla el jefe del Estado Mayor del distrito; con los demás organismos regionales no tenemos comunicación.

Después de obtener estos datos que le imponían, de un modo bien inequívoco, de la realidad, el general "accedió" a retornar con sus fuerzas, que ni siquiera habían descendido del tren, a la estación Dno. "He aquí —concluye una de las primeras figuras del Cuartel General, el general Lukomski— cómo el envío del general Ivanov, con plenos poderes dictatoriales, vino a parar en un fiasco escandaloso."

La verdad es —dicho sea de paso— que el escándalo pasó desapercibido, ahogado por la marejada de los acontecimientos. Suponemos que el dictador enviaría las provisiones con que quería obsequiar a sus amistades de Petrogrado y sostendría una prolongada conversación con la zarina, en la que ésta le hablaría de su abnegación en los hospitales de campaña y se lamentaría de la ingratitud del Ejército y del pueblo.

Entre tanto, llegaban a Pskov, pasando por Mohilev, noticias cada vez más sombrías. La guardia personal de Su Majestad, que se había quedado en la capital y en la que la familia real conocía a cada soldado por su nombre, rodeándolos a todos de mimos y cuidados, se presenta a la Duma nacional pidiendo autorización para arrestar a los oficiales que se niegan a solidarizarse con la insurrección. El vicealmirante Kurosch comunica que no ve posibilidad de sofocar la sublevación de Kronstadt, pues no responde ni de un solo batallón. El almirante Nepenin telegrafía que la escuadra del Báltico no reconoce más gobierno que el Comité provisional de la Duma. El jefe de las tropas de Moscú, Mrosovski, dice: "La mayoría de las tropas, con la artillería, se han pasado a los revolucionarios, en cuyo poder se halla, por tanto, toda la ciudad; el general-gobernador y su ayudante han abandonado sus puestos." Dicho más claramente: han huido.

Todo esto le fue comunicado al zar el día 1.º de marzo, por la tarde. Hasta una hora avanzada de la noche se discutió el pro y el contra de un Ministerio responsable. Por fin, a las dos de la madrugada, el zar dio su conformidad. Los altos dignatarios que le rodeaban respiraron tranquilos. Creyéndose como la cosa más natural del mundo que con esto se cortaba de raíz el problema de la revolución, dieron al mismo tiempo órdenes para que volvieran al frente las tropas que habían sido destacadas a Petrogrado para sofocar la insurrección. Russki, se apresuró a comunicar a Rodzianko, al apuntar el día, la buena nueva. Pero el reloj del zar iba enormemente atrasado. Rodzianko, acosado ya en el Palacio de Táurida por los demócratas, los socialistas, los soldados, los diputados obreros, contestó a Russki: "Lo que usted propone no basta; lo que ahora se debate es la cuestión dinástica... Las tropas se ponen en

todas partes al lado de la Duma y del pueblo y exigen la abdicación del zar en favor de su hijo, bajo la regencia de Miguel Alexandrovich." La verdad era que a las tropas no se les había pasado siquiera por las mentes semejante cosa. Lo que ocurría era que Rodzianko achacaba bonitamente al Ejército y al pueblo la fórmula con que la Duma confiaba todavía contener la revolución. De todos modos, la concesión del zar llegaba demasiado tarde: "La anarquía ha tomado tales proporciones, que me he visto obligado a nombrar esta noche un Gobierno provisional. Desgraciadamente, el manifiesto ha llegado tarde..." Estas palabras solemnes demuestran que el buen presidente de la Duma se había enjugado ya las lágrimas que derramara días antes junto al teléfono. El zar, leyendo las palabras cambiadas entre Rodzianko y Russki, vacilaba, releía, esperaba. Pero los caudillos militares salieron de su mutismo para tomar cartas en el asunto: la cosa urgía y también a ellos les afectaba.

Aquella noche, el general Alexeiev pulsó, en una especie de plebiscito, la opinión de los jefes de los frentes. Es magnífico que las revoluciones modernas se realicen con ayuda del telégrafo, pues así las primeras reacciones y el eco que despiertan en los que ejercen el poder van quedando registrados para la Historia en las cintas telegráficas. Las negociaciones entabladas entre los mariscales del campo del zar la noche del 1.º al 2.º de marzo, nos suministraban un documento humano incomparable. ¿Debe abandonar el zar el trono, o no? El generalísimo del frente occidental, general Evert, se reserva su opinión hasta que hayan expresado la suya los generales Russki y Brusilov. El generalísimo del frente rumano, general Sazarov, exigía que se le comunicasen previamente los dictámenes de los demás generalísimos. Tras muchas vacilaciones, este bravo guerrero declara que su ardiente amor por el monarca le impide avenirse a tan "vil proposición"; sin embargo, recomienda al zar, con lágrimas en los ojos, que abdique "para evitar imposiciones aún más viles." El ayudante de campo Evert expone minuciosamente las razones que aconsejan capitular: "Adopto todas las medidas para evitar que las noticias referentes a la situación actual reinante en las capitales penetren en el Ejército, con el fin de preservarlos de desórdenes, de otro modo inevitables. Pero no hay manera de poner fin a la revolución en las capitales." El gran duque Nicolás Nicolalevich exhorta al zar desde el frente caústico a que tome una "resolución heroica y abdique la corona"; el mismo ruego formulan los generales Alexeiev y Brusilov y el almirante Nepenin. Por su parte, Russki expone verbalmente al zar su opinión, que coincide con la de esos caudillos. Los generales encañonaban res-

petuosamente con los cañones de sus siete revólveres al adorado monarca. Temerosos de dejar escapar el momento propicio para ponerse a bien con el nuevo poder, no menos temerosos de sus propias tropas, estos guerreros, maestros en capitulaciones, dan a su zar y jefe supremo, unánimemente un consejo prudentísimo: retirarse por el foro sin lucha. Ya no se trataba de aquel lejano Petrogrado, contra el que, por lo visto, se podían destacar tropas; se trataba del frente, de donde las tropas tenían que salir.

Oídos estos pareceres tan convincentes, el zar decide renunciar a un trono que ya no posee. Se redacta un telegrama a Rodzianko adecuado a las circunstancias: "No hay sacrificio que yo no sea capaz de hacer en aras del verdadero bien y de la salvación de nuestra querida madre Rusia. Estoy, pues, dispuesto a abdicar la corona en mi hijo, que seguirá a mi lado hasta llegar a la mayoría de edad, nombrando regente del reino a mi hermano el gran duque Miguel Alexandrovich. *Nicolás.*" Mas tampoco este telegrama se llegó a cursar, pues se recibieron noticias de que los diputados Guchkov y Chulguin salían de Petrogrado para Pskov. Aquello daba nuevo pie para aplazar la decisión. El zar ordenó que le devolvieran el telegrama. Temía, evidentemente, haberse precipitado y seguía esperando noticias tranquilizadoras; en realidad, lo que esperaba era un milagro. Recibió a los diputados a las doce de la noche del día 2 de marzo. El milagro no ocurrió, y ya no podía diferirse más tiempo la resolución. En forma inesperada, el zar declaró que no podía separarse de su hijo —¿qué vagas esperanzas abrigaría en aquellos momentos?— y firmó un manifiesto donde renunciaba a la corona en favor de su hermano. Firmó también unos ucases dirigidos al Senado, nombrando al príncipe Lvov presidente del Consejo de Ministros, y generalísimo a Nicolás Nicolalevich. Los temores familiares de la zarina parecían confirmarse: el odiado "Nicolaska" subía al poder del brazo de los conspiradores. Por lo visto, Guchkov creía seriamente que la revolución se avendría con el augusto generalísimo. Este tomó también en serio el nombramiento y hasta intentó durante algunos días gobernar apelando al cumplimiento de los deberes patrióticos. Pero la revolución le empujó a un lado insensiblemente.

Con el fin de guardar las apariencias de una decisión espontánea y libre, al manifiesto de renuncia a la corona se le puso como hora las tres de la tarde, fundándose en que la resolución primera del zar había sido tomada a esa hora. En realidad, lo que se hacía era revocar aquella "decisión" de por el día, que transmitía la corona al hijo y no al hermano, en la esperanza de que los acontecimientos tomarían un giro favorable. Pero todo el mundo fingió no darse cuen-

ta de esto. El zar hacía una última tentativa por salvar su dignidad ante los odiados representantes del Parlamento, los cuales correspondieron a ello tolerando aquella falsificación de un acto histórico, es decir, un fraude contra el pueblo. La monarquía se retiraba de la escena con el mismo estilo con que había vivido. También sus sucesores se mantuvieron fieles a sí mismos. Es posible que viesen en su tolerancia una condescendencia generosa del vencedor para el vencido.

Apartándose un poco del estilo impersonal de su diario, Nicolás escribe en el asiento del día 2 de marzo: "Por la mañana, vino Russki y me leyó una larguísima conversación sostenida con Rodzianko por teléfono. A juzgar por sus informadores, la situación en Petrogrado es tal, que un Ministerio compuesto por miembros de la Duma no serviría de nada, pues tendría enfrente al Partido socialdemócrata representado por un Comité obrero. Me indicó que era necesario que renunciase a la corona. Russki comunicó esta conversación al Cuartel General, a Alexeiev y a todos los generalísimos. A las doce y media de la noche llegaron las respuestas. Para salvar a Rusia y retener las tropas en el frente, he decidido dar este paso. Manifesté mi conformidad y desde el Cuartel General se envió un proyecto de manifiesto. Por la tarde llegaron de Petrogrado Guchkov y Chulguin, y, después de entrevistarme con ellos, les entregué el manifiesto corregido y firmado. A la una de la noche me marché de Pskov con el corazón dolorido. Por todas partes traición, cobardía y engaño."

Hay que reconocer que la amargura de Nicolás no carecía de fundamento. El 28 de febrero, el general Alexeiev vuelve a telegrafiar a los generalísimos de todos los frentes: "Pesa sobre todos nosotros ante el monarca y la patria el deber sagrado de conservar en las tropas de los ejércitos en operaciones la fidelidad al deber y al juramento prestado." Dos días después, Alexeiev excitaba a estos mismos generalísimos a violar la fidelidad "al deber y al juramento prestado" En el Alto Mando no hubo ni una sola persona que defendiera a su zar. Todos se apresuraron a ponerse a salvo, pasándose a la nave de la revolución, en la firme creencia de que en ella encontrarían cómodas cabinas. Generales y almirantes se despojaban tranquilamente de las insignias zaristas para colocarse cintas rojas. Sólo se habló de un pobrecillo comandante de un cuerpo de ejército que murió de un ataque cardíaco al prestar juramento al nuevo poder. Lo que no sabemos es si el corazón le estalló al ver derrumbarse la amada monarquía o por otras causas. Los dignatarios civiles no tenían por qué demostrar profesionalmente más valor que los militares. Cada cual se salvaba como mejor podía.

Pero, decididamente, el reloj de la monarquía ya no marchaba más de acuerdo con el de la revolución. El 3 de marzo, de madrugada, Russki, fue llamado de nuevo al aparato desde la capital por el hilo directo. Rodzianko y el príncipe Lvov exigían que no se hiciera público el manifiesto del zar, que llegaba otra vez tarde. Acaso se tranquilizasen —¿quiénes?— con la subida al trono de Alexei, comunicaban con evasivas los nuevos amos del poder; pero la renuncia a favor del príncipe Miguel era absolutamente inadmisible. Russki exteriorizó, no sin cierta perversidad, su pesar ante el hecho de que los diputados de la Duma destacados el día anterior no estuviesen lo bastante informados acerca de los verdaderos fines de su viaje. Pero también para esto encontraron los diputados una salida. "Ha estallado, en forma inesperada, para todo el mundo, una sublevación militar como nunca se había visto —le explicó el gran chambelán a Russki, como si realmente se hubiese pasado la vida contemplando sublevaciones militares—. La proclamación del gran duque Miguel como emperador no haría más que echar leña al fuego y sobrevendría una verdadera hecatombe." Están todos asustados, todos han perdido la cabeza.

Y los generales vuelven a tragarse silenciosamente esta nueva "imposición vil" de la revolución. Sólo Alexeiev se desahogaba un poco en este comunicado telegráfico dirigido a los generalísimos del frente: "Los partidos de izquierda y los diputados obreros ejercen una violenta presión sobre el presidente de la Duma, y en los comunicados de Rodzianko no hay franqueza ni sinceridad." ¡Sinceridad era todo lo que echaban de menos los buenos generales en aquellos momentos!

El zar volvió a reflexionar mejor. Al llegar a Mohilev, procedente de Pskov, entregó a su ex jefe de Estado Mayor, Alexeiev, para que la cursara a Petrogrado, una hoja donde daba su consentimiento a la abdicación de su hijo. Esta fórmula debía de parecerle, después de todo, la más aceptable. Según cuenta Denikin, Alexeiev se hizo cargo del telegrama y no lo cursó, entendiendo, sin duda, que bastaban los otros dos manifiestos dados a conocer ya al Ejército y al país. Aquella discordia nacía sencillamente de que el cerebro no sólo del zar y de sus consejeros, sino también el de los liberales de la Duma, trabajaban más lentamente que la revolución.

Antes de salir en definitiva de Mohilev, el 8 de marzo, el zar, ya formalmente arrestado, dirigió un llamamiento a las tropas, que terminaba con estas palabras: "El que en estos momentos piense en la paz, el que desee la paz, es un traidor a la patria." Era una tentativa que alguien debió de sugerirle de ahogar en boca de los liberales la

acusación de germanofilia. La tentativa no tuvo consecuencias, pues ya no se atrevieron a hacer pública la alocución.

Así terminaba un reinado que había sido todo él una cadena ininterrumpida de fracasos, catástrofes, calamidades y crímenes, empezando por la hecatombe de Chodinka durante las fiestas de la coronación, y pasando por los fusilamientos en masa de huelguistas y campesinos sublevados, por la guerra ruso-japonesa, por las terribles represiones que siguieron a la revolución de 1905, por las innumerables ejecuciones, razzias punitivas y los progromos nacionalistas, y acabando por la participación insensata e infame de Rusia en la infame e insensata guerra mundial.

Al llegar a Tsarkoje-Selo, donde lo recluyeron en el palacio real con su familia, el zar dijo en voz baja, según cuenta la Virubova: "No hay justicia en este mundo." Y, sin embargo, aquellas palabras eran precisamente una prueba irrefutable de que hay una justicia histórica, aunque a veces llegue con retraso.

La semejanza entre la última pareja de las Romanov y la pareja real de los tiempos de la gran Revolución Francesa salta a la vista. Esta semejanza ha sido señalada ya en la literatura, pero de un modo superficial y sin sacar de ella ninguna consecuencia. No obstante, esta analogía no es casual, como a primera vista pudiera parecer, y brinda un material precioso para deducir conclusiones.

Separados unos de otros por una distancia de siglo y cuarto, hay momentos en que Nicolás II y Luis XVI se presentan como dos actores que han cumplido el mismo papel. En ambos es la felonía pasiva, acechante pero vengativa, el rasgo más destacado de carácter, con la diferencia de que en el rey francés se oculta tras una dudosa bondad, mientras que en el zar ruso es una forma de trato. Uno y otro producen la impresión de hombres a quienes les pesa el oficio que les cupo en suerte y que, sin embargo, no están dispuestos a ceder ni un ápice de los derechos que les rodean y que no saben cómo emplear. Sus diarios, semejantes hasta en el estilo o en la ausencia de estilo, revelan la misma agobiadora vacuidad espiritual.

La austriaca y la alemana de Hesse guardan, a su vez, una evidente simetría. Las dos reinas descuellan sobre sus maridos no sólo en estatura física, sino en talla moral. María Antonieta es menos beata que Alejandra Feodorovna y más ardientemente dada a los placeres. Pero ambas desprecian por igual a sus pueblos, ambas desechan indignadas toda idea de concesiones y ambas desconfían del valor de sus maridos y los miran de arriba abajo: María Antonieta, con una sombra de desprecio; Alejandra, con lástima.

Cuando autores allegados a la corte petersburguesa nos

aseguran en sus memorias que Nicolás II, de no haber sido zar, habría dejado en el mundo un buen recuerdo, no hacen más que reproducir el viejo clisé benevolente que los de su tiempo acuñaron de Luis XVI, sin que con ello contribuyan gran cosa a enriquecer nuestros conocimientos, ni en punto a la Historia ni en lo tocante a la naturaleza humana.

Ya hemos oído cómo se indignaba el príncipe Lovov cuando, en momentos en que los sucesos trágicos de la primera revolución se hallaban en su apogeo, al pensar encontrarse con un zar abatido, se halló con "un hombrecito alegre y animoso, ataviado con una camisa morada." Sin saberlo, el príncipe no hacía más que repetir lo que el gobernador Morris había escrito, en 1790, en Washington, hablando de Luis XVI: "¿Qué se puede esperar de un hombre que, en la situación en que se halla, come, bebe, duerme y ríe; *de este hombre simpático, más alegre que cuantos le rodean?*"

Cuando Alejandra Feodorovna, dos meses antes de caer la monarquía, predica: "Las cosas toman un buen giro, los sueños de nuestro Amigo tienen un gran significado", no hace más que repetir lo que María Antonieta decía un mes antes de derrumbarse en Francia el poder real: "Me siento muy animosa, y algo me dice que pronto seremos felices y estaremos salvados" Están ahogándose y ambas ven sueños de color de rosa.

Ciertos elementos en esta analogía tienen, por supuesto, un carácter puramente casual y no ofrece más que un interés histórico anecdótico. Sin duda más importancia tienen aquellos rasgos destacados o directamente impuestos por la fuerza de las circunstancias y que proyectan una cruda luz sobre las relaciones que guardan entre sí la personalidad y los factores objetivos de la Historia.

"No sabía querer: he aquí el rasgo principal de su carácter", dice un historiador reaccionario francés hablando de Luis XVI. Estas palabras parecen el retrato de Nicolás II. Ninguno de los dos sabía querer; en cambio, sabían no querer. Y, en realidad, ¿qué iban a "querer", suponiendo que pudiesen, los últimos representantes de una causa histórica definitivamente perdida?

"Por lo general, escuchaba, sonreía; pero rara vez se decidía a nada. Lo primero que se le ocurría decir instintivamente era *no*." ¿A quién se refieren estas palabras? Todavía a Luis Capeto. En todo era la conducta de Nicolás II un plagio del rey francés. Uno y otro caminaban al abismo "con la corona sobre los ojos." Pero ¿es que se puede caminar con los ojos abiertos a un abismo al que no hay manera de escapar? ¿Hubieran remediado algo con echarse la corona atrás para ver mejor?

Sería cosa de recomendar a los psicólogos profesionales la reacción de una antología de lugares paralelos en las vidas de Nicolás II y Luis XVI, de Alejandra y de María Antonieta y sus afines y allegados. No les faltarían desde luego, materiales y el fruto de su trabajo sería un documento histórico sumamente interesante en abono de la psicología materialista: a excitaciones de la misma naturaleza —no iguales, por cierto—, corresponden, en condiciones parecidas, reflejos también semejantes. Cuanto más poderoso es el agente que provoca la excitación, más supera las peculiaridades individuales. Tratándose de cosquillas, cada cual reacciona a su modo; pero si nos tocan con un hierro candente, todo el mundo reacciona igual. Y del mismo modo que el martillo pilón convierte en una plancha una bola o un cubo, bajo el peso de los acontecimientos magnos e inexorables, las individualidades, por mucho que resistan, se aplanan y pierden sus contornos genuinos.

Luis XVI y Nicolás II eran los últimos vástagos de unas dinastías que habían vivido en forma turbulenta. La imperturbabilidad relativa de ambos, su serenidad y "su semblante risueño" en los momentos difíciles, eran otras tantas expresiones, adquiridas por hábito de educación, de la pobreza de energías interiores, de la baja tensión de sus descargas nerviosas, de la indigencia de sus recursos espirituales. Eran ambos individuos moralmente castrados, que carecían en absoluto de imaginación y de capacidad creadora, que tenían la inteligencia estrictamente necesaria para darse cuenta de su propia trivialidad y sentían una envidia hostil contra cuanto significase talento y valor. A ambos les tocó en suerte gobernar a su país en momentos de honda crisis interior y de despertar revolucionario del pueblo. Ambos se defendían contra la difusión de las nuevas ideas y la avalancha de las potencias enemigas, y su indecisión, su hipocresía y su falsedad no eran, en ambos, signos de debilidad moral personal precisamente, sino expresión de la absoluta imposibilidad de sostenerse en el puesto heredado.

¿Y sus esposas? Alejandra, en más alto grado todavía que María Antonieta, se vio exaltada por su matrimonio con el autócrata de un poderoso país a las más elevadas cumbres con que puede soñar una princesa, sobre todo la princesa de un rincón provinciano como Hesse. Ambas estaban poseídas hasta el último límite por la conciencia de su elevada misión: María Antonieta de un modo más frívolo, Alejandra con el espíritu de la hipocresía protestante traducido al lenguaje de la Iglesia eslava. Los fracasos de su reinado y el descontento creciente de sus pueblos hicieron estremecerse despiadadamente el mundo fantástico que se habían construido aquellos cerebros fantásticos pero diminutos co-

mo de gallina. Así se explica el furor creciente, la hostilidad sorda, su odio hacia aquellos ministros que tomaban en consideración, por poco que fuese, este mundo hostil, es decir, el país en que vivían, su aislamiento inclusive dentro de la propia corte y aquel eterno sentimiento de descontento hacia el marido en quien no se habían cumplido las esperanzas concebidas durante la época de noviazgo.

Los historiadores y los biógrafos de tendencia psicológica buscan, y muchas veces encuentran, rasgos puramente personales y fortuitos allí donde sólo hay una refracción de las grandes fuerzas históricas en una personalidad. Es el mismo error de visión en que incurren los palaciegos al no ver en el último zar de Rusia más que a un hombre de "mala suerte." Y así lo creía él también. En realidad, sus fracasos provenían de la contradicción entre los viejos objetivos que había heredado de sus antecesores y las nuevas condiciones históricas en que se encontraba colocado. Cuando los antiguos decían que Júpiter privaba de juicio a aquel a quien quería perder, expresaban bajo la forma de una superstición el fruto de profundas observaciones históricas. La frase de Goethe: "La razón se torna en absurdo" —*Vernunft wird Unsinn*— encierra la misma idea del Júpiter impersonal de la dialéctica histórica que priva de razón a las instituciones históricas caducas y condena al fracaso a sus defensores. Nicolás Romanov y Luis Capeto se encontraron con sus papeles históricos trazados de antemano por el curso del drama histórico. Lo más que ellos podían poner de su cosecha eran los matices de la interpretación. La "mala estrella" de Nicolás II, lo mismo que la de Luis XVI, no hay que buscarla en su horóscopo personal, sino en el horóscopo histórico de la monarquía burocrático-feudal. Eran ambos los últimos vástagos del absolutismo. Su nulidad moral, derivada del carácter agonizante de su dinastía, imprimió a ésta un sello doblemente siniestro.

Podía objetarse que si Alejandro III hubiera bebido menos, habría vivido acaso mucho más y la revolución se habría encontrado con otro zar completamente distinto, sin la menor afinidad con Luis XVI. Pero esta objeción deja completamente incólume lo dicho más arriba. No es nuestro propósito, ni mucho menos, negar la importancia que lo personal tiene en la mecánica del proceso histórico ni la influencia del factor fortuito en lo personal. Lo que sostenemos es que la personalidad histórica, con todas sus peculiaridades, no debe enfocarse precisamente como una síntesis escueta de rasgos psicológicos, sino como una realidad viva, reflejo de determinadas condiciones sociales, sobre las cuales reacciona. Del mismo modo que la rosa no pierde su fragancia por el hecho de que el naturalista indique los ele-

mentos del suelo y de la atmósfera de que se nutre, la personalidad no pierde su aroma, o su hedor, al ponerse en descubierto sus raíces sociales.

Precisamente esa objeción que se apunta —la referente a la longevidad de Alejandro III— puede contribuir a esclarecer el problema en otro aspecto. Supongamos, por un momento, que Alejandro III no hubiese emprendido la guerra con el Japón, en 1904. Esto habría demorado la primera revolución. ¿Hasta cuándo? Es posible que la revolución de 1905, es decir, el primer choque en el que se probaron las fuerzas, la primera brecha abierta en el muro de la autocracia, no hubiera sido entonces más que una simple introducción a la segunda, a la republicana, y a la tercera, la proletaria. Mas todo lo que se diga sobre este particular serán siempre conjeturas más o menos interesantes. Lo indiscutible es que la revolución no fue fruto de las condiciones de carácter de Nicolás II y que Alejandro III no habría resuelto tampoco los problemas por ella planteados. Baste recordar que nunca ni en parte alguna el tránsito del régimen feudal al burgués se realizó sin conmociones violentas. Ayer mismo lo veíamos todavía en China, como hoy lo podemos observar bien claro en la India. Lo más que se puede aventurar es que la política seguida por la monarquía y la conducta personal del monarca aceleran o retrasan, en ciertos casos, la revolución e imprimen un determinado sello en su proceso interno.

¡Con qué rencorosa e impotente tenacidad pugnaba por defenderse el zarismo en los últimos meses, semanas y días, cuando ya tenían irremediablemente perdida la partida! Si Nicolás II no tenía suficiente voluntad, la zarina se encargaba de suplir este defecto. Rasputín era el elemento de que se valía para gobernar la camarilla, luchando encarnizadamente por su propia conservación. Aun desde este punto de vista limitado, la personalidad del zar aparece absorbida por una pandilla que no es más que un coágulo del pasado y de sus últimas convulsiones. La "política" de la camarilla de Tsarkoie-Selo ante la revolución, no era más que una resultante de los reflejos de una fiera acosada y desangrada. Si perseguimos por la estepa, leguas y leguas, a un lobo en un rápido automóvil, la fiera acaba, tarde o temprano, por ceder el aliento y tenderse en el suelo, agotada. Pero en cuanto probemos a ponerla un collar, la veremos revolverse, intentando destrozarnos. Y es natural: pues ¿qué otro recurso le queda, en semejantes condiciones?

Los liberales no lo entendían así. Toda el acta de acusación del liberalismo contra el último zar era que Nicolás II, en vez de pactar a tiempo con la gran burguesía, evitando con ello la revolución, se negaba tozudamente a hacer concesiones y hasta en los últimos momentos, ya bajo

la cuchilla de la realidad, cuando cada minuto contaba, seguía dando largas y más largas, regateando con el destino y dejando perderse las últimas posibilidades. Esto parece convincente. ¡Lástima que el liberalismo, que conocía remedios tan infalibles para salvar a la monarquía, no los hubiera encontrado para salvarse a sí mismo!

Sería absurdo afirmar que el zarismo, nunca ni bajo ningún género de condiciones, se mostró dispuesto a ceder. Hizo concesiones en la medida en que se las imponía la necesidad de la propia conservación. Después del desastre de Crimea, Alejandro II decretó la semiemancipación de los campesinos y una serie de reformas liberales en los dominios de los *zemstvos*, la justicia, la prensa, las instituciones de enseñanza, etc. El mismo zar se encargó de dar expresión a la idea que informaba aquellas reformas: emancipar a los campesinos *desde arriba*, con el fin de que no se emancipasen ellos *desde abajo*. Acuciado por la primera revolución, Nicolás II llegó a conceder una semiconstitución. Stolypin se entregó a la obra de destruir la "comuna" rural, con el designio de abrir más ancho cauce a las fuerzas capitalistas. Pero todas estas reformas no tenían para el zarismo más sentido que mantener en pie, a costa de concesiones parciales, el sistema total: los fundamentos de la sociedad de castas y la monarquía misma. En cuanto vio que los frutos de la reforma iban más allá de los límites propuestos, la monarquía retrocedió inmediatamente. Alejandro II se pasó la segunda mitad de su reinado escamoteando las reformas implantadas por él durante la primera mitad. Alejandro III fue todavía más allá por la senda de la contrarreforma. En octubre de 1905, Nicolás II cedió ante la revolución; luego disolvió las Dumas creadas por él, y tan pronto como la revolución se debilitó, dio un golpe de Estado. En el transcurso de tres cuartos de siglo —si se cuenta a partir de las reformas de Alejandro II— se desarrolla una pugna, unas veces latente y otras manifiesta, de las fuerzas históricas, que se remonta muy por encima de las cualidades personales de los zares y que encuentra su apogeo y remate en el derrocamiento de la monarquía. Dentro del marco de este proceso histórico es donde hay que situar a los distintos zares, para estudiar su carácter respectivo y trazar su "biografía."

Aun el más autocrático de los déspotas queda muy lejos del individuo, que, "libre" y arbitrariamente, imprime su sello propio a los acontecimientos. El monarca no es nunca más que un agente coronado de las clases privilegiadas que forma una sociedad hecha a su imagen y semejanza. Cuando estas clases tienen todavía una misión que cumplir, la monarquía es fuerte y abriga confianza en sí misma, empuña un aparato firme de poder y puede elegir

sin tasa sus gobernantes, pues los hombres de talento no se han pasado todavía al campo enemigo. El monarca, ya sea personalmente o por medio de un favorito, puede, si quiere, convertirse en depositario de una misión histórica, elevada y progresiva. Otra cosa acontece cuando el sol de la vieja sociedad camina en forma irremediable a su ocaso: las clases privilegiadas, que eran antes los árbitros de la vida nacional, se convierten ahora en un tumor parasitario y al perder sus funciones directivas, pierden la conciencia de su misión y la confianza en sus propias fuerzas; esta desconfianza en sí mismas les hace perder, al propio tiempo, la confianza en la Corona; la dinastía se aísla; el sector de los hombres que le son incondicionalmente adictos se va reduciendo; desciende su nivel; entretanto, van creciendo los peligros; las nuevas fuerzas presionan; la monarquía pierde la capacidad para toda iniciativa creadora, se defiende, se debate, cede, sus actos cobran el automatismo de simples reflejos. El despotismo semiasiático de los Romanov no podía escapar tampoco a este destino.

Si se analiza el zarismo agonizante en un corte vertical, por decirlo así, Nicolás II aparece como el eje de una camarilla que tiene sus raíces en un pasado condenado inexorablemente a desaparecer. Analizando en un corte horizontal, cronológico, el reinado de Nicolás II es el último eslabón de una cadena dinástica. Sus antecesores, miembros también, en su tiempo, de colectividades familiares, burocráticas y de casta, aunque fuesen más extensas, ensayaron distintos métodos de gobierno para salvaguardar el viejo régimen social contra el destino ineludible que le amenazaba, y, sin embargo, sólo consiguieron legar a Nicolás II un imperio caótico que llevaba ya en sus entrañas la revolución. Toda la libertad de opción que a éste le quedaba era elegir entre los distintos caminos que podían llevarle a la ruina.

El liberalismo soñaba con una monarquía de tipo británico. Pero ¿caso el parlamentarismo surgió en las orillas del Támesis como fruto de una evolución pacífica o por obra y gracia de la "libre" previsión de un monarca? No, fue el resultado de una lucha que duró un siglo y que costó la cabeza a un rey.

El parangón histórico-psicológico que esbozábamos más arriba entre los Romanov y los Capeto podría hacerse extensivo perfectamente a la pareja que ocupaba el trono de Inglaterra al estallar la primera revolución. Carlos I acusaba sustancialmente los mismos rasgos que los analistas e historiadores atribuyen, con más o menos fundamento, a Luis XVI y Nicolás II. "Carlos —escribe Montégut— adoptaba una actitud pasiva, cedía, aunque de mala gana, allí donde no le era posible resistirse, pero recurriendo al enga-

ño y sin ganar con ello popularidad ni confianza." No era un hombre necio —dice otro historiador, hablando de Carlos Estuardo—, pero no tenía la suficiente firmeza de carácter... El papel de estrella fatal corría a cargo de su mujer, de Enriqueta de Francia, hermana de Luis XIII, todavía más impregnada que él de las ideas del absolutismo..." No hay para qué detenerse a reseñar las características de esta tercera pareja de reyes, la primera en orden cronológico que pereció aplastada por la revolución nacional. Diremos sólo que también en Inglaterra los odios se concentraban principalmente en la reina, por ser francesa y papista, acusándosela de manejos con Roma, de mantener relaciones secretas con los rebeldes irlandeses y de intrigar con la corte de Francia.

Pero Inglaterra tenía, al menos, un siglo a su disposición. Inglaterra era el heraldo de la civilización burguesa; no se hallaba bajo el yugo de otras naciones, sino que, por el contrario, mantenía a éstas cada vez más bajo el suyo propio, por cuanto explotaba al mundo entero. Esto suavizaba las contradicciones internas, fomentaba el espíritu conservador, daba alas a la propiedad y la consistencia de un sector parasitario de grandes propietarios rurales, de la monarquía, de la Cámara de los Lores y de la Iglesia del Estado. Gracias al carácter privilegiado, históricamente excepcional, del desarrollo de la Inglaterra burguesa, el espíritu conservador pasó, combinado con la ductilidad de las instituciones, a las costumbres y aun hoy los numerosos filisteos continentales, como el profesor ruso Miliukov o el austro-marxista Otto Bauer, siguen estusiasmándose con el ejemplo inglés. Pero hoy, en que Inglaterra, cohibida ya en el mundo entero, está gastando todo lo que le quedaba de su situación de privilegio de ayer, su conservadurismo pierde ductilidad y hasta se convierte en manos de los laboristas en una desenfrenada reacción. Colocado ante la revolución hindú, el socialista Macdonald echa mano de los mismos métodos que Nicolás II oponía a la revolución rusa. Sólo un ciego puede dejar de ver que Inglaterra se halla abocada a gigantescas conmociones revolucionarias, entre las cuales sepultarán los últimos restos de su espíritu conservador, de su hegemonía mundial y de su actual maquinaria política. Macdonald prepara esas conmociones con la misma habilidad y con no menos ceguera que Nicolás II en su tiempo las suyas. Es, como veremos, otra demostración bastante elocuente del papel que la "libre" personalidad desempeña en la Historia.

¿Y de dónde iba a sacar Rusia, con su desarrollo rezagado, que la ponía a la cola de todas las naciones europeas, con una base económica mezquina sobre que sustentarse, ese "espíritu conservador dúctil" de las formas sociales, cor-

tado a la medida del liberalismo académico y de su sombra de izquierda, el socialismo reformista? Rusia se hallaba demasiado atrasada para eso y cuando el imperialismo mundial la cogió en sus garras, se vio obligada a cursar rápidamente sus estudios de historia política. Si Nicolás II hubiera dado acogida al liberalismo substituyendo a Sturmer por Miliukov, el desarrollo de los acontecimientos habría variado tal vez en cuanto a la forma, pero no en el fondo. No se olvide que éste fue el camino seguido por Luis XVI en la segunda fase de la Revolución Francesa, al llamar al poder a los girondinos sin que con ellos consiguiesen librarse de la guillotina ni él, primero, ni más tarde los de la Gironda. Las contradicciones sociales acumuladas tenían que brotar al exterior, y, al hacerlo, llevar a término su labor depuradora. Ante la presión de las masas populares, que sacaban por fin a combate franco sus infortunios, sus ofensas, sus pasiones, sus esperanzas, sus ilusiones y sus objetivos, las combinaciones tramadas en las alturas entre la monarquía y el liberalismo tendían un valor meramente episódico y podían ejercer a lo sumo una influencia sobre el orden cronológico de los hechos y acaso sobre su número, pero nunca sobre el desarrollo general del drama, ni mucho menos sobre su inevitable desenlace.

CINCO DIAS

(23 - 27 DE FEBRERO DE 1917)

El 23 de febrero era el Día Internacional de la Mujer. Los elementos socialdemócratas se proponían festejarlo en la forma tradicional: con asambleas, discursos, manifiestos, etc. A nadie se le pasó por las mentes que el Día de la Mujer pudiera convertirse en el primer día de la revolución. Ninguna organización hizo un llamamiento a la huelga para ese día. La organización bolchevique más combativa de todas, el Comité de la barriada obrera de Viborg, aconsejó que no se fuese a la huelga. Las masas —como atestigua Kajurov, uno de los militantes, obreros de la barriada— estaban excitadísimas; cada movimiento de huelga amenazaba convertirse en choque abierto. Y como el Comité entendiase que no había llegado todavía el momento de la acción, toda vez que el Partido no era aún suficientemente fuerte ni estaba asegurado tampoco en las proporciones debidas el contacto de los obreros con los soldados, decidió no aconsejar la huelga, sino prepararse para la acción revolucionaria en un vago futuro. Tal era la posición del Comité, al parecer unánimemente aceptada, en vísperas del 23 de febrero. Al día siguiente, haciendo caso omiso de sus instrucciones, se declararon en huelga las obreras de algunas fábricas textiles y enviaron delegadas a los metalúrgicos, pidiéndoles que secundaran el movimiento. Los bolcheviques —dice Kajurov— fueron a la huelga a regañadientes, secundados por los obreros mencheviques y socialrevolucionarios. Ante una huelga de masas no había más remedio que echar a la gente a la calle y ponerse al frente del movimiento. Tal fue la decisión de Kajurov, que el Comité de Viborg hubo de aceptar. “La idea de la acción había madurado ya en las mentes obreras desde hacía tiempo, aunque en aquel momento nadie suponía el giro que había de tomar.” Retengamos esta declaración de uno de los actores de los

acontecimientos, muy importante para comprender la mecánica de su desarrollo.

Dábase por sentado, desde luego, que, en caso de manifestaciones obreras, los soldados serían sacados de los cuarteles contra los trabajadores. ¿Adónde se hubiera ido a parar con esto? Estábamos en tiempo de guerra y las autoridades no se mostraban propicias a gastar bromas. Pero, por otra parte, el “reservista” de los tiempos de guerra no era precisamente el soldado sumiso del ejército regular. ¿Era más o menos peligroso? Entre los elementos revolucionarios se discutía muchísimo este tema, pero más bien de un modo abstracto, pues nadie, absolutamente nadie —como podemos afirmar categóricamente, basándonos en todos los datos de que se dispone—, pensaba en aquel entonces que el día 23 de febrero señalaría el principio de la ofensiva declarada contra el absolutismo. Tratabase —en la mente de los organizadores— de simples manifestaciones con perspectivas vagas, pero en todo caso sin gran trascendencia.

Es evidente, pues, que la Revolución de Febrero empezó desde abajo, venciendo la resistencia de las propias organizaciones revolucionarias; con la particularidad de que esta espontánea iniciativa corrió a cargo de la parte más oprimida y cohibida del proletariado: las obreras del ramo textil, entre las cuales hay que suponer que habría no pocas mujeres casadas con soldados. Las colas estacionadas a las puertas de las panaderías, cada vez mayores, se encargaron de dar el último empujón. El día 23 se declararon en huelga cerca de 90.000 obreras y obreros. Su espíritu combativo se exteriorizaba en manifestaciones, mítines y encuentros con la policía. El movimiento se inició en la barriada fabril de Viborg, desde donde se propagó a los barrios de San Petersburgo. Según los informes de la policía, en las demás partes de la ciudad no hubo huelgas ni manifestaciones. Ese día ya fueron llamados en ayuda de la policía destacadamente de tropa poco numerosos al parecer, pero sin que se produjesen choques entre ellos y los huelguistas. Manifestaciones de mujeres en que figuraban solamente obreras se dirigían en masa a la Duma municipal pidiendo pan. Era como pedir peras al olmo. Salieron a relucir en distintas partes de la ciudad banderas rojas, cuyas leyendas testimoniaban que los trabajadores querían pan, pero no querían, en cambio, la autocracia ni la guerra. El Día de la Mujer transcurrió con éxito, con entusiasmo y sin víctimas. Pero ya había anochecido y nadie barruntaba aún lo que este día fenecido llevaba en su entraña.

Al día siguiente el movimiento huelguístico, lejos de decaer, cobra mayor incremento: el 24 de febrero se decla-

ran en huelga cerca de la mitad de los obreros industriales de Petrogrado. Los trabajadores se presentan por la mañana en las fábricas, pero se niegan a entrar al trabajo, organizan mítines y a la salida se dirigen en manifestación al centro de la ciudad. Nuevas barriadas y nuevos grupos de la población se adhieren al movimiento. El grito de "¡Pan!" desaparece o es arrollado por los de "¡Abajo la burocracia!" y "¡Abajo la guerra!" La Perspectiva Nevski contempla un continuo desfile de manifestaciones: son masas compactas de obreros cantando himnos revolucionarios; luego, una muchedumbre urbana abigarrada, entre la que se destacan las gorras azules de los estudiantes. "El público nos acogía con simpatía, y desde algunos lazaretos los soldados nos saludaban agitando lo que tenían a mano." ¿Eran muchos los que se daban cuenta de lo que significaban aquellas pruebas de simpatía de los soldados enfermos por los manifestantes obreros? Ciertamente es que los cosacos no cesaban de cargar, aunque sin gran dureza, contra la multitud; sus caballos estaban jadeantes. Los manifestantes se dispersaban y tornaban a reunirse. La multitud no sentía miedo. "Los cosacos prometen no disparar." La frase corría de boca en boca. Por lo visto, los obreros habían parlamentado con algunos cosacos. Poco después, aparecieron, medio borrachos, los dragones y se lanzaron sobre la multitud golpeando las cabezas con las lanzas. Pero los manifestantes no se disolvieron. "No dispararán." En efecto, no dispararon.

Un senador liberal cuenta que vio en la calle tranvías parados —¿no sería acaso al día siguiente, confundiendo en la memoria?—, algunos con los cristales rotos, otros volcados sobre las vías, y recordó las jornadas de julio de 1914, en vísperas de la guerra. "Parecía como si se repitiese la vieja tentativa." La vista no le engañaba. La continuidad era evidente: la Historia tomaba los cabos del hilo revolucionario roto por la guerra y los volvía a empalmar.

Durante todo el día la muchedumbre se volcaba de unos barrios a otros. Veíase dispersada por la policía, contenida y rechazada por las fuerzas de caballería y algunos destacamentos de infantería. Con el grito de "¡Abajo la policía!" alternaban cada vez con más frecuencia los hurras a los cosacos. Era un detalle significativo. La multitud exteriorizaba un odio furioso contra la policía. La policía montada era acogida con silbidos, piedras, pedazos de hierro. Muy distinta era la actitud de los obreros respecto de los soldados. En los alrededores de los cuarteles, cerca de los centinelas y las patrullas, veíanse grupos de obreros y obreras que charlaban amistosamente con ellos. Era una nueva etapa que tomaban las huelgas en su desarrollo y un fruto del hecho de poner frente a frente al Ejército y a las

masas obreras. Esta etapa, inevitable en toda revolución, parece siempre nueva, y la verdad es que cada vez se plantea de un modo distinto. Los que han leído y escrito sobre ella no la reconocen.

En la Duma nacional se contaba el día 24 que una masa enorme de gente había invadido toda la Plaza Snamenski, toda la Perspectiva Nevski y las calles adyacentes, observándose un fenómeno nunca visto: una multitud revolucionaria y no patriótica que acompañaba con vitores a los cosacos y regimientos que avanzaban a los sonos de músicas. Preguntando qué significaba aquello, un transeúnte contestó al diputado que le interrogaba: "Un policía ha dado un latigazo a una mujer; los cosacos se han puesto al lado de esta última y han ahuyentado a la policía." Nadie se había tomado el trabajo de comprobar la verdad de aquello. A la multitud le bastaba con creerlo, con creer en su verosimilitud, y esta confianza no había caído del cielo, sino que era el fruto de la experiencia: por eso tenía que convertirse necesariamente en garantía de triunfo.

Después de la reunión de la mañana, los obreros de la fábrica de Erickson, una de las más avanzadas de la barriada de Viborg, se dirigieron en masa, con un contingente de unos 2.500 hombres, a la Perspectiva Sampsonievski, y en una calle estrecha tropezaron con los cosacos. Los primeros que hendieron la multitud, abriéndose paso con el pecho de los caballos, fueron los oficiales. Tras ellos venían los cosacos galopando a toda la anchura de la avenida. ¡Momento decisivo! Pero los jinetes se deslizaron cautamente como una larga cinta por la brecha abierta por los oficiales. "Algunos —recuerda Kajurov— se sonreían, y uno de ellos guiñó el ojo maliciosamente a los obreros." Aquella guiñada del cosaco tenía su porqué. Los obreros recibieron valientemente, aunque sin hostilidad, a los cosacos y les contagiaron un poco de su valentía. Pese a las nuevas tentativas de los oficiales, los cosacos, sin infringir abiertamente la disciplina, no disolvieron por la fuerza a la multitud y, renunciando a dispersar a los obreros, apostaron a los jinetes a lo ancho de la calle para impedir que los manifestantes pasaran al centro. Mas tampoco esto sirvió de nada. Los cosacos montaban la guardia en sus puestos con todas las de la ley, pero no impedían que los obreros se deslizaran por entre los caballos. La revolución no escoge arbitrariamente sus caminos. Daba sus primeros pasos hacia la victoria bajo los vientres de los caballos de los cosacos. ¡Interesante episodio! ¡Y notable ojo del narrador a quien todas las incidencias de ese proceso se le quedaron grabadas en la memoria! Y, sin embargo, no tiene nada sorprendente. El narrador era un caudillo al que seguían más de dos mil hombres: el ojo del comandan-

te, atento a las balas o al látigo del enemigo, es siempre avizor.

El cambio esperado en el Ejército puede observarse, sobre todo, en los cosacos, instrumento invertebrado de represión. No quiere ello decir que los cosacos fueran más revolucionarios que los demás. Todo lo contrario: en estos sólidos propietarios, celosos de sus privilegios de cosacos que despreciaban a los sencillos campesinos y recelaban de los obreros, anidaban muchos elementos de espíritu conservador. Precisamente por esto los cambios provocados por la guerra cobraban en ellos más relieve. Además, el zarismo echaba mano de ellos para todo, los mandaba a todas partes, los colocaba frente al pueblo, ponía sus nervios a prueba. Estaban ya hartos de todo esto; no pensaban ya más que en volver a sus casas, y guiñaban el ojo a los huelguistas como diciendo: "¡Andad, haced lo que queráis; allá vosotros; nosotros no nos metemos en nada!" Sin embargo, todos éstos no pasaban de ser síntomas; significativos, pero síntomas nada más. El Ejército seguía siendo ejército, una masa de hombres atados por la disciplina y cuyos hilos principales estaban en manos de la monarquía. Las masas obreras no tenían armas. Sus dirigentes no pensaban siquiera en el desenlace decisivo.

En la orden del día del Consejo de Ministros celebrado el 24 figuraba entre otros puntos la cuestión de los desórdenes en la capital. ¿Huelgas? ¿Manifestaciones? ¡Bah! No era la primera vez. Todo estaba previsto. Se habían cursado instrucciones oportunas. ¡A otra cosa!

¿En qué consistían concretamente las instrucciones circuladas? A pesar de que en el transcurso de los días 23 y 24 fueron agredidos veintidós policías, el jefe de las tropas de la región, general Jabalov, casi dictador, no creyó necesario recurrir al empleo de las armas de fuego, y no por bondad precisamente. Todo estaba previsto y señalado de antemano y fijado el momento preciso para abrir el fuego.

La revolución no sobrevino por sorpresa más que en cuanto al momento. En términos generales puede decirse que ambos polos, el revolucionario y el gubernamental, venían preparándose concienzudamente para ella desde hacía muchos años. Por lo que a los bolcheviques se refiere, toda su actuación después de 1905 se redujo en puridad a preparar la segunda revolución. También la actuación del Gobierno era en gran parte una serie de preparativos encaminados a apiastar la nueva revolución que se avecinaba. Este aspecto de la actividad gubernamental cobró en el otoño de 1916 un carácter bastante sistemático. Una Comisión presidida por Jabalov terminó, a mediados de enero de 1917, un plan concienzudamente estudiado de

represión de un nuevo alzamiento. La ciudad fue dividida en seis zonas, cada una de las cuales se dividía a su vez en varios distritos. Al frente de todas las fuerzas armadas se ponía al comandante de las fuerzas de la reserva de la Guardia, general Thebenikin. Los regimientos eran distribuidos por distritos. En cada una de las seis zonas, la policía, la gendarmería y las tropas se colocaban bajo el mando de jefes y oficiales del Estado Mayor. La caballería cosaca quedaba a las órdenes directas del propio Thebenikin para las operaciones de más monta. El desarrollo de la represión en orden al tiempo había de ajustarse a las siguientes normas: primero entraría en acción solamente la policía; luego saldría a escena los cosacos con sus látigos, y sólo en caso de efectiva necesidad se echaría mano de las tropas, armadas de fusiles y ametralladoras. Y este plan, en el que se ponían a contribución, desarrollándolas, las experiencias de 1905, fue en efecto el que de hecho se ejecutó en las jornadas de febrero. La falla no estaba precisamente en la imprevisión ni en los defectos del plan trazado, sino en el material humano que había de ponerlo en acción. Aquí radicaba el gran peligro de que fallara el golpe.

Formalmente, el plan se apoyaba en toda la guarnición, que contaba con 150.000 soldados; pero en realidad sólo podía contar el Gobierno con unos 10.000. Aparte de la fuerza de policía, cuyo contingente era de 3.500 hombres, el Gobierno confiaba firmemente en los alumnos de las escuelas militares. Esto se explica por el carácter de la guarnición petersburguesa de aquel entonces, compuesta casi en forma exclusiva por tropas de reserva, principalmente por los catorce batallones de reserva de los regimientos de la Guardia que se hallaba en el frente. Formaban parte de la guarnición, además, un regimiento de infantería, un batallón de motociclistas y una división de la reserva y de automóviles blindados, fuerzas poco considerables de zapadores y de artilleros y dos batallones de cosacos del Don. Esto era mucho, demasiado acaso. Las tropas de reserva estaban integradas por una masa humana a la que apenas se habían podido modelar por la propaganda patriótica, o que se había emancipado de ella. En realidad, era éste el estado en que se encontraba casi todo el Ejército.

Jabalov se atuvo estrictamente a su plan. El primer día, el 23, sólo entró en acción la policía. El 24 salió a la calle principalmente la caballería, pero sin emplear más que el látigo y la lanza. La infantería y las armas de fuego se reservaron hasta ver el giro que tomaban las cosas. Estas no se hicieron esperar.

El 25 la huelga cobró aún más incremento. Según los

datos del Gobierno, este día tomaron parte en ella 240.000 obreros. Los elementos más atrasados forman detrás de la vanguardia; ya secundan la huelga un número considerable de pequeñas empresas; se paran los tranvías, cierran los establecimientos comerciales. En el transcurso de este día se adhieren a la huelga los estudiantes universitarios. A mediodía afluyen a la catedral de Kazán y a las calles adyacentes millares de personas. Intentan organizarse mítines en las calles, se producen choques armados con la policía. Desde el monumento de Alejandro III dirigen con la labra al público los oradores. La policía montada abre el fuego. Un orador cae herido. Como consecuencia de los disparos que parten de la multitud, resulta muerto un comisario de la policía y heridos el jefe superior y algunos agentes. De la muchedumbre arrojan a los gendarmes botellas, petardos y granadas de mano. La guerra había enseñado el arte de fabricarlas. Los soldados adoptan una actitud pasiva y a veces hostil a la policía; por entre la multitud corre con emoción la noticia de que cuando los policías empezaban a disparar cerca de la estatua de Alejandro III, los cosacos dispararon contra los "faraones montados" —así llamaba el pueblo a los guardias—, viéndose éstos obligados a retirarse. Por lo visto, no se trataba de una leyenda echada a rodar para infundir ánimos, porque la noticia se confirma aunque en versiones diversas por diferentes conductos.

El obrero bolchevique Kajurov, uno de los auténticos caudillos de estas jornadas, cuenta que en uno de los puntos de la ciudad, cuando los manifestantes, corridos a latigazos por la policía montada, se dispersan pasando junto a un destacamento de cosacos, Kajurov, seguido de algunos obreros que no habían imitado a los fugitivos, se acercaron a los cosacos y, quitándose las gorras, les dijeron: "Hermanos cosacos: Ayudad a los obreros en la lucha por sus demandas pacíficas; ya veis cómo nos tratan los 'faraones' a nosotros, los obreros hambrientos. ¡Ayudadnos!" Aquel tono conscientemente humilde, aquellas gorras en las manos, ¡qué cálculo psicológico más sutil, qué inimitable gesto! Toda la historia de las luchas en las calles y de las victorias revolucionarias está llena de semejantes improvisaciones. Pero estos episodios desaparecen sin dejar huella en el torbellino de los grandes acontecimientos, y a los historiadores no les quedan más que las cáscaras de los lugares comunes. "Los cosacos —prosigue Kajurov— se miraron unos a otros de un modo extraño, y apenas habíamos tenido tiempo de retirarnos cuando se lanzaron a la pelea." Minutos después, la multitud jubilosa alzaba en hombros, cerca de la estación, al cosaco que delante de sus ojos había derribado de un sablazo a un agente de policía.

La policía no tardó en desaparecer completamente del mapa; es decir, se ocultó y empezó a maniobrar por bajo cuerda. Vienen los soldados a ocupar su puesto, fusil al brazo. Los obreros les interrogaban, inquietos: "¿Es posible, compañeros, que vengáis en ayuda de los gendarmes?" Como contestación, un grosero: "¡Sigue tu camino!" Una nueva tentativa de aproximación termina del mismo modo. Los soldados están sombríos; un gusano les roe por dentro y se irritan cuando la pregunta da en el clavo de sus propias inquietudes.

Entretanto, el desarme de los "faraones" se convierte en la divisa general. Los gendarmes son el enemigo cruel, irreconciliable, odiado. No hay ni que pensar en ganarlos para la causa. No hay más remedio que azotarlos o matarlos. El Ejército ya es otra cosa. La multitud rehúye con todas sus fuerzas los choques hostiles con ellos, busca el modo de ganarlo, de persuadirlo, de fundirlo con el pueblo. A pesar de los rumores favorables, acaso un poco exagerados, relativos a la conducta de los cosacos, la multitud sigue guardando una actitud circunspecta ante la caballería. El soldado de caballería se eleva por encima de la multitud y su espíritu se halla separado del huelguista por las cuatro patas de la bestia. Una figura a la que hay que mirar de abajo arriba se representa siempre más amenazadora y terrible. La infantería está allí mismo, al lado, en la calle, más cercana y accesible. La masa se esfuerza en aproximarse a ella, en mirarla a los ojos, en envolverla con su aliento inflamado. La mujer obrera representa un gran papel en el acercamiento entre los obreros y los soldados, toma con sus manos los fusiles, implora, casi ordena: "Desviad las bayonetas y venid con nosotros." Los soldados se conmueven, se avergüenzan, se miran inquietos, vacilan; uno de ellos se decide: las bayonetas desaparecen, las filas se abren, estremece el aire un hurra entusiasta y agradecido; los soldados se ven rodeados de gente que discute, increpa e incita; la revolución ha dado otro paso hacia adelante.

Desde el Cuartel General, Nicolás II da a Jabalov la orden telegráfica de que acabe con los disturbios "mañana sin falta". La orden del zar coincide con la fase siguiente del "plan" del general; el telegrama imperial no sirvió más que de impulso complementario. Mañana tendrían la palabra las tropas. ¿No será ya tarde? Por ahora, no se podía decir. La cuestión estaba planteada pero no resulta, ni mucho menos. La benignidad de los cosacos, las vacilaciones que se percibían en algunas de las tropas de infantería no eran sino episodios más o menos significativos, repetidos por mil ecos en la calle. Episodios que bastaban para enardecer a la multitud revolucionaria, pero que eran in-

suficientes para decidir el triunfo, tanto más cuanto que los había también de carácter hostil. Por la tarde de aquel mismo día, en el Gostin y Dver, un pelotón de dragones, como respuesta, según la versión oficial, a unos disparos de revólver que salieron de la multitud, abrió por primera vez el fuego contra los manifestantes; según el informe enviado por Jabalov al Cuartel General, resultaron tres muertos y diez heridos. ¡Sería advertencia! Al mismo tiempo, Jabalov amenazaba con mandar al frente a todos los obreros reclamados como reclutas si el 28 no reanudaban el trabajo. El general presentaba a las masas obreras un ultimátum de tres días; es decir, daba a la revolución un plazo mayor del que ésta necesitaba para derribar a Jabalov y a la monarquía con él. Pero estas cosas sólo se saben después del triunfo. El 25 por la tarde nadie sabía aún lo que traería el día siguiente consigo.

Intentemos representarnos con más claridad la lógica interna del movimiento. El 23 de febrero se inicia bajo la bandera del Día de la Mujer la insurrección de las masas obreras de Petrogrado, latente desde hacía mucho tiempo y desde hacía mucho tiempo también contenida. El primer peldaño de la insurrección es la huelga. A lo largo de tres días, ésta va ganando terreno y se convierte de hecho en general. No hacía falta más que infundir confianza a las masas e impulsarlas a seguir. La huelga, que va tomando cada vez más decididamente carácter ofensivo, se combina con manifestaciones callejeras, que ponen en contacto a la masa revolucionaria con las tropas. Esto impulsa al objetivo del movimiento en su conjunto, hacia un plano más elevado, donde el pleito se dirime por la fuerza de las armas. Los primeros días se señalan por una serie de éxitos parciales, aunque de carácter más sintomático que efectivo.

Un alzamiento revolucionario que dure varios días sólo se puede imponer y triunfar con tal de elevarse progresivamente de peldaño en peldaño, registrando todos los días nuevos éxitos. Una tregua en el desarrollo de los éxitos es peligrosa. Si el movimiento se detiene y vacila, puede ser el fracaso. Pero tampoco los éxitos de por sí bastan; es menester que la masa se entere de ellos a su debido tiempo y aprecie antes de que sea tarde su importancia, para no dejar pasar de largo el triunfo en momentos en que le bastaría alargar la mano para tomarlo. En la Historia se han dado casos de éstos.

Durante los tres primeros días, la lucha fue exacerbándose constantemente. Pero esto hizo precisamente que las cosas alcanzasen un nivel en que los éxitos sintomáticos ya no bastaban. Toda la masa activa se había echado a la calle. Hizo frente a la policía con buenos resultados y sin excesivas dificultades. En los últimos días hubieron de in-

tervenir ya las tropas; en el segundo día fue sólo la caballería; al tercero, la infantería también. Las tropas dispersan a la gente o la contienen, manifestando a veces una condescendencia evidente y sin recurrir casi nunca a las armas de fuego. En las alturas no se apresuraban a modificar el plan represivo, en parte porque no daban a los acontecimientos toda la importancia que tenían —el error de visión de la reacción completaba simétricamente el de los caudillos revolucionarios—, y en parte porque no estaban seguros de las tropas. Al tercer día, constreñido por la fuerza de las cosas y por la orden telegráfica del zar, el Gobierno no tiene más remedio, quéralo o no, que echar mano de las tropas ya de una manera decidida. Los obreros lo comprendieron así, sobre todo los elementos más avanzados, tanto más cuanto que la víspera los dragones habían disparado sobre las masas. Ahora la cuestión se planteaba en toda su magnitud ante ambas partes.

En la noche del 25 al 26 de febrero fueron detenidas, en distintas partes de la ciudad, cerca de cien personas pertenecientes a las organizaciones revolucionarias, entre ellas cinco miembros del Comité bolchevique de Petrogrado. Esto daba a entender que el Gobierno pasaba a la ofensiva. ¿Qué sucederá hoy? ¿Con qué temple se despertarán los obreros después de las descargas de ayer? Y, sobre todo, ¿cuál será la actitud de las tropas? El 26 de febrero amanece entre nieblas de incertidumbre y de inquietud.

Detenido el Comité local, la dirección de todo el trabajo en la capital pasa a manos de la barriada de Viborg. Tal vez sea mejor así. La alta dirección del Partido se retrasa desesperadamente. Hasta el día 25 por la mañana, la oficina del Comité Central de los bolcheviques no se decidió a lanzar una hoja llamando a la huelga general en todo el país. En el momento de salir a la calle este manifestado, si es que efectivamente salió, la huelga general de Petrogrado se apoyaba ya totalmente en el alzamiento armado. Los dirigentes observan desde lo alto, vacilan y se quedan atrás, es decir, no dirigen, sino que van detrás del movimiento.

Cuanto más nos acercamos a las fábricas, mayor es la decisión. Sin embargo, hoy, día 26, también en los barrios obreros reina la inquietud. Hambrientos, cansados, ateridos, con una inmensa responsabilidad histórica sobre sus hombros, los militantes del barrio de Viborg se reúnen en las afueras para cambiar impresiones acerca de la jornada y señalar de común acuerdo la ruta que se ha de seguir. Pero ¿qué hacer? ¿Organizar una nueva manifestación? ¿Qué resultado puede dar una manifestación sin armas, si el Gobierno ha decidido jugarse el todo por el todo? Esta pregunta tortura a las conciencias. "Todo parecía indicar como

la única conclusión posible que la insurrección se estaba liquidando." Es la conocida voz de Kajurov la que nos habla, y en principio nos resistimos a creer que esta vez sea la suya. Tan bajo descendía el barómetro momentos antes de la tormenta.

En las dos horas en que la vacilación se adueñaba hasta de los revolucionarios que estaban más cerca de las masas, el movimiento había ido ya bastante más lejos en rigor de lo que se imaginaban los propios combatientes. Ya la vispera, al atardecer del 25 de febrero, el barrio de Viborg se hallaba por entero en manos de los rebeldes. Las comisarias de la policía fueron saqueadas, destruidas, y algunos de los jefes, muertos, aunque la mayoría se había dado a la fuga. El general-gobernador había perdido el contacto con una parte enorme de la capital. El 26 por la mañana se puso de manifiesto que, además de la barriada de Viborg, se hallaba en poder de los revolucionarios el barrio de Peski, hasta muy cerca de la Perspectiva Liteinaya. Por lo menos, así pintaban la situación los informes de la policía. Y en cierto sentido era verdad, si bien es dudoso que los revolucionarios se dieran perfecta cuenta de ello. Indudablemente, en muchos casos los gendarmes abandonaban sus guaridas antes de verse amenazados por los obreros. Aparte de esto, el hecho de que los gendarmes evacuaran los barrios fabriles no podía tener una importancia decisiva a los ojos de los obreros; y se comprende, pues las tropas no habían dicho aún su última palabra. La insurrección "se está liquidando." pensaban los más decididos, cuando, en realidad, no hacía más que desarrollarse.

El 26 de febrero era domingo y las fábricas no trabajaban, lo cual impedía medir ya desde la mañana la intensidad de presión de las masas por la intensidad de la huelga. Además los obreros veíanse privados de la posibilidad de reunirse en las fábricas, como lo habrían hecho en los días anteriores, y esto dificultaba la organización de manifestaciones. En la Nevski reinaba por la mañana la tranquilidad. "En la ciudad todo está tranquilo", telegrafiaba la zarina al zar. Pero la tranquilidad no habría de durar mucho. Los obreros van concentrándose poco a poco y se dirigen al centro desde todos los suburbios. No les dejan pasar por los puentes, pero atraviesan sobre el hielo; no hay que olvidar que estamos todavía en febrero, época en que el Neva está completamente helado. Los disparos hechos sobre la multitud que atraviesa el río no bastan para contenerla. La ciudad se ha transformado. Por todas partes circulan patrullas, piquetes de caballerías; por dondequiera se ven barreras de soldados. Las tropas vigilan sobre todo los caminos que conducen a la Perspectiva Nevski. Suenan disparos que no se sabe de dónde salen.

Aumenta el número de muertos y heridos. Corren en distintas direcciones los coches de las ambulancias sanitarias. No siempre se puede precisar quién dispara ni de dónde parten los tiros. Es indudable que los gendarmes, a quienes se ha dado una severa lección, han decidido no ofrecer más blanco y disparan desde las ventanas, a través de los postigos de los balcones, ocultándose detrás de las columnas, desde las azoteas. Se lanzan conjeturas que se convierten fácilmente en leyendas. Se cree que, para intimidar a los manifestantes, muchos soldados se han puesto capotes de gendarmes. Se dice que Protopopov ha mandado colocar numerosos puestos de ametralladoras en las azoteas de las casas. La Comisión nombrada después de la revolución no pudo probar la existencia de estos puestos. Pero esto no quiere decir que no los hubiera. El hecho es que en esta jornada los gendarmes quedan relegados a segundo término. Ahora intervienen decisivamente las tropas, a quienes se da la orden de disparar, y los soldados, sobre todo los regimientos de las escuelas de suboficiales, disparan. Según los datos oficiales, en esta jornada los muertos llegaron a cuarenta, contándose otros tantos heridos, sin incluir los que fueron retirados por la multitud. La lucha entra en su fase decisiva. ¿Se replegarán las masas ametralladas sobre sus suburbios? No; no se replegarán, pues quieren conseguir lo que les pertenece.

El San Petersburgo burgués, burocrático, liberal, está asustado. El presidente de la Duma imperial, Rodzianko, exige que se envíen del frente tropas de confianza; luego "lo pensó mejor" y recomendó al Ministro de la Guerra, Beliaiev, que dispersara a la multitud, no con descargas, sino con mangas de riego, poniendo en acción al Cuerpo de Bomberos. Beliaiev, después de consultar la cosa con el general Jabalov, contestó que el agua produciría resultados contraproducentes, "pues el agua lo que hace es excitar." Véase cómo los elementos dirigentes liberal-burocrático-policíacos se entretenían en debates acerca de la ducha fría y caliente para el pueblo insurreccionado. Los informes policíacos de este día demuestran que el agua no bastaba: "Durante los disturbios, se observaba como fenómeno general la actitud extremadamente provocativa de los revoltosos frente a la fuerza pública, contra la cual la multitud arrojaba piedras y pedazos de hielo. Cuando las tropas hacían disparos al aire, la multitud no sólo no se dispersaba, sino que acogía las descargas con risas. Fue necesario disparar de veras para disolver los grupos, pero los revoltosos, en su mayoría, se escondían en los patios de las casas vecinas, y cuando cesaban las descargas salían otra vez a la calle." Este informe policíaco atestigua la temperatura extraordinariamente alta de las masas en aquellos

días. Es poco verosímil, sin embargo, que la multitud empezase por propia iniciativa a bombardear a las tropas con piedras y pedazos de hielo; esto contradice demasiado la psicología de los rebeldes y su táctica de prudencia respecto a las tropas. El informe, atento a justificar las matanzas en masa, no describe las cosas tal y como sucedieron en la realidad. Pero el hecho fundamental está expresado con bastante exactitud y perfecta claridad: la masa no quiere ya retroceder, resiste con furor optimista, no abandona el campo ni aun después de las descargas, y se agarra, no a la vida, sino a las piedras y al hielo. La multitud exasperada demuestra una intrepidez loca. Esto se explica por el hecho de que, a pesar de las descargas, no pierde la confianza en las tropas. Tiene fe en el triunfo y quiere obtenerlo a toda costa.

La presión de los obreros sobre las tropas se intensifica conforme aumenta la presión ejercida sobre ellas por las autoridades. La guarnición de Petrogrado se ve decididamente arrastrada por los acontecimientos. La fase de expectativa, que se mantuvo casi tres días y durante la cual el principal contingente de la guarnición pudo conservar una actitud de amistosa neutralidad ante los revolucionarios, tocaba a su fin: "¡Dispara sobre el enemigo!", ordena la monarquía. "¡No dispares contra tus hermanas y hermanas!", gritan los obreros y las obreras. Y no sólo esto, sino: "¡Únete a nosotros!" En las calles y en las plazas, en los puentes y en las puertas de los cuarteles, se desarrollaba una pugna ininterrumpida, a veces dramática y a veces imperceptible, pero siempre desesperada, en torno al alma del soldado. En esta pugna, en estos agudos contactos entre los obreros y obreras y los soldados, bajo el crepitar ininterrumpido de los fusiles y de las ametralladoras, se decidía el destino del poder, de la guerra y del país.

El ametrallamiento de los manifestantes acentúa la sensación de inseguridad en las filas de los dirigentes. Las proporciones que toma el movimiento empiezan a parecer peligrosas. En la reunión celebrada por el Comité de Viborg el día 26 por la tarde, es decir doce horas antes de decidirse el triunfo, llegó a hablarse de si no era llegado el momento de aconsejar que se pusiese fin a la huelga. Esto podrá parecer sorprendente. Pero no tiene nada de particular, pues en estos casos es mucho más fácil reconocer la victoria al día siguiente que la víspera. Además, el estado de ánimo sufre constantes alteraciones bajo la presión de los acontecimientos y de las noticias. Al decaimiento sucede rápidamente una exaltación de espíritu. De la valentía de un Kajurov o de un Chugurin no puede dudarse, pero en algunos momentos se sienten cohibidos por el sentimiento de responsabilidad para con las masas. Entre los obreros de

filas hay menos vacilaciones. El agente de la Ojrana, Churkanov, que estaba bien informado y que desempeñó un papel importante en la organización bolchevique, se expresa en los términos siguientes, en los informes que cursa a sus jefes, hablando del estado de ánimo de los obreros: "Como quiera que las tropas no oponían obstáculo alguno a la multitud y en algunos casos hasta intervenían para malograr las iniciativas de la policía, las masas se han convencido de su impunidad, y ahora, cuando después de haber circulado sin obstáculos por las calles, los elementos revolucionarios han lanzado los gritos de '¡Abajo la guerra!' y '¡Abajo la autocracia!', el pueblo tiene la certeza de que ha empezado la revolución, de que el triunfo de las masas está asegurado, de que la autoridad es impotente para aplastar el movimiento, puesto que las tropas están de su lado; de que el triunfo decisivo está próximo, ya que aquéllas se pondrán abiertamente, de un momento a otro, al lado de las fuerzas revolucionarias; de que el movimiento iniciado no irá a menos, sino que, lejos de eso, crecerá ininterrumpidamente, hasta lograr el triunfo completo e imponer el cambio de régimen." Este resumen es notable por su concisión y elocuencia. El informe representa de por sí un documento histórico de gran valor, lo cual no obstó, naturalmente, para que los obreros triunfantes fusilaran a su autor.

Los confidentes policiales, cuyo número era enorme, sobre todo en Petrogrado, eran los que más temían el triunfo de la revolución. Estos elementos mantienen su política propia: en las reuniones bolcheviques, Churkanov sostiene la necesidad de emprender las acciones más radicales; en sus informes a la Ojrana, aconseja el empleo decidido de las armas. Es posible que Churkanov, persiguiendo este objetivo, tendiera inclusive a exagerar la confianza de los obreros en el triunfo. Pero en lo esencial sus informes reflejaban la verdad y pronto los acontecimientos vinieron a confirmar su apreciación.

Los dirigentes de ambos campos vacilaban y conjeturaban, pues nadie podía medir a priori la proporción de fuerzas. Los signos exteriores perdieron definitivamente su valor de criterios de medida: no hay que olvidar que uno de los rasgos principales de toda crisis revolucionaria consiste precisamente en la aguda contradicción entre la nueva conciencia y los viejos moldes de las relaciones sociales. La nueva correlación de fuerzas anidaba misteriosamente en la conciencia de los obreros y soldados. Pero precisamente el tránsito del Gobierno a la ofensiva, provocado por la ofensiva de las masas revolucionarias, hizo que la nueva correlación de fuerza pasara de su estado potencial a un estado real. El obrero miraba ávida e im-

periosamente a los ojos del soldado y éste rehuía, intranquilo e inseguro, su mirada; esto significaba que el soldado no respondía ya de sí. El obrero se acercaba a él valerosamente. El soldado, sombrío pero no hostilmente, más bien sintiéndose culpable, guardaba silencio, y a veces contestaba con una serenidad forzada para ocultar los latidos inquietos de su corazón. Estaba operándose en él una gran transformación. El soldado se libraba a todas luces del espíritu cuartelero sin que él mismo se diera cuenta de ello. Los jefes decían que el soldado estaba embriagado por la revolución; al soldado le parecía, por el contrario, que iba volviendo en sí de los efectos de opio del cuartel. Y así se iba preparando el día decisivo: el 27 de febrero.

Sin embargo, ya la víspera tuvo lugar un hecho que a pesar de su carácter episódico, proyecta vivísima luz sobre los acontecimientos del 25 de febrero: al atardecer, se sublevó la cuarta compañía del regimiento imperial de Pavlovski. En el informe dado por el inspector de policía se indica de un modo categórico la causa de la sublevación: "La indignación producida por el hecho de que un destacamento de alumnos del mismo regimiento, apostado en la Nevski, disparara contra la multitud." ¿Quién informó de esto a la cuarta compañía? Por una verdadera casualidad, se han conservado datos al respecto. Cerca de las dos de la tarde acudió a los cuarteles del citado regimiento un grupo de obreros, que dieron cuenta atropelladamente a los soldados de las descargas de la Nevski. "Decid a los compañeros que los soldados del Pavlovski disparan también contra nosotros. Los hemos visto en la Nevski con vuestro uniforme." Era un reproche cruel y un llamamiento inflamado. "Todos estaban desconcertados y pálidos." La semilla cayó en tierra fértil. Hacia las seis de la tarde, la cuarta compañía abandonó, por iniciativa propia, el cuartel, bajo el mando de un oficial —¿quién era?; su nombre ha desaparecido, sin dejar huella, entre tantos otros cientos y miles de hombres heroicos— y se dirigió a la Nevski para retirar a los soldados que habían disparado. No estamos ante una sublevación de soldados provocada por el rancho, sino ante un acto de alta iniciativa revolucionaria. Durante el trayecto la compañía tuvo una escaramuza con un escuadrón de gendarmes, contra el cual disparó, matando a un agente e hiriendo a otro. Desde aquí, ya no es posible seguir el rastro de la intervención de los soldados insurrectos en el torbellino de la calle. La compañía regresó al cuartel y puso en pie a todo el regimiento. Pero las armas habían sido escondidas; sin embargo, según algunos informes, los soldados lograron apoderarse de treinta fusiles. No tardaron en verse cercados por tropas del regi-

miento de Preobrajenski; diecinueve soldados fueron detenidos y encerrados en la fortaleza; los restantes se rindieron. Según otros informes, esa noche faltaron del cuartel veintitún soldados con fusiles ¡Peligrosa escapada! Esos veintitún soldados buscarán durante toda la noche aliados y defensores. Sólo el triunfo de la revolución puede salvarlos. Seguramente que los obreros se entenderían por ellos de lo sucedido. Buen prestigio para los combates del día siguiente. Nabokov, uno de los jefes liberales más destacados, cuyas verídicas memorias parecen en algunos pasajes el diario de su partido y de su clase, regresó a su casa a la una de la noche, a pie, por las calles oscuras e intranquillas, "alarmado y lleno de sombríos presentimientos." Es posible que, en una de las encrucijadas, tropezara con un soldado fugitivo, y que tanto el uno como el otro se apresuraran a irse cada cual por su lado, puesto que nada tenían que decirse. En los barrios obreros y en los cuarteles, unos vigilaban o discutían la situación, otros dormían con el sueño ligero del *vivac* y presentían, en un delirio febril, el día de mañana, y allí, entre los obreros, el soldado fugitivo halló refugio.

¡Qué pobreza la de las crónicas de las acciones de febrero, aun comparadas con los escasos documentos que poseemos de las jornadas de octubre! En octubre, los revolucionarios actuaban capitaneados, día tras día, por el partido; en los artículos, manifiestos y actas del mismo, aparece consignado, aunque no sea más que el curso externo de la lucha. No así en febrero. Las masas no están sometidas casi a ninguna dirección organizada. Los periódicos, con su personal en huelga, permanecieron mudos. Las masas hacían su historia, sin poder detenerse a escribirla. Es casi imposible restablecer el cuadro vivo de los acontecimientos que se desarrollaron por aquellos días en las calles. Gracias que podemos reconstruir las líneas generales de su desarrollo exterior y esbozar sus leyes internas.

El Gobierno, que aún no había dejado arrebatarse el aparato del poder, seguía los acontecimientos, peor inclusive que los partidos de izquierda, que, como sabemos, distaban mucho de estar a la altura de las circunstancias. Después de las "eficaces" descargas del 26, los ministros por un momento se tranquilizaron. En la madrugada del 27, Protopopov anunció que, según los informes recibidos, "una parte de los obreros se propone reanudar el trabajo." Los obreros no pensaban, ni por asomo, en reintegrarse a las fábricas. Las descargas y los fracasos de la víspera no han descorazonado a las masas. ¿Cómo se explica esto? Evidentemente, los factores negativos se han convertido en positivos. Las masas invaden las calles, establecen contacto con el enemigo, ponen amistosamente la mano en la espal-

da de los soldados, se deslizan, por entre las patas de los caballos, atacan, se dispersan, dejan cadáveres tendidos en las bocacalles; de vez en cuando se apoderan de armas, transmiten noticias, recogen rumores y se convierten en un ser colectivo dotado de innumerables ojos, oídos y tentáculos. Cuando por la noche, después de la lucha, vuelven a sus casas, a los barrios obreros, las masas hacen el resumen de las impresiones del día y, dejando a un lado lo secundario y accidental, sacan de ellas las conclusiones correspondientes. En la noche del 26 al 27, estas conclusiones fueron, sobre poco más o menos, las notificadas a sus superiores por el confidente Churkanov.

Por la mañana del día siguiente, los obreros afluyen nuevamente a las fábricas y, en asambleas generales, deciden proseguir la lucha. Se siguen destacando por su decisión, como siempre, los trabajadores de Viborg. También en los demás barrios transcurren en medio del mayor entusiasmo los mítines matinales. ¡Proseguir la lucha! Pero ¿qué significaba esto hoy? La huelga general ha derivado ya en manifestaciones revolucionarias de masas inmensas, y las manifestaciones se han traducido en choques con las tropas. Seguir la lucha hoy, equivale a proclamar el alzamiento armado. Pero este llamamiento no lo ha lanzado nadie, no ha sido puesto a la orden del día por el Partido Revolucionario: es una consecuencia inexorable de los propios acontecimientos.

El arte de conducir revolucionariamente a las masas en los momentos críticos consiste, en nueve décimas partes, en saber pulsar el estado de ánimo de las propias masas y así como Kajurov observaba las guiñadas de los cosacos, la gran fuerza de Lenin consistía en su insuperable capacidad para tomar el pulso a la masa y saber cómo sentía. Pero Lenin no estaba aún en Petrogrado. Los estados mayores "socialistas" públicos y semipúblicos, los Kerensky, los Chjeldse, los Skobelev y cuantos le rodeaban, preferían hacer amonestaciones de toda índole y resistir al movimiento. El estado mayor central bolchevique, compuesto por Schliapnikov, Salutski y Molotov, reveló en aquellos días una impotencia y una falta de iniciativa asombrosas. De hecho, las barriadas obreras y los cuarteles estaban abandonados a sí mismos. Hasta el día 26, no apareció el primer manifiesto a los soldados, lanzado por una de las organizaciones socialdemócratas afín a los bolcheviques. Este manifiesto, que tenía un carácter muy indeciso y ni siquiera hacía un llamamiento a los soldados para que se pusieran al lado del pueblo, empezó a repartirse por todos los barrios el día 27 por la mañana. "Sin embargo, atestigua Fureniev, uno de los dirigentes de la organización—, los acontecimientos revolucionarios se desarrollaban con

tal rapidez, que nuestras consignas llegaban ya con retraso. En el momento en que las hojas llegaban a manos de los soldados éstos entraban ya en acción."

Por lo que al centro bolchevique se refiere, conviene advertir que hasta el día 27 por la mañana, Schliapnikov no se decide a escribir a instancias de Chugurin, uno de los mejores caudillos obreros de las jornadas de febrero, un manifiesto dirigido a los soldados. ¿Fue impreso ese manifiesto? En todo caso, vería la luz cuando su eficacia era ya nula. En modo alguno pudo tener influencia sobre los sucesos del día 27. No hay más remedio que dejar sentado que, por regla general, en aquellos días los dirigentes, cuanto más alto estaban, más a la zaga de las cosas iban.

Y, sin embargo, el alzamiento, a quien nadie llamaba por su nombre, estaba a la orden del día. Los obreros tenían concentrados todos sus pensamientos en las tropas. ¿Será posible que no logremos moverlas? Hoy, la agitación dispersa ya no basta. Los obreros de Viborg organizan un mitin en el cuartel del regimiento de Moscú. La empresa fracasa. A un oficial o a un sargento no le es difícil manejar una ametralladora. Un fuego graneado pone en fuga a los obreros. La misma tentativa se efectúa también sin éxito en el cuartel del regimiento de reserva. Entre los obreros y los soldados se interponen los oficiales apuntando con la ametralladora. Los caudillos obreros y los soldados, exasperados, buscan armas, se las piden al Partido; éste les contesta: las armas las tienen los soldados, id a buscarlas allí. Esto ya lo saben ellos. Pero ¿cómo conseguirlas? ¿No se echará todo a perder? Así, la lucha iba llegando a su punto crítico. O la ametralladora barre la insurrección, o la insurrección se apodera de la ametralladora. En sus memorias, Schliapnikov, figura central en la organización bolchevique petersburguesa de aquel entonces, cuenta que cuando los obreros reclamaban armas, aunque no fuera más que revólveres, les contestaban con una negativa, mandándolos a los cuarteles. De este modo querían evitar choques sangrientos entre los obreros y los soldados, cifrando todas las esperanzas en la agitación, es decir, en la conquista de los soldados por la palabra y el ejemplo. No conocemos otros testimonios que confirmen o refuten esta declaración de uno de los caudillos preeminentes de aquellos días, y que más bien acredita miopía que clarividencia. Mucho más sencillo hubiera sido reconocer que los dirigentes no disponían de armas.

Es indudable que, al llegar a una determinada fase, el destino de toda revolución se resuelve por el cambio operado en la moral del Ejército. Las masas populares inermes, o poco menos, no podrían arrancar el triunfo si hubiesen de luchar contra una fuerza militar numerosa, disciplinada,

bien armada y diestramente dirigida. Pero toda profunda crisis nacional repercute, por fuerza, en grado mayor o menor, en el Ejército; de este modo, a la par con las condiciones de una revolución realmente popular, se prepara asimismo la posibilidad —no la garantía, naturalmente— de su triunfo. Sin embargo, el Ejército no se pasa nunca al lado de los revolucionarios por propio impulso, ni por obra de la agitación exclusivamente. El Ejército es un conglomerado heterogéneo y sus elementos antagónicos están atados por el terror de la disciplina. Aun en visperas de la hora decisiva, los soldados revolucionarios ignoran la fuerza que representan y su posible influencia en la lucha. También son un conglomerado, naturalmente, las masas populares. Pero éstas tienen posibilidades incomparablemente mayores de someter a prueba la homogeneidad de sus filas en el proceso de preparación de la batalla decisiva. Las huelgas, los mítines, las manifestaciones, tienen tanto de actos de lucha como de medios para medir la intensidad de la misma. No toda la masa participa en el movimiento de huelga. No todos los huelguistas están dispuestos a dar la batalla. En los momentos más agudos, se echan a la calle los más decididos. Los vacilantes, los cansados, los conservadores, se quedan en casa. Aquí la selección revolucionaria se efectúa orgánicamente, haciendo pasar a los hombres por el tamiz de los acontecimientos. En el Ejército las cosas no ocurren del mismo modo. Los soldados revolucionarios, los simpatizantes, los vacilantes, los hostiles, permanecen ligados por una disciplina impuesta, cuyos hilos se hallan concentrados, hasta el último momento, en manos de la oficialidad. En los cuarteles sigue pasándose revista diariamente a los soldados y se les cuenta, como siempre, por orden de filas “primera” y “segunda”; pero no, pues sería imposible, por orden de filas “revoltosas” y “adictas.”

El momento psicológico en que los soldados se pasan a la revolución se halla preparado por un largo proceso molecular, el cual tiene, como los procesos naturales, su punto crítico. Pero ¿cómo determinarlo? Cabe muy bien que las tropas estén perfectamente preparadas para unirse al pueblo, pero que no reciban el necesario impulso del exterior; los dirigentes revolucionarios no creen aún en la posibilidad de traer a su lado al Ejército, y dejan pasar el momento de triunfo. Después de esta insurrección, que ha llegado a la madurez, pero que se ha malogrado, puede producirse en las tropas una reacción, los soldados pierden la esperanza que había alimentado su espíritu. Tienden nuevamente el cuello al yugo y a la disciplina, y, al verse otra vez frente a los obreros, se manifiestan ya contra los sublevados, sobre todo a distancia. En este proceso entran

muchos factores difícilmente ponderables, muchos puntos convergentes, numerosos elementos de sugestión colectiva y de autosugestión; pero de toda esa compleja trama de fuerzas materiales y psíquicas se deduce, con claridad inexorable, una conclusión: los soldados, en su gran mayoría, se sienten tanto más capaces de envainar sus bayonetas o de ponerse con ellas al lado del pueblo, cuanto más persuadidos están de que los sublevados lo son efectivamente, de que no se trata de un simple simulacro, después del cual habrán de volver al cuartel y responder de los hechos, de que es efectivamente la lucha en que se juega el todo por el todo, de que el pueblo puede triunfar si se unen a él y de que su triunfo no sólo garantiza la impunidad, sino que mejorará la situación de todos. En otros términos, los revolucionarios sólo pueden provocar el cambio de moral de los soldados en el caso de que estén realmente dispuestos a conseguir el triunfo a cualquier precio, e incluso al precio de su sangre. Pero esta decisión suprema no puede ni quiere realizarse sin armas.

La hora crítica del contacto entre la masa que ataca y los soldados que le salen al paso, tiene su minuto culminante: es cuando la masa gris no se ha dispersado aún, se mantiene firme y el oficial, jugándose la última carta, da la orden de fuego. Los gritos de la multitud, las exclamaciones de horror y las amenazas ahogan la voz de mando, pero sólo a medias. Los fusiles se mueven. La multitud avanza. El oficial encañona con su revólver al soldado más sospechoso. Ha sonado el segundo decisivo del minuto decisivo. El soldado más valeroso, en quien tienen fijas las miradas todos los demás, cae exánime; un suboficial dispara sobre la multitud con el fusil arrebatado al soldado muerto, se cierra la barrera de las tropas; los fusiles se disparan solos, barriendo la multitud hacia los callejones y los patios de las casas. Pero ¡cuántas veces, desde 1905, las cosas pasaban de otro modo! En el instante crítico cuando el oficial se dispone a apretar el gatillo, surge el disparo hecho desde la multitud, que tiene sus Kajurov y sus Chugurin, y esto basta para decidir no sólo la suerte de aquel momento, sino tal vez el de toda la jornada y aun el de toda la insurrección.

El fin que se proponía Schliapnikov: evitar los choques de los obreros con las tropas no dando armas a los revoltosos, era irrealizable. Antes de que se llegara a los choques con las tropas, tuvieron lugar innumerables encuentros con los gendarmes. La lucha en las calles se inició con el desarme de los odiados “faraones”, cuyos revólveres pasaban a las manos de los revolucionarios. En sí mismo, el revólver es un arma débil, casi de juguete, contra los fusiles, las ametralladoras y los cañones del enemigo. Pero ¿estaban

éstos realmente en sus manos? Para comprobarlo, los obreros exigían armas. Es ésta una cuestión que se resuelve en el terreno psicológico. Pero tampoco en las insurrecciones los procesos psicológicos son fácilmente separables de los materiales. El camino que conduce al fusil del soldado pasa por el revólver arrebatado al "faraón".

La crisis psicológica por que atravesaban los soldados era, en aquellos momentos, menos activa, pero no menos profunda que la de los obreros. Recordamos nuevamente que la guarnición estaba formada principalmente por batallones compuestos de muchos miles de reservistas destinados a cubrir las bajas de los regimientos que se hallaban en el frente. Estos hombres, padres de familia en su mayoría, veíanse ante el trance de ir a las trincheras cuando la guerra estaba ya perdida y el país arruinado. Estos hombres no querían la guerra, anhelaban volver a sus casas, restituirse a sus quehaceres; sabían muy bien lo que pasaba en palacio y no sentían el menor afecto por la monarquía; no querían combatir contra los alemanes y menos aún contra los obreros petersburgueses; odiaban a la clase dirigente de la capital, que se entregaba a los placeres durante la guerra; además, entre ellos había obreros con un pasado revolucionario que sabían dar una expresión concreta a este estado de espíritu.

La misión consistía en encauzar este descontento profundo pero no manifestado aún de los soldados hacia la acción revolucionaria, franca y abierta o por lo menos, en un principio, hacia la neutralidad. El tercer día de lucha, los soldados perdieron definitivamente la posibilidad de mantenerse en una posición de benévola neutralidad ante la insurrección. Hasta nosotros llegaron únicamente reminiscencias secundarias de lo sucedido en aquellas dos horas, por lo que al contacto entre los obreros y los soldados se refiere. Hemos visto cómo la víspera los obreros fueron a quejarse amargamente ante los soldados del regimiento de Pavlovski y la conducta de un destacamento de alumnos. Escenas, conversaciones, reproches y llamamientos análogos ocurrían en todos los ámbitos de la ciudad. Los soldados no podían seguir vacilantes. Ayer les habían obligado a disparar. Hoy volverían a obligarles a lo mismo. Los obreros no se rinden, no retroceden, quieren conseguir lo que les pertenece, aunque sea bajo una lluvia de plomo, y con ellos están las obreras, las esposas, las madres, las hermanas, las novias. ¿No es ésta, acaso, la hora aquella de que tan a menudo se hablaba, cuchicheando, en los rincones?: "¿Y si nos uniéramos todos?..." Y en el momento de las torturas supremas, del miedo insuperable ante el día que se avecina, henchidos de odio contra aquellos que les imponen el papel de verdugos, resuenan en el cuartel las

primeras voces de indignación manifiesta, y en estas voces anónimas todo el cuartel se ve retratado, aliviado y exaltado a sí mismo. Así amaneció sobre Rusia el día del derrumbamiento de la monarquía de los Romanov.

En la reunión celebrada por la mañana en casa del incansable Kajurov, a la cual acudieron hasta cuarenta representantes de las fábricas, la mayoría se pronunció por llevar adelante el movimiento. La mayoría, pero no todos. Es lástima que no se conserve testimonio de la proporción de votos. Pero no eran aquéllos momentos de actas. Por lo demás, el acuerdo llegó con retraso: la asamblea se vio interrumpida por la noticia fascinante de la sublevación de los soldados y de que habían sido abiertas las puertas de las cárceles. "Churkanov besó a todos los presentes." Fue el beso de Judas, pero éste no precedía, por ventura, a una crucifixión.

Desde la mañana se fueron sublevando, uno tras otro, al ser sacados de los cuarteles, los batallones de reserva de la Guardia, continuando el movimiento que en la víspera había iniciado la cuarta compañía del regimiento de Pavlovski. Este grandioso acontecimiento de la historia humana sólo ha dejado una huella pálida y tenue en los documentos, crónicas y memorias. Las masas oprimidas, aun cuando se elevan hasta las cimas mismas de la creación histórica, cuentan poco de sí mismas y aun se acuerdan menos de consignar sus memorias por escrito. Y la exaltación del triunfo esfuma luego el trabajo de la memoria. Conformémonos con lo que hay.

Los primeros que se sublevaron fueron los soldados del regimiento de Volinski. Ya a las siete de la mañana, el comandante del batallón llamó a Jabalov por teléfono, para comunicarle la terrible noticia: el destacamento de alumnos, esto es, las fuerzas que se creían más adictas y se destinaban a sofocar el movimiento, se habían negado a salir; el jefe había sido muerto o se había suicidado ante los soldados; sin embargo, esta segunda versión fue abandonada en seguida. Quemando las naves tras de sí, los soldados de Volinski se esforzaron en ampliar la base de la sublevación, que era lo único que podía salvarlos. Con este fin se dirigieron a los cuarteles de los regimientos de Lituania y Preobrajenski, situados en las inmediaciones, "llevándose" a los soldados, del mismo modo que los huelguistas sacan a los obreros de las fábricas. Poco después Jabalov recibía la noticia de que los soldados del regimiento de Volinski no sólo no entregaban los fusiles, como había ordenado el general, sino que, unidos a los soldados de los regimientos de Preobrajenski y de Lituania, y lo que era aún más terrible, "unidos a los obreros", habían destruido el cuartel de la división de gendarmes. Esto atestigua que

la experiencia por que habían pasado el día antes los soldados del regimiento de Pavlovski no había sido estéril: los sublevados habían encontrado caudillos y al mismo tiempo un plan de acción.

En las primeras horas de la mañana del día 27, los obreros se imaginaban la realización de los fines de la insurrección mucho más lejana de lo que estaba en realidad. Para decirlo más exactamente, sólo veían la realización de estos fines como una remota perspectiva, cuando en sus nueve décimas partes se hallaba ya alcanzada. La presión revolucionaria de los obreros sobre los cuarteles coincidió con el movimiento revolucionario de los soldados en las calles. En el transcurso del día estas dos poderosas avalanchas se unen formando un todo, para arrastrar, primero, el tejado, después los muros, y luego los cimientos del viejo edificio. Chugurin fue uno de los primeros que se presentaron en el local de los bolcheviques con un fusil en la mano y la espalda cruzada por una cartuchera, "sucio pero radiante y triunfal." ¡La cosa no era para menos! ¡Los soldados se pasan a nuestro lado con las armas en la mano! En algunos sitios, los obreros han conseguido unirse a los soldados, penetrar en los cuarteles, obtener fusiles y cartucho. Los obreros de Viborg, y con ellos la parte más decidida de los soldados, han esbozado el plan de acción: apoderarse de las comisarias de policía, en las cuales se han concentrado los gendarmes armados, desarmar toda la policía, libertar a los obreros detenidos y a los presos políticos encerrados en las cárceles; destruir los destacamentos gubernamentales de la ciudad, unir a los soldados que no se han sublevado aún y a los obreros de las demás barridas.

El regimiento de Moscú se adhirió a la insurrección, no sin luchas intensas. Es sorprendente que estas luchas fueran tan poco consideradas en otros regimientos. Los elementos monárquicos, impotentes, quedaban separados de la masa, se escondían por los rincones o se apresuraban a cambiar de casaca. "A las dos de la tarde —recuerda el obrero Koroliev—, al salir el regimiento de Moscú, nos armamos..., tomamos cada uno un revólver y un fusil, nos unimos a un grupo de soldados que se nos acercó (algunos de ellos rogaba que los mandáramos y les indicáramos qué tenían que hacer), y nos dirigimos a la calle Tichvinskaya para abrir el fuego contra la comisaría de policía." Véase, pues, cómo los obreros indicaban a los soldados lo que tenían que hacer, sin un instante de vacilación.

Una tras otra, llegaban jubilosas noticias de victorias. ¡Los revolucionarios estaban en posesión de automóviles blindados! Con las banderas rojas desplegadas estos autos sembraban el pánico entre los que aún no se habían so-

metido. Ahora ya no era necesario deslizarse por entre las patas de los caballos de los cosacos. La revolución está en pie en toda su magnitud.

Hacia el mediodía, Petrogrado vuelve a convertirse en un campo de operaciones; por todas partes se oyen disparos de fusilería y ametralladoras. No siempre es posible concretar quién dispara contra quién. Una cosa era clara: cambiaban disparos el pasado y el futuro. Es frecuente también el tiroteo sin objetivo: se disparaba sencillamente, con los revólveres adquiridos en forma tan inesperada. Ha sido saqueado el arsenal. "Se dice que han repartido algunas decenas de miles de brownings." Del Palacio de Justicia y de las comisarias de policía incendiadas se elevan al cielo columnas de humo. En algunos puntos, las escaramuzas y los tiroteos se convierten en verdaderas batallas. En la Perspectiva Sampsonievski, los obreros se acercan a las barracas ocupadas por los motociclistas una parte de los cuales se agrupa en las puertas. "¿Qué hacéis aquí parados, compañeros?" Los soldados sonríen, "con una sonrisa que no promete nada bueno", atestiguan uno de los beligerantes, y permanecen callados. Los oficiales ordenan groseramente a los obreros que sigan su camino. Los motociclistas, lo mismo que los soldados de caballería, fueron durante las revoluciones de Febrero y de Octubre, los cuerpos más conservadores de todo el Ejército. Pronto se agrupa ante la verja un tropel de obreros y soldados revolucionarios. ¡Hay que sacar de ahí al batallón sospechoso! Alguien comunica que ha sido pedido un automóvil blindado: de otro modo, es poco probable que se pueda sacar de su guarida a los motociclistas, que se han artillado apostando ametralladoras. Pero la masa no sabe esperar: se muestra impaciente e intranquila, y en su impaciencia tiene razón. Suenan los primeros tiros disparados por ambas partes, pero la valla de tablas que separa a los soldados de la revolución, estorba. Los atacantes deciden destruirla. Un trozo es derribado, al resto le pegan fuego. Aparecen las barracas, que son cerca de una veintena. Los motociclistas se concentran en dos o tres. Las otras son inmediatamente incendiadas. Seis años después, Kajurov registra el recuerdo: "Las barracas ardiendo y la valla que las rodeaba derribada, el fuego de las ametralladoras y los fusiles, los rostros agitados de los sitiadores, el camión lleno de revolucionarios armados que se acerca a toda marcha, y finalmente, el automóvil blindado que llega con sus brufidos cañones, ofrecían un espectáculo magnífico e inolvidable." La vieja Rusia zarista, eclesiástico-policiaca se consumía en el incendio de las barracas y las vallas, desaparecía entre el fuego y el humo, ahogándose en el tiroteo de las ametralladoras. ¿Cómo no habían de exaltarse los Kajurov, las

decenas, los centenares, los miles de Kajurov? El auto blindado hizo algunos disparos de cañón contra la barraca en que se habían refugiado los oficiales y los motociclistas. El comandante de los sitiados resultó muerto; los oficiales, quitándose las charreteras y los emblemas, se fugaron por las huertas adyacentes; los demás se rindieron. Fue probablemente la refriega más importante de la jornada.

Entretanto, la sublevación militar tomaba un carácter epidémico. Las únicas que no la secundaban eran ya las fuerzas que no habían tenido tiempo de hacerlo. Al atardecer, se sumaron al movimiento los soldados del regimiento de Semenov, famoso por la salvaje represión del alzamiento de Moscú en 1905. ¡Los once años pasados desde entonces no habían transcurrido en vano! Los soldados del regimiento de Semenov, unidos a los del de cazadores, sacaron a la calle, ya entrada la noche, a los del regimiento de Ismail, a quienes los jefes mentenían encerrados en los cuarteles: este regimiento, que cercó y detuvo el 3 de diciembre de 1905 al primer Soviet de Petrogrado, seguía siendo considerado como uno de los más reaccionarios. La guarnición del zar en la capital, que contaba con 150.000 soldados, se iba fundiendo, deritiéndose, desaparecía por momentos. Por la noche ya no existía.

Después de las noticias recibidas por la mañana acerca de la sublevación de los regimientos, Jabalov todavía intenta resistir, mandando contra los sublevados un destacamento formado por elementos diversos, de cerca de mil hombres, con las instrucciones más draconianas. Pero la suerte de este destacamento toma un giro misterioso. "En estos días sucede algo incomprensible —cuenta después de la revolución el incomparable Jabalov—, el destacamento avanza con oficiales valientes y decididos a la cabeza —alude el coronel Kutepov—: pero... ¡sin resultado alguno!" Las compañías mandadas tras ese destacamento desaparecen también sin dejar huella. El general empieza a formar reservas en la plaza de palacio, pero "faltaban cartuchos y no había de dónde sacarlos." Entresacamos todo esto de las declaraciones de Jabalov ante la Comisión investigadora del Gobierno provisional. Pero ¿dónde fueron a parar, en fin de cuentas, los destacamentos destinados a sofocar la insurrección? No es difícil adivinarlo: se vieron inmediatamente absorbidos por esta última. Los obreros, las mujeres, los muchachos, los soldados sublevados, rodeaban a los destacamentos de Jabalov por todos lados, considerándolos como suyos o esforzándose por conquistarlos, y no les daban la posibilidad de moverse como no fuera uniéndose a la inmensa multitud. Luchar con esta masa que se había adherido a los soldados, que ya no temía nada, que era

inagotable, que se metía en todas partes, era tan imposible como batir en medio de una masa de levadura.

Simultáneamente con las continuas informaciones relativas a la sublevación de nuevos regimientos, llegaban demandas de tropas de confianza para reprimir la insurrección, para guardar la Central Telefónica, el Palacio de Lituania, el Palacio de Malinski y otros sitios aún más sagrados. Jabalov pidió por teléfono que se mandaran tropas de confianza a Kronstadt, pero el comandante contestó que él mismo temía por la seguridad de la fortaleza. Jabalov ignoraba todavía que la sublevación se había extendido a las guarniciones vecinas. El general intentó o simuló intentar convertir el Palacio de Invierno en reducto, pero el plan hubo de abandonarse en seguida por irrealizable, y el último puñado de tropas "adictas" pasó al Almirantazgo. Allí, el dictador se preocupó, finalmente, de realizar la cosa más importante e inaplazable: imprimir, para ser publicados, los dos últimos decretos del Gobierno, sobre la dimisión de Protopopov por "motivos de salud" y sobre la declaración del estado de sitio en Petrogrado. Este último decreto corría, en efecto, mucha prisa, pues pocas horas después, el ejército de Jabalov levantaba "el sitio" de Petrogrado y huía del Almirantazgo para refugiarse en sus casas. Sólo por desconocimiento de la realidad, la revolución no detuvo el día 27 en la noche a aquel general dotado de atribuciones terribles, pero que ya no tenía nada de tremendo. Lo hizo al día siguiente, sin ninguna dificultad.

Pero ¿es posible que sea ésta toda la resistencia que ofrezca la temida Rusia zarista ante el peligro mortal? Sí, casi toda, a pesar de la gran experiencia acumulada en lo que a las represiones contra el pueblo se refería y a pesar de los planes de represión, tan concienzudamente elaborados. Más tarde, los monárquicos, al volver en sí, explicaron la facilidad de la victoria del pueblo en febrero por el carácter especial de la guarnición de Petrogrado. Pero todo el curso ulterior de la revolución desmiente este razonamiento. Es verdad que ya a principios del año fatal, la camarilla sugería al zar la conveniencia de renovar la guarnición de la capital. El zar se dejó convencer sin trabajo de que la caballería de la Guardia, que era considerada como muy adicta, había "permanecido bastante tiempo en el fuego" y merecía que se le diera descanso en sus cuarteles de Petrogrado. Sin embargo, accediendo a respetuosas indicaciones del frente, el zar sustituyó a los cuatro regimientos de la caballería de la Guardia por tres dotaciones de marina de la Guardia. Según la versión de Protopopov, la substitución se llevó a cabo sin el consentimiento del zar, con una intención perversa, por parte del mando. "Los marineros son, en su mayoría, obreros y representan el ele-

mento más revolucionario del Ejército." Pero esto es un absurdo evidente. Lo que ocurrió era, sencillamente, que la alta oficialidad de la Guardia, sobre todo la de caballería, hacía una carrera demasiado brillante en el frente para que tuviera algún deseo de retornar al interior. Además, tenía que pensar, no sin miedo, en las funciones represivas que se le asignaban, a la cabeza de regimientos que en el frente habían sufrido una completa transformación. Como no tardaron en demostrar los acontecimientos del frente, la Guardia montada no se distinguía ya, en aquel entonces, del resto de la caballería, y los marinos de la Guardia trasladados a la capital no desempeñaron ningún papel activo en la Revolución de Febrero. La verdadera causa estribaba en que toda la trama del régimen estaba completamente pútrida y no tenía ni un solo hilo sano...

En el transcurso del día 27 fueron puestos en libertad por la multitud, sin que hubiese ninguna víctima, los detenidos políticos de las numerosas cárceles de la capital, entre ellos el grupo patriótico del Comité industrial de guerra, detenido el 26 de enero y los miembros del Comité petersburgués de los bolcheviques, encarcelados por Jabalov cuarenta horas antes. En las mismas puertas de la cárcel se dividen los caminos políticos: los patriotas mencheviques se dirigen hacia la Duma, donde se reparten los papeles y los cargos; los bolcheviques se van a las barriadas, al encuentro de los obreros y soldados, a fin de dar cima con ellos a la conquista de la capital. No se puede dejar respirar al enemigo. Las revoluciones exigen, más que ninguna otra cosa, remate y coronación.

No se puede precisar quién sugirió la idea de conducir al Palacio de Táurida a los regimientos sublevados. Esta ruta política era una consecuencia lógica de la situación. Todos los elementos radicales no incorporados a las masas sentíanse, naturalmente, atraídos hacia este palacio, en que se concentraban todos los informes de la oposición. Es muy verosímil que precisamente estos elementos, que sintieron súbitamente el día 27 la afluencia de las fuerzas vitales, desempeñasen el papel de guías de la Guardia sublevada. Este papel era honroso y ya casi no ofrecía peligro alguno. El Palacio de Potemkin, por su situación, era el más apropiado para servir de centro a la revolución. El jardín de Táurida sólo estaba separado por una calle de la ciudadela militar, en que se hallaban los cuarteles de la Guardia y una serie de instituciones militares. Durante muchos años, esta parte de la ciudad había sido considerada, tanto por el Gobierno como por los revolucionarios, como el reducto militar de la monarquía. Y lo era efectivamente. Pero todo había cambiado. La sublevación militar surgió, precisamente, de este sector. Los sublevados no te-

nían más que atravesar la calle para llegar al jardín del Palacio de Táurida, separado del Neva solamente por una manzana de casas. Del otro lado del Neva se extiende la barriada de Viborg, caldera de vapor de la revolución. Los obreros no tienen más que cruzar el puente de Alejandro, y, si éste ha sido levantado, por el río helado, para ir a parar a los cuarteles de la Guardia o al Palacio de Táurida. He aquí cómo este triángulo heterogéneo y contradictorio por su origen, situado en el noroeste de San Petersburgo: la Guardia, el Palacio de Potemkin y las fábricas gigantes, se convierten en la plaza de armas de la revolución.

En el edificio del Palacio de Táurida surgen o empiezan a dibujarse ya los distintos centros, entre ellos el estado mayor de la insurrección. No se puede decir que éste tuviera un carácter muy serio. Los oficiales "revolucionarios", esto es, los oficiales relacionados por su pasado con la revolución, aunque no fuera más que por equívoco, pero que habían dejado pasar la insurrección, se apresuran después de la victoria a recordar su existencia, o, respondiendo al llamamiento directo de los demás, se ponen "al servicio de la revolución." Estos elementos examinan pedantesca-mente la situación y menean la cabeza con gesto pesimista. Claro está, dicen, que esas masas de soldados en fermentación muchas veces desarmados, no tienen capacidad combativa alguna. No hay ni artillería, ni ametralladoras, ni jefes. El enemigo tendría bastante con un buen regimiento sólido. Ahora, es verdad que los regimientos revolucionarios impiden toda operación sistemática en las calles. Pero, por la noche, los obreros se irán a sus casas, el habitante neutral se acostará, la ciudad quedará desierta. Si Jabalov se presenta en los cuarteles con un regimiento de confianza, puede hacerse dueño de la situación. Con esta misma idea nos hemos de encontrar luego, con distintas variantes, a través de las varias etapas de la revolución. "Dadme un regimiento de confianza —dirán más de una vez los bravos coroneles— y en un cerrar y abrir de ojos barró yo toda esa porquería." Algunos, como veremos, lo intentarán, pero todos tendrán que repetir las palabras de Jabalov: "El destacamento ha salido con un bravo oficial a la cabeza, pero... ¡sin resultado alguno!"

No podía ser de otro modo. Los policías y los gendarmes y con ellos los destacamentos de alumnos de algunos regimientos, constituían una fuerza suficientemente firme, pero resultaron de una insignificancia lamentable ante la presión de las masas; como resultarán impotentes los batallones de San Jorge, y, ocho meses después, en octubre, los alumnos de las escuelas militares. ¿De dónde iba a sacar la monarquía ese regimiento salvador dispuesto a entablar una lucha incesante y desesperada con una ciu-

dad de dos millones de habitantes? La revolución les parece indefensa a los coroneles, verbalmente decididos, porque es aun terriblemente caótica: por dondequiera movimientos sin objetivo, torrentes confluentes, torbellinos humanos, figuras asomadas, capotes desabrochados, estudiantes que gesticulan, soldados sin fusiles, fusiles sin soldados, muchachos que disparan al aire, clamor de millares de voces, torbellino de rumores desenfrenados, falsas alarmas, alegrías infundadas; parece que bastaría entrar sable en mano en ese caos para destruirlo todo sin dejar rastro. Pero es un torpe error de visión. El caos no es más que aparente. Bajo este caos se está operando una irresistible cristalización de las masas sobre nuevos ejes. Estas muchedumbres innumerables no han determinado aún para sí, con suficiente claridad, lo que quieren; pero están impregnadas de un odio ardiente por lo que ya no quieren. A sus espaldas se ha producido un derrumbamiento histórico irreparable ya. No hay modo de volver atrás. Aun en el caso de que hubiera quien pudiese dispersarlos, una hora después se agruparían de nuevo y el segundo ataque sería más feroz y sangriento. En las jornadas de febrero, la atmósfera de Petrogrado se torna tan incandescente, que cada regimiento hostil que cae en esa poderosa hoguera o que sólo se acerca a ella y respira su ardiente aliento, se transforma, pierde la confianza en sí mismo, se siente paralizado y se entrega sin lucha a merced del vencedor. De esto se convencerá mañana el general Ivanov, mandado por el zar desde el frente con el batallón de los caballeros de San Jorge. Cinco meses después, correrá la misma suerte el general Kornilov, y, ocho más tarde, Kerensky.

Durante los días anteriores los cosacos parecían, en las calles, los más influibles; era así porque se les traía muy ajetreados. Pero cuando el movimiento tomó el carácter de insurrección franca, la caballería justificó, una vez más, su reputación conservadora. El 27 mantenía aún la apariencia de neutralidad expectante. Jabalov no confiaba ya en ella, pero la revolución aún la temía.

Seguía siendo un enigma la Fortaleza de Pedro y Pablo, situada en el islote bañado por el Neva, frente al Palacio de Invierno y los de los grandes duques. La guarnición se hallaba, o parecía hallarse, más protegida detrás de sus muros de las influencias del mundo circundante. En la fortaleza no había artillería permanente, a no ser el viejo cañón que anunciaba diariamente a los petersburgueses el mediodía. Pero hoy se han colocado en los muros cañones de campaña enfilados sobre el puente. ¿Qué se prepara allí? En el estado mayor del Palacio de Táurida, por la noche, la gente se quiebra la cabeza pensando qué hacer con Pedro y Pablo, y en la fortaleza se hallan torturados

por la cuestión de saber lo que la revolución hará con ellos. Por la mañana, se descifra el enigma: la fortaleza se rinde al Palacio de Táurida "a condición de que se respete la seguridad personal de la oficialidad." Orientándose en la situación, lo cual no era muy difícil, los oficiales de la fortaleza se apresuran a prevenir la marcha inevitable de los acontecimientos.

El 27, por la tarde, afluyen al Palacio de Táurida soldados, obreros, estudiantes, simples ciudadanos, todos los cuales confían hallar aquí a los que lo saben todo y recibir información e instrucciones. De distintos puntos de la ciudad llegan al palacio verdaderas partidas de armas, que son amontonadas en una de las habitaciones, convertida en arsenal. Por la noche, el estado mayor revolucionario emprende el trabajo, manda fuerzas para vigilar las estaciones y patrullas a todos aquellos sitios de los que se puede temer algún peligro. Los soldados cumplen las órdenes del nuevo poder de buena gana y sin rechistar, aunque de un modo extraordinariamente desordenado. Lo único que exigen cada vez es la orden escrita: es probable que la iniciativa parta de lo que queda de mando en los regimientos o de los escribientes militares. Pero tienen razón: es preciso introducir inmediatamente un orden en aquel caos. El estado mayor revolucionario, lo mismo que el Soviet que acaba de surgir, no disponen aún de ningún sello. La revolución tiene que preocuparse de establecer un orden burocrático. Andando el tiempo, ha de hacerlo, ¡ay!, con exceso.

La revolución empieza la búsqueda de enemigos; por toda la ciudad se efectúan detenciones, "detenciones arbitrarias", dirán en tono de censura los liberales. Pero toda revolución es arbitraria. En el Palacio de Táurida hay un desfile constante de detenidos: el presidente del Consejo de Estado, ministros, guardias de seguridad, agentes de la Ojrana, una marquesa "germanófila". Verdaderas nidadas de oficiales de gendarmería. Algunos altos funcionarios, tales como Protopopov, se presentan ellos mismos y se constituyen prisioneros; con ello, piensan salir ganando. Las partes de la sala que conservaban todavía el eco de los himnos al absolutismo, no escuchan ahora más que suspiros y sollozos —relatará, más tarde, una marquesa puesta en libertad—. Un general detenido se deja caer exhausto en una silla, a su lado. Algunos miembros de la Duma le ofrecen amablemente una taza de té. Conmovido hasta el fondo del alma, el general dice con agitación: "¡Marquesa: asistimos a la ruina de un gran país!"

El gran país, que no se disponía a morir, pasaba por delante de aquellos ex hombres sin hacer caso de ellos, golpeando el suelo con las botas y las culatas de los fusiles, haciendo vibrar el aire con sus gritos y dando pisotones a

todo lo que encontraba a su paso. La revolución se ha distinguido siempre por su falta de urbanidad; seguramente, porque las clases dominantes no se han preocupado a su tiempo de enseñar buenas maneras al pueblo.

El Palacio de Táurida se convierte en el cuartel general, en el centro gubernamental, en el arsenal, en la cárcel de una revolución que no se ha secado aún la sangre de las manos ni el sudor de la frente. En este torbellino penetran también los enemigos audaces. Se descubre casualmente a un coronel de gendarmes, disfrazado, que toma sus notas en un rincón, no para la Historia, sino para los consejos sumarísimos. Los soldados y los obreros quieren matarlo en el acto. Pero los hombres del "estado mayor" intervienen y libran fácilmente al gendarme de las garras de la multitud. En aquel entonces, la revolución era aún bondadosa, generosa y crédula. Sólo será implacable después de una prolongada serie de traiciones, engaños y pruebas sangrientas.

La primera noche de la revolución victoriosa está llena de inquietudes. Los comisarios improvisados de las estaciones y de otros puntos, intelectuales en su mayoría, ligados con la revolución por sus relaciones personales —los suboficiales, sobre todo, los de origen obrero, eran incomparablemente más útiles—, emplezan a ponerse nerviosos, acechan peligros por dondequiera, comunican su nerviosidad a los soldados y telefonean constantemente al Palacio de Táurida, exigiendo refuerzos. Allí también están agitados; telefonean, mandan refuerzos, que casi nunca llegan a su destino. "Los que reciben órdenes —cuenta uno de los miembros del estado mayor nocturno— no las cumplen; los que obran lo hacen sin haber recibido orden alguna..."

También obran sin órdenes las barriadas proletarias. Los caudillos revolucionarios que habían sacado a los obreros de las fábricas, que se habían apoderado de las comisarías, que habían echado a los regimientos a la calle y destruido los refugios de la contrarrevolución, no se apresuran a ir al Palacio de Táurida, al estado mayor, a los centros dirigentes; al revés, apuntan hacia aquel sitio con ironía e incredulidad: "Esos valientes se apresuran a repartirse la piel del oso que no han matado y que aún colea."

El día 27, Nabakov, a quien ya conocemos, miembro del centro de los kadetes, que era en ese momento un desertor legalizado en el estado mayor general, se fue, como de costumbre, a la oficina y permaneció en ella hasta las tres, sin enterarse de nada. Al atardecer, sonaron disparos en la Morskaya —Nabokov los oyó desde su domicilio—: serían los automóviles blindados; soldados y marinos, aislados, se arrimaban a las paredes; el honorable liberal los observaba desde las ventanas. "El teléfono seguía funcionando y

me acuerdo de que mis amigos me comunicaron lo sucedido durante el día. Nos acostamos a la hora de costumbre." Este hombre será pronto uno de los inspiradores del Gobierno revolucionario provisional. Al día siguiente, por la mañana, se le acercará en la calle un anciano desconocido, un oficinista cualquiera o acaso un maestro de escuela, y, quitándose el sombrero, le dirá: "Muchas gracias por todo lo que han hecho ustedes por el pueblo." El propio Nabakov nos lo cuenta con modesto orgullo.

¿QUIEN DIRIGIO LA REVOLUCION DE FEBRERO?

Los abogados y periodistas de las clases perjudicadas por la revolución han gastado grandes cantidades de tinta en demostrar que el movimiento de febrero, que se quiere hacer pasar por una revolución, no fue en rigor más que un motín de mujeres, transformado después en motín militar. También Luis XVI se obstina en creer en su tiempo que la toma de la Bastilla no era más que un motín, hasta que las cosas se encargaron de demostrarle de un modo harto elocuente que se trataba de una revolución. Los que salen perdiendo con una revolución rara vez se inclinan a llamarla por su nombre, pues ésta, a pesar de todos los esfuerzos de los reaccionarios enfurecidos, va asociada, en el recuerdo histórico de la Humanidad, a una aureola de emancipación de las viejas cadenas y prejuicios. Los privilegiados de todos los siglos y sus lacayos intentan, invariablemente, motejar de motín, sedición o revuelta de la chusma a la revolución que los derriba de sus puestos. Las clases caducas no se distinguen precisamente por su gran inventiva.

Poco después del 27 de febrero, hicieronse tentativas para equiparar la Revolución de Febrero al golpe de Estado militar de los "jóvenes turcos", con que, como sabemos, tanto había soñado la alta burguesía rusa. Tan infundada era, sin embargo, esta analogía, que hubo de ser seriamente combatida por uno de los periódicos burgueses. Tugan-Baranovski, economista que en su juventud había pasado por la escuela de Marx, una especie de variante rusa de Sombart, escribía el 10 de marzo, en *Las Noticias de la Bolsa (Birchvie Wedomosti)*:

"La revolución turca consistió en la sublevación victoriosa del Ejército, preparada y realizada por los jefes del mismo. Los soldados no eran más que unos ejecutores obedientes de los propósitos de sus oficiales. Los regimientos de la Guardia que el 27 de febrero derribaron el trono ruso prescindieron de sus oficiales... No fueron las tropas, sino los obreros quienes iniciaron la insurrección; no los generales, sino los soldados quienes se presentaron ante

la Duma. Los soldados apoyaban a los obreros, no porque obedecieran dócilmente las órdenes de sus oficiales, sino porque... sentían el lazo que los unía a los obreros como una clase compuesta de trabajadores, como parte de ellos mismos. Los campesinos y los obreros: he ahí las dos clases sociales a cuyo cargo ha corrido la revolución rusa."

Estas palabras no necesitan de enmienda ni de comentario. El desarrollo ulterior de la revolución habla de confirmarlas plenamente.

El último día de febrero fue para San Petersburgo el primer día de la nueva era triunfante: día de entusiasmos, de abrazos, de lágrimas de gozo, de efusiones verbales; pero, al mismo tiempo, de golpes decisivos contra el enemigo. En las calles resonaban todavía los disparos. Se decía que los "faraones" de Protópov, ignorantes todavía del triunfo del pueblo, seguían disparando desde lo alto de las casas. Desde abajo disparaban contra las azoteas y los campanarios, donde se suponía que se guarnecían los fantasmas armados del zarismo. Cerca de las cuatro fue ocupado el Almirantazgo, donde se habían refugiado los últimos restos del poder zarista. Las organizaciones revolucionarias y grupos improvisados efectuaban detenciones en la ciudad. La fortaleza de Schlüsselburgo fue tomada sin disparar un solo tiro. Tanto en la ciudad como en los alrededores iban sumándose constantemente a la revolución nuevos batallones.

El cambio de régimen en Moscú no fue más que un eco de la insurrección de Petrogrado. Entre los soldados y los obreros reinaba el mismo estado de espíritu, pero expresado de un modo menos vivo. En el seno de la burguesía, el estado de ánimo imperante era un poco más izquierdista; en las organizaciones revolucionarias la decisión era menor que en Petrogrado. Cuando empezaban los acontecimientos en las orillas del Neva, los intelectuales radicales de Moscú organizaron una reunión, que no condujo a nada, para tratar de lo que había de hacerse. Hasta el día 27 de febrero no empezaron las huelgas en las fábricas de Moscú; luego vinieron las manifestaciones. En los cuarteles, los oficiales decían a los soldados que en las calles estaban promoviendo disturbios unos canallas a los cuales sería preciso poner coto. "¡Pero ahora —cuenta el soldado Chischilin— los soldados empezaban a entender la palabra 'canalla' en sentido contrario!" A las dos se presentaron en el edificio de la Duma municipal un gran número de soldados de diversos regimientos que buscaban el modo de adherirse a la causa de la revolución. Al día siguiente se extendió el movimiento huelguístico. De todas partes acudía la muchedumbre a la Duma con banderas. El soldado de la compañía de automovilistas, Muralov, viejo bolchevique, agrónomo, gigante generoso y valiente, condujo a la Du-

ma el primer regimiento completo y disciplinado, que ocupó la estación radiotelegráfica y otros puntos estratégicos. Ocho meses después, este Muralov era nombrado jefe de las tropas de la región militar de Moscú.

Se abrieron las cárceles. El mismo Muralov llegó con un camión lleno de presos políticos libertados. El oficial, con la mano en la visera preguntó al revolucionario si había que soltar también a los judíos. Dzerjinski, que acababa de ser libertado y no se había quitado aún el traje de presidiario, se presentó en la Duma, donde se estaba formando ya el Soviet de diputados obreros. El artillero Dorofiev cuenta que el 1.º de marzo los obreros de la fábrica de caramelos Siou se presentaron con banderas en el cuartel de la brigada de artillería para fraternizar con los soldados, y que muchos de ellos, desbordantes de gozo, lloraban. En la ciudad sonaron algunos disparos hechos desde las esquinas; pero, en general, no hubo choques armados ni víctimas: Petrogrado respondía por Moscú.

En varias ciudades de provincias el movimiento no empezó hasta el 1.º de marzo, después que la revolución había triunfado, incluso hasta en Moscú. En Tver, los obreros se dirigieron en manifestación desde las fábricas a los cuarteles, y, mezclados con los soldados, recorrieron las calles de la ciudad cantando, como en todas partes entonces, *La Marsellesa*, no *La Internacional*. En Nijni-Novgorod millares de personas se reunieron en los alrededores del edificio de la Duma municipal, que desempeñó en la mayoría de las ciudades el papel que representaba en Petrogrado el Palacio de Táurida. Después de escuchar un discurso del alcalde, los obreros se dirigieron con banderas rojas a sacar de la cárcel a los presos políticos. Al atardecer, dieciocho unidades, de las veintiuna que componían la guarnición, se habían puesto ya al lado de la revolución. En Samara y Saratov celebráronse mítines y se organizaron Soviets de diputados obreros. En Jarkov, el jefe de policía, al enterarse en la estación del triunfo de la insurrección, se puso en pie en un coche ante la multitud agitada y, tremolando la gorra, gritó con todas las fuerzas de sus pulmones: "¡Viva la revolución!" A Yekaterinoslav llegó la noticia de Jarkov. Al frente de la manifestación iba el ayudante del jefe de policía, con un gran sable en la mano, como durante las paradas de grandes solemnidades. Cuando se vio claro que la monarquía estaba definitivamente derrumbada, en las oficinas públicas empezaron a retirar, prudentemente los retratos del zar y esconderlos en los desvanes. Entre los liberales, que no habían perdido aún la afición a emplear el tono de chanza para hablar de la revolución, circulaban no pocas anécdotas, verídicas o imaginadas. Los obreros, lo

mismo que los soldados de las guarniciones, vivían los acontecimientos de un modo muy distinto.

Por lo que se refiere a otra serie de ciudades provinciales (Pskov, Orel, Ribinski, Penza, Kazán, Tsaritsin, etc.), la crónica señala, con fecha del 2 de marzo: "Ha llegado la noticia del cambio de régimen, y la población se ha adherido a la revolución." Estas líneas, a pesar de su carácter sumario, expresan de un modo substancialmente verídico la realidad.

A los pueblos, las noticias relativas a la revolución llegaban de las capitales próximas, unas veces por conducto de las propias autoridades y otras veces a través de los mercados, de los obreros, de los soldados licenciados. Los pueblos acogían la revolución más lentamente y con menos entusiasmo que las ciudades pero no menos profundamente. Los campesinos relacionaban el cambio con la guerra y con la tierra.

No pecaremos de exageración si decimos que la Revolución de Febrero la hizo Petrogrado. El resto del país se adhirió. En ningún sitio, a excepción de la capital, hubo lucha. No hubo en todo el país un solo grupo de población, un solo partido, una sola institución, un solo regimiento, que se decidiera a defender el viejo régimen. Esto demuestra cuán fundados son los razonamientos que hacen los reaccionarios para demostrar que si la guarnición de Piter hubiera contado con la caballería de la Guardia o si Ivanov hubiera llegado del frente con una brigada de confianza, el destino de la monarquía habría sido otro. Ni en el interior ni en el frente hubo una sola brigada ni un solo regimiento dispuesto a luchar por Nicolás II.

La revolución se llevó a cabo por la iniciativa y el esfuerzo de una sola ciudad, que representaba aproximadamente 1/75 de la población del país. Dígase, si se quiere, que el magno acto democrático fue realizado del modo menos democrático imaginable. Todo el país se halló ante un hecho consumado. El hecho de que se anunciase en perspectiva la convocatoria de la Asamblea Constituyente no significaba nada, pues las fechas y los procedimientos de convocatoria de la representación nacional fueron decretados por los órganos del poder surgidos de la insurrección triunfante en Petrogrado. Esto proyecta un vivo resplandor sobre el problema referente a las funciones de las formas democráticas, en general, y las de períodos revolucionarios, en particular. Las revoluciones han inferido siempre grandes reveses al fetichismo jurídico de la "voluntad popular", y tanto más implacablemente cuanto más profunda, audaz y democrática es la revolución.

Se ha dicho muchas veces, sobre todo con referencia a la gran Revolución Francesa, que el riguroso centralismo

implantado por la monarquía permitió luego a la capital revolucionaria pensar y obrar por todo el país. Esta explicación es harto superficial. La revolución manifiesta tendencias centristas, pero no es imitando a la monarquía derribada, sino por inexorable imposición de las necesidades de la nueva sociedad, que no se aviene con el particularismo. Si la capital desempeña en la revolución un papel tan preeminente que en ella parece concentrarse, en ciertos momentos, la revolución del país, es sencillamente por dar expresión más elocuente a las tendencias fundamentales de la nueva sociedad, llevándolas hasta sus últimas consecuencias. Las provincias aceptan lo hecho por la capital como el reflejo de sus propios propósitos, pero transformados ya en acción. La iniciativa de los centros urbanos no representa ninguna infracción del democratismo, sino su realización dinámica. Sin embargo, el ritmo de esta dinámica, en las grandes revoluciones, no coincide nunca con el de la democracia formal representativa. Las provincias se adhieren a los actos del centro, pero con retraso. Dado el rápido desarrollo de los acontecimientos que caracteriza a las revoluciones, esto conduce a una aguda crisis del parlamentarismo revolucionario, que no se puede resolver con los métodos de la democracia. La representación nacional se estrella invariablemente contra toda auténtica revolución al chocar con la dinámica revolucionaria, cuyo foco principal reside en las capitales. Así sucedió en Inglaterra, en el siglo xvii, en Francia en el xviii, y en el xx en Rusia. El papel de la capital se halla trazado, no por las tradiciones del centralismo burocrático, sino por la situación de la clase revolucionaria dirigente, cuya vanguardia, lo mismo la de la burguesía que la del proletariado, se halla naturalmente concentrada en la ciudad más importante.

Después de las jornadas de febrero, se contaron las víctimas. En Petrogrado hubo 1.443 muertos y heridos, de los cuales 869 pertenecían al Ejército. De estos últimos, 60 eran oficiales. En comparación con las víctimas de cualquier combate de la Gran Guerra, estas cifras, considerables de suyo, resultaban insignificantes. La prensa liberal proclamó que la Revolución de Febrero había sido incruenta. En los días de entusiasmo general y de amnistía recíproca de los partidos patrióticos, nadie se dedicó a restablecer el imperio de la verdad. Albert Thomas, como amigo de todo lo que triunfa, inclusive de las insurrecciones victoriosas, hablaba entonces de la "revolución rusa, la más luminosa, la más jubilosa y la más incruenta." Claro que él tenía entonces la esperanza de que la revolución entregaría a Rusia a merced de la Bolsa francesa. Pero, al fin y al cabo, Thomas no es precisamente ingenioso. El 27 de junio de

1789, Mirabeau exclamaba: "¡Qué dicha que esta gran revolución salga adelante sin matanzas y sin lágrimas!... La Historia ha hablado ya demasiado de actos de flereza. Podemos tener la esperanza de que empezamos una historia humana." Cuando los tres estados se unieron en la Asamblea Nacional, los antepasados de Albert Thomas escribían: "La revolución ha terminado sin que costase ni una gota de sangre." Hay que reconocer que en aquel período aún no había sangre. No se puede decir lo mismo de las jornadas de febrero. Pero se mantuvo la necesidad que el buen burgués liberal tiene de representarse las cosas tal y como si el poder hubiese caído en sus manos por sí mismo.

Tugan-Baranovskí tiene razón cuando dice que la Revolución de Febrero fue obra de los obreros y los campesinos, representados éstos por los soldados. Pero queda todavía una gran cuestión que resolver. ¿Quién dirigió la revolución? ¿Quién puso en pie a los obreros? ¿Quién echó a la calle a los soldados? Después del triunfo, estas cuestiones se convirtieron en la manzana de la discordia entre los partidos. El modo más sencillo de resolverlas consistía en la aceptación de una fórmula universal: la revolución no la dirigió nadie, se realizó por sí misma. La teoría de la "espontaneidad" daba entera satisfacción no sólo a todos los señores que todavía la vispera administraban, juzgaban, acusaban, defendían, comerciaban o mandaban pacíficamente en nombre del zar y que hoy se apresuraban a marchar al paso de la revolución, sino también a muchos políticos profesionales y ex revolucionarios que, habiendo dejado pasar de largo la revolución, querían creer que en este respecto no se distinguían de los demás.

En su curiosa *Historia de la Sedición Rusa*, el general Denikin, ex generalísimo del Ejército Blanco, dice, hablando el 27 de febrero: "En ese día decisivo no hubo jefes; actuó sólo la fuerza espontánea, en cuya terrible corriente no se veían entonces ni objetivos, ni plan ni consignas." El historiador Miliukov no profundiza más que ese general aficionado a la literatura. Antes de la caída del zarismo, el jefe liberal veía en toda idea de revolución la mano del Estado Mayor alemán, pero la situación se complicó cuando el cambio de régimen llevó a los liberales al poder. Ahora, la misión de Miliukov no consistía ya en marcar a la revolución con el deshonor de atribuir la iniciativa de ella a los Hohenzollern, sino, al contrario, en no asignar el honor de la iniciativa a los revolucionarios. El liberalismo abraza sin reservas las teorías de la espontaneidad y la impersonalidad de la revolución. Miliukov cita con simpatía la opinión de Stankievich, ese profesor semiliberal, semisocialista, convertido en comisario del Gobierno ante el Cuartel General. "La masa se puso en movimiento sola,

obedeciendo a un impulso interior inconsciente...", escribe Stankievich, hablando de las jornadas de febrero. ¿Con qué consignas salieron los soldados a la calle? ¿Quién los conducía cuando conquistaron Petrogrado, cuando pegaron fuego a la Audiencia? No era una idea política, ni una consigna revolucionaria, ni un complot, ni un motín, sino un movimiento espontáneo, que redujo súbitamente a cenizas todo el viejo régimen. Aquí la espontaneidad adquiere un carácter casi místico.

El propio Stankievich hace una declaración en extremo importante: "A fines de enero, tuve ocasión de hablar con Kerensky en la intimidad... Todo el mundo se manifestaba escéptico de una revuelta popular, pues todos temían que el movimiento popular de las masas tomara una orientación de extrema izquierda, la cual crearía dificultades extraordinarias para la prosecución de la guerra." Las opiniones de los círculos frecuentados por Kerensky no se distinguían substancialmente en nada, como se ve, de las de los kadetes. No era de aquí, por tanto, de donde podía partir la iniciativa.

"La revolución se desencadenó como el trueno en día sereno —dice Zenzinov, representante del partido de los socialrevolucionarios—. Seamos francos: la revolución fue magna y gozosa sorpresa aun para nosotros, los revolucionarios, que habíamos trabajado por ella durante tantos años y que siempre la habíamos esperado."

Poco más o menos les ocurría a los mencheviques. Uno de los periodistas de la emigración burguesa habla del encuentro que tuvo el 24 de febrero, en un tranvía, con Skobelev, futuro ministro del Gobierno revolucionario. "Este socialdemócrata, uno de los líderes del movimiento, me decía que los desórdenes tomaban un carácter de saqueo que era necesario sofocar. Esto no impidió que un mes después Skobelev afirmara que él y sus amigos habían hecho la revolución." La nota, aquí, está probablemente exagerada, pero en lo fundamental la posición de los socialdemócratas mencheviques que actuaban dentro de la ley está expresada de un modo muy cercano a la realidad.

Finalmente, uno de los líderes del ala izquierda de los socialrevolucionarios, Mstislavski, que se pasó posteriormente a los bolcheviques, dice, hablando de la Revolución de Febrero: "A los miembros del Partido de aquel entonces la revolución nos sorprendió como a las vírgenes del Evangelio: durmiendo." No importa gran cosa saber hasta qué punto se les podía comparar en justicia con las vírgenes; pero que estaban durmiendo todos, es indiscutible.

¿Cuál fue la actitud de los bolcheviques? En parte, ya lo sabemos. Los principales dirigentes de la organiza-

ción bolchevista clandestina que actuaba a la sazón en Petrogrado, eran tres: los ex obreros Schliapnikov y Salutski y el ex estudiante Molotov. Schliapnikov, que había vivido durante bastante tiempo en el extranjero y que estaba en estrecha relación con Lenin, era, desde el punto de vista político, el más activo de los tres militantes que constituían la oficina del Comité Central. Sin embargo, las memorias del propio Schliapnikov confirman mejor que nada que el peso de los acontecimientos era desproporcionado con el que podían soportar los hombres de este trío. Hasta el último momento, los dirigentes entendían que se trataba de una de tantas manifestaciones revolucionarias, pero en modo alguno de un alzamiento armado. Kajurov, uno de los dirigentes de la barriada de Viborg, a quien ya conocemos, afirma categóricamente: "No había instrucción alguna de los organismos centrales del Partido... El Comité de Petrogrado había sido detenido y el camarada Schliapnikov, representante del Comité Central, era impotente para dar instrucciones para el día siguiente."

La debilidad de las organizaciones clandestinas era un resultado directo de las represiones policíacas, las cuales habían dado al Gobierno resultados verdaderamente excepcionales en la situación creada por el estado de espíritu patriótico reinante al empezar la guerra. Toda organización, sin excluir las revolucionarias, tienden al retraso con respecto a su base social. A principios de 1917, las organizaciones clandestinas no se habían rehecho aún del estado de abatimiento y de disgregación, mientras que en las masas el contagio patriótico había sido ya suplantado radicalmente por la indignación revolucionaria.

Para formarse una idea más clara de la verdadera situación, por lo que a la dirección revolucionaria se refiere, es necesario recordar que los revolucionarios más prestigiosos, jefes de los partidos de izquierda, se hallaban en la emigración, en las cárceles y en el destierro. Cuanto más peligroso era un partido para el viejo régimen, más cruelmente se hallaba decapitado al estallar la revolución. Los populistas tenían una fracción en la Duma, capitaneada por el radical sin partido, Kerensky. El líder oficial de los socialrevolucionarios, Chernov, se hallaba en la emigración. Los mencheviques disponían en la Duma de una fracción del partido capitaneado por Chjeidse y Skobelev al frente. Martov estaba emigrado, Dan y Tsereteli se hallaban en el destierro. Alrededor de las fracciones de izquierda populista y menchevique se agrupaba un número considerable de intelectuales socialistas con un pasado revolucionario. Esto creaba una apariencia de estado mayor político, pero de un carácter tal que sólo podía revelarse después del triunfo. Los bolcheviques no tenían en la Duma fracción

alguna: los cinco diputados obreros, en los cuales el Gobierno del zar había visto el centro organizador de la revolución, fueron detenidos en los primeros meses de la guerra. Lenin se hallaba en la emigración con Zinoviev, y Kamenev estaba en el destierro, lo mismo que otros dirigentes prácticos, poco conocidos en aquel entonces: Sverdlov, Rikov, Stalin. El socialdemócrata polaco Dzerzhinski, que no se había afiliado aún a los bolcheviques, estaba en presidio. Los dirigentes accidentales, precisamente porque estaban habituados a obrar como elementos subalternos bajo la autoridad inapelable de la dirección, no se consideraban a sí mismos ni consideraban a los demás capaces de desempeñar una misión directiva en los acontecimientos revolucionarios.

Si el Partido Bolchevique no podía garantizar a los revolucionarios una dirección prestigiosa, de las demás organizaciones políticas no había ni que hablar. Esto contribuía a reforzar la creencia tan extendida de que la Revolución de Febrero había tenido un carácter espontáneo.

La lucha en la capital duró, no una hora ni dos, sino cinco días. Los dirigentes intentaban contenerla. Las masas contestaban intensificando el ataque y siguiendo adelante. Tenían enfrente al viejo Estado, detrás de cuya fachada tradicional se suponía que acechaba aún una fuerza poderosa: la burguesía liberal, con la Duma del Estado, con las asociaciones de zemstvos y las Dumas municipales, con las organizaciones industriales de guerra, las academias, las universidades, la prensa; finalmente, dos partidos socialistas fuertes que oponían una resistencia patriótica a la presión de abajo. La insurrección tenía en el partido de los bolcheviques a la organización más afin, pero decapitada, con cuadros dispersos y grupos débiles y fuerza de la ley. Y a pesar de todo, la revolución, que nadie esperaba en aquellos días, salió adelante, y cuando en las esferas dirigentes se creía que el movimiento se estaba ya apagando, éste, con una poderosa convulsión, arrancó el triunfo.

¿De dónde procedía esta fuerza de resistencia y ataque sin ejemplo? El encarnizamiento de la lucha no basta para explicarla. Los obreros petersburgueses, por muy aplastados que se hubieran visto durante la guerra por la masa humana gris, tenían una gran experiencia revolucionaria. En su resistencia y en la fuerza de su ataque, cuando en las alturas faltaba la dirección y se oponía una contención, había un cálculo de fuerza y un propósito estratégico, no siempre manifestado, pero fundado en las necesidades vitales.

En vísperas de la guerra el sector obrero revolucionario siguió a los bolcheviques y arrastró consigo a las masas. Al empezar la guerra la situación cambió radicalmente: los sec-

tores conservadores levantaron cabeza, llevando consigo a una parte considerable de la clase. Los elementos revolucionarios viéronse aislados y enmudecieron. En el curso de la guerra la situación empezó a modificarse, al principio lentamente, y después de un modo cada vez más veloz y más radical. Un descontento activo iba apoderándose de toda la clase obrera. Es cierto que en una parte considerable de la masa trabajadora este descontento tomaba un matiz patriótico; pero este patriotismo no tenía nada que ver con el patriotismo interesado y cobarde de las clases poseedoras, que aplazaban todas las cuestiones interiores hasta el triunfo. Fue precisamente la guerra, las víctimas que causó, sus errores y su ignorancia, lo que puso frente a frente no sólo a los viejos sectores obreros, sino también a los nuevos y al régimen zarista, provocando un choque agudo que llevó a la conclusión: ¡No se puede seguir soportando esto! La conclusión fue general, unió a las masas en un bloque único y les infundió una poderosa fuerza de ataque.

El Ejército había visto aumentar sus efectivos enormemente, incorporando a sus filas a millones de obreros y campesinos. No había nadie que no tuviera a alguien de su familia en el Ejército: a un hijo, al marido, al hermano, al cuñado. El Ejército no se hallaba separado del pueblo, como antes de la guerra. La gente se veía con los soldados con una frecuencia incomparablemente mayor, los acompañaba al frente, vivía con ellos cuando llegaban con permiso, conversaba con ellos en las calles y en los tranvías, les visitaba en los hospitales. Los barrios obreros, el cuartel, el frente y en un grado considerable la aldea, se convirtieron en una especie de vasos comunicantes. Los obreros sabían lo que sentía y pensaba el soldado. Entre ellos se entablaban conversaciones interminables acerca de la guerra, de los que negociaban con ella, acerca de los generales y del Gobierno, acerca del zar y la zarina. El soldado decía, hablando de la guerra: "¡Maldita sea!", y el obrero contestaba: "¡Malditos sean!" aludiendo al Gobierno. El soldado decía: "¿Por qué os calláis, los de adentro?" El obrero contestaba: "Con las manos vacías no se puede hacer nada. En 1905 el Ejército nos hizo fracasar..." El soldado reflexionaba: "¡Ah! ¡Si nos levantáramos todos de una vez!" El obrero: "Eso precisamente es lo que hay que hacer." Antes de la guerra las conversaciones de este género eran contadas y tenían siempre un carácter de conspiración. Ahora se sostenían por dondequiera, por cualquier motivo y casi abiertamente, por lo menos, en los barrios obreros.

La Ojraza zarista tendía a veces sus tentáculos con gran acierto. Dos semanas antes de la revolución, un policía de Petrogrado, que firmaba con el sobrenombre de

Krestianinov, comunicaba la conversación que había oído en un tranvía que pasaba por un suburbio obrero. Un soldado cuenta que ocho hombres de su regimiento han sido mandados a presidio porque el otoño pasado se habían negado a disparar contra los obreros de la fábrica Nobel, volviendo sus fusiles contra los gendarmes. La conversación se sostiene sin recato alguno, pues en los barrios obreros los policías prefieren pasar inadvertidos. "Ya les ajustaremos las cuentas", concluye el soldado. El confidente sigue informando: "Un obrero le dice: 'Para eso hay que organizarse y conseguir que todo el mundo obre como un solo hombre.' El soldado contesta: 'No os preocupéis de eso; ya hace tiempo que estamos organizados... y va siendo hora de que no nos dejemos chupar más la sangre. Los soldados sufren en las trincheras mientras ellos aquí engordan...' No se ha producido ningún suceso digno de mención. 10 de febrero de 1917. Krestianinov." ¡Documento incomparable! "No se ha producido ningún suceso digno de mención." Se producirán, y muy pronto; esta conversación, sostenida en el tranvía, señala su inevitable proximidad.

Mstislavski ilustra con un ejemplo curioso el carácter elemental de la insurrección. Cuando la Asociación de Oficiales del 27 de Febrero, surgida inmediatamente después de la revolución, intentó dejar establecido por medio de una encuesta quién había sido el primero en sacar el regimiento de Volinski a la calle, se reunieron siete declaraciones relativas a siete iniciadores de esta acción decisiva. Es muy probable, añadimos por nuestra cuenta, que parte de la iniciativa perteneciera efectivamente a algunos soldados; pudo además suceder que el iniciador principal cayera durante los combates en la calle, llevándose su nombre a lo desconocido. Pero esto no disminuye el valor histórico de su iniciativa anónima.

Más importante es todavía otro aspecto de la cuestión que nos lleva ya fuera de los muros del cuartel. La sublevación de los batallones de la Guardia, que fue una sorpresa para los elementos liberales y socialistas que actuaban dentro de la ley, no fue inesperada, ni mucho menos, para los obreros. Y sin el amotinamiento de estos últimos no habría salido a la calle el regimiento de Volinski.

La colisión producida en la calle entre los obreros y los cosacos, que el abogado observaba desde su ventana y de la cual dio cuenta por teléfono a un diputado, se les antojaba a ambos un episodio de un proceso impersonal: la masa gris de la fábrica había chocad con la masa gris del cuartel. Pero no era así como vela las cosas el cosaco que se había atrevido a guiñar el ojo a un obrero, ni el obrero que comprendió sin vacilar que el cosaco le había

guiñado el ojo de un modo significativo. El proceso de intercambio molecular entre el ejército y el pueblo se efectuaba sin interrupción. Los obreros observaban la temperatura del Ejército y se dieron cuenta inmediatamente de que se acercaba el momento crítico. Esto fue lo que dio una fuerza tan invencible a la ofensiva de las masas, seguras de su triunfo.

Apuntaremos aquí la certera observación de un elevado funcionario liberal, que ha intentado resumir sus noticias de las jornadas de febrero: "Se ha convertido en un tópico corriente que el movimiento se inició espontáneamente, que los soldados se echaron ellos mismos a la calle. No puedo estar conforme con esto de ningún modo. Al fin y al cabo, ¿qué significa la palabra espontáneamente?... Aún es más impropio hablar de generación espontánea en sociología que en los dominios de las ciencias naturales. El hecho de que ninguno de los jefes revolucionarios conocidos pudieran tremolar su bandera, no significa que ésta fuera impersonal, sino anónima." Este modo de plantear la cuestión, incomparablemente más serio que las alusiones de Millukov a los agentes alemanes y a la espontaneidad rusa, pertenece a un ex fiscal, que en el momento de la revolución desempeñaba el cargo de senador zarista. Puede que fuera precisamente su experiencia judicial lo que permitió a Zavatski comprender que el levantamiento revolucionario no podía surgir obedeciendo a las órdenes de unos agentes extranjeros ni en forma de proceso impersonal, obra de la naturaleza.

Este mismo autor cita dos episodios que le permitieron observar, como a través del ojo de una cerradura, el laboratorio en que se operaba el proceso revolucionario. El viernes 24 de febrero, cuando en las alturas nadie esperaba la revolución para los días que se avecinaban, el tranvía en que iba el senador, de un modo completamente inesperado, dio media vuelta desde la Perspectiva Liteinaya a una calle de la esquina y se paró con tal violencia, que se estremecieron los cristales e incluso uno de ellos se rompió. El cobrador indicó a los pasajeros que salieran: "El tranvía no pasa de aquí." Los pasajeros protestaron, gritaron, pero salieron. "No he podido olvidar el rostro del silencioso cobrador: una expresión decidida y rencorosa, que tenía algo de lobo." La circulación de los tranvías se había interrumpido por todas partes. Aquel tranviario decidido, en cuyo rostro el funcionario liberal había visto una expresión "de lobo", debía poseer una elevada conciencia del deber para detener en plena guerra y en una calle del San Petersburgo imperial un tranvía lleno de funcionarios. Otros obreros como éste fueron también los que detuvieron el vagón de la monarquía, empleando aproximadamente las mismas

palabras: "El tren no pasa de aquí", e hicieron salir del vagón a la burocracia, sin distinguir por la urgencia del momento, a los generales de la gendarmería de los senadores liberales. El conductor de la Liteinaya era un factor consciente de la Historia, a quien alguien tenía que haber educado.

Durante el incendio de la Audiencia, un jurisconsulto liberal, perteneciente a la misma esfera de este senador que relata el episodio, empezó a expresar en la calle su pesar por el hecho de que fueran destruidos el laboratorio de peritaje judicial y el archivo notarial. Un hombre de edad madura y expresión sombría, de aspecto como de obrero, le contestó, irritado: "¡Ya sabemos repartirnos las casas y la tierra sin necesidad de tu archivo!" Es posible que este episodio esté un poco adornado literalmente. Pero entre la multitud había no pocos obreros de esos, de edad madura, capaces de contestar al jurista como era debido. Aunque no estuviesen complicados personalmente en el incendio del Palacio de Justicia, no podía asustarles aquel género de "excesos." Estos obreros suministraban a las masas las ideas necesarias, no sólo contra los gendarmes zaristas, sino también contra los juristas liberales, que lo que más temían era que las actas notariales de propiedad fueran devoradas por el fuego de la revolución. Estos políticos anónimos, salidos de las fábricas y de la calle, no habían caído del cielo; alguien había tenido que educarlos.

La Ojrana, al registrar los acontecimientos en los últimos días de febrero, consignaba asimismo que el movimiento era "espontáneo", es decir, que no estaba dirigido sistemáticamente desde arriba. Pero añadía: "Sin embargo, los efectos de la propaganda se dejan sentir mucho entre el proletariado." Este juicio da en el blanco; los profesionales de la lucha contra la revolución, antes de ocupar los calabozos qué dejaban libres los revolucionarios, comprendieron mejor que los jefes del liberalismo el carácter del proceso que se estaba operando.

La leyenda de la espontaneidad no explica nada. Para apreclar debidamente la situación y decidir el momento oportuno de emprender el ataque contra el enemigo, era necesario que las masas, su sector dirigente, tuvieran sus reivindicaciones ante los acontecimientos históricos y su criterio para la valoración de los mismos. En otros términos, era necesario contar no con una masa como otra cualquiera, sino con la masa de los obreros petersburgueses y de los obreros rusos en general, que había pasado por la experiencia de la revolución de 1905, por la insurrección de Moscú del mes de diciembre del mismo año, que se estrelló contra el regimiento de Semenov, y era necesario que en el seno de esa masa hubiera obreros que hubiesen reflexiona-

do sobre la experiencia de 1905, que supieran adoptar una actitud crítica ante las ilusiones constitucionales de los liberales y de los mencheviques, que se asimilaran la perspectiva de la revolución, que hubieran meditado docenas de veces acerca de la cuestión del Ejército, que observaran celosamente los cambios que se efectuaban en el mismo, que fueran capaces de sacar consecuencias revolucionarias de sus observadores y de comunicárselas a los demás. Era necesario, en fin, que hubiera en la guarnición misma soldados avanzados ganados para la causa, o, al menos, interesados por la propaganda revolucionaria y trabajado por ella.

En cada fábrica, en cada taller, en cada compañía, en cada café, en el hospital militar, en cada cantón, incluso en la aldea desierta, el pensamiento revolucionario realizaba una labor callada y molecular. Por dondequiera surgían intérpretes de los acontecimientos, obreros precisamente, a los cuales podía preguntarse la verdad de lo sucedido y de quienes podía esperarse las consignas necesarias. Estos caudillos se hallaban muchas veces entregados a sus propias fuerzas, se orientaban mediante las generalizaciones revolucionarias que llegaban fragmentariamente hasta ellos por distintos conductos, sabían leer entre líneas en los periódicos liberales aquello que les hacía falta. Su instinto de clase se hallaba agudizado por el criterio político, y aunque no desarrollaran de modo consecuente todas sus ideas, su pensamiento trabajaba invariablemente en una misma dirección. Estos elementos de experiencia, de crítica, de iniciativa, de abnegación, iban impregnando a las masas y constituían la mecánica interna, inaccesible a la mirada superficial, y sin embargo decisiva, del movimiento revolucionario como proceso consciente.

Todo lo que sucede en el seno de las masas se les antoja, por lo general, a los políticos fanfarrones del liberalismo y del socialismo domesticado como un proceso instintivo, algo así como si se tratara de un hormiguero o de una colmena. En realidad, el pensamiento que agitaba a la masa obrera era incomparablemente más audaz, penetrante y consciente que las indigentes ideas de que se nutrían las clases cultas. Es más, aquel pensamiento era más científico, no sólo porque en buena parte había sido engendrado por los métodos del marxismo, sino, ante todo, porque se nutría constantemente de la experiencia viva de las masas, que pronto habían de lanzarse a la palestra revolucionaria. El carácter científico del pensamiento consistió en su armonía con el proceso objetivo y en su capacidad para influir en él y dirigirlo. ¿Poseían acaso esta cualidad, aunque fuera en la más mínima proporción, los círculos gubernamentales que se hallaban inspirados por el

Apocalipsis, y creían en los sueños de Rasputín? ¿Acaso tenían algún fundamento científico las ideas del liberalismo confiado en que, participando en la contienda de los gigantes capitalistas, la atrasada Rusia podía obtener a un mismo tiempo la victoria sobre Alemania y el parlamentarismo? ¿O acaso era científica la vida ideológica de los círculos intelectuales, que en forma tan servil, se plegaban a un liberalismo ingénitamente caduco, preservando al mismo tiempo su pretendida independencia con discursos reiterados de la circulación desde hacía mucho tiempo? En realidad, todas estas clases vivían en el reino de la inmovilidad espiritual, de los fantasmas, las supersticiones y las ficciones, o, si se quiere, en el reino de la "espontaneidad". Y si es así, ¿no tenemos derecho a rechazar de plano toda la filosofía liberal de la Revolución de Febrero? Si, tenemos derecho a hacerlo y a decir: mientras la sociedad oficial, toda esa superestructura de las clases dirigentes, de los sectores, grupos, partidos y camarillas, vivían en la inercia y el automatismo, nutriéndose de las reminiscencias de ideas caducas y permanecía sorda a las exigencias inexorables del progreso, dejándose seducir por fantasmas y no previendo nada, en las masas obreras se estaba operando un proceso autónomo y profundo, caracterizado, no sólo por el incremento del odio hacia los dirigentes, sino por la apreciación crítica de su impotencia y la acumulación de experiencia y de conciencia creadora, proceso que tuvo su remate y apogeo en la insurrección revolucionaria y en su triunfo.

LA PARADOJA DE LA REVOLUCION DE FEBRERO

El alzamiento triunfó. Pero ¿a quién entregó el poder arrebatado a la monarquía? Llegamos al problema central de la Revolución de Febrero: ¿Cómo y por qué fue el poder a parar a manos de la burguesía liberal?

En los sectores de la Duma y en la "sociedad" burguesa no se daba importancia a los sucesos iniciados el 23 de febrero. Los diputados liberales y los periodistas patriotas seguían reuniéndose en los salones, discutiendo acerca de Trieste y Fiume, y afirmando una vez y otra el derecho de Rusia a los Dardanelos. Había sido firmado ya el decreto de disolución de la Duma y una Comisión de ésta estaba aún deliberando urgentemente acerca de la conveniencia de entregar los asuntos de abastecimiento a la administración municipal. Menos de doce horas antes de la sublevación de los batallones de la Guardia, la Sociedad de Apoyo Eslavo escuchaba tranquilamente el informe anual. "Cuando al salir de dicha reunión, regresaba a casa a pie —recuerda uno de los diputados— me sorprendieron el silencio tétrico y la soledad de las calles, habitualmente animadas." La tétrica soledad se cernía sobre las viejas clases gobernantes y oprimía ya el corazón de sus futuros sucesores. El 26, la gravedad de la situación apareció evidente, tanto a los ojos del Gobierno como de los liberales. En dicho día se entablan negociaciones entre los ministros y los miembros de la Duma sobre la posibilidad de establecer un acuerdo, negociaciones acerca de las cuales los liberales guardaron después silencio absoluto. En sus declaraciones, Protopopov manifestó que los dirigentes del bloque de la Duma habían exigido, como antes, la designación de ministros que merecieran la confianza general del país: "Es posible que esta medida calme al pueblo." Pero el día 26 se produjo, como sabemos, un momento de vacilación en el proceso revolucionario, y por breves instantes, el Gobierno se sintió más fuerte. Cuando Rodzianko se presentó en casa de Golitsin para persuadirle a que presentara la dimisión, el Primer Ministro, como respuesta,

le señaló una cartera que estaba sobre la mesa y que contenía el decreto de disolución de la Duma, con la firma de Nicolás II al pie, pero sin fecha todavía. Esta la estampó Golitsín. ¿Cómo pudo decidirse el Gobierno a dar semejante paso, en un momento en que crecía la presión revolucionaria? La burocracia gobernante se había formado hacía ya tiempo un criterio firme acerca del particular. "Es indiferente, para el movimiento obrero, que formemos bloque o no. Este movimiento se puede combatir por otros medios, y hasta ahora el Ministerio del Interior ha salido del paso." En agosto de 1915, Goremykin se expresaba ya del mismo modo. De otra parte, la burocracia confiaba en que la Duma, en trance de disolución, no se atrevería a dar ningún paso audaz. Por esa misma época, al tratarse de la disolución de la Duma descontenta, el príncipe Scherbatov, Ministro del Interior, decía: "Es poco probable que los elementos de la Duma se decidan a declararse abiertamente en rebeldía. Al fin y al cabo, la Duma está compuesta en su inmensa mayoría de cobardes que temen por su pellejo." El príncipe no se expresaba de un modo muy refinado, pero sus palabras respondían, substancialmente, a la realidad. Como se ve, en la lucha contra la oposición liberal, la burocracia creía pisar terreno firme.

El 27 por la mañana, los diputados, alarmados por el cariz que tomaban los acontecimientos, se reunieron en sesión ordinaria. La mayoría de ellos se enteraron allí de que la Duma estaba disuelta. Esto parecióles tanto más inesperado cuanto que todavía la víspera se habían celebrado negociaciones amistosas. "Sin embargo —escribe con orgullo Rodzianko—, la Duma se sometió a la ley, confiando todavía en encontrar salida a la compleja situación creada, y no adoptó ninguna decisión en el sentido de no disolverse y de seguir reunida por la fuerza." Los diputados celebraron una reunión privada, en la cual se confesaron unos a otros su impotencia. El liberal moderado Schidlovski había de recordar, andando el tiempo, no sin cierta malignidad, la proposición presentada por el kadete de extrema izquierda Nekrasov, más tarde uno de los adláteres de Kerensky: "Instaurar una dictadura militar, otorgando plenos poderes a un general popular." Entretanto, los dirigentes del bloque progresivo, que no asistían a la reunión privada de la Duma, emprendían una tentativa práctica de salvación. Llamaron a Petrogrado al gran duque Miguel, y le propusieron encargarse de la dictadura, "obligar" al Ministerio a presentar la dimisión y exigir del zar por hilo directo que "otorgara" un Ministerio responsable. Al tiempo que se sublevaban los primeros regimientos de la Guardia, los jefes de la burguesía liberal hacían la última tentativa para aplastar la insurrección con la ayuda de una

dictadura dinástica, a la par que pactaban con la monarquía a costa de la revolución. "La indecisión del gran duque —se lamentaba Rodzianko— contribuyó a que se dejara pasar el momento propicio."

El socialista sin partido Sujanov, que en dicho período empieza a desempeñar un cierto papel político en el Palacio de Táurida, atestigua la facilidad con que los intelectuales radicales creían en lo que deseaban. "Me comunicaron la noticia política más importante de la mañana de aquel día inolvidable —cuenta en sus extensas memorias—: la promulgación del decreto que disolvía la Duma, la cual contestó negándose a disolverse y eligiendo un Comité provisional." ¡Esto escribe un hombre que apenas salía del Palacio de Táurida, donde se entretenía en tirar de los falzones de la levita a los diputados conocidos! En su *Historia de la Revolución*, Miliukov, corroborando las manifestaciones de Rodzianko, declara categóricamente: "Después de una serie de discursos calurosos, se tomó la decisión de no alejarse de Petrogrado y no la de que la Duma 'no se disolvería', como cuenta la leyenda." "No disolverse", hubiera significado tomar sobre sí, aunque fuera con algún retraso, la iniciativa de los acontecimientos. "No alejarse de Petrogrado", significaba lavarse las manos y esperar hasta ver en qué paraban las cosas. Hay, sin embargo, una circunstancia atenuante para la credulidad de Sujanov. El rumor de que la Duma había tomado el acuerdo revolucionario de no someterse al ucace del zar, lo pusieron en circulación precipitadamente, los periodistas de la Duma en su Boletín de información, única publicación que, suspendidos los diarios por la huelga general, veía la luz, y, como quiera que la insurrección triunfó en el transcurso de aquel mismo día, los diputados no se apresuraron, ni mucho menos, a rectificar el error, manteniendo la ilusión de sus amigos de izquierda; sólo en la emigración se decidieron a restablecer el imperio de la verdad. El episodio, aunque parece de poca monta, está lleno de significación. El papel revolucionario de la Duma el 27 de febrero fue un mito completo, engendrado por la credulidad política de los intelectuales radicales, jubilosos y asustados por la revolución, que no creían en la capacidad de las masas para llevar las cosas hasta el fin, y que aspiraban a enfeudarse con la mayor rapidez posible a la gran burguesía.

Por fortuna, en las memorias de los diputados pertenecientes a la mayoría de la Duma se ha conservado el relato de cómo ésta acogió la revolución. Según el príncipe Mansiev, uno de los kadetes de derecha, entre los numerosos diputados reunidos el día 27 por la mañana no figuraban ni los miembros de la mesa ni los jefes de las fracciones ni los dirigentes del bloque progresivo, los cuales estaban

ya enterados de la disolución y del levantamiento y preferían dejarse ver lo más tarde posible, con tanto mayor razón cuanto que precisamente en aquellas horas estaban, por lo visto, sosteniendo negociaciones con el gran duque Miguel acerca de la dictadura. "En la Duma reinaba una agitación y un desconcierto generales —dice Mansirev—. Incluso las conversaciones animadas se interrumpieron, y en su lugar no se oían más que suspiros y breves réplicas, tales como '¿Dónde hemos ido a parar!', o se manifestaba el miedo no disimulado por la propia persona." Así hablaba uno de los diputados más moderados y que suspiraba con más firmeza que los otros.

A las dos de la tarde, cuando los jefes se vieron obligados a comparecer en la Duma, el secretario de la mesa llegó con esta noticia gozosa pero infundada: "Los desórdenes serán pronto sofocados, pues se han tomado medidas." Es posible que por "medidas" entendiera las negociaciones entabladas acerca de la dictadura. Pero la Duma estaba abatida y esperaba oír la palabra decisiva del jefe del bloque progresivo. "No podemos adoptar inmediatamente ninguna medida —decía Miliukov— porque desconocemos las proporciones tomadas por los desórdenes, así como de parte de quién está la mayoría de las tropas, de los obreros y de las distintas organizaciones. Lo conveniente es recoger informes precisos sobre todo esto, para luego examinar la situación; ahora, es aún pronto."

¡A las dos de la tarde del 27 de febrero era todavía pronto para los liberales! "Recoger informes" significaba lavarse las manos y esperar el resultado de la lucha. Pero el discurso de Miliukov, empezado, dicho sea de paso, con el propósito de no llegar a ninguna conclusión, es interrumpido por Kerensky, que, presa de grande agitación, irrumpió en la sala y anuncia que una inmensa multitud de pueblo y de soldados se dirige al Palacio de Táurida con la intención de exigir que la Duma se haga cargo del poder. El diputado radical sabe perfectamente, por lo visto, lo que viene a pedir la inmensa multitud. En realidad, es el propio Kerensky quien primero exige que la Duma tome en sus manos el poder, mientras ella abriga aún la esperanza de ver sofocada la insurrección. La declaración de Kerensky provoca "un desconcierto general". Sin embargo, aún no ha terminado, cuando le interrumpe un ujier de la Duma que entra corriendo, azorado; los primeros soldados han llegado ya al palacio, los centinelas no les han dejado entrar; el jefe, al parecer, está gravemente herido. Un minuto después, los soldados han allanado ya el palacio de la Duma. Más tarde se dirá, en artículos y discursos, que los soldados llegaron para saludar a la Duma y prestar juramento de fidelidad ante ella. Pero lo cierto es que los

diputados están todos dominados por un pánico mortal. El agua les llega al cuello. Los jefes cuchichean entre sí. Hay que ganar tiempo. Rodzianko presenta precipitadamente la proposición, que le ha sido sugerida, de crear un Comité provisional. Gritos de aprobación. Pero todos quieren marcharse a casa lo antes posible, pues no están para votaciones. El presidente, no menos asustado que los demás, propone que se confíe la formación del Comité al Consejo de los decanos de la Cámara. Otra vez gritos de aprobación de los pocos diputados que quedan en la sala: la mayoría había tenido ya tiempo de desaparecer. Así reaccionaba, en los primeros momentos revolucionarios, la Duma que acababa de ser disuelta por el zar.

Entretanto, en aquel mismo edificio, pero en una dependencia menos solemne, la revolución creaba otro órgano. Los caudillos revolucionarios no tuvieron que inventarlo. La experiencia de los Soviets de 1905 se había grabado para siempre en la conciencia de los obreros. A cada impulso del movimiento, e incluso en plena guerra, resucitaba casi automáticamente la idea del Soviet, y aunque las ideas forjadas respecto a la misión de los Soviets difería profundamente en los bolcheviques y en los mencheviques —los socialrevolucionarios no tenían, en general, ideas firmes acerca de nada—, díriase que la forma misma de organización se hallaba por encima de toda discusión. Los mencheviques, miembros del Comité industrial de guerra, sacados de la cárcel por la revolución, se encontraron en el Palacio de Táurida con los militantes del movimiento sindical y cooperativo, pertenecientes asimismo al ala derecha, y con los diputados mencheviques de la Duma Chjeldse y Skobelev, y crearon inmediatamente el Comité Ejecutivo provisional del Soviet de los diputados y obreros, que en el transcurso de aquel mismo día fue integrado principalmente con ex revolucionarios que habían perdido el contacto con las masas, pero que conservaban el "nombre". El Comité Ejecutivo, del cual formaban parte asimismo bolcheviques, incitó a los obreros a elegir inmediatamente diputados. La primera reunión fue convocada para aquella misma noche en el Palacio de Táurida y se celebró, efectivamente, a las nueve. Esta reunión sancionó la composición del Comité Ejecutivo, complementándolo con representaciones oficiales de todos los partidos socialistas. Pero ni consistía en esto, ni mucho menos, la importancia de la primera reunión de los representantes del proletariado triunfante de la capital. En la reunión pronunciaron mensajes de salutación delegados de los regimientos sublevados. Entre ellos había soldados completamente grises, contusionados, por decirlo así, por la insurrección y que se expresaban aún con dificultad. Pero eran precisamente ellos los que en-

contraban las palabras justas que ningún tribuno habría sabido encontrar. Fue una de las escenas más patéticas de la revolución, que empezaba a sentirse fuerte y a tener conciencia de las masas innumerables que había despertado a la vida, de la grandiosidad de su misión, el orgullo de los éxitos logrados, la emoción gozosa ante el día de mañana, que había de ser aún más radiante que el de hoy. La revolución no tiene aún su ritual, en las calles flota el humo de los disparos, las masas no han aprendido las nuevas canciones, la rebelión transcurre sin orden, sin cauce, como un río desbordado, el Soviet se ahoga en su propio entusiasmo. La revolución es ya poderosa pero adolece todavía de una ingenuidad infantil.

En esta primera reunión decidióse unir a la guarnición con los obreros en un Soviet común de diputados obreros y soldados. ¿Quién fue el primero que formuló esta proposición? Surgida, sin duda, de distintas partes, o más bien de todas, como un eco de la fraternización de los obreros y soldados, que en ese día habían decidido en la calle la suerte de la revolución. Sin embargo, no se puede dejar de señalar que, según Schliapnikov, en un principio los socialpatriotas se opusieron a la incorporación del Ejército a la política. Desde el momento de su aparición, el Soviet, personificado por el Comité Ejecutivo, empieza a obrar como poder. Elige una Comisión provisional de subsistencias, a la cual confía la misión de preocuparse de los insurrectos y de la guarnición en general, y organizar un estado mayor revolucionario provisional —en estos días todo se llama provisional—, al cual nos hemos referido ya más arriba. Para evitar que sigan a disposición de los funcionarios del antiguo régimen los recursos financieros, el Soviet decide ocupar inmediatamente con destacamentos revolucionarios el Banco del Estado, la Tesorería, la fábrica de moneda y la emisión de papeles del Estado. Los fines y las funciones del Soviet crecen constantemente bajo la presión de las masas. La revolución tiene ya su centro indiscutible. En lo sucesivo, los obreros y los soldados, y pronto también los campesinos, sólo se dirigirán al Soviet: a sus ojos, el Soviet se convierte en el punto de concentración de todas las esperanzas y de todos los poderes, en el eje de la revolución misma. Y hasta los representantes de las clases poseedoras buscarán en el Soviet, aunque sea rechinando los dientes, la defensa, instrucciones y solución para sus conflictos.

Sin embargo, ya en esas primeras horas de la victoria, cuando con una rapidez fabulosa y una fuerza irresistible se estaba gestando el nuevo poder de la revolución, los socialistas que estaban al frente del Soviet buscaban, alarmados, a su alrededor, al "amo" verdadero. Estos socialistas

consideraban como cosa natural que el poder pasara a manos de la burguesía, y aquí se forma el principal nudo político del nuevo régimen: uno de sus hilos conduce al cuarto en que está instalado el Comité Ejecutivo de los obreros y soldados; el otro, al local en que reside el centro de los partidos burgueses.

A las tres de la tarde, cuando la victoria en la capital no ofrecía ya la menor duda, el Consejo de los decanos de la Duma eligió un Comité provisional de miembros de la Duma, compuesto por representantes de los partidos del bloque progresivo, a los que se suman Chjeidse y Kerensky. El primero se negó a aceptar; el segundo vacilaba. El título indicaba prudentemente que no se trataba de un órgano oficial de la Duma del Estado, sino de un órgano particular de los miembros de la Duma. A los jefes del bloque progresivo no les preocupaba más que una cosa: ponerse a salvo de toda responsabilidad, no atándose de pies y manos. El objetivo del Comité estaba definido con buscada ambigüedad: "Restablecimiento del orden y relaciones con las instituciones y las personas." Ni una palabra acerca del orden que estos caballeros pensaban restablecer ni acerca de las instituciones con las cuales se disponían a ponerse en relación. Ni se atreven a tender aún la mano hacia la piel del oso, porque ¿y si no está muerto, sino apenas gravemente herido? Sólo a las once de la noche del 27 de febrero, cuando según reconoce Miliukov, "se vieron claramente las proporciones tomadas por el movimiento revolucionario, el Comité provisional decidió dar otro paso al frente y hacerse cargo del poder, caído de las manos del Gobierno". Imperceptiblemente, el nuevo órgano, que era un Comité de miembros de la Duma, se convirtió en Comité de esta última; para conservar la continuidad del Estado y del orden jurídico, nada mejor que la falsificación. Pero Miliukov guardaba silencio acerca del punto principal: los jefes del Comité Ejecutivo, creado durante aquel día, se habían presentado al Comité provisional con el fin de exigir de éste con insistencia que tomara en sus manos el poder. Esta presión amistosa produjo su efecto. Posteriormente, Miliukov explica la decisión tomada por el Comité de la Duma, invocando el hecho de que, según él, el Gobierno se disponía a mandar tropas adictas contra los revolucionarios "y se corría el peligro de que se entablaran verdaderos combates en las calles de la capital". En realidad, el Gobierno no disponía absolutamente de ningún cuerpo de tropa y la revolución era ya un hecho consumado. Rodzianko había de decir más tarde que, en caso de que hubiera renunciado al poder, "la Duma habría sido detenida, sus miembros asesinados por los soldados sublevados y el poder habría caído en manos de los bolcheviques". Esto,

naturalmente, es una absurda exageración muy propia del honorable chambelán, pero refleja de un modo inmejorable el estado de espíritu de la Duma, la cual consideraba como un acto de violencia política el hecho de que se le entregara el poder.

En estas circunstancias, no era fácil tomar una decisión. De un modo particularmente tumultuoso vacilaba Rodzianko, que no se cansaba de preguntar a los demás: "¿Será esto una rebeldía o no lo será?" El diputado monárquico Chulguin le contestó, según él mismo nos cuenta: "No hay en ello ni sombra de rebeldía; acepte usted como súbdito fiel del zar... Si los ministros se han fugado, alguien tiene que reemplazarlos. Caben dos soluciones: o todo se arregla, en cuyo caso el zar nombra un nuevo Gobierno, y nosotros cedemos el poder, o no se arregla, y si nosotros no tomamos el poder, lo tomarán otros, los mismos que esos canallas de las fábricas han elegido ya..." No hay que hacer mucho caso de las groseras calificaciones que este *gentleman* reaccionario aplica a los obreros: la revolución había dado un fuerte pisotón en los pies a estos caballeros. La moraleja es clara: si triunfa la monarquía, estaremos a su lado; si triunfa la revolución, procuraremos escamotearla.

La reunión duró largo rato. Los jefes democráticos esperaban anhelosos los acuerdos. Por fin Miliukov salió del despacho de Rodzianko, y, acercándose con solemne continente a la delegación soviética, declaró: "Hemos llegado a un acuerdo. Somos nosotros quienes tomamos el poder..." "No pregunté a quién se refería al decir *nosotros* —recuerda Sujanov con entusiasmo—; no quise preguntar nada más. Pero sentí con todo mi ser, por decirlo así, la nueva situación. Tuve la sensación de que la nave de la revolución, empujaba en aquellas horas de tormenta a merced de los elementos, izaba la vela y adquiría estabilidad y equilibrio sobre el agitado oleaje." ¡Qué forma más amanerada de expresarse, para acabar reconociendo prosaicamente la dependencia servil en que se hallaba la democracia pequeñoburguesa respecto al liberalismo capitalista! ¡Y qué error tan fatal de perspectiva política! La entrega del poder a los liberales no sólo no prestará estabilidad a la nave del Estado, sino que, lejos de eso, se convertirá desde este mismo día en la raíz y fuente de la ausencia de poder de la revolución, en la causa mayor del caos, de la exasperación de las masas, del desmoronamiento del frente primero y, luego, de una guerra civil extrema y desesperada.

Si tendemos la vista por los siglos pasados, el tránsito del poder a manos de la burguesía se nos aparecerá como sujeto a determinadas leyes. En todas las revoluciones precedentes se habían batido en las barricadas los obreros, los

artesanos, a veces los estudiantes y los soldados revolucionarios. Después de lo cual, se hacía cargo del poder la respetable burguesía que había estado prudentemente mirando la revolución por los cristales de su ventana, mientras los demás luchaban. Pero la revolución de febrero de 1917 se distinguía de todas las que la habían precedido por el nivel político de la clase obrera y por el carácter social incomparablemente más elevado, por un recelo hostil de los revolucionarios hacia la burguesía liberal y, como consecuencia, por la creación, en el momento mismo del triunfo, de un nuevo órgano del poder revolucionario: el Soviet, apoyado en la fuerza armada de las masas. En estas condiciones, el paso del poder a manos de una burguesía políticamente aislada y desarmada exige una explicación.

Ante todo, conviene examinar más de cerca la correlación de fuerzas que se formó como resultado de la revolución. ¿Es que la democracia soviética se vio obligada por la situación objetiva a renunciar al poder en favor de la gran burguesía? Esta no lo creía así. Ya hemos visto que, lejos de esperar el poder de la revolución, veía en ella un peligro mortal para su situación social de clase. "Los partidos moderados no sólo no deseaban la revolución —dice Rodzianko—, sino que sencillamente la temían. En especial, el Partido de la Libertad Popular (los kaderes), por el hecho de hallarse en el ala izquierda de los grupos moderados y de tener por ello más puntos de contacto con los partidos revolucionarios del país, estaba más preocupado que ningún otro por la catástrofe que se avecinaba." La experiencia de 1905 les decía con harta elocuencia a los liberales que el triunfo de los obreros y campesinos podía ser tan peligroso para la burguesía como para el zarismo. El desarrollo de la insurrección de febrero no hacía más que confirmar estas previsiones. Por vagas que fueran, en muchos sentidos, las ideas políticas de las masas revolucionarias por aquellos días, la línea fronteriza entre los trabajadores y la burguesía se delineaba, desde luego, de un modo energético que no admitía confusiones.

El profesor Stankievich, afín a los círculos liberales y amigo y no adversario del bloque progresivo, caracteriza con los siguientes rasgos el estado de espíritu reinante en los medios liberales al día siguiente de la revolución, que no habían podido evitar: "Oficialmente, se mostraban entusiasmados, ensalzaban la revolución, vitoreaban a los combatientes por la libertad, se adornaban con cintas coloradas y marchaban bajo las banderas rojas... Pero en el fondo de su alma, en las conversaciones particulares, se horrorizaban, se estremecían y se sentían prisioneros de aquella fuerza elemental, hostil que seguía caminos ignorados. No olvidaré nunca la figura voluminosa y respetable de

Rodzianko, cuando, con porte de dignidad majestuosa, pero con una expresión de una profunda desesperación y sufrimiento en su pálido rostro, pasaba entre la multitud de soldados que, en actitud desembarazada, invadía los corredores del Palacio de Táurida. Oficialmente, se proclamaba que los soldados han venido a apoyar a la Duma en su lucha contra el Gobierno; pero de hecho, la Duma dejó de existir ya desde los primeros días. El mismo rictus podía observarse en el semblante de todos los miembros del Comité provisional de la Duma y de los círculos allegados a él. Se dice que los representantes del bloque progresista, al llegar a sus casas, lloraban histéricamente de impotente desesperación." Este testimonio vivo es de más valor que cuantas investigaciones sociológicas pudieran hacerse para establecer la relación de fuerzas después de la revolución. Según él mismo nos cuenta, Rodzianko se hallaba estremecido de indignación impotente al ver cómo unos soldados cualesquiera, "obedeciendo órdenes de no se sabe quién", procedían a la detención de los funcionarios del viejo régimen en calidad de presos de la Duma. El buen chamberlán se veía convertido en una especie de carcelero de unos hombres de quienes, naturalmente, le separaban ciertas diferencias, pero que, a pesar de todo, eran gentes de su categoría. Asombrado ante tamaña "arbitrariedad", Rodzianko invitó al detenido Scheglovitov a entrar en su despacho; pero los soldados se negaron en redondo a entregarle el odiado funcionario. "Cuando intenté poner de manifiesto mi autoridad —cuenta Rodzianko—, los soldados formaron un estrecho círculo alrededor de los prisioneros, y, con el aspecto más provocativo e insolente, me enseñaron sus fusiles, después de lo cual Scheglovitov, sin que fuera objeto de acusación alguna, fue conducido no sé a dónde." ¿Cabe confirmación más elocuente de las palabras de Stankievich, según las cuales los regimientos que habían venido a sostener la Duma, en realidad la habían suprimido?

El poder estuvo en manos del Soviet desde el primer momento. Los que menos podían hacerse ilusiones sobre el particular eran los miembros de la Duma. El diputado octubrista Schildovski, uno de los directores del bloque progresivo, recuerda: "El Soviet se apoderó de todas las oficinas de Correos y Telégrafos y de radio, de todas las estaciones de ferrocarril, de todas las imprentas, de modo que, sin su autorización, era imposible cursar un telegrama, salir de Petrogrado o escribir un manifiesto." A esta síntesis inequívoca del balance de fuerzas postrevolucionarias conviene hacer, sin embargo, una aclaración: el hecho de que el Soviet se hubiera "apoderado" del telégrafo, de los ferrocarriles, de las imprentas, debe entenderse en el senti-

do de que los obreros y empleados de esas empresas no querían someterse más que al Soviet.

No podíamos hallar mejor ilustración a las lamentaciones de Schildovski que el episodio que se produjo en el momento en que las negociaciones entabladas acerca del poder entre los jefes de la Duma y el Soviet se hallaban en su apogeo. La reunión viose interrumpida por el aviso urgente de que Pskov, donde se hallaba detenido el zar después de vagar por diversas líneas ferroviarias, llamaba a Rodzianko al hilo directo. El todopoderoso presidente de la Duma declaró que se negaba a ir solo al telégrafo: "Que los señores diputados obreros y soldados me den escolta o vayan conmigo, pues de lo contrario en Telégrafos me detendrán. ¡Qué queréis —prosiguió todo agitado—, tenéis la fuerza y el poder! Naturalmente, podéis detenerme... Acaso nos detengáis a todos. ¡Quién sabe...!" Esto ocurría el 1.º de marzo, cuando aún no hacía dos días que el poder había sido "tomado" por el Comité provisional, a la cabeza del cual se hallaba Rodzianko.

¿Cómo, a pesar de esta situación, los liberales se vieron en el poder? ¿Quién les dio, y cómo, atribuciones para formar un Gobierno fruto de una revolución que temían, contra la cual se resistían, que habían intentado sofocar, que había sido llevada a cabo por masas que les eran adversas, y, por añadidura, con una decisión y una audacia tales que el Soviet de los obreros y soldados, surgido de la insurrección, era, a los ojos de todo el mundo, el amo indiscutible de la situación?

Veamos lo que dice la otra parte, la que cedió el poder: "El pueblo no se sentía atraído por la Duma —dice Sujanov, hablando de las jornadas de febrero—, no se interesaba por ella y no pensaba en convertirla, ni política ni técnicamente, en el eje del movimiento." Esta confesión es tanto más peregrina cuanto que su actor ha de consagrar todos sus esfuerzos, en las horas que siguen, a la entrega del poder al Comité de la Duma del Estado. "Miliukov sabía perfectamente —dice más adelante Sujanov, hablando de las negociaciones del 1.º de marzo— que dependía por entero del Comité Ejecutivo el que se cediera o no el poder a un Gobierno de la gran burguesía." ¿Cabe expresarse de un modo más categórico? ¿Puede ser más clara la situación política? Y sin embargo, Sujanov, en flagrante contradicción con los hechos y consigo mismo, dice a renglón seguido: "El poder que recoja la herencia del zarismo no puede ser más que burgués... Hay que orientarse en este sentido. De otro modo, no se conseguirá nada y la revolución se verá perdida." ¡La revolución se verá perdida sin Rodzianko!

Aquí el problema de la correlación viva de las fuerzas

sociales se ve suplantada: ya por un esquema apriorístico y por una terminología escolástica: estamos ya de lleno dentro del campo del doctrinarismo intelectual. Pero, como veremos más adelante, este doctrinarismo no era platónico ni mucho menos, sino que cumplía una función política, completamente real, aunque caminase con los ojos vendados.

No se crea que citamos al azar a Sujanov. En este primer periodo, el inspirador del Comité Ejecutivo no era su presidente, Chjeidse, un provinciano honrado y de cortos alcances, sino precisamente Sujanov, la persona menos indicada del mundo, en general, para dirigir un movimiento revolucionario; seminarodniki, semimarxista, más bien observador concienzudo que político, más periodista que revolucionario, más razonador que periodista, sólo era capaz de ceñirse a una concepción revolucionaria hasta el momento en que fuese preciso transformarla ya en acción. Internacionalista pasivo durante la guerra, decretó desde el primer día de la revolución que era necesario endosar el poder y la guerra a la burguesía lo antes posible. Teóricamente —es decir, en cuanto a talento, por lo menos para atar cabos— estaba por encima de todos los vocales del Comité Ejecutivo de aquel entonces. Pero su fuerza principal consistía en traducir al lenguaje doctrinario los rasgos orgánicos de aquel grupo, a la par heterogéneo y homogéneo: desconfianza en las propias fuerzas, miedo ante la masa y actitud de altivo respeto frente a la burguesía. Lenin decía que Sujanov era uno de los mejores representantes de la pequeña burguesía. Es lo más lisonjero que se puede decir de él.

No hay que olvidar, además, que se trata, ante todo, de una pequeña burguesía de nuevo tipo, de tipo capitalista, de empleados industriales, comerciantes y bancarios, de funcionario del capital de una parte y de burocracia obrera por otra; es decir, de ese nuevo tercer estado en aras del cual el socialdemócrata alemán Eduard Bernstein, sobradamente conocido, hubo de emprender, a fines del siglo pasado, la revisión de la concepción revolucionaria de Marx. Para poder dar una respuesta a la pregunta de cómo la revolución de los obreros y campesinos cedió el poder a la burguesía, hay que empalmar a la cadena política un eslabón intermedio: los demócratas y socialistas pequeño-burgueses del tipo de Sujanov, los periodistas y políticos de la nueva clase media que enseñaron a las masas que la burguesía era el enemigo, pero que lo que más temían era libertar a las masas de la férula de ese enemigo. La contradicción entre el carácter de la revolución y el del poder que surgió de ella se explica por las peculiaridades contradictorias del nuevo sector pequeñoburgués, situado entre las

masas revolucionarias y la burguesía capitalista. En el curso de los acontecimientos posteriores, el papel político de esta democracia pequeñoburguesa de nuevo tipo se nos revelará de cuerpo entero. Por ahora, limitémonos a algunas palabras.

En la insurrección participa de un modo directo la minoría de la clase revolucionaria, con la particularidad de que la fuerza de dicha minoría consiste en el apoyo, o por lo menos, en la simpatía que la mayoría le presta. La minoría activa y combativa impulsa hacia adelante inevitablemente, bajo el fuego del enemigo, a los elementos más revolucionarios y abnegados con que cuenta. Es natural que en los combates de febrero ocuparan los primeros puestos los obreros bolcheviques. Pero la situación cambia desde el momento del triunfo, cuando empieza a consolidarse políticamente. A las elecciones para cubrir los órganos e instituciones de la revolución triunfante se llama a masas incomparablemente más extensas que las que han combatido con las armas en la mano. Esto acontece no sólo en las elecciones de los órganos democráticos generales, como las Dumas y los *zemstvos*, y más tarde la Asamblea Constituyente, sino también con los de clase, como los Soviets de diputados obreros. La mayoría aplastante de los obreros mencheviques, socialrevolucionarios y sin partido apoya a los bolcheviques en su acción directa contra el zarismo. Pero sólo a una pequeña minoría de ellos se le alcanzaba en qué residía la diferencia que separaba a los bolcheviques de los demás partidos socialistas. Al propio tiempo, los obreros todos establecían una línea de demarcación bien definida entre ellos y la burguesía. Esto determinó la situación política creada después del triunfo. Los obreros elegían a los socialistas, esto es, a aquellos que estaban no sólo contra el zarismo, sino también contra la burguesía, y, al obrar así, no establecían distinción alguna entre los tres partidos socialistas. Como quiera que los mencheviques y los socialrevolucionarios disponían de cuadros intelectuales incomparablemente más considerables, que afluían a ellos de todos lados y les facilitaban un número enorme de agitadores, las elecciones, inclusive en las fábricas, daban una superioridad inmensa a estos grupos.

El Ejército ejercía su presión en el mismo sentido, pero con una fuerza incomparablemente mayor. Al quinto día de la insurrección, la guarnición de Petrogrado siguió a los obreros. Después del triunfo, fue llamada a participar en las elecciones de los Soviets. Los soldados elegían confiadamente al que estaba por la revolución contra la oficialidad monárquica y que sabía expresarlo bien; éstos resultaban ser los escribientes, los médicos, los jóvenes oficiales de la época de la guerra procedentes del campo intelectual, los

pequeños funcionarios militares, es decir, el estrado inferior de la "nueva clase media". Casi todos ellos se inscribieron, a partir de marzo, en el partido de los socialrevolucionarios, que por su ideología vaga era el que mejor respondía a la situación social intermedia y a la limitación política de estos elementos. Resultado de ello fue que la guarnición se revelase incomparablemente más moderada y burguesa que la masa de los soldados. Pero estos últimos no se daban cuenta de la diferencia, que pronto había de exteriorizarse en la experiencia de los meses próximos. Los obreros, por su parte tendían a fundirse lo más estrechamente posible con los soldados a fin de consolidar la alianza conquistada con la sangre y armar de un modo más sólido a la revolución. Y como en nombre del Ejército hablaban principalmente los socialrevolucionarios de nuevo cuño esto tenía que aumentar necesariamente a los ojos de los obreros el prestigio de dicho partido, a la par que el de sus aliados, los mencheviques. Así fue como surgió en los Soviets el predominio de los partidos colaboracionistas. Baste decir que hasta en el Soviet de la barriada de Viborg desempeñaron un papel preeminente en los primeros tiempos los obreros mencheviques. En aquel período, el bolchevismo latía aún sordamente en el subsuelo de la revolución. Los bolcheviques oficiales estaban representados aún en el Soviet de Petrogrado por una maniobra insignificante, que, además, no veía con absoluta claridad sus objetivos.

Y he aquí cómo nació la paradoja de la Revolución de Febrero. El poder se halla en manos de los socialdemócratas, que no se han adueñado de él por un golpe blanquista, sino por cesión franca y generosa de las masas triunfantes. Estas masas, no sólo niegan la confianza y el apoyo a la burguesía, sino que la colocan casi en el mismo plano que a la nobleza y a la burocracia y sólo ponen sus armas a disposición de los Soviets. Y la única preocupación de los socialistas, a quienes tan poco esfuerzo ha costado ponerse al frente de los Soviets, está en saber si la burguesía, políticamente aislada, odiada de las masas y hostil hasta la médula a la revolución, accederá a hacerse cargo del poder.

Es necesario ganar su conformidad a toda costa, y como es evidente que la burguesía no puede renunciar al programa burgués, somos nosotros, los "socialistas", los que tenemos que abjurar de nuestro programa: correremos un velo de silencio sobre la monarquía, sobre la guerra, sobre la tierra, con tal que la burguesía acepte el regalo del poder que rindamos. Y al mismo tiempo que realizan esta operación, los "socialistas", como burlándose de sí mismos, siguen calificando a la burguesía de enemigo de clase. Guardando todas las formas rituales de los oficios religiosos, se

comete un acto de sacrilegio provocativo. La lucha de clases llevada hasta sus últimas consecuencias es la lucha por el poder. La característica de toda revolución consiste en llevar la lucha de clases hasta sus últimas consecuencias. La revolución no es más que la lucha directa por el poder. sin embargo, lo que a nuestros "socialistas les preocupa no es quitar el poder al llamado enemigo de clase que no lo tiene en sus manos ni se puede adueñar de él con sus propias fuerzas, sino, al contrario, el entregárselo a toda costa. ¿Acaso no es esto una paradoja? Y esta paradoja tenía por fuerza que causar asombro; aún no se había dado la revolución alemana de 1918 y el mundo no era aún testigo de una grandiosa operación del mismo tipo, pero realizada con mucho más éxito por la "nueva clase media" acaudillada por la socialdemocracia germana.

¿Cómo explicaban su conducta los colaboracionistas? Uno de sus argumentos tenía un carácter doctrinario: puesto que la revolución es burguesa, los socialistas no deben comprometerse tomando el poder; que la misma burguesía responda por ella. Esto sonaba a incorruptibilidad. En realidad, era una máscara de intransigencia con que la pequeña burguesía quería encubrir su servilismo ante la fuerza de la riqueza y de la educación. Los pequeños burgueses consideraban que el derecho de la gran burguesía al poder era un derecho innato independiente del balance de fuerzas sociales. El origen de esta actitud radicaba en ese movimiento casi instintivo que impulsa al pequeño tendero o al maestro de escuela a apartarse respetuosamente de la acera a la calle para dejar pasar al barón de Rothschild. Los argumentos doctrinarios empleados no eran más que una especie de concesión con que se quería contrapesar la conciencia de la propia insignificancia. Dos meses después, cuando se vio que la burguesía no podía de ningún modo mantener con sus propias fuerzas el poder que le había sido regalado, los colaboracionistas arrojaron sin empacho por la borda sus prejuicios "socialistas" y entraron en el Ministerio de coalición, no para sacar de él a la burguesía, sino, por el contrario, para salvarla; no contra su voluntad, sino al contrario, a propuesta suya, una propuesta que parecía una orden: en caso contrario, la burguesía amenazaba a los demócratas con arrojarles el poder a la cabeza.

El segundo argumento que se esgrimía para justificar la renuncia al poder, sin ser más serio en el fondo, tenía un aspecto más práctico. Nuestro conocido Sujanov subrayaba en primer término la "dispersión" de la Rusia democrática: "En aquel entonces, la democracia no tenía en sus manos organizaciones de partido, sindicales o municipales más o menos consistentes e influyentes." ¡Esto parece una burla! ¡Un socialista que habla en nombre de los Soviets

de obreros y soldados y no dice una palabra de ellos! Gracias a la tradición de 1905, los Soviets brotaban por todas partes y se convirtieron de inmediato en una fuerza más poderosa que todas las demás organizaciones que después intentaron rivalizar con ellos (los municipios, las cooperativas y, en parte, los sindicatos). Por lo que se refiere a los campesinos, clase dispersa por naturaleza, gracias a la guerra y a la revolución, aparecieron organizados como no lo habían estado nunca: la guerra aglutinaba a los campesinos en el Ejército y la revolución daba a éste un carácter político. Más de ocho millones de campesinos estaban organizados en compañías y en escuadrones, que inmediatamente crearon su representación revolucionaria, por mediación de la cual podían ser puestos en pie en cualquier momento a la primera llamada telefónica. ¡Tal era la "dispersión" proclamada por Sujanov!

Podrá decirse que en el momento de resolver la cuestión del poder la democracia no sabía aún cuál sería la actitud de las tropas del frente. No plantearemos la cuestión de saber si había el menor motivo fundado para temer o esperar que los soldados del frente, exhaustos por la guerra, apoyasen a la burguesía imperialista. Basta con decir que esta cuestión se resolvió plenamente en el transcurso de los dos o tres días siguientes, que fueron precisamente empleados por los colaboracionistas para preparar entre bastidores un gobierno burgués. "El 3 de marzo, la revolución era un hecho consumado", dice Sujanov. A pesar de la adhesión del Ejército en pleno a los Soviets, los jefes de éstos rechazaban con todas sus fuerzas el poder, al que tenían tanto más miedo cuanto mayor era la intensidad con que se concentraba en sus manos.

Pero ¿por qué? ¿Por qué unos demócratas, unos "socialistas", que se apoyaban directamente en unas masas como jamás las ha conocido ninguna democracia en la Historia, masas que contaban por añadidura con una experiencia considerable, disciplinadas y armadas, organizadas en Soviets, por qué, repetimos, esta poderosa democracia, al parecer invencible, podía tener miedo al poder? Este enigma, aparentemente indescifrable, se explica por el hecho de que la democracia no tenía confianza en su propia base, la masa le inspiraba miedo. No creía en la consistencia de sí misma, y lo que más temía era la "anarquía", esto es, que al tomar el poder se convirtiera, con éste, en un juguete de las llamadas fuerzas elementales desatadas. Dicho en otros términos, la democracia no se sentía llamada a dirigir al pueblo en el momento de su impulso revolucionario, sino que se consideraba el ala izquierda del orden burgués, un tentáculo de este orden burgués tendido hacia las masas. Si se titulaba "socialista", y aun se consideraba como tal, era

para ocultar no sólo a las masas, sino a sí misma, su verdadera misión: sin autosugestión lo cierto es que no habría podido cumplirla. Así se resuelve la fundamental paradoja de la Revolución de Febrero.

El 1.º de marzo por la tarde se presentaron en la reunión del Comité de la Duma los representantes del Comité Ejecutivo Chjeidse, Stekolov, Sujanov y otros, para examinar las condiciones en que los Soviets podían apoyar al nuevo Gobierno. Del programa de los demócratas quedaban totalmente excluidas las cuestiones relativas a la guerra, la república, la tierra, la jornada de ocho horas; todo se concretaba en una reivindicación: conceder libertad de propaganda a los partidos de izquierda. ¡Gran ejemplo de desinterés para los pueblos y los siglos el de estos socialistas en cuyas manos se hallaba todo el poder de una nación y de los cuales dependía por entero el conceder o no la libertad de propaganda a los demás y que entregan el poder a sus "enemigos de clase" a condición de que estos últimos les garanticen a ellos... la libertad de propaganda! Rodzianko no se atrevía a ir sólo a Telégrafos, y decía a Chjeidse y Sujanov: "El poder está en vuestras manos; nos podéis mandar detener a todos nosotros." Chjeidse y Sujanov le contestan: "Tomad el poder pero no nos detengáis porque hagamos propaganda." Cuando se estudian las negociaciones de los conciliadores con los liberales y, en general, todos los episodios de las relaciones mantenidas en aquellos días entre el ala derecha y el ala izquierda del Palacio de Táurida, parece como si en la escena gigantesca en que se desarrolla el drama histórico del pueblo, un grupo de comerciantes provincianos, aprovechándose de un rincón que quedara libre, se dedicasen en un entreacto a representar un *vaudeville* en ropas íntimas.

Los dirigentes de la burguesía —hagámosles justicia— no contaban con esto. Seguramente no hubieran temido tanto a la revolución si hubieran contado con esta política por parte de sus jefes. Por cierto que, de creerlo, también se habrían equivocado, pero acompañando ya a éstos en la equivocación. Temiendo, a pesar de todo, que la burguesía no accediera a tomar el poder ni aun con las condiciones propuestas, Sujanov plantea un ultimátum amenazador: "Nosotros somos los únicos que podemos contener las fuerzas elementales desencadenadas... No hay más salida que una: aceptar nuestras condiciones." En otros términos: aceptar un programa, que es el *vuestro*; en compensación, os prometemos domar a la fiera que nos ha dado el poder. ¡Pobres domadores!

Miliukov estaba asombrado. "No se molestaba en disimular —recuerda Sujanov— su satisfacción y su agradable sorpresa." Cuando los delegados del Soviet añadieron, para

darse importancia, que sus condiciones eran "definitivas", Millukov incluso se enterneció y los alentó con la frase siguiente: Si, escuchándoos, he pensado en el gran paso de avance que ha dado el movimiento obrero desde la época de 1905..." En este mismo tono de cocodrilo cariñoso habría de hablar en Brest-Litovsk la diplomacia de Hohenzollen con los delegados de la Rada ucraniana, rindiendo homenaje a sus dotes de hombres de Estado, antes de tragárselos. Si la burguesía no se tragó a la democracia soviética, no fue precisamente gracias a Sujanov ni por culpa de Millukov.

La burguesía tomó el poder a espaldas del pueblo. No tenía ningún punto de apoyo en las clases trabajadoras, pero con el poder consiguió algo así como un punto de apoyo de segunda mano: los mencheviques y los socialrevolucionarios, elevados a las alturas por la masa, otorgaron un voto de confianza a la burguesía. Si examinamos esta operación desde el punto de vista de la democracia formal, nos encontraremos ante algo parecido a unas elecciones de segundo grado, en las cuales los mencheviques y socialrevolucionarios desempeñan el papel técnico de eslabón intermedio, esto es, de electores de kadetes. Examinada desde el punto de vista político, no hay más remedio que reconocer que los colaboracionistas burlaron la confianza de las masas llamando al poder a aquellos contra los cuales habían sido elegidos. Finalmente, desde un punto de vista más profundo, desde el punto de vista social, la cuestión se plantea así: los partidos pequeñoburgueses, que en las condiciones normales se manifestaban con una jactancia y una suficiencia excepcionales, exaltados a las cimas del poder, se asustaron de su propia incoscienza y se apresuraron a poner el timón en manos de los representantes del capital. En este acto de postración se puso inmediatamente de manifiesto la terrible inconsistencia de la nueva clase media y su dependencia humillante con respecto a la gran burguesía. Al darse cuenta, o solamente tener la sensación, de que no podrían conservar el poder en sus manos durante mucho tiempo, de que pronto tendrían que cederlo a derecha o izquierda, los demócratas decidieron que era mejor adelantarse a entregarlo hoy a los respetables liberales para no tener que entregárselo mañana a los representantes extremos del proletariado. Pero, aun así, el papel de los colaboracionistas, en toda su motivación social, no deja de encerrar una tradición a las masas.

Al otorgar su confianza a los socialistas, los obreros y soldados, lo que hacían, sin saberlo, era despojarse del poder político. Cuando se dieron cuenta de la realidad, se inquietaron, pero no veían aún el modo de salir de la situación creada. Sus propios representantes acudían con

argumentos contra los cuales no tenían una respuesta preparada, pero que se hallaban en contradicción con sus sentimientos y sus intenciones. Ya en el momento de la Revolución de Febrero las tendencias revolucionarias de las masas no coincidieron en lo más mínimo con las tendencias colaboracionistas de los partidos pequeñoburgueses. El proletariado y el campesino votaba al menchevique y al socialrevolucionario, no como a conciliadores, sino como a enemigos del zar, del terrateniente y del capitalista. Pero al votarlos levantaban una barrera entre ellos y los fines que perseguían. Ahora no podían ya avanzar sin chocar con la muralla que habían levantado y destruirla. Tal era el sorprendente *quid pro quo* que se encerraba en las relaciones de clase puestas de manifiesto por la Revolución de Febrero.

A la paradoja fundamental de que hemos hablado, vino a unirse en seguida una paradoja suplementaria. Los liberales sólo accedían a tomar el poder de manos de los socialistas a condición de que la monarquía se aviniera a recogerlo de sus propias manos.

Al mismo tiempo que Guchkov y Chulguin, monárquico a quien ya conocemos, se trasladaba a Pskov para salvar la dinastía, el problema de la monarquía constitucional se convertía en el eje de las negociaciones entabladas entre los dos Comités del Palacio de Táurida. Millukov trataba de persuadir a los demócratas que le llevaban el poder en una bandeja de plata de que los Romanov no podían ser ya peligrosos; de que, aunque había que suprimir, naturalmente, a Nicolás II, el zarevit Alexei, bajo la regencia de Miguel, podía muy bien asegurar el bienestar del país: "El uno es un niño enfermo y el otro es un hombre completamente estúpido." He aquí la silueta del candidato a zar trazada por el monárquico liberal Schidlovski: "Miguel Alexandrovich rehuía toda intervención en los asuntos del Estado y vivía entregado de lleno a la equitación." Asombrosa recomendación, sobre todo, para repetir ante las masas. Después de la huida de Luis XVI a Varennes, Danton proclamó en el club de los jacobinos que un imbécil no podía ser rey. Los liberales rusos entendían por el contrario, que la imbecilidad del monarca sería el mejor ornamento del régimen constitucional. Tratábase, ciertamente, de un argumento para impresionar la psicología de los bobos izquierdistas, pero tenía un carácter demasiado tosco aun para la gente a quien se destinaba. En los círculos liberales se decía que Miguel era un "anglófilo", sin precisar si su anglofilia se refería a las carreras de caballos o al parlamentarismo. Lo principal era conservar el símbolo tradicional del poder, pues, de lo

contrario, el pueblo se imaginaria que no habia poder alguno.

Los demócratas escuchaban, se sorprendian amablemente y trataban de persuadir... ¿de que se proclamara la República? No: de que no se resolviera la cuestión de antemano. El tercer punto de las condiciones del Comité Ejecutivo estaba concebido así: "El Gobierno provisional no debe dar ningún paso que resuelva de antemano la forma de gobierno." Miliukov planteó la cuestión de la monarquía en forma de ultimátum. Los demócratas estaban desesperados. Pero las masas acudieron en su auxilio. En los mítines del Palacio de Táurida, absolutamente nadie, no sólo los obreros, sino ni siquiera los soldados querian un zar, y no habia modo de imponérselo. Pero Miliukov intentó nadar contra la corriente y salvar el trono y la dinastía por encima de la cabeza de sus aliados de izquierda. El mismo observa en su *Historia de la Revolución* que el 2 de marzo, por la noche, la agitación producida por la noticia de que se habia dado la regencia a Miguel "se intensificó considerablemente." Rodzianko describe con mucho más relieve el efecto que las maniobras monárquicas de los liberales producian entre las masas. Tan pronto llegó a Pskov con el acta de abdicación de Nicolás II en favor de Miguel Guchkov, a petición de los obreros, se dirigió desde la estación a los talleres ferroviarios, dio cuenta de lo ocurrido y, después de leer el acta de abdicación gritó: "¡Viva el emperador Miguel!" El resultado fue inesperado. Según cuenta Rodzianko, el orador fue inmediatamente detenido por los obreros, los cuales, al parecer, lo amenazaron inclusive con fusilario. "Con gran trabajo, se consiguió libertarlo con ayuda de la compañía de servicio del regimiento más próximo." Como siempre, Rodzianko incurre en exageración en los detalles, pero lo substancial del caso está descrito de un modo fidedigno. El país habia vomitado a la monarquía de un modo tan radical, que no habia modo de hacérsela tragar de nuevo. Las masas revolucionarias no admitian ni tan siquiera la idea de un nuevo zar.

Ante semejante situación, los miembros del Comité provisional fueron apartándose uno tras otro de Miguel, no de un modo definitivo, sino "hasta la Asamblea Constituyente; entonces, ya veremos". Sólo Miliukov y Guchkov defendían la monarquía a sangre y fuego y seguían condicionando a este punto su entrada en el Gobierno. ¿Qué hacer? Los demócratas entendían que sin gobierno burgués era imposible salvar la revolución. Los ruegos y los reproches fueron infinitos. En la sesión de la mañana del 3 de marzo parecia que habia triunfado completamente en el Comité provisional el criterio de la necesidad de "persuadir

al gran duque a que abdicara"; es decir, ¡que lo consideraban ya como a zar! El kadete de izquierda Nekrasov habia llegado a redactar inclusive un proyecto de abdicación, pero como Miliukov seguía firme en sus posiciones, después de nuevos y apasionados debates, se votó por fin el siguiente acuerdo: "Ambas partes motivarán ante el gran duque sus opiniones, y sin entrar en discusiones ulteriores le confiarán la solución a él mismo." De este modo, aquel "hombre completamente imbécil", a quien el hermano mayor destrozado por la Insurrección intentaba transmitir el trono, infringiendo inclusive la ley de sucesión dinástica, veíase convertido inesperadamente en superárbitro de la forma de gobierno de un país revolucionario. Por inverosímil que parezca, esta reunión, en que debían decidirse los destinos del Estado, se celebró. Con el fin de persuadir al gran duque a que abandonara las cuadras para ocupar el trono, Miliukov le aseguró que existía la posibilidad absoluta de reunir fuera de Petrogrado las fuerzas militares necesarias para la defensa de sus derechos. En otros términos, Miliukov, cuando apenas habia tenido tiempo de recibir el poder de las manos de los socialistas, elaboraba el plan de un golpe de Estado monárquico. Una vez oídos los discursos en favor y en contra, que no fueron pocos, el gran duque pidió que se le diera el tiempo necesario para reflexionar. Después de invitar a Rodzianko a pasar a otra habitación, Miguel le preguntó a quemarropa: "¿Me garantizan los nuevos gobernantes sólo la corona, o también la cabeza?" El incomparable chambelán contestó que lo único que podia prometer era morir a su lado en caso de necesidad. Al pretendiente, esto no lo convencía en lo más mínimo. Después de su idilio con Rodzianko, Miguel se presentó de nuevo ante los diputados y declaró con "firmeza" que renunciaba al cargo elevado, pero peligroso, para el que se le proponía. Entonces, Kerensky, que encarnaba en estas negociaciones la conciencia de la democracia, se levantó solemnemente de la silla y dijo: "¡Sois un hombre noble, alteza!" Y juró que así lo proclamaria por doquier. "El acto de Kerensky —comenta secamente Miliukov— armonizaba mal con la prosa de la decisión tomada." Hay que convenir en ello. La verdad es que el texto de ese interludio no era para exaltarse. A lo que decíamos más arriba acerca del sainete representado en el entreacto, agregaremos que la escena aparecía dividida en dos partes por una mampara: en una, los revolucionarios rogaban a los liberales que salvaran la revolución; en la otra, los liberales imploraban a la monarquía que salvara al liberalismo.

Los representantes del Comité Ejecutivo se sorprendían sinceramente de que un hombre tan ilustrado y perspicaz como Miliukov se obstinara tanto por una cosa

como la monarquía y se declarara inclusive dispuesto a renunciar al poder si, como propina, no se le daba también a un Romanov. Pero el monarquismo de Miliukov no tenía nada de doctrinario ni de romántico; era, por el contrario, el fruto del cálculo de los propietarios atemorizados. En el carácter no disimulado de este miedo consistía su fatal debilidad. El historiador Miliukov podía apelar fundadamente al ejemplo de Mirabeau, jefe de la burguesía revolucionaria francesa, que tanto se había esforzado también, en su tiempo, por conciliar la revolución con el rey. Mirabeau obraba impulsado, como él, por el miedo de los propietarios por sus propiedades; era más prudente cubrirlas con el pabellón de la monarquía, del mismo modo que la monarquía se cubría en el pabellón de la Iglesia, que no dejarlas al descubierto. Pero en Francia, en 1789, la tradición del poder real estaba aún reconocida por el pueblo, sin hablar de que toda Europa era monárquica. Al apoyar al rey, la burguesía francesa no se divorciaba aún del pueblo; por lo menos, esgrimía contra él sus propios prejuicios. La situación en la Rusia de 1917 era completamente distinta. Además de los naufragios y averías por que había pasado el régimen monárquico en los distintos países del mundo, la propia monarquía rusa había sufrido, ya en 1905, desperfectos irreparables. Después del 9 de enero, el cura Gapon había lanzado su maldición contra el zar y su "raza de víboras." El Soviet de diputados obreros de 1905 se declaraba abiertamente republicano. Los sentimientos monárquicos de los campesinos, con los cuales la misma monarquía había contado durante mucho tiempo y con los cuales cubría la burguesía su monarquismo, no aparecían por ningún lado. La contrarrevolución armada que se levantó más tarde, empezando por Kornilov, repudiaba hipócritamente, pero por ello mismo de un modo más significativo, el poder del zar; ¡tan poco arraigado estaba el sentimiento monárquico en el pueblo! Sin embargo, la misma revolución de 1905, que hirió de muerte a la monarquía, privó para siempre de base a las inconsistentes tendencias republicanas de la burguesía "avanzada". Estos dos procesos se contradecían y se complementaban al mismo tiempo. La burguesía, que ya desde las primeras horas de la Revolución de Febrero tuvo la sensación de su naufragio, se agarraba a un clavo ardiendo. No necesitaba de la monarquía porque ésta fuera la fe que la unía con el pueblo; al contrario, la burguesía no podía ya oponer a las creencias del pueblo otra cosa que un fantasma coronado. Las clases "ilustradas" de Rusia entraron en la palestra de la revolución, no como heraldos del Estado nacional, sino como mantenedores de las instituciones medievales. Como no tenían un punto de apoyo ni en el pueblo ni en sí

mismas, lo buscaban fuera de ellas. Arquímedes se comprometía a levantar el mundo si le daban un punto de apoyo para su palanca. Miliukov, por el contrario, buscaba un punto de apoyo para evitar la transformación de la gran propiedad del suelo, y, al hacerlo se sentía mucho más próximo a los generales zaristas más anquilosados y a los dignatarios de la Iglesia ortodoxa, que a aquellos demócratas caseros, cuya única preocupación era ganarse la confianza de los liberales. Impotente para quebrantar la revolución, Miliukov había decidido firmemente engañarla. Estaba dispuesto a tragarse muchas cosas: los derechos cívicos para los soldados, los municipios democráticos, la Asamblea Constituyente, a condición de que se le diera el punto de apoyo de Arquímedes bajo la forma de la monarquía. Miliukov confiaba en convertir paso a paso la monarquía en un eje en torno al cual se reunieran los generales, la burocracia renovada, los príncipes de la Iglesia, los propietarios, todos los descontentos de la revolución, y crear poco a poco, empezando por el "símbolo", un verdadero freno monárquico real que fuese contentiendo a las masas a medida que éstas se fueran cansando de la revolución. ¡Lo importante era ganar tiempo! Otro de los directores del Partido Kadete, Nabokov, explicaba posteriormente la ventaja capital que hubiera representado la aceptación de la corona por Miguel: "Habría quedado eliminada la cuestión fatal de la convocatoria de la Asamblea Constituyente durante la guerra." Tengamos presentes estas palabras: entre febrero y octubre, la lucha en torno a la fecha en que había de convocarse la Asamblea Constituyente desempeña un papel considerable, con la particularidad de que los kadetes, al tiempo que negaban categóricamente su propósito de dar largas a la convocatoria de la representación popular, practicaban una política tenaz de aplazamientos. Desgraciadamente para ellos, sólo podían apoyarse para su política en sí mismos, no habiendo podido conseguir, al fin, el manto monárquico, que tanto anhelaban. Después de la desertión de Miguel, Miliukov no pudo ya asirse ni a una brizna de paja.

EL NUEVO PODER

Divorciada del pueblo, ligada mucho más estrechamente al capital financiero extranjero que a las masas trabajadoras del propio país, hostil a la revolución que triunfaba, la burguesía rusa, que había llegado con retraso, no podía invocar en su propio nombre ni un solo título en favor de sus pretensiones al poder. Sin embargo, era necesario fundamentarlas en un sentido u otro, pues la revolución somete a una revisión implacable no sólo los derechos heredados, sino también las nuevas alegaciones. Rodzianko, el presidente del Comité provisional, que durante los primeros días de la revolución se encontró al frente del país, era la persona menos indicada para ofrecer argumentos susceptibles de convencer a las masas. Ayuda de cámara bajo Alejandro II, oficial del regimiento de caballería de la Guardia, decano provincial de la nobleza, chambelán de Nicolás II, monárquico hasta la médula, rico terrateniente, miembro del partido de los octubristas, uno de los elementos activos de los *zemstvos* y diputado de la Duma nacional, Rodzianko fue luego elegido presidente de ésta. Ello ocurría después de la dimisión de Guchkov, a quien odiaban en palacio por su calidad de "joven turco". La Duma confiaba en tener más fácil acceso al corazón del monarca por mediación del chambelán. Rodzianko hizo todo lo que pudo: testimonió al zar, sin hipocresía alguna, su adhesión a la dinastía; imploró como un favor ser presentado al príncipe heredero y ganó las simpatías de éste como "el hombre más voluminoso de toda Rusia". A pesar de todo este histrionismo bizantino, el chambelán no logró conquistar el favor del zar para la Constitución, y, en sus cartas, la zarina calificábale, sin andarse con rodeos, de canalla. Durante la guerra, el presidente de la Duma hizo pasar, indudablemente, no pocos malos ratos al zar, agobiándolo durante las audiencias, con exhortaciones ampulosas, críticas patrióticas y augurios sombríos. Rasputín veía en Rodzianko un enemigo personal. Kulov, uno de los elementos más afines a la banda palaciega, se refiere a la "inso-

lencia —de Rodzianko— acompañada de una indudable limitación mental". Witte habla del presidente de la Duma con más indulgencia, pero no mucho mejor: "No es tonto, sino, al contrario, bastante listo; pero así y todo, la cualidad principal de Rodzianko no consiste en su inteligencia, sino en su voz: tiene una magnífica voz de bajo." En un principio, Rodzianko intentó vencer a la revolución con las mangueras de los bomberos; lloró cuando supo que el Gobierno del príncipe Golitsin había abandonado su puesto; se negó, horrorizado, a tomar el poder que le ofrecían los socialistas; después decidió tomarlo, pero como súbdito fiel, abrigando el propósito de devolver la corona al monarca tan pronto como le fuera posible. No fue culpa de Rodzianko que esta ocasión no se le deparase. En cambio, la revolución, con ayuda de aquellos mismos socialistas, brindó al chambelán magnífica ocasión de hacer resonar su voz de bajo ante los regimientos sublevados. Ya el 27 de febrero, el capitán retirado de la caballería de la Guardia, Rodzianko, decía al regimiento de la Guardia que se había presentado en el Palacio de Táurida: "Fieles soldados, escuchad mis consejos. Soy un hombre viejo y no os engañaré; escuchad a los oficiales, que no os mandarán nada malo y obrarán de completo acuerdo con la Duma. ¡Viva la santa Rusia!" Seguramente, que no había en toda la Guardia ningún oficial que no estuviese dispuesto a aceptar esa revolución. En cambio, los soldados no acababan de convencerse de su necesidad. Rodzianko temía a los soldados, temía a los obreros, veía en Chejeidse y demás elementos de izquierda agentes a sueldo de Alemania, y, al tiempo que se ponía al frente de la revolución, miraba a cada instante en torno suyo, esperando que el Soviet viniese a detenerle.

La figura de Rodzianko es un poco cómica, pero no fortuita: este chambelán, con su magnífica voz de bajo, era la encarnación de las dos clases dirigentes de Rusia: los terratenientes y la burguesía, con el aditamento del clero progresivo. Rodzianko era muy devoto y muy versado en música litúrgica, y los burgueses liberales, independientemente de la actitud que pudiera adoptar respecto de la Iglesia ortodoxa, consideraban tan necesaria para el orden la alianza con esta última como con la monarquía.

En aquellos días, el honorable monárquico que debía el poder a los conspiradores, rebeldes y asesinos, estaba pálido y desencajado. Los demás miembros del Comité no se sentían mucho mejor. Algunos de ellos ni siquiera se dejaban ver en el Palacio de Táurida, por entender, sin duda, que la situación no estaba todavía suficientemente despejada. Los más prudentes daban vueltas, de puntillas, alrededor del fuego de la revolución, cuyo humo les hacía

toser, y se decían: “¡Dejémoslo que arda, y después veremos si se puede cocer algo en él!”

El Comité, si bien accedió a tomar el poder, no se decidió inmediatamente a formar un Ministerio. “En espera —según las palabras de Miliukov— de que llegara el momento de formar Gobierno”, el Comité se limitó a designar comisarios entre los miembros de la Duma, encargados de regentar los organismos gubernamentales, pues esto dejaba abierta una salida en caso de retirada.

Al frente del Ministerio del Interior pusieron al diputado Karaulov, hombre insignificante, pero menos cobarde acaso que los demás, el cual dictó el 1.º de marzo la orden de detención de todos los jefes de la policía y del cuerpo de gendarmes. Este terrible gesto revolucionario tenía un carácter puramente platónico, puesto que los rebeldes se habían apresurado a detener por su cuenta a la policía, sin aguardar a que se publicara ningún decreto, y además la cárcel era para ella el único asilo contra la venganza popular. Mucho más tarde, la reacción vio en aquel acto demostrativo de Karaulov el principio de todas las calamidades posteriores.

Para la comandancia militar de Petrogrado se nombró al coronel Engelhardt, oficial del regimiento de la Guardia, propietario de cuadras de caballos de carretas y gran terrateniente. En vez de detener al “dictador” Ivanov, que había llegado del frente para apaciguar la capital, Engelhardt puso a su disposición a un oficial reaccionario en calidad de jefe de Estado Mayor: al fin y al cabo, todos eran uno.

Al Ministerio de Justicia se envió a la lumbrera de la abogacía liberal de Moscú, el elocuente y huero Maklakov, el cual se apresuró a dar a entender, ante todo a los burocratas reaccionarios, que él no quería ser ministro por la gracia de la revolución, y, “posando la vista sobre un camarada que acababa de entrar y que desempeñaba las funciones de mozo”, dijo en francés: “*Le danger est à gauche.*”

Los obreros y soldados no necesitaban entender francés para comprender que todos aquellos caballeros eran sus más acérrimos enemigos.

Por su parte, Rodzianko no dejó oír su voz tonante mucho tiempo al frente del Comité. Su candidatura a la presidencia del Gobierno revolucionario se hundió por sí misma: era evidente que el intermediario entre los propietarios y la monarquía no servía ya para intermediario entre los propietarios y la revolución. Pero no por eso desapareció de la escena política, sino que intentó tenazmente avivar la Duma, contrarrestando con ella la influencia del Soviet, y se erigió invariablemente en el eje de todas las tentativas

encaminadas a articular la contrarrevolución de los burgueses y los terratenientes. Ya volveremos a encontrarnos con él.

El 1.º de marzo, el Comité provisional emprendió la formación de un Ministerio, proponiendo para él a los hombres que la Duma, a partir de 1915, había recomendado repetidas veces al zar como personas que gozaban de la confianza del país; se trataba de grandes agrarios e industriales, de los diputados de oposición de la Duma y jefes del bloque progresivo. Lo cierto es que la revolución hecha por los obreros y soldados no se vio representada para nada en la composición del Gobierno revolucionario, con una sola excepción. Esta excepción la constituía Kerensky. La onda Rodzianko-Kerensky es la onda oficial de la Revolución de Febrero.

Kerensky entró en el Gobierno en calidad, digámoslo así, de embajador de aquella revolución. Sin embargo, su actitud ante ésta era la de un abogado provinciano que había intervenido en varios procesos políticos. Kerensky no era un revolucionario, sino, pura y simplemente, un hombre que había revoloteado alrededor de la revolución. Elegido por primera vez como diputado de la cuarta Duma, gracias a que estaba dentro de la ley, Kerensky se convirtió en el presidente de la fracción grls e impersonal de los *trudovniki* o “laboristas”, fracción que era fruto anémico del cruce del liberalismo con los *narodniki*. No tenía preparación teórica, ni escuela política, ni aptitud para las tareas especulativas, ni nervio político. Todas estas cualidades veíanse sustituidas en él por una facilidad de adaptación superficial, por una fácil exaltación y esa clase de elocuencia que actúa, no sobre el pensamiento ni sobre la voluntad, sino sobre los nervios. Sus intervenciones en la Duma, inspiradas en un radicalismo declamatorio, para el cual no le faltaban ocasiones, crearon a Kerensky, si no una popularidad, al menos una cierta notoriedad. Durante la guerra, entendía, coincidiendo en esto con los liberales, como patriota que era, que la idea misma de la revolución era funesta para el país. La aceptó cuando vino, y la revolución, aferrándose a su “popularidad”, lo sacó a flote. Para él, la revolución se identificaba de un modo natural con el nuevo poder. Pero el Comité Ejecutivo decretó que el poder, conquistado por la revolución burguesa, debía pertenecer a la burguesía. A Kerensky, esta fórmula se le antojaba falsa, aunque no fuera más que por el hecho de que le cerraba las puertas del Ministerio. Kerensky estaba completamente persuadido de que su socialismo no constituía ningún obstáculo para la revolución burguesa, como tampoco ésta causaría detrimento alguno a su socialismo. El Comité provisional de la Duma decidió hacer una ten-

tativa para arrancar del Soviet al diputado radical, y no le fue difícil conseguirlo, ofreciéndole la cartera de Justicia, a la cual había renunciado ya Maklakov. Kerensky paraba por los pasillos a los amigos y les preguntaba: "¿Debo aceptar la cartera o no?" Los amigos no dudaban de que ya tenía decidido aceptarla. Sujanov muy bien dispuesto hacia Kerensky en aquel entonces, observó en él —cierto es que en sus *Recuerdos*, publicados más tarde— "que tenía la seguridad de que estaba llamado a cumplir una misión muy importante... y se irritaba extraordinariamente contra los que no se daban cuenta de ello." Por fin, los amigos, Sujanov inclusive, le aconsejaron que aceptase la cartera, entendiendo que era lo mejor, de este modo, teniendo allí a uno de los suyos, podrían observar de cerca lo que hacían aquellos astutos liberales. Pero, al mismo tiempo que tentaban sigilosamente a Kerensky a cometer un pecado para el cual no necesitaba, por cierto, de instigación, los dirigentes del Comité Ejecutivo le negaban toda sanción oficial. El Comité Ejecutivo se ha manifestado —recordaba Sujanov a Kerensky—, y el volver a plantear el asunto ante el Soviet, no deja de tener sus peligros, pues puede sencillamente contestar: "El Poder debe pertenecer a la democracia soviética." Tal es el relato textual del propio Sujanov que constituye una increíble mezcla de candidez y de cinismo. El inspirador de todos los misterios del poder reconoce abiertamente que, ya el 2 de marzo, el Soviet de Petrogrado se inclinaba por la toma formal del poder, el cual le pertenecía de hecho desde la tarde del 27 de febrero, y que los jefes socialistas sólo habían podido despojarle de él, en provecho de la burguesía, a espaldas de los obreros y los soldados, sin que éstos lo supieran y contra su verdadera voluntad. El trato de los demócratas con los liberales aparece rodeado, en el relato de Sujanov, de todas las características jurídicas de rigor en un crimen de esa revolución, es decir, de complot secreto tramado contra el poder del pueblo y sus derechos.

Los dirigentes del Comité Ejecutivo, comentando la impaciencia de Kerensky, cuchicheaban entre sí que no era conveniente para un socialista tomar oficialmente un fragmento de poder de manos de los hombres de la Duma, que acababan de recibirlo íntegramente de manos de los socialistas. Sería mejor que Kerensky asumiese toda la responsabilidad de aquel acto. Aquellos caballeros, por una especie de instinto infantil, se las arreglaban para encontrar siempre verdaderamente la salida más complicada y falsa a todas las situaciones. Pero Kerensky no quería entrar en el Gobierno con la chaqueta de simple diputado radical; quería entrar, a todo trance, envuelto en el manto de representante de la revolución triunfante. Con el fin de

no tropezar con ninguna resistencia, no solicitó la sanción ni del partido del cual se proclamaba miembro, ni del Comité Ejecutivo del que era vicepresidente. Sin advertir a los jefes, en una de las sesiones plenarias del Soviet, que en aquellos días no era aún más que un mítin caótico, pidió la palabra para hacer una declaración, y, en su discurso, que unos calificaron de confuso y otros de histérico —versiones entre las cuales, dicho sea de paso, no media contradicción— exigió un voto de confianza y repitió en todos los tonos que estaba dispuesto a morir por la revolución y, más, a aceptar la cartera de Ministro de Justicia. Le bastó aludir a la necesidad de una amnistía política completa y entregar a los tribunales a los funcionarios zaristas, para provocar una tempestad de aplausos en aquella asamblea inexperta, sin rumbo ni dirección. "Aquella farsa —recuerda Schliapnikov— produjo en muchos una profunda indignación y un sentimiento de repugnancia contra Kerensky." Pero nadie le contradijo: los socialistas, al tiempo que entregaban el poder a la burguesía, evitaban, como sabemos, plantear esta cuestión ante las masas. No hubo votación. Kerensky decidió interpretar los aplausos como un voto de confianza. Desde su punto de vista, tenía razón. Indudablemente, el Soviet era partidario de la entrada de los socialistas en el Ministerio, pues veía con ello un paso en el sentido de la liquidación del Gobierno burgués, con el cual, ni por un instante, estuvo conforme. De todos modos, haciendo caso omiso de la doctrina oficial, el 2 de marzo Kerensky accedió a aceptar el cargo de Ministro de Justicia. "Kerensky estaba muy contento de su nombramiento —cuenta el octubrista Schidlovski— y me acuerdo perfectamente de que, en el local del Comité provisional, hablaba calurosamente, tumbado en una butaca, del pedestal que levantaría a la justicia en Rusia." En efecto, meses más tarde había de demostrarlo con elocuencia en el proceso seguido a los bolcheviques.

El menchevique Chjeidse, al cual los liberales, guiándose por un cálculo excesivamente simple y por la tradición internacional, querían confiar, en un momento difícil, el Ministerio del Trabajo, se negó en forma categórica a aceptar el cargo, y permaneció en su puesto de presidente del Soviet. Menos brillante que Kerensky, Chjeidse estaba, sin embargo, construido con materiales más sólidos.

Miliukov, líder indiscutible del Partido Kadete, aunque no se hallaba formalmente al frente del Ministerio, era el jefe del Gobierno provisional. "Miliukov estaba inconparablemente por encima de sus compañeros de Gabinete —decía el kadete Nabokov, después de haber roto ya con él—, como fuerza intelectual, por sus inmensos conocimientos, casi inagotables, y por su espíritu amplio." Sujanov,

que acusaba a Miliukov personalmente del fracaso del liberalismo ruso. decía, sin embargo, hablando de él: "Miliukov era entonces la figura central, el alma y el cerebro de todos los círculos políticos burgueses... Sin él no habría habido política burguesa en el primer período de la revolución." A pesar de su exageración, estas opiniones señalaban la superioridad indiscutible de Miliukov sobre los demás políticos de la burguesía rusa. Su fuerza radicaba en lo mismo en que radicaba su debilidad: de un modo más concreto y definitivo que los demás, expresaba, traducido al lenguaje de la política, el destino de la burguesía rusa, es decir la situación sin salida en que la Historia había colocado a ésta. Los mencheviques se lamentaban de que Miliukov había llevado al liberalismo a la ruina, pero con más fundamento podía afirmarse que fue el liberalismo el que llevó a la ruina a Miliukov.

A pesar del neoeslavismo, resucitado por él con fines imperialistas, Miliukov fue siempre un occidentalista burgués. Había asignado como fin a su partido la implantación en Rusia de la civilización europea. Pero temía cada día más las sendas revolucionarias que habían seguido los pueblos de Occidente. Por esto, todo su occidentalismo se reducía a una envidia impotente de los países occidentales.

La burguesía inglesa y francesa edificó una nueva sociedad a su imagen y semejanza. La alemana llegó más tarde y tuvo que permanecer durante mucho tiempo entregada a la papilla de avena de la filosofía. Los alemanes inventaron el término "contemplación del mundo" (*Weltanschauung*), con el que no cuentan en su haber los ingleses ni los franceses; mientras que las naciones occidentales creaban un mundo nuevo, los alemanes "contemplaban" el suyo. Pero la burguesía alemana, tan pobre desde el punto de vista de la acción política, creó la filosofía clásica, lo cual constituye una aportación de valor innegable. La burguesía rusa llegó más tarde. Es verdad que tradujo al ruso, con algunas variantes, el término "contemplación del mundo", pero con ello no hizo más que poner de manifiesto, a la par que su impotencia política, su fatal pobreza filosófica. Importó ideas y técnicas, estableciendo para las últimas tarifas arancelarias elevadas y para las primeras una cuarentena dictada por el miedo. Miliukov estaba llamado a dar expresión política a estos rasgos característicos de su clase.

Ex profesor de Historia en Moscú, autor de importantes trabajos científicos, fundador luego del Partido Kadete, fruto de la fusión de los terratenientes liberales y de los intelectuales de izquierda, Miliukov se hallaba en absoluto libre del intolerable diletantismo político parcialmente señorial, parcialmente intelectual, propio de la mayoría de

los políticos liberales rusos. Tenía un concepto muy serio de su profesión, y esto bastaba ya para hacerle resaltar sobre el medio.

Hasta 1905. los liberales rusos se avergonzaban casi siempre de serlo. La capa de populismo y más tarde de marxismo les sirvió, durante mucho tiempo, de coraza defensiva. En esta capitulación vergonzante, en esencia muy poco profunda, de círculos burgueses muy extensos, en que figuraban incluso toda una serie de jóvenes industriales, ante el socialismo, cobraba toda su expresión la falta de confianza en sí misma de una clase que había venido en el momento oportuno para concentrar en sus manos fortunas de millones, pero demasiado tarde para ponerse al frente del país. Los padres, campesinos de luengas barbas y tenderos enriquecidos, habían acumulado sin pensar en su papel social. Los hijos habían terminado sus estudios universitarios en el período de fermentación de las ideas prerrevolucionarias, y cuando intentaron hallar cabida en la sociedad no tuvieron prisa en enrolarse bajo la bandera del liberalismo, ya maltrecha en los países avanzados, descolorida y remendada. Durante algún tiempo, cedieron a los revolucionarios parte de su espíritu y aun de sus ingresos. Esto que decimos podemos hacerlo extensivo, aun con mayor razón, a los representantes de las profesiones liberales, una parte considerable de los cuales pasaron en su juventud por la fase de las simpatías socialistas. El profesor Miliukov no pasó nunca el sarampión del socialismo. Era, orgánicamente, un burgués, y no se avergonzaba de serlo.

Cierto que en la época de la primera revolución Miliukov no renunciaba aún a la esperanza de apoyarse en las masas revolucionarias por mediación de los partidos socialistas domesticados. Witte cuenta que cuando, en octubre de 1905, durante la formación de su Gabinete constitucional, exigió a los kadetes "que se cortasen la cola revolucionaria", éstos le contestaron que del mismo modo que él, Witte, no podía renunciar al Ejército, ellos no podían tampoco renunciar a las fuerzas armadas de la revolución. En el fondo, esto, en aquel entonces, no era ya más que un chantaje; para hacerse subir el precio, los kadetes asustaban a Witte con las masas, las mismas masas a quienes ellos tanto temían. Precisamente la experiencia de 1905 persuadió a Miliukov de que, por fuertes que fuesen las simpatías liberales de los grupos intelectuales socialistas, las fuerzas auténticas de la revolución, las masas, no cederían nunca sus armas a la burguesía, y que cuanto mejor armadas estuvieran más peligrosas serían para ésta. Al proclamar abiertamente que la bandera roja no era más que un trapo,

Miliukov liquidó, con un sentimiento evidente de desahogo, un idilio que en realidad no había empezado.

El divorcio entre la llamada *intelligentzia* y el pueblo, constituía uno de los temas tradicionales de los publicistas rusos, con la particularidad de que los liberales, contrariamente a los socialistas, englobaban bajo el nombre de *intelligentzia* a todas las clases "cultas", es decir, a las clases poseedoras. Después de que este divorcio se relevó total y amenazante ante los liberales durante la primera revolución, los ideólogos de las clases "cultas" vivían como en constante espera del juicio final. Un escritor liberal, un filósofo no atado por los convencionalismos de la política, expresó el miedo ante las masas con una fuerza furiosa, que recuerda el reaccionarismo epiléptico de Dostolevski: "Tal como somos, no sólo no podemos soñar en la fusión con el pueblo, sino que debemos temerle más que a todos los atropellos del poder y bendecir a este último, que con sus bayonetas y sus cárceles nos protege contra la furia popular..." ¿Podrían los liberales, pensando de este modo, soñar con dirigir la nación revolucionaria?

Toda la política de Miliukov lleva el sello de la impotencia. En el momento de la crisis nacional, el partido acaudillado por él piensa en la manera de esquivar el golpe y no en la de asestarlo. Como escritor Miliukov es pesado y difuso, y lo mismo se puede decir de él como orador. Lo decorativo no es su fuerte. Esto podría ser una cualidad positiva si la política mezquina de Miliukov no necesitara de modo tan apremiante cubrirse con una máscara, o sí, por lo menos, hubiera podido objetivamente, cubrirse con una gran tradición; pero Miliukov no contaba ni aun con una pequeña. La política oficial de Francia, quintaesencia del egoísmo burgués y de la perfidia, tiene dos poderosos auxiliares: la tradición y la retórica, que rodean de una coraza defensiva a todo político burgués, inclusive a un tan prosaico abogado de los grandes propietarios como Poincaré. Pero no es culpa de Miliukov el no haber tenido antecesores patéticos ni el verse obligado a practicar una política de egoísmo burgués en la frontera que separa Europa de Asia.

"Paralelamente con las simpatías hacia Karsensky —leemos en las memorias del socialrevolucionario Sokolov, sobre la Revolución de Febrero—, existía desde el principio una gran antipatía no disimulada y un poco extraña por Miliukov. Yo no comprendía y sigo sin comprender por qué este honorable hombre público era tan impopular." Si los filisteos comprendieran las causas de su entusiasmo por Karsensky y de sus antipatías por Miliukov, dejarían de ser filisteos. El buen burgués no sentía simpatías por Miliukov, por que éste expresaba de un modo excesivamente

prosaico, desapasionado e incoloro la esencia política de la burguesía rusa. Al mirarse en el espejo de Miliukov, el burgués veía que era gris, interesado, cobarde, y, como suele suceder, se indignaba contra el espejo.

Al ver, por su parte, las muecas de descontento del burgués liberal, Miliukov decía tranquilamente y con aplomo: "La gente es tonta." Y pronunciaba estas palabras sin irritación, casi de un modo cariñoso, con el deseo de decir: "Si hoy la gente no me comprende, no hay por qué desesperarse; ya me comprenderá más tarde." Miliukov confiaba fundamentalmente en que el burgués no le traicionaría, y, sometiéndose a la lógica de la situación, le seguiría a él, a Miliukov, pues no tenía otro camino. Y en efecto, después de la Revolución de Febrero, todos los partidos burgueses, inclusive los de la derecha, siguieron al jefe kadete, aunque lo insultasen y aunque lo maldijesen.

No se podía decir lo mismo de un político demócrata con matiz socialista, como Sujanov. Este no era un hombre gris, sino, al contrario, un político profesional, bastante refinado en su pequeño oficio. Este político no podía parecer "inteligente", pues saltaba demasiado a la vista la contradicción constante entre lo que quería y los resultados a que llegaba. Pero se hacía el cuco, enredaba y cansaba a la gente. Para arrastrarle, era necesario engañarlo, no sólo reconociendo su completa independencia, sino acusándolo aun de excesivo espíritu de mando, de autoritarismo. Esto le halagaba y lo concillaba con el papel de instrumento servil. Fue precisamente en una conversación con esta ardilla socialista donde Miliukov lanzó su frase: "La gente es tonta." Esta frase no era más que una sutil adulación: "Los únicos inteligentes somos usted y yo." Y al decirlo, Miliukov, sin que ellos se dieran cuenta, echaba el anillo a la nariz de los demócratas. El anillo con el que más tarde habrían de ser arrojados por la borda.

Su impopularidad personal no le permitió a Miliukov ponerse al frente del Gobierno; hubo de contentarse con la cartera de Asuntos Extranjeros. Los asuntos de política exterior constituían ya su especialidad en la Duma.

El Ministro de la Guerra resultó ser el gran industrial moscovita Guchkov, a quien ya conoceremos, liberal en su juventud, con una cierta tendencia aventurera y luego hombre de confianza de la gran burguesía cerca de Stolypin, en el periodo de la represión de la primera revolución. La disolución de las dos primeras Dumas, en las cuales dominaban los kadetes, condujo al golpe de Estado del 3 de junio de 1907, dado con el fin de modificar el estatuto electoral en beneficio del partido de Guchkov, que presidió después las dos últimas Dumas hasta el momento de la revolución. En 1911, al inaugurarse en Kiev el monumento a Stolypin,

muerto por un terrorista, Guchkov, depositando la corona, se inclinó hasta el suelo: en esta reverencia hablaba toda la clase. En la Duma se dedicó, principalmente, a las cuestiones militares, y en la preparación de la guerra obró en estrecho contacto con Miliukov. En su calidad de presidente del Comité Central industrial de guerra, Guchkov agrupó a los industriales bajo la bandera de la oposición patriótica, sin impedir en lo más mínimo, al mismo tiempo, que los dirigentes del bloque progresivo, Rodzianko inclusive, se llenaran los bolsillos con los suministros militares. La recomendación revolucionaria de Guchkov era que su nombre iba asociado por la semileyenda de la preparación de la consabida revolución palaciega. El ex jefe de policía afirmaba, además, que Guchkov "se permitía en sus conversaciones sobre el monarca aplicar a este último un epíteto extremadamente ofensivo." Es muy verosímil, pero Guchkov no constituía en este sentido una excepción. La devota zarina odiaba a Guchkov, le aplicaba en sus cartas los insultos más groseros y expresaba la esperanza de "verlo colgado." Ciertamente es —dicho sea de paso— que la zarina deseaba esta suerte a muchos. Sea de ello lo que fuere, el hombre que se había inclinado hasta el suelo ante el verdugo de la primera revolución, apareció como Ministro de la Guerra de la segunda.

Para la cartera de Agricultura se designó al kadete Schingarev, médico provinciano y diputado de la Duma. Sus correligionarios lo consideraban como una mediocridad de provincia, apto para un cargo, no en la capital, sino en provincias o en un "distrito". Hacia ya tiempo que se había evaporado el radicalismo vago de su juventud y ahora la preocupación principal de Schingarev consistía en demostrar a las clases poseyentes su capacidad de hombre de Estado. Aunque el viejo programa de los kadetes hablaba de "la expropiación forzosa de las tierras de los grandes propietarios mediante una justa tasación", ninguno de ellos tomaba este programa en serio, sobre todo ahora, en los años de inflamación de la guerra, y Schingarev consideró como su misión principal retrasar la solución del problema agrario, haciendo concebir esperanzas a los campesinos con el espejuelo de la Asamblea Constituyente, que los kadetes hacían todo lo posible por no convocar. La Revolución de Febrero estaba condenada a estrellarse contra el problema de la tierra y el de la guerra. Schingarev la ayudó con todas sus fuerzas a conseguirlo.

La cartera de Hacienda fue a parar a manos de un joven llamado Tereschenko. "¿De dónde lo sacaron?", se preguntaba la gente con extrañeza en el Palacio de Táurida. Los iniciados decían que era propietario de fábricas de azúcar, haciendas agrícolas, bosques y otras riquezas va-

loradas en ochenta millones de rublos oro, que ocupaba la presidencia del Comité industrial de guerra en Kiev, que poseía una buena pronunciación francesa, y que, además, era un buen conocedor del *ballet*. Añadían, además, de un modo significativo, que Tereschenko, en calidad de hombre de confianza de Guchkov, casi había tomado parte en el gran complot que había de destronar a Nicolás II. La revolución, estorbando el complot, ayudó a Tereschenko.

Durante aquellos cinco días de febrero, mientras que en las frías calles de la capital se desarrollaban los combates revolucionarios, cruzó algunas veces por delante de nosotros, como una sombra, la figura del liberal nacido en una familia de dignatarios, hijo del ex ministro zarista Nabokov, figura casi simbólica en su corrección fútil y en su dureza egoísta. Nabokov pasó los días decisivos de la insurrección entre los cuatro muros del despacho de su casa, "esperando, alarmado, el desarrollo de los acontecimientos". Helo aquí, ahora, convertido en el *factotum* del Gobierno provisional, en una especie de ministro sin cartera. Emigrado en Berlín, donde fue muerto por una bala insensata de un guardia blanco, dejó unas notas, no exentas de interés, sobre el Gobierno provisional. Anotemos en su haber este servicio.

Pero nos hemos olvidado de nombrar al Primer Ministro, sin duda por hacer lo que hacía todo el mundo en los momentos más serios de su breve reinado. El 2 de marzo, Miliukov, al presentar al nuevo Ministro en la sesión del Palacio de Táurida, dijo que el príncipe Lvov era "la encarnación de la opinión pública rusa, perseguida por el régimen zarista". Más tarde, en su *Historia de la Revolución*, observa prudentemente que fue puesto al frente del Gobierno el príncipe Lvov, "poco conocido personalmente de la mayoría de los diputados que formaban el Comité provisional." El historiador intenta eximir aquí al político de responsabilidad por la elección. En realidad, el príncipe formaba parte, desde hacía tiempo, del Partido Kadete, figurando en su ala derecha. Después de la disolución de la primera Duma, en la famosa reunión de diputados celebrada en Viborg, que se dirigió a la población con el llamamiento ritual del liberalismo ofendido: "No pagar los impuestos", el príncipe Lvov, que estaba presente, no firmó el manifiesto. Nabokov recuerda que, al volver de Viborg, el príncipe cayó enfermo, con la particularidad de que la enfermedad "se atribuía al estado de agitación en que se hallaba". Por lo visto, el príncipe no había nacido para las emociones revolucionarias. El príncipe Lvov, a pesar de ser extremadamente moderado, en todas las organizaciones dirigidas por él, toleraba, por obra sin duda de una indiferencia política que parecía amplitud de espíritu,

a un gran número de intelectuales de izquierda, de ex revolucionarios, de socialpatriotas que habían esquivado la guerra, elementos que no trabajaban peor que los funcionarios, no robaban, y al mismo tiempo, creaban al príncipe algo parecido a la popularidad. La existencia de un príncipe ricacho y liberal imponía al buen burgués. Por esto, ya bajo el zar, se había pensado en el príncipe Lvov como Primer Ministro. Si resumimos todo lo dicho, habrá que reconocer que el jefe del Gobierno de la Revolución de Febrero representaba alguna cosa, que era sin duda excelentísima, pero notoriamente vacía. Rodzianko era, desde luego, más colorido.

La historia legendaria del Estado ruso empieza con un relato de la crónica según el cual los embajadores de las tribus eslavas se dirigieron a los príncipes escandinavos con este ruego: "Venid a poseernos y gobernarnos." Los desdichados representantes de la democracia socialista convirtieron la leyenda histórica en realidad, pero no en el siglo *ix* precisamente, sino en el *xx*, con la diferencia de que ellos se dirigieron no a los príncipes ultramarinos, sino a los del interior del país. Y he aquí cómo, por obra y gracia de la insurrección victoriosa de los obreros y soldados, subían al poder unos cuantos vulgares terratenientes e industriales riquísimos y algunos diletantes políticos sin programa, teniendo a su cabeza a un príncipe poco amigo de los tumultos.

La composición del Gobierno fue acogida con satisfacción en las embajadas aliadas, en los salones burgueses y burocráticos y en los sectores más vastos de la burguesía media, y en parte, de la pequeña. El príncipe Lvov, el octubrista Guchkov, el kadete Miliukov: el solo nombre tranquilizaba. Es posible que el nombre de Kerensky hiciera arrugar el ceño a los aliados, pero no asustaba. Los más perspicaces lo comprendían: no hay que olvidar que ha habido una revolución; enganchado a un caballo de tanta confianza como Miliukov, un potro vivaracho tiene que sernos útil, por fuerza, en el tiro. Así debía de razonar el embajador francés Paléologue, que tanto gustaba de las metáforas rusas.

Entre los obreros y los soldados, la composición del Gobierno suscitó inmediatamente un sentimiento de recelo o, en el mejor de los casos, de sorda perplejidad. Los nombres de Miliukov y Guchkov no podían arrancar muestras de aprobación, precisamente, en la fábrica o en los cuarteles. Se conservan no pocos testimonios que lo acreditan. El oficial Matislavski habla de la sombría inquietud de los soldados ante el hecho de que el poder hubiera pasado de manos del zar a manos de un príncipe. ¿Valía la pena haber hecho correr la sangre para esto? Stankievich, que se

contaba entre los íntimos de Kerensky, reconoció, el 3 de marzo, su batallón de zapadores, compañía tras compañía, y recomendó al nuevo Gobierno, al que él consideraba como el mejor de cuantos eran posibles y del cual hablaba con gran entusiasmo. "Pero en el auditorio se notaba frialdad." Sólo cuando el orador mentó a Kerensky, los soldados "manifestaron ruidosamente una verdadera satisfacción." La opinión de la pequeña burguesía de la capital había convertido ya a Kerensky en el héroe central de la revolución. Los soldados, en mucho mayor grado que los obreros, se obstinaban en ver en Kerensky el contrapeso del Gobierno burgués; lo único que no comprendían era por qué figuraba solo en él. Pero no; Kerensky no era un contrapeso, sino un complemento, una cubierta, un adorno y defendía los mismos intereses que Miliukov, sólo que a la luz del magnesio.

¿Cuál era la constitución real del país, una vez instaurado el nuevo poder?

La reacción monárquica se escondió por los rincones. Cuando aparecieron las primeras aguas del diluvio, los propietarios de todas las clases y tendencias se agruparon bajo la bandera del Partido Kadete, el cual se lanzó inmediatamente a la palestra como el único partido no socialista y, al propio tiempo, de extrema derecha.

Las masas se fueron todas con los socialistas, a los que indenticaban en su fuero interno con los Soviets. No sólo los obreros y los soldados de las enormes guarniciones del interior, sino toda la masa heterogénea de pequeñas gentes de la ciudad, artesanos, vendedores ambulantes, pequeños funcionarios, cocheros, porteros, criados, eran hostiles al Gobierno provisional y buscaban un poder más allegado a ellos y más accesible. Cada día era mayor el número de campesinos que acudían de las aldeas y se presentaban en el Palacio de Táurida. Las masas se derramaban en los Soviets como si entrasen por la puerta triunfal de la revolución. Todo lo que quedaba fuera de las fronteras del Soviet diríase que quedaba al margen de la revolución y que pertenecía a otro mundo. Y así, en realidad: al margen de los Soviets quedaba el mundo de los propietarios, en el cual todos los colores se habían fundido de inmediato en un solo matiz grisáceo-rosa de protección.

No toda la masa trabajadora eligió sus Soviets, pues no toda ella despertó simultáneamente, ni todos los sectores de los oprimidos se atrevieron a creer en el acto que la revolución tocaba también a sus intereses. En la conciencia de muchos flotaba tan sólo una vaga esperanza. Por los Soviets sentíanse atraídos los elementos más activos que había en las masas, y sabido es que en los periodos revolucionarios la actividad es lo que triunfa, y como la actividad

de las masas crecía día a día, el fundamento de sustentación de los Soviets se ensanchaba constantemente. Era la única base real de la revolución.

En el Palacio de Táurida convivían dos mundos: la Duma y el Soviet. En un principio, el Comité Ejecutivo estaba instalado en unos despachos estrechos, por los cuales rodaba una avalancha humana ininterrumpida. Los diputados de la Duma intentaban sentirse arios en sus locales lujosos. Pero pronto sus mamparas se vieron arrastradas por el desbordamiento de la revolución. A pesar de toda la indecisión de sus directores, el Soviet se dilataba, inexorablemente, mientras la Duma iba quedando arrinconada en el zaguán del edificio. La nueva correlación de fuerzas iba abriéndose paso por todas partes.

Los diputados, en el Palacio de Táurida; los oficiales en sus regimientos; los jefes, en sus estados mayores; los directores y los administradores, en las fábricas, en los ferrocarriles, en el telégrafo; los terratenientes o los administradores, en las fincas: todos se sentían, en los primeros días de la revolución, cohibidos por la mirada escrutadora y recelosa de la masa. A los ojos de ésta el Soviet era la expresión organizada de su desconfianza hacia todos los que la oprimían. Los cajistas vigilaban celosamente el texto de los artículos que componían; los ferroviarios no perdían de vista los trenes militares que circulaban por sus redes; los telegrafistas interpretaban ahora de un modo nuevo el texto de los telegramas; los soldados se miraban unos a otros a cada movimiento sospechoso del oficial; los obreros arrojaban de la fábrica al capataz reaccionario y vigilaban al director liberal. La Duma, desde las primeras horas, y el Gobierno provisional, desde los primeros días de la revolución, se convirtieron en el centro adonde afluían las lamentaciones de las clases poseedoras, sus protestas contra los "excesos de las turbas", sus nostálgicas observaciones y sus presentimientos sombríos.

"Sin la burguesía no podremos dominar el aparato del Estado", razonaba el pequeñoburgués socialista, echando una tímida ojeada a los edificios oficiales, desde donde atalayaba, con los ojos en blanco, el esqueleto del viejo Estado. Se procuró hallar salida al atolladero encajando como se pudo en el aparato burocrático, decapitado por la revolución, una cabeza liberal. Los nuevos ministros tomaron posesión de los ministerios zaristas; se hicieron cargo de las máquinas de escribir, de los teléfonos, de los ordenanzas, de las taquígrafas y de los funcionarios; pero cada día que pasaba los convencía de que aquella máquina trabajaba en el vacío.

Kerensky recordaba, andando el tiempo, que el Gobierno provisional había tomado "en sus manos el poder al

tercer día de la anarquía rusa, cuando en toda la superficie del país no sólo no existía ningún poder sino que, textualmente, no quedaba ni un solo guardia." Para él no existían, por lo visto, los Soviets de diputados obreros y soldados, que acaudillaban a masas de muchos millones de hombres; al parecer, según él, no eran más que elementos de anarquía. Para caracterizar el desamparo del país, cita la desaparición de los gendarmes. En esta confesión del más izquierdista de los ministros se halla la clave de toda la política del Gobierno provisional.

Por disposición del príncipe Lvov, los cargos de gobernador fueron ocupados por los presidentes de las administraciones de los *zemstvos* provinciales, que no se distinguían gran cosa de sus antecesores, los gobernadores zaristas. Muchas veces eran terratenientes semif feudales, que veían jacobinos hasta en los gobernadores. Al frente de los distritos fueron colocados los presidentes de los *zemstvos* correspondientes. Los pueblos podían reconocer a sus viejos enemigos enmascarados bajo los nombres flamantes de "comisarios". "Son los mismos curas de antaño, con la diferencia de que llevan unos nombres más sonoros", como dijo en otros tiempos Milton, aludiendo a la tímida reforma de los presbiterianos. Los comisarios provinciales y de distrito tomaron posesión de las máquinas de escribir, de los escribientes y funcionarios, de los gobernadores y jefes de policía, y pronto pudieron persuadirse de que no se les había legado ningún poder. En las provincias y distritos la vida se concentraba en torno a los Soviets. La dualidad de poderes hacía extensiva, por tanto, a todo el país. Sólo que en los organismos inferiores los dirigentes soviéticos, socialrevolucionarios y mencheviques también, aunque más candoroso, no siempre se desentendían del poder que les ponía en las manos la situación. Resultado de esto era que la actividad de los comisarios provinciales consistiese principalmente en lamentarse de la completa imposibilidad de poner en práctica sus atribuciones.

Al día siguiente de constituirse el Ministerio liberal, la burguesía tuvo la sensación, no de que había adquirido el poder, sino, por el contrario, de que lo había perdido. A pesar de la escandalosa arbitrariedad de la pandilla de Rasputín, el poder efectivo de ésta tenía un carácter limitado. La influencia de la burguesía en los asuntos del Estado era inmensa. La misma participación de Rusia en la guerra había sido mucho más obra de la burguesía que de la monarquía. Y, sobre todo, el régimen zarista garantizaba a los propietarios la posesión de sus fábricas, de sus tierras, Bancos, casas, periódicos, etcétera, y, por lo tanto en substancia, vitalmente, eran ellos los que estaban en el poder. La Revolución de Febrero modificó la situación en dos senti-

dos contradictorios: a la par que entregaba solemnemente a la burguesía los atributos exteriores del poder, la despojaba de aquella substancia de poder real y efectivo de que gozaba antes de la revolución. Los que ayer eran funcionarios de la asociación de los *zemstvos*, en la cual mandaba el amo, el príncipe Lvov, y del Comité industrial de guerra, donde mandaba Guchkov, se convertían, bajo el nombre de social-revolucionarios y mencheviques, en dueños de la situación en el país y en el frente, en la ciudad y en el campo; nombraban ministros a Lvov y Guchkov, pero poniéndoles condiciones, lo mismo que si los tomaran como empleados.

Por otra parte, el Comité Ejecutivo, después de crear el Gobierno burgués, no se decidía a declarar, como el dios bíblico, que su obra era buena. Por el contrario, se apresuró a ahondar el abismo que mediaba entre él y su obra, declarando que sólo apoyaría al nuevo poder en tanto que éste sirviera fielmente a la revolución democrática. El Gobierno provisional comprendía bien que no podía sostenerse ni una hora sin el apoyo de la democracia oficial; pero este apoyo sólo se le prometió si se portaba bien, es decir, si daba satisfacción a fines que le eran extraños y cuya realización la propia democracia había rehusado. El Gobierno no sabía nunca dentro de qué límites podía ejercer aquel poder, que había adquirido casi de contrabando. Los dirigentes del Comité Ejecutivo no siempre se lo podían decir de antemano, por la sencilla razón de que a ellos mismos les era difícil adivinar en qué punto brotaría dentro de su propia órbita como reflejo del descontento de las masas. La burguesía simulaba creer que los socialistas la habían engañado. Estos, a su vez, temían que con sus pretensiones prematuras los liberales soliviantaran a las masas, complicando con ello una situación que ya de suyo no tenía nada de fácil. La frase "apoyar en tanto que" era una fórmula equívoca, que imprimió su sello a todo el período anterior a octubre, y se convirtió en la fórmula jurídica que daba expresión a la falsía interna que informaba aquel régimen híbrido de la Revolución de Febrero.

Para ejercer presión sobre el Gobierno, el Comité Ejecutivo eligió una Comisión especial, a la que dio el nombre cortés pero ridículo de Comisión "de enlace". Como se ve, la organización del poder revolucionario se basa oficialmente en el principio de la recíproca persuasión. El escritor místico Merejkovski no pudo encontrar precedente para este régimen más que en el Antiguo Testamento, en los profetas que tenían junto a sí los reyes de Israel. Pero los profetas bíblicos, lo mismo que el profeta del último Romanov, recibían la inspiración directamente del cielo y no se atrevían a contradecir a los reyes, con lo cual quedaba garantizada la unidad del poder. No ocurría así, ni mu-

cho menos, con respecto a los profetas del Soviet, que sólo hablaban inspirados por su propia limitación. Los ministros liberales consideraban que del Soviet no podía salir nada bueno. Chjeidse, Skobelev, Sujanov y otros, iban a ver al Gobierno y lo anegaban en su verborrea para persuadirlo a que cediera; los ministros se oponían a ello. Los delegados volvían al Comité Ejecutivo y ejercían presión sobre él, valiéndose de la autoridad del Gobierno. Poníanse nuevamente en contacto con los ministros, y volvían a empezar por el principio. Y este complicado molino rodaba y rodaba, sin molienda.

En la Comisión de enlace todo el mundo se lamentaba. Guchkov, sobre todo, lamentábase ante los demócratas de los desórdenes provocados en el Ejército por la tolerancia del Soviet. A veces, el Ministro de la Guerra de la revolución "vertía literalmente lágrimas, o, por lo menos, se limpiaba tenazmente los ojos con el pañuelo". Por lo visto, el Ministro suponía, no sin fundamento, que la principal función de los profetas consiste en enjuagar las lágrimas de los ungidos.

El 9 de marzo, el general Alexeev, que se hallaba al frente del Cuartel General, telegrafió al Ministro de la Guerra: "Pronto seremos esclavos de los alemanes, si seguimos mostrándonos indulgentes con el Soviet." Guchkov le contestó, en tono lacrimoso: "Por desgracia, el Gobierno no dispone de poder efectivo; las tropas, los ferrocarriles, el correo, el telégrafo, todo está en manos del Soviet, y puede afirmarse que el Gobierno provisional sólo existe en la medida en que el Soviet permite que exista."

Transcurrían las semanas y la situación no mejoraba en lo más mínimo. Cuando, a principios de abril, el Gobierno provisional envió al frente una delegación de diputados de la Duma, les indicó, rechinando los dientes, la necesidad de que no exteriorizaran sus disparidades de criterio con los delegados del Soviet. Los diputados liberales tuvieron, durante todo el viaje, la sensación de que iban custodiados, no dándose cuenta de que, sin ello, a pesar de las elevadas atribuciones de que estaban revestidos, no sólo no hubieran podido presentarse delante de los soldados, sino que ni siquiera hubieran encontrado sitio en el tren. Este detalle prosaico, consignado en las memorias del príncipe Mansliev, completa magníficamente la correspondencia sostenida entre Guchkov y el Cuartel General acerca de la esencia de la Constitución de Febrero.

Uno de los ingenieros reaccionarios caracteriza la situación, no sin su causa y razón, del siguiente modo: "El viejo régimen está encerrado en la Fortaleza de Pedro y Pablo; el nuevo, sometido a arresto domiciliario."

Pero ¿es que acaso el Gobierno provisional no tenía

más apoyo que el sostén, muy equivoco, como se ha visto, de los dirigentes de los Soviets? ¿Dónde se habían metido las clases poseedoras? La pregunta es fundada. Las clases poseedoras, ligadas por su pasado con la monarquía, se apresuraron, después de la revolución, a reajustarse en torno al nuevo eje. El Consejo de la Industria y el Comercio, que representaba al capital unificado de todo el país, se inclinaba ya el 12 de marzo ante el acto de la Duma, poniéndose "por entero a la disposición" de ésta. Las Dumas municipales y los *zemstvos* siguieron el mismo camino. El 10 de marzo, hasta el mismo Consejo de la Nobleza Unida, punto de apoyo del trono, invitaba a todos los rusos, en un lenguaje de patética cobardía, a "agruparse alrededor del Gobierno provisional como único poder legítimo de Rusia." Casi simultáneamente con esto, las instituciones y los órganos de las clases poseedoras empezaron a condenar la dualidad de poderes, haciendo recaer, en un principio cautelosamente y después con más audacia, sobre los Soviets la responsabilidad por los desórdenes. A los patronos siguieron los altos empleados, las profesiones liberales, los funcionarios del Estado. Del Ejército llovían también telegramas, mensajes y resoluciones del mismo carácter fabricados por los estados mayores. La prensa liberal abrió una campaña en "favor del poder único", campaña que en los meses siguientes adquirió un carácter de fuego graneado contra los jefes de los Soviets. En conjunto, la cosa iba tomando un aspecto bastante importante. El gran número de instituciones, los nombres conocidos, los acuerdos, los artículos, la decisión del tono, todo contribuía a ejercer una influencia infalible en los impresionables directores del Comité Ejecutivo. Sin embargo, detrás de este desfile amenazador de las clases poseedoras no había ninguna fuerza seria. ¿Y la fuerza de la propiedad?, objetaban a los bolcheviques los socialistas pequeñoburgueses. La propiedad es una relación entre personas, representa una fuerza inmensa, reconocida por lo general desde tiempos remotos y que se halla sostenida por un sistema de coacción llamado Derecho y Estado. Pero precisamente la esencia de la situación consistía en que el viejo Estado se había derrumbado de golpe, y las masas habían trazado sobre el conjunto del viejo derecho un inmenso signo de interrogación. En las fábricas los obreros se sentían cada vez más los amos, y los patronos unos huéspedes indeseables. Aún menos seguros se sentían los terratenientes en las aldeas, frente a frente con los campesinos ceñudos, que los odiaban a muerte; lejos del poder en cuya existencia, visto de lejos, habían creído en un principio. Pero unos propietarios, privados de la posibilidad de disponer de sus bienes y aun de vigilarlos, dejaban de ser verdaderos propietarios, para convertirse en

ciudadanos atemorizados que no podían prestar ningún apoyo a su Gobierno, porque ellos mismos estaban hartos necesitados de ayuda. No tardaron en maldecir al Gobierno por su debilidad, pero al maldecir al Gobierno no hacían más que maldecir su propio destino.

Entre tanto, la acción conjunta del Comité Ejecutivo y del Ministerio, parecía asignarse como fin demostrar que el arte de gobernar durante la revolución consiste en dejar pasar el tiempo hablando sin tasa. En los liberales, era un cálculo consciente, pues estaban firmemente convencidos de que todas las cuestiones exigían un aplazamiento, con una sola excepción, la única que consideraban inaplazable: el juramento de fidelidad a la *Entente*.

Miliukov comunicó a sus colegas los tratados secretos. Kerensky se hizo el sordo. Al parecer sólo el procurador del Santo Sínodo, Lvov, rico en sorpresas, de apellido igual al del Primer Ministro, pero que no era príncipe, manifestó ruidosamente su indignación, llegando hasta calificar los tratados de "obra de bandidos y ladrones", con lo cual provocaría, sin duda, una sonrisa indulgente de Miliukov ("la gente es tonta") y la proposición de pasar sin más a la orden del día. La declaración oficial del Gobierno prometía convocar a elecciones para la Asamblea Constituyente en un brevísimo plazo, que, sin embargo, y deliberadamente, no se señalaba. No se decía nada de la forma de Estado; el Gobierno tenía aún la esperanza de devolver a la monarquía el paraíso perdido. Pero la esencia real de la declaración consistía en el compromiso de continuar la guerra hasta el triunfo final y "cumplir, sin apartarse de ellos, en un punto, los compromisos contraídos con los Aliados." Ante este problema, el más grave e inminente para el pueblo ruso, la revolución no se había hecho, por lo visto, más que para declarar: las cosas seguirán como hasta aquí. Y como los demócratas daban al reconocimiento del nuevo poder por parte de la *Entente* una significación mística —ya se sabe que el pequeño tendero no es nada mientras el Banco no le abra crédito—, el Comité Ejecutivo se tragó sin decir una palabra la declaración imperialista del 6 de marzo. "Ningún órgano oficial de la democracia —decía Sujanov un año después— reaccionó públicamente ante aquel acto del Gobierno provisional, que deshonraba ante la Europa democrática a nuestra revolución, en el momento mismo de nacer."

Finalmente, el 8 salió del laboratorio ministerial el decreto de amnistía. En aquel momento, las puertas de las cárceles habían sido abiertas ya en todo el país por el pueblo, y los deportados políticos regresaban de la deportación entre una avalancha de mítines de entusiasmo, de músicas militares, de discursos y de flores. El decreto reso-

naba como un eco retrasado de la realidad en las oficinas. El 12 fue proclamada la abolición de la pena de muerte. Cuatro meses después era restablecida para los soldados. Kerensky había prometido colocar la justicia a una altura nunca vista. En un principio, bajo el primer impulso, hizo que se aprobase, efectivamente, la proposición hecha por el Comité Ejecutivo de incorporar a los tribunales de justicia representantes de los obreros y soldados. Era la única medida en que se sentían los latidos de la revolución, y se explica, por tanto, que hiciese estremecerse de horror a todos los eunucos de la justicia. Pero las cosas no pasaron de aquí. El abogado Demianov, que era también "socialista" y que, bajo Kerensky, ocupó un sitio preeminente en el Ministerio, decidió, según sus propias palabras, respetar el principio de dejar en sus cargos a todos los funcionarios anteriores: "La política del Gobierno revolucionario no debe lesionar a nadie sin necesidad." Era, en esencia, la norma que seguía todo el Gobierno provisional, que a nada temía tanto como a lesionar a los elementos de las clases dominantes, sin excluir, naturalmente, a la burocracia zarista. No sólo permanecieron en sus puestos los jueces, sino también los fiscales del zarismo. Claro está que las masas podían ofenderse, pero esto era ya de la competencia de los Soviets: las masas no entraban en el campo visual del Gobierno.

Sólo el procurador Lvov, a cuyo temperamento hemos aludido ya más arriba, hizo soplar algo parecido a una racha de aire fresco al hablar oficialmente de los "idiotas y bribones" que se albergaban en el Santo Sínodo. Los ministros escucharon no sin cierta inquietud, aquellos jugosos epítetos, pero el Sínodo siguió siendo lo que era, una institución gubernamental y la religión ortodoxa, la religión del Estado. Se conservó inclusive la composición del Sínodo: la revolución no debía disgustarse inútilmente con nadie.

Seguían reuniéndose, o por lo menos cobrando sus emolumentos, los miembros del Consejo de Estado, servidores fieles de dos o tres zares. Este hecho no tardó en adquirir una significación simbólica. En las fábricas y en los cuarteles surgieron ruidosas protestas. El Comité Ejecutivo se emocionó. El Gobierno dedicó dos sesiones a examinar la cuestión del destino y de los emolumentos de los miembros del Consejo de Estado, sin poder llegar a un acuerdo. No era cosa de molestar a unas personas tan simpáticas, entre las cuales figuraban, además, muchos buenos amigos.

Los ministros de Rasputín seguían recluidos en la fortaleza, pero el Gobierno provisional había asignado ya una pensión a los ex ministros. ¿Era una burla o una voz de

ultratumba? No, nada de eso. Era que el Gobierno no quería disgustarse con sus antecesores, aunque estuvieran recluidos en la cárcel.

Los senadores seguían dormitando, embutidos en sus uniformes galonados, y cuando el senador de izquierda Sokolov, a quien acababa de nombrar Kerensky, se atrevió a presentarse de levita negra, lo hicieron sencillamente salir de la sala de sesiones: los senadores zaristas no temieron disgustarse con la Revolución de Febrero cuando se persuadieron de que el Gobierno salido de ella no tenía uñas ni dientes.

Marx consideraba que la causa del fracaso de la revolución de marzo en Alemania residía en el hecho de que "había reformado únicamente las altas esferas del poder, dejando intactos todos los sectores que se hallaban por debajo: la vieja burocracia, el viejo ejército, los viejos jueces, que habían nacido, se habían educado y encanecido al servicio del absolutismo." Los socialistas del tipo de Kerensky buscaban la salvación en lo que Marx consideraba como la causa del fracaso. Los marxistas mencheviques comulgaban con Kerensky y no con Marx.

La única materia en que el Gobierno manifestó iniciativa y rapidez revolucionaria fue la legislación sobre sociedades anónimas: el decreto de reforma se publicó ya el 17 de marzo. Las diferencias de raza y de religión no fueron abolidas hasta tres días después. Es posible que en el Gobierno se sentaran algunos ministros a quienes el antiguo régimen no hiciera sufrir más que por las imperfecciones en la legislación sobre las sociedades por acciones.

Los obreros exigían con impaciencia la jornada de ocho horas. El Gobierno se fingía sordo. Estábamos en tiempos de guerra, y todo el mundo tenía que sacrificarse en aras de la patria. El Soviet se encargaría de tranquilizar a los obreros.

En términos más amenazadores se planteaba la cuestión de la tierra. Aquí era necesario hacer algo, por poco que fuera. Estimulado por los profetas, el Ministro de Agricultura, Schingarev, dio orden de que se creasen Comités agrarios locales, cuyos fines y funciones se guardaban cautamente de definir. Los campesinos se figuraban que estos Comités iban a darles la tierra. Los terratenientes entendían que su misión era proteger sus propiedades. Así fue arrollándose al cuello del régimen de febrero, desde un principio, el nudo campesino, más inexorable que ningún otro.

La fórmula oficial era que todas las dificultades engendradas por la revolución se aplazaban hasta la Asamblea Constituyente. ¿Acaso podían substraerse a los mandatos de la voluntad nacional estos demócratas constitucionales

irreprochables, que, con gran pesar suyo, no habían logrado montar a horcajadas sobre esa voluntad nacional soberana al gran duque Miguel Romanov? Los preparativos para la futura representación nacional iban desarrollándose con una pesadez burocrática tan enorme y una lentitud tal —deliberada, naturalmente—, que la Asamblea Constituyente se convertía de proyecto en espejismo. Sólo el 25 de marzo, casi un mes después de la revolución —y un mes es un gran espacio de tiempo en periodos revolucionarios—, el Gobierno decidió crear una Comisión especial encargada de redactar el texto de la ley electoral. Pero esta Comisión no llegó a funcionar. En su *Historia de la Revolución*, falseada hasta la médula, Millukov, dice que, como resultado de distintos aplazamientos, “la Comisión especial nombrada bajo el primer Gobierno no pudo inaugurar sus tareas.” Los aplazamientos formaban parte de la misión de dicho organismo y de sus deberes. Su cometido no era otro que dilatar la Asamblea Constituyente hasta tiempos mejores: hasta la victoria, la paz o las calendas de Kornilov.

La burguesía rusa, que vino al mundo demasiado tarde, odiaba mortalmente a la revolución. Pero este odio era un odio impotente. Veíase reducida a esperar y manobrar. Imposibilitada como estaba de debilitar y estrangular la revolución, la burguesía confiaba vencería por agotamiento.

LA DUALIDAD DE PODERES

¿Dónde radica la verdadera esencia de la dualidad de poderes? No podemos dejar de detenernos en esta cuestión que hasta hoy no ha sido dilucidada en la literatura histórica, a pesar de tratarse de un fenómeno peculiar a toda crisis social y no propio y exclusivo de la revolución rusa de 1917, aunque en ésta se presente con rasgos más acentuados.

En toda sociedad existen clases antagónicas, y la clase privada de poder aspira inevitablemente a hacer variar en su favor, en mayor o menor grado, los derroteros del Estado. Sin embargo, esto no significa que en la sociedad coexistan necesariamente dos o más poderes. El carácter del régimen político se halla informado directamente por la actitud de las clases oprimidas hacia la clase dominante. El poder único, condición necesaria para la estabilidad de todo régimen, subsiste mientras la clase dominante consigue imponer a toda la sociedad, como únicas posibles, sus formas económicas y políticas.

La coexistencia del poder de los junkers, y el de la burguesía —lo mismo bajo el régimen de los Hohenzollern que bajo la República— no implica dualidad de poderes, por fuerte que sean, a veces, los conflictos entre las dos clases que comparten el poder: su base social es común y sus desavenencias no amenazan con dar al traste con el aparato del Estado. El régimen de la dualidad de poderes sólo surge allí donde chocan de modo irreconciliable las dos clases; sólo puede darse, por tanto, en épocas revolucionarias, y constituye, además uno de sus rasgos fundamentales.

La mecánica política de la revolución consiste en el paso del poder de una a otra clase. La transformación violenta se efectúa generalmente en un lapso muy corto. Pero no hay ninguna clase histórica que pase de la situación de subordinada a la de dominadora en forma súbita, de la noche a la mañana, aunque esta noche sea la de la revolución. Es necesario que ya en la víspera ocupe una

situación de extraordinaria independencia con respecto a la clase oficialmente dominante; más aún, es preciso que en ella se concentren las esperanzas de las clases y de las capas intermedias, descontentas con lo existente, pero incapaces de desempeñar un papel propio. La preparación histórica de la revolución conduce, en el período prerrevolucionario, a una situación en la cual la clase llamada a implantar el nuevo sistema social, si bien no es aún dueña del país, reúne de hecho en sus manos una parte considerable del poder del Estado, mientras que el aparato oficial de este último sigue aún en manos de sus antiguos detentadores. De aquí arranca la dualidad de poderes de toda revolución.

Pero no es éste su único aspecto. Si la nueva clase exaltada al poder por la revolución que no desea, es, en el fondo, una clase ya vieja, que ha llegado históricamente con retraso; si antes de tomar de modo oficial el poder está ya gastada; si al empuñar el timón se encuentra con que su adversaria está ya suficientemente madura para el poder y alarga la mano para adueñarse del Estado, entonces la transformación política determina la substitución del equilibrio inestable del poder dual por otro a veces más inconsistente. La tarea de la revolución, o bien de... la contrarrevolución, consiste precisamente en la victoria en cada nueva etapa sobre esta "anarquía" de la dualidad de poderes.

La dualidad de poderes no sólo no presupone, sino que, en general, excluye la división del poder en dos segmentos y todo equilibrio formal de poderes. No es un hecho constitucional, sino revolucionario, que atestigua que la ruptura del equilibrio social ha roto ya la superestructura del Estado. La dualidad de poderes surge allí donde las clases adversas se apoyan ya en organizaciones estatales substancialmente incompatibles entre sí y que a cada paso se elimina una a otra en la dirección del país. La parte del poder correspondiente a cada una de las dos clases combatientes responde a la proporción de fuerzas sociales y al curso de la lucha.

Por su esencia misma, este estado de cosas no puede ser estable. La sociedad reclama la concentración del Poder, y aspira inexorablemente a esta concentración en la clase dominante o, en el caso que nos ocupa, en las dos clases que comparten el dominio político de la nación. La escisión del poder sólo puede conducir a la guerra civil. Sin embargo, antes de que las clases rivales se decidan a entablarla, sobre todo en el caso de que teman la intromisión de una tercera fuerza, pueden verse obligadas a soportar durante bastante tiempo y aun a sancionar, por decirlo así, el sistema de la dualidad de poderes. Con todo,

este estado de cosas no puede durar. La Guerra civil da a la dualidad de poderes la expresión más visible, la geográfica: cada poder se atrincheira y hace fuerte en su territorio y lucha por conquistar el de su adversario; a veces, la dualidad de poderes adopta la forma de invasión por turno de los dos poderes beligerantes, hasta que uno de ellos se consolida definitivamente.

La revolución inglesa del siglo xvii, precisamente porque fue una gran revolución que removió el país hasta su entraña representa una sucesión evidente de regímenes de poder dual con tránsitos bruscos de uno a otro en forma de guerras civiles.

En un principio, el poder real, apoyado en las clases privilegiadas o en las capas superiores de las mismas, los aristócratas y los obispos, se halla en contraposición con la burguesía y los sectores de la nobleza territorial que le son afines. El Gobierno de la burguesía es el Parlamento presbiteriano, apoyado en la City de Londres. La lucha persistente de estos dos regímenes se resuelve en una franca guerra civil. Surgen dos centros gubernamentales, Londres y Oxford, cada cual con su ejército propio, y la dualidad de poderes asume formas geográficas, aunque, como sucede siempre en la guerra civil, las limitaciones territoriales son en extremo inconsistentes. Vence el Parlamento. El rey cae prisionero y espera su suerte.

Parece que surgen las condiciones para establecer el poder unitario de la burguesía presbiteriana. Pero ya antes de que sea quebrantado el poder real, el Ejército parlamentario se convierte en una fuerza política autónoma, que concentra en sus filas a los independientes, pequeñoburgueses pladosos y decididos, los artesanos, los agricultores. El Ejército se inmiscuye autoritariamente en la vida pública, no como una fuerza armada sencillamente, ni como una guardia pretoriana, sino como la representación política de una nueva clase que se levanta contra la burguesía acomodada y rica. Y fiel a esta misión, el Ejército crea un nuevo órgano de Estado que se eleva por encima del mando militar: el Consejo de diputados soldados y oficiales (los "agitadores"). Se inicia así un nuevo período de dualidad de poderes: por un lado, el Parlamento presbiteriano; por otro, el Ejército independiente. La dualidad de poderes conduce a una pugna abierta. La burguesía se revela impotente para oponer su ejército al "ejército modelo" de Cromwell, es decir, a la plebe en armas. El conflicto termina con la depuración del Parlamento presbiteriano, mediante el sable de la independencia. Reducido el Parlamento a la nada, se instaura la dictadura de Cromwell. Las capas inferiores del Ejército, bajo la dirección de los "niveladores" (*levellers*), ala de extrema izquierda de la re-

volución, intentan oponer al régimen del Alto Mando militar, de los grandes del Ejército, su propio régimen plebeyo. Pero el nuevo poder dual no llega a desarrollarse: los "niveladores", la pequeña burguesía, no tienen ni pueden tener aún una senda histórica propia. Cromwell vence rápidamente a sus adversarios. Y se establece un nuevo equilibrio político, no estable ni mucho menos pero que durará una serie de años.

En la gran Revolución Francesa, la Asamblea Constituyente, cuya espina dorsal eran los elementos del "tercer estado", concentra en sus manos el poder, aunque sin despojar al rey de todas sus prerrogativas. El periodo de la Asamblea Constituyente es un periodo característico de dualidad de poderes, que termina con la fuga del rey a Varennes y no se liquida formalmente hasta la instauración de la República.

La primera Constitución francesa (1791), basada en la ficción de la independencia completa entre los poderes Legislativo y Ejecutivo, ocultaba en realidad o se esforzaba en ocultar al pueblo la dualidad de poderes reinantes: de un lado, la burguesía, atrincherada definitivamente, en la Asamblea Nacional, después de la toma de la Bastilla por el pueblo; de otro, la vieja monarquía que se apoyaba aún en la aristocracia, el clero, la burguesía y la milicia, sin hablar ya de la esperanza en la intervención extranjera. Este régimen contradictorio albergaba la simiente de su inevitable derrumbamiento. En este atolladero no había más salida que destruir la representación burguesa, poniendo como contribución las fuerzas de la reacción europea o llevar a la guillotina al rey y a la monarquía. París y Coblenza tenían que medir sus fuerzas en este pleito.

Pero antes de que las cosas culminen en este dilema: o la guerra o la guillotina, entra en escena la Comuna de París, que se apoya en las capas inferiores del "tercer estado" y que disputa, cada vez con mayor audacia, el poder a los representantes oficiales de la nación burguesa. Surge así una nueva dualidad de poderes, cuyas primeras manifestaciones observamos ya en 1790, cuando todavía la grande y la mediana burguesía se hallan instaladas a sus anchas en la administración del Estado y en los municipios. ¡Qué espectáculo más maravilloso —y al mismo tiempo más bajamente calumniado— el de los esfuerzos de los sectores plebeyos para alzarse del subsuelo y de las catacumbas sociales y entrar en la palestra, vedada para ellos, donde aquellos hombres de peluca y calzón corto decidían los destinos de la nación! Parecía que los mismos cimientos, pisoteados por la burguesía ilustrada, se animaban y se movían, que surgían cabezas humanas de aquella masa informe, que se tendían hacia arriba manos encallecidas y se

percibían voces roncadas pero viriles. Los barrios de París, ciudadela de la revolución, conquistaban su propia vida y eran reconocidos —¡era imposible no reconocerlos!— y transformados en secciones. Pero invariablemente rompían las barreras de la legalidad y recibían una avalancha de sangre fresca desde abajo, abriendo el paso en sus filas, contra la ley, a los pobres, a los privados de todo derecho, a los *sans-culottes*. Al mismo tiempo, los municipios rurales se convierten en manto del levantamiento campesino contra la legalidad burguesa protectora de la propiedad feudal. Y así, bajo los pies de la segunda nación, se levanta la tercera.

En un principio, las secciones de París mantenían una actitud de oposición frente a la Comuna, que se hallaba aún en manos de la honorable burguesía. Pero con el gesto audaz del 10 de agosto de 1792, las secciones se apoderan de ella. En lo sucesivo, la Comuna revolucionaria se levanta primero frente a la Asamblea legislativa y luego frente a la Convención; rezagadas ambas con respeto a la marcha y los fines de la revolución registraban los acontecimientos, pero no los promovían, pues no disponían de la energía, la audacia y la unanimidad de aquella nueva clase que se había alzado desde el fondo de los suburbios de París, y que hallaba su asidero en las aldeas más atrasadas. Y las secciones, del mismo modo que se apoderaron de la Comuna, se adueñaron, mediante un nuevo alzamiento, de la Convención. Cada una de dichas etapas se caracteriza por un régimen de dualidad de poderes muy marcado cuyas dos alas aspiraban a instaurar un poder único y fuerte: el ala derecha defendiéndose, el ala izquierda tomando la ofensiva. La necesidad de la dictadura, tan característica lo mismo de la revolución que de la contrarrevolución, se desprende de las contradicciones insuperables de la dualidad de poderes. El tránsito de una forma a otra se efectúa por medio de la guerra civil. Además las grandes etapas de la revolución, es decir, el paso del poder a nuevas clases o sectores, no coinciden de un modo absoluto con los ciclos de las instituciones representativas, las cuales siguen, como la sombra al cuerpo, a la dinámica de la revolución. Ciertamente es que, en fin de cuentas la dictadura revolucionaria de los *sans-culottes* se funde con la dictadura de la Convención; pero ¿qué Convención? Una Convención de la cual han sido eliminados por el terror los girondinos, que todavía ayer dominaban; una Convención cercenada; adaptada al régimen de la nueva fuerza social. Así, por los peldaños de la dualidad de poderes, la Revolución Francesa asciende en el transcurso de cuatro años hasta su culminación. Desde el 9 de termidor, la revolución empieza a descender otra vez los grados de la

dualidad de poderes. Y otra vez la guerra civil precede a cada descenso, del mismo modo que antes había acompañado cada nueva ascensión. La nueva sociedad busca de este modo un nuevo equilibrio de fuerza.

La burguesía rusa, que luchaba con la burocracia rasputiniana a la par que colaboraba con ella, reforzó extraordinariamente durante la guerra sus posiciones políticas. Explotando la derrota del zarismo, fue reuniendo en sus manos, a través de las asociaciones de *zemstvos*, las Dumas municipales y los Comités industriales de guerra un gran poder; disponía por su cuenta de inmensos recursos del Estado y representaba de suyo, en esencia, un gobierno autónomo y paralelo al oficial. Durante la guerra los ministros zaristas se lamentaban de que el príncipe Lvov aprovisionara al Ejército, alimentara y curara a los soldados e inclusive de que organizara barberías para la tropa: "Hay que acabar con esto, o poner todo el poder en sus manos", decía ya en 1915 el ministro Krivoschein. Mal podía éste suponer que, año y medio después, Lvov obtendría "todo el poder" pero no de manos del zar precisamente, sino de manos de Kerensky, Chjeidse y Sujanov. Mas al día siguiente de acontecer esto se instauraba un nuevo poder doble: paralelo con el semigobierno liberal de ayer, hoy formalmente legitimado, surgía y se desarrollaba un gobierno de las masas obreras, representado por los Soviets, no de un modo oficial, pero por ello mismo más efectivo. A partir de este momento, la Revolución Rusa empieza a convertirse en un acontecimiento histórico de importancia universal.

Veamos ahora en qué consiste la característica de la dualidad de poderes de la Revolución de Febrero. En los acontecimientos de los siglos xvii y xviii, la dualidad de poderes representa siempre una etapa natural en el curso de la lucha, impuesta a los combatientes por la correlación temporal de fuerzas, con la particularidad de que cada una de las dos partes aspira a suplantarse la dualidad de poderes por el poder único concentrado en sus manos. En la revolución de 1917 vemos cómo la democracia oficial crea, consciente y deliberadamente, la dualidad de poderes, haciendo todos los esfuerzos imaginables para evitar que el poder caiga en sus manos. A primera vista, la dualidad de poderes se forma, no como fruto de la lucha de clases en torno al poder sino como resultado de la cesión voluntaria que de dicho poder hace una clase a otra. La "democracia" rusa, que aspiraba a salir del atolladero de la dualidad de poderes, no creía encontrar la salida que buscaba más que apartándose del poder. Esto era precisamente lo que calificábamos de paradoja de la Revolución de Febrero.

Acaso se pueda encontrar una cierta analogía con esto

en la conducta seguida por la burguesía alemana en 1848 con respecto a la monarquía. Pero la analogía no es completa. Es cierto que la burguesía alemana aspiraba a toda costa a compartir el poder con la monarquía, sobre la base de un pacto. Pero la burguesía no tenía la integridad del poder en sus manos y no lo cedía por entero, ni mucho menos, a la monarquía. "La burguesía prusiana era nominalmente dueña del poder, y no dudaba ni un momento que las fuerzas del viejo Estado se pondrían incondicionalmente a su disposición y se convertirían en prosélitos abnegados del poder de aquélla." (Marx y Engels.) La democracia rusa de 1917, que al estallar la revolución tenía todo el poder en sus manos, no aspiraba a compartirlo con la burguesía, sino sencillamente a cedérselo entero. Acaso esto signifique que en el primer cuarto del siglo xx, la democracia oficial rusa había llegado a un grado de descomposición más acentuado que la burguesía liberal alemana de mediados del siglo xix. Y este estado de cosas obedece a una ley lógica, pues representa el reverso de la progresión ascensional realizada en el curso de esas décadas por el proletariado que venía a ocupar el puesto de los artesanos de Cromwell y de los *sans-culottes* de Robespierre.

Si se examina la cuestión más a fondo, se ve que el poder del Gobierno provisional y del Comité Ejecutivo tenía un carácter puramente reflejo. El candidato al nuevo poder no podía ser otro que el proletariado. Los colaboracionistas, que se apoyaban de un modo inseguro en los obreros y en los soldados, veíanse obligados a llevar una contabilidad por partida doble con los zares y los profetas. El poder dual de los liberales y demócratas no hacía más que reflejar el poder dual, que aún no había salido a la superficie, de la burguesía y el proletariado. Cuando —al cabo de pocos meses— los bolcheviques eliminan a los colaboracionistas de los puestos directivos de los Soviets, el poder dual sale a la superficie, lo cual indica que la Revolución de Octubre se acerca. Hasta este momento, la revolución vivirá en el mundo de los reflejos políticos. Abriéndose paso a través de los razonamientos vacuos de la intelectualidad socialista, el poder dual, que era una etapa de la lucha de clases, se convierte en idea normativa. Gracias a esto, precisamente, se convirtió en el problema central de la discusión teórica. En este mundo nada se pierde. El carácter reflejo de la dualidad de poderes de la Revolución de Febrero nos ha permitido comprender mejor las etapas de la Historia, en que dicho poder aparece como un episodio característico de la lucha entre dos regímenes. Es así que una débil claridad lunar, como reflejo, permite establecer importantes conclusiones sobre la luz solar.

La característica fundamental de la Revolución Rusa,

que condujo en un principio a la paradoja de una dualidad de poderes semifantasmal y al poder dual efectivo que le impidió luego resolverse en provecho de la burguesía, consiste en la madurez inmensamente mayor del proletariado ruso, si se lo compara con las masas urbanas de las antiguas revoluciones. Pues la cuestión estaba planteada así: o la burguesía se apoderaba realmente del viejo aparato del Estado, poniéndolo al servicio de sus fines, en cuyo caso los Soviets tendrían que retirarse por el foro, o éstos se convierten en la base del nuevo Estado, liquidando no sólo el viejo aparato político sino el régimen de predominio de las clases a cuyo servicio se hallaba este.

Los mencheviques y los socialrevolucionarios se inclinaban a la primera solución. Los bolcheviques, a la segunda. Las clases oprimidas, que, según las palabras de Marat, no habían tenido en el pasado conocimientos, tacto ni dirección para llegar hasta el fin de la obra comenzada, aparecen en la revolución rusa del siglo xx armadas de esos tres recursos. Los bolcheviques triunfaron.

Al año de vencer los bolcheviques en Rusia, se repetía el mismo pleito en Alemania, con distinto balance de fuerzas. La socialdemocracia se inclinaba a la instauración del poder democrático de la burguesía y a la liquidación de los Soviets. Rosa Luxemburgo y Carlos Liebknecht estaban por la dictadura de los Soviets. Y triunfaron los socialdemócratas. Hilferding y Kautsky en Alemania, como Marx Adler en Austria, proponían una "combinación" de la democracia con el sistema soviético, dando acogida a los Soviets obreros en la Constitución. Esto hubiera significado convertir en parte integrante del régimen del Estado la guerra civil latente o declarada. No se podía imaginar más curiosa utopía. Sin embargo, esta pretensión podía tener, en Alemania, su razón de ser, fundada acaso en la vieja tradición: en el año 48, los demócratas wurtemburgueses pedían una república presidida por un duque.

El fenómeno de la dualidad de poderes, no estudiado hasta ahora suficientemente, ¿se halla en contradicción con la teoría marxista del Estado, que ve en el Gobierno el Comité Ejecutivo de la clase dominante? Es lo mismo que si preguntamos: ¿Es que la oscilación de los precios bajo la ley de la oferta y la demanda se halla en contradicción con la teoría marxista del valor? ¿Acaso la abnegación del macho que defiende a sus cachorros contradice la ley de la lucha por la existencia? No, en esos fenómenos no reside sino una combinación más compleja de las mismas leyes que parecen contradecir. Si el Estado es la organización del régimen de clase y la revolución la sustitución de la clase dominante, el tránsito del poder de manos de una clase a otra debe crear necesariamente una situación con-

tradictoria de Estado, encarnada, sobre todo, en la dualidad de poderes. La correlación de las fuerzas de clase no es ninguna magnitud matemática susceptible de cálculo apriorístico. Cuando el equilibrio del viejo régimen se rompe, la nueva correlación de fuerzas sólo puede establecerse como resultado de la prueba recíproca a que éstas se ven sometidas en la lucha. La revolución no es otra cosa.

Podría pensarse que esta digresión teórica nos ha apartado de los acontecimientos en 1917. En realidad, nos conduce al corazón de los mismos. En torno al problema de la dualidad de poderes fue, precisamente donde se libró la lucha dramática de los partidos y de las clases. Sólo desde la cúspide de la teoría podemos abrazar con la mirada esta lucha y comprenderla exactamente.

EL COMITÉ EJECUTIVO

El organismo creado en el Palacio de Táurida el 27 de febrero con el nombre de Comité Ejecutivo del Soviet de Diputados obreros, tenía en el fondo, muy poco que ver con esta denominación. El Soviet de diputados obreros de 1905, con el cual se inició el sistema, surgió de la huelga general como representante directo de las masas en lucha. Los dirigentes de la huelga se convirtieron en diputados del Soviet. La selección de las personas que lo componían se hizo bajo el fuego. El órgano de dirección fue elegido por el Soviet para conducir con posterioridad la lucha. Y fue precisamente el Comité Ejecutivo de 1905 el que acaudilló y puso a la orden del día la insurrección.

La revolución de Febrero triunfó gracias a la sublevación de los regimientos, antes de que los obreros crearan los Soviets. El Comité Ejecutivo se constituyó abiertamente, antes del Soviet, sin la intervención de las fábricas y de los regimientos, después del triunfo de la revolución. Nos hallamos en presencia de la iniciativa clásica de los radicales, que se quedan al margen de la lucha revolucionaria, pero se disponen a aprovecharse de sus frutos. Los verdaderos dirigentes obreros estaban aún en la calle, desarmados unos, armados otros, consolidando la victoria. Los más perspicaces se inquietaron al recibir la noticia de que en el Palacio de Táurida había surgido un Soviet de diputados obreros. De la misma manera que la burguesía liberal, en espera de la revolución palaciega que se iba a realizar, preparaba en otoño de 1916 un gobierno de reserva con el fin de imponérselo al nuevo zar en caso de éxito, los intelectuales radicales formaban su gobierno de reserva al triunfar el movimiento de febrero. Y como todos ellos, por lo menos en el pasado, habían participado en el movimiento obrero y tendían a cubrirse con sus tradiciones, dieron a su engendrado el nombre de "Comité Ejecutivo del Soviet." Era una de aquellas falsificaciones semideliberadas, semiinconscientes, de que está llena la Historia, inclusive la de los alzamientos populares. Cuando los acontecimientos to-

man un giro revolucionario, y se rompe la continuidad jurídica, las clases "cultas" llamadas a participar en el poder se agarran de buena gana a los nombres y símbolos ligados con los recuerdos heroicos de las masas. Las palabras frecuentemente disimulan la esencia de las cosas, sobre todo cuando están en juego los intereses de las clases dominantes. La enorme autoridad de que gozó el Comité Ejecutivo desde su constitución se debía a su pretendido derecho de sucesión al Soviet de 1905. El Comité, sancionado por la primera y caótica Asamblea del Soviet, ejerció luego una influencia decisiva tanto en la composición de este último como en su política. Esta influencia era tanto más conservadora cuanto que ya no podía realizarse la selección natural de los representantes revolucionarios garantizada por la atmósfera candente de la lucha. La insurrección había pasado, todos estaban embriagados por la victoria, las almas se sentían blandas y ciertas cabezas también, y se disponían a reorganizar su existencia. Fueron necesarios meses enteros de nuevos conflictos y lucha en las nuevas condiciones que determinaron un reagrupamiento, para que los Soviets, que en un principio no eran más que unos órganos que venían a coronar el triunfo después de la insurrección, se convirtiesen en auténticos órganos de lucha y de preparación para un nuevo alzamiento. Creemos necesario insistir en este aspecto de la cuestión con tanta mayor razón cuanto que hasta ahora se ha dejado en la sombra. Sin embargo, no fueron solamente las condiciones en que aparecieron el Comité Ejecutivo y el Soviet las que determinaron su carácter moderado y conciliador: habría causas más profundas y permanentes que obraron en el mismo sentido.

En Petrogrado estaban concentrados más de ciento cincuenta mil soldados, y por lo menos cuatro veces más de obreros y obreras de todas las categorías. No obstante, por cada dos delegados obreros había en el Soviet cinco soldados. Las normas de representación tenían un carácter extraordinariamente clásico. Todo se hacía para complacer a los soldados. Mientras que los obreros elegían un representante por cada mil electores, los pequeños destacamentos enviaban a menudo dos. El uniforme gris de los soldados se convirtió en el color dominante en el Soviet.

Pero aun entre los delegados civiles no todos eran elegidos por los obreros, lejos de eso. En el Soviet fueron admitidas no pocas personas por invitación personal, por protección, o, sencillamente, gracias a sus intrigas: abogados y médicos radicales, estudiantes, periodistas, que representaban a distintos grupos problemáticos, pero más evidentemente a sus propias ambiciones. Esta alteración notoria del carácter del Soviet era tolerada de buen grado por los

dirigentes, quienes sólo deseaban rebajar la esencia excesivamente fuerte de las fábricas y cuarteles con el agua tibia de la pequeña burguesía ilustrada. Muchos de estos elementos de aluvión, buscadores de aventuras, impostores y charlatanes habituados a la tribuna, abriéndose paso con autoridad, entorpecieron por mucho tiempo la acción de los obreros silenciosos y los soldados irresolutos.

Si esto ocurría en Petrogrado, no es difícil imaginarse lo que sería en provincias, donde el triunfo se obtuvo sin lucha. Todo el país estaba lleno de soldados. Las guarniciones de Kiev, Helsingfors y Tiflis no eran numéricamente inferiores a la de Petrogrado; en Saratov, Samara, Tambov, Omsk, se concentraban de 60 a 80.000 soldados; en Yaroslavl, Yekaterinoslav, Yekaterinburgo, unos 60.000, y en otras ciudades, 50, 40 y 30.000. En las distintas localidades, la representación soviética no estaba organizada de un modo uniforme, pero los soldados gozaban en todas partes de una situación de privilegio. En un sentido político, se manifestaba así el esfuerzo de los obreros por aliarse lo más posible a los soldados. Los dirigentes hacían lo mismo con respecto a los oficiales. Además del número considerable de tenientes y sargentos, que en los primeros tiempos eran elegidos por los soldados, solía otorgarse, sobre todo en provincias, una representación especial a la oficialidad. Resultado de esto era que los elementos del Ejército tuvieran en muchos Soviets una mayoría aplastante. Las masas de soldados que no habían adquirido aún fisonomía política propia, marcaban, a través de sus representantes, la fisonomía de los Soviets.

En toda representación existe un elemento de desproporción. Es éste un elemento particularmente considerable al día siguiente de la insurrección. En los primeros momentos, los diputados de los soldados, políticamente confusos, eran muchas veces elementos del todo extraños a los intereses de la tropa de la revolución, intelectuales y semi-intelectuales de toda laya que se refugiaban en las guarniciones del interior y que, por este motivo, se manifestaban como patriotas extremos. Así se creó una divergencia entre el estado de espíritu de los cuarteles y el de los Soviets. El oficial Stankievich, acogido por los soldados de su batallón sombría y recelosamente, habló con éxito en la sección de los soldados sobre el tema agudo de la disciplina. "¿Por qué en el Soviet —se preguntaba— el estado de espíritu es más suave y agradable que en el batallón?" Esta ingenua perplejidad muestra una vez más lo difícil que resulta para los sentimientos auténticos de abajo abrirse paso hacia las alturas.

Sin embargo, ya a partir del día 3 de marzo los mítines de soldados y obreros empiezan a exigir del Soviet que desti-

tuya inmediatamente al Gobierno provisional de la burguesía liberal y tome el poder; y, en efecto, ¿qué reivindicación podrá ser más comprensible, más querida a las masas? La iniciativa parte, como tantas otras, del distrito de Viborg. Pero esta agitación no tardó en ser interrumpida, no sólo porque los defensores de la patria le opusieron una resistencia encarnizada, sino, cosa mucho más grave, porque la dirección bolchevique desde la primera mitad de marzo se inclinaba de hecho ante el régimen de la dualidad de poderes. Y, fuera de los bolcheviques, nadie podía plantear decididamente el problema de la toma del poder. Los dirigentes de Viborg tuvieron que batirse en retirada. Sin embargo, los obreros petersburgueses no tuvieron confianza ni un instante en el nuevo Gobierno, ni lo consideraban como propio. Pero tenían la atención fija en los soldados y se esforzaban en no oponerse de un modo excesivamente acentuado a éstos. Los soldados, que no hacían más que deletrear las primeras frases de la política, como buenos campesinos, no daban crédito a los señores, pero escuchaban con atención a sus representantes, los cuales, a su vez, se inclinaban respetuosamente ante los líderes autorizados del Comité Ejecutivo. Mientras que estos últimos no hacían otra cosa que observar ansiosos el pulso de la burguesía liberal. Y esta pulsación de abajo hacia arriba era la que daba el tono... de manera provisoria.

Sin embargo, el estado de espíritu de la masa salía a la superficie, y la cuestión del poder, retirada artificialmente, se reproducía una y otra vez, aunque en forma disimulada. "Los soldados no saben a quién escuchar", se lamentan los distritos y las provincias, haciendo llegar de este modo hasta el Comité Ejecutivo el descontento, producido por la dualidad de poderes. Las delegaciones de las escuadras del Báltico y del mar Negro declaran el 16 de marzo que sólo tomarán en cuenta al Gobierno provisional en tanto que éste marche de acuerdo con el Comité Ejecutivo. En otros términos, que no están dispuestos a tomarle en cuenta para nada. Esta nota va acetuándose de un modo cada vez más insistente. "El Ejército y la población sólo deben someterse a las decisiones del Soviet", tal es la resolución del 172.º reglamento de reserva, quien formula al mismo tiempo este corolario: "las ordenanzas del Gobierno provisional que contravienen las decisiones del Soviet no están sujetas a ejecución". El Comité Ejecutivo sancionaba esta disposición, con un sentimiento complejo de satisfacción y de inquietud. El Gobierno lo soporta rechinando los dientes. Tanto al uno como al otro no les quedaba otra cosa que hacer.

Desde principios de marzo, surgen Soviets en las prin-

cipales ciudades y centros industriales, desde donde, en algunas semanas, se extienden por todo el país. No se gana el campo hasta abril y mayo. En un principio, es casi siempre el Ejército quien habla en nombre de los campesinos.

El Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado adquirió, naturalmente, una significación nacional. Los demás Soviets imitaron a la capital, y, uno tras otro, fueron tomando acuerdos sobre el apoyo condicional que había de prestarse al Gobierno provisional. Si bien en los primeros meses las relaciones entre el Soviet de Petrogrado y los de provincias se desarrollaban sin conflictos ni desavenencias de monta, la situación dictaba la necesidad de una organización nacional. Un mes después del derrumbamiento de la autocracia, fue convocada la primera asamblea de Soviets, a la cual acudió una representación incompleta y unilateral. Y, aunque de las ciento ochenta y cinco organizaciones representadas, los dos tercios estaban compuestos de Soviets locales, se trataba principalmente de Soviets de soldados; con los representantes de las organizaciones del frente, los delegados militares, principalmente los oficiales, tenían una aplastante mayoría. Se pronunciaron discursos sobre la guerra hasta el triunfo final, y resonaron gritos contra los bolcheviques, a pesar de la conducta más que moderada seguida por estos últimos. La asamblea completó con dieciséis representantes conservadores de provincias el Comité Ejecutivo de Petrogrado, legitimando así su carácter de institución de Estado.

El ala derecha se reforzó aún más. En lo sucesivo, se intimidará con frecuencia a los descontentos amenazándolos con las provincias. Las normas acordadas ya el 14 de marzo sobre la composición del Soviet de Petrogrado, casi no se llevaron a la práctica. Al fin y al cabo, no era el Soviet local el que decidía, sino el Comité Ejecutivo panruso. Los líderes oficiales ocupaban su posición casi inviolable. Las resoluciones más importantes se tomaban en el Comité Ejecutivo, o, por mejor decir, en su núcleo dirigente, después de un acuerdo previo con el núcleo del Gobierno. El Soviet quedaba al margen. Era considerado como una especie de mitín: "No es ahí, no es en las asambleas generales donde se hace la política, y todos esos plenos no tienen decididamente ningún valor práctico." (Sujanov). Orgullosos de ellos mismos, los árbitros del destino estimaban que confiándoles la dirección, los Soviets habrían ya cumplido su misión. El próximo porvenir se encargará de demostrar que no era así. La masa es muy paciente; pero, así y todo, no es una arcilla con la cual se puede hacer lo que se quiera. Además, en las épocas revolucionarias aprende con rapidez. En esto consiste precisamente la más alta potencia de la revolución.

Para comprender mejor el desarrollo sucesivo de los acontecimientos hay que detenerse un momento a trazar la característica de los dos partidos que desde el principio de la revolución formaron estrecho bloque, dominando en los Soviets, en los municipios democráticos, en los Congresos de la llamada democracia revolucionaria y aún conservaban su mayoría, que, por lo demás, se iba derritiendo a cada paso hasta la Asamblea Constituyente, último resplandor de su fuerza agonizante, como el reflejo de ocaso en la cima de una montañía iluminada por el sol poniente.

Si la burguesía rusa había llegado demasiado tarde para ser democrática, la democracia rusa, por la misma razón, quería considerarse socialista. La ideología democrática se había agotado irremediablemente en el transcurso del siglo XIX. En los albores del siglo XX, los intelectuales radicales, si querían tener acceso a la masa, necesitaban presentarse a ella con un barniz socialista. Tal fue la causa histórica general que determinó la creación de los partidos intermedios: los mencheviques y los socialrevolucionarios, cada uno de los cuales tenía, sin embargo, su genealogía y su ideología propias.

Las ideas de los mencheviques se formaron sobre la base del sistema marxista. Como consecuencia del atraso histórico de Rusia, el marxismo no fue aquí, en principio, tanto una crítica de la sociedad capitalista como una justificación fundamentada de la inevitabilidad del desarrollo burgués del país. La Historia utilizó astutamente, cuando tuvo necesidad de ello, una teoría castrada de la revolución proletaria, valiéndose de ella para europeizar, con espíritu burgués, a vastos sectores de la intelectualidad narodnik. A los mencheviques, que constituían el ala izquierda de la intelectualidad burguesa, les fue reservado un papel importante en este proceso. Su misión consistió en atar a aquella intelectualidad los sectores más moderados de la clase obrera, atraídos por la actuación legal en la Duma y en los sindicatos.

Por el contrario, los socialrevolucionarios combatían teóricamente al marxismo, aunque en parte se dejaban influir por él. Se consideraba como el partido llamado a realizar la alianza entre los intelectuales, los obreros y los campesinos, bajo los auspicios evidentemente de la razón crítica. En el terreno económico, sus ideas representaban una mezcla indigesta de formaciones históricas diversas, que reflejaban las condiciones contradictorias de la existencia de los campesinos en un país que evolucionaba rápidamente hacia el capitalismo. Los socialrevolucionarios se imaginaban que la futura revolución no sería ni burguesa ni socialista, sino "democrática": ellos reemplazaban el contenido social por una fórmula política. Por consiguiente, este

partido se trazaba una senda, que pasaba entre la burguesía y el proletariado y se asignaba el papel de árbitro entre las dos clases. Después de febrero parecía, a primera vista, que los socialrevolucionarios se habían acercado mucho a esta posición.

Ya desde la época de la primera revolución tenía este partido raíces entre la clase campesina. En los primeros meses de 1917, toda la intelectualidad rural se asimiló la fórmula tradicional de los narodniki: "Tierra y libertad." A diferencia de los mencheviques, que habían sido siempre un partido puramente urbano, los socialrevolucionarios habían hallado, al parecer, apoyo en extremo poderoso en el campo. Es más, dominaban incluso en las ciudades: en los Soviets, a través de las secciones de soldados, y en los primeros municipios democráticos, en los cuales tenían mayoría absoluta de votos. La fuerza del partido parecía ilimitada. En realidad, no era más que una aberración política. El partido por el cual vota todo el mundo, excepto la minoría que sabe por quién vota, no es un partido, del mismo modo que el lenguaje en que hablan los niños en todos los países no es el idioma nacional. El partido de los socialrevolucionarios daba una solemne denominación a todo lo que había de incipiente, de informe y de confuso en la revolución de febrero. Todo aquel que no hubiese heredado de su pasado prerrevolucionario motivos suficientes para votar por los kadetes o los bolcheviques, votaba por los socialrevolucionarios. Pero los kadetes se movían en el círculo cerrado de los propietarios. Los bolcheviques eran aún poco numerosos, incomprensibles, y suscitaban incluso miedo. Votar por los socialrevolucionarios era votar por la revolución en general, y no obligaba a nada. En las ciudades, la adhesión a este partido significaba la tendencia de los soldados a acercarse a un partido que defendía a los campesinos, la tendencia de la parte atrasada de los obreros a estar al lado de los soldados, la aspiración de las gentes humildes, de la ciudad a no separarse de los soldados y campesinos. En este periodo, el carnet de socialrevolucionario era un certificado provisional que daba derecho a entrar en las instituciones de la revolución y que conservó su valor hasta que fue substituido por otro carnet un poco más serio. No en vano se decía, hablando de este gran partido que lo englobaba todo, que no era más que un inmenso cero.

Ya desde la primera revolución los mencheviques sostenían la necesidad de aliarse con los liberales, como consecuencia del carácter burgués de la revolución, y colocaban esta alianza por encima de la colaboración con los campesinos, a los cuales consideraban como aliados poco seguros. Los bolcheviques, por el contrario, basaban toda la

perspectiva de la revolución en la alianza del proletariado con los campesinos contra la burguesía liberal. Como que los socialrevolucionarios se consideraban, ante todo, como el partido de los campesinos, se podía esperar que en la revolución se sellase la alianza de los bolcheviques con los narodniki por contraposición al bloque de los mencheviques, con la burguesía liberal. En realidad, la Revolución de Febrero estructura las fuerzas a la inversa. Los mencheviques y los socialrevolucionarios actúan estrechamente unidos, y completan esta alianza mediante el bloque pactado con la burguesía liberal. Los bolcheviques se encuentran completamente aislados, en el campo oficial de la política.

Este hecho, inexplicable a primera vista, es completamente lógico. Los socialrevolucionarios no eran un partido campesino, a pesar de la simpatía que en el campo despertaban sus consignas. El núcleo de partido, el que determinaba su política efectiva y daba al Gobierno ministros y funcionarios, se hallaba mucho más ligado a los círculos liberales y radicales de la ciudad que a las masas de campesinos insurreccionales. Este núcleo dirigente, que se había dilatado de modo extraordinario gracias a la influencia de arribistas, estaba mortalmente asustado ante las proporciones tomadas por el movimiento campesino, que avanzaba agitando las consignas de los socialrevolucionarios. Los narodniki de nuevo cuño sentían, naturalmente, gran simpatía por los campesinos; lo que no veían con buenos ojos era el "gallo rojo", no querían el incendio. El terror de los socialrevolucionarios ante el campo en armas era paralelo al terror de los mencheviques ante el avance revolucionario del proletariado; en su conjunto, el miedo de los "demócratas" era el reflejo del peligro completamente fundado que representaba el movimiento de los oprimidos para las clases poseedoras, englobadas en el campo único de la reacción burguesa y terrateniente. El bloque de los socialrevolucionarios con el Gobierno del terrateniente Lvov señaló la ruptura con la revolución agraria, del mismo modo que el bloque de los mencheviques con los industriales y banqueros tipo Guchkov, Tereschenko y Konovalov, equivalía a su ruptura con el movimiento proletario. En estas condiciones, la alianza de los mencheviques y socialrevolucionarios no significaba la colaboración del proletariado con los campesinos, sino, por el contrario, la coalición gubernamental de unos partidos que habían roto con el proletariado y los campesinos en aras del bloque con las clases poseedoras.

De lo dicho se deduce con toda claridad hasta qué punto era ficticio el socialismo de esos dos partidos democráticos; lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que su democratismo fuera real y efectivo. Todo lo contrario, pre-

elsamente, porque era el suyo un democratismo anémico, necesitaba cubrirse con la máscara socialista. El proletariado ruso luchaba por la democracia, en un antagonismo irreconciliable con la burguesía liberal. Los partidos democráticos, colligados con la burguesía liberal, tenían que entrar inevitablemente en pugna con el proletariado. He aquí la raíz social de la encarnizada lucha que más tarde había de librarse entre los colaboracionistas y los bolcheviques.

Reduciendo los procesos que dejamos esbozados a su mecánica extrema de clase, de la cual, naturalmente, no se daban perfecta cuenta los afiliados, ni aún los dirigentes de los dos partidos colaboracionistas, obtenemos, sobre poco más o menos, el siguiente deslinde de funciones históricas. La burguesía liberal no podía dominar ya a las masas. Por esto temía la revolución. Pero la revolución era necesaria para el desarrollo burgués. De la burguesía censitaria se separan dos destacamentos, formados por sus hermanos menores y sus hijos. Uno de estos destacamentos fue enderezado hacia los obreros, el otro hacia los campesinos, a quienes intentaban atraerse respectivamente, pugnando por demostrarles de un modo sincero y caluroso que eran socialistas y enemigos de la burguesía. De este modo, adquirieron, de manera efectiva, una influencia considerable sobre el pueblo. Pero pronto los efectos de sus ideas llegaron más allá de donde a ellos les convenía. La burguesía vio que se acercaba un peligro mortal y dio la señal de alarma. Las dos filiales que se habían separado de ella, los mencheviques y los socialrevolucionarios, respondieron unánimemente al llamamiento de sus mayores. Saltando por encima de las viejas desavenencias, se pusieron en estrecho contacto y, volviéndose de espaldas a las masas, corrieron en auxilio de la sociedad burguesa amenazada.

La inconsistencia y la mezquindad de los socialrevolucionarios causan asombro, aun comparadas con las de los mencheviques. Los bolcheviques los consideraban en todos los momentos culminantes, sencillamente, como kadetes de tercera categoría. Por su parte, los kadetes los trataban como a bolcheviques de tercera clase. La segunda categoría les correspondía, en uno y otro caso, a los mencheviques. La inconsistencia de la base y su ideología informe determinaron la selección personal congruente: todos los jefes socialrevolucionarios se distinguían por su superficialidad, su falta de concreción y su sentimentalismo estéril. Sin exageración, puede decirse que cualquier bolchevique de fila daba pruebas de más perspicacia política, es decir, de mayor percepción para las relaciones entre las clases, que los jefes revolucionarios de mayor reputación.

Faltos de criterios sólidos, los socialrevolucionarios propendían a los imperativos éticos. Huelga decir que estas

pretensiones morales no eran obstáculo para que en la gran política manifestasen todas esas pequeñas astucias y bribonerías tan características en general, de los partidos intermedios sin base consistente, sin doctrina clara y sin un auténtico eje moral.

En el bloque de los mencheviques y socialrevolucionarios, el puesto dirigente correspondía a los mencheviques, a pesar de que los socialrevolucionarios tenían una superioridad numérica indiscutible. En este reparto de papeles se manifestaba, a su manera, la hegemonía de la ciudad sobre el campo, el predominio de la pequeña burguesía urbana sobre la rural, y, finalmente, la superioridad ideológica de la "inteligencia marxista" sobre esa otra "inteligencia" que profesaba una sociología nacionalista de "verdaderos rusos" y ostentaba orgullosa la esterilidad de la vieja historia del país.

En las primeras semanas que siguieron a la insurrección, ninguno de los partidos de izquierda, como ya sabemos, tenía en la capital un auténtico "estado mayor". Los jefes universalmente reconocidos de los partidos socialistas, se hallaban todos en la emigración. Los jefes de segunda fila estaban en camino, desde el Extremo Oriente, a la capital. Esto obligaba a los dirigentes provisionales de todos los grupos a mantener una actitud circunspecta en la expectativa que les acercaba. Durante esas semanas, ninguno de los grupos dirigentes desarrolló sus pensamientos hasta sus últimas consecuencias. La lucha de los partidos en el Soviet tenía un carácter extremadamente pacífico: diríase que se trataba de matices en el interior de una misma "democracia revolucionaria". Es cierto que al volver Tsereteli de la deportación (19 de marzo), el rumbo soviético dio un recio viraje a la derecha, en el sentido de una responsabilidad directa por el poder y por la guerra. También los bolcheviques, a mediados de marzo, bajo el influjo de Kamenév y de Stalin, que acababan de llegar de la deportación, se orientaron marcadamente hacia la derecha, de modo que la distancia entre la mayoría soviética y la oposición de izquierda era acaso menor, a principios de abril que a principios de marzo. La verdadera diferenciación empezó un poco más tarde; incluso se puede precisar la fecha: fue el 4 de abril, al día siguiente de llegar Lenin a Petrogrado.

El partido de los mencheviques tenía al frente de sus distintas tendencias a una serie de figuras preeminentes, pero no disponía ni de un solo jefe revolucionario. La extrema derecha, acaudillada por los viejos maestros de la socialdemocracia rusa, Plejanov, Vera Sasulich y Deuch, ya había adoptado una actitud patriótica bajo la autocracia. En vísperas de la Revolución de Febrero, Plejanov, que había degenerado lamentablemente, escribía en un perió-

dico norteamericano que las huelgas y otras formas de lucha de los obreros en Rusia eran, en aquellos instantes, un crimen. Los sectores más extensos de los viejos mencheviques, entre los que figuraban hombres como Martov, Dan y Tsereteli, se consideraban adscritos a las tendencias de Zimmerwald y declinaban toda responsabilidad por la guerra. Pero el internacionalismo de los mencheviques de izquierda, lo mismo que el de los socialrevolucionarios izquierdistas, encubría en la mayor parte de los casos un opositorismo democrático. La Revolución de Febrero reconcilió a la mayoría de estos "zimmerwaldianos" con la guerra, en la cual veían ahora la defensa de la revolución. El que de un modo más decidido abrazó este camino fue Tsereteli, que arrastró consigo a Dan y a otros. Martov, que al estallar la guerra se hallaba en Francia y que no llegó del extranjero hasta el 9 de mayo, no podía dejar de ver que sus correligionarios de ayer retornaban después de la Revolución de Febrero a la misma posición de que habían partido Guesde, Sembat y otros, en 1914, cuando tomaron sobre sus hombros la defensa de la república burguesa contra el absolutismo germánico. Martov, que se hallaba al frente del ala izquierda de los mencheviques y que no había conseguido representar ningún papel importante en la revolución, mantenía una actitud de oposición frente a la política de Tsereteli y Dan, impidiendo, al mismo tiempo, que los mencheviques de izquierda se acercasen a los bolcheviques. El portavoz del menchevismo oficial era Tsereteli, al que seguía indudablemente la mayoría del partido. Los patriotas prerrevolucionarios se allaron sin dificultad con los patriotas de febrero. Sin embargo, Plejanov tenía su grupo propio, un grupo completamente chovinista, que se hallaba fuera del partido, incluso del Soviet. La fracción de Martov, que no llegó a salirse del partido, no tenía periódico propio, como tampoco tenía política propia. Como siempre, durante los grandes acontecimientos históricos, Martov se desconcertaba y se perdía en el vacío. Lo mismo en 1917 que en 1905, la revolución apenas advirtió que existía este hombre prominente.

Casi automáticamente, fue nombrado presidente del Soviet de Petrogrado y luego del Comité Ejecutivo, el que lo era de la fracción menchevique de la Duma, Chjeidse, quien en el cumplimiento de sus deberes se esforzaba en poner como contribución todas las reservas de su inteligencia, cubriendo su constante falta de confianza en sí mismo con chanzas superficiales. El llevaba la señal inequívoca de su origen provinciano. La Georgia montañosa, país del sol, de los viñedos, de los campesinos y de los pequeños aristócratas, con un reducido tanto por ciento de obreros, había ido formando un amplio sector de intelectuales de izquier-

da, ágiles, con temperamento, pero que en su aplastante mayoría no se habían remontado por sobre el horizonte pequeñoburgués. Georgia envió diputados mencheviques a las cuatro Dumas, y en las cuatro fracciones parlamentarias sus diputados desempeñaron el papel de líderes. Georgia se convirtió en la Gironde de la Revolución Rusa. Si a los girondinos del siglo XVIII se les acusaba de federalismo, los girondinos de Georgia, habiendo comenzado por la defensa de una Rusia una e indivisible, acabaron en el separatismo.

La figura más preeminente de la Gironde georgiana era, sin duda, el ex diputado de la segunda Duma, Tsereteli, que, inmediatamente de regresar de la deportación, se puso al frente no sólo de los mencheviques, sino de toda la mayoría soviética de aquel entonces. Tsereteli que no era un teórico, ni siquiera un periodista, pero sí un orador eminente, era un radical de tipo meridional francés, que hubiera vivido como el pez en el agua en un régimen de rutina parlamentaria. Pero había nacido en una época revolucionaria y en su juventud se había intoxicado con una dosis de marxismo. Desde luego de todos los mencheviques era el que manifestaba un mayor empuje frente a la marcha de la revolución y una tendencia a ser consecuente. Precisamente por eso contribuyó más que todos al fracaso del régimen de febrero. Chjeidse se sometía por entero a Tsereteli, aunque había momentos en que le asustaba su intransigencia doctrinaria, que tanto acercaba al pre-sidiario revolucionario de ayer a los representantes conservadores de la burguesía.

El menchevique Skobelev, que debía su popularidad a su condición de diputado de la última Duma, producía, y no sólo por su aspecto juvenil exterior, la impresión de un estudiante que desempeñara el papel de hombre de Estado en una representación familiar. Skobelev se especializó en la represión de los "excesos", en la liquidación de los conflictos locales y, en general, en la labor de ir tapan-do los agujeros del poder dual, hasta que fue incluido en el Gobierno de coalición de mayo con el desventurado papel de Ministro del Trabajo.

La figura más influyente entre los mencheviques era Dan, viejo militante del partido, considerado siempre como la segunda figura después de Martov. Si el menchevismo estaba impregnado de las costumbres y el espíritu de la socialdemocracia alemana de la época de la decadencia, Dan parecía sencillamente un miembro de Comité del partido alemán, algo así como un Ebert de menos categoría. Un año después, el Dan alemán practicaba con éxito, en su país, la política que pretendiera practicar, con poca fortuna, el Ebert ruso. Pero las causas del éxito de

aquél y del fracaso de éste no deben buscarse en las personas, sino en las circunstancias.

Si en la orquesta de la mayoría del Soviet Tsereteli llevaba la batuta, Liber tocaba el clarinete con toda la fuerza de sus pulmones y con los ojos inyectados de sangre. Liber era un menchevique de la Unión Obrera Judía (Bund), con pasado revolucionario, hombre sincero, de gran temperamento, muy elocuente, muy limitado y que se desvivía por parecer como un patriota inflexible y un hombre de Estado decididamente férreo. Profesaba un odio mortal a los mencheviques.

La falange de los líderes mencheviques puede cerrarse con el ex bolchevique de la extrema izquierda. Voitinski, figura prestigiosa de la primera revolución, condenado a trabajos forzados y que en marzo rompió con el partido, con motivo de su actitud patriótica. Al afiliarse a los mencheviques, Voitinski se convirtió, como era de rigor, en un tragabolcheviques profesional. No le faltaba más que el temperamento para igualar a Liber en su furor contra sus ex camaradas.

El estado mayor de los narodniki era tan poco homogéneo como el de los mencheviques, pero mucho menos valioso y relevante. Los llamados socialistas populares, que constituyen la extrema derecha, estaban capitaneados por el viejo emigrado Chaikovski, que igualaba a Plejanov por su chovinismo, pero sin tener ni su talento ni su pasado. A su lado, se hallaba la anciana Breschko-Breschkovskaya, a quien los socialrevolucionarios llamaban "la abuela de la revolución rusa", y que aspiraba celosamente a convertirse en la madrina de la contrarrevolución. El anarquista Kropotkin, anciano ya, que conservaba de su juventud una cierta debilidad por los narodniki, se aprovechó de la guerra para desautorizar lo que había enseñado en el transcurso de casi medio siglo: el negador del Estado se convirtió en un entusiasta abogado de la *Entente*, y si combatía el poder dual ruso no era precisamente en nombre de la anarquía, sino reclamando todos los poderes para la burguesía. Pero estos ancianos representaban un papel más bien decorativo, si bien corriendo el tiempo, durante la guerra contra los bolcheviques, Chaikovski había de acaudillar uno de los gobiernos blancos sostenidos por Churchill.

Ocupaba el primer lugar entre los socialrevolucionarios, Kerensky, hombre que carecía totalmente de pasado como militante del partido. En nuestra exposición tropezaremos más de una vez con esta figura providencial, cuya fuerza en el período de la dualidad de poderes consistía en combinar las debilidades del liberalismo con las de la democracia. Su incorporación formal al partido de los socialrevolucionarios no hizo variar su actitud despectiva con respecto a todos

los partidos: Kerensky se consideraba el elegido de la nación. Pero no olvidemos que el partido había dejado de ser, en aquel tiempo, un partido, para convertirse en un grandioso cero nacional, que encontró su jefe adecuado en Kerensky.

Chernov, futuro Ministro de Agricultura y luego presidente de la Asamblea Constituyente, era, indiscutiblemente, la figura más representativa del viejo Partido Socialrevolucionario y no en balde se le consideraba como su inspirador, teórico y jefe. Hombre de conocimientos considerables, pero no articulados en unidad, leído más que ilustrado, Chernov tenía siempre a mano una serie inacabable de citas, apropiadas a las circunstancias, que tuvieron impresionada durante mucho tiempo a la juventud rusa, sin enseñarle gran cosa. Sólo había una cuestión para la que este jefe elocuente no tenía respuesta: a quién conducía y a dónde. Las fórmulas eléctricas de Chernov, sazonadas con moralejas y poesías, congregaron durante algún tiempo a un público heterogéneo, que en los momentos críticos vacilaba siempre entre los distintos derroteros. Se explicaba que Chernov opusiera sus métodos de formación de un partido al "sectarismo" de un Lenin.

Chernov llegó del extranjero cinco días después que Lenin: Inglaterra, después de muchas vacilaciones, le dejó atravesar por sus dominios. A las numerosas aclamaciones con que fue recibido en el Soviet, el jefe del mayor partido contestó con un extenso discurso, a propósito del cual, Sujanov, que era socialrevolucionario a medias, se expresa así: "No sólo yo, sino muchos otros patriotas del Partido Socialrevolucionario arrugaban el ceño y meneaban la cabeza, al ver el modo como hablaba, su extraña afectación, declamando sin fin, con los ojos en blanco y sin decir nada concreto." Toda la actuación ulterior de Chernov durante la revolución había de desenvolverse a tono con su primer discurso. Después de algunas tentativas para oponerse desde la izquierda a Kerensky y Tsereteli, Chernov, bloqueado por todas partes, se rindió sin combatir, se curó de su zimmerwaldianismo de emigrado y entró en la Comisión de enlace, y más tarde en el Gobierno de coalición. Nada de lo que hacía caía bien. En vista de esto, decidió eludir toda responsabilidad. La abstención a la hora de votar se convirtió para él en la fórmula de su existencia política. Su prestigio, durante el período que va de abril a octubre, fue diluyéndose con más rapidez aún que las filas de su partido. A pesar de las diferencias que mediaban entre Chernov y Kerensky, que se odiaban mutuamente, ambos tenían sus raíces en el pasado prerrevolucionario, en la fragilidad de la vieja sociedad rusa, en aquella intelectualidad insulsa y pretenciosa que ardía en deseos de ilustrar, tutelar

y proteger a las masas populares, pero que era absolutamente incapaz de escucharlas, de comprenderlas y de aprender en ellas, y sin lo cual no cabe una verdadera política revolucionaria.

Avksentiev, exaltado por el Partido a los puestos más elevados de la revolución —presidente del Comité Ejecutivo de los diputados campesinos, Ministro del Interior, presidente del Preparlamento—, representaba ya la perfecta caricatura de un político: seductor profesor de literatura del liceo de señoritas de Orel —es todo lo que se puede decir de él—. Verdad es que su actuación política era mucho más nociva que su persona.

Gotz desempeñó, aunque entre bastidores, un gran papel en la fracción de los socialrevolucionarios y en el núcleo dirigente del Soviet. Terrorista, perteneciente a una conocida familia revolucionaria, Gotz era menos pretencioso y más práctico que sus amigos políticos más cercanos, pero en su calidad de "práctico" se limitaba a las cuestiones de cocina, cediendo a los demás los grandes problemas. Hay que añadir, además, que no era ni orador ni escritor y que su principal recurso era su prestigio personal, adquirido a costa de varios años de trabajos forzados.

Y con esto, quedan nombrados todos los elementos dignos de señalar entre los dirigentes narodniki. Les siguen figuras ya completamente fortuitas, como Filipovski, de quien nadie podía explicarse por qué se había elevado hasta las cimas mismas del Olimpo de Febrero; suponemos que desempeñaría un papel decisivo en esta carrera su uniforme de oficial de marina.

Al lado de los jefes oficiales de los dos partidos dominantes en el Comité Ejecutivo, había no pocos "salvajes" aislados, que habían participado en los orígenes del movimiento en sus distintas etapas, hombres que mucho antes de la revolución se habían apartado de la lucha y que ahora, después de volver precipitadamente a ella bajo las banderas de la revolución triunfante, no se apresuraban a someterse al yugo de ningún partido. En todas las cuestiones fundamentales, los "salvajes" seguían a la mayoría del Soviet. En los primeros tiempos, desempeñaban incluso el papel directo, pero a medida que iban llegando del destierro y de la emigración los jefes oficiales, los sin-partido quedaban relegados a segundo término; la política tomaba formas más definidas y los partidos iban recobrando sus derechos.

Los adversarios reaccionarios del Comité Ejecutivo hicieron resaltar más de una vez, andando el tiempo, la preponderancia de los alógenos, en este Comité: judíos, georgianos, letones, polacos, etc. Si bien en proporción con el total de los miembros del Comité Ejecutivo estos elementos alógenos representaban un tanto por ciento muy poco

elevado, es indudable que ocupaban un lugar relevante en el Buró, en las comisiones políticas, entre los ponentes, etc. Y como quiera que los intelectuales de las nacionalidades oprimidas, concentrados principalmente en las ciudades, llenaban abundantemente las filas revolucionarias, no tiene nada de sorprendente que la cifra de estos elementos fuera bastante considerable entre la vieja generación de revolucionarios. Su experiencia, aunque no siempre fuera de elevada calidad, les hacía indispensables en el momento de elaborar nuevas formas sociales. Sin embargo, es completamente absurdo querer presentar la política de los Soviets y la marcha de la revolución como un resultado de la invasión de estos elementos. Aquí, el nacionalismo pone de manifiesto una vez más su desprecio por la nación real, es decir, por el pueblo, presentándolo, en el período de su gran despertar nacional, como un simple instrumento en manos extrañas y advenedizas. ¿Por qué y cómo estos elementos extraños a la raza obtuvieron una fuerza tan milagrosa sobre millones de hombres? En realidad, lo que ocurre es que, en momentos de intensa transformación histórica la gran masa de la nación pone, a veces, a su servicio a los elementos que ayer eran todavía oprimidos, y por esta razón se muestran más dispuestos a dar expresión a los nuevos fines. No es que los pueblos racialmente extraños conduzcan la revolución; lo que ocurre es que la revolución nacional se aprovecha de ellos. Así sucedió incluso durante las grandes reformas implantadas desde arriba. La política de Pedro I no dejó de ser nacional cuando, desviándose del antiguo camino, puso a su servicio a los elementos alógenos y a los extranjeros. Los maestros artesanos del barrio alemán y los constructores holandeses de buques expresaban mejor, en aquel período, las necesidades del desarrollo nacional de Rusia que los popes rusos, descendientes no pocas veces de Grecia, o los boyardos moscovitas, que se lamentaban tanto de la invasión de extranjeros, aunque ellos mismos descendían de los extranjeros que formaban el Estado ruso. En todo caso, la intelectualidad alógena de 1917 se enrolaba en los mismos partidos que la rusa, adolecía de los mismos defectos y cometía los mismos errores, con la particularidad de que los elementos racialmente extraños de los medios mencheviques y socialrevolucionarios se distinguían por su celo especial en lo que se refería a la defensa y a la unidad de Rusia.

Así se presentaba el Comité Ejecutivo, órgano supremo de las democracias. Dos partidos que habían perdido las ilusiones, pero que conservaban los prejuicios, con un estado mayor de jefes incapaces de pasar de las palabras a los hechos, velanse colocados al frente de una revolución llamada a romper cadenas centenarias y a echar los cimientos

de una nueva sociedad. Toda la actuación de los colaboracionistas fue una serie de contradicciones dolorosas, que dejaron exhausta a las masas populares y prepararon las convulsiones de la guerra civil.

Los obreros, los soldados y los campesinos tomaban las cosas en serio y entendían que los Soviets creados por ellos debían emprender inmediatamente la extirpación de la calamidad que había engendrado la revolución. Todos acudían a los Soviets. Acudían todos a ellos con los problemas que más les inquietaban. ¿Y quién no tenía algo de que lamentarse? Todo el mundo exigía decisiones rápidas, confiaba en la ayuda, confiaba en la justicia, insistía en la revancha. Los oprimidos daban por sentado que el poder enemigo había sido reemplazado, al fin, por el suyo propio. El pueblo tiene confianza en el Soviet, está armado; por lo tanto, el Soviet es el poder. Así lo creían, y ¿acaso no tenían razón para creerlo? Una avalancha constante de soldados, de obreros, de mujeres, de soldados, de pequeños vendedores, de empleados, de madres, de padres, abría y cerraba las puertas; buscaba, preguntaba, lloraba, exigía, obligaba a tomar medidas, a veces indicaba con precisión qué medidas debían tomarse y transformaba el Soviet en un real poder revolucionario. “Esto no redundaba en provecho del Soviet, y no entraba, desde luego, en los planes del mismo”, se lamentaba nuestro conocido Sujanov, que, como es natural luchaba contra todo esto en la medida de sus fuerzas. ¿Con qué resultado? Sujanov se ve obligado a reconocer que “el aparato soviético fue desplazado automáticamente contra la voluntad del Soviet, a la máquina oficial del Estado, la cual funcionaba cada vez más en el vacío.” ¿Qué hacían para evitarlo los conductores de esa máquina que funcionaba en el vacío? “No había más remedio que conformarse y hacerse cargo de toda una serie de funciones administrativas —reconoce melancólicamente Sujanov— sosteniendo al mismo tiempo la ficción de que era el Palacio Marinski el que gobernaba.” He aquí a lo que se dedicaba aquella gente, en un país arruinado, sobre el que ardían las llamaradas de la guerra y de la revolución: salvaguardar con medidas carnalescas el prestigio de un Gobierno que el pueblo rechazaba orgánicamente. ¡Que se hunda la revolución, pero que se salve la ficción! Al mismo tiempo, el poder que aquella gente expulsaba por la puerta volvía a entrar por la ventana, tomándolos cada vez desprevenidos y colocándolos en una situación ridícula e indigna.

Ya en la noche del 27 al 28 de febrero, el Comité Ejecutivo suprimió la prensa monárquica y no dejó publicar más periódicos que los autorizados. Se levantaron numerosas protestas. Los que más alzaban la voz eran los que

estaban acostumbrados a cerrar la boca a todo el mundo. Unos días después, el Comité Ejecutivo hubo de plantear nuevamente la cuestión de la libertad de prensa: ¿Autorizaba o no la salida de los periódicos reaccionarios? Surgieron discrepancias de criterio. Los doctrinarios tipo Sujanov sostenían el de la absoluta libertad de prensa. Chjeidse, en un principio, no se mostró de acuerdo con esto: ¿Cómo se iban a dejar las armas en manos de los enemigos mortales, sin ninguna traba? Digamos de paso que a nadie se le ocurrió someter la cuestión al Gobierno. Y se comprende, pues hubiera sido inútil: los tipógrafos no acataban más disposiciones que las del Soviet. El 5 de marzo el Comité Ejecutivo confirmó el acuerdo: clausurar las publicaciones de derecha y someter al Soviet la salida de nuevos periódicos. Pero ya el día 10 esta decisión fue anulada bajo la presión de los elementos burgueses. “Bastaron tres días para que la gente entrara en razón”, decía Sujanov, triunfante. ¡Entusiasmo infundado! La prensa no está por encima de la sociedad. Las condiciones de su existencia durante la revolución refleja la marcha misma de ésta. Cuando la revolución toma o puede tomar el carácter de guerra civil, ninguno de los campos beligerantes admite la existencia de prensa enemiga en la órbita de su influencia, de la misma manera que no se desprende voluntariamente del control sobre los arsenales, los ferrocarriles o las imprentas. En la lucha revolucionaria, la prensa no es más respetable que el derecho a la vida, que la revolución se abroga también. Puede firmarse, como ley, que los gobiernos revolucionarios son tanto más liberales, tolerantes y “generosos” con la reacción, cuanto más mezquino es su programa, cuanto más comprometido se halla con el pasado y más conservador es su papel. Y a la inversa: cuanto más grandiosos son los fines y mayor suma tiene de derechos conquistados e intereses lesionados, más intenso es el poder revolucionario y más dictatorial. Podrá ser esto un mal o un bien, el hecho es que hasta ahora la humanidad ha avanzado siguiendo ese camino. El Soviet tenía razón, cuando quería mantener en sus manos el control sobre la prensa. ¿Por qué renunció tan fácilmente a ejercerlo? Porque había renunciado a toda lucha seria. El Soviet no aludía para nada a la paz, ni a la tierra, ni siquiera a la república. Cuando entregó el poder a la burguesía conservadora no tenía motivos para temer nada de la prensa de derecha ni para pensar que se vería en el trance de luchar contra ella. En cambio, pocos meses después, el Gobierno, apoyado por el Soviet, adoptaba una actitud de implacable represión contra la prensa de izquierda. Los periódicos bolcheviques veíanse suspendidos, sin empacho, uno tras otro.

El 7 de marzo declamaba en Moscú Kerensky: “Nico-

lás II está en mis manos... Yo no seré nunca el Marat de la revolución rusa... Nicolás II se dirige a Inglaterra bajo mi vigilancia personal..." Las damas arrojaban flores, los estudiantes aplaudían. Pero las masas se agitaban. No se había visto nunca una revolución sería, es decir, que tuviera algo que perder, que mandara al extranjero al monarca destronado. De los obreros y soldados llegaban reclamaciones constantes pidiendo que se retirara a los Romanov. El Comité Ejecutivo tuvo la sensación de que en este asunto no se podía andar con bromas. Se decidió que el Soviet tamara en sus manos la suerte de la familia real: con ello se reconocía abiertamente que el Gobierno no era digno de confianza. El Comité Ejecutivo dio a todas las líneas férreas orden de que no se dejara pasar a Romanov: he aquí por qué el tren del zar andaba errante de un lado para otro. Fue designado para proceder a la detención de Nicolás uno de los miembros del Comité Ejecutivo, el obrero Gvozdióv, menchevique de derecha. De este modo quedaba desautorizado Kerensky, y con él todo el Gobierno. Pero éste no dimitió, sino que se sometió calladamente. Ya el 9 de marzo, Chjeldse informaba al Comité Ejecutivo que el Gobierno había "renunciado" a la idea de trasladar a Nicolás a Inglaterra. La familia del zar fue arrestada en el Palacio de Invierno. Con esto el Comité Ejecutivo se roba a sí mismo el poder de debajo de la almohada. Y del frente no cesaban de llegar peticiones cada vez más insistentes para que se recluyera al ex Zar en la Fortaleza de Pedro y Pablo.

Las revoluciones han señalado siempre transformaciones profundas en el régimen de la propiedad, no sólo por la vía legislativa, sino también por la de la acción espontánea de las masas. Las revoluciones agrarias no se han producido nunca de otro modo en la Historia: las reformas legales han venido siempre, invariablemente, después del "gallo rojo". En las ciudades, el margen de expropiaciones espontáneas ha sido siempre menor: las revoluciones burguesas no se proponían conmover las bases de la propiedad burguesa. Pero no ha habido aún, que sepamos, ninguna verdadera revolución en la cual las masas no se apoderaran de los edificios pertenecientes antes a los enemigos del pueblo, para ponerlos al servicio de las necesidades sociales. Inmediatamente después de la Revolución de Febrero, salieron de la clandestinidad los partidos, surgieron los sindicatos, por todas partes se celebraron mítines, todos los distritos tenían sus Soviets; todo el mundo tenía necesidad de locales. Las organizaciones se apoderaban de las villas deshabitadas de los ministros o de los palacios vacíos de las bailarinas del zar. Los perjudicados se quejaban a las autoridades, cuando no intervenían éstas espontáneamente.

Pero como los expropiadores eran, en rigor, los dueños del poder, y el poder oficial era un fantasma, los fiscales se veían, en fin de cuentas, obligados a dirigirse al mismo Comité Ejecutivo, con la demanda de que se restablecieran los derechos atropellados de las bailarinas, cuyas funciones, poco complicadas, eran pagadas con el dinero del pueblo por miembros de la dinastía. Como era de rigor, se ponía en movimiento a la Comisión de enlace, los ministros trataban el asunto en sus sesiones, la mesa del Comité Ejecutivo deliberaba asimismo acerca de él, se enviaban delegaciones a parlamentar con los expropiadores y la tramitación duraba meses enteros.

Sujanov dice que, en su calidad de hombre de "izquierda", no tenía nada que oponer a las intromisiones legales de carácter radical en el derecho de propiedad, pero que en cambio era "enemigo" declarado de toda "expropiación violenta." He aquí los subterfugios con que estos seudoizquierdistas acostumbraban cubrir su bancarrota. Un gobierno verdaderamente revolucionario hubiera podido, indubablemente, reducir al mínimo las expropiaciones caóticas mediante la publicación oportuna de un decreto sobre la requisa de los locales. Pero los colaboracionistas de izquierda habían cedido el poder a los fanáticos de la propiedad para después predicar vanamente a las masas el respeto a la legalidad revolucionaria... al aire libre. El clima de Petrogrado es poco favorable al peripatetismo.

Las colas, estacionadas a las puertas de las panaderías, dieron el último impulso a la revolución y fueron la primera amenaza para el nuevo régimen. Ya en la asamblea de constitución del Soviet, se decidió crear una Comisión de aprovisionamientos. El Gobierno se preocupaba poco del abastecimiento de la población de la capital y no hubiera tenido inconveniente alguno en rendirlas por el hambre. Era, pues, misión del Soviet ocuparse de ello. El Soviet disponía de economistas y estadistas con cierta práctica, que habían servido antes en los órganos económicos y administrativos de la burguesía. Tratábase, en la mayoría de los casos, de mencheviques de la derecha, como Groman y Cherevanin, o de ex bolcheviques, que habían evolucionado muy a la derecha como Bazarov y Avilov. Pero, tan pronto como se vieron frente a frente con el problema de abastecer la capital, la situación les obligó a proponer medidas extremadamente radicales, para poner coto a la especulación y organizar el mercado. Después de una serie de sesiones, el Soviet adoptó todo un sistema de medidas de "socialismo de guerra", que comprendían la requisa de todas las reservas de trigo, como propiedad del Estado; la implantación de precios de tasa para el trigo, proporcionados a los que se establecían para los productos de la in-

dustria; el control de Estado sobre la producción, el intercambio regular de mercancías con el campo, etc. Los jefes del Comité Ejecutivo se miraban unos a otros inquietos, pero como no sabían qué proponer, no tuvieron más remedio que adherirse a aquellos acuerdos radicales. Los miembros de la Comisión de enlace los transmitieron luego tímidamente al Gobierno. Este prometió estudiarlos. Pero ni el príncipe Lvov, ni Guchkov, ni Konovalov, tenían muchas ganas de fiscalizarse y requisarse a sí mismos y a sus amigos. Todos los acuerdos económicos del Soviet amenazaban estrellarse contra la resistencia pasiva del aparato burocrático, si no se llevaban a la práctica por los propios Soviets locales. La única medida eficiente que impuso el Soviet de Petrogrado, en lo que a abastecimiento se refiere, fue el establecimiento de una ración de tasa para el pan: libra y media para las personas dedicadas al trabajo físico y una libra para las demás. Ciertamente es que este racionamiento no determinaba todavía modificaciones en el presupuesto real de alimentos de la capital: con una libra o libra y media de pan se puede vivir. La insuficiencia diaria en la alimentación vendrá más tarde. La revolución tendrá que apretarse cada vez más el cinturón, no por meses, sino por años enteros, y la revolución soportará también esta prueba. Ahora, lo que atormenta no es aún el hambre, sino lo desconocido, la incertidumbre del giro tomado, la falta de confianza en el mañana. Las dificultades económicas, agudizadas por treinta y dos meses de guerra, llaman a las puertas y a las ventanas del nuevo régimen. La desorganización de los transportes, la escasez de materias primas, el desgaste de una parte considerable de la maquinaria, la inflación inminente, la desorganización del comercio: todo esto exige medidas audaces e inaplazables. Los colaboracionistas, que comprendían su necesidad desde el punto de vista económico, las hacían imposibles en el terreno político. Cada problema económico con que tropezaban se convertía en la condenación de la dualidad de poderes, y cada decisión que se veían obligados a tomar les quemaba los dedos de un modo insoportable.

La jornada de ocho horas fue una gran piedra de toque, el gran problema que sirvió para poner las fuerzas a prueba. La insurrección ha triunfado, pero la huelga general continúa. Los obreros están seriamente convencidos de que el cambio de régimen debe traducirse en alguna modificación favorable de su modo de vida. Esto inquieta inmediatamente a los nuevos gobernantes, tanto liberales como socialistas. Los partidos y periódicos patrióticos lanzan su llamamiento: "Los soldados a los cuarteles, los obreros a las fábricas." ¿Es decir, que todo sigue como antes?, se preguntaban los obreros. Por el momento sí, contestaban con-

fusos los mencheviques. Pero los obreros comprenden que si no arrancan modificaciones inmediatas, en lo sucesivo será todavía peor. La burguesía confía a los socialistas la misión de arreglar las cosas con los obreros. Fundándose en que el triunfo obtenido "ha garantizado en grado suficiente la posición de la clase obrera en su lucha revolucionaria" —en efecto, ¿acaso no están en el poder los terratenientes liberales?—, el 5 de marzo el Comité Ejecutivo decide reanudar el trabajo en la región de Petrogrado. Los obreros a las fábricas: tal es la fuerza del egoísmo blindado de las clases ilustradas, lo mismo los liberales que sus socialistas. Por lo visto, esta gente se imaginaba que aquellos millones de obreros y soldados arrastrados a la insurrección por la presión irresistible del descontento y de la esperanza, se reconciliarían sumisamente al día siguiente del triunfo, con las mismas condiciones de vida de antes. Los caudillos habían sacado de los libros de historia la convicción de que así había acontecido en las revoluciones pasadas. Pero no; tampoco en el pasado aconteció nunca así. Para tratar a las masas como a un rebaño, también en tiempos pasados había que recurrir a caminos sinuosos, a toda una red de derrotas y astucias. Marat sentía muy agudamente el cruel reverso social de las revoluciones políticas. Por esto lo calumnian tanto los historiadores oficiales. "La revolución sólo se realiza y es apoyada por las clases inferiores de la sociedad, por todos esos desheredados a quienes la riqueza insolente trata como a canalla y a los cuales los romanos, con su cinismo proverbial, llamaron proletarios", escribe un mes antes del golpe del 10 de agosto de 1792. Y se pregunta: "¿Quién da la revolución a los desheredados? Después de haber alcanzado, en un principio, ciertos éxitos, el movimiento resulta, a la postre, vencido; le faltan siempre conocimientos, habilidad, medios, armas, jefes, un plan de acción fijo, y cae, indefenso, ante los conspiradores, que disponen de experiencia, habilidad y astucia." ¿No se explica perfectamente que Kerensky no quisiera ser el Marat de la Revolución Rusa?

Uno de los antiguos capitanes de la industria rusa, V. Auerbach, cuenta, indignado, que "el pueblo creía que la revolución, era algo así como una fiesta: a la sirvienta, por ejemplo, no se la veía durante días enteros; se paseaba por las calles, adornada con cintas rojas, recorría la ciudad en automóvil y sólo volvía a casa por la mañana, para lavarse y echarse otra vez a la calle". Es curioso que, en su afán por presentar la acción desmoralizadora de la revolución, el acusador de ésta se vea obligado a pintar la conducta de la sirvienta exactamente con los mismos rasgos que, si se exceptúa la cinta roja, reproduce al pie de la letra la vida habitual de las patricias burguesas. Sí, es verdad; la revolu-

ción es celebrada por los oprimidos como una fiesta, o como la vigilia de una fiesta, y, el primer movimiento de las esclavas domésticas, despertadas por la revolución, consiste en aflojar el yugo de la esclavitud humillante y desesperanzada de cada día. La clase obrera, en su conjunto, no podía ni siquiera contentarse con las cintitas rojas como símbolo de triunfo... para otros. En las fábricas de Petrogrado reinaba la agitación. Muchas se negaron abiertamente a someterse a la orden dada por el Soviet. Los obreros estaban siempre dispuestos, naturalmente, a volver a la fábrica, pues ¡qué otro remedio tenían! Pero ¿en qué condiciones? Los trabajadores exigían la jornada de ocho horas. Los mencheviques recordaban el ejemplo de 1905, durante el cual los obreros intentaron implantar la jornada de ocho horas por iniciativa propia y fueron derrotados. "La lucha en los frentes —contra la reacción y contra los capitalistas— rebasa las fuerzas del proletariado." Esta era su idea central. Los mencheviques inclinábanse a aceptar, en general, la ruptura fatal con la burguesía en un futuro próximo. Pero esta aceptación, puramente teórica, no obligaba a nada. Los mencheviques entendían que no había que forzar la ruptura. Y como la burguesía no se pasa, precisamente, al campo de la reacción obligada por las fuerzas inflamadas de los oradores y periodistas, sino presionada por el movimiento espontáneo de las clases trabajadoras, los mencheviques se oponían con todas sus fuerzas a la lucha económica de los obreros y campesinos. "Las cuestiones sociales —decían— no son, naturalmente, las primordiales. Ahora, por lo que hay que luchar es por la libertad política." Pero los obreros no acertaban a comprender en qué consistía esta mítica libertad. Ellos querían, ante todo, un poco de libertad para sus músculos y sus nervios. Y ejercían presión sobre los patronos. ¡Qué ironía! Precisamente el 10 de marzo, cuando el órgano menchevique decía que la jornada de ocho horas no estaba en la orden del día, la Asociación de Fabricantes, que en la víspera se había visto obligada a entablar relaciones oficiales con el Soviet, manifestaba su conformidad con la implantación de la jornada de ocho horas y la organización de Comités de fábrica. Los industriales demostraban mucha más perspicacia que los estrategos democráticos del Soviet. La cosa no tiene nada de sorprendente: en las fábricas, los patronos se veían frente a frente con los obreros, que en la mitad, por lo menos, de los establecimientos petersburgueses, entre los que figuraban la mayoría de los más importantes, habían abandonado unánimemente las fábricas después de las ocho horas de trabajo, tomándose así ellos mismos lo que les negaba el Gobierno y el Soviet.

Cuando la prensa liberal, enternecida, comparaba el

gesto de los Industriales rusos del 10 de marzo de 1917 con el de la nobleza francesa el 4 de agosto de 1789, se hallaba mucho más cerca de la verdad histórica de lo que ella misma se imaginaba: al igual que los señores feudales de fines del siglo XVIII, los capitalistas rusos obraban impulsados por la necesidad y confiando en asegurarse para lo futuro, con esta concesión temporal, la restitución de lo perdido. Uno de los publicistas kadetes, saltando por encima de la mentira oficial, reconocía sin ambages: "desgraciadamente para los mencheviques, los bolcheviques han obligado ya, por el terror, a la Asociación de Fabricantes a acceder a la implantación inmediata de la jornada de ocho horas". Ya sabemos en qué consistía tal "terror". Indudablemente, los obreros bolcheviques llevaban en este movimiento una parte preeminente, y otra vez, como en los días decisivos de febrero, arrastraban consigo a la aplastante mayoría de los trabajadores.

El Soviet, dirigido por los mencheviques, registró en mezclados sentimientos la grandiosa victoria obtenida en rigor contra él. Sin embargo, los caudillos, cubiertos de oprobio, se vieron obligados a dar otro paso al frente y proponer al Gobierno provisional que publicara, antes de la Asamblea Constituyente, un decreto implantando en toda Rusia la jornada de ocho horas. Pero el Gobierno, de acuerdo con los patronos, se opuso a ello, y, esperando días mejores, se negó a dar satisfacción a este deseo, que le había sido formulado sin insistencia alguna.

En la región de Moscú se entabló la misma lucha, aunque tomó un carácter más prolongado. El Soviet, a pesar de la resistencia de los obreros, exigió también en Moscú la reanudación del trabajo. En una de las fábricas más importantes la propuesta de continuación de la huelga obtuvo 7.000 votos contra 6.000. De modo parecido reaccionaron también las demás fábricas. El 10 de marzo, el Soviet confirmó nuevamente la obligación de volver inmediatamente al trabajo. Este se reanudó en la mayoría de las fábricas, pero casi en todas ellas se luchó por la reducción de la jornada. Los obreros les enmendaban la plana a sus directores con la acción. El Soviet de Moscú, que había resistido tenazmente, no tuvo más remedio, al fin, que implantar formalmente, el día 21 de marzo, la jornada de ocho horas. Los industriales se sometieron de inmediato. En provincias, la lucha continuó durante el mes de abril. En un principio, los Soviets contenían, casi en todas partes, el movimiento y resistían contra él: luego, bajo la presión de los obreros, entablaban negociaciones con los patronos, y allí donde éstos se mostraban reacios, se veían obligados a decretar la jornada de ocho horas por su propia cuenta. ¡Qué brecha en el sistema!

El Gobierno se mantenía deliberadamente al margen de estas luchas. Entre tanto, se libraba una furiosa campaña contra los obreros bajo la dirección de los líderes liberales. Para quebrantar la resistencia de los trabajadores, se decidió colocar enfrente de ellos a los soldados: ¿la reducción de la jornada de trabajo, no implica acaso el debilitamiento del frente? ¿Es que durante la guerra, alguien puede pensar exclusivamente en sí mismo? ¿Es que en las trincheras se cuentan las horas? Cuando las clases poseedoras abrazan el camino de la demagogia, no se detienen ante nada. La agitación tomó un carácter furioso y fue trasplantada a las trincheras. En sus *Memorias del Frente*, el soldado Píreiko reconoce que la campaña de propaganda, que corría principalmente a cargo de los socialistas de nuevo cuño procedentes de la oficialidad, no dejaban de tener éxito: "Pero lo que perdía a los oficiales que intentaban enfrentarse a los soldados con los obreros, era precisamente eso: el ser oficiales. El soldado se acordaba demasiado bien de lo que el oficial era para él no hacía mucho". Sin embargo, donde la campaña contra los obreros tomó un carácter más agudo, fue en la capital. Los industriales, acaudillados por el estado mayor kadete, supieron encontrar recursos y fuerza ilimitada para hacer propaganda entre la guarnición. "Allá por el 20 —cuenta Sujanov—, en todas las encrucijadas, en los tranvías, en todas partes, se podía ver a los soldados y obreros entregados a una furiosa lucha verbal." Había, incluso, casos de colisiones físicas. Los obreros comprendieron el peligro y le cerraron el paso hábilmente. Para ello les bastaba contar la verdad, citar las cifras de los beneficios de guerra, mostrar a los soldados las fábricas y los talleres con el estruendo de las máquinas, las llamas infernales de los hornos, frente permanente en el cual los obreros dejaban incontables víctimas. A iniciativa de los obreros, se organizaron visitas regulares de los soldados a las fábricas, sobre todo a las que trabajaban para la defensa. El soldado miraba y escuchaba; el obrero enseñaba y explicaba. Las visitas terminaban con una fraternización solemne. Los periódicos socialistas publicaban numerosos acuerdos de los regimientos solidarizándose inequívocamente con los obreros. A mediados de abril, el tema que había dado origen al conflicto desapareció de las columnas de la prensa. Los periódicos burgueses enmudecieron. Y los obreros coronaban su victoria económica con un gran triunfo político y moral.

Los acontecimientos relacionados con la lucha por la jornada de ocho horas tuvieron gran importancia para el desarrollo ulterior de la revolución. Los obreros conquistaron unas cuantas horas libres semanales para la lectura, las asambleas y, asimismo, para los ejercicios de fusil, que to-

maron carácter organizado desde la creación de las milicias obreras. Después de tan elocuente lección, los obreros empezaron a vigilar más de cerca a los dirigentes soviéticos. El prestigio de los mencheviques disminuyó seriamente. Los bolcheviques se reforzaron en las fábricas y en algunos cuarteles. El soldado se hizo más atento, más reflexivo, más prudente: había comprendido que alguien lo vigilaba... El designio pérfido de la demagogia se volvió contra sus instigadores. En vez del divorcio y la hostilidad que buscaba, consiguió sellar una inteligencia mucho más estrecha y fraternal entre los obreros y los soldados.

El Gobierno, a pesar del idilio del "enlace", odiaba al Soviet, a sus jefes y a su tutela, como lo puso de manifiesto en la primera ocasión. Como el Soviet realizaba funciones puramente gubernamentales y, además, se encargaba, a instancias del propio Gobierno, de apaciguar a las masas cuando era necesario, el Comité Ejecutivo solicitó que se le concediera una modesta subvención para sus gastos. El Gobierno se negó a ello y, a pesar de las insistencias del Soviet, mantuvo su punto de vista: no se podía sostener con recursos del Estado una "organización puramente particular". El Soviet se calló y las cargas de su presupuesto fueron a pesar sobre los hombros de los obreros, los cuales no se cansaban de hacer colectas destinadas a atender las necesidades de la revolución.

Al propio tiempo, las dos partes, los liberales y los socialistas, mantenían la apariencia de un afecto recíproco sin tacha. En la Conferencia Panrusa de los Soviets se declaró que la existencia de la dualidad de poderes era una invención. Kerensky aseguró a los delegados del Ejército que en lo que se refería a los fines perseguidos existía una completa unidad entre el Gobierno y el Soviet. Tsereteli, Dan y otras firmes columnas del Soviet, negaron con no menos tenacidad la existencia del doble poder. Por lo visto, aspiraban a reforzar un régimen fundado en la mentira, valiéndose de ésta.

Sin embargo, el régimen se tambaleó desde las primeras semanas. Los líderes se dedicaban incansablemente a hacer todas las combinaciones imaginables en el terreno de la organización, esforzándose en apoyarse en representantes ocasionales contra las masas; en los soldados contra los obreros; en las Dumas, los *zemstvos* y las cooperativas nuevas contra los Soviets, en la provincia contra la capital, y, por último, en la oficialidad contra el pueblo.

La forma soviética no entrañaba ninguna fuerza mística; no está libre, ni mucho menos, de los vicios de toda representación, inevitables mientras ésta sea inevitable.

¿Cuales eran las perspectivas políticas del Comité Ejecutivo? Es dudoso que ninguno de los jefes tuviera pers-

pectivas meditadas hasta sus últimas consecuencias. Sujanov afirma más tarde que, de acuerdo con su plan, se cedía el poder a la burguesía solamente por un breve plazo, a fin de que la democracia, robusteciéndose, pudiera tomar este poder de un modo más seguro. Sin embargo, este plan, ingenuo en sí mismo, tiene un carácter retrospectivo evidente. Por lo menos, nadie lo formuló a su debido tiempo. Bajo la dirección de Tsereteli, las vacilaciones del Comité Ejecutivo, si no cesaron, fueron, al menos, erigidas en sistema. Tsereteli proclamaba abiertamente que sin un poder burgués fuerte sería inevitable la ruina de la revolución. La democracia debía, según él, limitarse a ejercer presión sobre la burguesía liberal, teniendo buen cuidado de no empujarla hacia el campo de la reacción con sus decisiones imprudentes y apoyándola, por el contrario, en la medida en que consolidase las conquistas de la revolución. Como resultado de todo ello, este régimen intermedio debía hallar su expresión en una República burguesa con una oposición socialista parlamentaria.

Para aquellos prohombres, la piedra de toque no era tanto la perspectiva como el programa de acción al día. Los conciliadores prometían a las masas obtener de la burguesía, mediante su "presión", una política exterior e interior democrática. Es indiscutible que en el curso de la Historia las clases dominantes, obligadas por la presión de las masas populares, han hecho, más de una vez, concesiones. Pero en último término, la presión implica, siempre, para ser eficaz, la amenaza de eliminar del poder a la clase dominante y ocupar su puesto. Mas la democracia rusa, teniendo en sus manos esta arma, no tuvo inconvenientes en ceder voluntariamente el poder a la burguesía. Y en los momentos críticos, no era la democracia precisamente la que amenazaba con quitarle el poder a la burguesía, sino, por el contrario, ésta la que intimidaba a la democracia con la amenaza de abandonarlo. Es decir, que la palanca principal que regía la mecánica de la presión estaba en manos de la burguesía. Así se explica que el Gobierno, a pesar de su importancia, pudiera resistir con éxito a toda pretensión más o menos seria de los elementos directivos de los Soviets.

A mediados de abril, hasta el Comité Ejecutivo resultó ser un órgano demasiado numeroso para la misteriosa actuación política del núcleo dirigente, el cual se había vuelto definitivamente de cara a los liberales. Se eligió un Buró formado exclusivamente por elementos de la derecha, partidarios de la defensa nacional. En lo sucesivo, la gran política del Soviet se desarrolla entre bastidores. Al parecer, la situación se normaliza y consolida. Tsereteli ejerce sobre los Soviets un predominio ilimitado. Kerensky sube cada

vez más. Pero precisamente en este momento es cuando abajo, en las masas, empiezan a manifestarse de un modo evidente los primeros síntomas alarmantes. "Es sorprendente —dice Stankievich, uno de los elementos más allegados a Kerensky—, que precisamente en el momento en que el Comité se organizaba, en que el Buró, compuesto exclusivamente por representantes de los partidos de la defensa nacional, asumía la responsabilidad de todas las tareas, justo en ese momento, dejara escapársele de las manos la dirección de la masa, que empezaba a apartarse de él." ¿Sorprendente? No, solamente justo.

EL EJERCITO Y LA GUERRA

La disciplina dentro del Ejército se quebrantó ya considerablemente en los meses que precedieron a la revolución. Las quejas de los oficiales son ya cosa frecuente en estos meses: los soldados no guardan el debido respeto a sus jefes; se observa en ellos una gran desidia en el cuidado de los caballos, los bagajes e incluso las armas; se registran desórdenes en los trenes militares. No en todas partes marchaban las cosas tan mal. Pero por dondequiera que se tendiese la vista, la impresión era la misma: descomposición.

A esto venía a añadirse ahora la sacudida de la revolución. La guarnición de Petrogrado no sólo se sublevó sin el concurso de la oficialidad, sino incluso contra ella. En los momentos críticos, los jefes no sabían cosa mejor que esconderse. El 27 de febrero, el diputado octubrista Schidlovski se puso al habla con los oficiales del regimiento de Preobrajenski con el fin, por lo visto, de pulsar su actitud frente a la Duma, pero halló entre los aristócratas de la Guardia una completa incompreensión de lo que ocurría —tal vez, dicho sea de paso, más fingida que real, pues no hay que olvidar que se trataba de monárquicos asustados—. “¡Cuál sería mi asombro —cuenta Schidlovski— cuando, al día siguiente, por la ventana vi en la calle desfilar a todo el regimiento de Preobrajenski, marchando en un orden perfecto, con la música al frente y sin un solo oficial!” Hubo algunos regimientos que se presentaron en el Palacio de Táurida con sus jefes, aunque más exacto sería decir que los arrastraron consigo. Los oficiales se sentían como prisioneros en aquellas manifestaciones de entusiasmo. La condesa de Kleinmichel, que observaba estas escenas en calidad de detenida, se expresaba de un modo más concreto: “Los oficiales parecían ovejas conducidas al matadero.”

La Revolución de Febrero no creó el divorcio entre los soldados y los oficiales: no hizo más que exteriorizarlo. En la conciencia de los soldados, la sublevación contra la

monarquía era, ante todo y sobre todo, la sublevación contra el cuerpo de oficiales. “Desde la mañana del 28 de febrero —recuerda el kadete Nabokov, que vestía aquellos días el uniforme de oficial— era peligroso salir a la calle, pues ya empezaban a arrancar las charreteras a los oficiales.” He aquí la faz que presentaba el primer día del nuevo régimen en la guarnición.

De lo primero que se preocupó el Comité Ejecutivo fue de reconciliar a los soldados con los oficiales. O dicho en otros términos, de someter los regimientos a sus jefes anteriores. El retorno de los oficiales a los regimientos tendía, según Sujanov, a preservar al Ejército de la “anarquía general o de la dictadura de la soldadesca incoherente e ignorante”. Los que infundían pánico a estos revolucionarios, lo mismo que a los liberales, no eran, como se ve, los oficiales, sino los soldados. Sin embargo, donde los obreros y la “soldadesca ignorante” veían el peligro era, precisamente, en la brillante oficialidad. La reconciliación no podía ser, pues, duradera.

Stankievich describe del modo siguiente la actitud de los soldados ante los oficiales que volvían a los cuarteles, después de la revolución: “Los soldados, al violar la disciplina y al salir de los cuarteles, no sólo sin los oficiales, sino... en muchos casos contra los mismos, llegando incluso a matarlos por cumplir con su deber, creían realizar un gran acto de emancipación. Si era así, como la misma oficialidad sostiene, ¿por qué no sacó a los soldados a la calle, puesto que esto era lo más fácil y menos peligroso? Ahora, después de la victoria, la oficialidad se ha adherido a la hazaña. Pero ¿lo ha hecho sinceramente y con carácter estable?” Estas palabras son tanto más elocuentes cuanto que su propio autor se contaba entre esos oficiales de “izquierda” a los que ni siquiera se les pasó por la mente echar a la calle a sus soldados.

El día 28, por la mañana, el comandante del regimiento de ingenieros decía a sus soldados, en la Perspectiva Sampsonievski, que “el Gobierno odiado por todos había sido derribado”, que se había formado otro, presidido por el príncipe Lvov y que era preciso que los soldados siguieran obedeciendo a los oficiales. “Y ahora, ¡todo el mundo a los cuarteles!” Algunos soldados gritaron: “Así lo haremos.” La mayoría estaba desconcertada: “¿Y esto era todo?” Kajurov, que observaba casualmente esta escena, se indignó. “Permítame usted una palabra, señor comandante...—y, sin esperar la venia, dijo—: ¿es que acaso ha corrido en las calles de Petrogrado la sangre de los obreros durante todos estos días para reemplazar a un terrateniente por otro?” También aquí Kajurov daba en el blanco. En torno a esta cuestión planteada por él había de girar la lucha

en los meses siguientes. El antagonismo entre soldados y oficiales no era más que el reflejo de la hostilidad entre el campesino y el terrateniente.

En provincias, los comandantes, que por lo visto habían tenido ya tiempo de recibir instrucciones, describían los sucesos con sujeción a un esquema único: "El monarca, agotado por sus esfuerzos en favor del país, se ha visto obligado a transmitir la carga del poder a su hermano (1)." En los rostros de los soldados —se lamenta uno de los oficiales de un rincón de Crimea— se veía qué pensaban: Nicolás o Miguel, ¿qué más da? Pero cuando este mismo oficial se vio obligado a comunicar a su batallón, al día siguiente por la mañana, el triunfo de la revolución, los soldados, según sus propias palabras, se transfiguraron. Sus preguntas, sus gestos, sus miradas, atestiguaban "una labor prolongada y tenaz que alguien realizaba en aquellos cerebros ignorantes, grises, no acostumbrados a pensar." ¡Qué abismo entre el oficial cuyo cerebro se adapta sin esfuerzo al último telegrama recibido de Petrogrado y aquellos soldados que, trabajosa pero honradamente, definen su actitud ante los acontecimientos, sopesándolos por cuenta propia en sus toscas manos!

El alto comando, al mismo tiempo que aceptaba formalmente la revolución, decidía no dejarla llegar al frente. El jefe del Cuartel General dio orden a los generalísimos de los frentes para que, en caso de que se presentaran en sus territorios delegaciones revolucionarias, delegaciones que el general Alexeev, en gracia sin duda a la brevedad, calificaba de pandillas, fueran inmediatamente detenidas y juzgadas en consejo de guerra sumarísimo. Al día siguiente, este mismo general, en nombre de "Su Alteza" el gran duque Nicolás Nicolaievich, exigía del Gobierno que "pusiese fin a todo lo que ocurre actualmente en las regiones del interior"; dicho en otros términos que pudiese fin a la revolución.

El comando no se apresuraba a dar al Ejército cuenta de la revolución, no tanto por fidelidad a la monarquía como por miedo de aquella. En algunos frentes se estableció un verdadero sistema de cuarentena: no se dejaban pasar las cartas de Petrogrado, se retenía a los recién llegados; con estos ardides el viejo régimen robaba algunos días a la eternidad. La noticia de la revolución no llegó a la línea de combate hasta el 5 ó 6 de marzo. ¿Y en qué forma? Poco más o menos, lo sabemos ya: el gran duque ha sido nombrado generalísimo, el zar ha abdicado en aras de la patria, y lo demás sigue como antes. En muchas trincheras, acaso la mayoría, las noticias de la revolución las transmitían los alemanes antes de que llegaran de Petrogrado. ¿Podrían dudar los soldados de que los jefes

se habían puesto de acuerdo para ocultar la verdad? ¿Y podían dar el menor crédito a aquellos oficiales que, dos o tres días después, aparecían ante ellos adornados con cintas rojas?

El jefe del Estado Mayor de la escuadra del mar Negro cuenta que la noticia de los acontecimientos de Petrogrado no ejerció, en un principio, una influencia visible sobre los marineros. Pero tan pronto como llegaron de la capital los periódicos socialistas, "el estado de espíritu de la tripulación se transformó en un instante, empezaron los mítines y no se sabe por qué resquicios aparecieron un tropel de agitadores criminales". El almirante no se daba cuenta, sencillamente, de lo que estaba ocurriendo ante sus ojos. No es que los periódicos determinaran el cambio de estado de espíritu; lo que ocurría era que disipaban las dudas de los marineros respecto al alcance de la revolución, y les permitía manifestar abiertamente sus verdaderos sentimientos sin miedo a ser víctimas de represalia por parte de sus jefes. Este mismo autor a que nos referimos caracteriza con una frase la fisonomía política de la oficialidad del mar Negro, y, por consiguiente la suya propia: "La mayoría de los oficiales de la escuadra estaba persuadida de que, sin zar, la patria se hundiría." Por su parte, los demócratas estaban firmemente convencidos de que la patria estaba perdida si esta magnífica oficialidad no retornaba al lado de los "ignorantes marineros".

El comando del Ejército y de la Armada no tardó en dividirse en dos alas: unos intentaban mantenerse en sus puestos plégandose a la revolución y afiliándose al partido de los socialrevolucionarios; posteriormente, parte de ellos intentó incluso deslizarse en las filas del Partido Bolchevique. Otros, por el contrario, adoptaron una actitud de soberbia, intentando oponer resistencia al nuevo orden de cosas; pero pronto se veían metidos en algún conflicto agudo y eran arrestados por la avalancha de los soldados. Estos reagrupamientos son tan naturales, que en todas las revoluciones se dan. Los oficiales intransigentes de la monarquía francesa, aquellos que, según las palabras de uno de ellos, "lucharon mientras pudieron", sufrían menos viendo la insubordinación de los soldados que contemplando el servilismo de sus colegas ante el nuevo poder. En fin de cuentas, la mayoría del viejo mando quedó eliminada, aplastada, y sólo una pequeña parte se reeduce y se adaptó al nuevo estado de cosas. La oficialidad compartía, en una forma más dramática, la suerte de las clases de las que provenían.

El Ejército es, en general, una copia de la sociedad a la cual sirve, con la diferencia de que da un carácter concentrado a las relaciones sociales, llevando sus rasgos

positivos y negativos hasta su límite máximo de expresión. Se explica perfectamente que en Rusia la guerra no diera ni un solo militar de prestigio. El alto comando ha sido caracterizado con suficiente elocuencia por uno de los de su casta: "Muchas aventuras, mucha ignorancia, mucho egoísmo, intrigas, arribismo, codicia, ineptitud y estrechez de horizontes —dice el general Zalevski— y muy pocos conocimientos y talentos, ningún deseo de correr riesgos o de poner en peligro la comodidad y la salud." Nicolás Nicolaievich, primer generalísimo, se distinguía únicamente por su elevada estatura y su grosería angustisima. El general Alexeev, antiguo escribiente del Ejército, era una mediocridad, que si sabía algo era a fuerza de aplicación; a Kornilov, que era un jefe militar valiente, incluso sus devotos le consideraban como a un hombre de cortos alcances; Verjovskí, Ministro de la Guerra de Kerensky, hablando más tarde de Kornilov, decía que era un hombre con corazón de león y cabeza de carnero. Brusilov y el almirante Kolchak eran sólo un poco más inteligentes que los otros, un poquito nada más. Denikin no carecía de carácter, pero, en lo demás era un general completamente ordinario que habría leído cinco o seis libros en toda su vida. Y después venían ya los Yudenich, los Dragomirov, los Lukomski, que no se distinguían unos de otros más que por saber francés o no saberlo, por beber poco o beber mucho, pues en lo demás eran todos unas perfectas nulidades.

Hay que decir que en el cuerpo de oficiales hallaba cumplida representación, no sólo la Rusia aristocrática, sino también la burguesa y la democrática: La guerra derramó, en las filas del Ejército a docenas de miles de pequeños burgueses bajo la forma de oficiales, funcionarios militares, médicos e ingenieros. Estos elementos, que casi todos sin excepción sostenían la necesidad de proseguir la guerra hasta el triunfo final sentían la necesidad de ciertas medidas amplias, pero acababan siempre sometiéndose a los elementos reaccionarios de arriba, bajo el zarismo, por miedo, y, después de la revolución, por convicción, del mismo modo que en el interior, la democracia se sometía a la burguesía. Los elementos conciliadores de la oficialidad compartieron luego la suerte infortunada de los partidos conciliadores, con la diferencia de que en el frente la situación revestía formas incomparablemente más agudas. En el Comité Ejecutivo cabía mantenerse en una actitud equivoca durante mucho tiempo; pero, ante los soldados, era más difícil.

Los rozamientos y la enemistad entre los oficiales democráticos y aristocráticos, incapaces todos ellos de renovar el Ejército, no hacían más que introducir en él un

elemento más de descomposición. La fisonomía del Ejército había sido trazada por la vieja Rusia, y era feudal hasta la médula. Los oficiales seguían teniendo por el mejor soldado al muchacho campesino sumiso, que no razonaba, y en el cual no había despertado aún la conciencia de su personalidad humana. Era la tradición "nacional" imbuida por Suvorov al Ejército ruso, y que tenía sus raíces en el primitivo régimen agrario, en la servidumbre de la gleba y en la comuna rural. En el siglo XVIII, Suvorov hizo milagros con este material. Tolstoi idealizó en su Platón Karataiev de *La Guerra y la Paz*, con un carlino de gran señor el viejo tipo de soldado ruso que se sometía sin rechistar a la naturaleza, la arbitrariedad y la muerte. La Revolución Francesa, que abrió las puertas a aquella magnífica irrupción del individualismo en todas las esferas de la actividad humana, liquidó el arte militar de Suvorov. En el transcurso del siglo XIX, lo mismo que en el XX, en todo el espacio de tiempo comprendido entre la Revolución Francesa y la rusa, el ejército zarista fue invariablemente derrotado, gracias a sus características de ejército feudal. El comando formado sobre aquella "base nacional" se distinguía por su desprecio hacia la personalidad del soldado, por su espíritu de mandatario pasivo, de ignorancia del oficio, de completa ausencia de heroísmo y por la manifiesta rapacidad. La autoridad de la oficialidad se mantenía en los signos exteriores de distinción, en el ritual de la graduación, en el sistema de represiones y hasta en un lenguaje convencional, innoble dialecto de esclavos que el soldado debía emplear —"sí, mi señor; no, mi señor"— cuando se dirigía al oficial.

Al aceptar la revolución de labios afuera y prestar juramento de fidelidad al nuevo Gobierno, los mariscales zaristas hicieron recaer, sencillamente, sobre la dinastía derrumbada sus propios pecados, accediendo misericordiosamente a que Nicolás II fuera declarado responsable por todo el pasado. ¡Pero ni un paso más adelante! ¿Cómo iban ellos a comprender que la esencia moral de la revolución consistía en dar un alma a aquella masa humana en cuya inmovilidad espiritual se basaba su bienestar? Denikin, nombrado comandante del frente, declaraba en Minsk: "Acepto entera e incondicionalmente la revolución, pero entiendo que sería ruinoso para el país revolucionar el Ejército e introducir en él la demagogia." ¡Fórmula clásica de la ceguera del generalato! En cuanto a los generales subalternos, según la expresión de Zaleski, no exigían más que una cosa: "¡Dejadnos tranquilos; lo demás nos tiene sin cuidado!" Sin embargo, la revolución no podía dejarlos tranquilos. Procedentes de las clases privilegiadas, estos hombres no podían ganar y, en cambio, podían perder

mucho. Se veían amenazados con perder no sólo los privilegios del mando, sino también la propiedad de sus tierras. Bajo el manto de lealtad hacia el Gobierno provisional, la oficialidad reaccionaria sostuvo una lucha encarnizadísima contra los Soviets. Cuando se persuadió de que la revolución penetraba irresistiblemente en las masas de soldados y en sus aldeas, vio en ello una perfidia inaudita de Kerensky, Miliukov y aun Rodzianko, y no digamos de los bolcheviques.

Las condiciones de vida de la flota de guerra llevaban aparejados, en mayor grado aún que las del ejército de tierra, gérmenes vivos de guerra civil. La vida de los marineros en aquellas cárceles de acero donde se les encerraba por la fuerza durante varios años, no se distinguía gran cosa, incluso desde el punto de vista de la alimentación, de la vida de los presidiarios. A su lado, vivía la oficialidad, procedente en su mayoría de los sectores privilegiados que escogían el servicio marítimo voluntariamente, por vocación, identificaba la patria con el zar y a éste con ellos mismos, y entendía que el marinero era la parte más deleznable en un barco de guerra. Dos mundos extraños y cerrados que convivían en estrecho contacto, sin perderse nunca de vista. Los buques de la escuadra tenían su base en las ciudades industriales de la costa, pues necesitaban de gran número de obreros para su construcción y reparación. Además, en los mismos buques, en la sección de máquinas y los servicios técnicos, navegaban no pocos obreros calificados. Tales eran las condiciones que convertían a la escuadra en una mina revolucionaria. En las revoluciones y sublevaciones militares de todos los países, los marineros han presentado siempre la materia más explosiva; casi siempre, tan pronto se les brinda ocasión propicia, se apresuran a liquidar severamente sus cuentas con la oficialidad. Los marineros rusos no constituyeron una excepción.

En Cronstadt, la revolución encendió la mecha a una explosión de sangrienta venganza contra la oficialidad, la cual, horrorizada de su propio pasado, intentaba ocultar a los marineros la revolución. Una de las primeras víctimas que cayeron fue el comandante de la escuadra, almirante Viren, blanco de un odio muy merecido. Parte de la oficialidad fue detenida por los marineros. Los que quedaron en libertad fueron desarmados.

En Helsingfors y Sveaborg, el almirante Nepenin no dejó llegar ninguna noticia del Petrogrado alzado en armas hasta la noche del 4 de marzo, intimidando a los marineros y soldados con represiones. Razón de más para que la sublevación tomase aquí un carácter más encarnizado, prolongándose un día y una noche. Muchos oficiales fueron detenidos. Los más odiados fueron arrojados al hielo. "A

juzgar por el relato de Skobelev sobre la conducta de las autoridades de Helsingfors y de la escuadra —dice Sujanov, que peca de todo menos de benevolencia hacia la soldadesca ignorante—, sólo hay que extrañarse de que estos excesos fueran tan poco considerables."

Tampoco entre las fuerzas de tierra pudieron evitarse las represalias sangrientas que se producían por oleadas sucesivas. En un principio, eran una venganza por el pasado, por el trato infame infligido al soldado. No faltaban recuerdos dolorosos como llagas. Desde 1915, había sido oficialmente establecido en el ejército zarista el azote con vergas como castigo disciplinario. Los oficiales azotaban a discreción a los soldados, que eran no pocas veces padres de familia. Pero no siempre se trataba de vengarse del pasado. En la Conferencia Panrusa de los Soviets, el ponente encargado de informar sobre el problema del Ejército comunicó que aún en los días 16 y 17 de marzo se aplicaban en el Ejército castigos corporales contra los soldados. Un diputado de la Duma contaba, a su regreso del frente, que los cosacos, en ausencia de los oficiales, le habían declarado: "Dice usted que hay un decreto (por lo visto se refiere al famoso decreto "número 1", del cual se hablará más adelante). Se recibió ayer; pero hoy el comandante me ha abofeteado." Los bolcheviques iban al frente con tanta frecuencia como los conciliadores, para evitar que los soldados cometiesen excesos. Pero las venganzas sangrientas eran tan inevitables como lo es el culatazo después del disparo. Desde luego, los liberales no tenían motivo alguno para calificar de incruencia la Revolución de Febrero, como no fuera el de haberles regalado el poder.

Algunos oficiales provocaban conflictos agudos con motivo de las cintas rojas, que eran, a los ojos de los soldados, un símbolo de la ruptura del pasado. Con motivo de uno de estos disturbios, fue muerto el comandante del regimiento de Sumski. Un comandante del cuerpo de ejército que exigió a las fuerzas de refresco que acababan de llegar que se quitaran las cintas rojas fue detenido por los soldados. También se produjeron no pocos choques a causa de los retratos del zar, que seguran colgados en los cuartos de banderas ¿Se trataba de rendir un homenaje de fidelidad a la monarquía? No; en la mayoría de los casos no era más que falta de confianza en la estabilidad de la revolución y una especie de seguro personal. Pero los soldados, no sin motivo, veían acechar detrás de aquellos retratos el espectro del antiguo régimen.

El nuevo régimen no fue implantado en el Ejército por medio de medidas reflexivas aplicadas desde arriba, sino por movimientos impulsados desde abajo. La autoridad disciplinaria de los oficiales no fue abolida, sino que se hun-

dió sencillamente por sí misma en las primeras semanas de marzo. "Era evidente —dice el jefe del Estado Mayor del mar Negro— que si un oficial hubiera intentado imponer una sanción disciplinaria al marinero, no habría tenido fuerza para llevar a la práctica el castigo." En esto consiste uno de los signos de la revolución verdaderamente popular.

Al desaparecer la autoridad disciplinaria, se puso de manifiesto la incapacidad práctica de la oficialidad. Stan-kievich, al cual no se puede negar ni espíritu de observación ni interés por los asuntos militares, da una opinión aniquiladora sobre el comando en este respecto: la instrucción seguía haciéndose con sujeción a los viejos reglamentos, que no respondían en lo más mínimo a las necesidades de la guerra. "Estos ejercicios no servían más que para someter a prueba la paciencia y la sumisión de los soldados." Huelga decir que la oficialidad se esforzaba en hacer recaer sobre la revolución las culpas de su propia incapacidad.

Los soldados, rápidos en la represalia cruel, propendían asimismo a la credulidad infantil y a la gratitud plena de abnegación. Por un momento muy breve, los soldados del frente vieron en el cura Filonenko, diputado liberal, el depositario de las ideas de emancipación, algo así como el pastor de la revolución. Las viejas ceremonias religiosas se unían estrambóticamente con la nueva fe. Los soldados levantaban al cura en sus brazos, lo instalaban celosamente en el trineo, y el cura contaba después en la Duma con entusiasmo: "No acabábamos nunca de separarnos, y, al marcharme, me besaban las manos y los pies." A aquel diputado de sotana le parecía que la Duma tenía un inmenso prestigio en el frente. En realidad la autoridad pertenecía a la revolución; que proyectaba su brillo deslumbrador sobre algunas figuras surgidas por azar.

La depuración simbólica realizada por Guchkov en el Ejército —destitución de algunas docenas de generales— no dio la menor satisfacción a los soldados y, en cambio, sembró un estado de inquietud en la alta oficialidad. Todo el mundo temía verse separado, la mayoría seguían la corriente, se adaptaba y apretaba el puño dentro del bolsillo. La situación era aún peor en lo tocante a la baja y mediana oficialidad, que se hallaba en contacto directo con los soldados. Aquí el Gobierno no hizo ninguna depuración. Buscando vías legales, los artilleros de una batería del frente escribían al Comité Ejecutivo y a la Duma nacional, a propósito de su comandante: "Hermanos..., os pedimos humildemente que nos libréis de nuestro enemigo interior Vanchejaus." Como no recibieran contestación, los soldados empezaban generalmente a obrar por su cuenta, valiéndose de sus propios medios: insubordinación, separación e

incluso detención. Sólo entonces las autoridades se decidían a intervenir, separaban del Ejército a los detenidos o apaleados, intentando a veces castigar a los soldados, pero dejándoles en la mayor parte de los casos impunes, para no complicar más las cosas. Esto creaba una situación insostenible para la oficialidad, sin aclarar por ello en nada la situación de los soldados.

Muchos oficiales combativos, que tomaban en serio la suerte del Ejército, insistían en la necesidad de hacer una depuración general del comando: según ellos, sin esto, no se podía ni siquiera pensar en restablecer la capacidad combativa del Ejército. Los soldados presentaban a los diputados de la Duma argumentos no menos convincentes. Antes, cuando se sentían ofendidos, tenían que dirigirse a unos superiores que habitualmente no hacían caso alguno de sus quejas. ¿Y ahora? Si los superiores siguen siendo los mismos de antes, la suerte que sigan sus reclamaciones será la misma.

"Era muy difícil contestar a esta pregunta", reconoce un diputado. Esta cuestión tan simple atañía a todo el destino del Ejército y determinaba su porvenir.

No vayamos a creer que las relaciones dentro del Ejército eran las mismas en toda la extensión del país, en todas las armas y en todos los regimientos. No, reinaba una heterogeneidad muy considerable. Si los marineros de la escuadra del Báltico acogieron las primeras noticias de la revolución tomando represalia contra los oficiales, allí, al lado mismo, en la guarnición de Helsingfors, los oficiales seguían ocupando todavía a principios de abril puestos dirigentes en el Soviet de soldados, y, en las grandes solemnidades, hablaba en nombre de los socialrevolucionarios un importante general. Estos contrastes de odio y credulidad abundaban no poco. Pero así y todo, el Ejército seguía siendo algo así como un sistema de vasos comunicantes, y el estado de espíritu político de los soldados y marineros tendía a alcanzar el mismo nivel.

La disciplina fue manteniéndose mal o bien mientras los soldados confiaban en la implantación de medidas prontas y decisivas. "Pero cuando los soldados vieron —según cuenta un delegado del frente— que todo seguía como antes, que persistían el mismo yugo, la misma esclavitud, la misma ignorancia y el mismo escarnio, empezaron los desórdenes." La naturaleza, a la cual no se le ha ocurrido armar de jorobas a una gran parte de la humanidad, tuvo, en cambio, la ocurrencia de dotar de sistema nervioso a los soldados. Las revoluciones vienen a recordar, de tarde en tarde, este doble descuido de la naturaleza.

Tanto en el interior como en el frente, cualquier futilidad desencadenaba fácilmente un conflicto. Se había con-

cedido a los soldados derecho a frecuentar libremente, "igual que todos los ciudadanos", los teatros, mítines, conciertos, etc. Muchos soldados interpretaban esta disposición como el derecho de asistencia gratuita a los teatros. El ministro les explicaba que había que interpretar la "libertad" en un sentido teórico. Pero las masas populares sublevadas no han manifestado nunca una gran inclinación hacia el platonismo ni hacia el kantismo.

El tejido, ya muy desgastado, de la disciplina se fue rompiendo, poco a poco, en diferentes puntos, en diferentes guarniciones y regimientos. Muchas veces, el comandante se imaginaba que, en su regimiento o división, todo había marchado bien hasta la llegada de los periódicos o de un agitador. En realidad, se estaba efectuando un proceso paciente de fuerzas subterráneas e inexorables.

El diputado liberal Januschkevich trajo del frente la impresión de que donde la desorganización alcanzaba un grado mayor era en los regimientos "verdes", aquellos en que abundaban los campesinos. "Los regimientos más revolucionarios conviven muy bien con los oficiales." En realidad, donde se mantuvo más tiempo la disciplina fue en los dos polos: en la caballería privilegiada, compuesta de campesinos acomodados, y en la artillería y, en general, en las fuerzas técnicas, con un tanto por ciento elevado de obreros e intelectuales. Los que más resistieron fueron los cosacos propietarios, que temían a la revolución agraria, en que la mayoría de ellos tenía que perder. Algunas fuerzas cosacas fueron, incluso después de la revolución, más de una vez, instrumentos de presión. Pero, así y todo, la diferencia residía únicamente en la mayor o menor rapidez con que se efectuaba el proceso de descomposición.

En esta lucha sorda había sus flujos y reflujos. Los oficiales intentaban adaptarse a la nueva situación. Los soldados tornaban a confiar. Pero después de estos períodos temporarios de tranquilidad de los días y semanas de armisticio, el odio social, que descomponía el ejército del antiguo régimen, iba adquiriendo una tensión cada vez mayor, que estallaba muchas veces con fulgores trágicos. En Moseú se reunió en uno de los circos una asamblea de soldados y oficiales inválidos. Uno de los oradores habló desde la tribuna, en tonos duros, de la oficialidad. Se armó gran ruido de protestas; los reunidos empezaron a golpear el suelo con las piernas, los bastones, las muletas. "¿Acaso hace tanto tiempo, señores oficiales, que azotabais a los soldados con las vergas y el puño?" Heridos, contusionados, mullidos, se levantaban unos frente a otros, soldados inválidos contra oficiales inválidos, mayoría contra minoría, muletas contra muletas. En esta feroz escena

desarrollada en un circo se contenía la ferocidad de la guerra civil que se avecinaba.

Sobre todas las relaciones y contradicciones imperantes en el Ejército, lo mismo que en el país, se cernía un problema que se encerraba en una palabra bien corta: la guerra. Desde el mar Báltico al mar Negro, desde el mar Negro hasta el mar Caspio y más allá, hacia el fondo de Persia, en un frente inmenso, encontrábanse sesenta y ocho cuerpos de infantería y nueve de caballería. ¿Qué se hará con ellos? ¿Cómo se resolverá el pleito de la guerra?

En los comienzos de la revolución, el Ejército se había reforzado considerablemente, desde el punto de vista del suministro de armas y municiones. La producción interior para las necesidades de la guerra se habían elevado, y, al mismo tiempo, se intensificaba el transporte de material de guerra, sobre todo de artillería, enviado por los aliados sobre los puertos de Murmansk y Arjángel. Había una cantidad de fusiles, cañones, obuses, incomparablemente mayor que en los primeros años de la guerra. Se ampliaban las divisiones de infantería y las secciones de ingenieros. Basándose en esto, algunos de los hombres de guerra intentaron posteriormente demostrar que Rusia se hallaba en vísperas de la victoria y que sólo la revolución lo había impedido. Doce años antes, Kuropatkin y Linievich afirmaban, basándose en los mismos motivos, que Witte les había impedido derrotar a los japoneses.

En realidad, a principios de 1917, Rusia se hallaba más lejos de la victoria que nunca. Paralelamente con el incremento de armas y municiones, se notaba en el Ejército, a fines de 1916, una crisis aguda de productos alimenticios; el tifus y el escorbuto provocaban más víctimas que las batallas. La desorganización del transporte iba entorpeciendo cada vez más los movimientos de las tropas, lo cual bastaba para reducir a cero las combinaciones estratégicas que implicaban la movilización de las grandes masas de soldados. Por añadidura, la aguda crisis de caballos condenaba a la artillería a la inmovilidad. Pero, así y todo, lo peor era la moral del Ejército, que se puede resumir así: el Ejército como tal ya no existía. Las derrotas, las retiradas, la indignidad de los dirigentes, acabaron por desmoralizar completamente a las tropas. Y esto no había modo de corregirlo con ayuda de medidas administrativas, del mismo modo que no puede modificarse por medio de decretos el sistema nervioso del país. Los soldados miraban ahora los montones de obuses con la misma repugnancia que si fueran montones de carne llena de gusanos. Todo les parecía inútil, inservible, engaño y robo. Y el oficial no podía decirles nada convincente, ni se atrevía tampoco ya a ponerles la mano en la mejilla. El mismo se consideraba

engañado por el viejo comando, a la par que se sentía culpable ante el soldado. El Ejército estaba incurablemente enfermo, y sólo era útil para decidir de la suerte de la revolución; pero para la guerra era como si no existiese. Y nadie creía ya en el triunfo; los oficiales tan poco como los soldados. Ni el pueblo ni el Ejército querían seguir combatiendo.

Claro está que en las altas esferas administrativas, donde la vida llevaba su ritmo peculiar, seguía hablándose, por la fuerza de la inercia, de grandes operaciones, de la ofensiva de primavera, de la ocupación de los estrechos turcos, etc. En Crimea se preparaban incluso grandes fuerzas para acometer esta última empresa. Se decía que, con este fin, habían sido designados los mejores elementos del Ejército. De Petrogrado enviaban fuerzas de la Guardia. Sin embargo, según cuenta un oficial que había iniciado la preparación de dichas fuerzas, el 25 de febrero, es decir, dos días antes de la revolución, todos estos elementos resultaron pésimos. En la indiferencia de aquellos ojos azules, castaños y grises no se leía el menor deseo de combatir... "Todos sus pensamientos, todas sus aspiraciones estaban concentrados en la paz."

Testimonio de éstos, o parecidos, se conservan no pocos. La revolución no hizo más que poner al descubierto lo que se venía gestando de atrás. Por esto, el grito de "¡Abajo la guerra!" fue uno de los que más resonaban durante las jornadas de febrero. Este grito se oía en las manifestaciones de mujeres, lo lanzaban los obreros de Viborg y los soldados de los cuarteles de la Guardia.

Cuando los diputados recorrieron el frente, a principios de marzo, los soldados, sobre todo los que llevaban más tiempo de servicio, preguntaban invariablemente: "¿Y qué hay de la tierra?" Los diputados contestaban evasivamente que la cuestión agraria sería resuelta por la Asamblea Constituyente. Entonces, surge una voz que revela un pensamiento general oculto: "¿Y para qué me sirve la tierra, si cuando me la den ya no existo? ¿Para qué la quiero entonces?" Tal era el programa de la revolución que alzaban en un principio los soldados: primero, la paz; después la tierra.

En la Conferencia Panrusa de los Soviets, celebrada a fines de marzo, en la que hubo no poca fanfarronería patriótica, uno de los delegados, que representaba directamente a los soldados de las trincheras, expresó de un modo muy justo la manera cómo el frente había acogido la noticia de la revolución: "Todos los soldados dijeron: ¡Gracias a Dios, a ver si ahora tenemos pronto paz!" Las trincheras encargaron a su delegado que dijera al Congreso lo siguiente: "Estamos dispuestos a dar la vida por la li-

bertad; pero pase lo que pase, camaradas, queremos que se acabe la guerra." Era la voz viva de la realidad, sobre todo en la segunda parte del mensaje. Si es necesario sufrir, sufriremos; pero que los de arriba se apresuren a negociar la paz.

Las tropas zaristas que se hallaban destacadas en Francia, es decir, en un medio del todo artificial para ellas, estaban movidas por los mismos sentimientos y seguían exactamente las mismas etapas de descomposición del Ejército de su país. "Cuando oíamos decir que el zar había abdicado —explicaba en el extranjero a un oficial un viejo soldado campesino analfabeto—, pensamos que esto quería decir que la guerra iba a acabarse... Al fin y al cabo, el zar era el que nos había mandado a la guerra... ¿Qué necesidad tengo yo de la libertad, si he de seguir pudiéndome en las trincheras?" Tal era la filosofía auténticamente revolucionaria de los soldados, innata y no imbuida; no hay agitador capaz de encontrar palabras tan simples y convincentes.

Los liberales y los socialistas semiliberales intentaban presentar la revolución como un levantamiento de carácter patriótico. El 11 de marzo, Miliukov decía a los periodistas franceses: "La revolución rusa se ha hecho para suprimir los obstáculos que se interponían en el camino de Rusia hacia la victoria." Aquí, la hipocresía va asociada a la ilusión, aunque hay que suponer que en estas palabras hay más hipocresía que otra cosa.

Los reaccionarios declarados veían las cosas con más claridad. Von Struve, paneslavista de estirpe alemana, ortodoxo de procedencia luterana y monárquico de extracción marxista, fue el que puso al desnudo de un modo más acertado, aunque fuera en el lenguaje del odio reaccionario, las verdaderas raíces de la revolución. "La revolución, en la que participaron las masas populares y principalmente los soldados —decía Struve—, no era una explosión patriótica; la desmovilización espontánea iba dirigida concretamente contra la continuación de la guerra, es decir, se hacía para poner fin a ésta."

Aunque la idea sea exacta, en estas palabras se encierra, sin embargo, una calumnia. En realidad, la desmovilización espontánea surgió de la guerra. La revolución no la creó; lo que hizo fue, por el contrario, contenerla. En movimiento de desertión, extraordinariamente acentuado en vísperas de la revolución, se atenuó en las primeras semanas que siguieron a ésta. El Ejército esperaba. Confiando en que la revolución traería la paz, el soldado no se negaba a sostener el frente sobre sus hombros: de otro modo, tal vez, el nuevo Gobierno —pensaba él— no podría concertar la paz.

"Los soldados —informa el 25 de marzo el jefe de la división de granaderos— expresan de un modo inequívoco el parecer de que no debemos atacar, sino mantenernos a la defensiva." Los informes militares y políticos repiten esta idea en distintos tonos. El teniente Krilenko, viejo revolucionario y futuro generalísimo bajo los bolcheviques, atestiguaba que, para los soldados, la cuestión de la guerra se resolvía en aquel tiempo en esta fórmula: "Mantener el frente, pero no atacar." En un lenguaje más solemne y completamente sincero, esto significaba: defender la libertad.

"¡No se puede enterrar la bayoneta en el suelo!" En aquellos días los soldados, bajo la influencia de impresiones confusas y muchas veces contradictorias, se negaban incluso a escuchar a los bolcheviques. Es posible que se les antojara, bajo la impresión de algunos discursos poco felices, que los bolcheviques no se preocupaban de la defensa de la revolución y podían impedir que el Gobierno concertase la paz. Los periódicos y los agitadores socialpatriotas se esforzaban en convencer de esto a los soldados; pero, aunque a veces no permitieran que los bolcheviques hablasen, los soldados rechazaron, desde los primeros días de la revolución toda idea de ofensiva. A los políticos de la capital, esto les parecía un equívoco que se podía vencer ejerciendo sobre los soldados la presión necesaria. La agitación en favor de la guerra aumentaba en un grado extremo. La prensa burguesa explicaba en millones de ejemplares, a la luz de la guerra hasta el triunfo final, los fines de la revolución. Los conciliadores estimulaban esta propaganda, en un principio a media voz, y luego ya más audazmente. La influencia de los bolcheviques, muy tenue en el momento de la revolución, disminuyó más aún cuando millares de obreros mandados al frente por haber participado en huelgas, abandonaron las filas del Ejército. De este modo, las aspiraciones de paz no encontraban expresión franca y clara allí donde más intensas eran: en el frente. Esta situación daba a los comandantes y comisarios que buscaban ilusiones consoladoras, la posibilidad de engañarse respecto a la verdadera situación. En los artículos y discursos de la época, es frecuente la afirmación de que los soldados repudiaban la ofensiva pura y exclusivamente por una interpretación errónea de la fórmula "sin anexiones ni indemnizaciones." Los conciliadores se esforzaban en explicar que también las guerras puramente defensivas eran compatibles con la ofensiva y, en ocasiones, incluso la exigían. ¡Como si la cuestión versara realmente en torno a esta escolástica estratégica! Los soldados sabían que la ofensiva implicaba la reanudación de la guerra. La actitud expectante del frente equivalía a un armisticio. La

teoría y la práctica adoptadas por los soldados respecto a la guerra defensiva era una fórmula establecida de acuerdo con los alemanes, acuerdo en un principio implícito y luego explícito: "Dejadnos tranquilos, y nosotros os dejaremos tranquilos a vosotros." El Ejército no podía dar más a la guerra.

Los soldados se mostraban tanto menos propicios a dejarse arrastrar por las exhortaciones guerreras cuanto que, bajo pretexto de preparar la ofensiva, la oficialidad reaccionaria intentaba, evidentemente, tomar en sus manos las riendas del poder. Entre los soldados empezó a circular y se generalizó la frase siguiente: "La bayoneta contra los alemanes; la culata contra el enemigo interior." La bayoneta tenía, desde luego, una misión exclusivamente defensiva. Los soldados de las trincheras no pensaban en la anexión de los Estrechos. Las aspiraciones de paz constituían una profunda corriente subterránea que no había de tardar en salir a la superficie.

Sin negar que ya antes de la revolución se "notaban" en el Ejército síntomas negativos, Miliukov se atrevió a afirmar, mucho tiempo después de la revolución, que el Ejército era capaz de realizar los objetivos que la *Entente* le había asignado. "La propaganda bolchevique —escribía este personaje en funciones de historiador— no penetró inmediatamente en el frente. Durante el primer mes o mes y medio que siguió a la revolución el estado del Ejército era sano." Todo problema se enfoca desde el punto de vista de la propaganda, como si esto bastara para explicar el proceso histórico. Aparentando luchar contra los bolcheviques, a los cuales atribuye una fuerza mítica, Miliukov lucha, en realidad, contra los hechos. Ya hemos visto cuál era la verdadera situación del Ejército. Veamos ahora cómo apreciaban los propios jefes su capacidad combativa en las primeras semanas y aun en los primeros días que siguieron a la revolución.

El 6 de marzo, el generalísimo del frente septentrional, general Russki, comunica al Comité Ejecutivo que se está manifestando una insubordinación completa de los soldados con respecto a los superiores; es necesario que se manden al frente hombres populares para tranquilizar el Ejército.

El jefe del Estado Mayor de la escuadra del mar Negro dice en sus memorias: "Desde los primeros días de la revolución comprendí claramente que no era posible continuar la guerra y que ésta estaba perdida." Según él, Kolchak opinaba lo mismo, y, si seguía en su puesto de jefe del frente, sólo era para proteger a la oficialidad contra las violencias.

El conde Ignatiev, que ocupaba un puesto elevado en

la guardia, escribía en marzo a Nabokov: "Hay que hacerse a la idea de que la guerra está terminada, de que no podemos seguir combatiendo, y no combatiremos. Los hombres inteligentes deben buscar el modo de liquidar la guerra del mejor modo posible, pues de lo contrario se produciría una catástrofe..." También Guchkov dijo en aquel entonces a Nabokov que había recibido numerosísimas cartas concebidas en los mismos términos.

Las rarísimas opiniones aparentemente más favorables quedan casi todas desvirtuadas por las aclaraciones suplementarias. "El deseo de vencer de la tropa persiste —informa el jefe del segundo ejército, Damilov—, y en algunos regimientos incluso se ha acentuado." Pero inmediatamente observa: "La disciplina decae... Convendría aplazar las acciones ofensivas hasta que la situación se normalice (de uno a tres meses)." Y siguen unas líneas inesperadas: "De los refuerzos sólo llegan el cincuenta por ciento; si siguen derritiéndose así y continúan en lo sucesivo siendo tan indisciplinados, no se podrá confiar en el éxito de la ofensiva."

"La división es completamente capaz de librar acciones defensivas —informa el valeroso general de la 51.ª división de infantería, y, en seguida, añade—: Es necesario librar al Ejército de la influencia de los diputados soldados y obreros." Sin embargo, esto no era tan fácil como parecía.

El jefe de la 182.ª división informa al comandante del cuerpo: "Cada vez se producen con más frecuencia equívocos por cuestiones insignificantes en esencia, pero amenazadoras por su carácter; cada vez es mayor la excitación nerviosa de los soldados, y, con mayor razón, de los oficiales."

Hasta aquí, sólo se trata de testimonios dispersos, aunque numerosos. Pero he aquí que el 18 de marzo se celebra en el Cuartel General una conferencia de autoridades supremas para examinar la situación del frente. Las conclusiones a que llegan los organismos administrativos centrales son unánimes: "En los meses próximos es imposible completar las fuerzas del frente en las proporciones necesarias, pues reina una gran fermentación en todos los regimientos de reserva. El Ejército está pasando por una enfermedad. Probablemente no se conseguirá antes de dos o tres meses normalizar las relaciones entre los soldados y la oficialidad. (Los generales no comprendían que la enfermedad, lejos de decrecer, seguía progresando.) Por el momento, se nota algún decaimiento entre los oficiales, efervescencia en las tropas y numerosas desertiones. La capacidad combativa del Ejército ha disminuido y es muy difícil contar con que la guerra pueda seguir adelante en

el momento actual." Conclusión: "Es imposible que actualmente se puedan llevar a la práctica las operaciones activas señaladas para esta primavera."

Durante las siguientes semanas, la situación sigue empeorando rápidamente y los testimonios que la abonan se multiplican sin cesar.

A fines de marzo, el general del 5.º ejército, Dragomirov, escribía al general Russki: "El espíritu bélico ha decaído. No sólo los soldados no tienen ningún deseo de atacar, sino que aun la facultad de mantenerse sencillamente a la defensiva ha disminuido, hasta el punto de poner en peligro los objetivos de la guerra... La política, que se ha extendido enormemente por todos los sectores del Ejército..., ha arrastrado a toda la masa de los soldados a no desear más que una cosa: que acabe la guerra y volverse a casa."

El general Lukomski, una de las más firmes columnas de la reacción en el Cuartel General, descontento del nuevo orden de cosas, pasó a principios de la guerra a mandar un cuerpo de ejército, y, según él mismo nos cuenta, comprobó que la disciplina sólo seguía manteniéndose en los regimientos de artillería y de ingenieros, en los cuales había muchos oficiales de cuadro. "Por lo que se refiere a las tres divisiones de infantería, se estaban desmoronando por completo."

Las desertiones, que disminuyeron después de la revolución bajo el signo de la esperanza, volvieron a aumentar bajo la presión del desencanto. Según el general Alexeiev, en la semana comprendida entre el 1 y el 7 de abril desertaron del frente septentrional y occidental cerca de ocho mil soldados. "Leo con gran asombro —escribía a Guchkov— informes de gente irresponsable sobre la 'magnífica' moral del Ejército. ¿Qué fines persiguen con esto? A los alemanes no conseguiremos engañarles, y, en cambio, para nosotros el engaño sería fatal."

Conviene señalar que hasta ahora en ninguna parte se habla de los bolcheviques: La mayoría de los oficiales no se habían hecho aún a este extraño nombre. Cuando los informes hablan de las causas de la descomposición del Ejército, señalan como tales a los periódicos, a los propagandistas, a los Soviets, a la "política"; en una palabra, a la Revolución de febrero.

Aún había algunos jefes optimistas que confiaban en que todo se arreglaría. Había muchos más que cerraban deliberadamente los ojos ante los hechos para no causar disgustos nuevos.

Y, a la inversa, un número considerable de oficiales, sobre todo del alto comando, exageraban conscientemente los síntomas de desmoralización para obtener de las auto-

ridades medidas decisivas que ellos, sin embargo, no podían o no se atrevían a llamar por su nombre.

Pero el estado general del Ejército, tal como lo dejamos señalado, es indiscutible. Al sobrevenir la caída del antiguo régimen, el Ejército estaba enfermo y la revolución imprimió al irresistible proceso de su desmoronamiento formas políticas que fueron tomando poco a poco un carácter más implacablemente definido. La revolución llevó hasta sus últimas consecuencias no sólo las ansias apasionadas de paz, sino también la hostilidad de la masa de los soldados hacia el comando y las clases dirigentes en general.

A mediados de abril, Alexeiev informó personalmente al Gobierno —sin regatear las tintas fuertes— sobre el estado de espíritu del Ejército. “Me acuerdo —dice Nabokov— del sentimiento de miedo y desesperación que, al escuchar aquello, se apoderó de mí.” Hay que suponer que cuando se expuso este informe, que sólo pudo ser en las primeras seis semanas que siguieron a la revolución, estaría también presente Miliukov; lo más probable es que fuera precisamente él el que trajera a Alexeiev del frente, con el fin de asustar a sus colegas y por medio de ellos a sus amigos los socialistas. Guchkov sostuvo, en efecto, después de esto, una conversación con los representantes del Comité Ejecutivo. “Han empezado —se lamenta— las funestas fraternizaciones y se registran numerosos casos de insubordinación directa. Las órdenes superiores son previamente discutidas en las organizaciones del Ejército y en los mítines. En algunos regimientos no quieren ni oír hablar de las operaciones activas... Cuando la gente confía en que mañana habrá paz —dice, no sin fundamento, Guchkov— es imposible obligarla hoy a arriesgar la cabeza.” De aquí, el Ministro de la Guerra sacaba esta conclusión: hay que dejar de hablar de paz en voz alta. Y como precisamente la revolución había enseñado a la gente a decir en voz alta lo que antes se guardaba para sus adentros, esto equivalla a decir: hay que acabar con la revolución.

El soldado, naturalmente, no tenía deseo alguno, ya desde el primer día de la guerra, de morir ni de pelear. Pero se resistía a ello del mismo modo que el caballo de batería se resistía a arrastrar un cañón pesado por el barro. Lo mismo que el caballo, no creía que pudiera verse nunca libre de la carga que le habían echado encima. Entre su voluntad y los sucesos de la guerra no había ningún nexo. La revolución se lo descubrió. Para millones de soldados, ésta significaba el derecho a una vida mejor, y sobre todo, el derecho a la vida, el derecho a proteger su existencia de las balas y los obuses y, a la par, a proteger su cara del puño del oficial.

En este sentido, decíamos anteriormente, que el proceso psicológico sustancial que se estaba operando en el Ejército consistía en el despertar de la personalidad. Las clases cultas creían ver una traición contra la nación en aquella irrupción volcánica de individualismo, que revestía muchas veces formas anárquicas. En realidad, en los actos turbulentos de los soldados, en sus protestas desmandadas, hasta en sus excesos sangrientos se estaba gestando sencillamente aquella nación que se creía traicionada, a base de unos materiales grises, impersonales y prehistóricos. El desbordamiento, tan odiado por la burguesía, del individualismo de las masas respondía precisamente al carácter de la Revolución de Febrero, definida como revolución *burguesa*.

Pero no era éste su único contenido, pues en la revolución, además del campesino y de su hijo el soldado, participaba el obrero. Este hacía ya tiempo que sentía su personalidad, y había ido a la guerra no sólo odiándola, sino con la idea preconcebida de luchar contra ella, y la revolución no significaba para él, pura y simplemente, el hecho escueto de la victoria, sino también el triunfo parcial de sus ideas. El derrumbamiento de la monarquía era, para él, el primer peldaño, en el cual no se detenía, pues, una vez remontada, ya se apresuraba a lanzarse tras otros objetivos. Para él, todo el problema estaba en saber hasta qué punto seguirían apoyándole en sus luchas el soldado y el campesino. “¿Para qué quiero yo la tierra si no voy a disfrutarla? —preguntaba el soldado—. ¿Para qué quiero la libertad —decía, repitiendo las palabras oídas al obrero a la puerta del teatro, al que no le daban acceso— si las llaves de la libertad las tienen en sus manos los señores?” A través del inmenso caos de la Revolución de Febrero se veían resplandecer los rasgos acerados de la de Octubre.

LOS GOBERNANTES Y LA GUERRA

¿Qué se proponía hacer con esta guerra y con este Ejército el Gobierno provisional y el Comité Ejecutivo?

Ante todo hay que comprender la política de la burguesía liberal ya que era ella la que desempeñaba el papel predominante. Aparentemente, la política guerrera del liberalismo seguía siendo una política patriótica y agresiva, anexionista intransigente. En realidad era una política contradictoria y desleal que no tardó en convertirse en derrotista.

"Si no hubiera habido revolución la guerra se habría perdido de todos modos, es casi seguro que se hubiese concertado una paz separada", escribía más tarde Rodzianko, cuyos juicios no se distinguían por su originalidad, razón por la cual expresaban bastante bien la opinión más extendida entre los elementos liberales conservadores. La sublevación de los batallones de la Guardia no auguraba a las clases poseedoras un triunfo exterior, sino una derrota interior. Y los liberales eran quienes menos ilusiones podían hacerse en este punto, puesto que habían previsto el peligro y luchaban contra él como podían. El inesperado optimismo revolucionario de Miliukov, que declaraba que la revolución no era más que un paso dado hacia la victoria, era, en realidad, el último recurso del desesperado. El problema de la guerra y la paz dejaba de ser, en sus tres cuartas partes, para los liberales, un problema especial. Presentían que no iba a serles dado explotar la revolución a favor de la guerra, y por esto les planteaba de un modo tanto más imperioso otro objetivo: explotar la guerra contra la revolución.

Ante los caudillos de la burguesía rusa planteábanse también, evidentemente, en aquellos momentos, las cuestiones referentes a la situación internacional de Rusia después de la guerra: las deudas y los nuevos empréstitos, los mercados de capitales y de productos. Pero no eran estos problemas los que de un modo inmediato determinaban su política. Se trataba, no de obtener las condiciones

internacionales más ventajosas para la Rusia burguesa, sino de sacar a flote el propio régimen burgués aunque fuera a costa de dejar maltrecha a Rusia. "Ante todo, repongámonos — decía esta clase, herida de muerte—; después, ya veremos modo de poner las cosas en orden." Y "reponerse" significaba liquidar la revolución.

Atizar el hipnotismo de la guerra y el estado de espíritu chovinista era lo único que daba a la burguesía la posibilidad de aliarse políticamente con las masas, ante todo con el Ejército, contra los que pretendían "profundizar" la revolución. La aspiración consistía en presentar al pueblo la guerra, herencia del zarismo con sus aliados y objetivos zaristas, como una nueva guerra, como una defensa de las conquistas y las esperanzas revolucionarias. En caso de conseguirlo —¿cómo?—, el liberalismo contaba firmemente con poder volver contra la revolución a la opinión pública patriótica que, ayer, le sirviera contra la pandilla rasputiniana.

Y si no se podía salvar a la monarquía, como suprema instancia contra el pueblo, urgía doblemente aferrarse a los aliados: durante la guerra, en todo caso, la *Entente* representaba una corte de apelación incomparablemente más poderosa de lo que hubiera podido ser la monarquía del país.

La continuación de la guerra justificaría la conservación del aparato militar y burocrático del zarismo, el aplazamiento de la Asamblea Constituyente, la subordinación del interior revolucionario al frente, o, lo que es lo mismo, a los generales que formaban un frente único con la burguesía liberal. Todos los problemas interiores, y muy principalmente el problema agrario, y toda la legislación social, se aplazaban hasta la terminación de la guerra, que, a su vez, se aplazaba hasta la consecución de una victoria en la que los liberales, por su parte, no creían. Y así, la guerra destinada a agotar al enemigo se convertía en una guerra destinada a agotar la revolución. Es posible que no fuera éste un plan definido, meditado y deliberado cuidadosamente en las sesiones oficiales. ¡Pero para qué! Este plan se desprendía de toda la política precedente del liberalismo y de la situación creada por la revolución.

Obligado a abrazar el camino de la guerra, Miliukov no tenía, naturalmente, por qué renunciar de antemano a llevar su parte en el botín. No olvidemos que la esperanza de que triunfasen los Aliados seguía siendo muy grande y había aumentado en forma extraordinaria al entrar los Estados Unidos en la guerra. Es verdad: la *Entente* era una cosa y Rusia otra. Los jefes de la burguesía rusa habían aprendido a comprender, en el transcurso de la guerra, que dada la debilidad económica y militar de Rusia, el triunfo

de los Aliados sobre los Imperios Centrales tenía que convertirse inevitablemente en su triunfo sobre Rusia, que, fuesen cuales fueren las variantes posibles, saldría irremediablemente la guerra quebrantada y debilitada. Pero los imperialistas liberales habían decidido cerrar conscientemente los ojos ante esta perspectiva. Ciertamente es que tampoco quedaba ya otro recurso. Guchkov declaraba sin ambages a sus amigos que sólo un milagro podía salvar a Rusia, y que la esperanza en este milagro era todo su programa como Ministro de la Guerra. Para su política interior, Miliukov necesitaba el mito de la victoria. No nos importa saber hasta qué punto creía él personalmente en el triunfo; desde luego, afirmaba con obstinación que Constantinopla sería nuestra. Además, obraba con el cinismo que le era peculiar. El 20 de marzo, el Ministro de Asuntos Extranjeros trató de persuadir a los embajadores aliados a que se traicionara a Servia, para conseguir de este modo la traición de Bulgaria a los Imperios Centrales. El embajador francés arrugó el ceño. Pero Miliukov insistió en la "necesidad de renunciar en aquella gestión a las consideraciones sentimentales", y, al mismo tiempo, al neoeslavismo que él mismo había predicado desde los tiempos de la derrota de la primera revolución. Ya Engels escribía a Bernstein en 1882: "¿A qué se reduce todo el gharlatanismo paneslavista? A la toma de Constantinopla, y nada más."

Aquella acusación de germanofilia, más aún, de venalidad a los alemanes que todavía ayer se esgrimía contra la camarilla palaciega, esgrimíase ahora contra la revolución. Conforme pasaban los días, más audaz, clara e insolentemente resonaba esta nota en los discursos y artículos del Partido Kadete. Antes de apoderarse de las aguas turcas, el liberalismo enturbiaba y envenenaba los pozos de la revolución.

Pero no todos los líderes liberales, ni mucho menos, ni todos desde luego de un modo inmediato, adoptaron después de la revolución una actitud de intransigencia ante la guerra. Muchos de ellos se movían aún dentro de la atmósfera del estado de espíritu prerrevolucionario, y enfocaban la perspectiva de una paz separada. Posteriormente, algunos de los dirigentes kadetes hablaban de esto con completa franqueza. El mismo Nabokov ha confesado que ya el 7 de marzo habló de una paz separada con los miembros del Gobierno. Algunos miembros del Centro directivo del Partido Kadete intentaron demostrar colectivamente a su jefe la imposibilidad de continuar la guerra. Miliukov, con el cálculo frío que le era habitual, demostró —según cuenta el barón de Nolde— que no había más remedio que alcanzar los objetivos de la guerra. El general Alexeev,

que en aquel período se había acercado a los kadetes, apoyaba a Miliukov, afirmando que "el Ejército puede ser levantado". Y por lo visto estaba llamado a levantarlo este hombre del Estado Mayor, organizador de catástrofes.

Algunos liberales y demócratas más cándidos, no comprendían la orientación de Miliukov y le consideraban como el hidalgo defensor de la lealtad para con los Aliados, como una especie de Don Quijote de la *Entente*. ¡Disparatado! Después de la toma del poder por los bolcheviques Miliukov no vaciló ni un instante en dirigirse a Kíev, ocupado entonces por los alemanes, y proponer sus servicios al Gobierno de los Hohenzollern, que, a decir verdad, no se dio gran prisa en aceptarlos. El fin inmediato que perseguía Miliukov era precisamente obtener para luchar contra los bolcheviques aquel mismo "oro alemán" con cuyo fantasma había intentado antes mancillar la revolución. A muchos liberales, las apelaciones de Miliukov a Alemania en 1918 les parecieron tan incomprensibles como en los primeros meses de 1917 su programa de destrucción del Imperio germano. Aquellas dos conductas no eran más el anverso y el reverso de la misma medalla. Al disponerse a traicionar a los Aliados, como antes a Servia, Miliukov no se traicionaba a sí mismo ni traicionaba a su clase, sino que practicaba consecuentemente la misma política; si su apariencia no era muy decorosa, no se le culpe a él. Al tantear todavía el zarismo el camino de la paz separada con el fin de evitar la inminente revolución, al exigir la guerra hasta el fin para liquidar la Revolución de Febrero, como luego al buscar la alianza con los Hohenzollern para derribar la Revolución de Octubre, Miliukov permanecía siempre fiel a los intereses de los poseedores. Y si no pudo hacer nada en su favor, estrechándose a cada uno de estos intentos contra una nueva muralla, fue porque sus mandantes no tenían salvación.

Lo que Miliukov echaba amargamente de menos en los días que siguieron al alzamiento revolucionario, fue una ofensiva enemiga, un buen garrotazo alemán asestado en la cabeza de la revolución. Por desgracia suya, los meses de marzo y abril eran poco propicios en el frente ruso, por las condiciones climáticas, para operaciones de gran envergadura. Y sobre todo, los alemanes, cuya situación era cada día más grave, habían decidido, después de grandes vacilaciones, entregar la revolución rusa a su suerte interior. Sólo el general Lisíngen desplegó en Stojod, el 20 y 21 de marzo, una iniciativa personal. El éxito de su operación asustó al Gobierno alemán, a la par que llenó de júbilo al ruso. Con el mismo impudor con que en tiempos del zar exageraba el éxito más insignificante, el Cuartel General hinchaba ahora la derrota de Stojod, secundado en sus esfuerzos por

la prensa liberal. El pánico, las retiradas y las bajas experimentadas por las tropas rusas se describen ahora con el mismo deleite con que antes se abultaban los primeros y el bótín. La burguesía y los generales abrazaban a todas luces la senda derrotista. Pero Lisingen fue contenido por sus superiores, y el frente viose nuevamente atascado y puesto a la expectativa por el lodo de la primavera.

El plan de apoyarse en la guerra contra la revolución, sólo podía tener probabilidades de éxito a condición de que los partidos intermedios, seguidos por las masas populares, accedieran a tomar sobre sus hombros el papel de mecanismo de transmisión de la política liberal. El liberalismo era impotente para asociar la idea de la guerra a la de la revolución: no hacía todavía veinticuatro horas, sostenía que la revolución sería funesta para la guerra. Había que imponer esta misión a la democracia. Pero ante ésta, naturalmente, no se podía descubrir el pastel, no se la podía poner al corriente del plan, sino hacerla morder el anzuelo, explotar sus prejuicios, la jactancia de sus líderes, que se tenían en grandes hombres de Estado, su miedo a la anarquía, su respeto supersticioso por la burguesía.

En los primeros días, los socialistas —nos vemos obligados a llamar así, en gracia a la brevedad, a los mencheviques y socialrevolucionarios— no sabían qué hacer con la guerra. Chjeidse suspiraba: "Siempre hemos hablado contra la guerra; ¿cómo voy ahora yo a predicar su continuación?" El 10 de marzo, el Comité Ejecutivo decidió enviar un mensaje de salutación a Franz Mehring. Con esta pequeña demostración, el ala izquierda intentaba tranquilizar un poco su conciencia socialista, no muy exigente, a la verdad. Con respecto a la guerra, el Soviet seguía mudo. Los jefes temían provocar un conflicto con el Gobierno provisional en esta cuestión y ensombrecer la luna de miel del "enlace". Temían también las discrepancias que entre ellos pudiesen surgir. Había en su seno defensores de la patria y zimmerwaldianos. Pero unos y otros exageraban sus discrepancias. La intelectualidad revolucionaria había sufrido, durante la guerra, en su mayoría, un proceso de aguda degeneración burguesa. El patriotismo, declarado o encubierto, aliaba a los intelectuales con las clases dirigentes y los divorciaba de las masas. La bandera de Zimmerwald con que se cubría el ala izquierda no obligaba a mucho y, al mismo tiempo, permitía no poner al descubierto la solidaridad patriótica con la pandilla rasputiniana. Pero, ahora, el régimen de los Romanov había sido derrocado y Rusia veíase convertida en un país democrático, que, desplegando al viento su bandera, en la cual brillaban todos los colores de la libertad, se destacaba sobre el sombrío fondo policiaco de Europa, oprimida por las

cadenas de la dictadura militar. ¿Cómo no hemos de defender nuestra revolución contra los Hohenzollern?, exclamaban los nuevos y los viejos patriotas que se hallaban al frente del Comité Ejecutivo. Los zimmerwaldianos del corte de Sujanov y Steklov argüían, sin gran convicción, que la guerra seguía siendo imperialista, puesto que los liberales declaraban que la revolución había de garantizar las anexiones que se habían acordado bajo el zar. "¿Cómo voy a predicar yo la continuación de la guerra?", se preguntaba alarmado Chjeidse. Pero como los propios zimmerwaldianos habían tomado la iniciativa de entregar el poder a los liberales, sus objeciones no tenían ninguna fuerza. Después de algunas semanas de vacilaciones y resistencias, llévase a la práctica, con ayuda de Tsereteli, de un modo bastante satisfactorio, la primera parte del plan de Millukov, y aquellos malos demócratas que se titulaban socialistas se engancharon al carro de la guerra y bajo el látigo de los liberales hicieron esfuerzos indecibles por asegurar el triunfo... de la *Entente* sobre Rusia, y el de Norteamérica sobre Europa.

La principal misión de los conciliadores consistía en injertar el patriotismo en la energía revolucionaria de las masas. De una parte se esforzaban en resucitar la capacidad combativa del Ejército, lo cual era difícil; de otra, intentaban conseguir del Gobierno de la *entente* que renunciase a las depredaciones, lo cual era ridículo. Tanto en un sentido como en otro, fueron de la ilusión al desencanto y del error a la humillación. Señalemos los primeros jalones de este recorrido.

En las horas de su breve grandeza, Rodzianko se apresuró a publicar un decreto sobre el retorno inmediato de los soldados a los cuarteles y el respeto a la oficialidad. La agitación promovida por este decreto en la guarnición obligó al Soviet a consagrar una de sus primeras sesiones a la cuestión de la suerte que le estaba reservada al soldado. En la atmósfera caldeada de aquellas horas, en el caos de una asamblea que tenía más de mitin que de sesión, bajo el dictado directo de los soldados, cuya acción no pudieron impedir los jefes, ausentes, surgió el famoso "decreto número 1", único documento digno de la Revolución de Febrero, y que era la carta de la libertad otorgada al ejército revolucionario. Sus artículos audaces, que daban a los soldados la posibilidad de abrazar de un modo organizado la nueva senda, ordenaban: La creación de Comités directivos en todos los regimientos; la elección de representantes de los soldados en el Soviet; sumisión a éste y a sus Comités en todas las acciones políticas; conservación de las armas bajo el control de los Comités de compañía y de batallón y "no entregarlas a los oficiales bajo ningún concepto; en

el servicio, severa disciplina militar; fuera de él, plenitud de derechos civiles; abolición del saludo fuera del servicio; los títulos jerárquicos son suprimidos; prohibición de tratar groseramente a los soldados, en particular de tutearlos, etc.

Tales eran los frutos que los soldados de Petrogrado sacaban por haber tomado parte en la revolución. ¿Y podían ser otros? Nadie se hubiera atrevido a ofrecer resistencia. Mientras se preparaba el decreto, los jefes del Soviet estaban absorbidos por las más altas preocupaciones; entablaban negociaciones con los liberales, lo cual les facilitaba una coartada de que poder servirse cuando tuvieran necesidad de justificarse ante la burguesía y el comando.

A la par con el "decreto número 1", el Comité Ejecutivo, al darse cuenta de lo que había hecho, mandó a la imprenta, a modo de contraveneno, un manifiesto dirigido a los soldados, que, so pretexto de condenar los actos en que los soldados hacían justicia a los oficiales por propia iniciativa, exigía la sumisión al viejo comando. Los tipógrafos se negaron en redondo a componer el documento. Sus democráticos autores no cabían en sí de indignación. ¿A dónde vamos a parar? Sin embargo, sería erróneo suponer que los tipógrafos desearan represalias sangrientas contra los oficiales. Pero parecían que requerir a los soldados a someterse disciplinadamente al antiguo cuerpo de oficiales del ejército zarista, al día siguiente de la revolución, equivalía a abrir de par en par las puertas a la contrarrevolución. Es cierto que aquellos cajistas se excedieron en sus derechos, pero es que no se sentían tan sólo tipógrafos: a su juicio, se trataba de la existencia misma de la revolución.

En aquellos primeros días, cuando la suerte de los oficiales que retornaban a los regimientos interesaba extraordinariamente tanto a los soldados como a los obreros, la organización socialdemócrata "interdepartamental", que simpatizaba con los bolcheviques, planteaba la cuestión con audacia revolucionaria. "Para que no se engañen los aristócratas y los oficiales —decía el manifiesto lanzado a los soldados por dicha organización—, elegid vosotros mismos vuestros comandantes de pelotón, compañía y regimiento. No aceptéis más que a los oficiales a quienes conozcáis como amigos del pueblo." ¿Qué pasó? Pues que aquella proclama, que respondía plenamente a la situación, fue secuestrada de inmediato por el Comité Ejecutivo, y Chjeldse la calificó, en un discurso, de provocadora. Los demócratas, como veremos, no tenían el menor reparo en coartar la libertad de prensa cuando se trataba de asestar golpes a la izquierda. Por fortuna, su propia libertad andaba también bastante maltrecha. Los obreros y soldados que apoyaban al comité ejecutivo como su órgano supremo

enmendaban en los casos importantes la política de los directivos por medio de su intervención directa.

A los pocos días de esto, el Comité Ejecutivo intentaba ya desvirtuar, mediante el "decreto número 2", el "número 1", circunscribiendo su campo de acción a la región militar de Petrogrado. Fue inútil. El "decreto número 1" era inderogable, por la sencilla razón de que no creaba nada nuevo, sino que se limitaba a consignar lo que era ya realidad visible en el interior del país y en el frente, y no había, quisiérase o no, más remedio que acatar. Cuando tenían enfrente a los soldados, hasta los diputados liberales rehuían hablar del "decreto número 1". Sin embargo, en los dominios de la gran política, este decreto audaz se tornó el argumento principal de la burguesía contra los Soviets. A partir de este momento, los generales derrotados descubrieron en el "decreto número 1" el obstáculo principal que les había impedido vencer a los alemanes. A Alemania se achacaban los verdaderos orígenes del decreto. Los conciliadores no cesaban de justificarse, y excitaban los nervios de los soldados, intentando arrebatárselos con la mano derecha lo que les habían dado con la izquierda.

Entre tanto, en el Soviet, la mayoría de los diputados exigían ya que los jefes y oficiales se nombrasen por elección. Los demócratas se inquietaron. Falto de mejores argumentos, Sujanov recurría al arma de la intimidación, diciendo que la burguesía a quien se había entregado el poder no accedería a reconocer en la milicia el principio electivo. Los demócratas se refugiaban a ojos vistas detrás de Guchkov. Los liberales ocupaban en su juego el mismo lugar que la monarquía había de ocupar, según ellos, en el juego del liberalismo. "Cuando abandoné la tribuna para volverme a mi sitio —cuenta Sujanov— tropecé con un soldado que me cerraba el paso, y, esgrimiendo el puño ante mis ojos, gritaba furiosamente y hablaba de los señores que no habían sido nunca soldados." Después de aquel "exceso", nuestro demócrata, perdiendo definitivamente el equilibrio, corrió en busca de Kerensky, y gracias a esto, "se echó tierra al asunto como se pudo". Era lo único que esta gente sabía hacer.

Durante dos semanas habían podido fingir que no se daban cuenta de la guerra. Pero la ficción no podía durar. El 14 de marzo, el Comité Ejecutivo presentó al Soviet un proyecto de manifiesto: "A los pueblos de todo el mundo", redactado por Sujanov. La prensa liberal se apresuró a calificar el documento, que unía a los conciliadores de derecha y de izquierda, como el "decreto número 1" de la política exterior. Pero este juicio era tan falso como el documento sobre el cual recaía. El "decreto número 1" era la

respuesta honrada de las masas a los problemas que planteaba al Ejército la revolución. El manifiesto del 14 de marzo no era más que una respuesta pífida de los de arriba a las objeciones que les habían formulado honradamente los soldados y obreros.

El manifiesto expresaba, naturalmente, el anhelo de una paz democrática sin anexiones ni indemnizaciones. Pero los imperialistas occidentales habían aprendido a servirse de esta fraseología mucho antes de la Revolución de Febrero.

En nombre de una paz duradera, honrada, "democrática", se disponía Wilson, precisamente por aquellos días, a lanzarse a la guerra. El honorable Mister Asquith hacía en el Parlamento una clasificación científica de las anexiones, de la cual se deducía de un modo irrefutable que debían condenarse por inmorales todas aquellas que se hallaran en contradicción con los intereses de Gran Bretaña. Por lo que a la diplomacia francesa se refiere, toda su aspiración consistía en dar la expresión liberal más perfecta a su codicia de tendero y usurero. El documento soviético, al cual no se puede negar una cierta sinceridad un poco simplista, caía fatalmente en la órbita de la hipocresía francesa oficial. El manifiesto prometía "defender en forma enérgica nuestra propia libertad" contra el militarismo extranjero. Precisamente éste era el tópico de que se venían sirviendo los socialpatriotas franceses desde el mes de agosto de 1914. "Ha llegado el momento de que los pueblos tomen en sus manos la resolución del problema de la guerra y de la paz", proclamaba el manifiesto, cuyos autores acababan de confiar, en nombre del pueblo ruso, la determinación de este problema a la gran burguesía. Dirigiéndose a los obreros de Alemania y Austria-Hungría, el manifiesto decía: "¡No sigáis sirviendo de instrumento de rapiña y de violencia en manos de los reyes, los terratenientes y los banqueros!" Estas palabras encerraban la quinta esencia de la falsedad, pues los jefes del Soviet no habían ni siquiera pensado en romper la alianza que los ataba a los reyes de Gran Bretaña y de Bélgica, al emperador del Japón y a los terratenientes y banqueros de su propio país y a los de la *Entente*. Al mismo tiempo que entregaban la dirección de la política exterior a Milliukov, que pocos días antes se disponía a convertir la Prusia Oriental en una provincia rusa, los jefes del Soviet invitaban a los obreros alemanes y austrohúngaros a seguir el ejemplo de la revolución rusa. Aquella teatral abjuración de la matanza no cambiaba nada; eso, el propio Papa lo hacía. Por medio de frases patéticas dirigidas contra las sombras de los banqueros, los terratenientes y los reyes, los conciliadores convertían la Revolución de Febrero en un

instrumento de los reyes, los terratenientes y los banqueros de carne y hueso. Ya en el mensaje de salutación al Gobierno provisional, Lloyd George veía en la revolución rusa la prueba de que "la guerra actual es, sustancialmente, la lucha por el gobierno popular y por la paz". El manifiesto del 4 de marzo se solidarizaba "sustancialmente" con Lloyd George y prestaba una valiosa ayuda a la propaganda militarista de Norteamérica. El periódico de Milliukov, con muchísima razón, decía que el "manifiesto —que comentaba con el típico tono pacifista— desarrolla, en el fondo, la ideología que nos une a todos nosotros con nuestros aliados". No importa que los liberales rusos atacasen furiosamente el manifiesto ni que la censura francesa no lo dejase pasar; ello se debía al miedo a la interpretación que daban a este documento las masas revolucionarias crédulas aún.

Este manifiesto, escrito por un zimmerwaldiano, representaba un triunfo del ala patriótica. Los Soviets locales recogieron la señal y la consigna "¡Guerra a la guerra!" se decretó inadmisibles. Hasta en los Urales y en Kostroma, donde los bolcheviques tenían fuerzas, fue por unanimidad aprobado el patriótico manifiesto. La cosa no tenía nada de sorprendente, puesto que ni aun en el Soviet de Petrogrado los bolcheviques habían opuesto la menor resistencia al hipócrita documento.

Pocas semanas después venció y fue puesta al cobro una parte de aquella letra de cambio aceptada. El Gobierno provisional emitió un empréstito de guerra que naturalmente fue llamado "empréstito de la libertad". Tsereteli esforzándose en demostrar que, puesto que el Gobierno cumplía "en general" sus compromisos, la democracia tenía el deber de apoyar el empréstito. En el Comité Ejecutivo, la oposición reunió más de la tercera parte de los votos. Pero en la reunión plenaria del Soviet (22 de abril), sólo votaron contra el empréstito 112 diputados, siendo el total casi 2.000. De esto han sacado algunos la conclusión de que el Comité Ejecutivo estaba más a la izquierda que el Soviet. Pero esto no es cierto. Ocurría, simplemente, que el Soviet era más honrado que el Comité Ejecutivo. Si la guerra era la defensa de la revolución, había que dar dinero para aquélla y apoyar el empréstito. El Comité Ejecutivo no era más revolucionario, sino más evasivo. Vivía de equívocos y reservas. Apoyaba, "en general", al Gobierno, criatura suya, y sólo asumía sobre sí la responsabilidad de la guerra "en la medida en que..." Estas mezquinas astucias eran ajenas a las masas. Los soldados no podían combatir "en la medida en que", ni morir simplemente "en general".

A fin de consolidar el triunfo de la razón de Estado

sobre la arbitrariedad popular, el 1.º de abril el Gobierno puso oficialmente a la cabeza de las fuerzas armadas al general Alexeev, el mismo que el 5 de marzo se disponía a fusilar las "bandas de propagandistas". Ya todo estaba en orden. El inspirador de la política exterior del zar, Mi-liukov, era ministro de Estado. El general en jefe de los ejércitos zaristas, Alexeiev, era generalísimo de la revolución. La continuidad quedaba perfectamente establecida.

Al mismo tiempo, los jefes soviéticos veíanse obligados, por la lógica de la situación, a deshacer ellos mismos los nudos de la red que habían tejido. La democracia oficial temía mortalmente a los jefes y oficiales, a quienes toleraba y sostenía. No podía dejar de someterlos a vigilancia, aspirando, al mismo tiempo, a apoyar ésta en los soldados y a hacerla en lo posible independiente de estos últimos. En la sesión del 6 de marzo, el Comité Ejecutivo reconoció la conveniencia de nombrar comisarios cerca de todas las armas y en la administración militar. De este modo se creaba una triple relación: las tropas elegían sus delegados en el Soviet; el Comité Ejecutivo destacaba sus comisarios cerca de las tropas; finalmente, al frente de cada unidad militar había un Comité electivo que venía a ser algo así como una célula de base del Soviet.

Una de las obligaciones más importantes de los comisarios consistía en vigilar la integridad política del Estado Mayor y cuerpo de oficiales. "El régimen democrático no tardó en superar en esto al autocrático", escribe Denikin, indignado, e inmediatamente se jacta de la habilidad con que su Estado Mayor interceptaba y le transmitía a él la correspondencia cifrada que sostenían los comisarios con Petrogrado. Aquello de que se vigilase a los monárquicos y esclavistas era indigno. En cambio, el robar la correspondencia de los comisarios con el Gobierno era muy plausible. Pero, cualquiera que sea el aspecto moral de la cuestión, lo cierto es que las relaciones internas del aparato dirigente del Ejército aparecen con claridad; los dos, por lo visto, se temen mutuamente y se observan con hostilidad. Lo único que les une es el miedo común a los soldados. Los propios generales y almirantes, fueran cuales fuesen sus planes y sus esperanzas para el futuro, veían claramente que no había modo de renunciar a la cartera democrática. El reglamento de los Comités de escuadra fue redactado por Kolchak; éste confiaba en poder estrangularlos el día de mañana, pero como no era posible dar un paso sin los Comités, interesaba al Cuartel General para que los aprobara. El general Marcov, uno de los futuros caudillos blancos, enviaba también al Ministro a principios de abril un proyecto de nombramiento de comisarios destinado a vigilar la lealtad del comando. He aquí cómo las "leyes del

Ejército", es decir, las tradiciones del burocratismo, militar, se rompían como pajas al empuje de la revolución.

Los soldados enfocaban los Comités desde el punto de vista opuesto, congregándose en torno a ellos contra el comando, y si bien los Comités defendían a los jefes contra los soldados, era sólo hasta cierto límite. La situación del oficial a quien ponía el veto el Comité hacía insostenible. Así fue engendrándose el derecho no escrito de los soldados a separar a sus jefes. Según Denikin, hacia el mes de julio habían sido eliminados en el frente occidental hasta sesenta jefes viejos, desde el jefe del cuerpo al de regimiento. Análogas destituciones llevábanse a cabo también dentro de los regimientos.

Entre tanto, el Ministerio de Guerra y el Comité Ejecutivo, en las reuniones de la comisión de enlace que perseguían como fin establecer formas de relación "razonables" dentro del Ejército, elevar la autoridad de los jefes y reducir los Comités de tropa a un papel secundario, principalmente administrativo, estaban empeñados en una menuda labor burocrática. Pero mientras que los altos jefes intentaban en vano ahuyentar la sombra de la revolución, los Comités iban formando una fuerte red centralizada, que consolidaba de un modo orgánico su poder dentro del Ejército. Sin embargo, el Comité Ejecutivo sólo se servía de él para mantener unido al Ejército a la guerra por medio de los comisarios y los Comités. Los soldados veíanse en el trance, cada vez más apremiante, de meditar cómo era posible que los Comités elegidos por ellos dijeran tan a menudo, no lo que ellos, los soldados, pensaban, sino lo que los jefes querían.

Las trincheras envían a la capital un número cada vez mayor de diputados para orientarse y saber a qué atenerse. Desde principios de abril, el contacto de la capital con el frente no se interrumpe. No pasa día sin que en el Palacio de Táurida se realicen conversaciones colectivas, los soldados se devanan los sesos intentando descifrar los misterios de la política del Comité Ejecutivo, que no sabe dar una sola respuesta clara a las preguntas que se le hacen. El Ejército asume trabajosamente la posición soviética para convencerse de un modo muy claro de la inconsistencia que impera en la dirección de los Soviets.

Los liberales, que no se atreven a oponerse abiertamente al Soviet, intentan, luchar por la conquista del Ejército. Es, naturalmente, el chovinismo el que, según ellos, ha de servirles de lazo para atraérselo. El ministro kadete Schingarev, en una de las conversaciones sostenidas con los delegados de las trincheras, defendió el decreto de Guchkov contra la "excesiva indulgencia" hacia los prisioneros, basándose en las "ferocidades alemanas"; las palabras del

ministro no encontraron buena acogida; lejos de ello, la reunión se pronunció decididamente en favor de que se mejorara la situación de los prisioneros. Y estos hombres eran los mismos a quienes los liberales acusaban de salvajismo. Lo que ocurría era que aquellos hombres grises del frente tenían su criterio; reputaban perfectamente lícito tomar represalias contra un oficial que injuriaba a los soldados, pero les parecía indigno tomarlas contra un soldado alemán, indefenso por las crueldades reales o supuestas de un Ludendorff. Las normas eternas de la moral no se habían hecho para aquellos campesinos toscos y píojosos.

Las tentativas de la burguesía para apoderarse del Ejército determinaron una especie de pugilato entre los liberales y los conciliadores en el Congreso de los delegados del frente occidental, que tuvo lugar de los días 7 a 10 de abril. Aquel primer Congreso de las tropas del frente había de servir para someter al Ejército a una prueba política decisiva, y ambas partes enviaron a Minsk a sus mejores representantes. Del Soviet fueron Tsereteli, Chjeidse, Skobelev, Gvozdióv; de la burguesía, el propio Rodziánko, el kadete Rodichev y otros. En el teatro de Minsk, abarrotado de gente, reinaba una tensión apasionada, que se derramaba sobre toda la ciudad. Las comunicaciones de los delegados del frente mostraban la realidad. La confraternización corre como reguero de pólvora, los soldados van tomando la iniciativa con una audacia cada vez mayor, el comando no puede ni pensar en medidas represivas. ¿Qué podían decir allí los liberales? Puestos ante aquel auditorio caldeado, renunciaron inmediatamente a la idea de oponer sus consignas a las del Soviet y se limitaron a dar la nota patriótica en los discursos de salutación, no tardando en esfumarse por completo. La batalla fue ganada sin lucha por los demócratas, los cuales no necesitaron conducir a las masas contra la burguesía, sino, por el contrario, contenerlas. En el Congreso dominó la consigna de la paz, equivocadamente entretendida con la de la defensa de la revolución, a tono con el espíritu del manifiesto del 14 de marzo. La proposición del Soviet acerca de la guerra fue aprobada por 610 votos contra 8 y 46 abstenciones. La última esperanza de los liberales de alzar al frente contra el interior del país, al Ejército contra el Soviet, se desvanecía totalmente. Por su parte, los jefes demócratas regresaban del Congreso más asustados que satisfechos de su triunfo. Habían visto los espíritus inflamados por la revolución y comprendían que eran impotentes para dominarlos.

LOS BOLCHEVIQUES Y LENIN

El día 3 de abril llegó Lenin a Petrogrado, de la emigración. Sólo a partir de ese momento empieza el Partido Bolchevique a hablar en voz alta y, lo que es más importante, a tener voz propia.

El primer mes de revolución fue para el bolchevismo un período de desconcierto y vacilaciones. En el manifiesto del Comité Central de los bolcheviques, escrito inmediatamente después de triunfar el movimiento de febrero, decía: "Los obreros de las fábricas, así como los soldados sublevados, deben elegir de inmediato sus representantes en el Gobierno revolucionario provisional." El manifiesto fue impreso en el órgano oficial del Soviet, sin comentarios ni objeciones, como si se tratara de una cuestión académica. Y es que hasta los propios dirigentes bolcheviques atribuían a su consigna un valor meramente demostrativo. No actuaban como representantes de un partido proletario que se dispone a afrontar una lucha imponente por la conquista del poder, sino como el ala izquierda de la democracia que, al proclamar sus principios, se dispone, por un tiempo indeterminado, a actuar como oposición legal.

Sujanov afirma que en la sesión celebrada por el Comité Ejecutivo el 1.º de marzo, sólo se discutieron las condiciones de traspaso del poder. Contra el hecho mismo de la constitución de un Gobierno burgués no se alzó ni una sola voz, a pesar de que de los treinta y nueve miembros del Comité Ejecutivo, once eran bolcheviques y simpatizantes; tres de ellos, Salutski, Schliapnikov y Molotov, pertenecían al centro.

Al día siguiente, según cuenta el propio Schliapnikov, de los cuatrocientos diputados presentes en la sesión del Soviet, sólo votaron en contra de la entrega del poder a la burguesía 10, cuando la fracción bolchevique contaba ya con 40. Esta votación se desarrolló en medio de la mayor tranquilidad, en medio de un orden parlamentario perfecto, sin que los bolcheviques formularan proposición alguna

en contra, y sin provocar lucha, ni agitación de ninguna clase en la prensa bolchevique.

El 4 de marzo, el Buró del Comité Central votó una resolución acerca del carácter contrarrevolucionario del Gobierno provisional y la necesidad de orientarse hacia la dictadura democrática del proletariado y de los campesinos. El Comité de Petrogrado, para quien esta revolución no tenía, como así era, más que un valor puramente académico, puesto que no indicaba qué era lo que había que hacerse, enfocó el problema desde el extremo opuesto. "Teniendo en cuenta la revolución acerca del Gobierno provisional votada por el Soviet", declara que "no se opone al poder del Gobierno provisional en la medida en que..." Era, en esencia, la posición de los mencheviques y socialrevolucionarios, sólo que replegada sobre la segunda línea. Esta posición abiertamente oportunista del Comité de Petrogrado no contradecía más que en la forma a la adoptada por el Comité Central, cuyo carácter académico no significaba más que la resignación política frente al hecho consumado.

Esta predisposición a allanarse silenciosamente o con reservas al Gobierno burgués no halló, ni mucho menos, una acogida incondicional entre los elementos del Partido. Los obreros bolcheviques se estrellaron en el acto contra el Gobierno provisional como contra una fortaleza enemiga que se alzase inesperadamente en su camino.

El Comité de Viborg celebraba mítines de miles de obreros y soldados, en los que se votaban, casi por unanimidad, resoluciones que hacían resaltar la necesidad de que el Soviet tomara en sus manos el poder. Dingelstedt, que participó activamente en esta campaña de agitación, atestigua: "No hubo un solo mitin, una sola asamblea obrera que rechazara nuestras proposiciones, si había alguien que se las presentara."

En los primeros días, los mencheviques y los socialrevolucionarios no se atrevían a plantear abiertamente ante el auditorio de obreros y soldados la cuestión del poder tal como ellos la concebían. En vista del éxito que obtuvo la resolución de los obreros de Viborg, fue impresa y fijada en las esquinas como un pasquín. Pero el Comité de Petrogrado le puso el veto y los bolcheviques de Viborg no tuvieron más remedio que someterse.

En lo tocante al contenido social de la revolución y a las perspectivas de su desarrollo, la posición de los dirigentes bolcheviques no era menos confusa. Schliapnikov cuenta: "Coincidíamos con los mencheviques en que estábamos atravesando un momento revolucionario que se caracterizaba por la destrucción del régimen feudal, el cual debía ser sustituido por las libertades propias del régimen burgués." En su primer número de *Pravda*, escribía: "La

misión fundamental consiste... en la instauración del régimen democrático republicano." En su mandato a los diputados obreros, el Comité de Moscú declaraba: "El proletariado aspira a conseguir las libertades necesarias para luchar por el socialismo, que es su objetivo final." La tradicional alusión al "objetivo final" subraya suficientemente la distancia histórica que separaba esta posición del socialismo. Nadie iba más allá. El miedo a rebasar los límites de la revolución democrática dictaba una política expectante, de adaptación y de retirada manifiesta ante las consignas de los conciliadores.

No es difícil comprender la grave repercusión que tenía en provincias esta falta de decisión política por parte del centro. Nos limitaremos a traer aquí el testimonio de uno de los dirigentes de la organización de Saratov: "Nuestro Partido, que había tomado una participación activa en el movimiento revolucionario, había dejado escapar, evidentemente, la influencia que tenía sobre las masas, las cuales fueron a parar a manos de los mencheviques y los socialrevolucionarios. Nadie sabía cuáles eran las consignas de los bolcheviques... Un cuadro muy poco agradable."

Los bolcheviques de izquierda, empezando por los obreros, hacían cuanto podían por romper el cerco. Pero tampoco ellos sabían cómo hacer frente a los argumentos acerca del carácter burgués de la revolución y de los peligros de aislamiento del proletariado, y se sometían a regañadientes a las orientaciones de la dirección. Las distintas tendencias que se dibujaban en el bolchevismo chocaron con bastante violencia, unas contra otras, desde el primer día, pero sin que ninguna de ellas llevase sus ideas hasta las últimas consecuencias. Pravda reflejaba este estado confuso y vacilante de las ideas del Partido, sin contribuir en lo más mínimo a armonizarlas. Hacia mediados de marzo se complicó aún más la situación, al llegar del destierro Kamenev y Stalin, que imprimieron un giro francamente derechista a la política oficial del Partido.

Kamenev, bolchevique casi desde la fundación del Partido, había militado siempre en el ala derecha. No carecía de preparación teórica ni de sentido político y estaba dotado de una gran experiencia de la lucha entre las fracciones rusas del Partido y de una reserva considerable de observaciones políticas adquiridas en los países occidentales, todo lo cual le permitía asimilarse mejor que muchos otros bolcheviques las ideas de Lenin, pero siempre para darles en la práctica la interpretación más pacífica posible. De él no cabía esperar personalidad en la decisión ni iniciativa en la acción. Kamenev, magnífico propagandista, orador y periodista reflexivo, aunque no brillante, era un elemento de gran valor cuando había que entablar

negociaciones con otros partidos o investigar lo que sucedía en otras esferas sociales, bien entendido que de estas excursiones volvía siempre trayendo adherido algo de los medios ajenos. Estos rasgos de Kamenev eran tan claros y tan patentes, que casi nadie se equivocaba cuando se trataba de juzgar su fisonomía política. Sujanov observaba en él la ausencia de "ángulos agudos": "Hay que llevarle siempre a rastras, y si alguna vez se hace el remolón, no es difícil reducirle." En el mismo sentido se expresa, hablando de él, Stankievich: "La actitud de Kamenev respecto a los adversarios era tan suave, que parecía avergonzarse de la intransigencia de su posición; en el Comité era, indudablemente no un enemigo, sino un mero elemento de oposición." A esto poco hay que añadir.

Stalin era un tipo de bolchevique perfectamente distinto, tanto por su formación mental como por el carácter de su trabajo en el Partido; su actividad era la de un sólido organizador, teórica y políticamente primitivo. Kamenev, como publicista que era, había pasado una larga serie de años al lado de Lenin en la emigración, donde se concentraba la labor teórica del Partido; a Stalin, que era lo que se llama un práctico, sin horizontes teóricos, sin gran interés por los problemas políticos y sin el menor conocimiento de idiomas extranjeros, no había quien lo apartase del solar ruso. Los militantes de este tipo sólo hacían breves escapadas al extranjero, de tarde en tarde, para recibir instrucciones, ponerse de acuerdo sobre la labor que habían de desarrollar y retornar en seguida a Rusia. Stalin se distinguía entre los elementos prácticos por su energía, su tenacidad y su inventiva en las combinaciones entre bastidores. Kamenev, hombre tímido, "se avergonzaba" de las consecuencias prácticas a que llevaba el bolchevismo; Stalin propendía, por el contrario, a sostener sin el menor miramiento ni atenuación las conclusiones prácticas unidas en una mezcla de tenacidad y grosería.

A pesar de esta divergencia tan grande de caracteres, Kamenev y Stalin abrazan, a principios de la revolución, una posición común: no tenía nada de particular, pues se complementaban mutuamente. Concepción revolucionaria sin voluntad revolucionaria es lo mismo que un reloj con el muelle roto: el minutero político de Kamenev iba siempre retrasado con relación a los objetivos revolucionarios. Pero, por otra parte, la ausencia de una amplia concepción política condena al político de más voluntad a la indecisión ante acontecimientos importantes y complejos. Un empírico como Stalin es terreno abonado para que en él florezcan todas las influencias extrañas, no por flaqueza de la voluntad, sino del pensamiento. Y he aquí cómo un publicista sin voluntad y un organizador sin horizontes

teóricos, llevaron en marzo su bolchevismo hasta las puertas mismas del menchevismo. Stalin resultó ser todavía más incapaz que Wamenev para adoptar una posición personal dentro del Comité Ejecutivo, del que entró a formar parte como representante del Partido. En las actas y en la prensa no ha quedado una sola proposición, declaración o protesta en la que veamos a Stalin expresar el punto de vista bolchevique frente a la sumisión de la "democracia" ante el liberalismo. Sujanov dice en sus memorias: "En aquel entonces, los bolcheviques tenían en el Comité Ejecutivo, además de Kamenev, a Stalin. Durante su modesta actuación dentro del Comité Ejecutivo producía y —no sólo a mí— la impresión de una mancha gris, que a veces brillaba fugazmente con una luz tenue que no dejaba rastro. Es todo lo que se puede decir de él." Si bien es cierto que subestima Sujanov a Stalin, no puede negarse que caracteriza bastante acertadamente su falta de personalidad política en aquel Comité Ejecutivo conciliador.

El 14 de marzo, adoptándose por unanimidad el manifiesto *A los pueblos de todo el mundo*, que interpretaba el triunfo de la Revolución de Febrero, según los intereses de la *Entente* y ponía al movimiento revolucionario ruso el cuño socialpatriótico francés. Era, a no dudar, un gran éxito de Kamenev y Stalin, obtenido, evidentemente, sin gran lucha. *Pravda* hablaba de este documento como de "un compromiso consciente entre las distintas tendencias representadas en el Soviet". Hubiera debido añadir que tal compromiso implicaba una franca ruptura con las ideas de Lenin, que en el Soviet nadie defendía.

Kamenev, miembro de la redacción del órgano central en el extranjero; Stalin, miembro del Comité Central, y Muranov, diputado de la Duma, que volvía también de Siberia, destituyeron a la antigua redacción de *Pravda*, por demasiado "izquierdista", y, amparándose en sus derechos, harto problemáticos, asumieron la dirección del periódico a partir del 15 de marzo. En el artículo en que la nueva redacción anunciaba sus propósitos se decía que los bolcheviques apoyaban decididamente al Gobierno provisional "en cuanto luchase contra la reacción y la contrarrevolución". Respecto a la guerra, los nuevos dirigentes se pronunciaban de un modo igualmente categórico: mientras el Ejército alemán obedezca al káiser, el soldado ruso "deberá permanecer firme en su puesto, contestando a las balas con las balas y a los obuses con los obuses". "Nuestra consigna debe ser: ejercer presión sobre el Gobierno provisional con el fin de obligarlo... a tantear la disposición de los países beligerantes respecto de la posibilidad de entablar negociaciones inmediatamente. Entre tanto, todo el mundo debe permanecer en su puesto de combate." Lo

mismo las ideas que el modo de formularlas son defensivas hasta la médula. La forma de presionar a un gobierno imperialista, con el fin de "inclinarse" a una actitud pacifista, era el programa de Kautsky en Alemania, el de Jean Longuet en Francia, el de Macdonald en Inglaterra; pero estaba mucho de ser el de Lenin, que predicaba el derrumbamiento del régimen imperialista. Defendiéndose de los ataques de la prensa patriótica, *Pravda* iba todavía más lejos: "Todo derrotismo —afirmaba— o, por mejor decir, lo que la prensa mal informada estigmatizaba bajo la censura zarista con este nombre, desapareció en el momento de aparecer en las calles de Petrogrado el primer regimiento revolucionario." Esto equivalía a romper de lleno con la posición mantenida por Lenin. El "derrotismo" no era, ni mucho menos, una invención de la prensa enemiga amparada por la censura, sino una fórmula de Lenin: "La derrota de Rusia es el mal menor."

Ni la aparición del primer regimiento revolucionario, ni aun el derrumbamiento de la monarquía, modificaba el carácter imperialista de la guerra. "El día en que salió a la calle el primer número de *Pravda* transformada fue —cuenta Schliapnikov— un día de júbilo general para los defensores. Todo el Palacio de Táurida, desde los hombres del Comité de la Duma hasta el corazón mismo de la democracia revolucionaria —el Comité Ejecutivo—, estaba absorbido por una noticia: el triunfo de los bolcheviques moderados y razonables sobre los extremistas. En el propio Comité Ejecutivo nos acogieron con sonrisas burlonas... Cuando este número de *Pravda* se recibió en las fábricas, llevó una completa perplejidad al ánimo de los afiliados y simpatizantes de nuestro Partido y una gran alegría a nuestros adversarios... En los suburbios la indignación era inmensa y cuando los proletarios se enteraron de que se habían apoderado de *Pravda* tres compañeros llegados de Siberia, antiguos redactores del periódico, se exigió su exclusión del Partido."

Pravda no tuvo más remedio que publicar una enérgica protesta de los obreros de Viborg: "Si el periódico no quiere perder la confianza de los barrios obreros, debe sostener la antorcha de la conciencia revolucionaria, por mucho que moleste a la vista de las lechuzas burguesas." Las protestas de abajo llevaron a la redacción a mostrarse más cauta en la expresión, pero no a modificar la política. Hasta el primer artículo publicado por Lenin, a su llegada del extranjero, pasó por las columnas del periódico sin dejar huellas en la mente de sus redactores. La orientación derechista navegaba a velas desplegadas. "En nuestras campañas de propaganda —cuenta Dingelstedt, representante

del ala izquierda— teníamos que tomar en consideración el principio de la dualidad de poder... y demostrar su carácter inevitable a aquella masa de obreros y soldados que en el transcurso de medio mes de vida política intensa se había educado en una concepción completamente distinta de sus tareas."

La política del Partido en el resto del país se acomodaba, naturalmente, a la de *Pravda*. En muchos Soviets, las propuestas presentadas acerca de los problemas fundamentales se votaban por unanimidad; los bolcheviques acataban sin chistar la mayoría. En la Conferencia de los Soviets de la región de Moscú, los bolcheviques se adhirieron a la resolución presentada por los socialpatriotas respecto a la guerra.

Finalmente, en la Conferencia Panrusa de representantes de los ochenta y dos Soviets, celebrada en Petrogrado a fines de marzo y principios de abril, los bolcheviques votaron por la resolución oficial acerca del poder que defendió Dan. Esta notable aproximación política a los mencheviques respondía a las tendencias conciliadoras, que ya habían tomado mucho auge. En provincias, bolcheviques y mencheviques formaban parte de organizaciones mixtas. La fracción Kamenev-Stalin iba convirtiéndose cada vez más marcadamente en el ala izquierda de la llamada "democracia revolucionaria" y se plegaba a la mecánica de la "presión" parlamentaria de entre bastidores sobre la burguesía, combinándola con una presión de entre bastidores sobre la democracia.

El centro espiritual del Partido residía en el sector del Comité Central emigrado y en la redacción del órgano central *El Socialdemócrata*. Lenin, ayudado por Zinoviev, llevaba toda la labor de dirección. Las funciones del secretariado, de gran responsabilidad, corrían a cargo de N. Krupskaya, la mujer de Lenin. Para las funciones prácticas, este pequeño centro se apoyaba en algunas docenas de bolcheviques emigrados. Durante la guerra, la falta de contacto con Rusia tomó caracteres graves, tanto más cuanto más la policía militar de la *Entente* iba apretando su círculo de hierro. La explosión revolucionaria, tan ansiosamente esperada durante largos años, tomó desprevenido al centro bolchevique. Inglaterra se negó categóricamente a dejar entrar en Rusia a los emigrados internacionales, cuya lista llevaba celosamente. Lenin, enjaulado en Zurich, se desesperaba buscando el modo de evadirse. Entre los cien planes que se forjaron había uno que consistía en hacer el viaje con el pasaporte de un sordomudo escandinavo. Lenin, torturado por esta idea, no desperdiciaba ocasión para hacer oír su voz desde Suiza. Ya el 6 de marzo telegrafía a Petrogrado, vía Estocolmo: "Nuestra

táctica: desconfianza absoluta, negar todo apoyo al nuevo Gobierno; recelamos especialmente de Kerensky; no hay más garantía que armar al proletariado; elecciones inmediatas a la Duma de Petrogrado; mantenerse bien separados de los demás partidos." En estas primeras instrucciones sólo tenía carácter episódico lo de elecciones a la Duma y no al Soviet, y pronto había de quedar eliminado este punto; los demás extremos, concentrados en una forma telegráficamente escueta, señalaban ya de modo perfecto la orientación general de la política leninista.

Simultáneamente, Lenin empieza a enviar a *Pravda* sus *Cartas Desde Lejos*, que, apoyándose en la fragmentaria información de los periódicos extranjeros, hacen un análisis definitivo de la situación revolucionaria. Las noticias de los periódicos extranjeros le permiten llegar en seguida a la conclusión de que el Gobierno provisional, directamente apoyado no sólo por Kerensky, sino por Chjeidse, está engañando con bastante éxito a los obreros, haciendo pasar como defensiva la guerra imperialista. El 17 de marzo envía, por conducto de los amigos de Estocolmo, una carta llena de inquietud: "Nuestro Partido se cubriría para siempre de oprobio, se suicidaría políticamente, si se dejara llevar por esta añaagaza... Preferiría incluso romper de inmediato con quien fuese, dentro de nuestro Partido, a hacer concesiones de ningún género al socialpatriotismo..." Después de esta amenaza, aparentemente impersonal, pero dirigida en realidad contra determinadas personas, Lenin advierte: "Kamenev debe comprender que sobre él recae una verdadera responsabilidad histórica." Alude directamente a Kamenev porque se trata de cuestiones políticas de principio. Si se hubiera tratado de problemas prácticos combativos, Lenin habría apuntado de seguro a Stalin. En aquellos momentos, cuando Lenin se esforzaba en hacer llegar a Petrogrado, a través de la Europa humeante, la voz de su firme voluntad, Kamenev, apoyado por Stalin, viraba resueltamente su proa al socialpatriotismo.

Los planes de evasión a base de maquillaje, pelucas, pasaportes falsos o ajenos iban abandonándose uno tras otro, por irrealizables. De un modo cada vez más perfilado, iba tomando cuerpo la idea de atravesar por Alemania. Este plan asustaba a la mayoría de los emigrados, no sólo a los patriotas. Martov y otros mencheviques no se decidían a asociarse a aquella descarada ocurrencia de Lenin y seguían llamando inútilmente a las puertas de la *Entente*. Fueron también muchos los bolcheviques que, después de realizado, pusieron reproches a aquel viaje, al encontrarse con que el famoso "vagón precintado" entorpecía un poco sus campañas de propaganda. A Lenin no se le escapaban

aquellas posibles dificultades futuras. Poco antes de salir de Zurich, N. Krupskaya escribía: "Los patriotas de Rusia pondrán el grito en el cielo naturalmente; hay que disponerse a oír lo que digan." El dilema era éste: o quedarse en Suiza o pasar por Alemania. No había otra salida. ¿Y podía Lenin vacilar ni un solo minuto? Un mes después, ni un día más ni menos, Martov, Axelrod y otros velanse obligados a seguir su ejemplo.

En la organización de este insólito viaje atravesando un país enemigo en plena guerra se nos revelan los rasgos esenciales de Lenin como político; la intrepidez en el propósito y la previsión cuidadosa en la ejecución. Dentro de este gran revolucionario se albergaba un notario cuidadoso que sabía lo que trala entre manos y se ponía a levantar acta de un paso que podía contribuir a echar por tierra todas las actas notariales. Aquella especie de tratado internacional concertado entre la redacción del periódico de los emigrados y el Imperio de los Hohenzollern contenía las condiciones del paso de éstos por el territorio alemán trazado con exquisita escrupulosidad. Lenin exigió para el viaje de tránsito completa extraterritorialidad; los viajeros cruzarían por Alemania sin que nadie tuviese derecho a pedirles los pasaportes, registrarles los equipajes ni poner el pie en el vagón durante el viaje (de aquí nació la leyenda del "vagón precintado"). Por su parte, los emigrados se comprometían a gestionar una vez en Rusia la liberación de un número igual de prisioneros civiles alemanes y austrohúngaros.

Antes de partir los rusos firmaron con algunos revolucionarios extranjeros una declaración en los términos siguientes: "Los internacionalistas rusos que se dirigen a Rusia con el fin de ponerse al servicio de la revolución nos ayudarán a levantar a los proletarios de los demás países, sobre todo a los de Alemania y Austria contra sus Gobiernos." Así rezaba el acta firmada por Loriot y Guilbraux de Francia; Paul Levy de Alemania; Platten de Suiza; los diputados izquierdistas suecos y algunos otros. Con estas condiciones y cautelas salieron de Suiza, a fines de marzo treinta emigrados rusos; aun en tiempos de guerra en que abundaban las municiones potentes, aquellos viajeros eran carga de una fuerza explosiva poco común.

En su carta de despedida a los obreros suizos, Lenin les recordaba la declaración hecha en el otoño de 1915 por el órgano central de los bolcheviques: "Si la revolución rusa lleva al poder a un Gobierno republicano que se obstine en proseguir la guerra imperialista, los bolcheviques estarán contra la defensa de la patria republicana. Esta situación se ha producido. Y nuestra consigna es: no queremos nada con un Gobierno Guchkov-Miliukov." Con estas

palabras Lenin ponía la planta del pie en el territorio de la revolución.

Pero los miembros del Gobierno provisional no veían en ello motivo alguno de intranquilidad. Nabokov cuenta: "En una de las sesiones celebradas en marzo por el Gobierno provisional, como se hablase en una pausa de los vuelos que iban tomando las propagandas bolcheviques, Kerensky dijo, riéndose histéricamente, como de costumbre: "Aguardad, aguardad a que llegue Lenin, y ya veréis entonces lo que es bueno." Y Kerensky tenía razón. Sin embargo, los ministros, según Nabokov, no creían que hubiera razón para inquietarse. "Ya el solo hecho de atravesar por Alemania quebrantará hasta tal punto el prestigio de Lenin, que no habrá por qué temerle." Los ministros se mostraban en esto, como en todo, muy perspicaces.

Algunos amigos y discípulos acudieron a recibir a Lenin en Finlandia. "Tan pronto como entramos en el vagón y nos sentamos —cuenta Raskolnikov, joven oficial de la Marina y bolchevique—, Vladimir Ilich se lanzó sobre Kamenev: '¿Qué diablos estáis escribiendo en Pravda? ¡Hemos visto algunos números y os hemos puesto buenos!...' Tal era el encuentro, después de varios años de separación. Lo cual no quiere decir que no fuese cordial.

El Comité de Petrogrado, con ayuda de la organización militar, movilizó a varios miles de obreros y soldados para recibir solemnemente a Lenin. Una división de autos blindados puso a disposición del Comité todos los disponibles. El Comité decidió acudir a la estación con los autos blindados; la revolución mostraba ya sus simpatías por aquellos monstruos de hierro con los cuales tan útil es poder contar en las calles de una ciudad.

El relato de la recepción oficial, que tuvo lugar en el llamado "salón del zar" de la estación de Finlandia, es una página muy animada en las voluminosas y casi siempre monótonas memorias de Sujanov. "Lenin, tocado con un gorro redondo de piel, el rostro helado y empuñando un magnífico ramo de flores, entró en el salón del zar o, por mejor decir, se precipitó en él. Al llegar al centro del salón se detuvo ante Chjeidse como si hubiera tropezado con un obstáculo completamente inesperado. Y entonces Chjeidse, sin perder su aspecto sombrío, pronunció el siguiente discurso de 'salutación', que tenía más de prédica moral que de otra cosa, no sólo por el tono, sino también por el espíritu que lo animaba: 'Camarada Lenin: Le saludamos al llegar a Rusia en nombre del Soviet de San Petersburgo y de toda la revolución... Pero entendemos que en la actualidad la principal misión de la democracia revolucionaria consiste en defender nuestra revolución contra todo ataque, tanto de dentro como de fuera... Confiamos en

que usted abrazará con nosotros estos mismos fines.' Chjeidse calló. Yo, sorprendido, estaba desconcertado... Pero Lenin sabía muy bien, por lo visto, qué actitud había de adoptar ante aquello. De pie en medio del salón, parecía como si todo lo que estaba ocurriendo allí no tuviera nada que ver con él. Miraba a derecha e izquierda, se fijaba en los que le rodeaban, clavaba los ojos en el techo, arreglaba su ramo de flores, 'que armonizaba muy mal con su figura', y después, volviendo completamente la espalda a la delegación del Comité Ejecutivo, 'contestó' del modo siguiente: 'Me siento feliz al saludar en vosotros a la revolución rusa triunfante, al saludaros como a la vanguardia del ejército proletario internacional... No está lejos ya el día en que, respondiendo al llamamiento de nuestro camarada Carlos Liebknecht, los pueblos volverán las armas contra sus explotadores capitalistas... La revolución rusa, hecha por vosotros, ha iniciado una nueva era.'"

Sujanov tenía harta razón: el ramo de flores armonizaba mal con la figura de Lenin, le estorbaba y cohibía, indudablemente, desentonando sobre el fondo severo de los acontecimientos que se estaban desarrollando. A Lenin no le agradaban las flores en ramo. Pero todavía tenía que cohibirle mucho más aquella hipócrita recepción oficial celebrada en el salón regio. Chjeidse valía más que su discurso de salutación. A Lenin le temía un poco. Pero le habían advertido, sin duda, que era menester hacer entrar en razón, desde el principio, a aquel "sectario". Para completar el discurso de Chjeidse, que demuestra el lamentable nivel de los que dirigían la política, a un joven comandante de la escuadra, que habló en nombre de los marineros, se le ocurrió expresar el deseo de que Lenin entrase a formar parte del Gobierno provisional. Así era como la Revolución de Febrero, endeble, verbosa y un poco simple también, recibía a un hombre que llegaba con el firme propósito de ponerse al frente de ella con el pensamiento y la acción. Estas primeras impresiones, que duplicaban el sentimiento de inquietud que ya traía consigo Lenin, provocaron en él una indignación difícil de contener. Había que poner manos a la obra inmediatamente. En la estación de Finlandia, al volver la espalda a Chjeidse para volverse de cara a los marineros y a los obreros, al abandonar la defensa de la patria para apelar a la revolución mundial y trocar el Gobierno provisional por Liebknecht, Lenin anticipaba como en un pequeño ensayo la que había de ser toda su política ulterior.

A pesar de todo, aquella revolución, un poco chapuce-ra, recibió inmediatamente en sus brazos al líder con efusión. Los soldados exigieron que Lenin se subiera a uno de los autos blindados, y Lenin no tuvo más remedio que

complacerles. Las sombras de la noche daban a aquel desfile un carácter imponente. Los autos blindados llevaban todos las luces apagadas, y el reflector del automóvil en que iba Lenin, hendía las tinieblas. La luz recortaba sobre las sombras de la calle a la masa de obreros, soldados y marineros que habían hecho una magna revolución, pero dejándose arrebatar el poder de las manos. La música militar dejó de tocar varias veces durante el trayecto para que Lenin pudiese repetir su discurso de la estación, en diversas variantes, ante un auditorio siempre nuevo: "Fue una recepción triunfal y brillante —dice Sujánov— y hasta muy simpática."

En el palacio de la Kchesinskaya, cuartel general bolchevique, en el nido de sedas de una bailarina palaciega —mezcolanza fortuita que había de regocijar la ironía siempre despierta de Lenin—, empezaron de nuevo los discursos ditirámicos con la impaciencia con que un transeúnte acuciado espera que pase la lluvia, refugiado en un portal. Le satisfacía el júbilo sincero que producía su llegada, pero le irritaba esta alegría grandilocuente. El tono de los saludos oficiales parecía afectado, imitación del de la democracia pequeñoburguesa, declamatorio, falso y sentimental. Veía que la revolución, antes de terminar sus tareas y trazarse el camino que había de seguir, había creado ya una etiqueta propia y fatigosa. Lenin se sonreía con una sonrisa que tenía su parte de bondad y de reproche, miraba el reloj y, de vez en cuando, bostezaba seguramente. Apenas se habían disipado las palabras de este último saludo cuando el insólito viajero lanzó sobre el auditorio el torrente de sus ideas apasionadas, que no pocas veces restallaban como latigazos. Por aquel entonces, los bolcheviques no se servían aún del arte de la taquigrafía. Nadie tomaba notas, todos estaban excesivamente pendientes de lo que sucedía. Aquel discurso de Lenin no se ha conservado; no quedó más huella de él que la impresión general que dejó en el recuerdo de los que le oyeron. Además, el tiempo se ha encargado de refundirlo, añadiendo entusiasmo y quitando miedo. Pues en realidad la impresión fundamental del discurso, aun en los más allegados, fue de eso, de miedo. Todas las fórmulas habituales que se creían arralgadas, a fuerza de repetirse durante un mes seguido, veíanse destruidas una tras otra ante los ojos del auditorio. La breve réplica de Lenin en la estación, lanzada por encima de los hombros del estupefacto Chjeidse, se desarrollaba ahora en un discurso de dos horas destinado directamente a los militares bolcheviques petersburgueses.

Sujánov se hallaba allí por casualidad, en calidad de invitado, gracias a la condescendencia de Kamenev. Lenin no podía soportar aquellas amabilidades. Pero, gracias a esta circunstancia, contamos con un relato mitad hostil y

mitad entusiasta del primer encuentro de Lenin con los bolcheviques de Petrogrado, hecho por un observador ajeno al partido.

"No olvidaré nunca aquel discurso, parecido a un trueno, que me conmovió y asombró, y no sólo a mí, hereje que había penetrado allí sin derecho a entrar, sino a todos los ortodoxos. Puedo afirmar que nadie esperaba nada parecido. Diríase que habían salido de su cubil todos los elementos y que el espíritu de la destrucción uniera, arrollando sin miramientos, las barreras, las dudas, las dificultades, los cálculos, cerniéndose sobre la sala de la Kchesinskaya por encima de las cabezas de los discípulos hechizados."

Para Sujánov, las dificultades y los cálculos consistían principalmente en las vacilaciones del pequeño círculo de redacción de *Novaya Yizn*, mientras tomaban el té en casa de Máximo Gorki. Los cálculos de Lenin eran más profundos. Y no eran los elementos precisamente los que trocaban sobre la sala, sino el pensamiento de un hombre que no se arredraba ante elementos y se esforzaba en comprenderlos con el fin de dominarlos. Pero es igual: la impresión está dada con bastante relieve.

"Cuando me puse en camino con los camaradas —dijo Lenin, según Sujánov—, me figuré que desde la estación me llevarían directamente a la Fortaleza de Pedro y Pablo. Como vemos, no hay nada de eso. Pero no perdamos la esperanza." Mientras que para los demás los derroteros de la revolución tendían a reforzar la democracia, para Lenin la perspectiva inmediata conducía a la Fortaleza de Pedro y Pablo. Aquello parecía una broma de mal gusto. Pero no. Lenin, y con él la revolución, no estaban para bromas.

Sujánov se queja: "Rechaza la reforma agraria por la vía legislativa lo mismo que todo el resto de la política del Soviet. Proclama la confiscación organizada de la tierra por los campesinos inmediatamente..., cualquiera sea el poder del Estado."

"¡No tenemos necesidad de una república parlamentaria, no tenemos necesidad de una democracia burguesa, no tenemos necesidad de ningún gobierno fuera de los Soviets de diputados obreros, soldados y jornaleros agrícolas!"

Al mismo tiempo, Lenin se delimitaba netamente de la mayoría soviética, arrojándola en el campo de los adversarios. "¡En ese momento no hacía falta más para que los oyentes sufriesen vértigo!"

"Únicamente la izquierda de Zimmerwald preside la defensa de los intereses proletarios y de la revolución mundial —exclama Sujánov, traduciendo con indignación las ideas de Lenin—. Los otros son siempre los mismos oportunistas que pronuncian hermosas palabras, pero en reali-

dad... traicionan la causa del socialismo y de las masas obreras."

"Se arrojó resuelto sobre la táctica precedentemente aplicada por los grupos dirigentes del Partido y ciertos camaradas antes de su llegada", añade Raskolnikov a las observaciones de Sujanov.

"Aquí estaban presentes los más responsables militantes del Partido. Pero, también para ellos, el discurso de Lenin era una verdadera revelación. Trazó un Rubicón entre la táctica de la víspera y la del día." El Rubicón, como veremos, no fue trazado de un solo golpe.

No hubo siquiera debate sobre el informe: todos estaban demasiado aturridos y cada uno necesitaba ordenar un poco sus pensamientos. "Salí a la calle —termina Sujanov—; mi sensación era haber recibido, esa noche, golpe tras golpe sobre la cabeza. Una sola cosa era clara: no, yo no seguiría jamás el camino de Lenin." ¡Estamos seguros!

Al día siguiente, Lenin presentó al Partido una breve exposición escrita de sus ideas, que llegó a ser uno de los más importantes documentos de la revolución, bajo la denominación de "Tesis de abril". Las tesis expresaban pensamientos, en términos simples y accesibles a todos: "La República salida de la Revolución de Febrero no es nuestra República, y la guerra que ella sostiene no es nuestra guerra. La tarea para los bolcheviques es derribar el Gobierno imperialista. Pero éste se mantiene gracias al apoyo de los socialrevolucionarios y de los mencheviques, quienes se apoyan sobre la confianza de las masas populares. Nosotros estamos en minoría. En estas condiciones no se puede ni siquiera hablar del empleo de la violencia por nuestra parte. Hay que enseñar a la masa a desconfiar de los conciliadores y defensistas. Hay que explicar la situación pacientemente. El éxito de esta política, impuesta por la situación, es seguro y nos conducirá a la dictadura del proletariado, y con ella a la superación del régimen burgués. Romperemos completamente con el capital, publicaremos sus tratados secretos y llamaremos a los obreros de todo el mundo a romper con la burguesía y a terminar con la guerra. Nosotros iniciamos la revolución internacional. Sólo el triunfo de esta revolución consolidará la nuestra y asegurará el pasaje al régimen socialista."

Las tesis de Lenin fueron publicadas en su nombre, y solamente en su propio nombre. Las instituciones centrales del Partido las acogieron con una hostilidad que moderaba solamente la estupefacción. Nadie, ni persona, ni organización, ni grupo, añadió su firma. El mismo Zinoviev, que había llegado junto con Lenin del extranjero, donde su pensamiento, durante diez años, se había formado bajo la influencia directa y cotidiana de Lenin, se apartaba en si-

lencio. Y ese alejamiento no fue sorprendente para el maestro, quien conocía demasiado bien a su más próximo discípulo. Si Kamenev era un propagandista divulgador, Zinoviev era un agitador, según la propia expresión de Lenin, e incluso no era más que eso. Para ser un líder, a Zinoviev le faltaba demasiado el sentido de la responsabilidad, aunque no sólo de eso carecía. Desprovisto de disciplina interior, su pensamiento era por completo incapaz de trabajar teóricamente y se disolvía en la deforme intuición del agitador. Gracias a un olfato excepcionalmente sutil, él tomaba siempre al vuelo, las fórmulas necesarias, es decir, aquellas que ayudaban a una más efectiva acción de las masas. Y como periodista y como orador, seguía siendo invariablemente un agitador, con la diferencia de que en sus artículos mostraba sobre todo sus lados flacos, tanto como en sus discursos los lados fuertes le arrebatában. Mucho más audaz y desenfrenado en la agitación que cualquiera de los bolcheviques, era, sin embargo, menos capaz que Kamenev de tomar una iniciativa revolucionaria. Era irresoluto como todos los demagogos. Habiendo desaparecido los conflictos de facciones, a raíz de la lucha de las masas, Zinoviev se separaba casi involutariamente de su maestro.

En estos últimos años, las tentativas no han sido poco numerosas para demostrar que la crisis de abril del Partido había sido un extravío pasajero y casi accidental. ¡Todo esto se hundió al primer contacto con los hechos!

Lo que nosotros sabemos de la actividad del Partido durante el mes de marzo nos demuestra una contradicción profunda entre Lenin y la dirección petersburguesa. Justo en el momento de la llegada de Lenin, la contradicción había llegado a su más alta tensión. Al mismo tiempo que sesionaba la Conferencia Panrusa representando a ochenta y dos Soviets, donde Kamenev y Stalin votaban una resolución por la cual se depositaba el poder en los socialrevolucionarios y en los mencheviques, tenía lugar en Petrogrado la Conferencia del Partido, compuesta por bolcheviques llegados desde todos los puntos de Rusia. Para caracterizar las tendencias y las opiniones del Partido, o más exactamente de su capa superior, tal como se vio después de la guerra, y a la cual llega Lenin cuando la Conferencia terminaba, presenta un interés tremendamente excepcional. La lectura de las exposiciones verbales, no publicadas hasta hoy llama más de una vez al asombro: ¿Está bien representado el Partido por esos delegados que, siete meses más tarde, tomarán el poder con mano de hierro?

Un mes había pasado después de la insurrección: era un largo período para una guerra como para una revolución. No obstante, en el Partido, las opiniones no estaban

todavía clasificadas sobre las cuestiones más esenciales de la revolución. Los patriotas extremos, tales como Voitinski, Eliav y otros participaron en la Conferencia al lado de los que se consideraban internacionalistas. El porcentaje de los patriotas declarados, aunque incomparablemente pocos con relación a los mencheviques, era, sin embargo, importante. La Conferencia, en su reunión, no resolvió la cuestión: la escisión de los patriotas o la unión con los patriotas mencheviques. En el curso de un cuarto intermedio de la sesión de la Conferencia bolchevique tuvo lugar una reunión entre mencheviques y bolcheviques y delegados de la Conferencia de los Soviets, para discutir el tema de la guerra. Liber, el más fogoso menchevique patriota, declaró en la oportunidad: "La distinción hecha entre bolcheviques y mencheviques debe ser descartada y solamente debemos hablar de nuestra actitud con respecto a la guerra." El bolchevique Voitinski no tardó en proclamar que estaba dispuesto a firmar todo lo dicho por Liber. Todos, bolcheviques y mencheviques, patriotas e internacionalistas, buscaron una fórmula común expresando su actitud acerca de la guerra.

Las opiniones de la Conferencia bolchevique encontraron indubitadamente su expresión más adecuada en el informe de Stalin sobre la actitud frente al Gobierno provisional. Es indispensable citar aquí la idea central del informe que, hasta el presente, no ha sido publicada en ninguna parte: "El poder está repartido entre dos órganos y ninguno de los dos lo posee totalmente. Las fricciones y la lucha entre ellos existen y deben existir. Los roles están repartidos. El Soviet ha tomado de hecho la iniciativa de las transformaciones revolucionarias; el Soviet es el líder revolucionario del pueblo sublevado y el órgano controlador es el gobierno provisional. Pero éste ha tomado de hecho la tarea de consolidar las conquistas del pueblo revolucionario. El Soviet moviliza las fuerzas y ejerce su control. El Gobierno provisional resiste y traba, tomando el rol de consolidador de las conquistas que el pueblo tiene ya efectivamente hechas. Esta situación tiene lados negativos, mas tiene también los positivos: nosotros no obtendremos por ahora beneficios de forzar la marcha de los acontecimientos, acelerando el proceso de repulsión de las altas capas burguesas que, inevitablemente, deberían desligarse de nosotros."

Las relaciones entre la burguesía y el proletariado son diseñadas por el informante —que se sitúa encima de las clases— como una simple división del trabajo. Los obreros y los soldados realizan la revolución. Guchkov y Milukov la "consolidan". Nosotros reconocemos en esto la concepción tradicional del menchevismo, inexactamente copiada de

los acontecimientos de 1789. Esos son los líderes del menchevismo que se caracterizan por su actitud de inspectores ante el proceso histórico, y de distribuir las tareas a las clases diversas como de criticar con tono protector su ejecución.

La idea de que no es conveniente acelerar el desplazamiento de la burguesía hacia la contrarrevolución fue siempre el criterio supremo de toda la política del menchevismo. Esto, en la práctica, significaba debilitar y entumecer el movimiento de las masas para no asustar a los aliados liberales. Finalmente, las conclusiones de Stalin respecto al Gobierno provisional entran de lleno en la fórmula equívoca de los conciliadores: "Hay que apoyar al Gobierno provisional en la medida en que éste consolide los avances de la revolución; por el contrario, no se le deberá apoyar en aquello que sea cotrarrevolucionario."

El informe de Stalin fue presentado el día 29 de marzo. Al día siguiente, el informante oficial de la Conferencia de los Soviets, el socialdemócrata sin partido Steklov, al defender aquel criterio de apoyo condicionado al Gobierno provisional, trazaba, arrastrado por la elocuencia, un cuadro tal de la actuación de estos "consolidadores" de la revolución —resistencia a las reformas sociales, tendencias monárquicas, protección a las fuerzas contrarrevolucionarias, apetitos anexionistas—, que la Conferencia de los bolcheviques, inquieta, hubo de abandonar la fórmula de apoyo. El bolchevique de derecha, Noguín, declaró: "El informe de Steklov ha aportado nuevos elementos de juicio; claro está que ahora no se puede ya hablar de apoyo, sino, por el contrario, de oposición." Skripnik llegaba también a la conclusión de que, después del informe de Steklov, "las cosas han cambiado mucho; ya no se puede hablar de apoyar al Gobierno provisional; nos hallamos en presencia de un complot tramado por éste contra el pueblo y la revolución". Stalin, un día antes de que trazara aquel cuadro idílico de "división de trabajo" entre el Gobierno provisional y el Soviet, vióse obligado a suprimir el artículo relativo al apoyo. Se promovieron unos cuantos debates breves y superficiales en torno de la cuestión de saber si debía apoyarse al Gobierno provisional "en la medida en que...", o sólo sus actos revolucionarios. Vasiliev, delegado de Saratov, declaró, no sin fundamento: "Respecto al Gobierno provisional, tenemos todos una misma actitud". Krestinski formuló la situación de un modo todavía más claro: "Entre Stalin y Voitinski no hay discrepancias, por lo que a la actuación práctica se refiere." Krestinski no estaba del todo falto de razón, a pesar de que Voitinski se pasó a los mencheviques inmediatamente después de la Conferencia; Stalin suprimió la alusión al apoyo, pero el apoyo

como tal quedó en pie. El único que intentó plantear la cuestión desde el punto de vista de los principios fue Krasikov, uno de aquellos viejos bolcheviques que habían estado apartados del Partido durante una serie de años y que ahora intentaba retornar a sus filas, cargado con el peso de la experiencia de la vida. Krasikov no se asustó de llamar a las cosas por su nombre: "¿Es que os disponéis, acaso, a instaurar la dictadura del proletariado?", preguntaba irónicamente. Pero la Conferencia pasó por alto la ironía y, con ello, la pregunta, como cosa poco digna de atención. La resolución votada por la Conferencia invitaba a la democracia revolucionaria a impulsar al Gobierno provisional "a luchar con todas sus fuerzas por liquidar de raíz el viejo régimen"; es decir, que reservaba al partido proletario el papel de institutriz de la burguesía.

Al día siguiente se deliberó acerca de la proposición presentada por Tsereteli sobre la unión de los bolcheviques y mencheviques. Stalin acogió la proposición con toda simpatía: "Debemos acceder a lo solicitado. Es necesario que definamos nuestro punto de vista acerca de la unificación. Esta podrá realizarse sobre las bases de Zimmerwald-Kienthal." Molotov, separado por Kamenev y Stalin de *Pravda* a causa de la orientación excesivamente radical que imprimía al periódico, objetó que Tsereteli pretendía unir a elementos heterogéneos, él mismo se decía también zimmerwaldiano, y que la unión así concebida sería un error. Pero Stalin insistía en su idea: "No hay por qué adelantarse —decía— y hablar de discrepancias. Sin discrepancias no hay vida en el Partido. Dentro del Partido solucionaremos las pequeñas discrepancias." Diríase que toda la lucha sostenida por Lenin contra el socialpatriotismo y su máscara pacifista durante los años de la guerra había sido completamente inútil.

En septiembre de 1916, Lenin escribía a Petrogrado con gran insistencia, por medio de Schliapnikov: "El espíritu conciliador y las tendencias unificadoras es lo más nocivo que pueda existir para el partido obrero en Rusia; es, no sólo una idiozia, sino la ruina del partido... Sólo podemos fiarnos de los que han sabido comprender todo el engaño que se encierra en la idea de unidad y la necesidad de romper con toda esa cofradía (con Chjeldse y compañía) en Rusia." Pero esta advertencia pasó desapercibida. Las discrepancias con Tsereteli, director del bloque del Soviet, eran presentadas por Stalin como pequeñas desavenencias que se podían eliminar dentro del partido unificado. Este criterio es el que refleja las ideas de Stalin en aquel entonces.

El 4 de abril, Lenin se presenta en el Congreso del Partido.

Su discurso en que comenta las tesis pasa sobre los trabajos de la Conferencia, como la esponja húmeda del maestro que borra cuanto un escolar confundido ha escrito sobre el encerado. "¿Por qué no se ha tomado el poder?", pregunta Lenin. Poco antes, Steklov había explicado confusamente, en la Conferencia del Soviet, los motivos por los cuales se abstuvieron de tomar el poder: la revolución burguesa, la "primera etapa", la guerra, etc. "Necesidades —declara Lenin—. La única razón es que el proletariado no es lo bastante consciente todavía ni está suficientemente organizado. El proletariado detenta la fuerza material; pero allí está la burguesía, consciente y preparada. Es un hecho monstruoso, pero hay que reconocerlo franca y abiertamente y decir al pueblo que si no ha tomado el poder ha sido por su desorganización y la falta en él de una conciencia clara."

Lenin sacó el problema del falso objetivismo en que se atrincheraban los que habían capitulado políticamente, para situarlo en el terreno subjetivo. El proletariado no había tomado el poder en febrero porque el partido de los bolcheviques no estuvo a la altura de su misión objetiva y no pudo impedir que los conciliadores expropiaran políticamente a las masas del pueblo en provecho de la burguesía.

Todavía el día anterior, el abogado Krasikov lanzaba este desafío: "Si entendemos que ha llegado el momento de implantar la dictadura del proletariado, hay que plantear la cuestión así. La fuerza física, en el sentido de la toma del poder, está indudablemente con nosotros." Al llegar aquí, el presidente quitó la palabra a Krasikov alegando que se estaban discutiendo objetivos prácticos y que el problema de la dictadura no estaba en discusión. Pero Lenin estimaba que la única cuestión práctica era precisamente la de preparar la dictadura del proletariado. "La característica del momento actual en Rusia —decía en sus tesis— consiste en el tránsito de la primera etapa de la revolución, que ha dado el poder a la burguesía por carecer el proletariado de la organización y la claridad de conciencia necesarias, a la segunda, que deberá entregar el poder al proletariado y a los campesinos pobres."

La Conferencia bolchevique, siguiendo las huellas de *Pravda*, circunscribía los objetivos de la revolución a las reformas democráticas realizables por medio de la Asamblea Constituyente. Lenin, por el contrario, declaraba: "La vida y la revolución relegan la Asamblea Constituyente a último plano... La dictadura del proletariado existe, pero no se sabe qué hacer con ella."

Los delegados se interrogaban con la mirada. Unos a otros se decían que Vladimir Ilich, eternizado en el extranjero, no había visto las cosas de cerca, no lograba discer-

nirlas. Pero el informe de Stalin acerca de una sabia división del trabajo entre el Gobierno provisional y el Soviet se hundió de golpe y para siempre en el pasado insondable. Stalin, después de aquello, selló los labios. Se estará largo tiempo callado. Sólo Kamenev continuará defendiéndose.

Ya desde Ginebra, Lenin advertía en sus cartas que estaba dispuesto a romper con todo el que hiciera la menor concesión sobre la cuestión de la guerra, del chovinismo o de una conciliación con la burguesía. Ahora, puesto frente a frente con el sector dirigente del Partido, se lanza al ataque en toda la línea. Pero, por el momento, no menciona por el nombre a ningún bolchevique. Si tiene necesidad de aludir a algún ejemplo vivo de falsedad o equivoco, señala con el dedo a los sin partido. Steklov o a Chjeidse.

A propósito del manifiesto del Soviet *A los pueblos de todo el mundo*, que dio pretexto al *Riech*, periódico liberal, para declarar que el pacifismo ruso confluía con la ideología de nuestros aliados, Lenin se expresa todavía con más precisión y de un modo más contundente: "Lo que caracteriza a Rusia es una transición a paso gigantesco de una opresión salvaje a la más sutil impostura." "Si llega a las grandes masas (de Occidente) —escribía Stalin en relación al manifiesto—, esta llamada logrará que centenares y miles de obreros vuelvan a agruparse en torno a la consigna olvidada de: '¡Proletarios de todos los países, uníos!'"

"En el manifiesto del Soviet —objeta Lenin— no hay ni una palabra impregnada de conciencia de clase. ¡Pura fraseología!"

El documento, que tanto halagaba la estrechez mental de estos zimmerwaldianos, sólo era para Lenin uno de los instrumentos de la "impostura más sutil".

Antes de llegar Lenin, *Pravda* no hablaba por lo general de la izquierda zimmerwaldiana. Al referirse a la Internacional no indicaba concretamente cuál. Esto era lo que Lenin calificaba de "kautskismo" de *Pravda*. "En Zimmerwald y Kienthal —declaraba en la Conferencia del Partido— prevaleció el centro... Nosotros declaramos que constituíamos la izquierda y rompimos con el centro. Las tendencias de la izquierda zimmerwaldiana existen en todos los países del mundo. Las masas deben comprender que el socialismo se ha escindido en el mundo entero..."

Tres días antes Stalin proclamaba en aquella misma asamblea que estaba dispuesto a liquidar las discrepancias de criterio con Tsereteli sobre las bases de Zimmerwald-Kienthal, es decir, sobre las bases del "kautskismo". "He oído decir que en Rusia hay una tendencia unificadora —decía Lenin—, unirse con los defensistas es traicionar el socialismo. A mi juicio vale más quedarse solo, como Liebk-

necht. ¡Uno contra ciento diez!" La acusación de traición al socialismo, por ahora sin mencionar nombres, es algo más que una "palabra fuerte", expresa íntegramente la actitud de Lenin frente a los bolcheviques que tendían una mano a los socialpatriotas. Al contrario de Stalin, que juzgaba posible la unión con los mencheviques, Lenin considera inadmisible seguir compartiendo con ellos el nombre de socialdemócratas. "Hablando a título personal propongo —dice— que modifiquemos el nombre del Partido, llamándolo Partido Comunista." "A título personal" quería decir que ninguno de los miembros en la Conferencia estaba de acuerdo con aquel gesto simbólico de ruptura definitiva con la II Internacional.

"¿Teméis traicionar los viejos recuerdos? —dice el orador a los delegados, confusos, perplejos, algunos indignados—. Ha llegado el momento de cambiar de ropa interior, el momento de quitarse la camisa sucia y ponerse otra limpia." E insiste nuevamente: "No os aferréis a un viejo término que está enteramente podrido. Si queréis construir un nuevo partido..., todos los oprimidos vendrán a vosotros."

La magnitud de las tareas por iniciar, la confusión ideológica que reina en las propias filas, la idea fija del tiempo precioso, estúpidamente malgastado en recepciones, felicitaciones, resoluciones rituales, arranca un grito al orador: "Basta de felicitaciones y de resoluciones; es hora ya de poner manos a la obra, de entregarse a un trabajo eficaz y reflexivo."

Una hora después Lenin, en la reunión general de bolcheviques y mencheviques ya convocada, se veía obligado a repetir su discurso que a la mayoría de los oyentes pareció algo así como una burla o un delirio. Los más condescendientes se alzaban de hombros. Ese hombre ha caído de la luna: ¡apenas se ha apeado en la estación de Finlandia, después de una ausencia de diez años y predica la toma del poder por el proletariado! Los patriotas más malévolos recordaban lo del "vagón precintado". Stankievich atestigua que el discurso de Lenin llenó de alegría a sus adversarios: "Un hombre que dice tales barbaridades no es peligroso. Está bien que se haya venido para ponerse en evidencia ante todo el mundo... El mismo se refuta."

Sin embargo, a pesar de toda su audacia revolucionaria, a pesar de la decisión inflexible de romper incluso con los que antes habían compartido sus ideas, compañeros de lucha de muchos años, si no eran capaces de marchar con la revolución, el discurso de Lenin, en que todas las partes guardan un equilibrio armónico, está impregnado de un profundo realismo y de un sentido inequívoco de la masa.

Precisamente por esto tenía que parecerles fantástico

a aquellos demócratas que se deslizaban por la superficie.

Los bolcheviques representan una pequeña minoría en los Soviets y Lenin piensa en tomar el poder. ¿No es esto espíritu de aventura? No había ni sombra de esto en la forma en que Lenin planteaba la cuestión. Ni por un minuto cierra los ojos ante la existencia de una "honesta" mentalidad de defensa nacional en las grandes masas.

Sin fundirse con ellas, no se dispone a actuar a sus espaldas. "Nosotros no somos unos charlatanes —dice, saltando al paso de futuras objeciones y acusaciones—, sólo debemos apoyarnos en la conciencia de las masas. No importa que nos veamos obligados a estar en minoría. Si es así, vale la pena renunciar por algún tiempo al papel de dirigentes; es necesario no temer quedarse en minoría." ¡No temamos quedarnos en minoría, aunque ésta sea sólo de uno contra ciento diez!, como Liebknecht. He aquí el *leitmotiv* de todo el discurso.

"El verdadero Gobierno es el Soviet de diputados obreros... En el Soviet, nuestro Partido está en minoría... ¡Nada se puede hacer! No tenemos más remedio que explicar pacientemente, con insistencia, de un modo sistemático, la aberración de su táctica."

"En la Conferencia de unificación —cuenta Sujanov— Lenin fue la encarnación viva de la escisión... Recuerdo a Bogdanov (menchevique destacado) sentado a dos pasos de la tribuna de los oradores. "Esto es un delirio —decía, interrumpiendo a Lenin—, ¡es el delirio de un loco!... Es una vergüenza que se aplauda este galimatías —gritaba, livido de indignación y de desprecio, dirigiéndose al auditorio—: ¡os deshonráis!"

Un antiguo miembro del Comité Central bolchevique, Goldenberg, que en aquel entonces se hallaba fuera del Partido, enjuició en el debate las tesis de Lenin en estos términos despectivos: "El puesto de Bakunin en la revolución rusa, vacante durante tantos años, viene a ocuparlo ahora Lenin."

"Su programa —escribe, a la vuelta de algún tiempo, el socialrevolucionario Zenzinov— fue entonces acogido más con burla que con indignación. Tan estúpido y quimérico parecía."

Aquel mismo día por la noche, en una entrevista que tuvieron dos socialistas con Miliukov, preliminar de la Comisión de enlace salió el tema de Lenin. Skobelev lo considera "un hombre completamente gastado que se halla al margen del movimiento". Sujanov hizo suya la opinión de Skobelev y añadió que Lenin era "tan indeseable para todo el mundo que en ese momento no significaba ningún peligro para mi interlocutor Miliukov". Y sin embargo, en aquella conversación los papeles se repartían exacta-

mente tal y como lo había previsto Lenin: los socialistas salvaguardan la tranquilidad del liberal contra los quebraderos de cabeza que pudiera causarle el bolchevismo.

Los rumores de que todo el mundo tenía a Lenin por un mal marxista llegaron hasta el embajador británico. "Entre los anarquistas que han llegado del extranjero —escribía Buchanan— está Lenin, que ha venido de Alemania en un vagón precintado. Lenin se mostró públicamente por primera vez en una reunión del Partido Socialdemócrata, y ha sido mal acogido."

El que más indulgente se mostró en aquellos días con Lenin fue seguramente Kerensky, que, inesperadamente, declaró en el círculo de los miembros del Gobierno provisional que tenía la intención de visitar a Lenin, y respondiendo a las preguntas de sus asombrados interlocutores: "Verdaderamente vive completamente aislado, no sabe nada, lo ve todo a través de los lentes de su fanatismo, no tiene nadie a su lado que pueda orientarle acerca de lo que pasa."

Tal es el testimonio de Nabokov. Pero Kerensky no dispuso de tiempo para ir a orientar a Lenin "acerca de lo que pasaba."

Las tesis de Lenin de abril no sólo provocaron la estupefacta indignación de los enemigos y adversarios, sino que empujaron a una cierta cantidad de viejos bolcheviques al campo del menchevismo o al de aquel grupo intermedio que se congregaba en torno al periódico de Gorki. Esta evasión no tuvo una importancia política seria.

Incomparablemente más importante fue la impresión que la actitud de Lenin produjo a todo el sector dirigente del Partido. "En los primeros días que siguieron a su llegada —dice Sujanov—, su completo aislamiento de todos los compañeros conscientes del Partido no ofrece la menor duda." "Incluso sus camaradas, los bolcheviques, desorientados —confirma el socialrevolucionario Zenzinov—, le volvieron la espalda."

Los autores de estas referencias se veían a diario con los dirigentes bolcheviques en el Comité Ejecutivo y tenían informaciones de primera mano. Tampoco faltan idénticos testimonios de las filas bolcheviques. "Cuando aparecieron las tesis de Lenin —recordaba más tarde Zichon, esfumando considerablemente las tintas, como la mayoría de los viejos bolcheviques desorientados en el momento de la Revolución de Febrero—, en nuestro Partido se notaron algunas vacilaciones. Muchos camaradas entendían que Lenin tenía desviaciones sindicalistas, que había perdido el contacto con la realidad rusa, que no tenía en cuenta el momento presente", etc. Uno de los militantes bolcheviques, con prestigio en el interior, Lebedev, escribe:

presupone asimismo la participación de representantes obreros en el Gobierno revolucionario. Pero esta participación estaba limitada de antemano por el rol del proletariado aliado de izquierda en la solución de los problemas de la revolución. La idea popular y aun oficialmente reconocida de la hegemonía del proletariado en la revolución democrática, sólo podía, por consiguiente, significar que el partido obrero ayudaría a los campesinos con las armas políticas de su propio arsenal, les indicaría los mejores procedimientos y métodos para liquidar la sociedad feudal y les enseñaría a aplicarlos. Desde luego, el papel dirigente que se asignaba al proletariado en la revolución burguesa no significaba, ni mucho menos, que ésta utilizara la insurrección campesina para poner a la orden del día, apoyándose en ella, sus propias tareas históricas, o sea el tránsito directo a la sociedad socialista. La hegemonía del proletariado en la revolución democrática se distingue claramente de la dictadura del proletariado y se la oponía a ella en las polémicas. En estas ideas se educó el Partido Bolchevique desde la primavera de 1905.

La marcha efectiva de la Revolución de Febrero desborda el esquema tradicional del bolchevismo. La revolución se reabrió, es verdad, por una alianza de obreros y campesinos. El hecho de que éstos actuaran principalmente bajo el uniforme de soldados no cambia las cosas. La conducta seguida por el ejército campesino del zarismo habría tenido siempre una importancia decisiva, aun cuando la revolución hubiera estallado en tiempos de paz. En la situación creada por la guerra se comprende mejor todavía que los millones de hombres que componían el Ejército eclipsaran en un principio, por decirlo así, a los campesinos. Después de la victoria de la insurrección, los obreros y los soldados se encontraron dueños de la situación. En este sentido, tal vez se podría decir que se instauró una dictadura democrática de los obreros y los campesinos. Sin embargo, la Revolución de Febrero llevó al poder, en realidad, a un Gobierno burgués, en el cual el poder de las clases estaba limitado por un poder de los Soviets, es decir, de obreros y campesinos, que no se había realizado íntegramente. En lugar de una dictadura revolucionaria, es decir, de una autoridad más concentrada, se instauró un régimen de poder dual, en donde la débil energía de los círculos gubernamentales se malgastaba infructuosamente en superar las contradicciones internas. Nadie había previsto este régimen. Además, del pronóstico político se puede exigir que indique las líneas generales del proceso histórico, pero nunca sus combinaciones episódicas.

“¿Quién ha podido realizar una gran revolución pre-
viendo por anticipado los detalles de su conducta última?

—preguntaría más tarde Lenin—. ¿Dónde se podría adquirir esa ciencia? No es en los libros. No hay libros para esto. Sólo la experiencia de las masas ha dado nacimiento a nuestra decisión.”

Pero el pensamiento humano es conservador, y el de los revolucionarios, algunas veces, muy especialmente. Los cuadros bolcheviques en Rusia continuaban aferrados al viejo esquema y no consideraban la Revolución de Febrero —aun cuando encerraba dos regímenes incompatibles— más que como la primera etapa de una revolución burguesa. A fines de marzo, Rykov enviaba a *Pravda*, desde Siberia, en nombre de los socialdemócratas, un telegrama de salutación con motivo del triunfo de la “revolución nacional”, cuya tarea consistía en la “conquista de las libertades políticas”. Todos los dirigentes bolcheviques, sin excepción —nosotros no conocemos ninguna—, entendían que la dictadura democrática pertenecía todavía al futuro. Cuando el Gobierno provisional de la burguesía “haya dado todo lo que pueda dar de sí”, se instaurará la dictadura democrática de los obreros y campesinos como antesala del régimen parlamentario burgués. Perspectiva completamente falsa. El régimen instaurado por la Revolución de Febrero no sólo no preparaba la dictadura democrática, sino que era la prueba viviente y definitiva de que esta dictadura era completamente imposible.

Que la democracia conciliadora no había entregado el poder a los liberales por azar, por culpa de la ligereza de un Kerensky y de la limitación de un Chjeidse, lo demuestra el hecho de que durante los ocho meses siguientes luchara con todas sus fuerzas por la conservación del Gobierno burgués, aplastando a los obreros, campesinos y soldados hasta que el 25 de octubre cayó combatiendo como aliada y defensora de la burguesía. Pero ya desde un principio era claro que si la democracia, que tenía ante sí tareas gigantescas que realizar y contaba con el apoyo ilimitado de las masas, renunciaba voluntariamente al poder, esta actitud no obedecía precisamente a principios o prejuicios políticos, sino a la situación desesperada en que se encontraba la pequeña burguesía en la sociedad capitalista, especialmente en los periodos de guerra y revolución, cuando se deciden las cuestiones fundamentales de la existencia de los países, los pueblos y las clases. Al entregar el cetro del Gobierno a Miliukov, la pequeña burguesía decía: “No; las tareas son superiores a mis fuerzas.”

La clase campesina, que había levantado sobre sus espaldas la democracia conciliadora, encierra en forma embrionaria todas las clases de la sociedad burguesa. Con la pequeña burguesía urbana —que en Rusia no desempeñó nunca un papel serio—, el campesinado es el protoplasma

del cual se diferencian nuevas clases en el pasado y continúan en el presente. Los campesinos tienen siempre dos caras: una mira hacia la burguesía; otra, hacia el proletariado. La posición intermedia, medidora, conciliadora, de todos los partidos "campesinos", tales como el socialrevolucionario, sólo puede mantenerse bajo las condiciones de un marasmo político relativo; en épocas revolucionarias llega inevitablemente un momento en que la pequeña burguesía tiene que elegir. Los socialrevolucionarios y los mencheviques eligieron desde el primer momento. Mataron en embrión la "dictadura democrática" para evitar que ésta se convirtiese en un puente tendido hacia la dictadura del proletariado. No vieron que con ello abrían la puerta a ésta, aunque por el otro extremo. No a través de ellos, sino contra ellos.

Evidentemente, el desarrollo del proceso revolucionario tenía que apoyarse en los nuevos hechos y no en los viejos esquemas. En la persona de sus representantes, las masas; en parte contra su voluntad y en parte inconscientemente, viéronse arrastradas por el mecanismo de la dualidad de poderes.

Debieron, pues, pasar por esto, para comprobar experimentalmente que ese mecanismo no podía dar ni paz ni tierra. En realidad, rechazar el régimen de la dualidad de poderes significará, para las masas, romper con los socialrevolucionarios y con los mencheviques. Pero era absolutamente evidente que la conversión política de obreros y soldados al bolchevismo, derrumbando todo el edificio del doble poder, no podía ya significar más que la instauración de una dictadura del proletariado, apoyada en la alianza de obreros y campesinos. En caso de derrota de las masas populares sobre las ruinas del Partido Bolchevique, no podía establecerse más que una dictadura militar del capital. Tanto en un caso como en otro, la "dictadura democrática" estaba excluida. Al volver los ojos hacia ella los bolcheviques se volvían en realidad hacia un fantasma del pasado. Así estaban las cosas cuando llegó a Petrogrado Lenin, animado por la resolución inquebrantable de conducir al Partido por un nuevo camino.

Lenin mismo, a decir verdad, no había reemplazado la fórmula de la dictadura democrática por otra, sino condicionalmente, hipotéticamente, hasta que se inició la Revolución de Febrero. ¿Esto es justo? Nosotros pensamos que no. Lo que ocurría en el Partido después de la insurrección desnudaba de una manera demasiado amenazante el retardo del rearme, que, por otra parte, en tales condiciones, sólo Lenin podía realizar. El estaba preparado. Había calentado al blanco su acero y lo había retemplado en el fuego de la guerra. A sus ojos se había modificado la pers-

pectiva general del proceso histórico. Los sacudimientos de la guerra habían acercado bruscamente los aplazamientos posibles de una revolución socialista en Occidente. Concebida todavía por Lenin como democrática, la revolución rusa debía dar un impulso a la revolución socialista en Europa, la cual en seguida debía incorporar también a Rusia, arrastrándola en su torbellino. Tal era la concepción de Lenin cuando abandona Zurich. La carta a los obreros suizos, que nosotros hemos ya citado, dice esto: "Rusia es un país de campesinos, uno de los países más atrasados de Europa. El socialismo no puede ser directamente el total vencedor. Pero el carácter rural del país, donde se conservan inmensos bienes raíces de propietarios nobles, puede, sobre la base de la experiencia de 1905, dar un formidable vuelo a la revolución democrático-burguesa en Rusia y hacer de nuestra revolución la prolongación de una revolución socialista mundial, un peldaño de acceso a ella." En este sentido, Lenin escribía entonces por primera vez que el proletariado ruso comenzaría la revolución socialista.

Tal era el punto de unión entre la antigua posición del bolchevismo que limitaba la revolución a sus objetivos democráticos y la nueva posición que Lenin expuso por primera vez ante el Partido en su tesis del 4 de abril. La perspectiva de un tránsito inmediato a la dictadura del proletariado parecía completamente inesperada, inconcebible, contraria a la tradición, en fin.

Aquí es oportuno recordar que, hasta el momento mismo de la explosión revolucionaria de febrero y en el período que inmediatamente siguió, se calificaba de "trotskismo", no la idea de que fuera imposible edificar una sociedad socialista dentro de las fronteras de Rusia (por la sencilla razón de que la idea de tal "posibilidad" no fue expresada por nadie antes de 1924, y es poco probable que a nadie se le ocurriera), sino la de que el proletariado de Rusia pudiera llegar al poder antes que el proletariado de los países occidentales, y que en este caso no podría mantenerse dentro de los límites de la dictadura democrática, sino que tendría que afrontar inmediatamente la implantación de las primeras medidas socialistas. No es extraño que las tesis de abril de Lenin fueran tachadas de "trotskistas".

Las objeciones de los "viejos bolcheviques" se orientan en distintos sentidos. La discusión principal tenía por objeto determinar si la revolución democrático-burguesa estaba terminada. Como la revolución agraria no se había cumplido aún, los adversarios de Lenin podían, con todo derecho, afirmar que la revolución democrática no había sido conducida todavía hasta el fin, y en consecuencia, no era factible la dictadura del proletariado, aun dado el caso de que las condiciones sociales de Rusia lo consintieran,

en un plazo más o menos próximo. Así era, precisamente, como planteaba el problema la redacción de *Pravda* en el pasaje que hemos citado más arriba. Más tarde, en la Conferencia de abril, Kamenev repetía: "Lenin no tiene razón cuando dice que la revolución democrático-burguesa ha terminado... La supervivencia clásica del feudalismo, la gran propiedad agraria, no ha sido liquidada aún... El Estado no se ha transformado en sociedad democrática... Aún no puede decirse que la democracia burguesa haya agotado todas las posibilidades."

"La dictadura democrática —objeta Tomski— es nuestra base... Debemos organizar el poder del proletariado y de los campesinos y separarlo de la Comuna, en que el poder pertenece exclusivamente al proletariado."

Naturalmente, Lenin veía tan bien como sus contrincantes que la revolución democrática no había terminado aún, o con más exactitud, que, apenas iniciada, se volvía ya atrás. Pero de aquí se deducía precisamente que sólo era posible llevarla hasta el fin bajo la dominación de una nueva clase a la cual no se podía llegar más que arrancando a las masas de la influencia de los mencheviques y socialrevolucionarios, es decir de la influencia indirecta de la burguesía liberal. La unión de estos partidos con los obreros, y sobre todo con los soldados, se alimentaba de una idea de defensa —"defensa del país" o "defensa de la revolución"—. Por eso Lenin exigía una política intransigente frente a todos los matices del socialpatriotismo. Separar al Partido de las masas atrasadas para después libertar a estas últimas de su atraso. "Hay que dejar el viejo bolchevismo —repetía—. Es necesario separar la línea de la pequeña burguesía de la del proletariado asalariado."

A quien observase superficialmente las cosas podía parecerle que los perpetuos adversarios habían cambiado sus armas. Los mencheviques y socialrevolucionarios representaban ahora a la mayoría de los obreros y soldados, como si realizaran de hecho la alianza política del proletariado y la clase campesina, predichos siempre por los bolcheviques contra los mencheviques. Ahora bien: Lenin exigía que la vanguardia proletaria rompiera esta alianza. En realidad, las dos partes permanecían fieles a sí mismas. Los mencheviques entendían, como siempre, que su misión era sostener a la burguesía liberal. Su alianza con los socialrevolucionarios no era más que un recurso para reforzar e intensificar este apoyo. Por el contrario, la ruptura de la vanguardia proletaria con el bloque pequeñoburgués implicaba la preparación de la alianza de los obreros y los campesinos bajo la dirección del Partido Bolchevique, o sea la dictadura del proletariado.

Objeciones de otro orden se basaban en el atraso his-

tórico de Rusia. El poder ejercido por la clase obrera implicaba inevitablemente el tránsito al socialismo. Pero la economía y la cultura de Rusia no estaban maduras para esto. Había que llevar a cabo la revolución democrática hasta el fin. Sólo el triunfo de la revolución socialista en Occidente podía justificar la dictadura del proletariado en Rusia. Tales fueron las objeciones de Rikov en la Conferencia de abril. Para Lenin era elemental como el abecé que las condiciones culturales y económicas de Rusia eran en sí insuficientes para la construcción de un Estado socialista. Pero sabía que la sociedad no está construida tan racionalmente, de modo que el momento oportuno para implantar la dictadura del proletariado se presente precisamente cuando las condiciones económicas y culturales del país están maduras para el socialismo. Si la humanidad se desarrollara en forma tan regular, no habría en general necesidad de dictadura ni de revoluciones. La sociedad histórica viva no tiene nada de lógica, y su armonía es tanto menor cuanto más atrasada se halla. El hecho de que en un país atrasado como Rusia la burguesía llegara a un estado de descomposición antes del triunfo completo del régimen burgués y de que sólo el proletariado pudiera reemplazarla al frente de los destinos de la nación es la expresión de esta falta de lógica. El atraso económico de Rusia no exime a la clase obrera del deber histórico de cumplir la misión que le cupo en suerte; lo que hace es dificultar extraordinariamente el cumplimiento de esa misión. Lenin daba una contestación simple, pero cumplida, a Rikov cuando éste afirmaba por enésima vez que el socialismo tenía que venir de países con una industria más adelantada: "Nadie puede decir quién empezará ni quién acabará."

En 1921, cuando el Partido, lejos todavía del anquilosamiento burocrático, tenía tanta libertad para juzgar su pasado como para preparar su futuro, uno de los más viejos bolcheviques, Olminski, que había colaborado como dirigente en la prensa del Partido en todas las etapas de su desarrollo, se preguntaba: "¿Cómo explicar que en el momento de la Revolución de Febrero el Partido se encontrara en una línea oportunista? ¿Qué fue lo que le permitió dar luego un tan rápido viraje hacia la ruta de Octubre?" El autor ve con acierto el origen de los errores de marzo en el hecho de que el Partido "prolongaba exageradamente su orientación hacia una dictadura democrática. La revolución que se anuncia no puede ser sino una revolución burguesa. Era —dice Olminski— una opinión obligatoria para todo miembro del Partido, la opinión oficial, su consigna constante e invariable, hasta la Revolución de Febrero y aun algún tiempo después". Para ilustrar su afirmación,

Olminski podría referirse a lo que *Pravda* decía (7 de marzo) —antes de llegar Stalin y Kamenev, es decir, con una redacción “de izquierda”, de la que formaba parte el propio Olminski—, como hablando de algo que por evidente no necesitaba ser demostrado: “Naturalmente, en nuestro país no se trata aún de terminar con la dominación del capital, sino tan sólo de derribar la autocracia y el feudalismo.” La falta de perspectiva fue la causa de que en marzo el Partido quedara prisionero de la democracia burguesa. “¿De dónde salió la Revolución de Octubre? —pregunta más adelante el mismo autor—. ¿Cómo fue que el Partido, desde sus jefes hasta sus militantes de base, haya renunciado tan ‘súbitamente’ a lo que había tenido por verdad irrefutable durante casi dos décadas?”

Sujanov, desde el campo adversario, formula la misma pregunta en forma distinta: “¿Cómo y por qué medios se las arregló Lenin para imponerse a los bolcheviques?” En efecto, el triunfo de Lenin dentro del Partido fue, no sólo completo, sino además muy rápido. Los adversarios se permitieron, a este propósito, no pocas ironías acerca del régimen personal imperante en el Partido Bolchevique. Sujanov da a la pregunta por él formulada una respuesta que armoniza en un todo con el espíritu del principio heroico: “El genial Lenin era una autoridad histórica; he aquí uno de los aspectos de la cuestión. Por otra parte, excepción de Lenin, no había en el Partido nadie ni nada. Unos cuantos grandes generales sin Lenin no son nada, del mismo modo que algunos grandes planetas sin el sol (dejo aparte a Trotsky, que, en aquel entonces, se hallaba aún fuera de la orden).”

Estas curiosas líneas intentan explicar la influencia de Lenin por su ascendiente personal, que es lo mismo que si se explicase la virtud del opio para provocar el sueño por su fuerza narcótica. Semejante explicación no nos permite ir muy lejos.

La influencia efectiva de Lenin dentro del Partido era muy grande, indudablemente, pero de ningún modo ilimitada. Este ascendiente no fue inapelable, ni siquiera mucho más tarde, aun después de octubre, cuando su autoridad había aumentado en forma extraordinaria, pues el Partido media su fuerza con el metro de los acontecimientos mundiales. Por eso tiene que parecernos tanto más infundado que quieran explicarse, invocando la autoridad personal escueta de Lenin, los sucesos de abril de 1917, en un momento en que todo el sector dirigente del Partido había adoptado ya una posición opuesta a la suya.

Olminski se acerca mucho más a la solución del problema cuando demuestra que, a pesar de su fórmula de revolución democrático-burguesa, el Partido, por toda su

política contra la burguesía y la democracia, se preparaba efectivamente desde hacía mucho tiempo para acaudillar al proletariado en la lucha directa por el poder. “Nosotros (o muchos de nosotros) —dice Olminski— nos orientábamos inconscientemente hacia la revolución proletaria, creyendo que nos dirigíamos a la revolución democrático-burguesa. En otros términos, preparábamos la Revolución de Octubre, creyendo que preparábamos la de Febrero.” He aquí una generalización de extraordinario valor, que es, al propio tiempo, un testimonio irrecusable.

En la formación teórica del partido revolucionario había un elemento contradictorio, que tenía su expresión en la fórmula equívoca de la “dictadura democrática” del proletariado y de los campesinos. Una delegada que tomó la palabra en la Conferencia sobre el informe de Lenin, expresó el mismo pensamiento de Olminski, pero de un modo todavía más sencillo: “El pronóstico de los bolcheviques ha demostrado ser falso, pero la táctica era acertada.”

En las tesis de abril, que parecían tan paradójicas, Lenin se oponía a la vieja fórmula, apoyándose en la tradición viva del Partido: su actitud intransigente frente a las clases dominantes y su hostilidad a todas las tergiversaciones, mientras que los “viejos bolcheviques” oponían al desarrollo concreto de la lucha de clases recuerdos que, aunque recientes, pertenecían ya al pasado.

Lenin contaba con un punto de apoyo muy sólido, preparado por toda la historia de la lucha entre bolcheviques y mencheviques.

Conviene recordar aquí que el programa oficial de la socialdemocracia era todavía en esta época común a bolcheviques y mencheviques y que las tareas prácticas de la revolución democrática en el papel aparecían idénticas para ambos partidos. Pero en los hechos no eran, de ningún modo, las mismas.

Faltos en absoluto de aliados democráticos, Kamenev y Stalin flotaban irremediabilmente en el vacío.

El choque que tuvo Lenin en el mes de abril con el estado mayor del Partido no fue el único. En toda la historia del bolchevismo, excepción hecha de algunos episodios que confirman la regla, en los momentos más decisivos, los líderes del Partido se sitúan todos a la derecha de Lenin. ¿Fortuitamente? No. Lenin pudo ser el jefe indiscutible del partido más revolucionario de la Historia precisamente porque su pensamiento y su voluntad estaban a la altura de las grandiosas posibilidades revolucionarias del país y de la época. A los otros les faltaban algunos centímetros o el doble, y a menudo más.

Casi todo el sector dirigente del Partido Bolchevique durante los meses y aun los años que habían precedido la

revolución se hallaban alejados del trabajo activo. Muchos se habían llevado consigo, a la cárcel y a la deportación, la impresión agobiadora de los primeros meses de la guerra, y habían sufrido el hundimiento de la Internacional en el aislamiento o en pequeños grupos.

Si en las filas del Partido mostraban una receptividad suficiente para las ideas de la revolución, que era lo que les ataba al bolchevismo, al verse aislados se sintieron impotentes para resistir la presión del medio que les rodeaba y formarse un juicio marxista de los acontecimientos. Los formidables movimientos que se habían producido en las masas durante los dos años y medio de guerra, quedaron casi por completo fuera de su campo visual. Sin embargo, la revolución no sólo los arrancaba de su aislamiento, sino que los ubicaba en razón de la autoridad adquirida en los puestos superiores del Partido. Por su mentalidad, estos elementos se hallaban, con frecuencia, mucho más cerca de la *intelligentzia* zimmerwaldiana que de los obreros revolucionarios de las fábricas. Los "viejos bolcheviques", que en abril de 1917 subrayaban de modo enfático su calidad de antiguos militantes, estaban condenados al desastre, pues defendían, precisamente, aquel elemento tradicionalista del Partido que no había resistido la prueba histórica. "Pertenezco —decía, por ejemplo, Kalinin, en la Conferencia de Petrogrado, el 14 de abril— a los viejos bolcheviques leninistas, y creo que de ningún modo se ha comprobado que el viejo leninismo es inaplicable en el singular momento actual, y me asombro de que Lenin declare que los viejos bolcheviques se han convertido en obstáculos en el momento presente."

Lenin tuvo que oír por aquellos días muchas recriminaciones parecidas. Sin embargo, al romper con la fórmula tradicional del Partido, Lenin no dejaba de ningún modo de ser "leninista". Se desprendía de la cáscara usada del bolchevismo, para infundir nueva vida a su núcleo.

Lenin halló un punto de apoyo contra los viejos bolcheviques en otro sector del Partido, ya templado, pero más fresco y más ligado con las masas. Como sabemos, en la Revolución de Febrero los obreros bolcheviques desempeñaron un papel decisivo. Estos consideraban cosa natural que tomase el poder la clase que había arrancado el triunfo.

Estos mismos obreros protestaban vehementemente contra el rumbo Kamenev-Stalin, y el distrito de Viborg amenazó incluso con la expulsión de los "jefes" del Partido. El mismo fenómeno podía observarse en provincias. Casi en todas partes había bolcheviques de izquierda acusados de maximalismo e incluso de anarquismo. Lo que les faltaba a los obreros revolucionarios para defender sus po-

siciones eran recursos teóricos, pero estaban dispuestos a acudir al primer llamamiento claro que se les hiciese.

Hacia este sector de obreros, formado durante el auge del movimiento, en los años 1912 a 1914, se orientó Lenin. Ya a comienzos de la guerra, cuando el Gobierno asestó un duro golpe al Partido, al destruir la fracción bolchevique de la Duma, Lenin, hablando de la actuación revolucionaria futura, aludía a los "miles de obreros conscientes" educados por el Partido, "de los cuales surgirá, a pesar de todas las dificultades, un nuevo núcleo de dirigentes". Separado de ellos por dos frentes, casi sin contacto alguno, Lenin no se desprendió nunca de ellos. "¡Aunque sean aun quebrados cinco y diez veces más por la guerra, la prisión, Siberia, los trabajos forzados! No se les puede destruir. Están vivos. Ellos están penetrados de espíritu revolucionario y antichovinista." Lenin espiritualmente vivía los acontecimientos junto con los obreros bolcheviques, sacaba las conclusiones necesarias, sólo que de un modo más amplio y audaz. Para combatir la indecisión del estado mayor y del Partido, Lenin se apoyaba en forma confiada en los suboficiales de este mismo partido que representaban mejor al obrero bolchevique de filas.

La fuerza temporal de los socialpatriotas y del ala oportunista de los bolcheviques consistía en que los primeros se apoyaban en los prejuicios e ilusiones actuales de las masas, mientras que los segundos se adaptaban a ellos. La fuerza principal de Lenin estaba en comprender la lógica interna del movimiento y reglaba su política de acuerdo con ella. No imponía su plan a las masas. Ayudaba a éstas a concebir y realizar sus propios planes. Cuando Lenin reducía todos los problemas de la revolución a "explicar pacientemente", quería decir: dirigir las conciencias de las masas en concordancia con la situación a la que han sido llevadas por el proceso histórico. El obrero o el soldado decepcionado de la política de los conciliadores, tenía que pasar a la posición de Lenin sin detenerse en la etapa intermedia Kamenev-Stalin.

Las fórmulas de Lenin, al ser enunciadas, iluminaron con luz nueva ante los bolcheviques la experiencia del mes transcurrido y la de cada nueva jornada. En la gran masa del Partido comenzó una rápida diferenciación: ¡a izquierda!, ¡a izquierda!, hacia la tesis de Lenin. "Los distritos, unos tras otros —dice Zalevski—, le prestaron su adhesión, y en la Conferencia Panrusa del Partido, que se reunió el 24 de abril, la organización petersburguesa entera se pronunció por la tesis."

La pugna por el cambio de actitud de los cuadros bolcheviques, iniciada en la noche del 3 de abril, estaba, en suma, terminada a fines de mes.

La Conferencia del Partido, reunida en Petrogrado desde el 24 al 29 de abril, hizo el balance del mes de marzo, mes de tergiversaciones oportunistas, y del de abril, mes de aguda crisis. En este momento el Partido había crecido considerablemente tanto en cantidad como en valor político. A quella conferencia acudieron 140 delegados, que representaban a 79.000 miembros del Partido, de los cuales 15.000 correspondían a Petrogrado. Para un partido todavía ayer ilegal y hoy antipatriótico era una cifra respetable, y Lenin lo hizo notar varias veces con satisfacción. La fisonomía política de la Conferencia quedó ya definida desde la elección de los cinco miembros del Buró: en él no figuraban Kamenev ni Stalin, principales responsables de los errores de abril.

Aunque, para el conjunto del Partido, las cuestiones en litigio estuvieran ya firmemente resueltas, muchos dirigentes, atados por su acción de la víspera, permanecían aún en esta Conferencia en oposición o semioposición frente a Lenin.

Stalin guardaba silencio y permanecía a la expectativa. Dzerjinski, en nombre de "muchos" que "no estaban de acuerdo en principio con las tesis del informante", reclamaba una ponencia de "los camaradas que con nosotros han vivido prácticamente la revolución". Era una alusión bastante clara al hecho de que las tesis de Lenin habían sido concebidas en la emigración. Y, en efecto, Kamenev presentó a la Conferencia una ponencia preconizando la dictadura democrático-burguesa. Ríkov, Tómski, Kalinin, intentaron mantener más o menos sus posiciones de marzo. Kalinin seguía sosteniendo la unificación con los mencheviques en interés de la lucha contra el liberalismo.

Simidovich, uno de los militantes más destacados de Moscú, se lamentaba vivamente en su discurso: "En todos lados donde nos presentamos nos echan encima un espantajo, son las tesis del compañero Lenin." Cuando los moscovitas votaban por las resoluciones de los mencheviques tenían una existencia mucho más tranquila.

Como discípulo de Rosa Luxemburgo, Dzerjinski se pronunció contra el derecho de soberanía de las naciones oprimidas, acusando a Lenin de alentar las tendencias separatistas que debilitaban al proletariado de Rusia. A la acusación de que él, por su parte, apoyaba el chovinismo gran-ruso, Dzerjinski contestó: "Yo puedo reprocharle (a Lenin) que abraza el punto de vista de los chovinistas polacos, ucranios y otros." Este diálogo no deja de tener cierta gracia política; el gran-ruso Lenin acusa al polaco Dzerjinski de chovinismo gran-ruso contra los polacos y es acusado por éste de chovinismo polaco. En este debate la razón política estaba por entero de parte de Lenin. Su

política de las nacionalidades fue uno de los factores más importantes de la Revolución de Octubre.

La oposición se iba extinguiendo a todas luces. Sobre las cuestiones en discusión no reunió más que siete votos. Hubo, sin embargo, una excepción muy curiosa, en lo tocante a las relaciones internacionales del Partido. Cuando las tareas de la Conferencia tocaban a su término, en la sesión nocturna del 29 de abril, Zinoviev presentó, en nombre de la Comisión, un proyecto de resolución: "Se acuerda tomar parte en la conferencia internacional de los zimmerwaldianos, convocada en Estocolmo para el 18 de mayo." El acta dice: "Aprobada con un solo voto en contra." Este voto era el de Lenin. Exigía la ruptura con Zimmerwald, donde tenían definitivamente mayoría los independientes alemanes y los pacifistas neutrales del tipo del suizo Grimm. Pero para los militantes rusos del Partido, Zimmerwald, durante la guerra, casi se identificaba con el bolchevismo. Los delegados no se decidían aún a renunciar al nombre de socialdemocracia ni a romper con Zimmerwald, que era a sus ojos un medio de mantenerse en contacto con las masas de la II Internacional. Lenin intentó, cuando menos, limitar la participación del Partido en la futura Conferencia, asignándole fines puramente informativos. Pero Zinoviev se pronunció en contra de él. La proposición de Lenin no fue aceptada. Entonces éste votó contra la totalidad de la resolución. Nadie lo apoyó.

Fue la última expresión de los sentimientos de "marzo"; se aferraban a la posición de la víspera, temían quedar "aislados". Sin embargo, la conferencia no llegó a celebrarse a consecuencia de esos mismos conflictos internos que habían movido a Lenin a romper con tales tendencias. Por lo tanto, la política boicotista, rechazada por unanimidad menos un voto, de hecho se llevó a la práctica.

La brusca conversión operada en la política del Partido era evidente para todos. Schmidt, un obrero bolchevique, futuro comisario del pueblo en el Departamento del Trabajo, decía en la Conferencia de abril: "Lenin ha orientado en un sentido nuevo el carácter de la actividad del Partido." Según las palabras de Raskolnikov, escritas, cierto es, algunos años más tarde, Lenin, en abril de 1917, "realiza la Revolución de Octubre en la conciencia de los dirigentes del Partido... La táctica de nuestro Partido no se representa por una simple línea recta; después de llegar Lenin, ella marca un violento zigzag hacia la izquierda." La vieja bolchevique Ludmila Stahl apreciaba de un modo más directo, y al propio tiempo más preciso, el cambio: "Antes de llegar Lenin —decía el 14 de abril en la Conferencia de Petrogrado—, los camaradas erraban todos en las tinieblas. No había más fórmulas que las de 1905. Creíamos

que el pueblo obraba espontáneamente, pero no podíamos enseñarle nada. Nuestros camaradas se limitaban a preparar la Asamblea Constituyente por el procedimiento parlamentario y no creían posible ir más allá. Si aceptamos las consignas de Lenin, no haremos más que lo que nos indica la vida misma. No hay que temer la Comuna porque sea, según se dice, un gobierno obrero. La Comuna de París no fue sólo obrera, fue también pequeñoburguesa." Podemos convenir con Sujanov en que el cambio radical de orientación del Partido "fue el triunfo principal y fundamental de Lenin, obtenido en los primeros días de mayo". A decir verdad, Sujanov opinaba que Lenin, en el curso de esta operación, había sustituido el arma del marxismo por la del anarquismo.

Queda todavía por preguntar —y no es pregunta de poca importancia, aunque es más fácil formularla que contestarla— cómo se habría desarrollado la revolución si Lenin no hubiera podido llegar a Rusia en abril de 1917. Si nuestra exposición muestra y demuestra en general algo, este algo es precisamente —al menos así lo esperamos— que Lenin no fue el demiurgo del proceso revolucionario, sino que se insertó en la cadena de las fuerzas históricas objetivas. Pero en esta cadena él era un eslabón muy importante.

La dictadura del proletariado se deducía de toda la situación. Mas era necesario instaurarla, y esto no hubiera sido posible sin el Partido. Y éste sólo podía cumplir su misión comprendiéndola.

Para esto precisamente Lenin era indispensable. Antes de su llegada a Petrogrado, ninguno de los jefes bolcheviques había sido capaz de hacer el diagnóstico de la revolución. La dirección Kamenev-Stalin era empujada por la marcha de las cosas hacia la derecha, hacia los social-patriotas: la revolución no dejaba sitio para una posición intermedia entre Lenin y los mencheviques. La lucha intestina en el seno del Partido Bolchevique era de todo punto inevitable. La llegada de Lenin sólo acelera el proceso.

LAS «JORNADAS DE ABRIL»

El 23 de marzo entraba en la guerra Estados Unidos. Era el mismo día en que Petrogrado celebraba las exequias por las víctimas de la Revolución de Febrero. Aquella manifestación luctuosa, pero solemne y luminosa, en el fondo, fue el grandioso acorde final de la sinfonía de los cinco días. Todo el mundo acudió a los funerales: los que habían combatido al lado de los caídos, como los que habían predicado y, probablemente también, los que les habían matado y, sobre todo, los que habían quedado al margen de la lucha. Obreros, soldados, gente humilde de la ciudad; se encontraban asimismo los estudiantes, ministros, embajadores, respetables burgueses, los periodistas, oradores, los jefes de todos los partidos. Desde los suburbios iban llegando al campo de Marte soldados y obreros, llevando sobre los hombros los ataúdes rojos. Cuando empezaron a descender los ataúdes en las fosas, en la Fortaleza de Pedro y Pablo sonó la primera salva, estremeciéndola a las inmensas masas populares. Los cañones sonaban de una manera nueva para el pueblo: nuestros cañones, nuestras salvas. El distrito de Viborg acudió con cincuenta y un ataúdes rojos. No era más que una parte de las víctimas, de las cuales estaban orgullosos. Según cálculos previos de las más altas autoridades militares, se destacaban numerosas banderas bolcheviques. Pero ondeaban pacíficamente al lado de las otras.

En el Campo de Marte sólo permanecieron los miembros del Gobierno del Soviet y de la Duma del Imperio, difunta ya, pero interesada en evitar sus propios funerales. Durante el día desfilaron por delante de las tumbas, con banderas y músicas, por lo menos ochocientas mil personas.

Y a pesar de que, según las previsiones de la más alta autoridad militar, semejante masa humana no podía en ningún caso desfilar sin un enorme caos, la manifestación transcurrió en un orden perfecto, significativo, porque en el cortejo revolucionario dominaba la conciencia de la gran

acción cumplida por primera vez, combinada con la esperanza de que en adelante todo iría mejor.

Sólo este estado de espíritu era el que mantenía el orden, porque la organización era aún débil, inexperta y tenía poca seguridad en sí misma.

Podría pensarse que ya el solo hecho de aquel entierro refutaba la leyenda relativa a la revolución incruenta. Sin embargo, el ambiente que reinaba en la ceremonia reproducía, en parte, la atmósfera de los primeros días de la revolución, en que aquella leyenda se había engendrado.

Veinticinco días después —durante este plazo, el Soviet había adquirido mucha más experiencia y seguridad en sí mismo— se festejó el 1 de mayo, según el calendario occidental (18 de abril, según el viejo cómputo). En todas las ciudades del país se celebraron mítines y manifestaciones. No sólo se dejó el trabajo en los establecimientos industriales, sino también en las oficinas públicas del Estado, municipales y provinciales. En Mohilev, donde se hallaba el Cuartel General, desfilaron, al frente de las manifestación, los caballeros de San Jorge. La columna del Estado Mayor que no había destituido a los generales zaristas, avanzaba con un cartel alusivo al 1 de mayo. La fiesta del antimilitarismo proletario se confundía con una manifestación patriótica, teñida de color revolucionario. Cada sector de población ponía en la fiesta su nota peculiar, pero todos se confundían aún en un conjunto harto inconsistente y bastante falso, aunque, en general, majestuoso.

En la fiesta de las dos capitales y en los centros industriales predominaban los obreros, y en esa masa se destacaban ya claramente —por sus banderas, sus cartelones, discursos y exclamaciones— las sólidas formaciones bolcheviques. En la inmensa fachada del Palacio Marinski, albergue del Gobierno provisional, se extendía una insolente banda roja con esta inscripción: “¡Viva la III Internacional!” Las autoridades, que no se habían curado aún su timidez administrativa, no se atrevieron a arrancar aquel cartel desagradable e inquietante. Parecía que todo el mundo estaba de fiesta. Los hombres del frente participaban como podían. Se recibían noticias que daban cuenta de asambleas, discursos, banderas y canciones revolucionarias en las trincheras. También en las fronteras alemanas encontraba eco la fiesta obrera.

La guerra no tocaba a su fin; lejos de ello, ensanchaba su círculo. Pocos días antes, el mismo, precisamente, en que se enterraban las víctimas de la revolución, se lanzaba a ella todo un continente para darle nuevo impulso. Entre tanto, en todos los ámbitos de Rusia los prisioneros de guerra tomaban parte en las manifestaciones al lado de los soldados, bajo banderas comunes y a veces entonando el

mismo himno en varios idiomas. En aquella inmensa fiesta, semejante a una inundación que borraba los contornos de las clases, partidos e ideas, la manifestación en común de los soldados rusos y los prisioneros austroalemanes era un hecho bastante esperanzador y elocuente, que permitía pensar que la revolución, a pesar de todo, llevaba en ella un mundo mejor.

La fiesta del 1 de mayo, lo mismo que los funerales de marzo, transcurrió en medio del mayor orden, sin choques ni víctimas, como una solemnidad “nacional”. Sin embargo, un oído atento hubiera podido ya percibir, sin dificultad, en las filas de los obreros y de los soldados, notas de impaciencia y hasta de amenaza. La vida se hacía cada vez más difícil. En efecto, los precios subían en forma alarmante, los obreros exigían el salario mínimo, los patronos se resistían, el número de conflictos en las fábricas aumentaba sin interrupción. El aprovisionamiento se hacía cada vez más difícil, se reducía la ración de pan, todo se racionaba, hasta la sémola. Crecía también el descontento de la guarnición. El Estado Mayor de la región militar preparaba la represión contra los soldados, alejando de Petrogrado las tropas más revolucionarias. En la asamblea general de la guarnición, celebrada el 17 de abril, los soldados, que adivinaban los propósitos hostiles, plantearon la necesidad de oponerse a la salida de los regimientos: esta reclamación, en lo sucesivo, se elevará en forma más y más resuelta a cada nueva crisis de la revolución. Pero la raíz de todas las calamidades era la guerra, cuyo fin no se veía. ¿Cuándo la revolución traerá la paz? ¿Qué piensan de esto Kerensky y Tsereteli? Las masas prestaban un oído cada vez más atento a lo que decían los bolcheviques, les miraban de reojo, en actitud expectante, ya con semi-hostilidad, ya con confianza.

Bajo la disciplina de aquel día de fiesta, el estado de espíritu se hallaba en tensión y esa fermentación tenía lugar en las masas. Sin embargo, nadie, ni aun los autores del cartelón del Palacio Marinski, suponían que los dos o tres días siguientes desgarrarían implacablemente el ropaje de la unidad nacional de la revolución. Los terribles acontecimientos, previstos por muchos como inevitables, pero que nadie esperaba tan pronto, produjéronse en forma inesperada. El impulso fue dado por la política exterior del Gobierno provisional, es decir, por el problema de la guerra. No fue otro que Millukov quien acercó la cerilla a la mecha. He aquí la historia de la cerilla y de la mecha: El día en que entró Estados Unidos en la guerra, el ministro de Asuntos Extranjeros del Gobierno provisional, reconfortado, desarrolló ante los periodistas su programa: anexión de Constantinopla y de Armenia, reparto de Aus-

tria y Turquía, anexión de la Persia septentrional y, luego, naturalmente, derecho de las naciones a decidir ellas sobre sus destinos. "En todos sus actos públicos —así presenta el Miliukov historiador al Miliukov ministro— subrayaba decididamente los fines pacifistas de la guerra emancipadora, pero estableciendo siempre una estrecha conexión con los problemas nacionales e intereses de Rusia." La entrevista alarmó a los conciliadores. "¿Cuándo se enancipará de toda hipocresía la política exterior del Gobierno provisional? —exclamaba, indignado, el diario de los mencheviques—. ¿Por qué el Gobierno provisional no exige de los gobiernos aliados que renuncien abierta y decididamente a las anexiones?" Esta gente consideraba como hipócrita el lenguaje sincero de las aves de rapiña y estaba dispuesta a ver en el disfraz pacifista de sus apetitos la ausencia de toda falsía. Asustado ante la excitación de los demócratas, Kerensky se apresuró a declarar, por medio de la oficina de prensa: el programa de Miliukov expresa su opinión personal. Por lo visto, se consideraba como puro azar que el autor de la "opinión personal" fuese, precisamente, el ministro de Asuntos Extranjeros.

Tsereteli, que poseía el talento de saber conducir cualquier problema a un lugar común, insistió en la necesidad de una declaración gubernamental de que la guerra sería para Rusia exclusivamente defensiva. La resistencia de Miliukov, y, en parte, de Guchkov, fue vencida, y el 27 de marzo el Gobierno hizo pública una declaración, en que se decía que "el fin perseguido por la Rusia libre no es dominar otros pueblos ni se aspira a despojarlos de sus bienes nacionales, ni a apoderarse por la violencia de territorios ajenos"; pero "que se respetarían todos los compromisos contraídos con nuestros aliados". De este modo, los reyes y los profetas del doble Poder anunciaban su propósito de entrar en el reino de los cielos en compañía de los ciminales y desvergonzados. Entre otras cosas, aquellos caballeros carecían del sentido del ridículo.

La declaración del 27 de marzo fue muy bien acogida por toda la prensa conciliadora, entre la cual se contaba *Pravda*, de Kamenev-Stalin, que cuatro días antes de llegar Lenin a Petrogrado decía, en un editorial: "El Gobierno provisional ha declarado, ante todo el mundo, de un modo claro y concreto, que el fin perseguido por la Rusia libre no es la dominación sobre otros pueblos", etc. La prensa inglesa interpretó de inmediato, y con gran satisfacción, la renuncia de Rusia a las anexiones, como una renuncia a Constantinopla, pero sin disponerse por su parte, naturalmente, ni en lo más mínimo, a hacer extensiva la fórmula a Gran Bretaña. El embajador ruso en Londres dio la voz de alarma y exigió que Petrogrado hiciera una aclaración

en el sentido de que Rusia no adoptaba el principio "la paz sin anexiones de un modo incondicional, sino sólo en la medida en que no se hallase en contradicción con nuestros intereses vitales". No era otra, en efecto, la fórmula de Miliukov: prometer que no se robaría aquello que no necesitábamos. A la inversa de Londres, París no sólo sostuvo a Miliukov, sino que le alentó, sugiriéndole, por medio de Paléologue, su embajador, la necesidad de una política más decidida respecto al Soviet.

El presidente del Congreso, que era entonces Ribot, exasperado por las lamentables evasivas de Petrogrado preguntó a Londres y a Roma si no creían necesario invitar al Gobierno provisional a poner fin a todo equívoco; Londres contestó que sería más prudente dejar a los socialistas franceses e ingleses, enviados a Rusia, actuar directamente sobre sus compañeros de ideas.

El envío de los socialistas aliados a Rusia se hizo por iniciativa del Gran Cuartel General ruso, es decir, los antiguos generales del zar. "Confiábamos en él —escribía Ribot, refiriéndose a Albert Thomas— para dar alguna firmeza a las resoluciones del Gobierno provisional." Por su parte, Miliukov se lamentaba de que Thomas mantuviera demasiado contacto con los jefes del Soviet. Ribot contestó que Thomas "se esforzaba sinceramente" en mantener el punto de vista de Miliukov, pero prometía, sin embargo, exhortar a su embajador a prestar un apoyo todavía más activo.

La declaración del 27 de marzo, completamente vacua, intranquilizó a todos los aliados, que vieron en ella una concesión al Soviet. Desde Londres amenazaron con perder la fe "en la potencia combativa de Rusia". Paléologue se lamentó de "la timidez y la ambigüedad de la declaración". No necesitaba más Miliukov. Confiando en la ayuda de los aliados, entregóse a un juego arriesgado, muy superior a sus fuerzas. Su idea fundamental era dirigir la guerra contra la revolución; su objetivo inmediato, la desmoralización de la democracia. Pero, precisamente por el mes de abril, empezaron los conciliadores a manifestar una nerviosidad y una agitación cada vez mayores en las cuestiones relativas a política exterior, pues las masas ejercían una presión cada vez más fuerte sobre ellos. El Gobierno tenía necesidad de un empréstito; las masas, a pesar de su defensismo, estaban dispuestas a apoyar un empréstito de paz, pero no un empréstito de guerra. Había que hacerles entrever, por lo menos, la apariencia de una perspectiva de paz.

Tsereteli, aplicando su salvadora política de lugares comunes, propuso que se exigiera del Gobierno provisional la entrega a los Aliados de una nota análoga a la declara-

ción de política interior del 27 de marzo. En pago de esto, el Comité Ejecutivo se encargaría de que el Soviet votase a favor del "empréstito de la libertad". Miliukov accedió al trato —el empréstito a cambio de una nota—, pero decidiendo explotarlo en su interés y con usura. La nota, bajo apariencia de interpretar aquella declaración, la desautorizaba. Afirmaba que la fraseología pacifista del nuevo régimen no daba "ni el menor pretexto para creer que la revolución haya podido quebrantar en lo más mínimo el papel de Rusia en la lucha común de los Aliados. Muy al contrario; la determinación de todo pueblo de llevar la guerra mundial hasta la victoria definitiva, no ha hecho otra cosa que reafirmarse"... Más adelante, la nota expresaba el convencimiento de que los vencedores "encontrarán los medios de obtener las garantías y sanciones necesarias para evitar, en el porvenir, nuevos choques sangrientos". Aquello de las "garantías y las sanciones", insertado en la nota a instancias de Albert Thomas, no significaba, en el lenguaje fraudulento de la Comisión de enlace y los líderes del Comité Ejecutivo, otra cosa que "anexiones" e "indemnizaciones". El día 1.º de mayo, Miliukov transmitió telegráficamente su nota, dictada por los diplomáticos aliados, a los gobiernos de la *Entente* y sólo luego a los líderes del Comité Ejecutivo lo mismo que a los periódicos. El Gobierno prescindió de la Comisión de enlace, y los líderes del Comité Ejecutivo se encontraron en la situación de simples ciudadanos. Y aunque los conciliadores no encontrasen en la nota nada que no hubieran oído antes de labios de Miliukov, no podían dejar de ver en ella un acto premeditado de hostilidad. Aquella nota los desarmaba ante las masas y los colocaba ante el trance de elegir en forma directa entre el bolchevismo y el imperialismo. ¿Era éste, realmente, el fin que perseguía Miliukov? Todo hace suponer que no se reducía a eso: sus intenciones iban más lejos.

Ya desde el mes de marzo, Miliukov intentaba, con todas sus fuerzas, resucitar el abortado proyecto de tomar los Dardanelos, por un desembarco de tropas rusas, y sostuvo numerosas conferencias con el general Alexeev, a fin de persuadirle a emprender enérgicamente una operación que debía, a su juicio, colocar a la democracia, hostil a las anexiones, ante un hecho consumado. La nota de Miliukov, de fecha 18 de abril, era un desembarco análogo en las orillas mal defendidas de la democracia. Las dos acciones, una militar y otra política, se completaban, y, en caso de éxito, se justificaban mutuamente. Por lo común, a los vencedores no se les juzga. Pero Miliukov no estaba llamado a ser vencedor. Para el desembarco hacían falta doscientos o trescientos mil soldados. La empresa fracasó por una menudencia: los soldados se negaron a marchar;

consentían en defender la revolución, pero no en tomar la ofensiva. Fracasado el proyecto de Miliukov respecto a los Dardanelos, esto echó por tierra todos sus propósitos ulteriores, que, hay que reconocerlo, no estaban mal calculados... a condición de vencer.

El 17 de abril tuvo lugar en San Petersburgo —visión de pesadilla— una manifestación patriótica de inválidos; una muchedumbre inmensa de heridos de los hospitales de la capital, amputadas las piernas, los brazos, envueltos en vendas, avanzó hacia el Palacio de Táurida. Los que no podían andar eran llevados en camiones. En las banderas se leía: "Guerra hasta el fin." Era una manifestación desesperada de desechos humanos de la guerra imperialista, que no querían que la revolución reconociera inútiles sus sacrificios. Pero detrás de los manifestantes se hallaba el Partido Kadete, o, más exactamente, Miliukov, que estaba preparando para el día siguiente su gran golpe.

En la sesión extraordinaria del 19 por la noche, el Comité Ejecutivo discutió la nota enviada el día anterior a los gobiernos aliados.

"Después de su primera lectura —cuenta Stankievich—, todo el mundo reconoció unánimemente y sin discusión que no era aquello, ni mucho menos, lo que esperaba el Comité." Pero como de la nota respondía el Gobierno en conjunto, sin excluir a Kerensky, era necesario, ante todo, salvar al Gobierno. Tsereteli se puso a "descifrar" la nota, no cifrada, y a descubrir cualidades de más en más numerosas. Skobelev demostró, con gran profundidad de espíritu, que no se podía exigir siempre una "coincidencia absoluta" entre las aspiraciones de la democracia y las del Gobierno. Aquellos prudentes varones se estuvieron exprimiendo los sesos hasta de madrugada, pero no encontraron ninguna solución. Al amanecer se separaron, habiendo convenido reunirse de nuevo algunas horas después. Por lo visto, confiaban en la virtud del tiempo para cicatrizar las heridas.

Por la mañana, la nota apareció en todos los periódicos. El *Ritch* la comentó en términos de provocación muy bien meditados. La prensa socialista manifestaba una gran excitación. El diario menchevista *Rabochaya Gazeta*, en el que aún no se había disipado, después de las intervenciones de Tsereteli y Skobelev, los vapores de la indignación nocturna, decía que el Gobierno provisional había publicado un "documento que era un escarnio para las aspiraciones de la democracia" y exigía del Soviet la adopción de medidas decididas "a fin de evitar sus terribles consecuencias". En estas frases dejábase sentir, de un modo muy claro, la presión creciente de los bolcheviques.

El Comité Ejecutivo reanudó la sesión, pero sólo para

persuadirse una vez más de que era incapaz de llegar a ninguna decisión. Se acordó convocar un pleno extraordinario del Soviet "para información"; en realidad, para pulsar el grado de descontento de la base y dar tiempo para resolver las propias vacilaciones. En el intervalo, proyectábanse toda suerte de reuniones de enlace destinadas a liquidar la cuestión.

Pero en aquel tumulto ritual del doble poder vino a terciar inesperadamente una tercera fuerza. Las masas se echaron a la calle con las armas en la mano. Entre las bayonetas de los soldados brillaban las letras de los cartelones: "¡Abajo Miliukov!" En otros cartelones aparecía también el nombre de Guchkov.

En estas columnas exasperadas era difícil reconocer a los manifestantes del 1.º de marzo.

Los historiadores califican de "espontáneo" este movimiento, en el sentido convencional de que ninguno de los partidos tomó la iniciativa de la manifestación. La invitación material a salir a la calle partió de un tal Linde, que inscribió así su nombre en la historia de la revolución.

Sablo, matemático, filósofo, Linde se mantenía alejado de todo partido, había abrazado con toda su alma la revolución y ansiaba ardientemente que ésta cumpliera sus promesas. La nota de Miliukov y los comentarios del *Riech* le indignaron. "Sin consultar con nadie... —cuenta su biógrafo— se puso de inmediato a actuar... Se dirigió al regimiento de Finlandia, reunió al Comité y propuso que el regimiento marchara inmediatamente sobre el Palacio Marinski... La proposición de Linde fue aceptada, y, a las tres de la tarde, desfilaba ya por las calles de Petrogrado una manifestación imponente de 'finlandeses' llevando cartelones provocativos." Siguiendo el ejemplo del regimiento de Finlandia, echáronse a la calle los soldados del regimiento de reserva 180, el de Moscú, el de Pavi, el de Keksgalin, los marineros de la segunda división de la escuadra del Báltico, hasta 25 ó 30.000 hombres en total, todos armados. En los barrios obreros la agitación comenzó: cesó el trabajo, y las fábricas, siguiendo el ejemplo de los regimientos, se lanzaron a la calle.

"La mayoría de los soldados no sabían a qué habían venido", afirma Miliukov, como si realmente hubiera tenido tiempo para interrogarlos. "Además de los soldados, tomaban parte en la manifestación obreros adolescentes que declaraban en voz alta (!) que les habían pagado de diez a quince rublos por ir allí." La procedencia del dinero no podía ser más clara: "Alemania había exigido directamente la separación de los ministros (Miliukov y Guchkov)." Miliukov dio esta profunda explicación, no en el fuego de la lucha de abril, sino tres años después de los acontecimien-

tos de octubre, que han demostrado con suficiente claridad que no hacía falta que nadie pagara a precio muy alto el odio de las masas populares contra él.

La violencia inesperada de la manifestación de abril se explica por la reacción inmediata de las masas ante el engaño de las alturas. "Mientras el Gobierno no obtenga la paz, hay que defenderse." Esto se decía sin entusiasmo, pero con convicción. Se suponía que en las alturas hacían todo lo posible por obtener la paz. Es verdad que los bolcheviques afirmaban que el Gobierno quería la continuación de la guerra con fines de rapiña. Pero ¿es posible? ¿Y Kerensky? A los jefes del Soviet les conocemos desde febrero, fueron los primeros en acudir a los cuarteles; están por la paz. Además, Lenin llegó de Berlín, mientras *Tsereteli* estaba en presidio. Hay que tener paciencia... Al mismo tiempo, en las fábricas y en los regimientos más avanzados iban imponiéndose, cada vez más firmemente, las consignas bolcheviques de una política de paz; publicación de los tratados secretos y ruptura con los planes de conquista de la *Entente*, proposición abierta de paz inmediata a todos los países beligerantes. En este ambiente complejo e indeciso cae la nota del 18 de abril. ¿Cómo? ¿Qué?... ¡Ah, de modo que esos señores no apoyan la paz, sino los fines que la guerra perseguía antes! ¡Entonces será inútil que esperemos! ¡Abajo!... Pero ¿abajo quién? ¿Es posible que tengan razón los bolcheviques? No, no puede ser. Pero ¿y la nota? Aquí hay alguien que quiere vender nuestra piel a los aliados del zar. Una simple confrontación de la prensa de los kadetes y la de los conciliadores mostraba que Miliukov, defraudando la confianza general, se aprestaba a practicar una política de conquistas del brazo de Lloyd George y Ribot. El propio Kerensky ha declarado que la idea de agresión a Constantinopla era "una opinión personal" de Miliukov. Así estalló el movimiento.

Pero éste no era homogéneo. Algunos elementos exaltados del campo revolucionario sobreestimaban la amplitud y la madurez política del movimiento tanto más cuanto que estalló viva e inesperadamente. Los bolcheviques desarrollaron una labor enérgica en el seno de los regimientos y en las calles. A la reivindicación "¡Abajo Miliukov!", que era algo así como el programa mínimo del movimiento, ellos agregaron cartelones contra el Gobierno provisional en su conjunto. Por lo demás, los distintos elementos interpretaban esto de diferentes maneras: unos, como consigna de propaganda; otros, como tarea inmediata. La consigna "¡Abajo el Gobierno provisional!" lanzada a la calle por los soldados y marineros armados, introdujo fatalmente en la manifestación un carácter insurreccional. Conside-

rables grupos de obreros y soldados estaban dispuestos a hacer saltar inmediatamente al Gobierno provisional. Fue de ellos de quienes partió la idea de apoderarse del Palacio Marinski, ocupar todas las salidas y detener a los ministros. Para salvarlos fue destacado Skobelev, quien cumplió su misión con tanto más éxito cuanto que el Palacio Marinski estaba vacío.

Debido a la enfermedad de Guchkov el Gobierno estaba reunido en su domicilio particular. Pero no fue esta circunstancia fortuita la que salvó a los ministros de la detención, peligro que, por otra parte, no les amenazaba seriamente. Un ejército de 25 a 30.000 soldados, lanzados a la calle para combatir contra los que prolongaban la guerra, era más que suficiente para derribar a un gobierno más sólido que el presidido por el príncipe Lvov. Pero no era éste el fin que se proponían los manifestantes. En realidad no querían más que esgrimir el puño amenazador bajo la ventana para que esos señores de arriba no siguieran afilando los dientes con su Constantinopla y se ocupasen como era debido de la paz.

De esta manera, los soldados creían ayudar a Kerensky y Tsereteli contra Miliukov.

Mientras el Gobierno estaba reunido, llegó el general Kornilov, quien dio cuenta de las manifestaciones armadas que se estaban desarrollando en ese momento y declaró que en su calidad de comandante de las tropas de la región militar de Petrogrado, disponía de fuerzas suficientes para sofocar la sedición a mano armada, y que para marchar, sólo necesitaba una orden. Kolchak, que asistía casualmente a la reunión del Gobierno, contó más tarde, en el proceso que precedió a su fusilamiento, que el príncipe Lvov y Kerensky se habían pronunciado contra una tentativa de represión militar contra los manifestantes. Miliukov no se pronunció de un modo directo, pero resumió la situación diciendo que los señores ministros podían, naturalmente, razonar como quisieran, pero no impedirían con esto que los metieran en la cárcel. No podía haber la menor duda de que Kornilov obraba en connivencia con el centro kadete.

A los líderes conciliadores no les fue difícil persuadir a los soldados manifestantes a que se retirasen de la plaza situada frente al Palacio Marinski y aun que se reintegrasen a sus cuarteles. Sin embargo, la agitación que se había promovido en la ciudad no cedía, se reunían muchedumbres, los mítines continuaban, se discutía en todas las esquinas, en los tranvías los viajeros se dividían en partidarios y en adversarios de Miliukov. En la Perspectiva Nevski y en la calle, vecinos, oradores burgueses, hacían agitación contra Lenin, enviado por Alemania para derrocar al gran patriota

Miliukov. En los suburbios, en los barrios obreros, los bolcheviques esforzabanse en hacer extensiva al Gobierno en pleno la agitación suscitada por la nota y por su autor.

A las siete de la tarde se reunió el pleno del Soviet. Los líderes no sabían qué decir a un auditorio que se hallaba en un estado de gran exaltación. Chjeidse habló extensamente para decir que después de la reunión se celebraría una entrevista con el Gobierno provisional. Chernov agitaba el fantasma de la guerra civil inminente. Fedorov, obrero metalúrgico, miembro del Comité Central de los bolcheviques, replicó que la guerra civil ya existía y que lo único que tenían que hacer los Soviets era apoyarse en ella y tomar el poder. "En aquel entonces, éstas era todavía palabras inauditas y terribles —dice Sujanov—, y hallaron en aquella asamblea, gracias al estado de espíritu reinante, un eco que los bolcheviques no habían encontrado antes ni habían de volver a encontrar mucho tiempo después en el Soviet."

Sin embargo, la nota saliente de la reunión fue, inesperadamente para todos, el discurso del socialista-liberal Stankievich, uno de los hombres de confianza de Kerensky: "¿Qué necesidad tenemos, compañeros, de atacar?" —preguntó—. ¿Contra quién emplear la fuerza? ¿Habéis olvidado, acaso, que la fuerza sois vosotros y las masas que os siguen?... Mirad, ahora son las siete menos cinco (Stankievich apunta con la mano al reloj que hay en la pared, y toda la sala se vuelve con él). Decidid que el Gobierno provisional no lo sea más; que dimita. Daremos un telefonazo y en cinco minutos habrá depuesto sus poderes. ¿Qué necesidad hay entonces de manifestaciones de violencia, de guerra civil?" En la sala suena una tempestad de aplausos, exclamaciones entusiastas. El orador quiso, indudablemente, asustar al Soviet sacando la consecuencia extrema de la situación creada; pero se asustó él mismo del efecto de su discurso. La verdad acerca de la fuerza de los Soviets puso a la asamblea por encima de las miserables intrigas de los dirigentes, a quienes lo único que les preocupaba era que el Soviet no tomara ninguna resolución. "¿Quién reemplazará al Gobierno?", objetó uno de los oradores contestando a los aplausos. "¿Nosotros? Pero a nosotros nos tiemblan las manos"... Era una incomparable característica de los conciliadores, líderes enfáticos de manos temblorosas.

El primer ministro, Lvov, como completando las palabras de Stankievich, por su parte, hacía al día siguiente esta declaración: "Hasta ahora, el Gobierno provisional se ha visto invariablemente apoyado por el órgano directivo del Soviet. En las últimas dos semanas... recaen sobre el Gobierno ciertas sospechas. En estas condiciones... lo mejor

que puede hacer el Gobierno provisional es marcharse." Estas palabras confirman, una vez más, cuál era la real constitución de la Rusia de febrero.

En el Palacio Marinski celebróse una reunión del Comité Ejecutivo con el Gobierno provisional. En su discurso de apertura, el príncipe Lvov se lamentó de la campaña desatada por los sectores socialistas contra el Gobierno y habló en un tono medio resentido y medio amenazante. Los ministros fueron describiendo las dificultades a cuya acumulación ellos habían contribuido con todas sus fuerzas. Millukov, volviendo las espaldas a toda esta cháchara, habló desde el balcón a los manifestantes kadetes: "Al ver aquellos cartelones donde se podía leer: '¡Abajo Miliukov!' no temía por Miliukov, sino por Rusia." Así nos transmite el Millukov historiador las modestas palabras que el Miliukov ministro pronunció ante la muchedumbre reunida en la plaza. Tsereteli exigió del Gobierno una nueva nota. Chernov halló una salida genial, proponiendo a Miliukov para el Ministerio de Instrucción Pública: Constantinopla, como tema de geografía, era, en todo caso, menos peligrosa que como objetivo de la diplomacia. Sin embargo, Miliukov se negó en redondo a volver a la ciencia lo mismo que a escribir una nueva nota. Los caudillos del Soviet no se hicieron de rogar mucho y consintieron en aceptar una explicación de la nota anterior. Sólo faltaba encontrar unas cuantas frases cuya falsa apareciera suficientemente disimulada a la manera democrática, y la situación entonces quedaría arreglada, y, así, la cartera de Miliukov podía darse por salvada.

Pero el tercero en cuestión no quería tranquilizarse. El 21 de abril amenaza una nueva ola del movimiento, más potente que la anterior. Esta vez la manifestación había sido convocada por el Comité bolchevique de Petrogrado. A pesar de la contraagitación de los mencheviques y los socialrevolucionarios, enormes masas obreras avanzaron hacia el centro, partiendo primero del distrito de Viborg y luego de otros puntos. El Comité Ejecutivo destacó a apaciguadores autorizados para que saliesen al encuentro de los manifestantes, acaudillados por Chjeidse. Pero los obreros querían que se les oyese y tenían algo que decir.

Un conocido periodista liberal describía, en el *Riech*, la manifestación de los obreros en la Nevski: "Delante, cerca de un centenar de hombres armados; detrás, las filas regulares de hombres y mujeres no armados —un millar de personas—. Cadenas vivas a ambos lados. Cánticos. Me impresionó la expresión de sus rostros. Aquellas mil personas no tenían más que una sola cara extasiada: el rostro monacal de los primeros siglos del cristianismo, irreductible, inflexiblemente decidido a llegar al asesinato, a la inquisición

y a la muerte." Este periodista vio la revolución obrera con los ojos y sintió un instante su resolución concentrada. ¡Qué poco se parecían aquellos obreros a los adolescentes que Miliukov decía comprados por Ludendorff a razón de quince rublos diarios!

En este día, lo mismo que en el anterior, los manifestantes no se echaron a la calle decididos a derribar al Gobierno, aunque bien se puede suponer que la mayoría había pensado ya seriamente en ello; ese día, una parte de los manifestantes estaba dispuesta a llevar las cosas más allá de los límites del estado de espíritu de la mayoría. Chjeidse propuso a la manifestación que se volviese atrás, hacia sus distritos. Pero los dirigentes contestaron con dureza que los obreros sabían perfectamente, sin que nadie se lo dijese, lo que tenían que hacer. Era un nuevo tono al que Chjeidse debía ir acostumbrándose en el curso de las próximas semanas.

Mientras que los conciliadores acudían a la persuasión y trataban de extinguir la hoguera, los kadetes la avivaban y adoptaban actitudes provocadoras. Kornilov, aunque ayer no obtuviese autorización para emplear las armas, no sólo no ha abandonado su plan, sino que, lejos de ello, ha tomado, desde bien temprano, medidas para lanzar la artillería y la caballería sobre los manifestantes. Contando firmemente con la intrepidez del general, los kadetes publicaron una hoja incitando a sus partidarios a salir a la calle con el propósito evidente de llevar las cosas hasta el conflicto decisivo. Fracasado el desembarco a orillas de los Dardanèlos, Miliukov seguía desarrollando su ofensiva, con Kornilov en calidad de vanguardia y la *Entente* como reserva. La nota enviada a espaldas de los Soviets y el artículo de fondo del *Riech* debían representar el papel de un telegrama de Ems dirigido por el canciller liberal de la Revolución de Febrero. "Todos los que están por Rusia y su libertad deben agruparse en torno al Gobierno provisional y sostenerlo." Así decía el manifiesto del Comité Central de los kadetes, en que se invitaba a todos los buenos ciudadanos a salir a la calle para luchar contra los partidarios de la paz inmediata.

La Nevski, arteria principal de la burguesía, se convirtió en un inmenso mitin kadete. Una manifestación considerable, a la cabeza de la cual estaban los miembros del Comité Central kadete, se dirigió al Palacio Marinski. Por todas partes se veían cartelones que acababan de salir del taller: "Confianza absoluta en el Gobierno provisional." "¡Viva Miliukov!" Los ministros estaban radiantes: habían encontrado su "pueblo", cosa tanto más evidente cuanto que los emisarios del Soviet hacían esfuerzos sobrehumanos para disolver los mítines revolucionarios, para hacer retro-

ceder las manifestaciones de obreros y de soldados del centro a los suburbios y por evitar toda posible acción que pudiera provenir de parte de los cuarteles y de las fábricas.

Bajo la bandera de la defensa del Gobierno llevábase a cabo, por primera vez, una movillización franca y en todo el frente de las fuerzas contrarrevolucionarias. En el centro de la ciudad aparecieron camiones con oficiales, junkers y estudiantes armados. Entraron en acción los caballeros de San Jorge. La juventud dorada organizó en la Nevski un tribunal público que inculminó en la calle a los partidarios de Lenin y a los "agentes alemanes". Hubo aquí reyertas y víctimas. Decíase que el origen de la primera colisión sangrienta había sido la tentativa de unos oficiales de arrebatarse a los obreros una bandera con una inscripción contra el Gobierno provisional. Las reyertas fueron tomando un carácter cada vez más encarnizado, y se inició un tiroteo, que, a partir de mediodía, fue ya constante. Nadie sabía exactamente quién disparaba ni por qué se disparaba. Pero el hecho era que aquel confuso tiroteo, en parte perverso y en parte producido por el pánico, había causado ya víctimas. Los ánimos se iban caldeando.

No; la jornada no era precisamente una manifestación de la "unidad nacional". Eran dos mundos los que se enfrentaban. Las columnas patrióticas llamadas a la calle por el Partido Kadete contra los obreros y soldados estaban compuestas exclusivamente por los elementos burgueses de la población, por oficiales, intelectuales, funcionarios.

Dos torrentes humanos, uno por Constantinopla, otro por la paz, salían de distintas partes de la ciudad, distintas por su composición social y por su aspecto exterior, con inscripciones hostiles en los cartelones y, al chocar, recurrían a los puños, a los bastones y hasta a las armas de fuego.

En el Comité Ejecutivo se recibió la noticia inesperada de que Kornilov hacía avanzar los cañones sobre la plaza del palacio. ¿Era una iniciativa tomada por su cuenta y riesgo, por el jefe militar de la región? No; el carácter y la carrera posterior de Kornilov demuestran que el bravo general tenía siempre alguien que le condujese por la nariz; en esta ocasión, ese alguien eran los caudillos kadetes. Solamente porque contaban con la intervención de Kornilov y a fin de hacer indispensable esta intervención, ellos habían llamado a las masas a la calle. Uno de los jóvenes historiadores de la revolución observa, acertadamente, que la tentativa hecha por Kornilov de acantonar a las escuelas militares en la plaza del palacio coincidió no con una necesidad, real o imaginaria, de defender el Palacio Marins-

ki contra la muchedumbre hostil, sino con la más alta marea de la manifestación de los kadetes.

Pero el plan Miliukov-Kornilov fracasó sin embargo, y de un modo vergonzoso. Por simples que fueran los jefes del Comité Ejecutivo, no podían dejar de comprender que se estaban jugando la cabeza. Ya desde las primeras noticias de las sangrientas refriegas en la Nevski, el Comité expidió una orden telegráfica a todos los contingentes militares de Petrogrado y sus alrededores: no enviar ningún destacamento a las calles de la capital sin orden del Soviet.

Ahora, cuando los propósitos de Kornilov son del dominio público, el Comité Ejecutivo, a pesar de todas las declaraciones solemnes, pone las dos manos en la rueda del Gobierno, y no sólo exige de Kornilov que retire inmediatamente las tropas de las calles, sino que destaca a Skobelev y a Filipoyski para que hagan volver a las tropas a los cuarteles en nombre del Soviet.

"En estos días agitados, salvo llamada del Comité Ejecutivo, no salgáis a la calle con las armas en la mano. El derecho a disponer de vosotros pertenece exclusivamente al Comité Ejecutivo."

En lo sucesivo, toda orden relativa a la salida de tropas, excepción hecha del servicio ordinario, deberá constar en un documento oficial del Soviet e ir avalada, por lo menos, con la firma de dos personas autorizadas para ello. Diríase, pues, que el Soviet interpretaba de un modo inequívoco los actos de Kornilov como una tentativa de la contrarrevolución para provocar la guerra civil. Pero lo curioso es que, a la par que con ese decreto reducía a la nada el mando de la región, no se le pasaba siquiera por las mentes reemplazar a Kornilov, sin duda por no atentar contra las prerrogativas del poder. He aquí "las manos temblorosas". El nuevo régimen estaba rodeado de ficciones, lo mismo que un enfermo de almohadas y compresas. Pero lo más instructivo, desde el punto de vista de la relación de fuerzas, era el hecho de que no sólo las tropas, sino también las escuelas de oficiales se negasen, ya antes de recibir la comunicación de Chjeidse, a marchar sin órdenes del Soviet. Aquellas desagradables sorpresas que los kadetes no habían previsto y que llovían sobre ellos eran consecuencia inevitable del hecho de que, en el período de la revolución nacional, la burguesía rusa resultaba ser una clase antinacional. Este hecho podía disimularse durante algún tiempo a la sombra del doble poder, pero no era posible borrarlo.

Aparentemente, la crisis de abril prometió terminar sin que recayera una decisión. El Comité Ejecutivo consiguió mantener todavía a las masas en los umbrales de la dualidad de poderes. Por su parte, el Gobierno, agradecido,

explicó que por "garantías" y "sanciones" habían de entenderse los tribunales internacionales, la instalación de los armamentos y otras cosas magníficas. El Comité Ejecutivo se apresuró a aferrarse a estas concesiones terminológicas y por 34 votos contra 19 declaró liquidado el incidente. Para tranquilizar a su base inquieta, la mayoría adoptó resoluciones de este género: que no se realizase ningún acto político de importancia sin informar previamente de ello al Comité Ejecutivo; la composición del cuerpo diplomático debía ser radicalmente modificada. La dualidad de poderes existente en el hecho traducíase al lenguaje jurídico de una Constitución. Pero nada, en estas circunstancias, había cambiado en la naturaleza de las cosas.

El ala izquierda no consiguió arrancar a la mayoría conciliadora ni la dimisión de Miliukov. Todo debía seguir como antes. El Gobierno provisional estaba sometido a la fiscalización, mucho más efectiva, de la *Entente*, a la cual el Comité Ejecutivo ni soñaba atacar.

El día 21 por la tarde, el Soviet de Petrogrado hizo el balance de la situación. Tsereteli, en su informe, dio cuenta del nuevo triunfo de los sensatos dirigentes, que pusieron fin a toda falsa interpretación de la nota del 27 de marzo. Kamenev, en nombre de los bolcheviques, propuso la formación de un gobierno puramente soviético. La Kollontai, revolucionaria popular, que durante la guerra se había pasado del campo menchevique a los bolcheviques, propuso que se organizase un plebiscito en los distritos de Petrogrado y sus alrededores, tendiente a establecer el tipo de gobierno provisional que preferían; pero estas proposiciones no fueron comprendidas por el Soviet: aparentemente la cuestión ya estaba resuelta. Por una inmensa mayoría, contra 13 votos, se adoptó la tranquilizadora resolución del Comité Ejecutivo. Ciertamente es que la mayoría de los diputados bolcheviques se hallaban todavía actuando en las fábricas, en las calles, en las manifestaciones. Pero, así y todo, es indudable que la masa principal del Soviet no se inclinaba en lo más mínimo hacia las consignas bolcheviques.

El Soviet ordenó abstenerse durante dos días de toda manifestación callejera. La resolución fue aprobada por unanimidad. Nadie dudó, ni por un momento, de que todos se someterían a tal decisión. En efecto, obreros, soldados, juventud pequeñoburguesa, el barrio de Viborg y la Perspectiva Nevski, nadie se atrevió a desobedecer la orden del Soviet. La pacificación se obtuvo sin ninguna medida coercitiva. Bastaba con que el Soviet se sintiera dueño de la situación, para que lo fuera en realidad.

Entretanto iban llegando a las redacciones de los periódicos de izquierda decenas de resoluciones votadas por

las fábricas y los regimientos, pidiendo la dimisión inmediata de Miliukov, y, algunas, la de todo el Gobierno provisional. La agitación no se limitaba a Petrogrado. En Moscú, los obreros que abandonaban sus máquinas y los soldados que salían de sus cuarteles invadieron las calles con sus protestas tumultuosas. En los días siguientes afluyeron al Comité Ejecutivo docenas de telegramas de Soviets locales protestando contra la política de Miliukov y prometiendo apoyar en todo al Soviet. Del frente se hacían escuchar voces en el mismo sentido. Pero todo había de seguir como hasta entonces.

"El 21 de abril —afirmaba más tarde Miliukov— predominaba en las calles un estado de espíritu favorable al Gobierno." Se refiere sin duda a las calles que él pudo observar desde lo alto de su balcón cuando los obreros y los soldados habían regresado ya a los talleres y a los regimientos. En realidad, el Gobierno estaba completamente solo. No tenía ninguna fuerza seria, como pudimos oír de labios de Stankievich y del propio príncipe Lvov. ¿Qué significaba aquella frase de Kornilov, en el sentido de que podía disponer de fuerzas suficientes para dominar a los rebeldes? Nada, salvo la inaudita ligereza de aquel honorable general, ligereza que llega a su punto culminante en agosto, cuando, en función de conspirador, hace avanzar sobre Petrogrado tropas inexistentes. Hecho éste explicable para la mentalidad de Kornilov, que juzgaba aún a los contingentes militares según la composición de sus comandos. En su mayoría, la oficialidad estaba, indudablemente, con él; esto es, dispuesto —con el pretexto de defender al Gobierno provisional— a romperle las costillas al Soviet. Los soldados, por su disposición de ánimo, estaban infinitamente más a la izquierda que el Soviet, pero lo apoyaban; como el Soviet, a su vez estaba al lado del Gobierno provisional, resultaba que el general Kornilov pretendía utilizar en defensa del Gobierno provisional a soldados soviéticos dirigidos por oficiales reaccionarios. Amparados tras el régimen del doble poder, jugaban todos al escondite. Sin embargo, en cuanto los jefes del Soviet dieron a la tropa la orden de no abandonar los cuarteles, Kornilov se encontró flotando en el vacío, y con él, todo el Gobierno provisional.

Y, a pesar de todo, el Gobierno no cayó. Las masas que emprendieron el ataque carecían por completo de la preparación necesaria para llevarlo hasta el fin. Esto permitió a los jefes conciliadores intentar retrotraer el régimen de febrero a su punto de partida. Olvidando o deseando obligar a los demás a olvidar que el Comité Ejecutivo se había visto obligado a poner mano abiertamente en contra de la autoridad "legal", el 22 de abril, *Izvestia* (Noticias),

del Soviet, se lamentaba en estos términos: "El Soviet no aspira a tomar el poder en sus manos. Sin embargo, en muchas banderas de sus partidarios, veíanse inscripciones que exigían el derrocamiento del Gobierno y la entrega de todo el poder al Soviet."

En efecto, ¿acaso no era indignante que los obreros y los soldados quisieran reducir a los conciliadores a hacerse cargo del poder, es decir, que consideraran seriamente a aquellos caballeros capaces de poner el poder al servicio de la Revolución?

No, los socialrevolucionarios y los mencheviques no querían el poder. Como hemos visto, la proposición bolchevique que pedía la entrega del poder a los Soviets obtuvo un número insignificante de votos en el Soviet de Petrogrado. En Moscú, la resolución propuesta por los bolcheviques el 22 de abril, retirando la confianza al Gobierno provisional, no reunió más de 74 votos, entre los varios centenares de diputados. En cambio, el Soviet de Helsingfors, a pesar de dominar en él los socialrevolucionarios, votó aquel día una resolución excepcionalmente audaz para esos tiempos, que consistía en el ofrecimiento de fuerza armada para ayudar al Soviet de Petrogrado a derribar al "Gobierno provisional imperialista". Pero esta resolución, votada bajo la presión directa de los marinos de la flota de guerra, constituía una excepción. En su aplastante mayoría, la representación soviética de las masas, que todavía ayer se encontraba al borde de la insurrección contra el Gobierno provisional, se mantenía por entero en el terreno de la dualidad de poderes. ¿Qué significaba esto?

La contradicción entre la decisión del ataque de las masas y las indecisiones de su representación política no es casual. En las épocas revolucionarias, las masas oprimidas se ven arrastradas a la acción directa con gran facilidad, y mucho antes que aprendan a dar a sus deseos y reivindicaciones una expresión política por medio de sus propias representaciones. Cuanto más abstracto es el sistema de representación, más a la zaga va del ritmo de los acontecimientos la acción de las masas. La representación soviética, la menos abstracta de todas, tiene, en las condiciones de una revolución, ventajas incomparables. Baste recordar que las Dumas democráticas, elegidas a base del Reglamento Interior del 17 de abril, no fueron molestadas y se revelaron completamente impotentes para competir con los Soviets. Pero a pesar de todas las ventajas que tenía su contacto orgánico con las fábricas y los cuarteles, es decir con las masas, los Soviets no eran más que representaciones, que como tales no están exentas de los convencionalismos y deformaciones del parlamentarismo. La contradicción inherente a toda representación, incluso a la

soviética, consiste en que, por un lado, es necesaria para la acción de las masas, y por otro, se convierte fácilmente en un obstáculo conservador para ellas. La solución práctica de la contradicción consiste cada vez en la renovación de la representación. Pero esto, que no es tan sencillo como parece, se convierte en plena revolución en una deducción de la acción directa, y sigue con retraso a esta última. Lo cierto es que, al día siguiente de producirse la semiinsurrección, o, hablando más exactamente, el cuarto de insurrección, ya que la semiinsurrección tuvo lugar en julio, seguían sentándose en el Soviet los mismos diputados que la víspera, y tan pronto como volvieron a encontrarse en su ambiente habitual, votaron también por las proposiciones de los dirigentes habituales.

Pero esto no significa, ni mucho menos, que la tormenta de abril pasara sin dejar huella en el Soviet, en el régimen de febrero, y, sobre todo, en las propias masas. La grandiosa intervención de los obreros y soldados en los acontecimientos políticos, aunque no se llevase hasta el fin, modifica la situación política, imprime un nuevo impulso al movimiento general de la revolución, acelera los inevitables reagrupamientos y obliga a los políticos de gabinete y de pasillo a olvidar sus planes de ayer y a adaptar sus actos a las nuevas circunstancias.

Tan pronto como los conciliadores hubieron liquidado aquella explosión de guerra civil y se imaginaron que todo volvería a sus antiguas posiciones, se planteó la crisis en el Gobierno. Los liberales no querían seguir gobernando sin la participación directa de los socialistas en el Ministerio. Por su parte, los socialistas, obligados por la lógica de la dualidad de poderes a aceptar esta condición, exigían que se renunciase públicamente al programa de los Dardanelos. Esto determinaba de modo inexorable la separación de Miliukov, el cual se vio obligado a abandonar la cartera el día 2 de mayo. Como se ve, el objetivo de la manifestación del 20 de abril se alcanzaba con un retraso de doce días y en contra de la voluntad de los caudillos del Soviet. Pero los tropiezos y las dilaciones no hicieron más que poner de manifiesto elocuentemente la impotencia de los dirigentes. Miliukov, que con ayuda de su general se disponía a introducir una modificación radical en la relación de fuerzas, saltó estrepitosamente del Gobierno como un tapón, y el bravo general viose obligado a presentar la dimisión. Los ministros no tenían ya alre de fiesta. El Gobierno imploraba al Soviet que accediera a la formación del Gobierno de coalición. Y todo porque las masas habían apretado en el otro extremo de la palanca.

Esto no quiere decir, sin embargo, que los partidos conciliadores se hubieran acercado más a los obreros y a los

soldados. Al contrario, los acontecimientos de abril, demostrando las posibilidades insospechadas que estaban latentes en las masas, empujaron a los jefes democráticos aún más hacia la derecha, los acercaron más a la burguesía. A partir de ese momento prevalece definitivamente la línea patriótica. La mayoría del Comité Ejecutivo se hace más compacta. Los radicales indefinidos, tipo Sujanov, Steklov y otros, que últimamente inspiraban todavía la política del Soviet e intentaban sostener hasta cierto punto las tradiciones del socialismo, quedan al margen. Tsereteli establece con firmeza una corriente conservadora y patriótica que constituye una adaptación de la política de Milukov a la representación de las masas trabajadoras.

La conducta del Partido Bolchevique en las jornadas de abril no fue homogéneo. Los acontecimientos le tomaron desprevenido. Acababa apenas de superar la crisis anterior y estaba preparando activamente el Congreso del Partido. Bajo la impresión de la agitación aguda reinante en los distritos, algunos bolcheviques se pronunciaron por el derrocamiento del Gobierno provisional. El Comité de Petrogrado, que todavía el 5 de marzo daba un voto de confianza condicional al Gobierno, estaba perplejo. Se decidió organizar para el día 21 una manifestación, pero sin definir con suficiente claridad el fin de la misma. Una parte del Comité petersburgués lanzó a la calle a los obreros y soldados, con el propósito, a decir verdad, no muy claro, de intentar de paso el derrocamiento del Gobierno provisional. En el mismo sentido actuaban algunos elementos aislados de izquierda que se hallaban fuera del Partido. Al parecer, intervinieron también los anarquistas, que eran pocos, pero muy activos. Algunos individuos se presentaron en los cuarteles exigiendo automóviles blindados o refuerzos en general, sea para proceder a la detención del Gobierno provisional o para luchar en las calles contra los enemigos. Pero la división de automóviles blindados, que simpatizaba con los bolcheviques, manifestó que no pondría los automóviles a disposición de nadie si no recibía órdenes del Comité Ejecutivo. Los kadetes se esforzaron por todos los medios de acusar a los bolcheviques de los sangrientos conflictos que se habían producido. Pero la Comisión especial nombrada por el Soviet demostró de una manera irrefutable que los primeros disparos no habían sido hechos desde la calle, sino desde los portales y los balcones.

En los periódicos apareció el siguiente comunicado del fiscal: "El tiroteo ha sido obra de elementos procedentes de los bajos fondos de la sociedad con la intención de provocar desórdenes y confusión, siempre ventajosos para la chusma." La hostilidad existente contra los bolcheviques por parte de los partidos dirigentes del Soviet estaba aún

lejos de alcanzar la violencia que dos meses después, en julio, oscureció toda razón y toda conciencia. Los jueces, si bien conservaban su antigua composición, en abril se sentían aún cohibidos ante la revolución, y no se permitían aplicar ya contra la extrema izquierda los métodos de la policía zarista. En ese sentido pudo realizarse también sin dificultad la agresión de Milukov.

El Comité Central reconvino al ala izquierda de los bolcheviques y declaró, el 21 de abril, que consideraba completamente acertada la orden de prohibición de las manifestaciones dada por el Soviet, y que era preciso someterse incondicionalmente a ella. Además, la consigna de "Abajo el Gobierno provisional" no es acertada en las presentes circunstancias —decía la resolución del Comité Central—, pues una mayoría popular sólida, es decir, consciente y organizada, dirigida por el proletariado revolucionario, no existe, y, en consecuencia, dicha consigna es una mera frase o se reduce a una tentativa aventurera. La resolución define como tareas del momento, premisas de la toma del poder, la crítica, la propaganda y la conquista de la mayoría en el seno de los Soviets. Los enemigos vieron en aquella declaración una retirada de los dirigentes asustados o bien una sutil maniobra. Pero conocemos ya la fundamental posición de Lenin en lo que se refiere a la toma del poder y cómo enseñó a aplicar a los miembros del Partido las tesis de abril, según la experiencia de los hechos.

Tres semanas antes Kamenev había declarado que se consideraba "feliz" de votar con los mencheviques y los socialrevolucionarios por una proposición única sobre el Gobierno provisional, y Stalin desarrollaba la teoría de la división del trabajo entre los kadetes y los bolcheviques. ¡Cuán lejanas parecían ahora aquellas votaciones y aquellas teorías! Después de la lección de las jornadas de abril, Stalin se pronunció por primera vez contra la teoría del "control" benévolo sobre el Gobierno provisional, abandonando prudentemente sus propias opiniones de ayer. Pero esta maniobra pasa desapercibida. ¿En qué consistía el aventurerismo de la política de ciertos miembros del Partido?, preguntaba Lenin en la Conferencia que comenzó sus tareas después de aquellas graves jornadas. En la tentativa de actuar por la violencia, cuando aún no había base para emplear la violencia revolucionaria. "Se puede derribar a aquellos a quienes el pueblo conoce como opresores. Pero ahora no los hay; los cañones y los fusiles están en manos de los soldados, no de los capitalistas. Hoy los capitalistas no conducen a la gente por la violencia, sino por el engaño, y sería necio y sin sentido gritar contra la violencia.

"Hemos lanzado la consigna de manifestaciones pacíficas. Deseábamos únicamente hacer un reconocimiento pa-

cífico de las fuerzas del adversario, pero no dar la batalla. El Comité de Petrogrado se ha desviado un poco hacia la izquierda... Con el grito acertado de '¡Vivan los Soviets!' se ha lanzado otro que no lo era: '¡Abajo el Gobierno provisional!' En el momento de la acción, el desviarse 'un poco hacia la izquierda' no es oportuno. Nosotros lo reputamos como un crimen muy grave, como una gran desorganización."

¿En qué se basan los dramáticos acontecimientos de la revolución? En los cambios producidos en la correlación de fuerzas. ¿Qué es lo que los provoca? Principalmente, las vacilaciones de las clases intermedias, de los campesinos, de la pequeña burguesía, del Ejército. Entre el imperialismo de los kadetes y el bolchevismo, la amplitud es enorme. Estas vacilaciones se producen simultáneamente en dos sentidos antagónicos. La representación política de la pequeña burguesía, los jefes conciliadores, propenden cada vez en forma más marcada hacia la derecha, hacia la burguesía. Por el contrario, las masas oprimidas se van manifestando de una manera cada vez más acentuada y audaz hacia la izquierda. Al pronunciarse contra el aventurerismo de que habían dado pruebas los dirigentes de la organización petersburguesa, Lenin hace una salvedad: si las clases intermedias se inclinaran seriamente hacia nosotros, profunda, firmemente, no vacilaríamos un instante en desahuciar al Gobierno del Palacio Marinski. Pero aún no hay tal. La crisis de abril manifestada en la calle no es "la primera ni será tampoco la última vacilación de la masa pequeñoburguesa y semiproletaria". Nuestra misión, por ahora, sigue siendo la de "explicar pacientemente", preparar el movimiento siguiente, más profundo, más consciente de las masas en nuestra dirección. En lo que concierne al proletariado, su cambio de frente y su viraje hacia los bolcheviques tomaron en el transcurso de abril un carácter muy acentuado. Los obreros acudían a los Comités del Partido y preguntaban lo que tenían que hacer para pasar del Partido Menchevique al Bolchevique. En las fábricas interrogábase con insistencia a los diputados soviéticos acerca de la política exterior, de la guerra, de la dualidad de poderes, del aprovisionamiento, y, como resultado de estas preguntas, los diputados socialrevolucionarios o mencheviques eran frecuentemente sustituidos por los bolcheviques. Fue en los Soviets de barrio, los que más cerca se hallaban de las fábricas, donde se inició con más rapidez el viraje. A fines de abril, en los Soviets de los barrios de Viborg, de Narva y de la Vasili-Ostrov, los bolcheviques se encontraron súbita e inesperadamente con que tenían mayoría. Era éste un hecho de gran importancia, pero los jefes del Comité Ejecutivo, ab-

sorbidos por la alta política, miraban con desprecio el trabajo de los bolcheviques en los barrios obreros. Sin embargo, los distritos empezaron a ejercer una presión cada vez más sensible sobre el centro. Sin que interviniese para nada el Comité de Petrogrado, se inició en las fábricas una campaña enérgica y fructífera por la renovación de representantes al Soviet de diputados obreros de la capital. Sujanov opina que, a principios de mayo, la tercera parte del proletariado petersburgués seguía a los bolcheviques. La tercera parte por lo menos, y era la parte más activa. La incoherencia del mes de marzo iba desapareciendo, las decisiones políticas se definían, las "fantásticas" tesis de Lenin tomaban cuerpo en distritos de Petrogrado.

Cada paso adelante de la revolución está provocado o forzado por la intervención directa de las masas, completamente inesperada, en la mayoría de los casos, para los partidos soviéticos. Después de la Revolución de Febrero, cuando los obreros y los soldados derribaron la monarquía sin consultar a nadie, los jefes del Comité Ejecutivo entendían que la misión de las masas había terminado. Pero cometieron un error fatal. Las masas no estaban dispuestas, ni mucho menos, a retirarse por el foro. Ya a principios de marzo, durante la campaña por la jornada de ocho horas, los obreros arrebataron esta concesión al capital a pesar de los mencheviques y los socialrevolucionarios. El Soviet debió registrar una victoria, conseguida sin él y contra él. La manifestación de abril fue una segunda enmienda del mismo tipo. Cada manifestación de masa, independientemente de su fin concreto, es una advertencia para la dirección. En un principio, la advertencia tiene un carácter suave, pero después se torna cada vez más decidido. En julio se convierte ya en amenaza. En octubre se produce el desenlace.

En los momentos críticos las masas intervienen siempre de un modo "espontáneo". Obedecen, en otros términos, a sus propias deducciones de la experiencia política y a sus líderes no reconocidos oficialmente. Al asimilar tales o cuales elementos de agitación, las masas traducen de modo espontáneo sus conclusiones al lenguaje de la acción. Los bolcheviques no habían dirigido todavía, como partido, la campaña por la jornada de ocho horas. Tampoco fueron ellos quienes lanzaron a las masas a la manifestación de abril. No fueron tampoco los bolcheviques los que impulsaron a las masas a echarse a la calle a principios de julio. Sólo en octubre el Partido consigue definitivamente tomar el paso y ponerse a la cabeza de las masas, ya no para una manifestación, sino para la revolución.

LA PRIMERA COALICION

A pesar de todas las teorizaciones, declaraciones y enseñanzas oficiales, el poder pertenecía al Gobierno provisional sólo en los papeles. La revolución, no obstante la resistencia de la pretendida democracia, progresaba, sublevando a nuevas masas, consolidando los Soviets, armando, aunque limitadamente, a los obreros. Los comisarios provinciales del Gobierno y los "Comités de acción social", que se encontraban cerca de ellos y en los cuales predominaban, comúnmente, representantes de organizaciones burguesas, eran desechados con naturalidad y sin esfuerzo alguno por los Soviets. En ciertos casos, cuando los agentes del poder central se mostraban obstinados, los grandes conflictos surgían. Los comisarios acusaban a los Soviets provinciales de desconocer el poder central. La prensa burguesa, a grandes gritos, decía que Cronstadt, Schlussemburgo o Tsaritsin se habían separado de Rusia y transformado en repúblicas independientes. Los Soviets locales protestaban contra este absurdo. Los ministros se agitaban. Los socialistas gubernamentales se justificaban ante la burguesía realizando largas caminatas por el país, durante las cuales proferían exhortaciones y amenazas. Mas nada de todo esto modificaba las relaciones de fuerzas. La ineluctabilidad de los procesos que minaban el doble poder se expresaba por el hecho de que, en ritmos a decir verdad desiguales, se desarrollaban en todo el país.

De órganos de control, los Soviets se transformaron en órganos administrativos. No se resignaron a ninguna teoría sobre división de poderes e intervinieron en la dirección de las fuerzas armadas, en los conflictos económicos, en los problemas de abastecimiento y del transporte, como también en los asuntos judiciales. Los Soviets decretaron, bajo la presión de los obreros, la jornada de ocho horas, eliminando a los administradores demasiado reaccionarios, destituyendo a los más insoportables comisarios del Gobierno provisional, y participaron en las pesquisas, interviniendo los periódicos hostiles. Bajo la influencia de

las dificultades del abastecimiento, constantemente agravadas, y de la escasez de mercaderías, los Soviets provinciales emprendieron la vía de las tasaciones y las requisiciones e intervinieron las salidas de las reservas departamentales. Sin embargo, al frente de los Soviets, en todas partes, se encontraban los socialrevolucionarios y los mencheviques, que rechazaban con indignación el santo y seña bolchevique: "Todo el poder a los Soviets."

Extremadamente edificante, desde este punto de vista, aparecía la actividad del Soviet de Tiflis, en el corazón mismo de la Girona menchevique, que da a la Revolución de Febrero líderes como Tsereteli y Chjeidse, y después los protegerá cuando fueron vanamente desgastados sus últimos recursos en Petrogrado. El Soviet de Tiflis, dirigido por Jordania, futuro jefe de la Georgia independiente, se encontró, a cada paso, obligado a marchar conforme a los principios del Partido Menchevique, que lo había dominado y lo hacía actuar como un poder. El Soviet confiscaba para sus necesidades una tipografía privada, realizaba detenciones y concentraba entre sus manos la instrucción judicial y los tribunales en materia política, racionaba el pan, tasaba los productos de la alimentación y los objetos de primera necesidad. La contradicción entre la doctrina oficial y los hechos vitales estaba establecida desde los primeros días, y no fue más que aumentando durante los meses de marzo y abril.

En Petrogrado se respetó al menos el decoro, bien que, nosotros lo hemos visto, no siempre. Las jornadas de abril, sin embargo, revelaron, con hechos demasiado poco equívocos, la impotencia del Gobierno provisional el cual no encontró ni en la misma capital serios apoyos. En la última decena de abril, el Gobierno languidecía y se extinguía. "Kerensky declaraba con angustia que el Gobierno ya no existía. Que él debía trabajar y deliberar sobre su propia situación." (Stankievich.) De este Gobierno se puede decir, en suma, que hasta las jornadas de octubre pasó por momentos muy difíciles y que, en los intervalos entre las crisis..., existía. Continuamente "deliberaba sobre su situación"; Kerensky no encontraba tiempo para ocuparse de los asuntos oficiales.

De la crisis provocada en abril por un ensayo general de las batallas futuras se podían concebir teóricamente tres salidas. O bien el poder debía volver íntegro a la burguesía: eso no era realizable más que por el camino de la guerra civil; Miliukov lo ensaya, pero fracasa; o bien es necesario remitir todo el poder a los Soviets: se podía llegar a eso sin guerra civil, levantando el brazo; bastaba quererlo. Pero los conciliadores no lo querían, y las masas guardaban todavía su confianza a aquéllos, aunque ya

disminuida. Así, las dos salidas principales —en la línea burguesa como en la línea proletaria— se encontraron cerradas. Restaba una tercera posibilidad: la semisalida confusa, híbrida, cobarde, de un compromiso. Con otras palabras: coalición.

Hacia fines de las jornadas de abril, los socialistas no soñaban siquiera con una coalición: sus hombres, en general, no tenían jamás nada previsto. Por la resolución del 2 de abril, el Comité Ejecutivo había oficialmente transformado el doble poder, de hecho, en principio constitucional. Pero el búho de la sabiduría, otra vez, alzó su vuelo demasiado tarde: la consagración jurídica del dualismo instituido en marzo —los reyes y los profetas— tuvo lugar en el momento en que esta forma se rompía bajo la presión de las masas. Los socialistas trataron de cerrar los ojos en esto. Miliukov relata que cuando el Gobierno propuso la coalición, Tsereteli declaró: “¿Qué ventaja tendríamos nosotros entrando en vuestro gabinete? Porque finalmente..., de no ser conciliadores vosotros, nosotros estaríamos forzados a retirarnos del Ministerio como fracasados.” Tsereteli trataba de infundirles miedo a los liberales en base a un pretendido “fracaso”.

Como siempre, para motivar su política, los mencheviques apelaban a los intereses de la burguesía. Pero el agua les llegaba ya a la garganta. Kerensky se esforzaba por intimidar al Comité Ejecutivo: “El Gobierno se encuentra hoy en una situación insostenible; los rumores de dimisiones que circulan no corresponden a maniobra política alguna.” Simultáneamente, era ejercida una presión proveniente de las esferas burguesas. La Duma municipal de Moscú vota una resolución a favor de la coalición. El 26 de abril, estando ya el terreno lo suficientemente preparado, el Gobierno provisional, en un manifiesto especial, proclama la necesidad de que el trabajo que realiza el Estado sea acompañado por las “fuerzas creadoras y activas del país que aún no lo han hecho”. La coalición estaba rotundamente puesta sobre el tapete.

Sin embargo, la opinión se oponía con bastante fuerza a la coalición. A fin de abril se pronunciaron contra el ingreso de los socialistas en el Gobierno provisional los Soviets de Moscú, Tiflis, Odessa, Yekaterinburgo, Nijni-Novgorod, Tver y otros. Los motivos fueron netamente expresados por uno de los líderes mencheviques de Moscú: “Si los socialistas entran en el Gobierno, no habrá ninguna persona para guiar el movimiento de las masas hacia un curso determinado.” Pero esto era difícil de admitir por los obreros y soldados, contra quienes estaba dirigida tal consideración. Las masas, en la medida que no seguían a los bolcheviques, sostenían la entrada de los socialistas en

el Gobierno. Si está bien que un Kerensky sea ministro, seis Kerensky resultan todavía mejor. Las masas no sabían que esto se llamaba coalición con la burguesía y que en última instancia ésta se colocaba detrás de los socialistas para obrar contra el pueblo. En los cuarteles se vislumbraba la coalición de otro modo que en el Palacio Marlinski. Las masas querían, por medio de los socialistas, eliminar a la burguesía del Gobierno. Y es así que las dos presiones ejercidas en sentido contrario, en un momento se combinaron en una sola.

En Petrogrado un cierto número de contingentes militares, cuya división de autos blindados simpatizaba con los bolcheviques, se pronunciaron por el Gobierno de coalición. En el mismo sentido se vota con abrumadora mayoría en toda la provincia. Las ideas de coalición predominaban también entre los socialrevolucionarios; pero éstos hubieran querido entrar en el Gobierno sin los mencheviques. Por la coalición se declaró finalmente el Ejército. Uno de sus delegados no expresaba mal, más tarde, en junio, en el Congreso de los Soviets, la actitud de los soldados del frente sobre la cuestión del poder: “Nosotros pensamos en el quejido que se escapaba al Ejército cuando supo que los socialistas no querían entrar en el Ministerio y trabajar en común con hombres a quienes no les tenían confianza, mientras que todo el Ejército está forzado a seguir muriendo con hombres en los cuales no creía. Nosotros pensamos que ese quejido había sido escuchado en Petrogrado.”

En esta cuestión, como en tantas otras, la guerra tenía una importancia decisiva. Los socialistas se disponían en primer lugar a ganar tiempo, frente a la guerra y al poder. Pero la guerra no aguardaba. Los Aliados tampoco. El frente no podía aguantar más. Justo en el momento de la crisis gubernamental, llegan al Comité Ejecutivo los delegados del frente y hacen a sus líderes esta pregunta: “¿Hacemos nosotros la guerra o no la hacemos? Esto significa: ¿Toman ustedes la responsabilidad de la guerra, sí o no?” Era imposible permanecer en silencio. La misma pregunta le hizo la *Entente* en un lenguaje semiamenazador.

La ofensiva de abril sobre el frente oeste de Europa fue de alto precio para los Aliados y no les dio ningún resultado. El Ejército francés estaba conmovido por la Revolución Rusa y por el fracaso de la ofensiva sobre la cual se habían construido tantas esperanzas. El Ejército, según el mariscal Pétain, “se doblaba bajo la sola presión de la mano”. Para detener ese proceso amenazador, el Gobierno francés tenía necesidad de una ofensiva rusa o tan siquiera, al menos, de una firme promesa de ofensiva. Aparte del alivio material que implicaba, era necesario, lo más

pronto posible, arrancar la aureola de la paz a la Revolución Rusa, extirpar todo espíritu en el corazón de los soldados franceses, comprometer la revolución a rendir cuentas como cómplices de los crímenes de la *Entente*, pisotear la bandera insurreccional de los obreros y soldados rusos en la sangre y el lodo de la carnicería imperialista.

Para lograr ese elevado fin fueron utilizadas todas las palancas. Entre ellas, los socialpatriotas de la *Entente* no ocuparon el último lugar. Los más experimentados de ellos fueron enviados en misión a la Rusia revolucionaria. Arribaron todos preparados, con la conciencia dúctil y la lengua desatada. "Los socialdemócratas extranjeros —escribe Sujanov— fueron recibidos con los brazos abiertos en el Palacio Marinski... Branting, Cachin, O'Grady, De Brouckère y otros se sintieron como entre camaradas y constituyeron con nuestros ministros un frente único contra el Soviet." Debe admitirse que ni el mismo Soviet conciliador estaba siempre muy cómodo con esos señores.

Los socialistas aliados recorrían los frentes. "El general Alexeiev —escribe Vandervelde— hacía todo lo posible para que nuestros esfuerzos se unieran a los que tenían ya hechos las delegaciones de marinos del mar Negro, Kerensky, Albert Thomas, con el fin de completar eso que se daría en llamar la preparación moral de la ofensiva." El presidente de la II Internacional y el viejo jefe del Estado Mayor de Nicolás II hallaron así un lenguaje común en la lucha por los claros ideales de la democracia. Renaudel, uno de los líderes del socialismo francés, pudo exclamar con alivio: "Ahora nosotros podemos hablar sin enrojernos de la guerra por el derecho." Con un atraso de tres años, la humanidad comprobó que esas gentes tenían algún motivo para enrojarse.

El 1 de mayo, el Comité Ejecutivo, habiendo pasado por todas las fases de vacilaciones imaginables, por una mayoría de 41 votos contra 18 y tres abstenciones, decidió, finalmente, participar en el Gobierno de coalición. En contra votaron solamente los bolcheviques y un pequeño grupo de mencheviques internacionalistas.

No está desprovisto de interés hacer notar que, como víctima del más estrecho acercamiento entre la democracia y la burguesía, cayó la figura visible de esta última, Miliukov. "No soy yo el que ha salido; me han salido", decía él después de un tiempo. Guchkov se había eliminado desde el 30 de abril, habiéndose negado a firmar la *Declaración de los Derechos del Soldado*. Hasta qué punto en esos días los liberales tenían las ideas más negras, se demuestra por el hecho de que el Comité Central del Partido Kadete, para salvar la coalición, haya decidido no insistir sobre el mantenimiento de Miliukov en el viejo

Gobierno. "El Partido ha traicionado a su líder", escribe el kadete de derecha Izgoiev. Por lo demás, el partido no tenía ya tanta opción. El mismo Izgoiev declara con plena razón: "A fin de abril, el Partido estaba vencido por completo. Moralmente, había recibido un golpe por el cual no pudo jamás levantarse."

Fero hasta en el problema de Miliukov, la última palabra pertenecía a la *Entente*. Inglaterra estaba de acuerdo en aceptar el reemplazo de los patriotas de los Dardanelos por un "demócrata" más ponderado. Henderson, que había llegado a Petrogrado con plenos poderes para sustituir, en caso de necesidad, a Buchanan como embajador, tras haber tomado conocimiento de la situación, reconoce que esta medida sería superflua. En efecto, Buchanan estaba en su justo lugar, pues él se mostraba adversario categórico de las anexiones, en la medida que ellas no respondían a los apetitos de Gran Bretaña: "Del momento que Rusia no tiene necesidad de Constantinopla —cuchicheaba tiernamente Buchanan en el oído de Tereschenko—, cuando más rápido lo diga mejor será." Francia había comenzado por apoyar a Miliukov. Pero aquí entra a jugar su rol Thomas, que, tras Buchanan y los líderes soviéticos, se pronuncia contra Miliukov. Es así cómo el político odioso a las masas fue abandonado por los Aliados, por los demócratas y, finalmente, por su propio partido.

Miliukov no tenía merecido, en suma, tan cruel castigo, al menos venido de tales manos. Pero la coalición reclamaba una víctima expiatoria. Miliukov fue presentado a las masas como un espíritu maligno que obturaba la gran marcha triunfal hacia la paz democrática. Desligando de ella a Miliukov, la coalición, por el mismo golpe, se lavaba de los pecados del imperialismo.

La composición del Gobierno de coalición y su programa fueron aprobados por el Soviet de Petrogrado el 5 de mayo. Los bolcheviques no reunieron contra la coalición más que cien votos. "La asamblea saluda calurosamente a los ministros oradores...", dice irónicamente Miliukov en esa sesión. "Esa misma tempestad de aplausos acogió, sin embargo, a Trotsky cuando en la víspera llegó de Norteamérica. El viejo líder de la primera revolución censuraba netamente que los socialistas hayan entrado en el Ministerio, afirmando que, por consiguiente, el doble poder no sería suprimido, sino solamente transferido al Ministerio, y que el verdadero y único poder que salvaría a Rusia aparecerá sólo cuando pase el poder a las manos de los diputados obreros y soldados. Entonces se abriría una nueva época, una época de sangre y de hierro, en la cual no habría lucha entre las naciones, sino una lucha entre la clase sufriente, oprimida, contra las clases dirigentes." Es así

cómo Miliukov presenta las cosas. Al concluir su discurso, Trotsky formula reglas políticas para las masas: "Tres mandamientos revolucionarios: no tener confianza en la burguesía; controlar a los dirigentes; contar únicamente con sus propias fuerzas."

Sobre este discurso, Sujanov dice: "Es evidente que no se puede contar con su aprobación." Y en efecto: la conducta frente al orador fue mucho más fría que el recibimiento. Sujanov, extremadamente sensible a los corrillos entre intelectuales, añade: "Como él no se había adherido todavía al Partido Bolchevique, corría el rumor de que era peor que Lenin."

Los socialistas tomaron seis de las quince carteras. Ellos querían estar en minoría. Incluso después de haberse decidido a participar abiertamente en el poder, ellos continuaban sin definirse dentro del mismo. El príncipe Lvov seguía siendo primer ministro. Kerensky llegó a ocupar las carteras de Guerra y Marina. Chernov fue designado ministro de Agricultura. Miliukov, del puesto de Asuntos Extranjeros, fue reemplazado por el fino conocedor de ópera Tereschenko, que fue al mismo tiempo el hombre de confianza de Kerensky y de Buchanan. Los tres estaban de acuerdo en que Rusia podía abstenerse perfectamente de Constantinopla. Al frente del de Justicia fue puesto el insignificante abogado Pereversev, quien obtuvo más adelante una efímera celebridad en el mes de julio, a raíz del proceso de los bolcheviques.

Tsereteli se contentó con la cartera de Correos y Telégrafos, a fin de reservar su tiempo para el Comité Ejecutivo. Skobelev llegó a ministro de Trabajo y prometió, en un momento de calor, reducir los beneficios de los capitalistas a un ciento por ciento integralmente. Esta frase voló rápido de boca en boca. Para guardar simetría, se nombra ministro de Comercio e Industria a un gran empresario moscovita, Konovalov. Este trae a algunos personajes importantes de la Bolsa de Moscú, a quienes fueron confiados puestos muy importantes en el Estado. A los quince días, Konovalov presenta su dimisión protestando por ese medio contra "la anarquía" en la economía general. Skobelev, entre tanto, había renunciado a esperar beneficios y se ocupaba de luchar contra la anarquía: sofocaba las huelgas se invitaba a los obreros a que se restringieran a sí mismos.

La declaración dada por el Gobierno consistía, como es lógico, viniendo de una coalición, en lugares comunes. Tal declaración prometía la realización de una activa política exterior en favor de la paz, una investigación para solucionar el aprovisionamiento y un estudio preparatorio sobre la cuestión agraria. No eran más que frases super-

fluas. El único punto serio, al menos como intención, precisaba que el Ejército sería preparado "para operaciones defensivas y ofensivas a los efectos de prevenir una posible derrota de Rusia y de las naciones aliadas". A esta tarea se reducía, en suma, el interés capital de la coalición que se constituía como la última postura de la *Entente* y de Rusia. "Un Gobierno de coalición —escribía Buchanan— representa para nosotros la última y casi la única esperanza de salvación, por la situación militar que enfrentamos." Es así que, detrás de las plataformas, los discursos, las conciliaciones y los votos de los jefes liberales y demócratas de la Revolución de Febrero, estaba la dirección imperialista, en la persona de la *Entente*. Encontrándose obligados a entrar tan rápidamente en la composición del Gobierno, en nombre de los intereses del frente de la *Entente* hostil a la revolución, los socialistas tomaron alrededor de un tercio del poder y la totalidad de la guerra.

El nuevo ministro de Asuntos Extranjeros, durante quince días, tuvo que postergar la publicación de las respuestas de los gobiernos aliados a la declaración del Gabinete de coalición. "La activa política exterior en favor de la paz" consistió en adelante en que Tereschenko corrigiera con aplicación los telegramas diplomáticos que redactaban para él los viejos servicios de la Cancillería y que, tachando "reivindicaciones", escribía "justas exigencias", o bien en lugar de "la garantía de los intereses", escribía "el bien de los pueblos". Miliukov, haciendo rechinar los dientes, dice de su sucesor: "Los diplomáticos aliados saben que la terminología 'democrática' de sus despachos telegráficos tiene una concesión involuntaria a las exigencias del momento, y la consideran con indulgencia."

Thomas y Vandervelde, que hacía poco habían llegado, no se quedaron con los brazos cruzados: se abocaron con celo a interpretar "el bien de los pueblos", de acuerdo con las necesidades de la *Entente*, y trabajaron no sin éxito en ese sentido a los ingenuos del Comité Ejecutivo. "Skobelev y Chernov —comunicaba Vandervelde— protestan enérgicamente contra toda idea de paz prematura." No es sorprendente que Ribot se apoyara sobre tales colaboradores, habiendo podido declarar el 9 de mayo, en el Parlamento francés, que él se disponía a dar una respuesta satisfactoria a Tereschenko, "sin renunciar a ningún punto que fuese".

Sí, los verdaderos amos de la situación no tenían la intención de dejar que se perdiera lo que estaban recogiendo. Justamente en esos días, Italia proclamaba la independencia de Albania y, del mismo golpe, la ponía bajo su protectorado. No era una mala lección de las cosas. El Gobierno provisional se disponía a protestar, no desde el

punto de vista de la democracia, sino a causa de la ruptura del "equilibrio" en los Balcanes, pero su impotencia le obligó a morderse la lengua.

Lo único de nuevo en la política exterior de la coalición fue su acercamiento apresurado con Norteamérica. Esa totalmente nueva amistad ofrecía tres comodidades: Estados Unidos no estaba tan comprometido por las ignominias de la guerra como Francia e Inglaterra; la República transoceánica abría a Rusia buenas perspectivas en materia de empréstitos y de materiales de guerra; en fin, la diplomacia de Wilson —combinación de santurronería democrática y fullería— era lo mejor del mundo para las necesidades estilísticas del Gobierno provisional. Habiendo enviado a Rusia la misión presidida por el senador Root, Wilson dirige al Gobierno provisional uno de sus mandamientos de pastor, en el cual decía: "Ningún pueblo debe ser sumido por la fuerza a una soberanía bajo la cual no pueda vivir." El fin de la guerra estaba definido para el presidente norteamericano de una manera no muy clara, aunque seductora: "Asegurar la paz futura del mundo y, en el porvenir, el bienestar y la felicidad de los pueblos." ¿Podía haber algo mejor? Tereschenko y Tsereteli no deseaban sino eso: nuevos créditos y los lugares comunes del pacifismo. Con la ayuda de los primeros, y a cubierto gracias a los segundos, se podía proceder a los preparativos de la ofensiva que exigía Shylock desde las orillas del Sena sacudiendo furiosamente en el aire todos sus tratados.

El 11 de mayo Kerensky partió al frente, iniciando una campaña de agitación para llevar a cabo la ofensiva. "La ola de entusiasmo en el Ejército crece y se dilata", escribía al Gobierno provisional el nuevo ministro de la Guerra, totalmente jadeante en la embriaguez de sus propios discursos. El 14 de mayo Kerensky dicta una orden a los soldados: "Vosotros iréis adonde os conduzcan vuestros jefes", y para embellecer esta perspectiva bien conocida y poco seductora para los soldados, agregó: "Vosotros llevaréis la paz en la punta de vuestras bayonetas." El 22 de mayo fue destituido el prudente general Alexeiev, que estaba, por lo demás, bastante desprovisto de talento. Fue reemplazado, como generalísimo, por un hombre más flexible y más emprendedor, Brusilov. La democracia preparaba con toda su fuerza la ofensiva, es decir, la gran catástrofe de la Revolución de Febrero.

El Soviet era el órgano de los obreros y de los soldados, o sea de los campesinos. El Gobierno provisional era el órgano de la burguesía. La comisión de contacto era el órgano de la coalición. Y la coalición simplificaba el mecanismo transformando al Gobierno provisional en sí mismo en una comisión de contacto. Pero la dualidad de poderes

no era de ninguna manera eliminada de este modo. Que Tsereteli fuera miembro de la Comisión de contacto o ministro de Correos, eso no era una solución. En el país existían dos organizaciones del Estado incompatibles: una jerarquía de viejos y nuevos funcionarios, nombrados desde arriba, estando a la cabeza del Gobierno provisional, y un sistema de Soviets elegidos desde las más lejanas campañas.

Esos dos sistemas gubernamentales se apoyaban sobre clases diferentes que aún no tenían preparado el ajuste de sus cuentas históricas. Al conducir a la coalición, los conciliadores descontaban una pacífica y gradual abolición del sistema soviético. Parecía que la fuerza de los Soviets, concentrada en sus personas, se transmitía, por consiguiente, al Gobierno oficial. Kerensky afirmaba categóricamente a Buchanan que "los Soviets morirían de muerte natural". Esta esperanza cambió pronto la doctrina oficial de los jefes conciliadores. Según su pensamiento, el centro de gravedad de la vida sobre todos los puntos del país debía pasar de los Soviets a los nuevos órganos democráticos de administración autónoma. El lugar del Comité Ejecutivo central debía ser ocupado por la Asamblea Constituyente. El Gobierno de coalición se disponía así a hacer de puente hacia un régimen de república burguesa parlamentaria.

Pero la revolución no quería y no podía marchar por esa vía. La suerte de las nuevas Dumas municipales era, en ese sentido, un presagio no equivoco. Las Dumas habían sido electas sobre la base del derecho electoral más amplio. Los soldados habían votado en iguales condiciones con la población civil, y las mujeres en igualdad con los hombres. Cuatro partidos participaron en la contienda electoral. El *Novoia Vremia*, viejo órgano oficial del Gobierno zarista, uno de los periódicos más deshonestos del mundo —¡y no es mucho pedir!—, exhortaba a la gente de derecha, a los nacionalistas y a los octubristas, a votar por los kadetes. Pero cuando la impotencia política de las clases poseedoras fue enteramente descubierta, la mayor parte de los periódicos burgueses lanzaron esta voz de mando: "¡Votad por el que queráis, salvo por los bolcheviques!" En todas las Dumas y los *zemstvos*, los kadetes constituyeron el ala derecha y los bolcheviques eran una minoría de izquierda que se reforzaba. La mayoría, por lo común abrumadora, pertenecía a los socialrevolucionarios y a los mencheviques.

Las nuevas Dumas, al parecer, se distinguían de los Soviets por una representación más completa, y habrían debido gozar de una mayor autoridad. Además, como instituciones sociales jurídicamente establecidas, las Dumas tenían la enorme ventaja de estar oficialmente sostenidas por el Estado. La milicia, el abastecimiento, los transportes urbanos, la instrucción pública, dependían oficialmente de

las Dumas. Los Soviets, como instituciones "privadas", no tenían ni presupuesto ni derechos. Y, sin embargo, el poder quedaba entre las manos de los Soviets. Las Dumas representaban, en suma, a las comisiones municipales ante los Soviets. La competencia entre el sistema soviético y la democracia de pura forma era, por sus resultados, tanto más notable cuando se manifestaba bajo la dirección de los mismos partidos, socialrevolucionario y menchevique, los cuales, dominando tanto en las Dumas como en los Soviets, estaban profundamente persuadidos de que los Soviets debían ceder el lugar a las Dumas, y procuraban ellos mismos hacer en este sentido todo lo que podían.

La explicación de este notable fenómeno, sobre el que se reflexionaba relativamente poco en el torbellino de los acontecimientos, es simple: las municipalidades, y en general todas las otras instituciones de la democracia, no pueden actuar más que sobre la base de relaciones sociales perfectamente estables, es decir, en un sistema de propiedad determinado. Sin embargo, la revolución consiste de manera esencial en que pone en cuestión aquella base de las bases y que la respuesta no puede ser dada más que por una abierta verificación revolucionaria de las relaciones entre las fuerzas de clases. Los Soviets, a pesar de la política de sus dirigentes, eran la organización combativa de las clases oprimidas que, en parte de modo semiconsciente, se agrupaban estrechamente para modificar las bases de la estructura social.

Las municipalidades daban, por el contrario, una representación igual a todas las clases de la población, devolviéndoles la denominación abstracta de ciudadanos, asemejándose mucho, en esas circunstancias revolucionarias, a una conferencia diplomática que se expresa en un lenguaje convencional e hipócrita, en el mismo momento en que los sectores que ella representa se preparan febrilmente para la batalla. En la marcha cotidiana de la revolución, las municipalidades tenían todavía una existencia medio ficticia. Pero en los momentos decisivos, cuando la intervención de las masas determinaba la dirección ulterior de los acontecimientos, las municipalidades saltaban y sus elementos constitutivos se encontraban situados del lado opuesto de la barricada. Bastaba confrontar los roles paralelos de los Soviets y de las municipalidades en el curso de mayo a octubre para prever anticipadamente la suerte de la Asamblea Constituyente.

El Gobierno de coalición no se apresuraba a convocar a la Asamblea. Los liberales, que dentro del Gobierno, a despecho de la aritmética democrática, estaban en mayoría, no tenían ninguna prisa en verse transformados en una Asamblea Constituyente, en la impotente ala derecha que

ellos ya eran en las nuevas Dumas. La Conferencia especial instituida por la convocatoria de la Asamblea Constituyente no se puso a trabajar hasta fines de mayo, tres meses después de la insurrección. Los juristas liberales cortaban cada cabello en dieciséis, agitando en las probetas todos los residuos democráticos, chicaneando interminablemente sobre los derechos electorales del Ejército, preguntándose si hacía falta o no dar el derecho de voto a los desertores, que se contaban por millones, y a los miembros de la vieja familia reinante, que se contaban por decenas. En lo posible no se decía nada sobre la fecha de la convocatoria. Plantear esta cuestión en la Conferencia estaba generalmente considerado como una falta de tacto, de la cual eran sólo capaces los bolcheviques.

Las semanas pasaban; mas, a pesar de las esperanzas y las predicciones de los conciliadores, los Soviets no agonizaban... De tiempo en tiempo, adormecidos y desconcertados por sus jefes, caían, es verdad, en una semipostración, pero a la primera señal de peligro se ponían de pie y manifestaban incontestablemente para todos que los Soviets eran los amos de la situación. Pese a que ensayaban sabotearlos los socialrevolucionarios y los mencheviques se encontraban forzados, en todos los casos importantes, a reconocer su prioridad. Eso se expresaba particularmente en el hecho de que las mejores fuerzas de los dos partidos estaban concentradas en los Soviets. Para las municipalidades y los *zemstvos* se reservaba la gente de segundo orden, los técnicos, los administradores. Se observaba también lo mismo en los bolcheviques. Sólo los kadetes, que no tenían acceso en los Soviets, concentraron sus mejores fuerzas en los órganos municipales. Pero la importante minoría burguesa no podía hacer de ellos un apoyo.

De este modo, nadie creía tener con las municipalidades órganos en sí.

Los antagonismos se agravaban constantemente entre los obreros y los dueños de las fábricas, entre soldados y oficiales, entre campesinos y propietarios nobles; no podían ser abiertamente debatidos en una municipalidad o en un *zemstvo*, como discutían en el Soviet, de una parte, en las reuniones "particulares" de la Duma del Estado y en general en todas las conferencias políticas censatarias, de otra parte. Se puede uno entender con el adversario sobre detalles, pero no puede entenderse sobre cuestiones de vida o muerte.

Si se adopta la fórmula de Marx diciendo que el Gobierno es el comité de la clase dominante, faltará decir que los verdaderos "comités" de las clases en lucha por el poder se encontraban fuera del Gobierno de coalición. Respecto del Soviet, representado en el seno del Gobierno

como minoría, eso era absolutamente evidente. Pero no era menos verdadero con respecto a la mayoría burguesa. Los liberales no tenían ninguna posibilidad de entenderse seria y eficazmente, en presencia de los socialistas, sobre las cuestiones que más interesaban a la burguesía. El reemplazo de Milukov, líder bien conocido e indiscutido de la burguesía, alrededor del cual se agrupaba el estado mayor de los propietarios, tenía un carácter simbólico, descubriendo completamente, en todos los sentidos, la posición excéntrica del Gobierno. La vida evolucionaba alrededor de dos focos: uno estaba dirigido hacia la izquierda y el otro hacia la derecha del Palacio Marinski.

Sin osar decir qué pensaban en el seno del Gobierno, los ministros vivían en una atmósfera de tácito acuerdo creado por ellos mismos. La dualidad de poderes, disimulada por la coalición, convirtiéndose en una escuela de equívocos, de astucia y, en general, de toda duplicidad. El Gobierno de coalición pasó, durante seis meses, por una serie de crisis, de refacciones y arreglos, pero conservó sus rasgos esenciales de impotencia y de hipocresía hasta el día mismo de su muerte.

LA OFENSIVA

En el Ejército, como en el país, había tenido lugar un incesante reagrupamiento político de fuerzas: las capas inferiores evolucionaban hacia la izquierda, las altas hacia la derecha. Al mismo tiempo que el Comité Ejecutivo se convertía en instrumento de la *Entente* para dominar la revolución, los Comités del Ejército que se crearon en calidad de representación de los soldados contra el cuerpo de oficiales se apoyaron en el cuerpo de oficiales contra los soldados.

La composición de los Comités era muy abigarrada. Había un buen número de elementos patrióticos que identificaban sinceramente la guerra y la revolución, marchando valerosamente a la ofensiva impuesta desde arriba y dando la vida por una causa que no era la de ellos. Al lado se encontraban los héroes de la frase, los Kerensky de división y de regimiento. Finalmente, un buen número de mediocres taimados y astutos que, buscando privilegios, se emboscaban en los Comités para escapar de las trincheras. Todo movimiento de masas, sobre todo en la primera fase, traía inevitablemente a su superficie todas esas variedades humanas. Sólo el período de los conciliadores fue particularmente rico en toda suerte de charlatanes y aventureros. Si las gentes forman un programa, el programa forma también a los hombres. La escuela de la política se convierte, en la revolución, en escuela de maniobras y de intrigas.

El régimen de la dualidad de poderes excluía la posibilidad de crear una fuerza militar. Los kadetes eran objeto del odio de las masas populares, y estaban obligados, en el Ejército, a tomar el falso nombre de socialrevolucionarios. En cuanto a la democracia, ella no podía regenerar al Ejército, por la misma razón que le impedía tomar en su mano el poder: esto es inseparable de aquello. Como hecho curioso, que, sin embargo, esclarece muy profundamente la situación, Sujanov anota que el Gobierno provisional no organizó en Petrogrado una sola revista de tropas: los liberales y los generales no querían la participación del

Soviet en una revista, pero comprendían bien que, sin el Soviet, una revista era irrealizable.

Los oficiales superiores se ligaban cada vez más directamente con los kadetes, en espera de que los partidos más reaccionarios pudieran levantar la cabeza. Los intelectuales pequeñoburgueses podían dar al Ejército efectivos oficiales subalternos, como un tiempo le habían dado al zarismo. Pero ellos no eran capaces de crear un cuerpo de comando a su propia imagen, pues no tenían figura propia. Como lo ha demostrado toda la marcha ulterior de la revolución, el comando no podía ser formado tal como lo daban la nobleza y la burguesía (así hacían los Blancos), o bien reclutado y educado sobre la base de la selección proletaria, de donde procedían los bolcheviques. Para los demócratas pequeñoburgueses, ni esto ni aquello era practicable. Ellos debían persuadir, solicitar, burlar a todo el mundo, y cuando no arribaban a ningún resultado, transmitían el poder a los oficiales reaccionarios para inspirar al pueblo las justas ideas revolucionarias.

Una tras otra se desnudaban las úlceras de la vieja sociedad, arruinando el organismo del Ejército. La cuestión de las nacionalidades, bajo todos los aspectos —y Rusia era abundantemente proveedora—, penetraba cada vez más profundo en la masa de los soldados, que, más de la mitad, no se componía de Grandes Rusos. Los antagonismos nacionales se intercalaban, en diversos planos, con los antagonismos de clase. La política del Gobierno en el dominio nacional, como en todos los otros dominios, era vacilante, confusa y, por consiguiente, mentirosa. Ciertos generales estaban en coqueteo con las formaciones nacionales en el género del “cuerpo musulmán disciplinado a la francesa”, sobre el frente rumano. Los nuevos contingentes nacionales se mostraban, en efecto, de ordinario, más resistentes que los del viejo ejército, pues estaban agrupados alrededor de nuevas ideas bajo una nueva bandera. Esta soldadura nacional, sin embargo, no se sostuvo mucho tiempo: ella cambia bien pronto para desarrollarse ulteriormente en lucha de clases. Pero ya el proceso mismo de las formaciones de efectivos nacionales amenaza extenderse en parte al Ejército, poniéndolo en un estado de fluidez, descomponiendo los viejos contingentes, cuando los nuevos no estaban todavía constituidos. De este modo, las calamidades surgen por todas partes.

Miliukov escribe en su *Historia* que el Ejército estaba destrozado “por el conflicto entre las ideas de disciplina revolucionaria y de disciplina militar normal, entre la ‘democratización’ del Ejército y el mantenimiento de su capacidad combativa”, y ahí, por la disciplina “normal”, faltaba entender eso que existía en el tiempo del zarismo.

El historiador debía saber, al parecer, que toda gran revolución ha causado la pérdida del viejo ejército, no por el resultado de una colisión entre principios abstractos de disciplina, sino por la lucha entre clases vivientes. La revolución no admite solamente una severa disciplina en el Ejército; ella la crea. Sin embargo, esta disciplina no puede ser establecida por los representantes de la clase derribada por la revolución.

“Está bien entendido —escribía el 26 de septiembre de 1851 un sabio alemán a otro— que la desorganización de los ejércitos y el relajamiento total de la disciplina es más bien la condición que el resultado de todas las revoluciones victoriosas.” Toda la historia de la humanidad tiene establecida esta ley simple e indiscutible. Pero, siguiendo a los liberales, los socialistas rusos, que estuvieron detrás de ellos en 1905, no comprendieron esto, aunque hayan reconocido más de una vez como sus maestros a dos alemanes: uno era Federico Engels y el otro Carlos Marx. Los mencheviques creían seriamente que el ejército que había hecho la insurrección continuaría con los viejos jefes de la guerra pasada. Y esas gentes denunciaban a los bolcheviques como utopistas.

El general Brusilov caracteriza muy claramente, a principios de mayo, en una conferencia en el Gran Cuartel General, el estado de opinión del comando: del 15 al 20 por 100 se estaban adaptando al nuevo orden de cosas por convicción; una parte de los oficiales empezaban a halagar a los soldados y a incitarlos contra el comando; en cuanto a la mayoría, cerca del 75 por 100, no sabía adaptarse, sentíase ofendida, encerrábase en sí misma y no sabía qué hacer. La abrumadora mayoría del cuerpo de oficiales no valía, por otra parte, nada en absoluto desde el punto de vista estrictamente militar.

En conferencia con los generales, Kerensky y Skobelev presentaron sus excusas por la revolución que, ¡ay!, “continuaba”, y de la cual tenían que rendir cuentas. En este sentido, un general de las “centurias negras”, Gustonkov, objetó a los ministros, en tono moralizador: “Ustedes dicen que la ‘revolución continúa’. Escúchen bien. Detengan la revolución y déjenos a los militares cumplir nuestro deber hasta el fin.” Kerensky, con todo su ser, se esforzó en complacer a los generales hasta que uno de ellos, el valeroso Kornilov, lo sofocó con un abrazo.

La política de conciliación en tiempos de revolución es una política de oscilaciones febriles entre las clases. Kerensky era la oscilación personificada. Colocado a la cabeza del Ejército, que en general es inconcebible sin un régimen claro y preciso, Kerensky devino en seguida el instrumento de su disolución. Denikin presenta una curiosa lista

de personajes del alto comando que fueron destituidos por no haberse colocado en la línea, aunque, a decir verdad, nadie estaba en la línea, y Kerensky menos que otros. Alexeiev destituyó al comandante en jefe del frente, Russky, y al comandante del Ejército Radko-Dmitriev, por su debilidad y demasiada tolerancia en la consideración de los Comités. Brusilov, por motivos idénticos, aleja al miedoso Yudenich. Kerensky licencia al mismo Alexeiev y a los comandantes del frente, Guchkov y Dragomirov, por oponerse a la democratización del Ejército. Por la misma razón Brusilov separa al general Kadelin y, en seguida, fue él mismo despedido por haber tenido excesivas complacencias en la consideración de los Comités. Kornilov abandona el comando de la región militar de Petrogrado por su incapacidad de entenderse con la democracia. Esto no le impide ser nombrado comandante del frente y, luego, generalísimo. Denikin fue relevado del puesto de jefe del Estado Mayor de Alexeiev por sus tendencias claramente reaccionarias, pero bien pronto fue nombrado comandante en jefe del frente oeste. Este juego de salta cabras, que probaba que en las altas esferas no se sabía qué se quería, descendía por desgracia hasta la base, hasta las compañías de los regimientos, y aceleraba la descomposición del Ejército.

Todos exigían de los soldados obediencia a los oficiales, y los mismos comisarios no tenían confianza en estos últimos. En lo más fuerte de la ofensiva, en una sesión del Soviet en Mohilev, sede del Gran Cuartel General, en presencia de Kerensky y de Brusilov, uno de los miembros del Soviet expresa: "El cuarenta y ocho por ciento de los oficiales del Gran Cuartel General crean, por sus actos, un peligro de manifestaciones contrarrevolucionarias." Esto no era un secreto para los soldados. Habían tenido tiempo suficiente de conocer a sus oficiales antes de la insurrección.

En el curso de todo el mes de mayo, las relaciones entre el comando y la base expresaron, con algunas variantes, un solo y mismo pensamiento: "La opinión sobre la ofensiva era en general negativa, sobre todo en la infantería." Se puede agregar: "Un poco en la caballería y bastante mejor en la artillería."

A fines de mayo, cuando las tropas tomaban ya sus posiciones para la ofensiva, el comisario agregado al 7.º ejército telegrafió a Kerensky: "En la 12.ª división, el 48.º regimiento marcha completo, los regimientos 45.º y 46.º han marchado con la mitad de sus compañías de líneas; el 47.º se ha negado a marchar. Entre los regimientos de la 13.ª división, el 5.º regimiento ha marchado casi completo. El 51.º promete salir mañana; el 49.º no ha marchado, no está en servicio; el 52.º ha rehusado marchar y ha arrestado

a todos sus oficiales." El mismo cuadro se encontraba casi en todas partes. En respuesta al comisario, el Gobierno contestó: "Disuelva los regimientos 45.º, 46.º, 47.º y 52.º, juzgue a los oficiales y soldados instigadores a la insubordinación." El tono era amenazante, pero no asustaba a nadie. Los soldados que no tenían deseos de combatir no temían ni la disolución de sus regimientos ni el tribunal. Para poner en actividad el frente era necesario a veces poner a unos efectivos contra otros. Los que más frecuentemente servían como instrumentos de represión eran los cosacos, como en los tiempos del zar, pero en el presente estaban dirigidos por los socialistas: ¿no se actuaba, en efecto, para defender la revolución?

El 4 de junio, menos de quince días antes de iniciarse la ofensiva, el jefe del estado mayor del Gran Cuartel General enviaba este mensaje: "El frente norte se encuentra todavía en estado de fermentación, la fraternización con el enemigo continúa, la actitud de la infantería en la consideración de la ofensiva es negativa... En el frente oeste, la situación está indeterminada. En el frente sudoeste se nota una cierta mejoría del estado espiritual... En el frente rumano no se observan más que mejorías parciales; la infantería no se ve marchar..."

El 11 de junio de 1917, el coronel comandante del 16.º regimiento describe: "No nos queda, a mí y a los oficiales, más que refugiarnos, dado que de Petrogrado ha llegado un soldado de la 5.ª compañía, un leninista... muchos de los mejores soldados y oficiales ya han huido..." La aparición de un solo leninista en un regimiento era suficiente para que los oficiales tomaran como misión la fuga. Es evidente que el soldado recientemente llegado jugaba un rol de primer orden en una situación saturada. No se puede pensar, por otra parte, que el agitador era obligatoriamente un bolchevique. En esta época, el comando llamaba leninista a todo soldado que, más ardiente que los otros, elevaba su voz contra la ofensiva. Numerosos eran, entre esos "leninistas", los que creían que Lenin había sido enviado por Guillermo II. El comando del 61.º regimiento ensayó intimidar a sus soldados con la amenaza de la represión gubernamental. Uno de esos hombres replicó: "Como fué derribado el viejo Gobierno, así también caerá rodando Kerensky." Este era un nuevo lenguaje. Los soldados se alimentaban de la agitación de los bolcheviques que la traían de lejos.

En la flota del mar Negro, que se hallaba bajo la dirección de los socialrevolucionarios y estaba considerada, al contrario de los equipos de Cronstadt, como la ciudadela del patriotismo, desde fines de abril fue enviada a través del país una delegación especial de trescientos hombres;

llevando a su cabeza al expeditivo estudiante Batkin, que se disfrazaba de marinero. Esta delegación tenía todo el aspecto de una mascarada; mas se le veía también un sincero entusiasmo. Ella prometía al país la idea de la guerra hasta la victoria, pero, de semana en semana, quienes la escuchaban se volvían más hostiles. Los del mar Negro bajaron cada vez más el tono en su prédica sobre la ofensiva, en tanto que una delegación del Báltico llegó a Sebastopol para predicar la paz. Los hombres del norte tenían más éxito en el sur que los del sur en el norte. Bajo la influencia de los marineros de Cronstadt, los de Sebastopol emprendieron, el 18 de junio, el desarme del comando y arrestaron a los oficiales más detestables.

En la sesión del Congreso de los Soviets, el 9 de junio, Trotsky preguntaba qué había sucedido para que en "esa flota modelo del mar Negro que había mandado a todo el país expediciones patrióticas, en ese nido de patriotismo organizado estallase semejante explosión en un momento crítico. ¿Qué demostraba eso?" No obtuvo respuesta de nadie. En el Ejército, la ausencia de autoridad y la anarquía era un suplicio para todos: soldados, oficiales y miembros de los Comités. Todos sentían la necesidad inmediata de encontrar alguna salida. Parecía a los de arriba que la ofensiva ganaría a la incoherencia y llevaría nitidez. En cierto sentido era exacto. Si Tsereteli y Chernov se pronunciaban en Petrogrado por la ofensiva conformándose a todas las modulaciones, a todas las retóricas de la democracia, por otra parte, en el frente, los miembros de los Comités estaban de acuerdo con los oficiales en abrir la lucha contra el nuevo régimen en el Ejército, sin el cual la revolución era inconcebible, pero que era incompatible con la guerra. Los resultados del cambio se manifestaron muy rápidamente. "De día en día, los miembros de los Comités se orientaban hacia la derecha —cuenta un oficial de la Marina—, pero, al mismo tiempo, pedían con toda evidencia su autoridad dentro de los marineros y soldados..." Sin embargo, para la guerra, se necesitaba precisamente de los soldados y de los marineros.

Brusilov, con la aprobación de Kerensky, se puso a formar batallones de choque, formados por voluntarios, reconociendo así abiertamente la incapacidad combativa del Ejército. A esta empresa se agregaron los elementos más diversos, del tipo del capitán Muraviev, quien más adelante, después de la insurrección de octubre, se puso del lado de los socialrevolucionarios de izquierda, para al fin, después de ciertas proezas brillantes en su estilo, traicionar al poder soviético y ser ejecutado por los bolcheviques. Inútil decir que los oficiales contrarrevolucionarios se agarraron ávidamente a los batallones de choque, que eran para

ellos la forma legal del reagrupamiento de sus fuerzas. La idea no encontró, sin embargo, casi ningún eco en la masa de los soldados. Las buscadoras de aventuras creaban batallones de mujeres, "los húsares negros de la muerte". Uno de estos batallones fue la última fuerza armada de Kerensky para la defensa del Palacio de Invierno. Pero todo eso no era de una gran ayuda para tumbar el militarismo alemán. Y ése era precisamente el problema.

La ofensiva prometida por el Gran Cuartel General a los Aliados para el principio de la primavera, era postergada de semana en semana. Pero ahora la *Entente* rehusaba categóricamente consentir nuevos plazos. Exigiendo por imposición una ofensiva inmediata, los Aliados no dudaban en la elección de los medios. Al lado de las adjuraciones de Vandervelde, amenazaban interrumpir las entregas de municiones. El cónsul general de Italia en Moscú declaró a la prensa, no a la italiana, pero sí a la rusa, que en caso de una paz separada del lado de Rusia, los Aliados le darían a Japón toda libertad de acción en Siberia. Los diarios liberales, no los de Roma, pero sí los de Moscú, imprimían con entusiasmo patriótico estas insolentes amenazas, insistiendo no sobre la paz separada, pero sí sobre el aplazamiento de la ofensiva. Los Aliados no se molestaban con ceremonias en otros aspectos: enviaban, por ejemplo, material de artillería evidentemente de rezago: el 35 por 100 de las piezas de campaña recibidas del extranjero no resistieron ni quince días a un tiro moderado. Inglaterra ponía dificultades a los empréstitos. Por el contrario, Estados Unidos, nuevo protector, concedió a espaldas de Inglaterra, al Gobierno provisional, como adelanto para la próxima ofensiva, un crédito de 75 millones de dólares.

Dando su asentimiento a las coacciones de los Aliados y llevando una furiosa agitación para la ofensiva, la burguesía rusa no tenía incluso confianza en la ofensiva, rehusando suscribir el empréstito de la libertad. La monarquía derribada aprovechó la ocasión para reaparecer en escena: en una declaración dirigida al Gobierno provisional, los Romanov expresaron la intención de suscribir el empréstito, pero agregaron que "la importancia de la suscripción dependía del hecho de saber si el Tesoro daría el dinero para el mantenimiento de la familia imperial". Todo esto era leído en el Ejército, donde se sabía que la mayoría del Gobierno provisional, lo mismo que la mayoría de los oficiales superiores, continuaban por la restauración de la monarquía. Es justo anotar que en el campo de los Aliados no todo el mundo estaba de acuerdo con los Vandervelde, los Thomas y los Cachin, que empujaban al Ejército ruso al abismo. Las advertencias se hacían escuchar. "El Ejército ruso no es sino una fachada —decía el general Pétain—,

él se hundirá si se mueve." En el mismo sentido se expresaba, por ejemplo, la Embajada norteamericana, pero otras consideraciones tuvieron más éxito. Había que extirpar el alma misma de la revolución. "La fraternización germano-rusa —explicaba más tarde Painlevé— hacia tales estragos que, dejando al Ejército ruso inmóvil, se arriesgaba verlo descomponerse rápidamente."

La preparación de la ofensiva en el plano político fue conducida por Kerensky y Tsereteli, quienes, al principio, se escondían hasta de sus propios partidarios. Mientras que líderes informados a medias continuaban charlando sobre la defensa de la revolución, Tsereteli insistía cada vez más resueltamente sobre la necesidad del Ejército de estar listo para la acción. Chernov resistió, hizo "coqueteos", durante más tiempo que todos. En la sesión del Gobierno provisional del 17 de mayo, "el ministro campesino", como él se denominaba a sí mismo, fue acorralado a preguntas; se le preguntó sobre qué había de verdad en que, en un mitin, sin el asentimiento necesario, se pronunció él sobre la ofensiva. Se supo que Chernov dijo: "La ofensiva no le concernía a él, como hombre político; era el asunto de los estrategas en el frente." Esta gente jugaba a las escondidas con la guerra así como con la revolución. Pero era sólo por un tiempo.

La preparación de la ofensiva se acompañaba, por supuesto, de un refuerzo de la lucha contra los bolcheviques. Se acusaba más a menudo de tender a una paz por separado. La posibilidad de que una paz por separado debía ser la única salida que existía en la situación misma, o sea en la debilidad y en el agotamiento de Rusia, por comparación con los demás países beligerantes. Mas nadie había medido todavía la fuerza de un nuevo factor: la revolución. Los bolcheviques estimaban que no se escaparía a las perspectivas de una paz por separado sólo con la condición de oponer vehementemente y hasta el final de la guerra la fuerza y la autoridad de la revolución. Para eso, había ante todo que romper la alianza con la burguesía misma del país. El 9 de junio, Lenin declaró en el Congreso de los Soviets: "Cuando se dice que nosotros tendemos a una paz por separado, no es cierto. Nosotros decimos: ninguna paz por separado, con ninguno de los capitalistas, ante todo con los capitalistas rusos. Sin embargo, el Gobierno provisional ha hecho una paz por separado con los capitalistas rusos ¡Abajo esta paz por separado!" La versión taquigráfica registra "aplausos". Eran los aplausos de la pequeña minoría del Congreso, que eran muy calurosos pese a su número.

En el Comité Ejecutivo, a algunos les faltaba todavía resolución, otros querían ponerse a cubierto de un órgano

más autorizado. A último momento, se decidió hacer saber a Kerensky que la orden de ofensiva sería indeseable antes de una decisión del Congreso de los Soviets. La declaración depositada en la primera sesión del Congreso por la fracción de los bolcheviques decía: "La ofensiva no puede sino desorganizar definitivamente el Ejército oponiendo algunos de sus efectos contra otros", y también: "El Congreso debe oponer una resistencia inmediata al empuje contrarrevolucionario o bien tomar sobre él la responsabilidad de esta política integral y abiertamente."

La decisión del Congreso de los Soviets en favor de la ofensiva no era sino una formalidad democrática. Todo ya estaba listo. Los artilleros estaban desde hacía tiempo listos para hacer fuego sobre las posiciones enemigas. El 16 de junio, en una orden al Ejército y a la Marina, Kerensky, refiriéndose al generalísimo, "aureolado con la victoria de un gran capitán", demostraba la necesidad de llevar "un golpe inmediato y decisivo", y terminaba así: "Os lo ordeno: ¡adelante!"

En un artículo redactado la víspera de la ofensiva, comentando la declaración de la fracción bolchevique al Congreso de los Soviets, Trotsky escribía: "La política del Gobierno arruina radicalmente las posibilidades de éxito de una acción militar... Las premisas materiales de la ofensiva son extremadamente desfavorables. La organización de los suministros al Ejército refleja el caos económico general, contra el cual el Gobierno, en su composición actual, no puede tomar ninguna medida radical. Las premisas morales de la ofensiva son aún más desfavorables."

"El Gobierno... ha demostrado delante del Ejército... su incapacidad para determinar la política de Rusia independientemente de los aliados imperialistas. El resultado no podía ser sino una descomposición progresiva del Ejército... Las desertiones en masa... dejan, en las actuales condiciones, de ser el simple resultado de una viciosa voluntad individual; más bien, llegan a ser la expresión de una completa incapacidad del Gobierno para fundir en una íntima unidad el ejército revolucionario..." Indicando más adelante que el Gobierno no se decidía "a la abolición inmediata de la propiedad territorial de los nobles, o sea, a la única medida que probaría al campesino más atrasado que esta revolución era en verdad su revolución", el artículo concluía así: "En tales condiciones materiales y morales debe inevitablemente tener el carácter de una aventura."

El comando casi por entero estimaba que la ofensiva, sin esperanza desde el punto de vista militar, estaba provocada exclusivamente por un cálculo político. Denikin, después de haber recorrido su frente, declaró a Brusilov: "No creo en ningún éxito de la ofensiva." Por lo demás, a

los elementos de duda había que agregar la incompetencia del mismo comando. Stankievich, oficial y patrloa, atestigua que la preparación previa del asunto excluía una victoria independientemente del estado moral de las tropas: "La ofensiva fue organizada por debajo de toda crítica." Los líderes del Partido Kadete recibieron la visita de una delegación de oficiales, a la cabeza de la cual se encontraba el presidente de la Unión de Oficiales, el kadete Novosilsev, advirtiéndoles que la ofensiva estaba condenada a una derrota y conduciría a la eliminación de las mejores tropas. Delante de esas objeciones, las altas autoridades salían al paso con frases generales: "Una pequeña esperanza queda —dice el jefe del estado mayor del Gran Cuartel General, el general reaccionario Lukonsky—: quizás un feliz principio de los combates modificaría la psicología de la masa y los jefes tendrían las posibilidades de recuperar las riendas que se les habían caído de la mano." Tal era el fin esencial: recuperar las riendas.

Se descontaba dar un gran golpe, según un plan elaborado hacia mucho con las fuerzas del frente sudoeste, en la dirección Lvov (Lemberg); los frentes norte y oeste habían de cumplir tareas de sostén. La ofensiva debía comenzar simultáneamente en todos los frentes. Llegó a ser claro muy pronto que este plan sobraba en mucho a las fuerzas del comando. Se decidió hacer avanzar los frentes uno después del otro, empezando por los menos importantes. Pero esto tampoco se halló realizable. "Entonces, el alto comando —decía Denikin— decidió renunciar a toda estrategia sistemática y fue forzado a dejar a los frentes la iniciativa de las operaciones en la medida en que ellos estaban listos." Se dejaba todo a la gracia de la Providencia. No faltaban ahí sino las imágenes idolatradas de la zarina. Se trató de reemplazarlas por los emblemas de la democracia. Kerensky hacía giras, exhortaba, bendecía. La ofensiva comenzó: el 16 de junio sobre el frente sudoeste, el 7 de julio en el frente oeste, el 8 en el norte, el 9 en el frente rumano. La marcha en adelante de estos últimos tres frentes, en suma ficticios, coincidía con el principio del aplastamiento del frente principal, el frente sudoeste.

Kerensky comunicó al Gobierno provisional: "El día de hoy marca un gran triunfo de la revolución. El 18 de junio, el ejército revolucionario ruso, con un inmenso entusiasmo, ha tomado la ofensiva..." "El acontecimiento largamente esperado ha sucedido —escribía el *Riech*, de los kadetes—, acontecimiento que ha vuelto a la revolución rusa a sus mejores días." El 19 de junio, el viejo Plejanov declamaba delante de una manifestación patriótica: "¡Ciudadanos! Les preguntaría qué día es hoy y me contestarían que hoy es lunes. Pero es un error: hoy es domingo, día

de resurrección para nuestro país y para la democracia del mundo entero. Rusia, después de haber rechazado el yugo del zarismo, decidió rechazar el yugo enemigo." Tsereteli decía el mismo día en el Congreso de los Soviets: "Una nueva página se abre en la historia de la gran revolución rusa... los éxitos de nuestro ejército revolucionario deben ser saludados no solamente por la democracia rusa, sino también por todos aquellos que se esfuerzan efectivamente en combatir al imperialismo." La democracia patriótica había abierto todas sus compuertas.

Los diarios aportaban durante ese tiempo una agradable noticia: "La Bolsa de París festeja la ofensiva rusa con un alza de todos los valores rusos." Los socialistas trataron de determinar la solidez de su revolución según el nivel de los valores de la Bolsa. Pero la Historia enseña que la Bolsa se siente tanto mejor cuanto peor está la revolución.

Los obreros y la guarnición de la capital no se dejaron llevar ni un minuto por la ola de patriotismo artificialmente recalentado. Su terreno era la Perspectiva Nevski. "Salimos sobre la Nevski —cuenta en sus recuerdos el soldado Chimenov— y tratamos de hacer agitación contra la ofensiva. Al rato, los burgueses caen sobre nosotros a paraguasos... Atrapamos a los burgueses, los llevamos a los cuarteles y les decíamos que serían al otro día mismo enviados al frente." Eran ya síntomas de la inminente explosión de la guerra civil. Las jornadas de julio se aproximaban.

El 21 de junio, el regimiento de ametralladoras, en Petrogrado, tomó en asamblea general esta decisión: "De aquí en adelante, no enviaremos contingentes al frente sino en caso de que la guerra tenga un carácter revolucionario..." Como se le amenazó con su disolución, el regimiento respondió que no dudaría en disolver "al Gobierno provisional y a las otras organizaciones que lo sostenían". Nuevamente vemos ahí notas de amenaza que preceden en mucho a la agitación de los bolcheviques. La crónica de los acontecimientos marca al 23 de junio: "Efectivos del 2.º ejército han tomado la primera y la segunda línea de las trincheras del adversario..." Y justo al lado: "En la fábrica Varanovsky (6.000 obreros) han tenido lugar nuevas elecciones de delegados para el Soviet de Petrogrado. En reemplazo de tres socialrevolucionarios han sido elegidos tres bolcheviques." Hacia fines de mes la fisonomía del Soviet de Petrogrado se había modificado ya considerablemente. A decir verdad, el 20 de junio el Soviet había adoptado una resolución saludando al Ejército en su ofensiva. Pero ¿con qué mayoría? Por 472 votos contra 271, y con 39 abstenciones. Era una relación de fuerzas total-

mente nueva que no habíamos encontrado nunca antes. Los bolcheviques, junto a los pequeños grupos de la izquierda menchevique y socialrevolucionarios, constituían las dos quintas partes del Soviet. Eso significaba que en las fábricas y en los cuarteles, los adversarios de la ofensiva formaban ya una incontestable mayoría. El Soviet del barrio de Viborg adoptó, el 24 de junio, una resolución en la cual cada palabra parece grabada por un pesado martillo: "Nosotros protestamos contra la aventura del Gobierno provisional que lleva la ofensiva para viejos tratados de pillaje... y rechazamos toda la responsabilidad de esta política del Gobierno provisional así como de los partidos que lo sostienen, mencheviques y socialrevolucionarios. Puesto después de la insurrección de febrero en un segundo plano, el grupo de Viborg tomaba ahora con seguridad la delantera. En el Soviet de Viborg, los bolcheviques predominaban ya del todo. De ahora en adelante, todo dependía de la suerte de la ofensiva, por consiguiente, de los soldados de las trincheras. ¿Qué modificaciones resultaban en la conciencia de los que debían cumplirla? Tendía en forma irresistible hacia la paz. Pero precisamente es esa tendencia la que los dirigentes lograron, en cierta medida, al menos en un cierto número de soldados y en un corto periodo, transformar en voluntad de ofensiva.

Después de la insurrección, los soldados esperaban del nuevo poder una rápida conclusión de la paz y, mientras, estaban dispuestos a mantener el frente. Pero la paz no llegaba. Los soldados llegaron a tentativas de fraternización con los alemanes y los austriacos, parcialmente bajo la influencia de los bolcheviques, pero sobre todo buscando su vía hacia la paz. Sin embargo, contra la fraternización se abrían persecuciones de todos lados. Por otra parte, se descubrió que los soldados alemanes estaban lejos de sustraerse a las órdenes de sus oficiales. La fraternización, no habiendo llevado hacia la paz, disminuyó fuertemente.

En el frente reinaba una tregua de hecho. Los alemanes aprovecharon para transferir enormes contingentes sobre el frente oeste. Los soldados rusos observaban cómo se desplomaban las trincheras enemigas, cómo se retiraban los nidos de ametralladoras, cómo se sacaban los cañones. Sobre eso estaba justamente edificado el plan de la preparación moral de la ofensiva. Sistemáticamente se trató de persuadir a los soldados de que el enemigo estaba por completo debilitado, que no tenía suficientes fuerzas, que del lado oeste Estados Unidos pesaba sobre él y que bastaba de nuestro lado dar una ligera sacudida para que el frente adversario se derrumbara, después de lo cual tendríamos la paz. Los dirigentes no creyeron en eso ni siquiera una hora. Pero descontaban que el Ejército, desde

el momento que había deslizado la mano en el engranaje de la guerra, no podría sustraerse a él.

No llegando a su fin ni por la diplomacia del Gobierno provisional ni por la fraternización, una parte de los soldados se inclinaba sin ninguna duda hacia la tercera vía: dar un golpe que llevaría al derrumbamiento de la guerra. Es así precisamente como uno de los delegados del frente al Congreso de los Soviets expresaba el estado de espíritu de los soldados: "Tenemos ahora delante de nosotros un frente alemán menos denso, no tenemos delante cañones, y si marchamos y empujamos al enemigo nos aproximaremos a la paz deseada."

El adversario al principio se encontraba, en efecto, extremadamente débil y retrocedió sin aceptar un combate que, por otra parte, los atacantes no podían librarle. Pero el adversario, en lugar de dispersarse reagrupaba y concentraba sus fuerzas, y, habiendo avanzado una veintena o treintena de kilómetros de profundidad, los soldados rusos descubrieron un cuadro que conocían suficientemente bien después de la experiencia de los años precedentes: el adversario los esperaba sobre nuevas posiciones fortificadas. Ahí llegó a ser evidente que, si los soldados consentían en dar todavía un empuje en favor de la paz, no querían para nada la guerra. Llevados a las hostilidades por una combinación de violenta presión moral y sobre todo de trampa, volvieron hacia atrás con tanta más indignación.

"Después de una preparación de artillería del lado ruso, inaudita por su potencia y por su violencia —dice un historiador ruso de la Guerra Mundial, el general Zalonez-kowski—, las tropas ocuparon casi sin pérdidas la posición enemiga y no quisieron ir más lejos. Las desertiones empezaron en todos los puntos y las posiciones fueron abandonadas por contingentes enteros."

Un hombre político ucraniano, Dorochenko, antiguo comisario del Gobierno provisional en Galitzia, cuenta que después de la toma de las ciudades de Halicz y Kalusz, "hubo de inmediato en Kalusz un horrendo pogromo que tocó exclusivamente a los ucranios y a los judíos; no se tocó a los polacos. El pogromo fue dirigido por no se sabe qué mano experimentada y que indicaba a los establecimientos de cultura e instrucción ucranios". En el pogromo participaron "los mejores efectivos, los menos pervertidos por la revolución". Pero en este asunto se mostraron todavía más nitidamente bajo su verdadera faz los dirigentes de la ofensiva, los oficiales del zar llenos de experiencias para la organización de pogromos.

El 9 de julio, los Comités y los comisarios del 11.º ejército telegrapharon al Gobierno: "La ofensiva alemana empezada el 6 de julio sobre el frente del 11.º ejército se

torna en catástrofe incalculable... En el estado de espíritu de las tropas que recientemente han avanzado gracias a los esfuerzos heroicos de una minoría, un cambio brusco y desastroso se ha afirmado. El impulso de la ofensiva se ha reducido rápidamente a la nada. La mayoría de los efectivos se encuentra en un estado de descomposición siempre creciente. No se trata ya de hablar de autoridad y de subordinación, las amonestaciones y la persuasión han perdido su fuerza; se contesta con amenazas y hasta a veces con fusilamientos."

El comandante en jefe del frente sudoeste, con el consentimiento de los comisarios y los Comités, publicó la orden de tirar sobre los desertores.

El 12 de julio, el comandante en jefe del frente oeste, Denikin, volvió a su Estado Mayor con la "muerte en el alma, con plena conciencia del completo derrumbe de la última esperanza de milagro... que todavía quedaba".

Los soldados no querían batirse. Las tropas de la retaguardia, a las cuales se dirigieron para el relevo de los contingentes debilitados después de la ocupación de las trincheras enemigas, respondieron: "Por qué tomaron ustedes la ofensiva, quién os lo ha ordenado? Se debe terminar con la guerra y no atacar." El comandante del primer cuerpo siberiano, que era considerado como uno de los mejores, comunicó que a la caída de la noche, en masa, por compañías enteras, se alejaban de la primera línea todavía no atacada. "Entendía que nosotros, los jefes, éramos impotentes para modificar la psicología elemental de los soldados y amargamente, amargamente, lloré mucho tiempo..."

Una de las compañías rehusó hasta a hacer pasar al adversario un volante sobre la zona de Haliez en tanto no se hubiera encontrado el soldado que podría traducir al ruso el texto alemán. Este hecho marcó toda la desconfianza de la masa de los soldados respecto a los dirigentes, tanto los antiguos como los nuevos, los de febrero. Siglos de ultraje y de violencia hacían una erupción volcánica.

Los soldados se sentían de nuevo burlados. La ofensiva llevaba no a la paz sino a la guerra. Sin embargo, los soldados no querían la guerra. Los patriotas, emboscados en la retaguardia, acosaban y vilipendiaban a los soldados como a los cobardes. Pero los soldados tenían razón. Lo que les guiaba era un justo instinto nacional, reflejado a través de la conciencia de gentes oprimidas, golpeadas, torturadas, sublevadas por el espíritu revolucionario y de nuevo sumergidas en una cruenta confusión. Los soldados tenían razón. La continuación de la guerra no podía dar al pueblo ruso nada que no fueran nuevas víctimas, humillaciones, calamidades, nada más que una intensificación de la servidumbre interior y exterior.

La prensa patriótica de 1917 no solamente la de los kadetes, sino también la de los socialistas, no hacía más que señalar el contraste entre los soldados rusos, desertores y prófugos, y los heroicos batallones de la Gran Revolución Francesa. Esas confrontaciones eran el producto no sólo de una incomprensión de la dialéctica del proceso revolucionario, sino incluso de una total ignorancia de la Historia.

Los notables y grandes capitanes de la Revolución y del Imperio francés actuaron, casi constantemente, quebrantando la disciplina, como desorganizadores; Miliukov diría: "Como bolcheviques." El futuro mariscal Davout cuando era el lugarteniente de Avout, durante largos meses, en 1789-1790, disolvió la disciplina "normal" en la guarnición de Aisdenne, y expulsó a los comandantes. Por toda Francia hubo, hasta mediados de 1790, un proceso de total descomposición del viejo ejército. Los soldados del regimiento de Vincennes obligaron a sus oficiales a hacer mesa común con ellos. Una veintena de regimientos sometieron a sus comandos a violencias de diversos géneros. En Nancy, tres regimientos pusieron en prisión a sus oficiales. A partir de 1790, los tribunales de la Revolución Francesa no cesaron de repetir, a propósito de los excesos en el Ejército: Es el Poder Ejecutivo el culpable por no haber destituido a los oficiales hostiles a la revolución." Mirabeau y Robespierre se habían pronunciado también por la disolución del viejo cuerpo de oficiales. El primero señalaba que había que restablecer lo más pronto posible una fuerte disciplina. El segundo quería desarmar a la contrarrevolución. Pero los dos comprendieron que el viejo ejército no podía seguir.

Es verdad que la Revolución rusa, diferente en esto de la francesa, se produce en tiempos de guerra. Mas no es una razón para hacer una excepción a la ley histórica señalada por Engels. Al contrario, las condiciones de una guerra prolongada y desgraciada no podían más que acelerar y agravar el proceso de la descomposición revolucionaria del Ejército. La ofensiva fallida y criminal de la democracia hizo el resto. En adelante, los soldados dijeron todos: "¡Basta de derramar sangre! ¿De qué valen la libertad y la tierra si nosotros no existimos más?" Cuando los pacifistas cultivados ensayaron suprimir la guerra con sus argumentos racionalistas eran simplemente ridículos. Pero cuando las masas armadas pusieron en movimiento contra la guerra los argumentos de la razón, esto significaba que la guerra tocaba a su fin.

LOS CAMPESINOS

El verdadero fundamento de la revolución era el problema agrario. En el arcaico régimen agrario ruso, procedente en línea directa de la servidumbre feudal, en la autoridad tradicional del terrateniente, en las íntimas relaciones existentes entre el terrateniente, la administración local y los *zemstvos* de casta, radicaban las manifestaciones más bárbaras de la vida rusa, coronada por la monarquía *rasputiana*. El *mujik* que servía de apoyo al *aslatismo* secular, era al mismo tiempo una de sus primeras víctimas.

En las primeras semanas que siguieron a la Revolución de febrero, el campo apenas se movió y dio señales de vida. Los elementos más activos se hallaban en el frente. Las viejas generaciones, que se habían quedado en casa, se acordaban demasiado bien de que la revolución solía acabar en expediciones represivas. La aldea permanecía muda y la ciudad no se acordaba de la aldea. Pero el fantasma de la guerra campesina se cernía ya desde los días de marzo sobre las casas señoriales. De las provincias, donde ejercía un poder más considerable la nobleza, es decir, de las provincias más atrasadas y reaccionarias, se alzó el grito pidiendo auxilio antes de que se pusiera aún de manifiesto el peligro real. Los liberales reflejaban el pánico de los terratenientes, los conciliadores, el estado de ánimo de los liberales. "Forzar el problema agrario en las próximas semanas —razonaba después de la revolución el "izquierdista" Sujanov— sería perjudicial, y no hay la menor necesidad de ello." Pero ya sabemos que Sujanov entendía que era perjudicial forzar la cuestión de la paz y de la jornada de ocho horas. Era más sencillo esquivar las dificultades. Además, los terratenientes trataban de atemorizar a la gente diciendo que la alteración del régimen jurídico agrario tendría repercusiones nocivas en la siembra y en el abastecimiento de las ciudades. El Comité Ejecutivo enviaba telegramas a las provincias recomendando "que no se dejasen arrastrar por los asuntos agrarios en perjuicio del abastecimiento de las ciudades".

En muchos sitios, los terratenientes, asustados por la revolución, dejaban las tierras sin sembrar. En la difícil crisis de subsistencias por que estaba atravesando el país, las tierras sin sembrar reclamaban un nuevo dueño. Los campesinos se debatían sordamente. Los terratenientes, desconfiando del nuevo poder, liquidaban muy rápido sus propiedades. Los *kulaks* o campesinos acomodados apresurábanse afanosamente a comprar las tierras de los grandes propietarios, confiando en que la expropiación forzosa no se haría extensiva a ellos, por su condición de "campesinos". Muchos de estos tratos tenían un carácter deliberadamente ficticio. Suponíase que las propiedades privadas inferiores a una cierta extensión no serían confiscadas y, para ponerse a salvo de ellos, los terratenientes, mediante personeros, dividían las haciendas en pequeños lotes fingidos. No pocas veces las tierras inscribíanse a nombre de extranjeros, ciudadanos de los países aliados o neutrales. La especulación de los *kulaks* y las artimañas de los grandes hacendados amenazaban con no dejar nada de los fondos agrarios del país para el momento en que se reuniese la Asamblea Constituyente. En las aldeas veían estas maniobras. Y pronto se alzaron voces que pedían que se publicase un decreto prohibitivo de las transacciones sobre tierras. Los campesinos acudían a las ciudades a entrevistarse con los nuevos amos de la situación, en busca de tierra y de justicia. Más de una vez sucedía que los ministros, después de los elocuentes discursos y las ovaciones, tropezasen a la salida con las figuras grises de los delegados campesinos. Sujanov cuenta cómo uno de estos delegados campesinos imploraba, con lágrimas en los ojos, a los ciudadanos ministros para que publicasen una ley que protegiera el fondo agrario contra la venta. Kerensky, impaciente, pálido y nervioso, lo interrumpió: "He dicho que se haría y, por lo tanto, se hará. No tiene usted por qué mirarme con esos ojos desconfiados." Sujanov, que presenciaba la escena, añade: "Anoto textualmente lo que oí. Kerensky tenía razón: los *mujiks* miraban con ojos de desconfianza al famoso caudillo y ministro del pueblo." En ese breve diálogo mantenido entre el *mujik*, que aún implora, pero que ha perdido ya la confianza, y el ministro radical, que hace caso omiso de la desconfianza campesina, se encierra la clave del inexorable derrumbamiento del régimen de febrero.

El decreto sobre los Comités agrarios, como órganos de preparación de la reforma, fue dado por el Ministro de Agricultura, el *kadete* Schingarev. El Comité Central agrario, a cuyo frente se hallaba un burócrata liberal, el profesor Postnikov, estaba integrado principalmente por *narodniki*, que a lo que más temían era a que se les tuviera por hombres menos moderados que su presidente. Creá-

ronse también Comités provinciales, cantonales y de distrito. Mientras los Soviets, que se extendían con gran lentitud por el campo, eran considerados como órganos privados, los Comités agrarios tenían un carácter gubernamental. Cuanto menos determinadas estaban sus funciones por la situación, más difícil se les hacía resistir la presión de los campesinos. Y cuanto más bajo estaba el Comité en la escala jerárquica, más próximo a la tierra, más rápidamente se convertía en un instrumento del movimiento campesino.

A fines de marzo empiezan a llegar a la capital las primeras noticias inquietantes sobre la entrada en escena de los campesinos. El comisario de Novgorod telegrafía, informando de los órdenes fomentados por un cierto teniente Panasiuk, "detenciones arbitrarias de terratenientes", etc. En la provincia de Tambov, bandas de campesinos, capitaneadas por algunos soldados con licencia, saquean las casas señoriales. Las primeras noticias son, indudablemente, exageradas; en sus quejas, los terratenientes abultan, sin duda alguna, los hechos. Pero lo que no ofrece la menor duda es que los soldados, que traen del frente y de las guarniciones y de la ciudad el espíritu de iniciativa, intervienen en la dirección del movimiento campesino.

El 5 de abril, uno de los Comités cantonales de la provincia de Jarkov acordó practicar registros en las casas de los terratenientes, con el fin de recogerles las armas. Nos hallamos ya ante el presentimiento claro de la guerra civil. El comisario explica los desórdenes ocurridos en el distrito de Skopinski provincia de Riazán, por una decisión del Comité Ejecutivo de un distrito vecino sobre el arrendamiento forzoso de los campesinos de las tierras de los grandes propietarios. "La campaña de propaganda de los estudiantes para que los campesinos se mantengan tranquilos hasta la reunión de la Asamblea Constituyente no obtiene ningún éxito." Aquí nos enteramos de que los "estudiantes", que en la primera revolución predicaban el terrorismo agrario —era entonces la táctica de los socialrevolucionarios—, en 1917 exhortan, aunque sin gran éxito, por lo visto, el respeto de la ley y a la calma.

Un comisario de la provincia de Simbirsk traza un cuadro del movimiento campesino, que iba tomando proporciones arrolladoras: los Comités locales y cantonales —de los cuales volveremos a hablar más adelante— detienen a los terratenientes, los expulsan de la provincia, sacan a los braceros de la tierra de los grandes propietarios, se apoderan de las tierras y fijan la renta a su arbitrio. "Los delegados enviados por el Comité Ejecutivo se ponen al lado de los campesinos." Simultáneamente, empiezan el mo-

vimiento de los "comunales" contra los campesinos acomodados, que, al amparo de la ley promulgada el 9 de noviembre de 1906 por Stolypin, se habían separado de los fondos comunales, llevando en propiedad privada sus parcelas. "La situación de la provincia constituye una amenaza para la siembra." Y en abril, el comisario de la provincia de Simbirsk no ve otra salida que la inmediata nacionalización de la tierra, debiendo la Asamblea Constituyente establecer las modalidades del régimen de explotación.

Del distrito de Kaschira, situado muy cerca de Moscú, llegan quejas de que el Comité Ejecutivo excita a la población a ocupar sin indemnización las tierras de la Iglesia, de los conventos y de los grandes propietarios. En la provincia de Kursk los campesinos expulsan de los dominios a los prisioneros de guerra que trabajan allí e incluso los encarcelan en la prisión local. Después de los congresos campesinos, los de la provincia de Penze, inclinados a tomar al pie de la letra las resoluciones de los socialrevolucionarios sobre la tierra y la libertad, infringen el contrato cerrado poco antes con los terratenientes y, al mismo tiempo, emprenden la ofensiva contra los nuevos órganos del poder. En el mes de marzo, al constituirse los Comités Ejecutivos cantonales y de distrito, los que entraban a formar parte de ellos eran, en su mayoría, intelectuales. "Después —comunica el comisario— empezaron a alzarse voces contra la *intelligentzia* y, ya a mediados de abril, los Comités estaban compuestos nada más que por campesinos, cuyas aspiraciones respecto a la tierra eran manifiestamente ilegales."

Un grupo de terratenientes de la vecina provincia de Kazán se lamentaba al Gobierno provisional de la imposibilidad de seguir cultivando las tierras, ya que los campesinos retiraban a los obreros, requisaban las semillas, en muchos sitios se llevaban todo lo que encontraban en las casas señoriales, no permitían al terrateniente talar los bosques de su propiedad y proferían amenazas de violencia y muerte. "No hay aquí justicia, todo el mundo hace lo que quiere y la gente razonable está atemorizada." Los terratenientes de Kazán saben ya quién es el culpable de la anarquía: "En las aldeas las decisiones del Gobierno provisional son ignoradas. En cambio, las proclamas de los bolcheviques llegan a todas partes."

Sin embargo, no se puede decir que faltaran instrucciones gubernamentales. El 20 de marzo el príncipe Lvov invitaba telegráficamente a los comisarios a que crearan Comités cantonales como órganos del poder local, recomendando al mismo tiempo "que a la labor de dichos Comités se incorporasen los terratenientes y todas las fuerzas inte-

lectuales del campo". Aspirábase a organizar todo el régimen del Estado por el sistema de las cámaras de conciliación. Pero los comisarios no tardaron en lamentarse de que se prescindía de las "fuerzas intelectuales": evidentemente, el mujik no tenía ninguna confianza en los Kerensky de distrito y de cantón.

El 3 de abril el príncipe Urosov, adjunto a la presidencia del príncipe Lvov —el ministro del Interior, como vemos, contaba con nobles títulos—, da orden de que no se tolere ninguna intromisión arbitraria y, sobre todo, de que "se proteja la libertad del propietario en la administración de su tierra", esto es, la más exquisita de todas las libertades. Diez días después el propio príncipe Lvov se toma personalmente la molestia de ordenar a los comisarios que "pongan fin por todos los medios que les da la ley a cualquiera manifestación de violencia y de despojo que se produzca". Dos días más tarde el príncipe Urusov torna a ordenar al comisario provincial "que tome medidas para proteger los ganados de los terratenientes contra las arbitrariedades, explicando a los campesinos", etc.

El 18 de abril el príncipe Urusov empieza a intranquilizarse ante el hecho de que los prisioneros de guerra que trabajan como braceros en las fincas de los terratenientes formulan reivindicaciones exageradas, e informa a los comisarios que impongan sanciones severas, haciendo uso de las atribuciones de que gozaban en el antiguo régimen los gobernantes zaristas. Lluven circulares, disposiciones, órdenes telegráficas. El 12 de mayo el príncipe Lvov enumera en un nuevo telegrama los desmanes que se "están cometiendo en todo el país": detenciones arbitrarias, requisas, destitución de comisarios, remoción de administradores de fábricas, destrucción de fincas, saqueos, atropellos, violencias contra funcionarios locales, imposición de tributos a la población, excitación de los ánimos de una parte de la población contra la otra, etc. "Estos y otros actos semejantes deben ser considerados como contrarios a la ley y, en algunos casos, incluso como anárquicos..." El calificativo no es muy claro, pero la conclusión puede serlo más: "Tomar enérgicas medidas." Los comisarios de provincia mandaban inmediatamente las circulares a los distritos, los comisarios de distrito ejercían presión sobre los Comités cantonales y todos juntos ponían de manifiesto su impotencia frente a los campesinos.

Las tropas de las inmediaciones tienen en casi todos los sitios participación directa en los acontecimientos. Es más, en la mayor parte de los casos son ellas precisamente las que toman la iniciativa. El movimiento adopta formas variadísimas, según las condiciones locales y el grado de exacerbación de la lucha. En Siberia, donde no hay terra-

tenientes, los campesinos se apoderan de las tierras de la Iglesia y de los conventos. Hay que advertir que el clero no lo pasa nada bien en otras partes. En la piadosa provincia de Smolensk, bajo la influencia de los soldados llegados del frente, se procede a la detención de papas y monjes. Con el fin de evitar que los campesinos tomaran medidas infinitamente más radicales, los órganos locales veíanse obligados con frecuencia a ir más allá de lo que querían. A principios de mayo el Comité Ejecutivo de uno de los distritos de la provincia de Samara sometió a tutela pública las propiedades del conde Orlov-Davidov, preservándolas así de la acción de los campesinos. Como el decreto que prohibía la compra y venta de tierras prometido por Kerensky no aparecía, los campesinos, valiéndose de sus recursos, empezaron a impedir esta operación, oponiéndose por la fuerza a su meditación. La incautación de las armas a los terratenientes, sin exceptuar las de caza, se producía cada vez más frecuentemente. Los campesinos de la provincia de Minsk —se lamenta el comisario— "acatan como ley los acuerdos del Congreso campesino." ¿Es que acaso podían ser interpretados de otro modo? No debe olvidarse que estos Congresos eran el único poder real que existía en las provincias. He aquí puesto al desnudo el abismo que se abre entre la *intelligentzia* socialrevolucionaria, que charla hasta por los codos, y los campesinos, que reclaman hechos.

A fines de mayo entra en acción la lejana estepa asiática. Los kirguises, a quienes los zares habían despojado de las mejores tierras en beneficio de sus servidores, se levantan ahora contra los terratenientes, invitándoles a abandonar con la mayor rapidez las haciendas usurpadas. "Este punto de vista se va arraigando cada vez más en la estepa", comunica el comisario de Akmolinsk.

En el otro extremo del país, en la provincia de Livonia, un Comité Ejecutivo de distrito envía una comisión con el encargo de abrir una información acerca del saqueo de las propiedades del barón Stahl von Holstein. La Comisión reconoce que los desórdenes no tienen importancia, que la permanencia del barón en el distrito es peligrosa para la tranquilidad pública y decide enviarlo, con la baronesa, a Petrogrado, poniéndolo a disposición del Gobierno provisional. Era uno de los innumerables conflictos que surgían entre las autoridades locales y el poder central, entre los socialrevolucionarios de base y los de la dirección.

Un comunicado del 27 de mayo, procedente del distrito de Pavlograd, provincia de Yekaterinoslav, traza un cuadro casi idílico: los miembros del Comité agrario aclaran a la población todas las malas interpretaciones, y de este

modo "previenen cualquier exceso". Sin embargo, este idilio no ha de durar más que unas cuantas semanas.

A fines de mayo el padre Abbe, de uno de los monasterios de Kostroma, se lamentaba amargamente ante el Gobierno provisional de que los campesinos hayan requisado la tercera parte del ganado del convento. El venerable monje pudo ser más discreto: muy pronto tendría que decir adiós, también, a los otros dos tercios.

En la provincia de Kursk empezaron las persecuciones contra los campesinos que se negaban a reintegrar sus parcelas a los fondos "comunales". Ante la gran revolución agraria, ante un reparto general de tierra, los campesinos querían actuar como un bloque. Las barreras interiores pueden constituir un obstáculo. Es necesario que el *mir* obre como un solo hombre. De aquí que la lucha por la conquista de la tierra de los grandes propietarios vaya acompañada de violencias contra los agricultores individualistas.

El último día de mayo fue detenido en la provincia de Perm el soldado Samollov, que excitaba a los campesinos a no pagar los impuestos. Dentro de poco será él quien detendrá a los demás. Durante una procesión celebrada en una aldea de la provincia de Jarkov, el campesino Grizenko destruyó de un hachazo, ante los ojos atónitos de toda la población, la venerada imagen de San Nicolás. Así surgen las más diversas formas de protesta y van transformándose en acción.

En unas memorias anónimas tituladas *Apuntes de un guardia blanco*, de cuyo autor sólo se sabe que era oficial de Marina y terrateniente, se describe con rasgos interesantes la evolución operada en el campo en los primeros meses que siguen a la revolución. Para todos los cargos "se elegía en casi todas partes a personas pertenecientes a la clase burguesa, para las cuales no había más que una finalidad: mantener el orden". Es verdad que los campesinos exigían que se les diesen tierras, pero en los primeros dos o tres meses lo hacían sin violencias. Por el contrario, constantemente se oían frases como ésta: "Nosotros no queremos robar, sino arreglar las cosas por las buenas", y otras semejantes. En estas palabras tranquilizadoras palpita ya, sin embargo, una "amenaza oculta". Y, en efecto, si en los primeros momentos los campesinos no recurrían todavía a la violencia, desde el primer instante tuvieron falta de respeto por las llamadas "fuerzas intelectuales". Según el citado guardia blanco, este estado de espíritu semiexpectante se mantuvo hasta los meses de mayo y junio; "después se nota un cambio brusco, surge la tendencia a discutir las disposiciones de los organismos provinciales, a resolver las cosas arbitrariamente...". O lo que es lo mismo, los campesinos concedieron a la Revolución de Febrero, poco más

o menos, un plazo de tres meses para pagar las letras aceptadas por los socialrevolucionarios, pasado el cual procedieron a embargar ejecutivamente.

El soldado Chinenov, afiliado al Partido Bolchevique, fue dos veces de Moscú a su pueblo, situado en la provincia de Orlov, después de estallar la revolución. En mayo dominaban en el distrito los socialrevolucionarios. En muchos sitios los campesinos seguían pagando los arrendamientos a los terratenientes. Chinenov organizó una célula bolchevique integrada por soldados, obreros agrícolas y campesinos pobres. Esta célula predicaba la supresión del pago de los arrendamientos y la entrega de tierras a los que no tenían. Inmediatamente hicieron un censo de los prados señoriales, los repartieron entre los diversos pueblos y los segaron. "Los socialrevolucionarios del Comité cantonal ponían el grito en el cielo, diciendo que nuestro modo de proceder era ilegal, pero no renunciaron a la parte que les correspondía." Y como, por miedo a las responsabilidades, los representantes locales renunciaron a sus cargos, los campesinos eligieron a nuevos elementos más decididos. No todos ellos eran bolcheviques, ni mucho menos. Mediante su presión directa, los campesinos provocaron una escisión en el seno del Partido Socialrevolucionario: los elementos de espíritu revolucionario se separaron de los funcionarios y de los arribistas. Después de haber segado los pastizales del señor, los mujiks los pusieron en barbecho y araron la tierra para la siembra de invierno. La célula bolchevique decidió inspeccionar los graneros de los terratenientes y enviar las reservas de granos al centro, donde se pasaba hambre. Las decisiones de la célula eran puestas en ejecución porque coincidían con el estado de espíritu de los campesinos. Chinenov llevó consigo a su pueblo publicaciones bolcheviques, de las cuales antes no se tenía la menor idea. "Los intelectuales y los socialrevolucionarios de la localidad propalaban el rumor de que llevaba encima mucho oro alemán para comprar a los campesinos." Iguales procesos se desarrollaban por todas partes, en proporciones distintas. Cada distrito tenía sus Milliukov, sus Kerensky y sus Lenin.

En el gobierno de Smolensk la influencia de los socialrevolucionarios se consolidó después del Congreso provincial de delegados campesinos, que, como de costumbre, se pronunció en el sentido de que la tierra pasara a manos del pueblo. Los campesinos aceptaron integralmente esta decisión, pero se distinguían en esto de los dirigentes: en que la tomaban en serio. De aquí en adelante crece incesantemente en las aldeas el número de socialrevolucionarios. "Todo el que en un congreso cualquiera hacía acto de presencia en la fracción de los socialrevolucionarios —cuen-

ta un militante de la época— quedaba clasificado como socialrevolucionario o como cosa por el estilo." En la capital del distrito había dos regimientos también influidos por los socialrevolucionarios. Los Comités agrarios cantonales empezaron a trabajar las tierras de los grandes propietarios y a segar sus prados. El comisario provincial, Yefimov, que era socialrevolucionario, publicaba decretos conminatorios. El pueblo estaba desconcertado. ¿Este mismo comisario no había dicho en el Congreso provincial que ahora el poder estaba en manos de los campesinos y que la tierra sólo debía ser para quien la trabajaba? Pero había que rendirse ante la evidencia de los hechos. Por orden del comisario socialrevolucionario Yefimov, solamente en el distrito de Elnino, dieciséis Comités agrarios de cantón, sobre diecisiete que había, fueron llevados, en el curso de los meses siguientes, ante la justicia, por haberse apoderado de la tierra de los grandes propietarios. Es ésta la razón original que llevaba a su desenlace el idillo de la *intelligentzia* populista con el pueblo. En todo el distrito no había más que tres o cuatro bolcheviques. Su influencia, no obstante, creció rápidamente, eliminando o escluyendo a los socialrevolucionarios.

A principios de mayo se reunió en Petrogrado el Congreso de campesinos de toda Rusia. Los representantes habían sido nombrados desde arriba y tenían un carácter con frecuencia fortuito. Y si los Congresos de obreros y soldados iban invariablemente retrasados en relación con la marcha de los acontecimientos y la evolución política de las masas, imagínese hasta qué punto la representación de una clase tan disgregada como eran los campesinos, tenía que ir a la zaga del verdadero estado de opinión reinante en la aldea rusa. A este Congreso acudieron como delegados los intelectuales populistas de extrema derecha, gente ligada principalmente con los campesinos, por medio de la cooperación comercial, o sólo por los recuerdos de la juventud. El verdadero "pueblo" estaba representado allí por los elementos más acomodados del campo, los kulaks, los tenderos y los cooperativistas de la aldea. Los socialrevolucionarios dominaban sin competencia en este Congreso, representados por su ala derecha. Sin embargo, alguna que otra vez, ellos mismos se detenían, aterrorizados ante la insólita combinación de avaricia por la tierra y de espíritu de "centuria negra" en política entre algunos diputados. Ante la gran propiedad agraria, el Congreso adoptó una posición unánime, extremadamente radical: "Todas las tierras pasarán a ser de dominio público, sin indemnización, para ser explotadas y trabajadas de un modo igualitario por los trabajadores." Por supuesto que los kulaks interpretaban lo de "igualitarlo" en el sentido

de su igualdad con los terratenientes, pero nunca en el sentido de igualdad con los obreros agrícolas. Sin embargo, ese pequeño malentendido entre el ficticio socialismo populista y el democratismo agrario de los campesinos había de ponerse al desnudo algún tiempo después.

El ministro de Agricultura, Chernov, que ardía en deseos de ofrecer al Congreso campesino un huevo de Pascuas, se ocupaba, sin ningún resultado visible, en el proyecto de decreto que prohibía las transacciones sobre tierras. El ministro de Justicia, Pereversev, a quien se tenía también por socialrevolucionario, adoptaba, precisamente por los días del Congreso, medidas para que no se opusiera obstáculo alguno a esas transacciones. Los diputados campesinos protestaron. Pero las cosas no se movían. El Gobierno provisional del príncipe Lvov no se decidía a meter manos en las tierras de los grandes propietarios. Los socialistas no querían meter manos en el Gobierno provisional. Y, por su composición, el Congreso era incapaz de encontrar una salida a la contradicción entre su apetito de tierra y su espíritu reaccionario.

El 20 de mayo, en el Congreso de los campesinos, habla Lenin. "Parecía —dice Sujanov— como si hubiese caído entre una bandada de cocodrilos. Sin embargo, los campesinos le oyeron muy atentos, y con seguridad que no sin simpatía, aunque no osaron manifestarse." Lo mismo sucedió en la sección de soldados extremadamente hostil a los bolcheviques. Siguiendo el ejemplo de los socialrevolucionarios y los mencheviques, Sujanov intenta dar un matiz anarquista a la táctica de Lenin ante la cuestión agraria. Era bastante parecido a lo del príncipe Lvov, que estaba inclinado a considerar como acto anárquico todo atentado contra los derechos de los propietarios. Siguiendo esta lógica, la revolución en su conjunto equivale a la anarquía. En realidad, el modo como Lenin planteaba la cuestión era harto más profundo de lo que sus críticos se imaginaban. Como órganos de la revolución agraria, y en primer lugar de la liquidación de la propiedad territorial de los nobles, debían colocarse los Comités agrarios bajo el control de los Soviets de diputados campesinos. A los ojos de Lenin, los Soviets eran los órganos del Estado del mañana, el poder más concentrado de todos, la dictadura revolucionaria. Como se ve, esto se hallaba bastante lejos del anarquismo, o sea de la teoría y de la práctica de la negación del poder. "Nosotros nos pronunciamos —decía Lenin el 28 de abril— por la transmisión inmediata de la tierra a los campesinos dentro de la mejor organización posible. Nosotros nos oponemos absolutamente a las expropiaciones anárquicas." ¿Por qué no estamos conformes con esperar hasta la Asamblea Constituyente? "Para

nosotros lo importante es la iniciativa revolucionaria de la cual la ley debe ser el resultado. Si esperáis a que se escriba la ley sin desplegar la menor energía revolucionaria, no tendréis ni ley ni tierra." ¿Es que estas palabras tan sencillas no son el lenguaje de todas las revoluciones?

Después de un mes de sesiones, el Congreso campesino eligió como organismo permanente un Comité Ejecutivo compuesto de dos centenares de pequeñoburgueses del campo y de populistas profesores o comerciantes, escudados por un conjunto de personajes decorativos tales como la Brechkovskaya, Chalkovski, Vera Figner y Kerensky. Fue elegido presidente del Comité el socialrevolucionario Avksentiev, bueno para los banquetes de provincia, mas no para la guerra campesina.

A partir de ese momento, las cuestiones más importantes fueron debatidas en las sesiones conjuntas de los dos Comités Ejecutivos: el de los obreros y soldados y el de los campesinos. Esta combinación representa un extraordinario robustecimiento del ala derecha, apoyada directamente sobre los kadetes. En todos aquellos casos en que era necesario ejercer presión sobre los obreros, atacar a los bolcheviques, amenazar con todos los azotes posibles a la "república autónoma de Cronstadt", las doscientas manos, o, para decirlo más exactamente, los doscientos puños del Comité Ejecutivo campesino, se levantaban como una muralla. Todos ellos convenían con Miliukov en que era preciso "acabar" con los bolcheviques. Lo malo era que en lo tocante a la tierra de los grandes propietarios abrigan opiniones de campesinos, no de teóricos liberales, que les ponían frente a la burguesía y al Gobierno provisional.

Apenas había terminado sus sesiones el Congreso campesino, empezaron a llover quejas de que en las aldeas tomaban en serio las resoluciones del Congreso y se inventaban y confiscaban la tierra y los bienes muebles de los terratenientes. Era absolutamente imposible implantar en los sesos testarudos de los mujiks la idea de una diferencia entre la palabra y el acto.

Los socialrevolucionarios, alarmados, tocaron retreta. En el Congreso celebrado en Moscú a principios de junio, condenaron de manera solemne toda ocupación arbitraria de tierras: era preciso esperar a la Asamblea Constituyente. Pero esta resolución fue impotente, no ya para contener, sino ni siquiera para debilitar el movimiento agrario. Y la cosa venía a complicarse todavía más por el hecho de que el propio Partido Socialrevolucionario albergaba a no pocos elementos que estaban realmente dispuestos a luchar hasta el fin al lado de los campesinos contra los terratenientes y con la agravante de que estos socialrevolucionarios de izquierda, que no osaban aún romper abiertamente con el

Partido, ayudaban a los campesinos a burlar las leyes o a interpretarlas a su modo.

En la provincia de Kazán, donde el movimiento campesino tomaba un carácter especialmente turbulento, los socialrevolucionarios de izquierda definieron su actitud antes que en otros sitios. Al frente de ellos estaba Kalegayev, que había de ser comisario del pueblo de Agricultura en el Gobierno soviético durante el periodo del bloque de los bolcheviques con los socialrevolucionarios de izquierda. A partir de mediados de mayo, en esa provincia se empieza de manera sistemática a poner las tierras a disposición de los Comités cantonales. En el distrito de Spaski, a la cabeza de cuyas organizaciones campesinas se encuentra un bolchevique, es donde estas medidas se llevan a la práctica con mayor audacia. Las autoridades provinciales se lamentan ante el poder central de la campaña de agitación agraria que están llevando a cabo los bolcheviques llegados de Cronstadt, y añaden que la beata monja Tamara ha sido detenida por ellos "por haber hecho objeciones".

El 2 de junio el comisario de la provincia de Voronezh comunica: "Cada día son más frecuentes, sobre todo en la esfera agraria, los casos de infracción a la ley y los actos ilegales." La ocupación de tierras en la provincia de Penze es cada vez más insistente. Uno de los Comités agrarios de la provincia de Kaluga quitó al convento la mitad de la siega de un prado; cuando el prior del convento expuso sus quejas al Comité agrario del distrito, éste tomó la siguiente resolución: apoderarse del prado entero. No es frecuente que las instancias superiores sean más radicales que las inferiores. La abadesa Maria, de la provincia de Penze, se lamenta de la ocupación de los bienes del convento: "Las autoridades locales son impotentes." En la provincia de Viatka los campesinos se incautaron de las fincas de los Skoropadski, familia del futuro *hetman* de Ucrania, y decidieron, "en cuanto se resolviese el problema de la propiedad agraria", no tocar el bosque y entregar al Tesoro los intereses de las fincas.

En muchos otros lugares los Comités agrarios no sólo rebajaron los arrendamientos hasta el 500 y 600 por 100, sino que decidieron no pagar las fincas a los terratenientes y ponerlas a disposición de los Comités hasta que la Asamblea Constituyente resolviera la cuestión. No como abogados, sino como mujiks, es decir, seriamente, se respondía así a la cuestión de no prejuzgar sobre la reforma agraria antes de la Asamblea Constituyente. En la provincia de Saratov, donde todavía en la víspera los campesinos prohibían a los terratenientes talar los bosques, ahora los talaban ellos mismos. Con mucha frecuencia los campesinos se apoderan de las tierras de la Iglesia y de los conventos, sobre todo

allí donde hay pocas fincas pertenecientes a grandes propietarios. En Livonia los obreros agrícolas letones, unidos a los soldados del batallón letón, proceden sistemáticamente a la ocupación de las haciendas de los barones.

De la provincia de Vitebsk llegan quejas desesperadas de los propietarios de aserraderos, quienes dicen que las medidas de los Comités agrarios atacan contra la industria de la madera e impiden dar satisfacción a las necesidades del frente. Otros patriotas no menos interesados, como los terratenientes de la provincia de Poltava, se sienten afligidos por el hecho de que los desórdenes agrarios les impiden abastecer al Ejército. Finalmente, el Congreso de los propietarios de haras, celebrado en Moscú, advierte, que las expropiaciones de tierras constituyen una terrible amenaza para la cría caballar. Al mismo tiempo, el procurador del Santo Sínodo, el mismo que calificaba a los miembros de esta muy santa institución de "idiotas y canallas", se quejaba al Gobierno de que en la provincia de Kazán los campesinos quitaran a los frailes no sólo el ganado y la tierra, sino también la harina necesaria para el pan sagrado. En la provincia de Petrogrado, a dos pasos de la capital, los campesinos echaban de un dominio a su administrador y se ponían ellos mismos a administrar. El 2 de junio el infatigable príncipe Urusov volvía a telegrafiar en todas direcciones: "A pesar de todas mis órdenes..., etc. Ruego nuevamente que se tomen las medidas más enérgicas." El príncipe sólo olvidaba indicar qué medidas.

Al tiempo que por todo el país se desarrollaba una labor gigantesca para extirpar las raíces más profundas de la Edad Media y de la servidumbre de la gleba, el ministro de Agricultura, Chernov, en sus oficinas, recogía materiales de estudio para la Asamblea Constituyente. Proponíase llevar a cabo la reforma basándose únicamente en los datos más precisos de la estadística agraria y de toda suerte de estadísticas, y trataba de persuadir con voz meliflua a los campesinos de que tuvieran un poco de paciencia, hasta que él terminara sus ejercicios. Lo cual —dicho sea de paso— no fue obstáculo para que los terratenientes hiciesen saltar al "ministro de asuntos campesinos", sin darle tiempo a concluir sus tablas sacramentales.

Recientes investigadores, basándose en los archivos del Gobierno provisional, han calculado que en marzo el movimiento agrario se manifestaba, con mayor o menor intensidad, en 34 distritos; en abril, en 174; en mayo, en 236; en junio, en 280; llegando en julio a 325. Sin embargo, estas cifras no dan una idea completa del crecimiento real del movimiento, ya que, dentro de cada distrito, la lucha cobra de mes en mes un carácter más vasto y tenaz.

En este primer período que va de marzo a junio, la

aplastante mayoría de los campesinos se abstiene todavía de emplear la violencia directa contra los terratenientes y de apoderarse abiertamente de la tierra. Yakovlev, que ha dirigido las aludidas investigaciones y que es en la actualidad comisario del pueblo en el departamento de Agricultura de la Unión Soviética, explica la táctica relativamente pacífica de los campesinos por la confianza que aún depositaban en la burguesía. Fuerza es reconocer la inconsistencia de esta explicación. El Gobierno del príncipe Lvov no podía inspirar confianza alguna a los campesinos, para no hablar ya del recelo constante del campesino hacia la ciudad, hacia el poder y hacia la sociedad culta. Que durante este primer período los campesinos no recurran todavía a casi ninguna medida de violencia abierta y se esfuercen en dar a sus actos la forma de una presión legal o semilegal se explica precisamente por su desconfianza hacia el Gobierno y por la inseguridad en sus propias fuerzas. Los campesinos empiezan a agitarse, tantean el terreno, calculan la resistencia del enemigo y, apretando al terrateniente en toda la línea, dicen: "Nosotros no queremos robar nada, sino arreglarlo todo por las buenas." No se apoderan del prado, pero siegan la alfalfa, arriendan por la fuerza la tierra, fijando ellos mismos la renta, o la "compran" por los mismos procedimientos coercitivos y en los precios que ellos mismos señalan. Todas estas apariencias legales, pero convincentes lo mismo para el propietario que para el jurisconsulto liberal, están dictadas en realidad por una desconfianza latente, pero profunda, contra el Gobierno. Por las buenas —se dice el campesino— no lo conseguirás; tomarlo por la fuerza es peligroso; intentemos obrar por la astucia. Prefería expropiar al terrateniente con su consentimiento.

"Durante todos estos meses —insiste Yakovlev— prevalecen procedimientos peculiares, nunca vistos en la Historia, de lucha 'pacífica' con los terratenientes, resultante de la desconfianza que los campesinos tenían en la burguesía y en el Gobierno de ésta." Estos procedimientos, que se califican de nunca vistos en la Historia, son, en realidad, los procedimientos típicos, inevitables, históricamente necesarios en la fase inicial de una guerra campesina bajo todos los meridianos. La tendencia a dar una apariencia, sea de legalidad religiosa o civil, a los primeros pasos de la revolución, ha caracterizado en todos los tiempos a la lucha de clases revolucionarias antes de que éstas reúnan las fuerzas y la seguridad en sí mismas que necesitan para cortar el cordón umbilical que las une a la vieja sociedad. Y esto rige con los campesinos en mayor medida que con ninguna otra clase, ya que ellos, aun en sus mejores tiempos, avanzan medio a oscuras y a tientas, mirando recelosamen-

te a sus amigos de la ciudad. Y tienen sus buenas razones para ello. Los amigos del movimiento agrario, en los primeros pasos de éste, son siempre los agentes de la burguesía liberal y radical. Pero estos amigos, al tiempo que patrocinan una parte de las reivindicaciones campesinas, tiemblan por la suerte de la propiedad burguesa, razón por la cual se esfuerzan en traer al movimiento campesino a los cauces de la legalidad establecida.

En esta dirección actúan también, mucho antes ya de la revolución, otros factores. Del seno mismo de la clase aristocrática se alzan apóstoles conciliadores. León Tolstói penetró profundamente en el alma del mujik, mucho más que nadie. Su filosofía de la no resistencia al mal por la violencia era una generalización de las primeras etapas de la revolución campesina. Tolstói soñaba con que todo ocurriera "sin expropiaciones, por consentimiento recíproco". A esta táctica le daba él un cimiento religioso, bajo la forma de cristianismo puro. Mahatma Gandhi cumple actualmente en la India la misma misión, sólo que en una forma más práctica. Si de la época contemporánea nos remontamos a otras más lejanas, encontraremos sin ninguna dificultad aquellos mismos fenómenos que se pretenden "nunca vistos en la Historia", disfrazados bajo las formas más diversas, religiosas, nacionales, filosóficas y políticas, empezando por los tiempos bíblicos y aun antes.

El carácter peculiar de la insurrección campesina de 1917 se expresaba sobre todo en que, como agentes de la legalidad burguesa, entrasen en acción hombres que se llamaban socialistas, y no sólo eso, sino asimismo revolucionarios. Pero no eran ellos los que determinaban el carácter y el ritmo del movimiento campesino. Los campesinos seguían a los socialrevolucionarios en la medida en que éstos les facilitaban fórmulas concretas para deshacerse de los terratenientes. Al mismo tiempo, los socialrevolucionarios les servían de apariencia jurídica. Así era, en fin, el partido de Kerensky, ministro de Justicia primero, de la Guerra después, y de Chernov, titular de la cartera de Agricultura. Los socialrevolucionarios de distrito y de cantón explicaban la tardanza en publicar los ansiados decretos por la resistencia de los terratenientes y los liberales, y aseguraban a los campesinos que en el Gobierno los "nuestros" hacían todo lo que podían. El campesino, naturalmente, no tenía nada que objetar contra esto. Pero sin incurrir, ni mucho menos, en una cándida credulidad, entendía que era necesario ayudar a los "nuestros" desde abajo, y tan a conciencia lo hacía, que los "nuestros", encumbrados en las alturas, pronto comenzaron a alarmarse.

La debilidad de los bolcheviques entre los campesinos era pasajera y se debía al hecho de no compartir las ilu-

siones de éstos. El campo no podía llegar al bolchevismo más que por la experiencia y la decepción. La fuerza de los bolcheviques en la cuestión agraria, como en las demás, estribaba en que para ellos no había divorcio entre la palabra y la acción.

Las consideraciones sociológicas generales no permitían decidir *a priori* si los campesinos en su conjunto eran o no capaces de alzarse contra los terratenientes. La acentuación de las tendencias capitalistas en la economía agrícola durante el período comprendido entre las dos revoluciones; la formación de un sector de campesinos acomodados, separados con sus fincas del primitivo régimen "comunal"; los extraordinarios progresos hechos por la cooperación agraria, acaudillada por los campesinos acomodados y ricos; todo esto no permitía saber con seguridad, de antemano, cuál de las dos tendencias prevalecería en la revolución, si el antagonismo agrario de casta entre los campesinos y la nobleza o el antagonismo de clase dentro del mismo campesinado.

Lenin, al llegar a Rusia, adoptó una actitud muy prudente ante esta cuestión. "El movimiento agrario —decía el 14 de abril— no es más que un pronóstico, pero no un hecho... Hay que estar preparados para la eventualidad de que los campesinos se unan a la burguesía." No era una idea lanzada al azar. Por el contrario, Lenin la repite insistentemente en varias ocasiones. En la Conferencia del Partido, el 24 de abril, él se pronuncia contra los "viejos bolcheviques" que lo acusan de subestimar a los campesinos, y dice: "El partido proletario no puede ahora cifrar sus esperanzas en la comunidad de intereses con los campesinos. Luchamos para que los campesinos se pasen a nuestro lado; pero el hecho es que éstos, y hasta cierto punto conscientemente, están al lado de los capitalistas." Esto —dicho sea de paso— demuestra cuán lejos estaba Lenin de la teoría, que más tarde habían de atribuirse los epígonos, de la eterna armonía entre los intereses del proletariado y los de los campesinos. Aun admitiendo la posibilidad de que los campesinos, como casta, pudieran actuar en calidad de factor revolucionario, Lenin se preparaba, sin embargo, en abril, para la peor variante, a saber: la perspectiva de un sólido bloque entre terratenientes, la burguesía y los vastos sectores campesinos. "Pretender atraer ahora al mujik —decía— es entregarse a merced de Miliukov." De donde se desprende la conclusión: "Desplazar el centro de gravedad a los Soviets de obreros agrícolas."

Pero, afortunadamente, se realizó la hipótesis mejor. El movimiento agrario, que antes no era más que un pronóstico, se convirtió en un hecho que puso de manifiesto por breves instantes, pero con una fuerza extraordinaria, el

predominio de los lazos internos de los campesinos sobre los antagonismos capitalistas. Los Soviets de obreros del campo sólo adquirieron importancia en algunos sitios, de manera principal en las regiones del Báltico. En cambio, los Comités agrarios se convirtieron en órganos de todos los campesinos, que en su tenaz presión los transformaban, de cámaras de conciliación, en instrumentos de la revolución agraria.

El hecho de que los campesinos encontraran una vez más la posibilidad, la última en su historia, de actuar en bloque como factor revolucionario, prueba, al mismo tiempo, la falta de vigor del régimen capitalista en el campo y su fuerza. La economía burguesa no había liquidado todavía por completo el régimen agrario medieval servil. Pero, a la vez, en el desarrollo capitalista había tales avances, que estructuraba las viejas formas de la propiedad agraria de un modo igualmente insoportable para todos los sectores del campo. El entrelazamiento de los dominios de los nobles y de las propiedades campesinas, con frecuencia calculado conscientemente de manera de transformar los derechos del propietario noble en un lazo para toda la comunidad campesina; el reparto inverosímil de las tierras de la aldea, y, finalmente, el antagonismo reinante entre la comuna agrícola y los colonos individualistas; todo esto constituía, en su conjunto, una intolerable confusión de las relaciones agrarias, de donde no se podía salir por medidas legislativas parciales. Y los campesinos comprendían mejor esto que todos los teóricos agrarios. La experiencia de la vida, desarrollada a lo largo de una serie de generaciones, les llevaba a una misma y única conclusión: la de que había que extirpar los derechos heredados y adquiridos sobre la tierra, destruir los mojones y entregar esta tierra, limpia de toda tara histórica, a quien la trabajase.

Tal era el sentido de los aforismos del mujik: "La tierra no es de nadie, la tierra es de Dios", y es en el mismo sentido que el campesinado interpreta el programa socialrevolucionario de la socialización de la tierra. Pese a la teoría de los narodniki, aquí no se deslizaba una pizca de socialismo. Todavía no ha habido una sola revolución agraria, por más audaz que fuese, que por sí misma haya rebasado los cuadros del régimen burgués. La socialización, que, según se decía, debía asegurar a cada trabajador "el derecho a la tierra", representaba —las relaciones del mercado eran mantenidas sin limitación— una evidente utopía. Los mencheviques criticaban esta utopía desde un punto de vista liberal-burgués. El bolchevismo, por el contrario, ponía a la luz esta tendencia democrática progresista que, en la teoría de los socialrevolucionarios, encontraba su expresión utópica. La revelación del verdadero sentido histó-

rico del problema agrario en Rusia fue uno de los más grandes méritos de Lenin.

Miliukov escribe que, para él, como "sociólogo e investigador de la evolución histórica rusa", es decir, como hombre que contempla desde la cúspide lo que sucede, "Lenin y Trotsky acaudillan un movimiento que estaba mucho más cerca de Pugachev, de Stenka Razin, de Bolotnikov —siglos xvii y xviii de nuestra historia—, que de la última palabra del anarcosindicalismo europeo". La parte de verdad contenida en esta afirmación del sociólogo liberal, dejando de lado lo del "anarcosindicalismo", fuera de lugar, no se dirige contra los bolcheviques, sino más bien contra la burguesía rusa, contra su atraso y su insignificancia política. Los bolcheviques no eran culpables de que los grandiosos movimientos campesinos de los siglos pasados no consiguieran instaurar en Rusia la democratización de las relaciones sociales —sin la dirección de las ciudades era imposible conseguirlo—, como tampoco de que la llamada emancipación de los campesinos, llevada a cabo en 1861, se organizase en base del robo de las tierras comunales, de la sujeción de los campesinos al Estado y de la integridad del régimen de castas. Por todo esto, los bolcheviques se vieron ante la necesidad de acabar, en el primer cuarto del siglo xx, lo que los siglos xvii, xviii y xix habían hecho a medias o no habían hecho.

LAS MASAS SE REAGRUPAN

A los cuatro meses de su existencia, el régimen de febrero se ahogaba ya en sus propias contradicciones. Junio comienza con el Congreso Panruso de los Soviets, que tenía por tarea dar un camuflaje político a la ofensiva en el frente. La iniciación de la ofensiva coincidió con una grandiosa manifestación de obreros y soldados organizados en Petrogrado por los conciliadores contra los bolcheviques, y que acabó convirtiéndose en una manifestación bolchevista contra los conciliadores. La creciente indignación de las masas condujo, quince días más tarde, a una nueva manifestación que se organizó espontáneamente y sin llamadas de arriba; que dio lugar a encuentros sangrientos, y que quedó en la Historia con el nombre de "jornadas de julio". El semialzamiento de julio, que surge precisamente en la mitad del periodo comprendido entre la Revolución de Febrero y la de Octubre, cierra la primera etapa, y viene a ser una especie de ensayo general de la segunda. En los umbrales de las jornadas de julio nosotros terminamos este tomo. Pero antes de entrar a exponer los acontecimientos que tuvieron por escena a Petrogrado en este mes, conviene detenerse un momento a observar los procesos que se estaban operando en las masas.

A un liberal que afirmaba, a principios de mayo, que cuanto más hacia la izquierda se inclinaba el Gobierno más hacia la derecha viraba el país, Lenin replicó: "Os aseguro, ciudadano, y podéis creerlo, que el país de los obreros y campesinos pobres está mil veces más a la izquierda que los Chernov y los Tsereteli, y cien veces más que nosotros. Pronto se verá que así es." Lenin entendía que los obreros y los campesinos estaban situados "cien veces" más a la izquierda que los propios bolcheviques. A primera vista, esto podía parecer, cuando menos, infundado, ya que los obreros y soldados seguían apoyando a los conciliadores y desconfiaban, en su mayoría, de los bolcheviques. Pero Lenin iba más allá. Los intereses sociales de las masas, su odio y sus esperanzas, pugnaban aún por ex-

teriorizarse. Para ellos, los conciliadores representaban sólo una primera etapa. Las masas estaban incomparablemente más a la izquierda que los Chernov y los Tsereteli, aunque aún no tuviesen conciencia de su radicalismo. Lenin tenía también razón al decir que las masas estaban más a la izquierda que los bolcheviques, pues el Partido, en su aplastante mayoría, no se daba aún cuenta de la magnitud de las pasiones revolucionarias que hervían en las entrañas del pueblo sublevado. La revuelta de las masas estaba alimentada por la prolongación de la guerra, el desmoronamiento económico del país y la funesta inactividad del Gobierno.

La inmensa llanura asiático-europea había podido convertirse en país gracias a las vías férreas. La guerra repercutió en ellas de un modo gravísimo. Los transportes estaban desorganizados. En algunas líneas el número de locomotoras fuera de servicio llegaban al 50 por 100. En el Cuartel General había documentados ingenieros que demostraban en sus informes que a la vuelta de medio año, a más tardar, los transportes ferroviarios se paralizarían por completo. En estos cálculos entraba en buena parte, naturalmente, el designio consciente de sembrar el pánico. Pero no podía negarse que el desbarajuste de los transportes iba tomando, en efecto, proporciones amenazadoras, que se reflejaban funestamente en el tráfico de mercancías, contribuyendo de manera considerable a la carestía de las subsistencias.

El abastecimiento de las ciudades volvía de más en más penoso. El movimiento agrario había prendido ya en cuarenta y tres provincias. El suministro de cereales a los centros urbanos y al Ejército iba reduciéndose de un modo alarmante. En las regiones más fértiles del país existían todavía, a decir verdad, docenas y centenares de millones de *puds* de granos sobrantes. Pero las operaciones de almacenamiento a los precios tasados daban resultados totalmente insuficientes; y, por otra parte, los granos almacenados era difícil trasladarlos a los centros, a causa de la desorganización de los transportes. A partir del otoño de 1916, al frente llegaba, término medio, la mitad del abastecimiento previsto. La ración de Petrogrado, de Moscú y de otros centros industriales no pasaba del 10 por 100 de lo necesario. No había apenas reservas. El nivel de vida de las masas urbanas oscilaba entre la subalimentación y el hambre. El advenimiento del Gobierno de coalición fue señalado en este aspecto por la prohibición democrática de amasar pan blanco. Han de pasar varios años antes de que vuelva a aparecer en la capital el "pan francés". Había escasez de carne. En junio fue racionado en todo el país el consumo de azúcar.

La mecánica del mercado, rota por la guerra, no fue suplida por la reglamentación estatal a la que tuvieron que recurrir los países capitalistas avanzados, y gracias a la cual pudo mantenerse Alemania durante los cuatro años de guerra.

Los síntomas catastróficos del desastre económico poníanse al desnudo a cada paso. La baja en el rendimiento de las fábricas obedecía, aparte del desbarajuste en los transportes, al desgaste de la maquinaria, a la penuria de materias primas y de material auxiliar, a la inestabilidad de la mano de obra, a la anormal financiación y, finalmente, a la incertidumbre general. Las fábricas más importantes seguían trabajando para las necesidades de la guerra. Se les habían dado encargos para dos y tres años. A pesar de todo, los obreros se resistían a creer que la guerra continuaría. Los periódicos daban cifras fantásticas de beneficios de guerra. La carestía de la vida iba en aumento. Los obreros esperaban que se produjesen cambios. El personal técnico y administrativo de las fábricas se organizaba sindicalmente y presentaba pliegos de peticiones. En estos sindicatos predominaban los mencheviques y los socialrevolucionarios. El régimen de las fábricas se desmoronaba. Todos los resortes cedían.

Las perspectivas de la guerra y de la economía del país tornábanse nebulosas, confusas; el derecho de propiedad veíase amenazado; los beneficios decrecían y los riesgos aumentaban; los patronos perdían el estímulo de producir en esas condiciones revolucionarias. La burguesía en su conjunto abrazaba la senda del derrotismo económico. Las pérdidas pasajeras experimentadas a consecuencia de la parálisis económica del país eran, a sus ojos, una especie de gastos generales que les imponía la lucha contra la revolución que amenazaba las bases de la "cultura". Al mismo tiempo, la prensa sensata no dejaba pasar día sin acusar a los obreros de sabotear deliberadamente la industria, de dilapidar los materiales y de malgastar de manera irracional el combustible para acelerar con ello la paralización. La falsedad de estas acusaciones rebasaba todos los límites. Y como esta prensa era la de un partido, que de hecho acaudillaba la coalición ministerial, la indignación de los obreros caía, naturalmente, sobre el Gobierno provisional.

Los industriales no habían olvidado la experiencia de la revolución de 1905, en la cual un *lockout*, organizado con el apoyo activo del Gobierno, no sólo hizo fracasar la campaña de los obreros por la jornada de ocho horas, sino que prestó un inapreciable servicio a la monarquía para el aplastamiento de la revolución. Esta vez la idea del *lockout* sometíase al estudio del Consejo de los Con-

gresos de la Industria y del Comercio, denominación inocente por la que se conocía el órgano de lucha de los *trusts* y los grandes consorcios. Uno de los capitanes de la industria, el ingeniero Auerbach, había de explicar años más tarde en sus memorias por qué fue desechada la idea del *lockout*: "Hubiera parecido una puñalada por la espalda asestada al Ejército. La mayoría, *teniendo en cuenta la falta de apoyo del Gobierno*, se mostraba muy pesimista acerca de las consecuencias de este paso." Todo lo cual estaba en la ausencia de un "verdadero" poder. El Gobierno provisional estaba paralizado por los Soviets; los jefes razonables de los Soviets, por las masas; los obreros de las fábricas estaban armados; además, casi todas las fábricas tenían en sus inmediaciones un regimiento o un batallón amigo. En estas condiciones, era natural que a los caballeros industriales les pareciera que el *lockout* era "odioso desde el punto de vista nacional". Pero esto no significaba que renunciasen a la ofensiva; lo único que hacían era adaptarla a las circunstancias, dándole un carácter no simultáneo, aunque larvado. Según la expresión diplomática de Auerbach, los industriales "llegaron finalmente a la conclusión de que la vida misma se encargaría de dar una lección: imponer el cierre inevitable y paulatino de las fábricas, cosa que, en efecto, empezó a ocurrir muy pronto". Dicho en otros términos, el Consejo de la industria unificada, al mismo tiempo que rechazaba el reto del *lockout*, por entender que llevaba aparejada "una enorme responsabilidad", recomendaba a sus afiliados que fuesen cerrando las fábricas una tras otra, buscando pretextos plausibles.

La idea del *lockout* gradual se puso en práctica de un modo bastante sistemático. Los representantes del capital, tales como el kadete Kutler, que había sido ministro con Witte, redactaban imponentes informes sobre el desmoronamiento de la industria, bien entendido que la responsabilidad no se achacaba precisamente a los tres años de guerra, sino a los tres meses de revolución. "Pasarán dos o tres semanas —predecía el impaciente *Riech*—, y las fábricas empezarán a cerrarse una tras otra." Velada en esta profecía hay una amenaza. Los ingenieros, los profesores, los periodistas, abrieron en la prensa una campaña especial, en la que se sostenía que la medida fundamental de la salvación consistía en dominar a los obreros. El 7 de mayo, en víspera de su separación ostentosa del Gobierno, el ministro e industrial Konovalov declaraba: "Si en un próximo futuro la gente no entra en razón..., asistiremos al cierre de cientos de empresas."

A mediados de junio el Congreso de la Industria y del Comercio exige al Gobierno provisional que rompa

"abiertamente con el actual modo de llevar adelante la revolución". Esta demanda: "¡Suspended la revolución!", la hemos oído ya de labios de los generales. Pero los industriales son más precisos: "La fuente del mal no está sólo en los bolcheviques, sino también en los partidos socialistas. La Rusia no puede ser salvada más que por un puño firme, una mano de hierro."

Después de haber preparado la situación políticamente, los industriales pasaron de las palabras a la acción. Durante los meses de marzo y abril se cerraron 129 fábricas, que daban trabajo a 9.000 obreros; en el mes de mayo, 108 empresas, con el mismo número de obreros; en junio se clausuraron ya 125, con un contingente de 38.000 obreros; en julio, 206 empresas, que daban trabajo a 48.000 obreros. El *lockout* se extiende con progresión geométrica. Pero esto no era más que el principio. A Petrogrado siguió la industria textil de Moscú, y tras ésta vinieron las provincias. Los patronos justificaban el cierre por la falta de combustible, de materias primas, de materiales auxiliares, de créditos. Los Comités de fábrica intervinieron y, en muchos casos, demostraron de un modo irrefutable que la producción se desorganizaba deliberadamente con el fin de presionar a los obreros a conseguir una ayuda financiera del Estado. Se distinguían por su conducta insolente los capitalistas extranjeros, atrincherados detrás de sus embajadas. En ciertos casos el sabotaje era tan evidente que, forzados por las revelaciones de los Comités de fábrica, los industriales no tenían más remedio que volver a abrir sus industrias. Así, poniendo al desnudo una contradicción social tras otra, la revolución no tardó en llegar a la más importante de todas: a la contradicción que mediaba entre el carácter social de la producción y la propiedad privada de los medios de producción. Para vencer a los obreros, el empresario no tiene inconveniente en cerrar la fábrica, ni más ni menos que si se tratara de su petaca y no de un organismo necesario para la vida de toda la nación.

Los Bancos, que habían boicoteado con éxito el "Empréstito de la Libertad", abrazaron una actitud combativa ante los atentados del Fisco contra el gran capital. En una carta dirigida al ministro de Finanzas, los banqueros "predecían" la evasión de capitales al extranjero y la reclusión de los valores en la caja de caudales en caso de que se tomaran medidas financieras de carácter radical. Dicho en otros términos, los patriotas de los Bancos amenazaban con el "lockout" financiero como complemento del industrial. El Gobierno se apresuró a ceder después de resistir: ¡los organizadores del sabotaje eran gentes honorables que habían tenido que arriesgar sus capitales amenaza-

dos por la guerra y la revolución y no esos marineros de Cronstadt que no arriesgaban más que su vida!

El Comité Ejecutivo no podía menos que comprender que la responsabilidad por los destinos económicos del país, sobre todo después de la abierta adhesión socialista al poder, recaería a los ojos de las masas sobre la mayoría soviética dirigente. La sección económica del Comité Ejecutivo redactó un amplio programa de reglamentación de la vida económica por el Estado. Constreñidos por las circunstancias, cada día más amenazadoras, las proposiciones de aquellos economistas, muy moderadas, todas, resultaron ser más radicales que sus autores. "Ha llegado el momento —decía el programa—, en muchas ramas de la industria (trigo, carne, sal, pieles), de que se implante el monopolio comercial del Estado; en otras (carbón, azúcar, petróleo, metal, papel), las condiciones aconsejan la constitución de trusts reglamentados por el Estado, y, finalmente, en casi todas las ramas de la industria las condiciones imperantes exigen que el Estado intervenga y reglamente la distribución de las materias primas y de los productos elaborados, así como la fijación de los precios... Al mismo tiempo, es imprescindible un control sobre todos los establecimientos de crédito."

El 16 de mayo, el Comité Ejecutivo, cuyos jefes políticos estaban completamente desconcertados, adoptó casi sin discusión las propuestas de sus economistas y las corroboró con un aviso muy curioso que dirigía al Gobierno, según el cual éste debía imponerse "la misión de organizar de un modo racional la economía nacional y el trabajo", recordando que había sido por no haber cumplido con esta misión por lo que "había caído el antiguo régimen y había sido necesario introducir modificaciones en el Gobierno provisional". Queriendo hacer los valientes, los conciliadores se asustaban a sí mismos.

"Programa magnífico —escribía Lenin—: control, trusts estatizados, lucha contra la especulación, servicio obligatorio de trabajo... Se está obligando a aceptar el programa del 'horrendo' bolchevismo, ya que no puede haber otro programa, ni otra salida ante la quiebra espantosa que efectivamente amenaza..." Toda la cuestión está, sin embargo, en saber quién realizará ese magnífico programa. ¿Será la coalición? La respuesta no tardó en surgir. Al día siguiente de aprobarse el programa económico del Comité Ejecutivo, el Ministro de Comercio e Industria, Konovalov, presentaba la dimisión y se iba dando un portazo. Lo substituyó temporalmente el ingeniero Palchinski, representante no menos fiel, aunque bastante más enérgico, del gran capital. Los ministros socialistas no se atrevieron a presentar siquiera de manera seria el programa del Comi-

té Ejecutivo a sus colegas liberales. No olvidemos que Chernov había intentado, sin conseguirlo, que el Gobierno aprobase un decreto que prohibiera las transacciones sobre tierras.

Como respuesta a las dificultades, cada día mayores, el Gobierno limitóse a forjar un plan para descargar a Petrogrado, es decir, para trasladar las fábricas y los talleres de la capital al interior del país. Este plan se basaba tanto en consideraciones de orden militar —existía peligro de que los alemanes se apoderasen de la capital— como en razones económicas: Petrogrado se hallaba demasiado lejos de las cuencas de combustible y de las materias primas. Aquel desplazamiento habría significado la liquidación de la industria de la capital por meses y años. El fin político perseguido consistía en dispersar por todo el país a la vanguardia de la clase obrera. Paralelamente a esto, las autoridades militares buscaban una serie de pretextos para alejar de Petrogrado a las tropas revolucionarias.

Palchinski ponía todos los esfuerzos en procurar persuadir a la sección obrera del Soviet de las ventajas de aquella dispersión. Era imposible proceder a la evacuación contra la voluntad obrera y los obreros no lo consentían. Esta iniciativa avanzaba tan poco como la proyectada reglamentación de la industria. La crisis se agravaba, los precios subían, el "lockout" tácito se extendía y con él aumentaba el paro forzoso. El Gobierno pataleaba en su sitio. Miliukov ha escrito más tarde: "El Ministro no hacía más que seguir la corriente, y la corriente conducía a los cauces bolcheviques." Si, la corriente conducía al bolchevismo.

El proletariado era la principal fuerza motriz de la revolución. Por su parte, la revolución, se encargaba de formar al proletariado, cosa de que éste estaba muy necesitado.

Hemos visto el papel decisivo que los obreros petersburgueses desempeñaron en febrero. En los puestos de combate se encontraban los bolcheviques. Después de la insurrección, sin embargo, ellos se retiran súbitamente, quedando relegados a segundo plano. La escena política la ocupan ahora los partidos conciliadores. Estos entregan el poder a la burguesía liberal. La bandera del bloque es el patriotismo. Y su presión es tan fuerte, que la mitad, por lo menos, de los dirigentes del Partido Bolchevique capitulan ante él. Al llegar Lenin a Petrogrado, cambia de modo radical el rumbo del Partido Bolchevique, a la par que crece rápidamente su influencia. En la manifestación armada del mes de abril, los obreros y soldados de vanguardia intentan ya romper las cadenas del bloque. Pero después de los primeros esfuerzos, retroceden. Los conciliadores siguen gobernando.

Más tarde, después de la insurrección de octubre, se gastó no poca tinta en torno al tema de que los bolcheviques debían el triunfo al ejército campesino cansado de la guerra. Pero esta explicación es harto superficial. Mucho más cerca de la verdad estaría la afirmación contraria: si los conciliadores han obtenido en la Revolución de Febrero una situación dominante, es ante todo a causa del puesto excepcional que el ejército campesino ocupó en la vida del país. Si la revolución hubiera estallado en tiempo de paz, el rol dirigente del proletariado habría tenido, desde el principio, un carácter mucho más acentuado.

Sin la guerra, la victoria revolucionaria habría llegado más tarde y, abstracción hecha de las víctimas de aquella, habría sido pagada más cara. Pero no habría dejado margen para que se desarrollase un estado de opiniones conciliadoras y patrióticas. En todo caso, los marxistas rusos, al predecir, adelantándose en mucho a los acontecimientos, la conquista del poder por el proletariado en el transcurso de la revolución burguesa, no se basaban precisamente en el estado de opinión transitorio de un ejército campesino, sino en la estructura de clases de la sociedad rusa. Esta previsión se vio totalmente confirmada. Pero la relación fundamental entre las clases se modificó a causa de la guerra y sufrió una alteración temporal bajo la presión del Ejército, es decir, de una organización de campesinos desclasados y provisto de armas. Es precisamente esta formación social artificial la que consolida extremadamente las posiciones de la pequeña burguesía conciliadora y crea para ella la posibilidad de hacer, durante ocho meses, las experiencias que debilitarían al país y a la revolución.

No obstante, las raíces de esta política de conciliación no deben buscarse exclusivamente en el ejército campesino. Hay que indagar en el propio proletariado, en su composición, en su nivel político, los motivos que contribuyen a explicar el predominio temporal de que gozaron los mencheviques y los socialrevolucionarios. La guerra operó enormes variaciones en la composición y estado de espíritu de la clase obrera. Los años que precedieron a la guerra se caracterizaron por el progreso del movimiento revolucionario, pero este proceso viose bruscamente interrumpido por aquella. La movilización fue concebida y aplicada no solamente en un sentido militar, sino, ante todo, desde un punto de vista policial. El Gobierno se apresuró a retirar de las regiones industriales a los obreros más activos e inquietos. Puede sentarse como hecho indiscutible que en los primeros meses de la guerra, la movilización arrancó de la industria hasta un 40 por 100 de los obreros, la mayor parte de ellos clasificados. Su alejamiento, que tan desastrosamente repercutía en la producción, levanta calurosas pro-

testas por parte de los industriales, sobre todo cuando eran mayores los beneficios que la industria de guerra reportaba. Gracias a esto, se contuvo la destrucción total de los cuadros obreros. Los obreros indispensables en la industria eran retenidos en calidad de movillizados, en las fábricas. Las brechas abiertas por la movilización fueron tapadas por trabajadores procedentes del campo, gente pobre de las ciudades, obreros poco expertos, por mujeres y adolescentes. El porcentaje de mujeres empleadas en la industria era de un 32 a un 40 por ciento.

El proceso de transformación y de desleimiento del proletariado tomaba una extensión excepcional precisamente en la capital. Durante los años de la guerra, desde 1914 hasta 1917, el número de fábricas que daban trabajo a más de quinientos obreros aumentó en la provincia de Petrogrado en casi el doble. Por efecto del cierre de fábricas en Polonia y, sobre todo, las de los países bálticos, y a causa también, muy principalmente, del auge de la industria de guerra, en 1917 concentrábanse en las fábricas de Petrogrado cerca de 400.000 obreros, de los cuales 335.000 se distribuían entre 140 fábricas gigantescas. Los elementos más combativos del proletariado petersburgués desempeñaban en el frente un papel muy considerable, contribuyendo no poco a formar el espíritu revolucionario del Ejército. Pero los elementos procedentes del campo que los reemplazaban y que eran, con frecuencia, campesinos acomodados y tenderos, que buscaban en las fábricas un asidero para no ir al frente, y con ellos las mujeres y los jóvenes, eran mucho más dóciles que los obreros corrientes. Añádase a esto que los obreros calificados que continuaban en sus puestos en concepto de movillizados —y eran cientos de miles los que estaban en esta situación— observaban una prudencia extraordinaria por miedo a que les llevaran al frente. Tal era la base social de la mentalidad patriótica que, ya bajo el zarismo, ganó ciertos sectores obreros.

Pero este patriotismo no tenía ninguna estabilidad. La implacable opresión militar y policiaca, la redoblada explotación, las derrotas sufridas en el frente y el desastre económico del país, empujaban a los obreros a la lucha. Sin embargo, durante la guerra, las huelgas tenían casi todas un carácter económico y eran mucho más moderadas que antes. La debilidad de la clase se agravaba por la debilidad de su partido. Después de la detención y el destierro de los diputados bolcheviques, se procedió, con ayuda de todo un cuerpo de provocadores preparados de antemano, a una destrucción general de las organizaciones bolcheviques, de la que el Partido no pudo rehacerse hasta la Revolución de Febrero. En el transcurso de los años 1915 y 1916, la clase obrera diluida tuvo que pasar por una escuela elemen-

tal de lucha antes de que, en febrero de 1917, las huelgas económicas parciales y las manifestaciones de las mujeres hambrientas pudieran fundirse en una huelga general y arrastrar al Ejército a la insurrección.

Así, en la Revolución de Febrero, el proletariado de Petrogrado se encuentra no sólo con efectivos extremadamente heterogéneos que no habían podido todavía amalgamar, sino con un nivel político, disminuido incluso en sus capas más avanzadas. En las provincias, las cosas andaban aún peor. Es sólo esta regresión, causada por la guerra, como la ignorancia o semignorancia del proletariado, la que crea una condición favorable para la dominación provisora de los partidos conciliadores.

Toda revolución instruye, y lo hace rápidamente. En esto está su fuerza. Cada semana aportaba a las masas algo nuevo. Dos meses equivalían a una época. A fin de febrero, la insurrección. A fin de abril, las manifestaciones armadas de los obreros y los soldados en Petrogrado. Al iniciarse julio, nueva manifestación, con proporciones mucho más vastas y con consignas más resueltas. A fin de agosto, la tentativa de golpe de Estado de Kornilov, descartado por las masas. A fin de octubre, conquista del poder por los bolcheviques. Bajo estos acontecimientos, que sorprenden por la regularidad de su ritmo, se operan profundos procesos moleculares, que funden a los elementos heterogéneos de la masa obrera en un todo político. También en esto la huelga desempeñaba un papel decisivo.

Durante las primeras semanas, los industriales, atemorizados por los truenos de la revolución, que retumbaban entre la bacanal de los beneficios de guerra, hicieron concesiones a los obreros. Los industriales de Petrogrado accedieron, incluso, con ciertas reservas y restricciones, a conceder la jornada de ocho horas. Pero esto a los obreros no les bastaba, ya que el nivel de vida descendía constantemente. En mayo, el Comité Ejecutivo se vio obligado a reconocer que, ante el aumento interrumpido de los precios, la situación de los trabajadores "lindaba para muchos con el hambre crónica". En los barrios obreros crecía la nerviosidad. Lo que pesaba más era la perspectiva, la incertidumbre. Las masas son capaces de soportar las más duras privaciones cuando saben en nombre de qué hacen el sacrificio. Pero el nuevo régimen se les revelaba, cada vez más marcadamente, como la máscara de la vieja realidad contra la cual se habían alzado en febrero. Y esto no tenían por qué soportarlo.

Las huelgas cobran un carácter especialmente turbulento en los sectores obreros más atrasados y explotados. Durante el mes de junio se declararon en huelga, unos detrás de otros, las lavanderas, los tintoreros, los toneleros, los

empleados de comercio y de la industria, los obreros de la construcción, los pintores, los peones, los zapateros, los obreros del cartón, los tocineros, los ebanistas. Por el contrario, los metalúrgicos comenzaron a jugar un rol moderador. Los obreros avanzados empezaban a ver, cada vez de manera más clara, que en las condiciones creadas por la guerra, el desastre económico y la inflación, con las huelgas económicas parciales no se conseguiría ninguna mejora sensible, que era necesario remover los elementos mismos. El *lockout* no sólo hacía que a los obreros se les alcanzase mejor la necesidad de implantar el control de la industria, sino que les hacía comprender la conveniencia de que el Estado tomase en sus manos las fábricas. Esta deducción parecía tanto más lógica cuanto que la mayoría de las fábricas privadas trabajaban para la guerra, al lado de las cuales existían empresas idénticas pertenecientes al Estado. Ya en el verano de 1917 llegan a la capital delegaciones de obreros y empleados, que acuden de distintas partes de Rusia a pedir que el Estado se haga cargo de las fábricas, ya que los accionistas habían dejado de hacer inversiones. Pero el Gobierno no quería ni oír hablar de esto. Era necesario, por consiguiente, cambiar de gobierno. Los conciliadores se oponían. Los obreros se volvieron contra los conciliadores.

En los primeros meses de la revolución, la fábrica de Putilov, con sus cuarenta mil obreros, parecía una fortaleza de los socialrevolucionarios. Pero su guarnición no resistió mucho tiempo a los bolcheviques. A la cabeza de los atacantes veíase casi siempre a Volodarski, antiguo sastre judío, que había vivido en Norteamérica y conocía muy bien el inglés. Volodarski era un excelente orador para las masas, lógico, de inventiva y valiente. Cierta acento norteamericano daba una expresión particular a su voz sonora que repicaba netamente en las reuniones donde había miles de hombres. "Al aparecer Volodarski en el barrio de Narva —cuenta el obrero Minichev—, en la fábrica de Putilov, el terreno comenzó a temblar bajo los pies de los señores socialrevolucionarios, y al cabo de dos meses, los obreros siguieron a los bolcheviques."

El incremento que tomaban las huelgas y en general la lucha de clases robustecía casi automáticamente la autoridad de los bolcheviques.

En la Conferencia de los sindicatos, en junio, pudo comprobarse que en Petrogrado había más de 50 sindicatos y que sus afiliados no bajaban de 250.000. El sindicato metalúrgico reunía cerca de 100.000 obreros. En el transcurso del mes de mayo el número de los bolcheviques en los sindicatos crecía todavía más rápidamente.

En todas las elecciones parciales de los Soviets triun-

faban los bolcheviques. El 1.º de junio había ya en el Soviet de Moscú 206 bolcheviques, 172 mencheviques y 110 socialrevolucionarios. Idénticos cambios se producían en las provincias, aunque con lentitud. Los efectos del Partido crecían sin cesar. A fines de abril, la organización de Petrogrado contaba con cerca de 15.000 miembros; a fines de junio, el número de afiliados era ya de 32.000.

La sección obrera del Soviet de Petrogrado tenía ya en ese momento mayoría bolchevique. Pero en las asambleas en que se reunían ambas secciones tenían aplastante mayoría los delegados soldados. *Pravda* reclamaba cada vez con mayor insistencia nuevas elecciones. "Los quinientos mil obreros de Petrogrado tienen en el Soviet cuatro veces menos delegados que los ciento cincuenta mil soldados de la guarnición."

En el Congreso de los Soviets celebrado en junio, Lenin reclamó medidas serias para combatir el *lockout*, las expoliaciones y la desorganización que en la vida económica provocaban los industriales y los banqueros. "Publicad los beneficios de los señores capitalistas, detened a cincuenta o cien millonarios. Bastará con tenerlos encerrados unas cuantas semanas, aunque sea con el régimen de favor que se dispensa a Nicolás Romanov, con el solo fin de obligarles a poner al descubierto los engaños, los manejos, los negocios sucios que bajo el nuevo Gobierno siguen costando millones de rublos a nuestro país." A los jefes del Soviet esta proposición de Lenin les parecía monstruosa. "¿Es que se pueden modificar las leyes que rigen la vida económica con medidas de violencia contra unos cuantos capitalistas?" Parecía natural que los industriales dictasen a la economía sus leyes, conspirando contra la nación. Un mes después, Kerensky, que dejó caer sobre Lenin todo el furor de su indignación, no reparaba en detener a miles de obreros, cuya opinión acerca de las "leyes que rigen la vida económica" difería de las de los industriales.

El nexo entre la política y la economía se había puesto al desnudo. Ahora el Estado, acostumbrado a obrar en calidad de principio místico, actuaba, cada vez con más frecuencia, en su forma más primitiva, es decir, personificado por destacamentos armados. En distintas partes del país, los obreros hacían comparecer por la fuerza ante el Soviet o arrestaban en sus domicilios a los patronos que se negaban a hacer concesiones y a algunos por no querer negociar. Se explica perfectamente que las clases poseedoras distinguiesen con su odio a la milicia obrera.

La decisión del Comité Ejecutivo ordenando primitivamente armar al 10 por 100 de los obreros, no se había puesto en práctica. Pero los obreros se las arreglaban para armarse más o menos bien, debiendo tenerse en cuenta que

en estas milicias se introducían los elementos más activos. La dirección de la milicia obrera estaba en manos de los Consejos de fábrica, cuya jefatura iba concentrándose, poco a poco, en manos de los bolcheviques. Un obrero de la fábrica Postavchik, de Moscú, cuenta: "El 1 de junio, después de elegirse el nuevo Consejo de fábrica con una mayoría bolchevique..., se procedió a formar un destacamento de ochenta hombres, que, a falta de armas, aprendía la instrucción militar con bastones, bajo la dirección del camarada Lievankov, antiguo soldado."

La prensa acusaba a la milicia de cometer violencias y llevar a cabo requisas y detenciones ilegales. Evidentemente, la milicia obrera empleaba la violencia: no había sido creada para otra cosa. Pero su crimen era, sin embargo, usar la violencia contra los representantes de una clase que no estaba acostumbrada, ni quería acostumbrarse, a ser tratada así.

El 23 de junio se reunió en la fábrica de Putilov, que tuvo un papel dirigente en la lucha por el aumento de salarios, una asamblea con la participación de representantes del Soviet Central, de los Comités de fábrica, del Buró Central de los sindicatos y delegados de setenta y seis fábricas. Bajo la influencia de los bolcheviques, la asamblea reconoció que, en aquellas condiciones, la huelga en la fábrica podía arrastrar a los obreros petersburgueses a una "lucha política desorganizada", por lo cual proponían a los obreros de la fábrica de Putilov que "contuviesen su legítima protesta" y preparasen sus fuerzas para una acción general.

Los jefes del Comité Ejecutivo consideraban estos avisos como demagogia, o bien, simplemente, hacían oídos sordos, salvando su tranquilidad. Habían dejado de frecuentar en forma total las fábricas y los cuarteles, pues sus figuras atraían ya los odios de los obreros y soldados. Sólo los bolcheviques gozaban del prestigio necesario para evitar que los obreros y los soldados se lanzasen a acciones dispersas. Sin embargo, la impaciencia de las masas se volvía a veces incluso contra los mismos bolcheviques.

En las fábricas y en la escuadra hicieron su aparición algunos anarquistas. Como siempre, ante la presencia de grandes acontecimientos y de grandes masas, ellos manifestaron su inconsistencia orgánica. Negaban tanto más fácilmente el poder del Estado cuanto que ellos no comprendían en absoluto la importancia del Soviet como órgano del nuevo Estado. Por otra parte, aturdidos por la revolución, lo más frecuente era que guardaran silencio en lo tocante a la cuestión del Estado. Demostraban su independencia, principalmente, en el dominio de un mediocre putchismo. El atolladero económico y la exasperación cre-

ciente de los obreros de Petrogrado brindaban a los anarquistas algunos puntos de apoyo. Incapaces de evaluar de manera seria las relaciones de fuerza en escala nacional, propensos a entregarse como medida salvadora a cualquier impulso que viniese de abajo, acusaban, no pocas veces, a los bolcheviques de indecisión y aun de conciliación. Pero de ordinario no pasaban de la protesta. La reacción de las masas ante las manifestaciones de los anarquistas servía, a veces, a los bolcheviques para medir la presión del vapor revolucionario.

Los marineros que habían acudido a recibir a Lenin a la estación de Finlandia declaraban, quince días más tarde, sobre la avalancha de patriotismo que venía de todos lados: "Si hubiéramos sabido... por qué camino llegó a nuestro país, en vez de acogerle con vivas entusiastas le habríamos recibido con gritos indignados de: '¡Abajo! ¡Vuélvete al país por el cual has pasado para venir aquí!'..." Los Soviets de soldados en Crimea amenazaban, uno tras otro, con impedir por la fuerza de las armas la entrada de Lenin en la península patriota, a la cual éste ni había pensado ir. El regimiento de Volín, uno de los corifeos del 27 de febrero, llegó hasta acordar, en un momento de exaltación, detener a Lenin, y el Comité Ejecutivo se vio obligado a tomar medidas para impedirlo. Este estado de opinión no se disipó por completo hasta la ofensiva de junio, para volver a manifestarse después de las jornadas de julio. Al mismo tiempo, en las guarniciones situadas en los puntos más recónditos y en los sectores más alejados del frente, los soldados, la mayor parte de las veces sin apercibirse de ello, iban empleando cada día con mayor audacia el lenguaje del bolchevismo.

Los bolcheviques, en los regimientos, se podían contar por unidades, pero sus consignas iban adentrándose cada vez más en el Ejército. Diríase que surgían espontáneamente en todos los puntos del país. Los liberales no veían en todo esto más que ignorancia y caos. El *Riech* decía: "Nuestro país se está convirtiendo en una especie de manicomio en el cual actúan y dirigen endemoniados y los que aún no han perdido del todo la razón se alejan asustados, arriándose a las paredes." Los "moderados" se han expresado en estos términos en todas las revoluciones. La prensa conciliadora se consolaba diciendo que los soldados, a pesar de todos los equívocos, no querían nada con los bolcheviques. Sin embargo, el bolchevismo inconsciente de las masas, en que se reflejaba la lógica del curso de los acontecimientos, era la fuerza indestructible del partido de Lenin.

El soldado Pireiko cuenta que en las elecciones al Congreso de los Soviets, celebrada en el frente después

de tres días de discusiones, todos los puestos fueron para socialrevolucionarios, pero que, a renglón seguido, sin hacer caso de las protestas de los líderes, los diputados soldados votaron una resolución sobre la necesidad de quitar la tierra a los grandes propietarios sin esperar a la Asamblea Constituyente. "En las cuestiones asequibles a los soldados, éstos estaban más a la izquierda que los bolcheviques más extremos." A esto se refería Lenin cuando decía "que las masas estaban cien veces más a la izquierda que nosotros".

Un empleado de un taller de motocicletas de una población de la provincia de Táurida cuenta que, muchas veces, después de leer un periódico burgués, los soldados cubrían de insultos a los bolcheviques, e inmediatamente se ponían a razonar sobre la necesidad de acabar con la guerra y confiscar la tierra de los grandes propietarios, etc. Y éstos son los mismos "patriotas" que se juramentaban para no dejar entrar a Lenin en Crimea.

Los soldados de las gigantescas guarniciones del interior languidecían en sus posiciones. Una inmensa aglomeración de hombres ociosos que esperaban impacientemente un cambio en su situación, creaba un estado de enervamiento que se manifestaba en una constante predisposición a hacer conocer en la calle su descontento, en las incesantes idas y venidas en tranvía mordisqueando, como por efecto de una epidemia, granos de girasol. El soldado, con el capote echado en forma negligente sobre la espalda y una cáscara pegada en los labios, acabó por convertirse en la imagen más odiosa de la prensa burguesa. Y el mismo soldado a quien durante la guerra habían groseramente adulado, que no recibía otro tratamiento que el de héroe, lo que, por otra parte, no era obstáculo para que en el frente se le hiciera sufrir al héroe el suplicio del azote; a quien, después de la insurrección de febrero, se le ponía por las nubes como a un libertador, se había convertido de pronto en egoísta, en traidor, en factor de violencia y en agente de los alemanes. No había vileza que la prensa patriótica no fuese capaz de achacar a los soldados y marineros rusos.

El Comité Ejecutivo no hacía otra cosa que justificarse de combatir contra la anarquía, sofocar los excesos, despachar, en su azoramiento, las fajas de encuestas y las amonestaciones. El presidente del Soviet de Tsaritsin —ciudad a la que se tenía por el nido del "anarcobolchevismo"—, preguntado por el centro acerca de la situación, contestó con esta frase lapidaria: "Cuanto más evoluciona a la izquierda la guarnición, más hacia la derecha se inclina la burguesía." La fórmula de Tsaritsin es perfectamente aplicable a todo el país. El soldado, hacia la izquierda; el burgués, hacia la derecha.

Cualquiera, entre los soldados, capaz de expresar con

más audacia que los demás lo que sentían todos, se veía obstinadamente tratado como bolchevique por los superiores, que terminaban por creer que así era. De la paz y de la tierra, el pensamiento del soldado se trasladó a la cuestión del poder. El eco de tales o cuales santos y señas del bolchevismo se convirtió en una simpatía consciente hacia el Partido Bolchevique. En el regimiento de Volin, que en abril se disponía a detener a Lenin, el estado de espíritu en dos meses había tenido tiempo de modificarse en favor de los bolcheviques. Otro tanto sucedió con los regimientos de Eguer y de Lituania. Los cazadores letones habían sido creados por la autocracia para explotar en provecho de la guerra el odio de los campesinos pobres y de los obreros del campo contra los barones bálticos. Estos regimientos combatían de un modo magnífico. Pero el espíritu de hostilidad entre las clases, en el que pretendía apoyarse la monarquía, había trazado su propia ruta. Los cazadores letones fueron de los primeros en romper con la monarquía y luego con los conciliadores. Ya el 17 de mayo los representantes de ocho regimientos adoptaron casi por unanimidad la consigna bolchevique: "¡Todo el poder a los Soviets!" En la marcha ulterior de la revolución jugaron un rol considerable.

Un soldado desconocido escribe desde el frente: "Hoy, 13 de junio, se ha celebrado en nuestro destacamento una pequeña reunión; en ella se ha hablado de Lenin y de Kerensky. La mayor parte de los soldados simpatizan con Lenin, pero los oficiales dicen que Lenin es un burgués." Después del desastre de la ofensiva, el nombre de Kerensky fue en el Ejército el blanco de todos los odios.

El 21 de junio, los junkers recorrieron las calles de Peterhof con banderas y cartelones, en que se leía: "¡Abajo los espías! ¡Vivan Kerensky y Brusilov!" Los junkers, por supuesto, estaban con Brusilov. Los soldados del cuarto batallón se arrojaron sobre ellos y los dispersaron. La irritación mayor fue provocada por el estandarte en honor de Kerensky.

La ofensiva de junio aceleró considerablemente la evolución política del Ejército. La popularidad de los bolcheviques, único partido que había levantado la voz contra la ofensiva, comenzó con una rapidez extraordinaria. Es cierto que los periódicos bolcheviques encontraban dificultad para llegar al Ejército. Su tirada era extremadamente pequeña comparada con la de la prensa liberal y patriótica... "En ninguna parte se puede encontrar uno solo de vuestros periódicos —escribe a Moscú la callosa mano de un soldado—, y nosotros nos enteramos de lo que dicen por referencias." "Aquí nosotros estamos inundados por los periódicos burgueses, gratis, y se los distribuye por el frente

en paquetes enteros." Pero es la prensa patriótica la que crea a los bolcheviques una popularidad incomparable. Cada protesta de los oprimidos, cada confiscación de tierras, cada represión contra oficiales odiados, era atribuida por los periódicos a los bolcheviques. De esto los soldados deducían justamente que los bolcheviques eran buenas gentes.

El comisario del 12 ejército envió a Kerensky, a principios de julio, un informe sobre el estado de espíritu de los soldados: "Todas las culpas se hacen recaer, en último término, sobre los ministros burgueses, y del Soviet se dice que está vendido a la burguesía. En general, en la masa dominan tinieblas impenetrables; por desgracia, hay que reconocer que, de algún tiempo a esta parte, apenas se leen los periódicos." La palabra impresa inspira una desconfianza absoluta: "Son frases bonitas", "Ellos buscan confundirnos..." En los primeros meses los informes de los comisarios patriotas eran, generalmente, loas al ejército revolucionario, a su conciencia y a la disciplina. Pero cuando, después de cuatro meses de incesantes decepciones, el Ejército retira su confianza a los oradores y periodistas gubernamentales, aquellos mismos comisarios descubrieron en él las "tinieblas impenetrables".

Más a la izquierda se desplazaba la guarnición; más a la derecha se colocaba la burguesía. Alentadas por la ofensiva, las ligas contrarrevolucionarias brotaban en Petrogrado como los hongos después de la lluvia. Estas organizaciones escogían nombres a cuál más sonoros: Unión por Honor de la Patria, Liga del Deber Militar, Batallón de la Libertad, Organización de los Valientes, etc. Estas brillantes etiquetas encubrían los apetitos y las pretensiones de la aristocracia, de la oficialidad, de la burocracia, de la burguesía. Algunas de estas organizaciones, tales como la Liga Militar, la Asociación de los Caballeros de San Jorge o la División de los Voluntarios, constituían células prontas para una conjuración militar. Actuando en calidad de ardientes patriotas, los caballeros del "honor" y de "la valentía" no solamente se hacían abrir las puertas de las embajadas aliadas, sino que también recibían de vez en cuando alguna subvención gubernamental, que, poco antes, se le había negado al Soviet por ser considerada como una "organización privada".

Uno de los vástagos de la familia Suvorin, magnate del periodismo, emprendió por aquel entonces la publicación de la *Malenkaia Gazeta* (Pequeño Diario), que, en calidad de órgano del "socialismo independiente", predicaba una dictadura férrea, para la cual proponía como candidato al almirante Kolchak. La prensa más seria, sin poner todavía los puntos sobre las íes, se esforzaba por todos los medios en crear al almirante prestigio y popularidad. La

suerte que más tarde había de correr Kolchak demuestra que, ya a principios del verano de 1917, se tramaba un amplio complot al cual se unía su nombre y que, detrás de Suvorin, se encontraban elementos influyentes.

La reacción, inspirándose en un simple cálculo de táctica, excepción hecha de algunos ataques bruscos, dirigía sus golpes sólo contra los leninistas. El nombre de "bolchevique" era para ellos sinónimo de un elemento inferior. Así como antes de la revolución la oficialidad zarista hacía recaer sobre los espias alemanes, principalmente sobre los judíos, la responsabilidad de todas las calamidades, la de su propia estupidez inclusive, ahora, después del fracaso de la ofensiva de junio, la responsabilidad de todos los fracasos y derrotas se achacaba, en forma absoluta, a los bolcheviques. En este punto, los demócratas tipo Kerensky y Tsereteli se identificaban hasta confundirse, no sólo con los liberales del corte de Miliukov, sino hasta con los partidarios abogados de la servidumbre, tales como el general Denikin.

Como sucede siempre, cuando las contradicciones han subido a su más alta tensión, aunque el momento de la explosión no ha llegado todavía, las fuerzas políticas se manifiestan más franca y claramente, no en las cuestiones esenciales, sino en las cuestiones accidentales y accesorias. Durante aquellas semanas, Cronstadt fue uno de los pararrayos de las pasiones políticas. La vieja fortaleza, llamada a ser el fiel vigía en las puertas marítimas de la capital imperial, había levantado más de una vez, en tiempos pasados, la bandera de la insurrección. En Cronstadt no se había extinguido nunca, a pesar de las implacables represiones, la llama de la rebelión. En las columnas de la prensa patriótica, el nombre de la fortaleza marítima no tardó en convertirse en sinónimo de los peores aspectos de la revolución, es decir, del bolchevismo. En realidad, el Soviet de Cronstadt no era aún bolchevique: en el mes de mayo formaban parte de él 107 bolcheviques, 112 socialrevolucionarios, 30 mencheviques y 97 personas sin partido. Pero los socialrevolucionarios y gentes sin partido de Cronstadt estaban sometidos a una presión elevada: en las cuestiones de importancia, la mayoría seguía a los bolcheviques.

En el dominio de la política, los marineros de Cronstadt no estaban inclinados ni a las maniobras ni a la diplomacia. Ellos tenían como único principio: tan pronto dicho, tan pronto hecho. No tiene nada de particular que, ante aquel gobierno espectral de Kerensky, se inclinaran por los métodos de acción extraordinariamente sencillos. El 13 de mayo, el Soviet votó el siguiente acuerdo: "En Cronstadt, el único poder es el Soviet de obreros y soldados."

La destitución del comisario del Gobierno, el kadete Pepeliayev, a pesar de ser la quinta rueda del carro, pasó perfectamente desapercibida. Se implantó un orden perfecto. En la ciudad prohibiéndose el juego y fueron clausuradas todas las casas de prostitución. El Soviet amenazó al que se presentara en la calle en estado de embriaguez "con la confiscación de los bienes y el envío al frente". La amenaza fue, más de una vez, cumplida.

Endurecidos en el régimen espantoso de la escuadra zarista y de la fortaleza marítima, acostumbrados al trabajo rudo, a los sacrificios y también a toda clase de excesos, los marineros, ahora que se abría ante ellos la perspectiva de una vida nueva de la cual se sentían llamados a ser dueños, ponían en tensión todas sus fuerzas para mostrarse dignos de la revolución. En Petrogrado acosaban a amigos y enemigos y se los llevaban, casi por la fuerza, a Cronstadt para que viesen lo que eran los marineros revolucionarios en la realidad. Naturalmente, este estado de tensión moral no podía ser eterno, pero duró bastante. Los marineros de Cronstadt se constituyeron en algo así como la orden militante de la revolución. Pero ¿de cuál? Desde luego, no de la que personificaba el ministro Tsereteli con su comisario Pepeliayev. Cronstadt era como el augur de la segunda revolución. Por esto le odiaban tanto aquéllos, que ya tenían bastante y aun de sobra con la primera.

La prensa del orden presentó la destitución de Pepeliayev, que se había llevado muy pacífica y discretamente, casi como una sublevación armada contra la unidad del Estado. El Gobierno presentó sus quejas al Soviet. Este nombró de inmediato una delegación para presionar a los marineros. La máquina del doble poder se puso en movimiento chirriando. El 24 de mayo el Soviet de Cronstadt, en sesión a la que asistieron Tsereteli y Skobelev, se avino a reconocer, a instancias de los bolcheviques, que, sin abandonar la lucha empeñada por el triunfo del poder de los Soviets, estaba prácticamente obligado a subordinarse al Gobierno provisional en tanto no se instaurara el Poder Soviético en todo el país. Sin embargo, al día siguiente, bajo la presión de los marineros, indignados por esa capitulación, el Soviet declaraba que no había hecho otra cosa que dar a los ministros una explicación del punto de vista de Cronstadt, que seguía siendo el mismo. Era un error táctico evidente, detrás del cual no había, sin embargo, más que el amor propio revolucionario.

Las esferas dirigentes decidieron aprovechar aquella ocasión para dar una lección a los marineros de Cronstadt, obligándoles al mismo tiempo a expiar los viejos pecados. Huelga decir que actuó de acusador en esta causa Tsereteli. Evocando con términos patéticos sus propias prisiones,

atacó especialmente a los marineros de Cronstadt, que tenían encerrados en los calabozos a ochenta oficiales. Toda la prensa razonable hizo coro a sus palabras. Sin embargo, hasta los periódicos conciliadores, es decir, ministeriales, se veían obligados a reconocer que se trataba de "verdaderos ladrones" y de "hombres que se habían distinguido por su violencia salvaje"... Según *Izvestia*, órgano oficioso del propio Tsereteli, los marineros que habían declarado como testigos "hablan del aplastamiento (por los oficiales detenidos) de la insurrección de 1906, de los fusilamientos en masa, de las barcas llenas de cadáveres de fusilados echadas al fondo del mar, y de otros horrores... Los marineros relatan todo esto con gran sencillez, como si se tratara de la cosa más corriente del mundo".

Los hombres de Cronstadt se negaban en forma obstinada a entregar los detenidos al Gobierno, que sentía, por lo visto, mucha más piedad por los verdugos y ladrones de sangre azul que por los marineros ejecutados en 1906 y tantos otros años. No es por azar que el ministro de Justicia, Pereversev, de quien Sujanov dice con indulgencia que "era una de las figuras oscuras del Gobierno de coalición", pusiera sistemáticamente en libertad a los representantes más viles de la gendarmería zarista encerrados en la Fortaleza de Pedro y Pablo. Lo que más les preocupaba a aquellos aventureros democráticos era que la burocracia reaccionaria reconociera su magnanimidad.

A las acusaciones de Tsereteli, los marineros de Cronstadt lanzaron un manifiesto en los siguientes términos: "Los oficiales, gendarmes y policías detenidos por nosotros durante esos días de la revolución han declarado por sí mismos a los representantes del Gobierno que no pueden quejarse del trato que se les da en la cárcel. Es verdad que las cárceles de Cronstadt son muy malas, pero son las que el zarismo construyó para nosotros. No tenemos otras. Y si mantenemos en ellas a los enemigos del pueblo, no es precisamente por espíritu de venganza, sino para salvaguardar la revolución."

El 27 de mayo el Soviet de Petrogrado se reunió para juzgar a los marineros de Cronstadt. Trotsky, que tomó la palabra en su defensa, advirtió a Tsereteli el papel que aquellos marineros estaban llamados a desempeñar en caso de peligro; es decir, "cuando un general contrarrevolucionario intente echar la soga al cuello de la revolución, entonces los kadetes enjabonarán la soga, mientras que los marineros de Cronstadt se alzarán para luchar y morir a nuestro lado". Esta advertencia se convirtió tres meses después en realidad, con una insólita exactitud. En efecto, cuando el general Kornilov se sublevó y envió sus tropas sobre la capital, Kerensky, Tsereteli y Skobelev hubieron de

llamar a los marineros de Cronstadt para que protegiesen el Palacio de Invierno. Pero en junio los señores demócratas defendían el orden contra la anarquía, y ningún argumento, ninguna profecía tenía fuerza para ellos. Por 580 votos contra 168 y 74 abstenciones, Tsereteli hizo que el Soviet de Petrogrado aprobase su proposición, que declaraba al Cronstadt "anárquico", fuera de la democracia revolucionaria. Tan pronto como el Palacio Marinski, que esperaba con impaciencia, recibió la noticia de que la bula de excomunión había sido votada, el Gobierno cortó inmediatamente las comunicaciones telefónicas de particulares entre la capital y la fortaleza; con el fin de impedir al centro bolchevique presionar sobre los marineros, dio orden de que se retirasen de Cronstadt todos los buques escuelas y exigió del Soviet de aquella plaza una "sumisión incondicional". El Congreso de los diputados campesinos, reunido por aquellos días, amenazó con "privar a Cronstadt de subsistencias". La reacción, que acechaba detrás de los conciliadores, buscaba un desenlace decisivo y, a ser posible, sangriento.

"El paso irreflexivo dado por el Soviet de Cronstadt —escribe Yugov, uno de los jóvenes historiadores— podía traer consecuencias desagradables. Era preciso encontrar una salida a aquella situación." Con este fin se trasladó Trotsky a Cronstadt, donde habló con el Soviet y redactó una declaración que fue votada primero por éste y aclamada luego en el mitin celebrado en la plaza del Ancla. Los marineros de Cronstadt, sin dejar de mantener sus posiciones de principio, hicieron las concesiones necesarias en el terreno práctico.

La solución pacífica puso frenética a la prensa burguesa: "En la fortaleza reina la anarquía, se acuña moneda propia" —los periódicos reproducían facsímiles fantásticos de tal moneda—. "Se dilapidan los bienes del Estado, las mujeres han sido socializadas, todo el mundo roba y reina la más escandalosa de las orgías." Los marineros, que se sentían orgullosos del severo orden que habían implantado, apretaban los callosos puños al leer esos periódicos, que difundían en millones de ejemplares aquellas calumnias por toda Rusia.

Tan pronto como los oficiales de Cronstadt se pusieron a disposición de los tribunales, los órganos judiciales de Pereversev se apresuraron a ponerlos en libertad, uno detrás de otro. Sería muy edificante saber cuántos y quiénes, entre los oficiales puestos en libertad, tomaron parte luego en la guerra civil, y cuántos marineros, soldados, obreros y campesinos fueron fusilados y ahorcados por ellos. Por desgracia, no disponemos de medios para levantar aquí este interesantísimo balance.

La autoridad del Gobierno estaba salvada. Pero los marineros obtuvieron también muy pronto satisfacción por las vejaciones sufridas. De todos los puntos del país empezaron a llegar saludos al Cronstadt rojo: de los Soviets más izquierdistas, de las fábricas, de los regimientos, de los mítines. El primer regimiento de ametralladoras manifestó en las calles de Petrogrado su respeto hacia los marineros de Cronstadt "por su firme actitud de desconfianza hacia el Gobierno provisional".

Entre tanto, Cronstadt se preparaba para tomar una revancha más importante. La campaña de la prensa burguesa había conseguido convertir a Cronstadt en un factor de importancia nacional. "El bolchevismo —escribe Miliukov—, después de haberse hecho fuerte en Cronstadt, tendió por todo el país una vasta red de propaganda, con ayuda de agitadores convenientemente preparados. Los emisarios de Cronstadt iban también con su misión al frente, donde minaban la disciplina, y al campo, donde predicaban la ocupación de las grandes propiedades. El Soviet de Cronstadt daba a sus emisarios documentación especial: 'N. N. va enviado a la provincia de... para patricipar con voz en los Comités de distrito y en los cantones locales, como asimismo para tomar parte en los mítines y organizar los que crea convenientes donde y cuando le parezca.' Viajaban 'con derecho a llevar armas y pasaje libre y gratuito por todas las líneas férreas y marítimas.' Además, el 'Soviet de Cronstadt garantiza la inviolabilidad personal del agitador designado'."

Al denunciar la labor subversiva de los marineros bálticos, Miliukov se olvida de explicar cómo y por qué, a pesar de la existencia de autoridades, instituciones y periódicos tan sabios y prudentes, unos marineros aislados, armados con la extraña credencial del Soviet de Cronstadt, podían recorrer el país sin obstáculos, encontrando en todas partes la casa abierta y la mesa puesta, siendo admitidos en todas las asambleas populares, escuchados atentamente en dondequiera que hablasen y dejando las huellas de sus puños de marineros en todos los acontecimientos históricos. A ese historiador puesto al servicio de la política liberal no se le ocurre siquiera plantearse esta sencilla pregunta. Todo el milagro de Cronstadt residía lisa y llanamente en que aquellos marineros expresaban mucho más profunda y fielmente las exigencias del desarrollo histórico, mucho más profundamente que los muy inteligentes profesores. Aquellas credenciales mal escritas demostrábanse, para decirlo en el lenguaje de Hegel, reales, porque eran racionales, mientras que los planes subjetivos más inteligentes acreditaban una inconsistencia absoluta, porque la razón de la Historia no quería nada con ellos.

Los Soviets eran sobrepasados por los Comités de fábrica. Los Comités de fábrica, por las masas. Los soldados, por los obreros. En una medida todavía más grande, las provincias estaban atrasadas con respecto a la capital. Tal es la inevitable dinámica del proceso revolucionario, que engendra miles de contradicciones para, en seguida, superarlas, como por azar, jugando casi, y engendrar inmediatamente otras nuevas. En la dinámica revolucionaria el Partido iba a la zaga, es decir, la organización que menos derecho tiene a rezagarse, sobre todo en momentos revolucionarios. En los centros obreros, tales como Yekaterinburgo, Perma, Tula, Nijni-Novgorod, Sormovo, Kolomina, Yusovka, los bolcheviques no se separaron de los mencheviques hasta fines de mayo. En Odesa, Nicolayev, Yelisavetgrado, Poltava y otros centros de Ucrania, los bolcheviques, a mediados de junio, no tenían aún organizaciones independientes. En Bakú, Zlatust, Bejetsk, Kostroma, no se separaron definitivamente de los mencheviques hasta fines de junio. Estos hechos no pueden por menos de parecer sorprendentes, teniendo en cuenta que, a los cuatro meses de esto, los bolcheviques tomaron el poder. ¡Cuán alejado había estado el Partido, durante la guerra, del proceso molecular que se estaba operando en las masas, y cuán al margen se hallaba la dirección Kamenev-Stalin, en el mes de marzo, de las grandes tareas históricas! Los acontecimientos de la revolución tomaron desprevenido al partido más revolucionario conocido hasta hoy por la historia humana. Este partido se rehizo bajo el fuego y apretó sus filas bajo el empuje de los acontecimientos. En los momentos decisivos, las masas se hallaban "cien veces" más a la izquierda que el partido de extrema izquierda.

La progresión de la influencia de los bolcheviques, que se produce con el vigor de un proceso histórico natural, si se lo examina más de cerca, revela contradicciones y zigzagueos y flujos y reflujos. Las masas no son homogéneas y, además, no aprenden a atizar el fuego de la revolución más que quemándose los dedos y dando marcha atrás. Los bolcheviques sólo podían acelerar el proceso de aprendizaje de las masas. Ellos explicaban pacientemente. Ciertamente es que, esta vez, no puede decirse que la Historia no recompensase su paciencia.

Mientras que los bolcheviques, sin resistencia, se apoderaban de las fábricas y de los regimientos, las elecciones en las Dumas democráticas daban un predominio enorme y, al parecer, creciente a los conciliadores. Era ésta una de las contradicciones más agudas y enigmáticas de la revolución. Ciertamente es que la Duma del distrito de Viborg, totalmente proletaria, se enorgullece de su mayoría bolchevique. Pero esto era una excepción. En las elecciones

municipales de Moscú en junio, los socialrevolucionarios obtuvieron más del 60 por 100 de los votos. Esta cifra les asombró a ellos mismos; pero no podían dejar de sentir que su influencia decrecía de manera rápida. Las elecciones de Moscú ofrecen un interés extraordinario para quien quiera estudiar las relaciones que median entre el desarrollo efectivo de la revolución y su imagen en los espejos de la democracia. Los sectores de vanguardia de los obreros y soldados sacudíanse apresuradamente las ilusiones conciliadoras. Entre tanto, las grandes capas de la pequeña burguesía urbana empezaban apenas a moverse. A estas masas dispersas, las elecciones democráticas les brindaban tal vez la primera posibilidad, en todo caso, una de las raras ocasiones de pronunciarse políticamente.

Mientras que el obrero, todavía ayer menchevique o socialrevolucionario, votaba por el Partido Bolchevique, arrastrando consigo al soldado, al portero, al tendero, al dependiente, al maestro de escuela, por un acto también heroico de dar un voto a los socialrevolucionarios, salían por primera vez de su nada política. Los sectores pequeño-burgueses votaban con retraso por Kerensky, porque éste encarnaba a sus ojos la Revolución de Febrero, que hasta hoy, hasta el momento de votar, no había llegado a ellos. Con su 60 por 100 de mayoría socialrevolucionaria, la Duma de Moscú brillaba con el último resplandor de una llama que se va apagando. Y lo mismo acontecía en los demás órganos de administración democrática. Apenas surgían, veíanse ya paralizados por el retraso con que venían al mundo. Claro indicio de que la marcha de la revolución dependía de los obreros y soldados y no de aquel polvo humano que el huracán de la revolución haría danzar en remolinos.

EL CONGRESO DE LOS SOVIETS Y LA MANIFESTACION DE JULIO

El Primer Congreso de los Soviets, que sancionó los planes de ofensiva de Kerensky, se reunió el 3 de junio en Petrogrado, en el edificio de la Academia Militar. Acudieron a él 820 delegados con voz y voto y 268 con voz, pero sin voto. Estos delegados representaban a 305 Soviets locales y a 53 Soviets cantonales y de distrito, a las organizaciones del frente, a las instituciones militares del interior del país y a algunas organizaciones campesinas. Tenían voz y voto los Soviets integrados por más de 25.000 miembros. Los formados por 10 a 25.000 sólo tenían voz. Basándose en estas normas, que, dicho sea de paso, es poco probable que se observaran al pie de la letra, puede calcularse que en el Congreso estaban representados más de veinte millones de personas. De los 777 delegados que hicieron conocer su filiación política, 285 resultaron ser socialrevolucionarios, 243 mencheviques y 105 bolcheviques; después venían otros grupos menos nutridos. El ala izquierda, formada por los bolcheviques y los internacionalistas, representaba menos de la quinta parte de los delegados. En su mayoría, el Congreso estaba compuesto por elementos que en marzo se habían hecho socialistas y en junio estaban ya cansados de la revolución. Petrogrado tenía que parecerles una ciudad de dementes.

El Congreso empezó aprobando la expulsión de Grimm, un lamentable socialista suizo que había intentado salvar a la revolución rusa y a la socialdemocracia alemana negociando detrás de la cortina con la diplomacia de los Hohenzollern. La proposición presentada por el ala izquierda para que se discutiera de inmediato la cuestión de la ofensiva que se estaba preparando fue rechazada por una mayoría abrumadora. Los bolcheviques no eran allí más que un grupo insignificante. Pero el mismo día y posiblemente a la misma hora, la Conferencia de los Comités de fábrica de Petrogrado adoptaba, también por una aplas-

tante mayoría, una resolución en la que se decía que sólo el poder de los Soviets podía salvar al país.

Por míopes que fueran los conciliadores, no podían dejar de ver lo que estaba sucediendo diariamente a su alrededor. Influido sin duda por los delegados de las provincias, Liber, ese encarnizado enemigo de los bolcheviques, denunciaba en la sesión del 4 de junio a los ineptos comisarios del Gobierno, a quienes en el campo no querían entregar el poder. "A consecuencia de esto, una serie de funciones de la competencia de los órganos del Gobierno han pasado a manos de los Soviets, incluso cuando éstos no lo deseaban." Los conciliadores se quejaban de sí mismos.

Uno de los delegados, maestro de escuela, contaba en el Congreso que durante los cuatro meses de revolución no se había operado el cambio más insignificante en la esfera de la instrucción pública. Los antiguos maestros, inspectores, directores, rectores, muchos de ellos antiguos afiliados a las "centurias negras", los viejos planes escolares, los manuales reaccionarios, hasta los antiguos subsecretarios del Ministerio, seguían imperturbables en su sitio.

El Congreso no osaba levantar la mano contra la Duma ni contra el Consejo de Estado. El orador menchevique Bogdanov justificaba su timidez ante la reacción con el pretexto de que la Duma y el Consejo "no son más que instituciones muertas, inexistentes". Martov, con su gracejo polémico habitual, replicó: "Bogdanov propone que se declare la Duma inexistente, pero que no se atente contra su existencia."

El Congreso, a pesar de la gran mayoría gubernamental, transcurrió en una atmósfera de inquietud e inseguridad. El patriotismo se enfriaba y no daba más que tímidas llamas. Era claro que las masas estaban descontentas y que los bolcheviques eran incomparablemente más fuertes en el país, sobre todo en la capital, que en el Congreso. El debate mantenido entre los bolcheviques y los conciliadores, reducido a lo esencial, giraba en torno a este tema: ¿Con quién tiene que marchar la democracia: con los imperialistas o con los obreros? Sobre el Congreso se cernía la sombra de la *Entente*. La cuestión de la ofensiva estaba resuelta de antemano, los demócratas no tenían más recurso que doblegarse. "En estos momentos críticos —exhortaba Tsereteli— no debemos prescindir de ninguna fuerza social que pueda ser útil para la causa popular." Este era el argumento en que se fundaba la coalición con la burguesía. Y como el proletariado, el Ejército y los campesinos estropeaban a cada paso los planes de los demócratas, había que declarar la guerra al pueblo bajo la apariencia de una guerra contra los bolcheviques. Ya hemos visto cómo

Tsereteli no tenía inconveniente en excomulgar a los marineros de Cronstadt para no arrojar de su regazo al kadete Pepeliayev. La coalición se aprobó por una mayoría de 443 votos contra 126 y 52 abstenciones.

Las tareas de la inmensa e inconsistente asamblea congregada en la Academia Militar de Petrogrado se distinguieron por la grandilocuencia de las declaraciones y la mezquindad conservadora frente a los problemas prácticos. Esto imprimió a todas las resoluciones una huella de desaliento y de hipocresía. El Congreso proclamó el derecho de todas las naciones de Rusia a disponer de sí mismas, reservando, sin embargo, la clave de este problemático derecho no a las naciones oprimidas, sino a la futura Asamblea Constituyente, en la que los conciliadores confiaban tener mayoría, preparándose a capitular en ella ante los imperialistas, tal como lo habían hecho en el Gobierno.

El Congreso se negó a votar un decreto sobre la jornada de ocho horas. Tsereteli explicó las vacilaciones de la coalición en este terreno por las dificultades para conciliar los intereses de los distintos sectores de la población, ¡como si jamás en la Historia una sola obra grande hubiera sido realizada por "la armonía de los intereses" y no en nombre del triunfo de los intereses progresistas sobre los intereses reaccionarios!

Gromman, economista del Soviet, presentó al final su inevitable proposición "sobre el desastre económico y la necesidad de una reglamentación por el Estado". El Congreso votó esta resolución ritual, en la seguridad de que las cosas seguirían como estaban.

"Grimm ha sido expulsado —escribía Trotsky el 7 de junio—, y el Congreso ha pasado a la orden del día. Pero para Skobelev y sus colegas los beneficios capitalistas siguen siendo sagrados e inviolables. La crisis de aprovisionamiento se agudiza cada día más. En el terreno diplomático el Gobierno no cesa de recibir golpes. Finalmente, la ofensiva en forma tan histérica proclamada, se echará muy pronto sobre los hombros del pueblo como una monstruosa aventura. Tenemos paciencia y estaríamos dispuestos a observar aun con calma la brillante actuación del Ministerio Lvov-Tereschenko-Tsereteli algunos meses. Nosotros tenemos necesidad de tiempo para prepararnos. Pero el topo cava muy rápido debajo de la tierra. Y, con el concurso de los ministros 'socialistas', el problema del poder puede echárseles encima a los miembros de este Congreso mucho más pronto de lo que todos suponemos."

Procurando cubrirse ante las masas detrás de una autoridad superior, los caudillos hacían intervenir al Congreso en todos los conflictos pendientes, comprometiéndolo sin piedad a los ojos de los obreros y soldados de Petrogrado.

El más resonante episodio de este género fue el de la casa de Durnovo, antiguo dignatario del zar que, en calidad de ministro del Interior, se había hecho célebre con la represión de la revolución de 1905. La villa deshabitada de este burócrata aborrecido, y además prevaricador, fue ocupada por las organizaciones obreras del distrito de Viborg, principalmente a causa de su parque inmenso, que se convirtió en el lugar de juegos favorito de los niños. La prensa burguesa pintaba la villa como una guarida de bandidos y piratas, como el Cronstadt del distrito de Viborg. Nadie se tomaba el trabajo de ir a comprobar la verdadera realidad. El Gobierno, que eludía cuidadosamente todas las cuestiones de importancia, se entregó con verdadero ardor a salvar la villa. Se exigió del Comité Ejecutivo la sanción de medidas heroicas, y Tsereteli, por supuesto, no las negó. El fiscal dio orden de expulsar en el término de veinticuatro horas al grupo anarquista. Los obreros, enterados de las acciones militares que se preparaban, dieron la voz de alarma. Los anarquistas, por su lado, amenazaron resistir por la fuerza de las armas. Veintiocho fábricas declararon una huelga de protesta. El Comité Ejecutivo lanzó un manifiesto acusando a los obreros de Viborg como auxiliares de la contrarrevolución. Después de esta preparación, los representantes de la justicia y de su milicia penetraron en la madriguera del león. Pronto se comprobó que en la villa, en la que se habían instalado una serie de organizaciones obreras de cultura, reinaba el más completo orden. Y no hubo más remedio que retroceder de un modo ignominioso. Pero la historia no termina aquí.

El 9 de junio, en el Congreso estalla una bomba: *Pravda* de aquella mañana publicaba un llamamiento a una manifestación organizada para el día siguiente. Chjeidse, hombre miedoso, razón por la cual estaba siempre dispuesto a asustar a los demás, declaró, con voz sepulcral: "Si el Congreso no toma medidas, el día de mañana será fatal." Los delegados, espantados, levantaron la cabeza.

La idea de un enfrentamiento entre los obreros y soldados de Petrogrado con el Congreso estaba determinada por toda la situación. Las masas presionaban a los bolcheviques. La efervescencia era muy grande, sobre todo en la guarnición, temerosa de que, con motivo de la ofensiva, fueran a dispersarla y enviarla a distintos frentes. A esto se añadía el profundo descontento producido por la *Declaración de los Derechos del Soldado*, que representaba un gran paso atrás, en comparación con el "decreto número 1", y con el régimen que se había implantado de hecho en el Ejército. La iniciativa de la manifestación partió de la organización militar de los bolcheviques. Sus dirigentes afirmaban, y tenían toda la razón, como lo han demostrado

los acontecimientos, que si el Partido no asumía la dirección, los soldados se echarían ellos mismos a la calle. El brusco cambio de opinión en las masas no podía, sin embargo, ser siempre apreciado y esto engendró ciertas vacilaciones hasta en los mismos bolcheviques. Volodarski no estaba seguro de que los obreros salieran a la calle. Había dudas asimismo del carácter que tomaría la manifestación. Los representantes de la organización afirmaban que los soldados, por temor a una represión y a represalias, no saldrían a la calle desarmados. “¿En qué terminará esta manifestación?”, preguntaba el prudente Tomski, exigiendo que la cuestión volviese a examinarse con cuidado. Stalin afirmaba que “la efervescencia entre los soldados era indudable, pero no podía decirse lo mismo con respecto a los obreros”; a pesar de todo, creía necesario oponer una resistencia al Gobierno. Kalinin, siempre más inclinado a rehuir la batalla que a aceptarla, se pronunciaba decididamente contra la manifestación, fundándose en la ausencia de un motivo claro, sobre todo en lo tocante a los obreros: “La manifestación será una cosa artificial.” El 8 de junio, en la Conferencia celebrada con los representantes de los distritos, después de una serie de votaciones preliminares, 131 manos se levantaron en favor de la manifestación; el Comité de interdistritos decide unirse a la manifestación, que fue fijada para el domingo 10 de junio.

Los trabajos preparatorios se efectuaron en secreto hasta el último momento, con el fin de no dar a los social-revolucionarios y a los mencheviques la posibilidad de emprender una campaña en contra. Esta legítima medida de prudencia había de interpretarse, más tarde, como prueba de que existía un complot militar. El Consejo Central de los Comités de fábrica se adhirió a la idea de organizar la manifestación. “Bajo la presión de Trotsky, y contra el parecer de Lunacharski, que era contrario a la proposición —escribe Yugov—, el Comité interdistritos decidió adherirse a la manifestación.” Los preparativos se llevaron a cabo con una energía febril.

La manifestación debía alcanzar la bandera del poder de los Soviets. La consigna era: “Abajo los diez ministros capitalistas.” Era el modo más sencillo de expresar la necesidad de romper la coalición con la burguesía. El desfile se dirigía hacia la Academia Militar, donde estaba reunido el Congreso. Con esto, se daba a entender que no se trataba de derribar al Gobierno, sino de ejercer presión sobre los dirigentes soviéticos.

A decir verdad, en las conferencias preliminares de los bolcheviques, otras voces se hicieron oír. Es así que Smilga, ahora joven miembro del Comité Central, propuso “no renunciar a ocupar Correos, Telégrafos y el Arsenal, si los

acontecimientos se desarrollan hasta llegar a una colisión”. Otro de los participantes en la Conferencia, Latzis, miembro del Comité de Petrogrado, escribe en su diario refiriéndose al rechazo de la proposición de Smilga: “No puedo estar conforme con esto... Me pondré de acuerdo con los camaradas Semaschko y Rachjia, para estar preparados en caso de necesidad y apoderarnos de las estaciones, los arsenales, los Bancos y de Correos y Telégrafos, apoyándonos en el regimiento de ametralladoras.” Semaschko era oficial de este regimiento y Rachjia un obrero bolchevique muy combativo.

La existencia de tales estados de espíritu se explicaba. La línea del Partido estaba dirigida a tomar el poder; no se trataba nada más que de evaluar la situación. En Petrogrado se estaba operando evidentemente un cambio a favor de los bolcheviques; pero en las provincias ese proceso se desarrollaba con más lentitud; además, el frente necesitaba de la lección de la ofensiva para vencer su recelo contra los bolcheviques. Por eso Lenin se mantenía firme en su posición de abril: “Explicar pacientemente.”

En sus memorias, Sujanov expone el plan de la manifestación del 10 de junio como si se tratase de una verdadera maquinación de Lenin para adueñarse del poder “si las circunstancias fuesen propicias”. En realidad, los que intentaron plantear la cuestión en estos términos fueron algunos bolcheviques que, según una expresión maliciosa de Lenin, estaban “un poco más a la izquierda” de lo que era preciso. Sujanov no se molesta siquiera en contrastar sus hipótesis arbitrarías con la línea política de Lenin expresada en numerosos discursos y artículos. (Sobre esta cuestión: ver Apéndice núm. 3.)

El Buró del Comité Ejecutivo exigió de inmediato a los bolcheviques que suspendieran la manifestación. ¿Con qué derecho? Formalmente, la manifestación no podía, por cierto, ser interdicta más que por el poder del Estado. Pero éste no se atrevía ni a soñar con tal cosa. ¿Cómo se explica que el Soviet, que era una “organización privada” dirigida por el bloque de dos partidos políticos, pudiera prohibir una manifestación a un tercer partido? El Comité Central, del Partido Bolchevique no aceptó la orden, pero decidió subrayar el carácter pacífico de la manifestación. El 9 de junio se fijó en los barrios obreros esta proclama de los bolcheviques: “Somos ciudadanos libres, tenemos el derecho de protestar y debemos usar de este derecho antes de que sea demasiado tarde. El derecho a una manifestación pacífica no puede discutirlo nadie.”

Los conciliadores sometieron la cuestión al Congreso. Fue entonces cuando Chjeidse pronunció sus famosas palabras acerca de un desenlace fatal, añadiendo que sería preci-

so constituirse en sesión permanente toda la noche. Un miembro de la presidencia, Chegueskor, otro hijo de la Gironda, puso fin a su discurso con un denuesto grosero dirigido contra los bolcheviques: "¡Abajo vuestras sucias manos ante la gran causa!" A pesar de sus pedidos, a los bolcheviques no se les dio tiempo para discutir el asunto en su fracción. El Congreso tomó una resolución que prohibía durante tres días todo género de manifestaciones. Ese acto de violencia contra los bolcheviques era, al mismo tiempo, un acto de usurpación de funciones con respecto al Gobierno: los Soviets continuaban escamoteando el poder bajo su propia almohada.

A la misma hora, Miliukov hablaba en el Congreso de los cosacos y acusaba a los bolcheviques "como a los peores enemigos de la revolución rusa". Según la lógica natural de las cosas, su mejor amigo era, indiscutiblemente, el propio Miliukov, que en visperas de febrero se inclinaba más a aceptar la derrota infligida a Rusia por los alemanes que la revolución del pueblo ruso. Y como los cosacos preguntasen qué actitud había de adoptarse con los leninistas, Miliukov contestó: "Ya va siendo hora de acabar con esos señores." El jefe de la burguesía tenía demasiada prisa. Sin embargo, hay que reconocer que el tiempo apremiaba.

Entre tanto, en las fábricas y en los regimientos se celebraban mítines en los cuales se decidía salir al día siguiente a la calle con la consigna: "¡Todo el poder a los Soviets!" El alboroto del Congreso de los Soviets y del de los cosacos hizo que pasara desapercibido el hecho de que en las elecciones a la Duma municipal del barrio de Viborg obtuvieran 37 puestos los bolcheviques, 22 del bloque socialrevolucionario y menchevique y 4 los kadetes.

Ante la categórica decisión del Congreso, que implicaba una misteriosa alusión a la amenaza de un golpe de derecha, los bolcheviques decidieron revisar la cuestión. Ellos querían una manifestación pacífica y no una insurrección y no tenían motivos para convertir en seminsurrección una manifestación prohibida. La presidencia del Congreso, por su parte, decidió tomar medidas. Algunos centenares de delegados fueron organizados en grupos de diez y enviados a los barrios obreros y a los cuarteles con el fin de evitar la manifestación y volver a la mañana siguiente al Palacio de Táurida para dar cuenta del resultado. El Comité Ejecutivo de los diputados campesinos se asoció a esta expedición, destinando a ella setenta hombres.

Aunque de un modo inesperado, los bolcheviques consiguieron lo que se proponían: los delegados del Congreso veíanse obligados a ponerse en contacto con los obreros y soldados de la capital. No se dejó que la montaña se acerca-

ra a los profetas, pero los profetas no tuvieron más remedio que acercarse a la montaña. Aquel encuentro resultó feo, cundo en alto grado. En *Izvestia*, del Soviet de Moscú, un corresponsal menchevique traza el siguiente cuadro: "La mayoría del Congreso, más de quinientos miembros, se pasó la noche en blanco, dividiéndose en grupos de a diez, que recorrieron las fábricas y los cuarteles de Petrogrado exhortando a los obreros y a los soldados a no concurrir a la manifestación. El Congreso, en buen número de fábricas y también en una cierta parte de la guarnición, no tenía ninguna autoridad... Los miembros del Congreso fueron acogidos muy a menudo de una manera inamistosa, a veces con hostilidad y frecuentemente fueron despedidos con cólera." El órgano oficial del Soviet no exagera nada; al contrario, da un cuadro de manera extrema educativo del encuentro nocturno entre dos mundos.

Las masas de Petrogrado, en todo caso, no dejaron a los delegados ninguna duda respecto a quién podía, en lo sucesivo, acordar una manifestación o prohibirla. Los obreros de la fábrica de Putilov no accedieron a fijar el llamado del Congreso contra la manifestación, hasta haber comprobado, por la lectura de *Pravda*, que no contradecía la decisión de los bolcheviques. El primer regimiento de ametralladoras, que desempeñaba el papel de vanguardia en la guarnición, como lo desempeñaba la fábrica de Putilov en los medios obreros, después de conocidos los informes de Chjeidse y Avksentiev, presidentes de los dos Comités Ejecutivos, votó la siguientes resolución: "De acuerdo con el Comité Central de los bolcheviques y de su organización militar, el regimiento decide aplazar su acción..."

Las brigadas de pacificadores llegaban al Palacio de Táurida, después de una noche entera sin dormir, en un estado de completa desmoralización. Ellos, que creían que la autoridad del Congreso era indiscutible, habían chocado contra un recio muro de desconfianza y hostilidad. "Las masas están dominadas por los bolcheviques. Se muestran hostiles hacia los mencheviques y socialrevolucionarios." "No creen más que a *Pravda*. En algunos sitios nos gritaron: "No os consideramos compañeros." Uno tras otro, los delegados daban cuenta de cómo, a pesar de haberse conseguido aplazar la batalla, habían sufrido una dura derrota.

Las masas habían obedecido la resolución de los bolcheviques. Pero esa docilidad no era sin protestas, ni asimismo sin indignación. En ciertas empresas fueron votadas resoluciones que censuraban al Comité Central. Los más exasperados entre los miembros del Partido en los cuarteles, rompieron sus carnets. Era una seria advertencia.

Al prohibir las manifestaciones durante tres días, los

conciliadores alegaban que los monárquicos preparaban un complot, para el cual se hubieran aprovechado de la manifestación bolchevique; ellos mencionaban la connivencia de una parte del Congreso de los cosacos y la marcha sobre Petrogrado de tropas contrarrevolucionarias. Era natural que, después de prohibida la manifestación, los bolcheviques exigieran explicaciones respecto del pretendido complot. Los líderes del Congreso, en vez de responder, acusaron de conspiradores a los propios bolcheviques. De este modo, salían bastante airosos del apuro.

Hay que reconocer, sin embargo, que en la noche del 9 al 10 de junio, los conciliadores descubrieron, en efecto, un complot que los conmovió profundamente. Era el complot de las masas que se unieron a los bolcheviques contra los conciliadores. Sin embargo, los bolcheviques habían acatado las órdenes del Congreso, lo que alentó a los conciliadores y permitió que su pánico se convirtiera en furor. Los mencheviques y socialrevolucionarios decidieron mostrar puños de acero. El 10 de junio, el periódico de los mencheviques decía: "Es hora ya de denunciar a los leninistas como traidores a la revolución." El presidente del Comité Ejecutivo pidió al Congreso cosaco que apoyara al Soviet contra los bolcheviques. El presidente del Congreso, Dutov, *atamán* del Ural, le respondió: "Nosotros, cosacos, no nos separaremos jamás de los Soviets." Los reaccionarios, para dar la batalla a los bolcheviques, estaban dispuestos incluso a aliarse con el Soviet, para luego poder estrangularlo de un modo más seguro.

El 11 de junio se reúne un tribunal imponente; el Comité Ejecutivo, los miembros de la presidencia del Congreso, los dirigentes de las fracciones, unas cien personas en total. Como siempre, el papel de fiscal corre a cargo de Tsereteli, quien exige furiosamente represión rigurosa y trata con desdén a Dan, dispuesto siempre a atacar a los bolcheviques, pero que no acaba de decidirse a exterminarlos. "Lo que ahora hacen los bolcheviques sale ya de los límites de la propaganda ideológica, para convertirse en un complot... Que nos dispersen, pero ha llegado la hora de adoptar otros métodos de lucha. ¡Hay que desarmar a los bolcheviques! No se pueden dejar en sus manos los enormes recursos técnicos de que dispusieron hasta ahora. No podemos dejar en sus manos las ametralladoras y las otras armas. No toleramos ningún complot." Estas son las notas nuevas. ¿Qué significaba, en realidad, desarmar a los bolcheviques? Sujanov escribe sobre esto: "No hay que olvidar que los bolcheviques no tienen ningún depósito particular de armas. Estas se hallan en poder de los soldados y los obreros, que en su formidable mayoría siguen a los bolcheviques. Desarmar a los bolcheviques no puede signi-

ficar más que desarmar al proletariado. Y aún más: es desarmar a las tropas."

En otros términos, se acercaba el momento clásico de la revolución, en que la democracia burguesa, acosada por la reacción, pretende desarmar a los obreros que han asegurado el triunfo de la causa revolucionaria. Los señores demócratas, entre los cuales había grandes lectores, ponían invariablemente sus simpatías en los desarmados, nunca en los que desarmaban, siempre que se tratara de historia pasada. Pero cuando la misma cuestión se planteaba ante ellos en la realidad, no la reconocían. El hecho de que fuera Tsereteli un revolucionario que se había pasado varios años en presidio, que todavía ayer era un zimmerwaldiano, quien emprendiera el desarme de los obreros, no era simplemente concebible. La sala, al oírlo, se quedó estupefacta. A pesar de todo, los delegados de las provincias parecían darse cuenta de que los estaban empujando al abismo. Uno de los oficiales tuvo una crisis de histeria.

No menos pálido que Tsereteli, Kamenev se puso de pie y exclamó, con un tono de dignidad cuya fuerza impresionó al auditorio: "Señor ministro, si usted no lanza sus palabras al viento, no tiene derecho a limitarse a un discurso. ¡Deténgame usted y júzgume por conspirar contra la revolución!" Los bolcheviques abandonaron la sala en señal de protesta, negándose a tomar parte en el escarnio de que se hacía objeto a su Partido. La tensión en la sala se hizo insoportable.

Liber acude en auxilio de Tsereteli. El furor contenido es reemplazado en la tribuna por el furor histérico. Liber exige que se adopten medidas implacables. "Si queréis que os siga la masa que está con los bolcheviques, romped con el bolchevismo." Pero se le escucha sin ninguna simpatía y hasta con un cierto sentimiento de hostilidad.

Lunacharski, impresionable como siempre, intenta encontrar inmediatamente un lenguaje común con la mayoría: si bien los bolcheviques habían asegurado que su intención no era otra que celebrar una manifestación pacífica, su propia experiencia le había enseñado que "era un error organizar la manifestación". Pero no había por qué agudizar el conflicto. Sin calmar a los adversarios, Lunacharski irrita a sus amigos.

"Nosotros no combatimos las corrientes de izquierda —dice jesuiticamente Dan, el más experimentado, pero también el más estéril de los líderes del pantano—; combatimos la contrarrevolución. No tenemos la culpa de que detrás de vosotros acechen los agentes de Alemania." Aquella alusión a los alemanes no tenía más objeto que reemplazar toda argumentación. Estos señores, por supuesto, no pudieron señalar ningún agente de Alemania.

Tsereteli proponíase asestar un gran golpe. Dan se limitaba a levantar el puño. En su impotencia, el Comité Ejecutivo da su asentimiento a Dan. La resolución propuesta al Congreso tenía el carácter de una ley de excepción contra los bolcheviques, pero sin consecuencias prácticas directas.

“Después de la visita a las fábricas y a los regimientos por vuestros delegados —decía la declaración escrita elevada al Congreso por los bolcheviques— no puede haber la menor duda de que si la manifestación no se ha celebrado no ha sido precisamente porque vosotros la hubieseis prohibido, sino porque nuestro Partido la suspendió... La ficción del complot militar ha sido lanzada por un miembro del Gobierno provisional para desarmar al proletariado de Petrogrado y dislocar la guarnición. Aun dado el caso de que el poder gubernamental pasara íntegramente al Soviet —punto de vista que nosotros defendemos— y éste intentara poner trabas a nuestras campañas, esto nos obligaría tal vez no a someterse pasivamente, sino a aceptar la cárcel y cualesquiera otras penas en nombre de la idea del socialismo internacional que nos separa de vosotros.”

La mayoría y la minoría del Soviet se enfrentaron durante aquellos días, como preparándose a librar la batalla decisiva. Pero, a último momento, las dos partes dieron un paso atrás. Los bolcheviques renunciaron a celebrar la manifestación, los conciliadores a desarmar a los obreros.

Tsereteli permaneció en minoría ante los suyos. Sin embargo, tenía razón a su manera. La política de alianza con la burguesía había llegado a un punto en que era necesario reducir a la impotencia a las masas que no se resignaban a aceptar la coalición. Únicamente desarmando a los obreros y a los soldados podía llevarse la política de conciliación al éxito, es decir, hasta la instauración del régimen parlamentario de la burguesía. Pero si Tsereteli tenía razón a su manera, era por otra parte, impotente. Ni los soldados ni los obreros hubieran entregado en forma voluntaria las armas. De este modo había que emplear contra ellos la fuerza. Mas la fuerza no estaba ya del lado de Tsereteli. Para obtenerla, si es que la había en algún lado, hubiera tenido que pactar con la reacción, la cual, una vez liquidado el Partido Bolchevique, se habría cuidado, sin pérdida de tiempo, de hacer lo mismo con los Soviets de conciliadores, y pronto le hubiera hecho saber a Tsereteli que él no era más que un viejo presidiario. Pero el rumbo tomado más tarde por los acontecimientos demuestra que tampoco le reacción disponía de la fuerza necesaria.

Tsereteli al fundamentar la necesidad de dar la batalla a los bolcheviques, daba como argumento el que éstos divorciaban al proletariado de los campesinos. Martov le

objetó: “No es del seno de la masa campesina precisamente de donde Tsereteli toma sus ideas; el grupo de los kades de derecha, el grupo de los capitalistas, la burguesía de Occidente, esos son los que exigen el desarme de los obreros y soldados.” Martov tenía razón: las clases poseedoras más de una vez en la Historia han ocultado sus pretensiones detrás del campesinado.

A partir de la publicación de las tesis de abril de Lenin, el peligro de que el proletariado se aislara de los campesinos fue el principal argumento de todos los que pugnaban por tirar para atrás a la revolución. Se explica perfectamente que Lenin comparase a Tsereteli con los “viejos bolcheviques”.

En uno de sus trabajos publicados en 1917, Trotsky escribía, a este propósito. “El aislamiento en que se encuentra nuestro Partido con respecto a los socialrevolucionarios y mencheviques, por radical que sea, llevado incluso hasta detrás de los muros carcelarios, no significa, ni mucho menos el aislamiento del proletariado con respecto a las masas oprimidas de la ciudad y del campo. Al contrario, el proletariado revolucionario, oponiendo claramente su política contra la pérdida política de las concesiones de los actuales dirigentes soviéticos, es lo único que puede trazar una diferenciación política salvadora, en los millones de campesinos, arrancar a los campesinos pobres de la dirección traidora de los campesinos ricos socialrevolucionarios y convertir al proletariado socialista en el verdadero caudillo de la revolución popular triunfante.”

Mas el argumento profundamente falso de Tsereteli resultó tener una gran fuerza vital. En vísperas de la Revolución de Octubre, volvió a levantar cabeza con fuerza redoblada, como el argumento que esgrimían muchos “viejos bolcheviques” contra la toma del poder. Años después, al iniciarse la reacción ideológica contra Octubre, la fórmula de Tsereteli convirtiéndose en la principal arma teórica de la escuela de los epígonos.

En la misma sesión del Congreso de los Soviets, que juzgó a los bolcheviques, un representante del menchevismo, inesperadamente, propuso que para el próximo domingo, 18 de junio, se organizase en Petrogrado y en las ciudades más importantes una manifestación de obreros y soldados, para demostrar a los adversarios la unidad y la fuerza de la democracia. La proposición, aunque dejó un poco perplejo al Congreso, fue aceptada. Un mes después Miliukov explicaba de un modo bastante plausible este inesperado cambio de frente de los conciliadores: “Después de pronunciar en el Congreso de los Soviets discursos de tono liberal, después de haber impedido la manifestación armada del 10 de junio..., los ministros socialistas tuvie-

ron la sensación de que habían ido demasiado lejos en su acercamiento a nuestro campo, de que empezaba a faltarles el terreno en que pisaban. Entonces, se asustaron y dieron un viraje hacia los bolcheviques." Claro está que la decisión de organizar una manifestación para el 18 de junio no era precisamente un viraje hacia los bolcheviques, sino algo muy distinto: una tentativa de viraje hacia las masas contra el bolchevismo. El encuentro nocturno con los obreros y soldados les había producido una impresión bastante fuerte a los elementos dirigentes de los Soviets. Así se explica, que abandonando los propósitos imperantes al abrirse el Congreso, se publicase atropelladamente, en nombre del Gobierno, un decreto que disolvía la Duma, y que convocaba a la Asamblea Constituyente para el 30 de septiembre próximo. Las consignas de la manifestación fueron elegidas y calculadas de modo que no provocaran la irritación de las masas: "Paz general", "Convocatoria inmediata de la Asamblea Constituyente", "República Democrática". Ni una palabra acerca de la ofensiva y de la coalición. Lenin preguntaba en *Pravda*: ¿Qué se ha hecho, señores, de aquella confianza absoluta en el Gobierno provisional? ¿Por qué la lengua se os pega al paladar?" Estas ironías daban en el blanco: en efecto, los conciliadores no se atrevían a pedir a las masas confianza en el Gobierno del que formaban parte.

Los delegados soviéticos, después de recorrer por segunda vez los barrios obreros y los cuarteles, en vísperas de la manifestación, dieron informes muy tranquilizadores al Comité Ejecutivo. Tsereteli, a quien estos informes devolvieron la serenidad y la afición a desempeñar el papel de mentor, se dirigió en estos términos a los bolcheviques: "Ahora tenemos ocasión de pasar revista de un modo franco y honrado a las fuerzas revolucionarias... Ha llegado la hora de que sepamos todos a quién sigue la mayoría: si a nosotros o a ustedes." Los bolcheviques aceptaron el desafío aun antes de que fuera tan imprudentemente formulado. "Acudiremos a la manifestación del 18 —decía *Pravda*— para luchar por los mismos objetivos que queríamos el día 10."

Pensando con serenidad en los funerales de marzo, que habían sido, al menos en apariencia, una grandiosa manifestación de unidad, de la democracia, el itinerario, también esta vez, conducía al Campo de Marte a las tumbas de las víctimas de febrero. Pero, excepto el itinerario, nada recordaba las lejanas jornadas de marzo. Tomaron parte en la manifestación cerca de cuatrocientas mil personas, muchas menos, por tanto, que en las exequias: de esta manifestación soviética no sólo estaba ausente la burguesía, aliada a los Soviets, sino también la *intelligentzia* radical,

que había ocupado un lugar tan destacado en las anteriores demostraciones de la democracia. En sus filas formaban casi exclusivamente los cuarteles y las fábricas.

Los delegados del Congreso, congregados en el Campo de Marte, leían los cartelones que desfilaban ante ellos. Las primeras consignas bolcheviques fueron acogidas en forma bastante irónica. Tsereteli había lanzado su desafío con osadía. Pero las mismas consignas se repetían más y más: "Abajo los diez ministros capitalistas", "Abajo la ofensiva", "Todo el poder a los Soviets". Las sonrisas irónicas se helaban en los rostros y luego, lentamente, se borraban. Las banderas bolchevistas iban desfilando una tras otra, en procesión inacabable. La victoria de los bolcheviques era demasiado evidente. "De vez en cuando —dice Sujanov— aparecían entre las banderas y las columnas bolcheviques las divisas específicamente socialrevolucionarias y las del Soviet oficial. Pero se perdían entre la masa." Al día siguiente, el órgano oficioso del Soviet daba cuenta del furor con que en algunos sitios habían sido destrozadas las banderas con las consignas que pedían un voto de confianza para el Gobierno provisional. En estas palabras hay una evidente exageración. Sólo tres pequeños grupos llevaban cartelones de homenaje al Gobierno provisional: eran los amigos de Plejanov, un regimiento de cosacos y un grupo de intelectuales judíos afiliados al "Bund". Esta combinación ternaria, que, por los elementos que la integraban, daba la impresión de una anomalía política, parecía tener por objeto poner al descubierto la impotencia del régimen. Ante los gritos de protesta de la multitud los plejanovistas y el "Bund" se vieron obligados a retirar los cartelones. En cuanto a los cosacos, que se mostraron más obstinados, su bandera fue arrebatada y destrozada por el público.

"Lo que hasta ahora no era más que un arroyuelo —comenta *Izvestia*— se ha convertido en un caudaloso río, y cada vez más, de un momento a otro, amenazaba con desbordarse." Se trataba del barrio de Viborg, cubierto todo de banderas bolcheviques. "¡Abajo los diez ministros capitalistas!" En una de las fábricas había un telón que decía así: "El derecho a la vida está por encima del derecho a la propiedad privada." Esta consigna no había sido sugerida por ningún partido.

Los delegados de las provincias, aterrados, buscaban a los jefes. Estos rehuían la mirada o se escabullían. Los bolcheviques presionaban a los provincianos. ¿Se parece esto, acaso, a una pequeña banda de conspiradores? Los delegados de las provincias convenían en que no, en que no lo parecía. "No puede negarse que en Petrogrado sois una fuerza —reconocían en un tono bastante distinto del

adoptado en la sesión oficial del Congreso—, pero no ocurre lo mismo en las provincias ni en el frente. Petrogrado no puede marchar contra todo el país.” “Esperad un poco —les contestaban los bolcheviques—, que pronto os llegará el turno, y se alzarán en las provincias los mismos cartelones.”

“Durante esta manifestación —escribe Plejanov—, yo estaba en el Campo de Marte, al lado de Chjeidse. Por su semblante veía que no se engañaba en lo más mínimo respecto a la significación de aquella profusión asombrosa de carteles que pedían el derrocamiento de los ministros capitalistas. Y aun parecían subrayar de manera deliberada esa significación las órdenes verdaderamente autoritarias con que se dirigían a él algunos de los representantes leninistas que desfilaban ante nosotros con el aire de que aquélla era su fiesta.”

Los bolcheviques, en todo caso, tenían motivos para sentir así. “A juzgar por los cartelones y las consignas de los manifestantes —decía el periódico de Gorki—, la manifestación del domingo ha puesto de relieve el triunfo completo alcanzado por el bolchevismo entre el proletariado petersburgués.” Era, en efecto, un gran triunfo, obtenido, además, sobre el terreno y con las armas elegidas por el adversario. El Congreso de los Soviets, después de aprobar la ofensiva, aceptar la coalición y condenar a los bolcheviques, había hecho salir a la calle a las masas. No queremos ni ofensiva ni coalición; estamos al lado de los bolcheviques. Tal era el balance político de la manifestación de junio. Es sorprendente que el periódico de los mencheviques, iniciadores de la manifestación, preguntara melancólicamente, al día siguiente: “¿A quién se le ocurrió esta desdichada idea?”

Por supuesto que no todos los obreros y soldados de la capital tomaron parte en la manifestación, como tampoco todos los manifestantes eran bolcheviques. Pero lo evidente era que nadie quería la coalición. Los obreros adversos aún al bolchevismo no sabían qué oponerle. Por consiguiente, su hostilidad no se transformaba en una neutralidad expectante. Bajo las consignas bolcheviques habían marchado buen número de mencheviques y socialrevolucionarios que no habían roto aún con sus partidos, pero habían ya perdido la confianza en éstos.

La manifestación del 18 de junio había producido una enorme impresión hasta en los mismos participantes. Las masas vieron que el bolchevismo se convertía en una fuerza, y los vacilantes se volvieron hacia él. En Moscú, Kiev, Jarkov, Yekaterinoslav y otras muchas ciudades de provincia, las manifestaciones pusieron de relieve un gran aumento de la influencia de los bolcheviques. Por todas partes sur-

gían las mismas consignas clavadas en el corazón del régimen de febrero. Había que sacar las consecuencias de todo esto. Parecía que ya los conciliadores no tenían salida del atolladero, cuando, a última hora, vino en su auxilio la ofensiva.

El 19 de junio, en la Perspectiva Nevski, se presenciaron varias manifestaciones patrióticas bajo la conducción de los kadetes y con retratos de Kerensky por bandera. El propio Miliukov confiesa: “Estas manifestaciones se parecían tan poco a la que desfilara por aquellas mismas calles el día anterior, que al sentimiento de entusiasmo se unía involuntariamente la incredulidad.” ¡Sentimiento muy legítimo! Pero los conciliadores respiraron tranquilos. Su pensamiento se remontó inmediatamente por encima de las dos manifestaciones, e hizo una síntesis democrática. Esta gente estaba condenada a apurar hasta las heces la copa de las ilusiones y de la humillación.

En abril habían chocado en la calle dos manifestaciones: la revolucionaria y la patriótica, y el choque produjo víctimas. Las manifestaciones adversas del 18 y 19 de junio se sucedieron la una a la otra. Por esta vez, el choque no había sido directo. Pero el choque no era ya evitable. Sólo se había diferido quince días.

Los anarquistas, que no sabían cómo probar su independencia, habían aprovechado la manifestación del 18 de junio para asaltar la cárcel de Viborg. Los detenidos, presos comunes en su mayoría, fueron puestos en libertad sin combatir, y no de una sola prisión, sino de muchas. Posiblemente el ataque no haya sido una sorpresa para la administración penitenciaria que no ofreció resistencia a los anarquistas reales o supuestos. Este misterioso episodio no tenía ninguna relación con la manifestación. Pero la prensa patriótica lo consideró como un solo asunto. Los bolcheviques propusieron en el Congreso de los Soviets que se abriera una severa investigación sobre cómo habían sido soltados cuatrocientos sesenta criminales. Pero los conciliadores no podían permitirse este lujo, pues temían chocar con los representantes de la superioridad administrativa y con sus aliados del bloque. Además, no tenían el menor deseo de defender las pérdidas calumnias contra la manifestación que ellos mismos habían organizado.

El ministro de Justicia, Pereverzev, que unos días antes se había desacreditado con el asunto de la villa de Durново, decidió tomarse la revancha y, so pretexto de buscar a los reclusos evadidos, procedió a un nuevo allanamiento de la villa. Los anarquistas ofrecieron resistencia y, durante el tiroteo que se produjo y en el que resultó muerto uno de ellos, la villa quedó destrozada. Los obreros del distrito de Viborg, que consideraban como suya esta casa, die-

ron la voz de alarma. En algunas fábricas abandonaron el trabajo. La alarma se extendió por otros barrios y hasta por los cuarteles.

Los últimos días de junio se caracterizan por un estado constante de efervescencia. El regimiento de ametralladoras está dispuesto a lanzarse inmediatamente al ataque contra el Gobierno provisional. Los huelguistas recorren los cuarteles invitando a los soldados a salir a la calle. Una manifestación de protesta, formada por campesinos con uniforme de soldados, muchos ya canosos, recorre las calles: son hombres de cuarenta años, que exigen que les dejen marcharse a los trabajos del campo. Los bolcheviques quieren la acción inmediata. la manifestación del 18 de junio ha dicho todo lo que tenía que decir, para obtener un cambio no bastaba con manifestaciones, y la hora del golpe decisivo no había sonado aún. El 22 de junio, los bolcheviques dirigen un llamamiento a la guarnición. "No atendáis a las invitaciones que os hagan para que os echéis a la calle en nombre de la organización militar." Del frente llegan delegados que se lamentan de los actos de violencia repetidos y de los castigos. Las amenazas de disolver algunos regimientos echan leña al fuego. "En muchos regimientos, los soldados duermen con las armas en la mano", dice una declaración de los bolcheviques al Comité Ejecutivo. Las manifestaciones patrióticas, no pocas veces armadas, provocan colisiones en las calles. Ninguna de las fuerzas se dispone a atacar directamente: la reacción es demasiado débil y la revolución no tiene aún confianza absoluta en sus fuerzas. Pero las calles de la ciudad parecen pavimentadas con explosivos. El conflicto está en el aire. La prensa bolchevique explica y modera. La prensa patriótica exterioriza su inquietud, lanzándose a una campaña desenfundada contra los bolcheviques. El 25 de junio, Lenin escribe: "Los salvajes aullidos de furor y de rabia contra los bolcheviques traducen la lamentación común de los kadetes, socialrevolucionarios y mencheviques por su propia debilidad. Tienen mayoría. Están en el poder. Forman un bloque. Y ven que, a pesar de todo, no pueden nada. ¿Cómo no han de ponerse furiosos contra los bolcheviques?"

CONCLUSION

En las primeras páginas de este trabajo hemos intentado poner de manifiesto cuán profundamente enraizada estaba la Revolución de Octubre en las relaciones sociales de Rusia. Nuestro análisis no ha sido construido, ni mucho menos, retrospectivamente a la vista de los acontecimientos consumados; es anterior a la revolución. Y data incluso de 1905, que le sirvió de prólogo.

Hemos intentado en estas páginas demostrar cómo las fuerzas sociales de Rusia se han manifestado en los acontecimientos de la revolución. Hemos seguido la actuación de los partidos políticos en sus relaciones recíprocas con las clases. Las simpatías y las antipatías del autor pueden dejarse a un lado. Una exposición histórica tiene derecho a exigir que se reconozca su objetividad, si, basándose en los hechos perfectamente conocidos, pone al desnudo el nexo intrínseco sobre la base del proceso real de las relaciones sociales. Las leyes internas que presiden este proceso y que se desvelan en esa exposición, son la mejor comprobación de su objetividad.

Los acontecimientos de la Revolución de Febrero que hemos hecho desfilar ante los ojos del lector, han confirmado el pronóstico teórico hasta aquí al menos, por el método de las eliminaciones sucesivas: antes de que el proletariado subiera al poder todas las otras variantes del desarrollo político habían sido sometidas a la experiencia de la vida y rechazadas como inservibles.

El Gobierno de la burguesía liberal, con su rehén democrático, Kerensky, resultó ser un completo fracaso. Las jornadas de abril fueron la primera advertencia abierta que la Revolución de Octubre daba a la de Febrero. Después de esto, el Gobierno provisional burgués cede el puesto a un Gobierno de coalición, cuya esterilidad no pasa día sin que se ponga de manifiesto. En la manifestación de junio, convocada por el Comité Ejecutivo por su propia iniciativa, aunque, la verdad sea dicha, no de un modo totalmente voluntario, la Revolución de Febrero intenta medir sus fuer-

zas con la de Octubre y sufre una cruel derrota. Esta derrota era doblemente fatal por ocurrir en las calles de Petrogrado y haber sido infligida por aquellos mismos obreros y soldados que habían hecho la Revolución de Febrero. La manifestación de junio demostró que los obreros y soldados de Petrogrado marchaban hacia una segunda revolución cuyos fines aparecían inscritos en sus banderas. Había signos inequívocos de que el resto del país seguía, aunque con el retraso inevitable, el camino de Petrogrado. Al cuarto mes de existencia, la Revolución de Febrero, políticamente hablando, estaba ya agotada. Los conciliadores habían perdido la confianza de los obreros y los soldados. El choque entre los partidos dirigentes de los Soviets y las masas soviéticas se hacía entonces inevitable. Después de la manifestación del 18 de junio, que fue una verificación pacífica de los efectivos de las dos revoluciones, el antagonismo debía tomar, inevitablemente, un carácter declarado.

Así surgieron las jornadas de julio. Dos semanas después de la manifestación organizada desde arriba, aquellos mismos obreros y soldados salieron a la calle por su propia iniciativa y exigieron al Comité Ejecutivo Central que tomara el poder. Los conciliadores se negaron a ello rotundamente. Las jornadas de julio acarrearón encuentros violentos en las calles, con víctimas, y terminaron con una represión despiadada contra los bolcheviques, a quienes se declaró responsables de la incapacidad del régimen de febrero. La proposición que había formulado Tsereteli el 17 de junio y que entonces fue rechazada —declarar a los bolcheviques fuera de la ley y desarmarlos, llevóse a la práctica en toda su integridad a principios de julio. Los periódicos bolcheviques fueron clausurados. Los jefes del Partido fueron declarados agentes a sueldo del Estado Mayor alemán. Unos se escondieron, otros fueron encarcelados.

Pero con ese "triunfo", obtenido en julio por los conciliadores sobre los bolcheviques, fue precisamente que se puso de manifiesto, en toda su magnitud, la impotencia de la democracia. Los demócratas vieron obligados a lanzar contra los obreros y los soldados a tropas abiertamente contrarrevolucionarias, enemigas no sólo de los bolcheviques, sino también de los Soviets: el Comité Ejecutivo no contaba ya con tropas propias.

Los liberales sacaron de esto una conclusión muy justa, que Miliukov formula en esta advertencia: "¡Kornilov o Lenin!" En efecto, en la revolución no había ya sitio para el reinado del justo medio. ¡O ahora o nunca!, se dijo la contrarrevolución. El generalísimo Kornilov se alzó en armas contra la revolución so pretexto de una campaña con-

tra los bolcheviques. Del mismo modo que antes de la revolución no había forma de oposición legal que no se cubriese con el manto del patriotismo, es decir, de la necesidad de luchar contra los alemanes, después de la guerra, las diferentes formas y modalidades de contrarrevolución legal amparábanse todas en la necesidad de luchar contra los bolcheviques. Kornilov contaba con el apoyo de las clases poseedoras y de su partido; es decir, de los kadetes. Pero esto no fue obstáculo; antes bien, coadyuvó a que las tropas enviadas por Kornilov sobre Petrogrado fuesen vencidas sin combate, a que capitularan sin luchar, evaporándose como una gota de agua al caer sobre una plancha al rojo. De este modo, realizábase y fracasaba también el experimento de un golpe de Estado de derecha, dado, además, por un hombre que se hallaba al frente del Ejército; la relación de fuerzas entre las clases poseedoras y el pueblo fue verificada sobre la acción, y en la alternativa "Kornilov o Lenin" el general cayó como un fruto podrido, aunque Lenin estaba obligado, por el momento, a permanecer en un apartado rincón.

¿Qué variante quedaba, después de esto, que no se hubiese intentado someter a prueba? La variante del bolchevismo. Efectivamente, después de la tentativa de Kornilov y de su lamentable fracaso, las masas se vuelven tumultuosas y definitivamente hacia los bolcheviques. La Revolución de Octubre, próxima, se convierte en una necesidad física. A diferencia de la Revolución de Febrero, que se decía no sangrienta, aunque en Petrogrado costó no pocas víctimas, la Revolución de Octubre triunfa en la capital, efectivamente, sin derramamiento de sangre. ¿No tenemos derecho a preguntar: Qué más pruebas se quieren de que la Revolución de Octubre respondía a las profundas leyes de la Historia? ¿No es evidente que esta revolución sólo podía parecerles obra de la aventura o de la demagogia a aquellos a quienes atacaban en lo más sensible, en el bolsillo? La lucha sangrienta sólo comenzó después de conquistado el poder por los Soviets bolcheviques, cuando las clases derrotadas, sostenidas materialmente por los gobiernos de la *Entente*, hacen esfuerzos desesperados por recobrar lo perdido. Es entonces cuando comienzan los años de guerra civil. Se levanta el Ejército Rojo. El país, hambriento, abraza el comunismo de guerra y se convierte en un campamento espartano. La Revolución de Octubre paso a paso se abre camino, rechaza a sus enemigos, se ocupa de resolver sus problemas económicos, se cura de las heridas más sensibles de la guerra imperialista y de la guerra civil y alcanza los más grandes triunfos en el terreno del desarrollo industrial. Ante ella se alzan, sin embargo, nuevas dificultades, dimanadas de su aislamiento y del blo-

queo de los potentes países capitalistas que la rodean. La condición de país atrasado que encuentra el proletariado ruso al llegar al poder, le plantea problemas, que por su esencia, no pueden ser enteramente resueltos en los cuadros de un Estado aislado. Su suerte está por completo ligada a la marcha ulterior de la historia mundial.

Este primer volumen, consagrado a la Revolución de Febrero, demuestra cómo y por qué esta revolución tenía que fracasar. El volumen siguiente mostrará por qué triunfó la Revolución de Octubre.

APENDICE PRIMERO

AL CAPITULO «PARTICULARIDADES EN EL DESARROLLO DE RUSIA»

El problema de las particularidades del desarrollo histórico de Rusia y, consiguientemente, de sus futuros destinos, fue, durante casi todo el siglo XIX, el eje de todas las discusiones y agrupaciones de la intelectualidad rusa. La eslavofilia y el occidentalismo daban al problema soluciones opuestas, pero igualmente categóricas. Luego, vinieron a ocupar su puesto los narodniki y los marxistas. Los primeros, antes de desvirtuarse de un modo definitivo bajo el influjo del liberalismo burgués, habían sostenido tenazmente y durante mucho tiempo la tesis de que Rusia seguía derroteros históricos propios y peculiares, al margen del capitalismo. En este respecto, los narodniki venían a continuar la tradición eslavófila, aunque limpiándola de los elementos monárquico-clerical-paneslavistas e infundiéndole un carácter revolucionario y democrático.

En el fondo, las concepciones de la eslavofilia, con toda su fantasmagoría reaccionaria, lo mismo que las ideas de los narodniki, con todas sus ilusiones democráticas, no eran, no mucho menos, puras especulaciones, sino que se apoyaban en ciertas peculiaridades indiscutibles y además profundas, aunque superficialmente interpretadas y mal ponderadas de la historia de Rusia. En su lucha contra los narodniki, el marxismo ruso, demostrando que las leyes que presidían la evolución histórica eran las mismas en todos los países, incurrió con harta frecuencia en lugares comunes dogmáticos, propendiendo, como dice el refrán, a derramar al niño con el agua de la bañera. Esta propensión se nos revela con bastante elocuencia en no pocos trabajos del conocido profesor Pokrovsky.

En 1922, Pokrovsky se lanzó sobre la concepción histórica del autor de esta obra, que sirve de base a la teoría de la revolución permanente. Creemos útil, cuando menos

para aquellos lectores que no sólo se interesan por la marcha dramática de los acontecimientos, sino también por la doctrina de la revolución, reproducir aquí los pasajes más importantes de nuestra contestación al profesor Pokrovsky, publicada en *Pravda*, órgano central del Partido, números 1 y 2, de julio de 1922.

EN TORNO A LAS CARACTERISTICAS PECULIARES DEL DESARROLLO HISTORICO DE RUSIA

Pokrovsky ha publicado un artículo dedicado a mi libro *1905*, en el cual viene a probar, con prueba desgraciadamente negativa, cuán complicado es aplicar los métodos del materialismo histórico a la historia humana viva, y cómo hasta hombres tan bien informados como Pokrovsky no pueden por menos de reducir a veces la Historia a patrones preestablecidos.

El libro criticado por Pokrovsky nació del deseo de razonar históricamente y justificar teóricamente la consigna de la conquista del poder por el proletariado, no sólo frente al régimen de la república democrático-burguesa, sino también frente a la consigna de un gobierno democrático del proletariado y de los campesinos... El razonamiento provocó la más franca indignación teórica por parte de buen número de marxistas, o, por mejor decir, por parte de una mayoría abrumadora. Esta indignación no sólo prendió en los mencheviques, sino hasta en Kamenev y el historiador bolchevique Rochkov. Su punto de vista era, expuesto en términos generales, éste: el régimen político de la burguesía debe necesariamente preceder al régimen político del proletariado; la república democrático-burguesa tiene que ser, por fuerza, una larga escuela histórica en la que el proletariado se discipline; toda tentativa de saltar por encima de esta etapa no es más que aventurerismo; si la clase obrera de los países de Occidente no ha conquistado todavía el poder, ¿cómo se puede enfrentar con este objetivo al proletariado ruso? Y así sucesivamente. A seudomarxistas, que no saben más que aplicar unos cuantos patrones históricos y un catálogo de analogías formales, convirtiendo las épocas históricas en una sucesión lógida de rígidas categorías sociales (feudalismo, capitalismo, socialismo, autocracia, república burguesa, dictadura del proletariado), era natural que la conquista del poder por la clase obrera rusa se les antojase, pues no podía ser

de otro modo, una monstruosa abjuración del marxismo. Sin embargo, un balance empírico, pero serio, de las fuerzas sociales tal y como se acusaron en los años 1903-1905, demostraba ya, con una evidencia imperiosa, toda la savia vital que se encerraba en la lucha por la conquista del poder para la clase obrera. Digase si ésta es o no una característica peculiar en Rusia. Si presupone o no ciertas características y profundas particularidades en todo el proceso histórico del país, digasenos de qué modo y por dónde este problema se le planteó precisamente al proletariado de Rusia, es decir, del país —con la venia de Pokrovsky— más atrasado de Europa.

¿Y en qué consiste, en rigor, el atraso de Rusia? ¿Acaso en que no hace otra cosa que copiar, sólo que con cierto retraso, la historia de los países europeos occidentales? ¿Cómo, entonces, podría hablarse de la conquista del poder por el proletariado ruso? No se olvide —nos tomamos la libertad de recordarlo— que el proletariado ruso está en el poder. ¿Cómo se explica esto? Pues se explica, sencillamente, por el hecho de que, presionado e influido por el nivel más alto de la cultura occidental, el indiscutible e indiscutido atraso histórico de Rusia no arroja una repetición pura y simple del proceso histórico de Occidente, sino que engendra profundas peculiaridades, dignas de especial estudio.

El profundo rasgo distintivo de nuestra situación política, gracias a la cual pudo triunfar la Revolución de Octubre antes de que comenzase la revolución en Europa, estribaba en la peculiar correlación de fuerzas que mediaba en Rusia entre las distintas clases y el poder del Estado. Cuando Pokrovsky y Rochkov discutían con los narodniki o los liberales y demostraban que la organización y la política del zarismo obedecían a la evolución económica del país y a los intereses de las clases poseedoras, decían, en sustancia, la verdad. Pero, al pugnar por repetir la misma tesis contra mí, Pokrovsky dispara en falso.

Consecuencia de nuestro atraso histórico, en las condiciones en que nos colocó el cerco imperialista, fue que nuestra burguesía no tuviese tiempo para dar el empujón al zarismo antes de que el proletariado se erigiera en fuerza revolucionaria independiente.

Pero para Pokrovsky no existe, por lo visto, este problema, que es para nosotros el eje de toda la investigación...

Pokrovsky dice: "Sería muy tentador pintar la Rusia moscovita del siglo xvi sobre el fondo de todo el régimen europeo de la época. Nada mejor para refutar el prejuicio arraigado, hasta entre los marxistas, del 'primitivismo' de la base económica sobre la que se erigió la autocracia rusa." Y más adelante: "El estudiar esta autocracia en su verdade-

ro entronque histórico, como uno de los aspectos del capitalismo comercial europeo..., es un problema de enorme interés, no sólo para el historiador, sino también para el público que lee, como enseñanza pedagógica; nada más radical para acabar con esa leyenda de las 'peculiaridades' del proceso histórico de Rusia." Como vemos, Pokrovsky niega en redondo el primitivismo y el atraso de nuestro desarrollo económico, a la par que califica de leyenda las peculiaridades del proceso histórico ruso. La verdadera explicación de la cosa está en que Pokrovsky, al igual que Rochkov se deja fascinar por la envergadura relativamente considerable alcanzada por el comercio en la Rusia del siglo xvi. Se hace casi imposible creer que pueda caer en ese error. En efecto, cabe suponer que el comercio sea la base de la vida económica y su rasero infalible. Hace unos veinte años el economista alemán Carlos Bücher intentaba descubrir en el comercio —o sea en la senda que va del productor al consumidor— el criterio normativo de todo el desarrollo económico. Struve se apresuró, naturalmente, a trasplantar este "descubrimiento" a la "ciencia" económica rusa. Ya por aquel entonces los marxistas hubieron de rechazar, como era natural, la teoría de Bücher. Para nosotros, los criterios del desarrollo económico hay que buscarlos en la producción —en la técnica y en la organización del trabajo—; el camino recorrido por la mercancía de manos del productor a las del consumidor no pasa de ser, a nuestros ojos, un fenómeno de orden secundario, cuyas raíces hay que buscar en el régimen mismo de producción.

El gran incremento que, al menos en lo que al espacio se refiere, toma el comercio ruso en el siglo xvi, con el criterio de los Bücher y de los Struve, se explica precisamente —por paradójico que esto pueda parecer— por el primitivismo y el extremo atraso de la economía rusa. En las ciudades de la Europa Occidental imperaban los gremios de mercaderes y las corporaciones de artesanos. Nuestras ciudades eran, primordialmente, centros administrativo-militares, centros, por tanto, consumidores y no productores. Aquel régimen de vida artesana y gremial de Occidente se formó cuando el desarrollo económico había alcanzado un nivel relativamente alto, cuando todos los procesos fundamentales de la industria manufacturera se habían desglosado de la agricultura, para convertirse en ramas independientes del artesano, creándose sus propias organizaciones y un centro propio: la ciudad, con su mercado fijo, aunque durante los primeros tiempos circunscrito a un determinado territorio. La ciudad europea medieval se formó, por tanto, tomando por base una diferenciación relativamente acentuada de la economía, que engendraba

relaciones mutuas y encauzadas entre el centro, o sea la ciudad, y la periferia, el campo. El atraso económico de Rusia, por el contrario, se acusaba muy principalmente en el hecho de no haberse destacado el artesano de las labores agrícolas, manteniéndose ambas formas confundidas en el trabajo de pequeños oficios rurales. En este punto, estamos más cerca de la India que de Europa, como también nuestras ciudades medievales estaban más cerca de las asiáticas que de las europeas, y nuestra autocracia, régimen intermedio entre el absolutismo europeo y el despotismo asiático, tenía con éste no pocos puntos de afinidad.

Dadas la inmensidad de las distancias y la poca densidad de la población —otro síntoma bastante elocuente de nuestro atraso—, el intercambio de productos imponía al capital comercial funciones mediadoras de la mayor envergadura. Y esta envergadura se concibe precisamente por el nivel mucho más alto de desarrollo de los países occidentales, por la gran complejidad de sus necesidades, que les permitían enviarnos sus comerciantes y sus mercancías, dando con ello un gran impulso a su circulación en nuestro país, con su base económica, primitiva y, en buena parte, bárbara. Quien no vea esta característica peculiar de nuestro desarrollo histórico, la más acentuada de todas, desconoce en absoluto nuestra historia.

Mi patrono siberiano, a cuyo servicio pasé dos meses en el destierro, anotando en sus libros de comercio los puds y las archinas, aquel Yakov Andreievich Cherny —y esto no sucedía precisamente en el siglo xvi, sino a comienzos del xx—, reinaba, casi dueño y señor absoluto, en sus dominios de Kirensk por obra y gracia de sus operaciones comerciales. Yakov Andreievich compraba pieles y productos ahumados a los tunguses; a los popes de los pueblos más alejados les compraba el grano de la pitanza; traía percales de las ferias de Irbit y de Nijni-Novgorod, y, sobre todo, era el proveedor de aguardientes (por aquel entonces en la provincia de Irkutsk no se había implantado todavía el monopolio). Yakov Andreievich, mi patrono, que no sabía leer ni escribir, era millonario —millonario de los de entonces, cuando los ceros pesaban algo más de lo que pesan los “ceros” de ahora—. Su “dictadura”, que era la del capital comercial, no admitía discusión. A los tunguses les llamaba siempre “mis tungusitos”. Las ciudades de Kirensk, de Vercholensk y de Nijni-Ilmsk eran residencias de *ispravniks* (jefes de policía) y *privas* (comisarios), de unos cuantos kulaks, entre los que mediaba una dependencia jerárquica mutua, y de un puñado de miseros artesanos y humildes empleados públicos. No pude dar allí con un solo oficio organizado que fuese la base de una vida económica urbana, ni gremios, ni fiestas corporativas,

ni *guildas*, aunque Yakov Andreievich ostentase el título honorífico de mercader de la segunda *guilda*. Este trozo viviente de la realidad siberiana nos pone delante de los ojos, más plásticamente que cuanto pueda decirnos Pokrovsky, las peculiares características del desarrollo histórico de Rusia. Sin duda alguna, las operaciones comerciales de Yakov Andreievich llegaban desde la mitad aproximadamente del curso del Lena y de sus afluentes orientales hasta Nijni-Novgorod, e incluso hasta Moscú. Seguramente que no habrá en toda la Europa continental muchas empresas que ostenten en sus mapas comerciales distancias tan enormes. Pues, con todo, aquel dictador comercial, aquel “rey de oros”, como le llamaba la gente del país, era la encarnación más acabada y convincente de nuestro atraso, de nuestra barbarie, de nuestro primitivismo económico, de la poca densidad de nuestra población, de la dispersión de nuestras aldeas, de las calzadas intransitables que en las épocas del deshielo tienen bloqueadas a aldeas, a distritos y a regiones enteras durante dos meses seguidos, del analfabetismo colectivo.

Mi patrono pudo alcanzar aquella supremacía comercial alzándose sobre la base de la barbarie siberiana, sencillamente porque el Occidente —“Rusia”, “Moscú”— apretaba, arrastrando a Siberia a remolque, engendrando así una mezcla de primitivismo económico trashumante y de reloj despertador fabricado en Varsovia.

El artesano gremial constituía la base de la cultura urbana medieval, que irradiaba también a las aldeas. La ciencia medieval, el escolasticismo, la Reforma, brotaron en el terreno de los gremios. Mas en nuestro país no sucedía así. No es difícil, naturalmente, descubrir gérmenes, indicios, rudimentos; pero no debemos olvidar que lo que había en Occidente no eran tan solamente indicios, sino un potente régimen económico-cultural con el artesanado gremial por base. Sobre esta base se erige la ciudad medieval, que luego crece y da la batalla a la Iglesia y a los señores feudales, empleando contra éstos el brazo de la monarquía. Fue esta misma ciudad la que, al inventar las armas de fuego, sentó las bases técnicas para la creación de los ejércitos permanentes.

¿Qué ciudades gremiales había en Rusia que pudieran ni remotamente compararse a las de la Europa Occidental? ¿Dónde están las luchas de estos centros con los señores feudales? ¿O acaso fue la pugna de la ciudad industrial y comercial contra los señores feudales la que sirvió de base para el desarrollo de la autocracia rusa? No; en Rusia no hubo tal pugna, por razón del carácter mismo de nuestras ciudades, como no hubo tampoco Reforma. Digase si esto es o no es una característica peculiar de nuestro país.

Nuestros oficios no salieron de la fase del artesano de las aldeas o, lo que es lo mismo, no llegaron a desglosarse de la clase campesina. La Reforma, entre nosotros, carente de dirección por parte de las ciudades, no pasó de la fase rudimentaria de las sectas campesinas. El primitivismo y el atraso son verdades patéticas.

El zarismo no se desarrolló y llegó a organizarse como Estado independiente —y para esto, de un modo relativo, dentro de los límites en que lo consentía la lucha de las fuerzas históricas vivas sobre aquella base económica— gracias precisamente a la pugna de las potentes ciudades contra los potentes señores feudales, sino a pesar de la completa anemia industrial de nuestras ciudades y aprovechándose de la anemia de los señores feudales rusos.

Por su estructura social, Polonia se hallaba situada entre Rusia y Occidente, del mismo modo que Rusia lo estaba entre Asia y Europa. En las ciudades polacas, la organización corporativa de los oficios tomó mucho más arraigo que en las rusas. Pero tampoco consiguieron desarrollarse hasta el punto de poder ayudar a la monarquía a quebrantar el poder de los señores feudales. El poder del Estado residía por entero en manos de la nobleza. El resultado de esto: impotencia absoluta del Estado y disgregación de éste.

Lo que hemos dicho del zarismo rige igualmente con el capital y el proletariado: no comprendemos por qué Pokrovsky dirige sus tiros solamente contra aquél. El capitalismo ruso no siguió la trayectoria del artesano a la fábrica, pasando por la manufactura, porque el capital europeo, el capital comercial primero y luego el financiero y el industrial, se abalanzó sobre Rusia en una época en que el artesanado no se había desglosado todavía de la agricultura. Así se explica la aparición de una industria capitalista moderna en medio de un panorama de primitivismo económico: de vez en cuando, una fábrica belga o norteamericana, y, en derredor, poblados míseros, chozas de madera y de paja que no pasa año sin que se incendien, y todo por el estilo. Al lado de los rudimentos más primitivos, los más recientes progresos europeos. De aquí el papel inmenso que el capital europeo desempeña en la economía de Rusia. De aquí el raquitismo político de la burguesía de nuestro país. De aquí la facilidad con que le dimos la batalla. De aquí que las dificultades surgieran al intervenir la burguesía europea en nuestros destinos...

¿Y nuestro proletariado? ¿Ha pasado, acaso, por la escuela de las hermandades medievales de los aprendices? ¿Tiene detrás las tradiciones seculares de las corporaciones? Nada de eso. A nuestro obrero se le arrancó de la esteva del arado para arrojarlo de la noche a la mañana a la

caldera de la fábrica... De aquí la ausencia en él de tradiciones conservadoras, la inexistencia de castas en el seno del proletariado, su lozanía revolucionaria, y de aquí, en relación con otras causas, nuestro Octubre, el primer Gobierno obrero del mundo. Pero de aquí también la incultura, el atraso, la carencia de hábitos de organización, de sistema en el trabajo, de educación cultural y técnica. Defectos todos que palpamos a cada paso en nuestra obra de edificación económica y cultural.

El Estado ruso chocó reiteradas veces con las organizaciones militares de las naciones de Occidente, cimentadas sobre una base económica, política y cultural más alta. También el capital ruso chocó, al aventurar sus primeros pasos, con el capital de Occidente, más desarrollado y poderoso, cayendo bajo su tutela. La clase obrera rusa hubo de dar también sus primeros pasos utilizando las armas ya creadas por la experiencia del proletariado occidental: la teoría marxista, los sindicatos, el partido político. Quien pretenda explicar el carácter y la política de la autocracia fijándose sólo en los intereses de las clases poseedoras rusas, olvida que, detrás de los explotadores de Rusia, más atrasados, más pobres, más ignorantes, estaban los explotadores de Europa, más ricos, más cultos, más poderosos. Las clases poseedoras de Rusia debían encontrarse con las clases poseedoras de Europa, hostiles o semihostiles. Estos choques ocurrían por medio de la organización del Estado. En Rusia esta organización era la autocracia. La estructura y la historia de la autocracia habrían sido muy otras si no hubiesen existido las ciudades europeas, la pólvora europea —pues no fuimos nosotros quienes la inventamos— y la Bolsa de Europa.

En el último período de su vida la autocracia no era solamente un órgano de las clases poseedoras de Rusia, sino que era también una organización de la Bolsa europea para la explotación de nuestro país. Este doble papel dá-bale una potencia bastante considerable. Expresión elocuentísima de ello es el hecho de que, para sostener a la autocracia, la Bolsa francesa le concediera en 1905 un empréstito contra la voluntad de la burguesía rusa.

El zarismo salió aniquilado de la guerra imperialista. ¿Por qué? Porque se apoyaba en una base insignificante de producción ("primitivismo"). Desde el punto de vista militar y técnico, el zarismo se esforzaba en copiar a los modelos más perfectos. Los Aliados, más ricos y más cultos, le ayudaban en ello por todos los medios. Gracias a esto, el zarismo disponía de los más perfectos instrumentos de guerra. Pero no contaba ni podía contar con medios para producirlos ni para transportarlos —lo mismo que las masas humanas— con la necesaria rapidez por las vías férreas, flu-

viales y marítimas. Dicho en otros términos, el zarismo defendía los intereses de las clases poseedoras de Rusia en la pugna internacional apoyándose en una base económica más primitiva que la de sus enemigos y aliados.

Durante la guerra el zarismo esquilmo esta base económica de un modo despiadado; devoró un tanto por ciento de la riqueza y de la renta nacionales mucho mayor que el comprometido por sus poderosos enemigos y aliados. Este hecho se tradujo, de una parte, en el sistema de las deudas de guerra y, de otra, en la completa bancarrota de Rusia...

Los lugares comunes de Pokrovsky no nos sirven para explicarnos en lo más mínimo todas estas circunstancias, a las que se deben de un modo inmediato la Revolución de Octubre, el triunfo del proletariado y las dificultades con que éste habría de tropezar en el poder.

APENDICE SEGUNDO

AL CAPITULO «EL REARME DEL PARTIDO

En el diario neoyorquino *Novy-Mir* (*El Nuevo Mundo*), destinado a los obreros rusos de Norteamérica, el autor de este libro trató de hacer un análisis y formular un pronóstico del desarrollo de la revolución basado en las informaciones de la prensa norteamericana. "No tenemos acerca de la historia interna de los acontecimientos que se están desarrollando —escribía el autor el 6 de marzo (viejo estilo)— más que las noticias fragmentarias que nos dan los telegramas oficiales." La serie de artículos dedicados a la Revolución comienza el 27 de febrero y se interrumpe el 14 de marzo, al salir el autor de Nueva York. Reproducimos a continuación, en orden cronológico, los extractos de esta serie de artículos, que nos pueden dar una idea aproximada de las opiniones que acerca de la Revolución tenía el autor al arribar, el 4 de mayo, a Rusia.

27 de febrero:

"Un gobierno desorganizado, comprometido, incoherente, un ejército definitivamente destrozado, el descontento, la inseguridad y el miedo entre las clases poseedoras, una profunda exasperación en las masas populares, la existencia de un proletariado templado en el fuego de los acontecimientos, que ha crecido numéricamente: todo nos da derecho a afirmar que estamos asistiendo a los comienzos de una segunda Revolución Rusa. Confiamos en que muchos de nosotros podamos tomar parte en ella."

3 de marzo:

"Los Rodzianko y los Milliukov se apresuran demasiado a hablar de orden; tan pronto no se restablecerá la calma en la Rusia convulsionada. Capa tras capa, el país entero se levanta ahora —todos los oprimidos, los desheredados, los expoliados por el zarismo y las clases dirigentes— sobre toda la inmensa extensión de las tierras rusas, prisión

de pueblos. Los acontecimientos de Petrogrado no son más que el principio. El proletariado revolucionario, puesto al frente de las masas populares de Rusia, cumplirá su misión histórica: expulsará a toda la reacción monárquica y a la aristocracia, y tenderá la mano a los proletarios de Alemania y de toda Europa. Pues no basta liquidar al zarismo: hay que terminar también con la guerra."

"La segunda ola de la revolución va a pasar por encima de las cabezas de los Rodziánko y Miliúkov, que sólo se preocupan de restablecer el orden y de llegar a un acuerdo con la monarquía. De las entrañas de la revolución surge el órgano revolucionario del pueblo, que marcha hacia la victoria. Las principales batallas y los más duros sacrificios aún no llegaron. Sólo tras ellos vendrá el triunfo completo y verdadero."

4 de marzo:

"El descontento de las masas, contenido durante largo tiempo, ha tardado tanto en estallar, a los treinta y dos meses de guerra, no porque se levantara ante ella una barrera policiaca, fuertemente minada en su base durante la guerra, sino porque todos los órganos e instituciones liberales, con sus apéndices socialpatrióticos, han ejercido una enorme presión política sobre los sectores obreros menos conscientes, persuadiéndolos de la necesidad de la disciplina patriótica y del orden."

"Es sólo ahora (después de triunfar la insurrección) que le llega el turno a la Duma. El zar intentó, a última hora, disolverla. Y la Duma se habría disuelto dócilmente, 'siguiendo el ejemplo de los años anteriores', si hubiera podido. Pero en las capitales dominaba ya el pueblo revolucionario, el mismo pueblo que había salido a la calle a luchar contra la voluntad de la burguesía liberal. El Ejército estaba con el pueblo, y si la burguesía no hubiera intentado organizar su poder, un gobierno revolucionario habría salido de las masas obreras insurreccionadas. La Duma del 3 de junio no se hubiera decidido jamás a arrebatar el poder al zarismo. Pero no podía tampoco dejar de explotar en su provecho la situación intermedia que se había creado: la monarquía había desaparecido momentáneamente de la superficie de la tierra, y el poder revolucionario todavía no se había constituido."

6 de marzo:

"El conflicto abierto entre las fuerzas de la revolución, a cuyo frente se halla el proletariado de las ciudades, y la burguesía liberal-antirrevolucionaria que ocupa temporalmente el poder, es de todo punto inevitable. No es difícil, por supuesto, hilvanar frases altisonantes —y de esto se

ocupan con celo los burgueses liberales como los deplorables socialistas de tipo vulgar— acerca de la gran superioridad de la unidad nacional sobre la escisión de clase. Pero con semejantes exhortaciones nadie ha conseguido hasta ahora eliminar las contradicciones sociales ni detener el desarrollo natural de las luchas revolucionarias."

"El proletariado revolucionario, ya ahora, sin esperar más, deberá oponer sus órganos revolucionarios, los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos, a los órganos ejecutivos del Gobierno provisional. En esta lucha el proletariado, agrupando a su alrededor a las masas populares, deberá proponerse como fin inmediato la conquista del poder. Sólo un gobierno obrero revolucionario tendrá la voluntad y la capacidad necesarias para llevar a cabo, durante el período preparatorio de la Asamblea Constituyente, una depuración democrática radical en el país, una reorganización de arriba abajo en el Ejército, transformándolo en una milicia revolucionaria, y demostrar a las masas campesinas que su salvación está únicamente en el sostenimiento de un régimen obrero revolucionario."

7 de marzo:

"Mientras estaba en el poder la banda de Nicolás II, tenían primacía en la política exterior los intereses de la dinastía y de la nobleza reaccionaria. Precisamente por esto, en Berlín y en Viena confiaban de continuo en que llegaría a firmarse un tratado de paz por separado con Rusia. Pero ahora, en las banderas gubernamentales, se han inscrito sólo los intereses del imperialismo. 'El Gobierno zarista ha dejado de existir —le dicen al pueblo los Guchkov y los Miliukov—; ahora debéis derramar vuestra sangre por los intereses de toda la nación.' Por intereses nacionales entienden los imperialistas rusos la restitución de Polonia, la conquista de Galitzia, de Constantinopla, de Armenia y de Persia. En otras palabras, Rusia forma actualmente en las filas imperialistas con los demás estados europeos, y, sobre todo, con sus aliados: Inglaterra y Francia."

"El pasaje del imperialismo dinástico-aristocrático al imperialismo puramente burgués no puede de ningún modo reconciliar al proletariado de Rusia con la guerra. Ahora más que nunca nuestra misión es la lucha internacional contra la matanza mundial y el imperialismo."

"La fanfarronería imperialista de Miliukov —abatir a Alemania, Austria-Hungría y Turquía— no puede hacer mejor el juego, actualmente, a los Hohenzollern y a los Habsburgo. Miliukov desempeñará, entre tanto, el papel de espantajo en sus manos. Aun antes de emprender las reformas en el Ejército, el nuevo Gobierno liberal imperialista ayuda a los Hohenzollern a levantar el espíritu patrió-

tico y a reconstituir la 'unidad nacional' del pueblo alemán. Si el proletariado alemán pudiera suponer que detrás del nuevo Gobierno burgués de Rusia se halla todo el pueblo, sin excluir la fuerza principal de la revolución, el proletariado, habríamos asestado un golpe terrible a nuestros camaradas, los revolucionarios socialdemócratas de Alemania."

"La primera obligación del proletariado revolucionario de Rusia es demostrar que detrás de la voluntad imperialista de la burguesía liberal no hay ninguna fuerza, pues no cuenta con el apoyo de las masas obreras. La Revolución Rusa debe revelar ante todo el mundo su verdadera faz, esto es, su intransigente hostilidad, no sólo hacia la reacción dinástica-aristocrática, sino también hacia el imperialismo liberal."

8 de marzo:

"Bajo la bandera de la 'salvación del país', la burguesía liberal intenta mantener en sus manos la dirección del pueblo revolucionario, y con este fin arrastra consigo a remolque no sólo al trudoviki patriótico Kerensky, sino también, por lo visto, a Chjeidse, representante de los elementos oportunistas de la socialdemocracia."

"La cuestión agraria abre una brecha profunda en el actual bloque de nobles, burgueses y socialpatriotas. Kerensky tendrá que elegir entre los 'liberales' del 3 de junio¹, que quieren detener la revolución en sus límites capitalistas, y el proletariado revolucionario, que desarrollará en toda su amplitud el programa de la revolución agraria, esto es, la confiscación y entrega al pueblo de las tierras de la monarquía, de los grandes propietarios, de los conventos y de la Iglesia. No tiene importancia saber en qué sentido se inclinará personalmente Kerensky...; otra cosa son ya las masas campesinas, las capas inferiores del campo. Traerlas al lado del proletariado constituye la misión más importante y más urgente."

"Sería un crimen resolver este problema (atraerse a los campesinos) adaptando nuestra política a la estrechez nacional-patriótica de la aldea. El obrero ruso se suicidaría pagando su alianza con los campesinos al precio de la ruptura con el proletariado europeo. Pero no hay ninguna necesidad política de ello. Tenemos en nuestras manos un arma más fuerte; mientras que el actual Gobierno provisional y el Ministerio Lvov-Guchkov-Miliukov-Kerensky² se ven obligados, para conservar su unidad, a eludir el pro-

¹ Es decir, los miembros de la Duma que surgió del golpe de Estado del 3 de junio de 1907.

² La prensa norteamericana entendía por Gobierno provisional el Comité provisional de la Duma.

blema agrario, nosotros podemos y debemos plantearlo en toda su magnitud ante las masas campesinas de Rusia.

"—¡Puesto que la reforma agraria es imposible, estamos por la guerra imperialista! —dijo la burguesía rusa después de la experiencia de 1905 y 1907.

"—¡Volved la espalda a la guerra imperialista oponiendo a la misma la Revolución Agraria! —diremos nosotros a las masas campesinas basándonos en la experiencia de 1914-1917.

"Esta cuestión de la tierra desempeñará un papel muy importante en lo que se refiere a la unión de los cuadros proletarios del Ejército con la masa campesina del mismo. '¡La tierra del propietario y no Constantinopla!', dirá el soldado campesino, explicándole a quién y para qué sirve la guerra imperialista. Y del éxito de nuestra agitación y nuestra lucha contra la guerra —principalmente entre los obreros y en segundo término entre las masas campesinas y los soldados— dependerá que el Gobierno liberal-imperialista pueda ser reemplazado por un Gobierno obrero revolucionario que se apoye directamente en el proletariado y en los campesinos pobres que se le unen."

"Los Rodzianko, los Guchkov y los Miliukov concentrarán todos sus esfuerzos en crear una Asamblea Constituyente hecha a su imagen y semejanza. El arma más potente que tienen en sus manos es la consigna de la guerra nacional contra el enemigo exterior. Naturalmente, ahora nos hablarán de la necesidad de defender las 'conquistas de la revolución' contra el ataque de los Hohenzollern y los socialpatriotas les harán coro.

"—¡Nosotros no tenemos nada que defender! —les responderemos. En primer lugar, es necesario garantizar la revolución contra el enemigo interior. Hay que barrer, sin esperar a la Asamblea Constituyente, los vestigios de la monarquía y de la servidumbre. Hay que enseñar al campesino ruso a no prestar crédito a las promesas de Rodzianko y a las mentiras patrióticas de Miliukov. Hay que enrolar a los millones de campesinos contra los imperialistas-liberales bajo la bandera de la Revolución Agraria y de la República. Esta labor sólo podrá realizarla íntegramente un Gobierno revolucionario que se apoye en el proletariado y arroje del poder a los Guchkov y a los Miliukov. Este Gobierno obrero empleará todos los recursos del Estado para conducir, educar y agrupar a las masas trabajadoras más atrasadas e ignorantes de la ciudad y del campo.

"—Y si el proletariado alemán no se levanta, ¿qué haremos entonces?

"—¿Suponemos, entonces, que la Revolución Rusa puede pasar sin dejar huella alguna en Alemania aun cuando lleve al poder a un Gobierno obrero?

"—No, esto es completamente inverosímil.

"—Pero ¿y si a pesar de todo, fuera así?

"...Si ocurriera lo inverosímil, si la organización socialpatriota, conservadora, impidiera a la clase obrera alemana levantarse en un período próximo contra sus clases dirigentes, entonces, naturalmente, la clase obrera rusa defendería la revolución con las armas. El Gobierno obrero revolucionario mantendría la guerra contra los Hohenzollern, llamando al proletariado alemán hermano a alzarse contra el enemigo común, del mismo modo que el proletariado alemán, si llegara al poder próximamente, tendría no sólo el 'derecho', sino la obligación de dirigir la guerra contra Guchkov-Milukov para ayudar a los obreros rusos a liberarse de su enemigo imperialista. Tanto en un caso como en otro, la guerra dirigida por el Gobierno revolucionario no sería más que la revolución armada. Se trataría no de la 'defensa de la patria', sino de la defensa de la revolución y de su extensión a otros países."

No creo que sea necesario detenerse a demostrar que en estos artículos que extractamos, artículos de carácter popular destinados a los obreros, se expone la misma idea acerca del desarrollo de la revolución expresada por Lenin en sus tesis del 4 de abril.

En relación con la crisis que atravesó el Partido Bolchevique en los primeros meses de la Revolución de Febrero, no estará de más reproducir aquí un pasaje del artículo, escrito en 1909 por el autor de este libro para la revista polaca de Rosa Luxemburgo:

"Si los mencheviques, partiendo de la abstracción 'nuestra revolución es burguesa', llegan a la idea de adoptar la táctica del proletariado a la conducta de la burguesía liberal hasta que ésta conquiste el poder, los bolcheviques, partiendo de una abstracción asimismo vacía: 'dictadura democrática y no socialista', llegan a la idea de un proletariado que detenta el poder y se da a sí mismo un límite burgués democrático. Ciertamente que median entre ellos, en este punto, diferencias muy considerables: mientras que el aspecto antirrevolucionario del menchevismo se manifiesta ya ahora con toda su fuerza, los rasgos antirrevolucionarios del bolchevismo sólo constituyen un gran peligro en el caso de una victoria revolucionaria."

Estas palabras han sido muy explotadas por los epígonos, después de 1923, en su campaña contra el trotskismo. Sin embargo, ocho años antes de los acontecimientos trazaban un pronóstico muy certero de la conducta que habían de seguir los actuales epígonos "en el caso de un triunfo revolucionario".

El Partido salió honorablemente de la crisis de abril, liquidando los "rasgos antirrevolucionarios" de su capa di-

rigente. Por esto el autor creyó oportuno añadir, en 1922, al pasaje citado más arriba, la nota siguiente:

"Como es sabido, esto no sucedió, pues bajo la dirección de Lenin el bolchevismo consiguió —no sin lucha interior— renovarse ideológicamente, ante esta importantísima cuestión, en la primavera de 1917; esto es, antes de la conquista del poder.

Luchando contra las tendencias oportunistas del sector dirigente de los bolcheviques, escribía Lenin en abril de 1917:

"Las consignas y las ideas bolcheviques se han visto en general perfectamente confirmadas, pero concretamente las cosas han sucedido de un modo distinto al que se podría esperar, de un modo más original, más peculiar, más variado. Ignorar, olvidar este hecho, equivaldría a confundirse con los 'viejos bolcheviques' que ya más de una vez han desempeñado en la historia de nuestro Partido un triste papel, repitiendo las fórmulas aprendidas de memoria en vez de estudiar las características peculiares de la nueva realidad viviente. Todo el que hoy se limite a hablar de la 'dictadura revolucionario-democrática del proletariado y de los campesinos' va a la zaga de la vida, se ha pasado en realidad a la pequeña burguesía contra la lucha de clases del proletariado, y no hay más remedio que mandarle al archivo de las rarezas 'bolcheviques' prerrevolucionarias (al que podríamos llamar archivo de los 'viejos bolcheviques')."

APENDICE TERCERO

AL CAPITULO «EL CONGRESO DE LOS SOVIETS Y LA MANIFESTACION DE JUNIO»

Carta al profesor A. Kahun, de la Universidad de California

Le interesa a usted saber hasta qué punto Sujanov refleja fielmente la realidad cuando relata la entrevista que en mayo de 1971 hube de celebrar con la redacción de *Novaya Yizn*, cuya dirección ejercía formalmente Máximo Gorki. Para la mejor inteligencia de lo que he de decir, he de apuntar aquí algunas palabras acerca del carácter que, en general, presentan los siete volúmenes de las memorias sobre la Revolución, de Sujanov. A pesar de todos los defectos (prolijidad, impresionismo, miopía política), que en algunos momentos hacen insoportable la lectura de este trabajo, no se puede dejar de reconocer la singularidad de su autor, que hace de su obra una fuente valiosa para un historiador. Pero todo jurista sabe que la sinceridad del testigo no garantiza la veracidad de sus declaraciones; hay que tener en cuenta, además, el nivel intelectual del testigo, sus facultades orales, auditivas, su memoria, su estado de ánimo al producirse el incidente. Sujanov, impresionista de tipo intelectual, carece, como la mayoría de ellos, de la capacidad necesaria para comprender la psicología política de hombres de otra formación. Y aunque en 1917 militase en el ala izquierda del campo conciliador, muy cerca, por tanto, de los bolcheviques, era, como lo fue siempre y lo siguió siendo por su mentalidad hamletiana, todo lo opuesto a un bolchevique. En él acecha siempre un sentimiento instintivo que le hace repeler hostilmente al hombre íntegro, que sabe a ciencia cierta lo que quiere y a dónde va. Resulta de todo esto que Sujanov, en sus memorias tan pronto como intenta explicarse los móviles a que res-

ponden los actos de los bolcheviques o descubrir sus resortes internos, no hace más que acumular error sobre error, muy concienzudamente, eso sí. A veces parece como si se propusiera deliberadamente complicar las cuestiones más sencillas y claras. En realidad, es incapaz, por lo menos en política, de encontrar la distancia más corta entre dos puntos.

Sujanov se esfuerza tenazmente en contraponer mi línea a la de Lenin. Muy sensible a la opinión de corrillos y de los rumores de los círculos intelectuales —en lo que, dicho sea de paso, consiste uno de los méritos de sus memorias, que tan copioso material nos suministran para conocer la psicología de los dirigentes liberales, radicales y socialistas—, Sujanov abrigaba, naturalmente, la esperanza de que surgieran diferencias entre Lenin y Trotsky, con tanta más razón cuanto que esto serviría para aliviar, en parte al menos, la suerte poco envidiable de la *Novaya Yizn*, arrinconada entre los socialpatriotas y los bolcheviques. En sus memorias, Sujanov vive aún en la atmósfera de estas esperanzas irrealizables, presentadas bajo el aspecto de recuerdos políticos e hipótesis *a posteriori*. Considera las particularidades de la personalidad, del temperamento, del estilo, y se esfuerza por interpretarlas como rutas políticas diferentes.

Refiriéndose a la manifestación bolchevique organizada para el 10 de junio, luego suspendida; a las manifestaciones armadas de las jornadas de junio, Sujanov trata en numerosas páginas de demostrar que Lenin aspiraba en aquellos días a tomar inmediatamente el poder, valiéndose para ello de una conspiración y una insurrección armada; mientras que Trotsky, por el contrario, aspiraba a implantar el poder real de los Soviets, en los que entonces predominaban los partidos Socialdemócrata y Menchevique. Todo esto no tiene ni sombra de verdad.

El 4 de junio, en el Primer Congreso de los Soviets, Tsereteli dijo de modo incidental en su discurso: “Actualmente no existe en Rusia un partido político que pueda decir: ‘Poned el poder en nuestras manos.’” Una voz le interrumpió, gritando: “¡Sí, hay uno!” A Lenin no le gustaba interrumpir a los oradores ni que a él le interrumpieran. Tenía que haber razones serias que lo indujesen en esta ocasión a renunciar a su discreción habitual. Lógicamente, según Tsereteli, resultaba que, cuando un pueblo caía en una red de grandes dificultades, a lo que ante todo había que aspirar era a endosar el poder a otros. En esto consistía, en esencia, toda la sabiduría política de los conciliadores rusos, los mismos que después de la Revolución de Febrero no acertaron a hacer nada mejor que ceder el poder a los liberales. Tsereteli disfrazaba de desinterés político y de

aguda perspicacia su poco decoroso miedo a la responsabilidad. Un revolucionario que cree en la misión histórica de su partido no puede tolerar esa cobarde fanfarronería. Un partido revolucionario que en circunstancias difíciles es capaz de rehuir el poder, no merece más que el desprecio.

En el discurso pronunciado en aquella sesión, Lenin explicó su interrupción: "El ciudadano ministro de Correos y Telégrafos (Tsereteli) ha dicho que en Rusia no hay un solo partido político dispuesto a tomar integralmente el poder. A esto contesto que hay uno; ningún partido puede renunciar a esto, y nuestro partido no renuncia. Lejos de eso, está dispuesto a hacerse cargo integralmente del poder en cualquier momento. (*Aplausos y risas.*) Podéis reiros todo lo que queráis, pero si el ciudadano ministro nos coloca ante ese trance..., no se quedará sin la respuesta merecida." ¿Puede ser más claro el pensamiento de Lenin?

En el mismo Congreso de los Soviets, al tomar la palabra, después de hablar el ministro de Agricultura, Pleschechonov, me expresé así: "No pertenezco al mismo partido que Pleschechonov, pero si me dijeran que el Ministerio estará integrado por doce Pleschechonov, diría que será un inmenso paso hacia adelante."

No creo que entonces, en medio de los acontecimientos, mis palabras acerca de un Ministerio de Pleschechonov pudieran ser interpretadas como la antítesis de la disposición de Lenin a tomar el poder. Sujanov se nos presenta hoy, con unos cuantos años de retraso, como el teórico de esta antítesis imaginaria. Interpretando los preparativos de los bolcheviques para la manifestación del 10 de junio en favor del poder de los Soviets como los preparativos hechos para la toma del poder, Sujanov escribe: "Dos o tres días antes de la manifestación, Lenin afirmaba públicamente que estaba dispuesto a hacerse cargo del poder. Trotsky decía, también por aquellos días, que desearía ver en el poder a una docena de Pleschechonov. Hay una diferencia. A pesar de todo, doy por supuesto que Trotsky intervino en la acción del 10 de junio... Tampoco Lenin se inclinaba, en aquel entonces, a dar la batalla decisiva, sin contar con el dudoso grupo de los *meschrayonzy* o interdepartamentales; Trotsky era un asociado magno de aquel magno juego; en cambio, dentro de su partido no había nadie que, ni con mucho, mucho, muchísimo, fuera digno de él."

Todo este pasaje está lleno de contradicciones. Según Sujanov, Lenin se propuso aquello de que Tsereteli lo acusaba: "La toma inmediata del poder por la minoría proletaria." Sujanov, por inverosímil que parezca, ve la prueba de esta actitud blanquista en las palabras pronunciadas por Lenin, diciendo que los bolcheviques están dis-

puestos a tomar el poder pasando por encima de todas las dificultades. Pero si el 10 de junio Lenin se disponía, en efecto, a adueñarse del poder por medio de un complot, ¿en qué cabeza cabe que previniese de ello a sus enemigos el 4 de junio en una sesión plenaria del Soviet? ¿Hace falta recordar que lo primero que hizo Lenin al llegar a Petrogrado fue infundir al Partido la idea de que los bolcheviques sólo podían proponerse como objetivo el derribamiento del Gobierno provisional después de conquistar la mayoría del Soviet? Durante las jornadas de abril, Lenin disintió resueltamente con los bolcheviques que lanzaban la consigna de "¡Abajo el Gobierno provisional!" Su réplica del 4 de junio no tenía más que un sentido: nosotros, los bolcheviques, estamos dispuestos a tomar el poder hoy mismo, siempre que los soldados y obreros nos otorguen su confianza; en esto nos distinguimos de los conciliadores, que, aun contando con la confianza de los obreros y los soldados, no se atreven a tomar el poder.

Sujanov enfrenta a Trotsky, el realista, con Lenin, el blanquista. "Sin aceptar a Lenin, confiesa en cambio estar plenamente identificado con el modo de plantear la cuestión de Trotsky." Pero al mismo tiempo Sujanov declara que "Trotsky intervino en la acción del 10 de junio", o sea —según él— en un complot encaminado a la conquista del poder. Después de descubrir dos líneas donde no existía ninguna, Sujanov no puede sustraerse al placer de fundir estas dos líneas en una sola para poder así acusarme de aventurerismo. Es una especie de revancha, un tanto platónica, que se toma ante la frustración de las esperanzas que los intelectuales de izquierda habían puesto en la ansiada discrepancia entre Lenin y Trotsky.

En los carteles que los bolcheviques tenían preparados para la manifestación suspendida el 10 de junio y que llevaron los manifestantes del 18, se destacaba en primer término el que decía: "¡Abajo los diez ministros capitalistas!" Sujanov admira, como esteta, la sencillez y la fuerza de expresión de esta consigna; pero, como político, acusa una perfecta incomprensión de su sentido. El Gobierno comprendía, además de los "diez ministros capitalistas", seis ministros conciliadores. A éstos los carteles bolcheviques los dejaban en paz. El sentido de la consigna era que los ministros capitalistas fueran sustituidos por ministros socialistas representantes de la mayoría soviética. Es precisamente esta idea, expresada en los carteles bolcheviques, la que yo formulé ante el Congreso de los Soviets. Rompí —vine a decir— el bloque con los liberales; eliminé a los ministros burgueses y reemplazados por vuestros Pleschechonov. Al proponer a la mayoría soviética que tomara el poder, los bolcheviques no pensaban, por supuesto,

comprometerse en lo más mínimo respecto a los tales Pleschekonov. Al contrario, no se recataban para decir que lucharían rabiosamente contra ellos dentro de los cuadros de la democracia soviética por obtener la mayoría en los Soviets y por conquistar el poder. Todo esto, como se ve, no son, en fin de cuentas, más que verdades elementalísimas. Sólo las cualidades, a que aludíamos, de Sujanov, y no precisamente como persona, sino como tipo representativo, explican que este hombre, que vivió y observó los acontecimientos, pueda armar, en una cuestión tan seria y al mismo tiempo tan sencilla, unos enredos tan lamentables.

A la luz del episodio político analizado aquí, será mucho más fácil comprender la falsa interpretación que da Sujanov de esa entrevista mía con la redacción, de la *Novaya Yizn*, por la que usted me pregunta. La moraleja de mi contacto con el círculo de Máximo Gorki la expresa Sujanov en la conclusión que pone en mis labios: "Ahora veo que no me queda más recurso que fundar un periódico en colaboración con Lenin." De esto se deduce que llegué al convencimiento de que era imposible entenderme con Gorki y Sujanov; es decir, con dos hombres a quienes nunca tuve por políticos y por revolucionarios, y que esto me obligó a volver la vista a Lenin. Basta con formular claramente esta idea para comprender lo absurdo que es.

Como característica, subrayé, de paso, esta frase de Sujanov: "Fundar un periódico en colaboración con Lenin", como si los problemas de la política revolucionaria se redujeran a fundar un periódico. Cualquier hombre dotado de una mínima imaginación creadora debe ver con toda claridad que yo no podía pensar así ni definir así mis tareas.

Para explicar la visita que hube de hacer al círculo periodístico de Gorki hay que recordar que yo llegué a Petrogrado a principios de mayo, es decir, más de dos meses después de la revolución y un mes después de la llegada de Lenin. En este espacio de tiempo se habían puesto ya en claro y decidido muchas cosas. Necesitaba una orientación directa, empírica, por decirlo así, no sólo acerca de las fuerzas fundamentales de la revolución y del estado de opinión existente entre los obreros y los soldados, sino también respecto a todos los grupos y matices políticos que se iban formando en el reino de la sociedad "cultura". Aquella visita a la redacción de la *Novaya Yizn* era para mí una pequeña salida política de tanteo, hecha con el fin de pulsar las fuerzas de atracción y de repulsión que actuaban en este grupo de "izquierda". Una corta entrevista me persuadió de la completa impotencia de este estrecho círculo de literatos razonadores, para los cuales la

revolución se limitaba a un editorial. Y como además acusaban a los bolcheviques de "aislarse ellos mismos", achacando toda la culpa de esto a Lenin y a sus tesis de abril, no me quedaba más que decirles, naturalmente, que sus divagaciones bastaban para convencerme hasta la saciedad de que Lenin tenía sobrada razón al aislar al Partido de ellos, o, dicho sea con más exactitud, al aislarlos a ellos del Partido. Esta conclusión, que hube de subrayar con singular energía para influir a los que participaban de la entrevista, Riazanov y Lunacharski, contrarios a la unión con Lenin, fue indudablemente la que dio pie a la versión de Sujanov.

Por supuesto, tiene usted muchísima razón al suponer que yo no hubiera accedido en modo alguno a hablar desde la tribuna del Soviet de Petrogrado en el homenaje dedicado a Gorki en el otoño de 1917. Esta vez Sujanov hizo bien en renunciar a una de sus ideas fantásticas: mezclarme, en vísperas de la Revolución de Octubre, en una fiesta en honor de Gorki, estando, como estaba éste, al otro lado de la barricada.

LEÓN TROTSKY.

Prinkipo, 29 de septiembre de 1930.

INDICE

	<i>Pág.</i>
Prólogo	5
Prefacio	8
Particularidades en el desarrollo de Rusia	15
La Rusia zarista y la guerra	27
El proletariado y los campesinos	43
El Zar y la Zarina	60
La idea de la revolución palaciega	72
La agonía de la monarquía	85
Cinco días (23-27 de febrero de 1917)	106
¿Quién dirigió la Revolución de Febrero?	138
La paradoja de la Revolución de Febrero	153
El nuevo poder	176
La dualidad de poderes	199
El Comité Ejecutivo	208
El ejército y la guerra	236
Los gobernantes y la guerra	258
Los bolcheviques y Lenin	269
El rearme del Partido	293
Las «jornadas de abril»	307
La primera coalición	330
La ofensiva	343
Los campesinos	358
Las masas se reagrupan	376
El Congreso de los Soviets y la manifestación de junio ...	400
Conclusión	417
Apéndice I al capítulo «Particularidades en el desarrollo de Rusia»	421
Apéndice II al capítulo «El rearme del Partido»	431
Apéndice III al capítulo «El Congreso de los Soviets y la manifestación de junio»	438
	445

CATALOGO POR MATERIAS DE ZYX, S. A. DISTRIBUCIONES

A. FORMACION SOCIAL

1. CLASES SOCIALES

Las clases sociales, ¿qué son y qué significan? E. Obregón (3.ª ed.)	30
Clases sociales y alianzas por el poder. N. Poulantzas	30
¿Qué es la violencia? José Luis Herrero	20
Los obreros, ¿son los culpables? S. Blanco y A. Alonso (2.ª ed.)	13
La cuestión obrera y las leyes. Alvarez Buylla	13
Estratificación de clases en las sociedades socialistas. F. Parkin	13
¿Existe conciencia de clase obrera? A. Andreux y J. Lignon	100
Los técnicos, nueva clase media. Ph. Larere	50
Violencia y sociedad. P. Bernoux y A. Birou	75
La propiedad. Pierre Bigo (2.ª ed.)	20
El evangelio y la violencia. Bartolomé de las Casas ...	95
Teilhard y el trabajo. F. Riaza	20
La remuneración del trabajo. P. Larrea	30

2. CULTURA Y EDUCACION

Las ciencias de la comunicación en la universidad española. J. Vidal Beneyto. Juventudes de hoy. Jacinto Martín (2.ª ed.)	20
Progresismo e integrismo. J. Folliet y otros	30
Propaganda y pueblo. Manuel Merchán	20

El niño proletario. Carlos Díaz	13
Lucha ideológica en la ciudad. J. L. Rubio	13
Aburrimiento y sociedad. Carlos Díaz	13
El pueblo y su promoción. Varios (2.ª ed.)	20
Cultura obrera. J. Bueno (4.ª ed.)	30
Cultura propietaria y cultura burguesa. H. Saña (2.ª ed.)	40
Problemas de educación nueva. A. Ferriere	100
Cultura popular y cristianismo. José M. de Córdoba	20
La religión como sistema establecido. F. Pérez (2.ª ed.)	20
Freyre, una pedagogía para el adulto. S. Sánchez ...	30

3. ENSAYOS SOBRE EL HOMBRE

Perspectivas éticas de la guerra actual. J. Pascual. Introducción a la fenomenología. Carlos Díaz (2.ª ed.)	60
Hombre político, hombre moral. Carlos Díaz	13
Buscando el hombre completo. J. C. Alía	25
Husserl, intencionalidad y fenomenología. Carlos Díaz	50
¿Qué es la evolución? J. M. Benavente (2.ª ed.)	60
Creer como personas. H. Alvarez (2.ª ed.)	30
La persona mujer. M. Hernández Alvarez	50

4. POLITICA

Racismo en el mundo. P. Paraf	110
Pensamiento político de Mounier. F. Cougal y J. M. Domenach	20
Cooperativismo y política. M. P. Turrado	20
Pensamiento político de Gandhi. Ana Fraga (4. ^a ed.)	30
El cesarismo populista. Hugo Neira	20
El golpe de Estado. Hugo Neira	13
El Estado. C. Bonacasa	13
Ayuntamiento y pueblo. Varios	80
Tercer mundo y política internacional. R. Bosc	20
Los orígenes del izquierdismo. Richard Combin	50
Historia de las ideas políticas. R. Rodríguez	13

5. ECONOMIA

Economía capitalista y economía colectivista. J. M. Cachero (2. ^a ed.)	13
Introducción al cooperativismo. E. Chamorro	13
Control socialista de la industria. G. D. H. Cole	13
Cuestiones de economía política. P. Cantó	100
La rebelión de los economistas. Helder Cámara (3. ^a ed.)	20
Diccionario de economía. J. B. Terceiro (3. ^a ed)	150
El capitalismo moderno. (2. ^a ed.)	30
Economía opulenta y destino del hombre. Joliff-Vlau	13
La crisis de las sociedades industriales. J. K. Galbraith	60
Nuevo poder del capitalismo. Conglomerados y empresas multinacionales. J. Cambre	40

Las leyes del capitalismo actual. J. C. Alía	50
--	----

6. SINDICALISMO

El sindicalismo en el mundo. G. Lefranc	27
¿Qué es el sindicalismo? L. Rioux	25
Ideologías dominantes en el sindicato vertical. L. Mayor	40
Los orígenes del sindicato. E. Cabezas	13
Acción sindical. Hugo Piazza. ¿De quién es la empresa? G. Roviroso (4. ^a ed.)	110
Sindicatos obreros en Francia. J. Capdevielle	20
El nuevo sindicalismo. Ken Coates y Tony Topham	60
	125

7. MARXISMO

El marxismo, su historia en documentos. (Ideología. Filosofía.)	150
El marxismo, su teoría y su praxis. H. Saña (2. ^a ed.)	50
Marxismo y «Populorum progressio». Tomás Malagón (2. ^a ed.)	13
El marxismo. H. Arvon	90
Marxismo y antimarxismo. Julián Besteiro (3. ^a ed.)	60
Althusser o el estructuralismo marxista. P. Vaquero	75
Hombre y dialéctica en el marxismo leninismo. Carlos Díaz (2. ^a ed.)	55
El materialismo histórico. J. M. Garrido (2. ^a ed.)	20
Marx, hoy. Lasuen	30
Documentos de la revolución mundial, I. Democracia de trabajadores o dictadura de partido	140
Documentos de la revolución mundial, I. Krontadt	140